



José Saramago

Viaje a Portugal

Premio Nobel de Literatura 1998

El auténtico rostro de una tierra inagotable



José Saramago viaja a Portugal. Conocer un país significa comprender, de la manera más exacta posible, su paisaje, su cultura y el pueblo que lo habita. Con un itinerario que, desde Trás-os-Montes hasta el Algarve y desde Lisboa al Alentejo, recorre todo el país, Saramago ofrece al lector en este Viaje a Portugal el auténtico rostro de una tierra inagotable. Es la reproducción escrita de las múltiples impresiones recogidas por la sensibilidad de un viajero siempre atento a lo que ven sus ojos. Saramago intenta comprender con su obra la realidad de Portugal y descifrar al mismo tiempo su pasado.



José Saramago

Viaje a Portugal

ePub r1.0
pepitogrillo 03.07.16

Título original: *Viagem a Portugal*
José Saramago, 1995
Traducción: Basilio Losada
Diseño de cubierta: Pdl/ABB Fotógrafos

Editor digital: pepitogrillo
ePub base r1.2



*A quien me abrió puertas y me mostró caminos
—y también en recuerdo de Almeida Garrett,
maestro de viajeros.*

Presentación

Malo es que una obra precise un prólogo que la explique, malo es también que un prólogo presuma de tanto. Acordemos, pues, que esto no es un prólogo sino aviso simple o prevención, como aquel recado último que el viajero, en el umbral y puestos ya los ojos en el horizonte próximo, deja aún a quien quedó cuidándole las flores. Diferencia, si la hay, es no ser éste el aviso último, sino el primero. Y no habrá otro.

Resígnese, pues, el lector a no disponer de este libro como una guía vulgar, o un rutero que se lleva en mano, o catálogo general. A las páginas que siguen no hay que recurrir como agencia de viajes o escaparate turístico: el autor no ha venido a dar consejos, aunque sobreabunde en opiniones. Verdad es que se hallarán los lugares selectos del paisaje y del arte, la faz natural o transformada de la tierra portuguesa: pero no se impondrá forzosamente un itinerario, ni se orientará hábilmente, sólo porque las conveniencias y los hábitos acabaron por hacerlo obligatorio, a quien de su casa sale para conocer lo que hay fuera. Sin duda, el autor fue a donde siempre va, pero fue también a donde no se va casi nunca.

¿Qué es, en definitiva, un libro que un prólogo pueda anunciar con alguna utilidad, aunque no sea inmediata en primer entendimiento? Este *Viaje a Portugal* es una historia. Historia de un viajero en el interior del viaje que hizo, historia de un viaje que en sí transportó a un viajero, historia de viajero y viaje reunidos en una intencionada fusión de aquel que ve y de aquello que es visto, encuentro no siempre pacífico de subjetividades y objetividades. En consecuencia: choque y adecuación, reconocimiento y descubierta, confirmación y sorpresa. El viajero viajó por su país. Esto significa que viajó por dentro de sí mismo, por la cultura que lo formó y está formando, significa que fue, durante muchas semanas, un espejo que refleja imágenes exteriores, una vidriera transparente que luces y sombras atravesaron, una placa sensible que registró, en tránsito y proceso, las impresiones, las voces, el murmullo infinito de un pueblo.

He ahí lo que este libro quiso ser. He ahí lo que el autor supone haber conseguido un poco. Tome el lector las páginas siguientes como reto y como invitación. Viaje según su proyecto propio, dé mínimos oídos a la facilidad de los itinerarios cómodos y de rastro pisado, acepte equivocarse en la carretera y volver atrás, o, al contrario, persevere hasta inventar salidas desacostumbradas al mundo. No tendrá mejor viaje. Y, si se lo pide la sensibilidad, registre a su vez lo que vio y sintió, lo que dijo u oyó decir. En fin, tome este libro como ejemplo, nunca como modelo. La felicidad, sépalo el lector, tiene muchos rostros. Viajar es, probablemente, uno de ellos. Entregue sus flores a quien sepa cuidar de ellas, y empiece. O reempiece. Ningún viaje es definitivo.

De Nordeste a Noroeste, duro y dorado

El sermón a los peces

Nunca tal se vio en memoria de guardia de frontera. Éste es el primer viajero que en medio del camino para el automóvil, tiene el motor ya en Portugal, pero no el depósito de gasolina, que aún está en España, y él mismo se asoma al pretil en aquel centímetro exacto por donde pasa la invisible línea de la frontera. Entonces, sobre las aguas oscuras y profundas, entre los altos escarpes que van doblando los ecos, se oye la voz del viajero predicando a los peces del río:

«Venid acá, peces, vosotros, los de la margen derecha, que estáis en el río Douro, y vosotros, los de la margen izquierda, que estáis en el río Duero, venid acá todos y decidme cuál es la lengua en que habláis cuando ahí abajo cruzáis las acuáticas aduanas, y si también ahí tenéis pasaportes y sellos para entrar y salir. Aquí estoy yo, mirándoos desde lo alto de este embalse, y vosotros a mí, peces que vivís en esas confundidas aguas, que tan pronto estáis en una orilla como en otra, en gran hermandad de peces que unos a otros sólo se comen por necesidades de hambre y no por enfados de patria. Me dais vosotros, peces, una clara lección, ojalá no la olvide yo al segundo paso de este viaje mío a Portugal, a saber: que de tierra en tierra deberé prestar mucha atención a lo que sea igual y a lo que sea diferente, aunque dejando a salvo, que humano es y entre vosotros igualmente se practica, las preferencias y las simpatías de este viajero, que no está ligado a obligaciones de amor universal, ni nadie le ha pedido que lo esté. De vosotros, en fin, me despido, peces, hasta un día; seguid a lo vuestro mientras no asomen por ahí pescadores, nadad felices, y deseadme buen viaje, adiós, adiós».

Buen milagro fue éste para comenzar. Una brisa súbita encrespó las aguas, o habrá sido el rebullicio de los peces sumergiéndose, y apenas se ha callado el viajero no había más que ver que el río y sus orillas, ni más que oír que el murmullo adormecido del motor. Ése es el fallo de los milagros: que duran poco. Pero el viajero no es taumaturgo de profesión, milagrea por accidente, por eso va ya resignado cuando vuelve al automóvil. Sabe que va a entrar en un país abundante en fastos de lo sobrenatural, del que es señalado e inmediato ejemplo esta primera ciudad de Portugal por donde ya va entrando con su calma de viajero minucioso y que se llama Miranda do Douro. Ha de recoger pues con modestia sus propias veleidades, y decidirse a aprenderlo todo. Los milagros y el resto.

Esta tarde es de octubre. El viajero abre la ventana de la habitación donde pasará la noche y, ya con el primer vistazo, descubre o reconoce que es persona de mucha suerte. Podía tener enfrente un muro, un cantero mezquino, un patio con ropa tendida, y se contentaría con esa utilidad, esa decadencia, ese tendadero. Pero lo que ve es la pedregosa margen española del Duero, de tan dura sustancia que apenas pueden los matojos hincarle el diente, y como la suerte nunca viene sola, está el sol de manera que la escarpada pared es un enorme cuadro abstracto en diversos tonos de amarillo, y dan ganas de quedarse aquí mientras haya luz. En ese momento no sabe aún el

viajero que unos días más tarde va a estar en Braganza, en el Museo del Abade de Baçal, mirando la misma piedra y tal vez los mismos amarillos, ahora en un cuadro de Dordio Gomes. Sin duda puede mover la cabeza y murmurar: «Qué pequeño es el mundo...».

En Miranda do Douro, por ejemplo, nadie sería capaz de perderse. Baja la Rua da Costanilha, con sus casas del siglo xv, y apenas nos damos cuenta y pasamos una puerta de la muralla y estamos fuera de la ciudad mirando los grandes valles que hacia poniente se extienden. Nos cubre un gran silencio medieval: qué tiempo es éste, y qué gente. A uno de los lados de la puerta está un grupo de mujeres, todas vestidas de negro, hablan en voz baja, ninguna es joven, la mayoría de ellas, probablemente, ni recuerdan haberlo sido. El viajero lleva al hombro, como corresponde, la máquina fotográfica, pero se avergüenza, aún no está habituado a las osadías a que los viajeros acostumbran, y por eso no quedó memoria de retrato de aquellas sombrías mujeres que están hablando allí desde el principio del mundo. El viajero permanece melancólico y augura mal final al viaje que así empieza. Cayó en meditación, felizmente por poco tiempo: allí cerca, fuera de las murallas, suena estruendoso el motor de un *bulldozer*, había obras de explanación para una nueva carretera: es el progreso a las puertas de la Edad Media.

Vuelve a subir la Costanilha, se desvía por otras calladas y variadísimas calles, nadie en las ventanas, descubre señales de viejos rencores vueltos hacia España, canecillos obscenos tallados en buena piedra cuatrocentista. Da ganas de reír esta saludable escatología que no teme ofender a los ojos de los niños ni a los aburridos defensores de la moral. En quinientos años nadie se acordó de mandar picar o desmontar la insolencia, prueba inesperada de que el portugués no es ajeno al humor, salvo si sólo lo entiende cuando sirve a sus patriotismos. No se aprendió aquí con la fraternidad de los peces del Duero, pero tal vez haya buenas razones para ello. Al fin y al cabo, si los poderes celestiales favorecieron un día a los portugueses contra los españoles, mal parecería que los humanos de este lado pasaran por encima de las intervenciones de lo alto y las desautorizaran. El caso se cuenta brevemente.

Andaban encendidas las luchas de la Restauración^[1], mediado, pues, el siglo xvii, y Miranda do Douro, aquí a la orilla del Duero, estaba, por así decir, a un salto de pulga de las acometidas del enemigo. Había cerco, el hambre era ya mucha, los sitiados decaían y, en fin, estaba Miranda perdida. Pero he ahí, esto es lo que se cuenta, que aparece un niño gritando «¡A las armas!», infundiendo ánimo y valor donde valor y ánimo desfallecían, y de tal modo que al punto se alzan todas aquellas debilidades y desalientos, toman armas verdaderas o inventadas, y tras el infante se van contra los españoles como quien maja en centeno verde. Vense desbaratados los sitiadores, triunfa Miranda do Douro, queda escrita otra página en los anales de la guerra. Pero ¿dónde está el jefe de ese ejército?, ¿dónde está el gentil combatiente que cambió la peonza por el bastón de mariscal? No está, no se encuentra, nadie ha vuelto a verlo más. Milagro, dicen los mirandeses. Luego, fue el Niño Jesús.

El viajero lo confirma. Si ha sido capaz de hablarles a los peces y ellos capaces de escucharle, no tiene ahora motivo alguno para desconfiar de antiguas estrategias. Tanto más cuanto que, aquí está él, el Niño Jesús da Cartolinha, con su altura de dos cuartas, al cinto la espada de plata, la faja roja atravesándolo del hombro al costado, lazo blanco al cuello, y el gorro en lo alto de su redonda cabeza de chiquillo. No es éste el uniforme de la victoria, sólo uno de los de su comfortable guardarropa, completo y constantemente puesto al día, como al viajero le va mostrando el sacristán de la catedral. Es sabedor de su menester de guía este sacristán; viendo la minuciosa atención del viajero, lo lleva a una dependencia lateral donde hay recogidas diversas piezas de estatuaria, defendiéndolas así de las tentaciones de los cacos de oficio y ocasión. Ahí se confirman las cosas. Una pequeña tabla, esculpida en altorrelieve, acaba de convencer al viajero de su propia incipiente en materia de milagros. He ahí a San Antonio recibiendo la genuflexión de una oveja, que da así ejemplar lección de fe al pastor incrédulo que se había reído del santo y allí, en la escultura, evidentemente, se muestra corrido de vergüenza y por eso tal vez aún merecedor de salvación. Dice el sacristán que mucha gente habla de esta tabla, pero que pocos la conocen. Excusado decir que el viajero no cabe en sí de vanidad. Vino de tan lejos, sin recomendación de nadie, y sólo por tener cara de buena persona lo han admitido al reconocimiento de estos secretos.

Va este viaje en sus comienzos y, siendo el viajero escrupuloso como es, aquí le muerde el primer sobresalto. En definitiva, ¿qué viajar es éste? Dar una vuelta por esta ciudad de Miranda do Douro, por esta catedral, por este sacristán, por este sombrerito y esta oveja y, hecho esto, marcar con una cruz el mapa, echarse de nuevo al camino y decir, como el barbero mientras sacude la toalla: «El siguiente». Viajar debería ser cosa de otro concierto, estar más y andar menos, tal vez incluso debiera instituirse la profesión de viajero sólo para gente de mucha vocación, que mucho se engaña quien piense que sería trabajo de pequeña responsabilidad, cada kilómetro no vale menos de un año de vida. Luchando con estas filosofías, acaba el viajero por quedarse dormido, y cuando de mañana despierta, ahí está la piedra amarilla, es el destino de las piedras, siempre en el mismo sitio, salvo si viene el pintor y la lleva en el corazón.

A la salida de Miranda do Douro, va el viajero aguzando la observación para que nada se pierda o algo se aproveche, y por eso ha reparado en un pequeño río que por aquí pasa. Ahora bien, los ríos tienen nombre y a éste, tan próximo a juntarse con el abundoso Duero, ¿qué nombre le habrán puesto? Quien no sabe, pregunta, y quien pregunta tiene a veces respuesta: «Perdone usted, ¿cómo se llama este río?» «Este río se llama Fresno». «¿Fresno?». «Sí, señor. Fresno». «Pero fresno es una palabra española; en portugués es *freixo*. ¿Por qué no le llaman río Freixo?». «¡Ah!, eso sí que no lo sé. Siempre he oído llamarlo así». A fin de cuentas, tanta lucha contra los españoles, tanto atrevimiento en los canecillos de las casas, y hasta ayudas del Niño Jesús, y aquí está este Fresno, oculto entre márgenes amenas, riéndose del patriotismo

del viajero. Se acuerda él de los peces, del sermón que les hizo, se distrae un poco en estas memorias, y está ya cerca de la aldea de Malhadas cuando se le enciende el espíritu: «¿Quién sabe si eso de fresno no será también palabra del dialecto mirandés?». Lleva idea de hacer la pregunta, pero luego se olvida, y cuando mucho más tarde le vuelve la duda, decide que el caso no tiene importancia. Al menos para su uso, ha pasado fresno a ser portugués.

Malhadas queda un poco desviada de la carretera principal, de la que sigue hacia Braganza. Aquí cerca hay restos de una vía romana que el viajero no va a buscar. Pero cuando de ella les habla a un labrador y una labradora a quienes encuentra a la entrada de la aldea, le responden: «¡Ah! Eso es la carretera de los moros». Pues sea la carretera de los moros. Ahora, lo que el viajero quiere saber es el porqué y el cómo de ese tractor del que el labrador baja con la familiaridad de quien usa cosa suya. «Tengo poca tierra. Me sobra para mí. De vez en cuando lo alquilo a los vecinos, y así vamos tirando». Quedan los tres allí de charla, hablando de las dificultades de quien tiene hijos que mantener, y es patente que pronto habrá uno más. Cuando el viajero dice que va hasta Vimioso y que volverá luego a pasar por aquí, la campesina, sin tener que pedirle licencia al marido, lo invita: «Vivimos en esa casa, venga a comer con nosotros», y bien se ve que lo hace de verdad, que lo poco o lo mucho que en la olla esté, será dividido en partes desiguales, porque es más que seguro que el viajero vería en su plato la parte mejor y mayor. El viajero da las gracias y dice que será otro día. Se va el tractor, se recoge en casa la mujer: «Son unos pajaes», había dicho ella, y el viajero da una vuelta por la aldea, apenas llega a darla, porque, de pronto, aparece ante él una gigantesca tortuga negra, es la iglesia del lugar, de grosísimas paredes, con enormes contrafuertes de refuerzo que son las patas del animal. En el siglo XIII, y en estas tierras de Trás-os-Montes, no debían de saber mucho de resistencia de materiales, o quizá el constructor era hombre desconfiado de las seguridades del mundo y resolvió edificar para la eternidad. El viajero entró y vio, fue al campanario y al tejado y desde allí paseó los ojos alrededor, un poco intrigado por una tierra transmontana que no se derrumba en los valles y precipicios abruptos que la imaginación le prepara. Al fin, cada cosa a su tiempo, esto es una meseta, no debe el viajero reñir con su fantasía, tanto más cuanto que tan útil le fue para hacer de la iglesia tortuga, sólo quien allá vaya sabrá hasta qué punto es justa y rigurosa la comparación. Dos leguas más allá está Caçarelhos. Aquí dice Camilo Castelo Branco^[2] que nació su Calisto Elói de Silos y Benevides de Barbuda, mayorazgo de Agra de Freimas, héroe rústico y glotón de *A Queda Dum Anjo*, novela de mucha risa y alguna melancolía. Considera el viajero que el dicho Camilo no escapa a la censura que ácidamente profirió contra Francisco Manuel do Nascimento, acusado éste de chancearse con Samardã, como antes otros lo habían hecho con Maçás de D. María, Ranhados o Cucujães. Juntando Elói a Caçarelhos, ridiculizó a Caçarelhos, o quizá sea esto defecto de nuestro espíritu, por creer que es la culpa de las tierras y no de quien en ellas nace. La manzana cría bichos por propia condición y dolencia del

manzano y no por maldad del terruño. Quede, pues, dicho, que esta aldea no sufre de peor maldad que la distancia, aquí en este culo del mundo, y no es probable que su nombre tenga nada que ver con lo que en Minho se dice: los de Caçarelhos son unos chismosos, incapaces de guardar secretos. Los suyos tendrá Caçarelhos: al viajero nadie se los contó cuando atravesaba el campo de la feria, que hoy es día de comprar y vender ganado, estos bellos bueyes color de miel, ojos que son como salvadoras boyas de ternura, y los labios blancos de nieve, rumiando en paz y serenidad mientras un hilo de baba cae lentamente, todo esto bajo una selva de liras, que son las córneas armazones, cajas de resonancia naturales del mugido que, de tiempo en tiempo, se alza de aquel concilio. Ciertamente, hay secretos en esto, pero no de esos que las palabras pueden contar. Más fácil es contar dinero, tantos billetes por este buey, lléveselo, verá cómo no se arrepiente. Los castaños están cubiertos de erizos, tantos que recuerdan bandadas de pardillos verdes que en estas ramas se hubieran posado a ganar fuerzas para las grandes migraciones. El viajero es un sentimental. Para el coche, arranca un erizo, es un recuerdo sencillo para muchos meses, ya el erizo se ha resecado, y cogerlo es volver a ver el gran castaño del borde de la carretera, notar el aire vivísimo de la mañana, tanto cabe, en definitiva, en una campestre promesa de castaña.

Va la carretera en curvas descendiendo hacia Vimioso, y el viajero contento murmura: «Qué hermoso día». Hay nubes en el cielo, de esas nubes sueltas y blancas que pasean por el campo sombras dispersas, corre un punto de viento leve, parece que el mundo acabe de nacer. Vimioso está construido en una ladera suave, es villa sosegada, esto es lo que le parece al viajero de paso, que no va a demorarse en ella, sólo el tiempo de pedirle información a esta mujer. Y aquí registrará la primera desilusión. Tan amable estaba siendo la informante, hasta dispuesta parecía a darse una vuelta por los barrios para mostrarle al viajero las rarezas locales, y, en definitiva, lo que quería era venderle unas toallas artesanas. No se lo tomemos a mal, pero el viajero se mantiene en sus principios y cree que el mundo no tiene otra cosa que hacer más que darle informaciones. Por una calle abajo fue descendiendo, y allá en el fondo tuvo el premio. Cierto es que a sus ojos, deshabituados de sacras arquitecturas rurales, todo gana fácilmente fuero de maravilla, pero no es pequeño placer el dar con estos contrastes entre fachadas seiscentistas, robustas, pero ya con las primeras señales de la frialdad barroca, y el interior de la nave, baja y amplia, con una atmósfera románica que ningún elemento arquitectónico confirma. Con todo, no es éste el verdadero premio. A la sombra de los árboles, aquí fuera, sentado en los peldaños que dan acceso al atrio, el viajero oye contar una historia sobre la construcción del templo. Bajo condición de tener capilla privativa, cierta familia ofreció una yunta de bueyes para acarrear la piedra destinada a alzar la iglesia. Dos años se pasaron los bueyecillos en este esfuerzo, tan contados los pasos sobre la cantera y el cobertizo de los albañiles que al fin era sólo cargar el carro, decir «¡hala!», y los animales se encargaban de ir y venir sin boyero ni guardador,

atronando aquellos yermos con el gemir de los cubos mal ensebados, en grandes charlas sobre la presunción de los hombres y las familias. Quiso el viajero saber qué capilla es ésta y si hay aún descendientes que gocen del usufructo. No se lo supieron decir. Allá dentro no vio señales particulares de distinción, pero puede que aún existan. Queda el cuento ejemplar de una familia que de sí misma nada dio, salvo los bueyes, encargados de abrir, con gran fatiga, el camino que habría de llevar a sus amos al paraíso.

Vuelve el viajero sobre sus pasos, distraído del camino que ya conoce. En Malhadas le viene la tentación de reclamar el almuerzo ofrecido, pero tiene sus propias cortedades, aun sabiendo que de ellas va a acabar arrepintiéndose. En la población de Duas Igrejas es donde viven los *pauliteiros* danzarines. De éstos, nada acabará sabiendo el viajero, que no son horas de andar los bailarines paulitando por las calles. Demostrado queda que el viajero tiene también derecho a sus imaginaciones, y en esto de los *pauliteiros* no es de hoy ni de ayer el que piense que más bella y fragorosa danza sería si en vez de los palitos batieran y cruzaran los hombres sables o dagas. Entonces, sí, tendría el Niño Jesús da Cartolinha buenas y militares razones para pasar revista a este ejército de bordados, collarines y pañuelos de cuello. Éste es un defecto del viajero: quiere que lo bueno tenga más de lo que ya tiene. Que le perdonen los *pauliteiros*.

En Sendim, dan horas de comer. Qué será, dónde será. Alguien dice al viajero: «Siga por esa calle. Luego hay una placita, y en la placita está el Restaurante Gabriela. Pregunte por la señora Alicia». Al viajero le gusta esta familiaridad. La mocita de las mesas dice que la señora Alicia está en la cocina. El viajero acecha por la puerta, hay grandes olores de comida en los aires que respira, un caldero de verduras hierve al lado, y, al otro de la gran mesa de en medio, la señora Alicia le pregunta al viajero qué quiere comer. El viajero está habituado a que le lleven la carta, habituado a elegir con desconfianza, y ahora tiene que preguntar, y entonces la señora Alicia propone Posta de vitela á Mirandesa. Dice el viajero que sí, va a sentarse a su mesa, y para ir haciendo boca le traen una succulenta sopa de verduras, el vino y el pan. ¿Qué será la posta de vitela? ¿Por qué posta? Una posta siempre fue para él un tronco de pescado. ¿En qué país estoy?, pregunta el viajero al vaso de vino, que no responde y, benévolo, se deja beber. No hay mucho tiempo para preguntas. La tajada de ternera, gigantesca, viene nadando en una vinagreta, y para que quepa en el plato hubo que cortarla, y así no queda goteando en el mantel. El viajero cree estar soñando. Carne blanda que el cuchillo corta sin esfuerzo, tratada en su justo punto, y esa salsa de vinagre que hace sudar a las mejillas y ésta es cabal demostración de que hay felicidad en el cuerpo. El viajero está comiendo en Portugal, tiene los ojos llenos de paisajes pasados y futuros mientras oye a la señora Alicia gritando en la cocina y la mocita de las mesas se ríe y agita las trenzas.

Dosel y malos caminos

El viajero es natural de tierras bajas, muy lejos, hacia el sur, y, sabiendo poco de estos montes, los esperaba mayores. Lo dijo ya y vuelve a decirlo. No faltan accidentes, pero son todo colinas de buena vecindad, altas con relación al nivel del mar, pero cada una de ellas hombro con hombro de la inmediata y todas perfiladas. En todo caso, si alguna se atreve un poco más o espigó de repente, entonces sí, tiene el viajero una distinta noción de estas grandezas, y no tanto por lo que está cerca, como por aquella empinada sierra a lo lejos. En llegando a ella, se percibe que la diferencia no era tan grande, pero bastó para promesa de un momento.

Esta línea férrea que va al lado de la carretera parece de juguete, o un resto de solemne antigüedad. El viajero, cuyo sueño de infancia fue ser maquinista de ferrocarriles, teme que la locomotora y los vagones no sean de este tiempo y sí objetos de museo a los que el viento que llega de los montes no logra sacudir las telarañas. Esta línea es la Sabor, del nombre del río que se tuerce y retuerce hasta alcanzar el Duero, pero dónde está el gusto del carromato es algo que el viajero no descubre.

Sin advertir que ha pasado ya la sierra, el viajero llega a Mogadouro. Va cayendo la tarde, aún luminosa, y desde lo alto del castillo se pueden echar cuentas del trabajo de los hombres y mujeres de este lugar. Todas las laderas de alrededor están cultivadas; es un juego de bancales y planteles, unos enormes, otros más pequeños, como si sirvieran sólo para llenar las sombras de los grandes. Los ojos reposan, el viajero estaría totalmente regalado si no fuera por el remordimiento de haber hecho huir del recaudo de las murallas a una pareja de enamorados que andaba allí tratando de sus amores. Aquí, en Mogadouro, quedó ilustrado una vez más el antiguo conflicto entre acción e intención.

Es en Azinhoso, aldeíta cercana, donde empieza a nacer la pasión del viajero por este románico rural del norte. El riesgo de las minúsculas iglesias no tiene osadías, es receta traída de lejos y ligeramente variada para preservar el prestigio del constructor, pero mucho se engaña quien crea que, habiendo visto una, las ha visto todas. Hay que darles la vuelta con toda calma, esperar callado a que las piedras respondan, y, si hay paciencia, cada vez saldrá de allí arrepentido el viajero, éste o cualquier otro. Arrepentido por no quedarse más tiempo, pues no está bien quedarse sólo un cuarto de hora junto a una construcción que tiene setecientos años, como en este caso de Azinhoso. Sobre todo, cuando empieza a acercarse gente que quiere charlar con el viajero, gente a la que convendría oír, pues es la heredera de esos siete siglos. El pequeño atrio está cubierto de hierba, el viajero asienta en ella sus pesadas botas y se siente, no sabe por qué, rehabilitado. Por más que piense, ésta es la palabra y no otra, y no la sabe explicar.

Dentro de poco caerá la noche, que en otoño es temprana, y el cielo se va cubriendo de nubes oscuras; tal vez mañana llueva. En Castelo Branco, quince

kilómetros al sur, el aire parece haber pasado por un cedazo de ceniza, sólo en el color, que de pureza hasta los pulmones lo extrañan. Al borde de la carretera está la amplia fachada de una casa solariega, con grandes pináculos en los extremos. Si hubiera fantasmas en Portugal, este sitio sería bueno para asustar a los viajeros: luces por detrás de los cristales rotos, tal vez estridencias de dientes y cadenas. Pero, quién sabe, tal vez a las horas de luz esta decadencia resulte menos deprimente.

Cuando el viajero entra en Torre de Moncorvo, hace ya mucho que es noche cerrada. El viajero piensa que es una desconsideración entrar en las poblaciones a estas horas. Las poblaciones son como las personas, nos acercamos a ellas, lenta, paulatinamente, no esta invasión súbita, a cubierto de la oscuridad, como si fuéramos salteadores. Pero ellas se vengán, y hacen bien. Las poblaciones ponen los números de las puertas y los nombres de las calles, cuando los hay, a alturas inverosímiles, hacen que esta plaza sea idéntica a esa encrucijada, y, si les apetece, nos colocan delante, parando el tráfico, a un político con su cortejo de adherentes y su sonrisa de político que anda buscando votos. Esto es lo que hizo Torre de Moncorvo. Lo peor es que el viajero va con destino a una quinta que queda más allá, en el valle de Vilariça, y la noche está tan negra que a los lados de la carretera no se sabe si la cuesta, a pico, es para arriba o para abajo. El viajero se mueve en un borrón de tinta, ni las estrellas ayudan, que el cielo es todo una maciza nube inconsútil. Al fin, tras mucho desatinar, llega a su destino. Antes le han ladrado canes desaforados, y entra en la casa donde lo esperan con una sonrisa y la mano abierta. Grandes, portentosos eucaliptos hacen aún más oscura la noche allá afuera, pero no tarda la cena en estar en la mesa, y, después de cenar, un vaso de vino de Porto mientras llega la hora de dormir, y, cuando llega, éste es el cuarto, una cama con dosel, de aquellas altas, que sólo por ser alto el viajero dispensa la escalerilla para encaramarse, qué profundo es este silencio del valle de Vilariça, qué consoladora la amistad, el viajero está dispuesto a quedarse dormido, quién sabe si en esta cama de dosel durmió su majestad el rey, o, tal vez preferible, su alteza la princesa.

Se despierta por la mañana temprano. La cama no sólo es alta, es también inmensa. En las paredes del cuarto hay unos retratos de gente antigua que miran severamente al intruso. Hay ruido. El viajero se levanta, abre la ventana y ve pasar por abajo un pastor con sus ovejas; han mudado los tiempos, tanto es así que este pastor no se comporta como los de las novelitas bucólicas, no levanta la cabeza, no se descubre, no dice: «Dios lo acompañe, señor». Si no fuera distraído con sus cosas, diría sólo: «Buenos días», y nada mejor podría desear el viajero, que de los días eso quiere, que sean buenos.

El viajero se despide y da las gracias a quien le dio dormida por esta noche, y antes de meterse al camino vuelve atrás, a Torre de Moncorvo. No va a dejar disgustos tras él, ni dejaría la villa al desdén, que no lo merece. Ahora que es ya día claro, aunque neblinoso, no precisa ya de letreros en las esquinas. La iglesia está allí delante, con su pórtico renacentista y la alta torre campanera que le da un aire de

fortaleza, impresión acentuada por los extensos lienzos de muralla que envuelven el conjunto. Dentro, son tres las naves, demarcadas por gruesas columnas cilíndricas. Cerrada la puerta, en tiempos de alboroto militar, mucho tendrían que roer los enemigos antes de poder rezar allá dentro sus propias misas. Pero la paz con que el viajero va circulando por aquí, le da tiempo para tomarle gusto al tríptico de madera esculpida y pintada que representa trechos de la vida de Santa Ana y de San Joaquín, y otras piezas de no menor valía. De aires renacentistas es también la iglesia de la Misericordia, y el púlpito de granito, con figuras en relieve, valdría, por sí solo, una parada en Torre de Moncorvo.

Ahora el viajero se aleja de las obras de arte. Se ha metido por unas trochas, allí mismo, al embocar el puente que pasa sobre el río Vilarça, y va subiendo, subiendo, parece que no tiene fin la carretera, y es el caso que, de tan desnudos los montes que a un lado y otro se derrumban sobre el valle, llega el viajero a temer que un golpe de viento lo lleve por los aires, lo que sería otra manera de viajar con muy peor destino. En todo caso, ante esta amplitud generosa del paisaje es como si alas tuviera. Dentro de unos meses, de aquí a lo lejos todo serán almendros floridos. El viajero empieza a imaginar, ha elegido en su memoria dos imágenes de árbol en flor, las mejores que tenía, eligió almendro y blancura, y lo multiplicó todo por mil o por diez mil. Un deslumbramiento. Pero no lo es menor este valle feracísimo, más afortunado que los campos de Ribatejo, que no recogen ya de las crecidas el beneficio del lodo fértil y sí la desgracia de las arenas. Aquí, las aguas que el río lleva y se juntan a las del río Sabor, refluyen ante el gran caudal del Duero y vienen a explayarse por todo el valle, donde quedan decantando las materias fertilizantes que traen en suspensión. Es la albardilla, dicen los habitantes de aquí, para quienes el invierno, si a más no se desmanda, es una estación feliz.

Esta carretera va a dar a la aldea de Estevais, después a Cardanha y Adeganha. El viajero no puede detenerse en todas, no puede llamar a todas las puertas a hacer preguntas y a curar de las vidas de quienes allí moran. Pero como no sabe ni quiere despegarse de sus gustos y aficiones, y como tiene la fascinación del trabajo de las manos de los hombres, va hasta Adeganha, donde le dijeron que hay una preciosa iglesia románica, así, de este tamaño. Va y pregunta, pero antes se pasma ante la grande y única losa granítica que hace de plaza, era y cama para la luz de la luna en medio de la población. Alrededor, las casas son aquellas que en Trás-os-Montes más se encuentran en lugares olvidados, casas de piedra sobre piedra, el dintel rozando el tejado, los humanos en el piso de arriba, los animales abajo. Es la tierra del sueño común. Llamado a prestar cuentas, este hombre dirá: «Yo y mi buey dormimos bajo el mismo techo». El viajero, cada vez que da con realidades como ésta, se siente muy comprometido. Mañana, al llegar a la ciudad, ¿recordará estos casos?, ¿estará feliz?, ¿o desgraciado?, ¿o tanto lo uno como lo otro? Es muy bonito, sí señores, predicar sobre la fraternidad de los peces. ¿Y la de los hombres?

En fin, la iglesia es ésta. No exageraba quien la alabó. Aquí y a estas alturas, con

los vientos barredores, bajo el cincel del frío y la solanera, la iglesita resiste a los siglos heroicamente. Se le han quebrado las aristas, perdieron factura las figuras representadas en los canecillos todo alrededor, pero será difícil encontrar mayor pureza, belleza más transfigurada. La iglesia de Adeganha es cosa para llevarla en el corazón, como la piedra amarilla de Miranda.

El viajero empieza a bajar por una carretera peor aún. Rechina y protesta la suspensión del automóvil, y es un alivio cuando, entre charcos y fangales, aparece Junqueira. No es lugar de particular importancia. Pero, como el viajero es capaz de inventar sus propias obras de arte, aquí está esta fachada de capilla barroca sin tejado, con una exuberante higuera creciéndole allá dentro y rebasando la altura del entablamento. Por un ojo de buey se llegaría a los higos, si la higuera no fuese borde. Realmente, causan asombro en el pueblo estas admiraciones. Aparece por encima de un muro la cabeza de una chiquilla, luego otra, y, después, la madre de ellas. El viajero hace una pregunta cualquiera, le dan respuesta en reposada voz transmontana, y luego pegan la hebra y no tarda el viajero en saber casos de esta familia, y, uno de ellos, la terrible historia de princesas encantadas y encerradas en altas torres, es que estas chiquillas nunca salieron de aquí ni para ir a Torre de Moncorvo, apenas trece kilómetros. Es el padre quien no les deja, con las chicas hay que andar siempre ojo avizor, ya usted sabe. El viajero ha oído hablar algo de eso, y no niega ni confirma. «¿Y la vida, cómo va por aquí?». «Arrastrada», responde la mujer.

Charlas como ésta dejan siempre malhumorado al viajero. Por eso casi no tiene ojos para Vila Flor. Tuvo que abrir el paraguas, fue a llevar recado a un conocido, echó un vistazo al San Miguel por encima de la puerta de la iglesia. El viajero se ha dado cuenta de que por aquí hay una gran devoción al arcángel. Ya lo vio en Mogadouro, en un altar de las ánimas, y en otros sitios también, preocupados todos con las probabilidades del purgatorio. Aquí, cuando ya se disponía a seguir camino, el viajero cambia de dirección. El pórtico de esta parroquia del XVII es digno de grandes atenciones y de una demora suficiente: las columnas torsas, los motivos florales, la geometría de otros, arman un conjunto que queda en la memoria. También queda en la memoria, desgraciadamente, un panel de azulejos, embutido en una pared, en el que un tal Trigo de Morais da consejos a los hijos. No son malos los consejos, pero fue pésima la idea. Y qué importancia se daba el consejero para venir así a moralizar en la plaza pública aquello que debería ser recomendación de puertas adentro. En fin, este viaje a Portugal va a tener de todo.

Vuelve a llover. No se ve a nadie en la plaza cuando el viajero dobla la última esquina que a ella da. Pero, al atravesarla, siente que lo siguen desde detrás de los cristales de las ventanas, y hay incluso quien se vuelve dentro de las tiendas, quizá con desconfianza. El viajero parte como si cargase a la espalda con las culpas todas de Vila Flor o del mundo. Probablemente es verdad.

Tirando derecho hacia el norte, por caminos de sube y baja, se llega a Mirandela. Para el viajero es sólo punto de paso, aunque ya en el camino hacia Braganza va

pensando en las ignoradas razones por las que el puente que atraviesa el río Tua tiene todos los arcos desiguales, y si la originalidad viene ya de los romanos, sus primeros constructores, o si es preciosismo del siglo XVI, en que alguna reconstrucción hubo. Desagrada mucho al viajero no saber los motivos de cosas tan sencillas como ésta de que un puente tenga veinte arcos y ninguno igual a otro, pero no hay más remedio que conformarse: sería cosa de ver que se parara a interrogar a las mudas piedras, mientras las aguas iban murmurando en los tajamares.

Por estas bandas, hay unas poblaciones a las que llaman «aldeas mejoradas». Son ellas Vilaverdinho, Aldeia do Couço y Romeu. Por causa de la singularidad del nombre, y también porque un gran letrado informa de que hay ahí un museo de curiosidades, el viajero elige Romeu para mayor demora. Pero fue en Vilaverdinho donde supo que la idea de las mejoras fue de un antiguo ministro de Obras Públicas, tanto que de «idea humana» se alaba de haber sido, en inscripción adecuada, confirmada por las letras abiertas en enorme pedrusco al borde del camino, en el que se afirma que «los habitantes nunca olvidarán» a un presidente que allí fue a la inauguración, en agosto de 1964. Estas inscripciones siempre son dudosas, imagínense qué pensarán los historiadores y epigrafistas futuros si dan con la lápida y creen lo que allí se dice. Ante el nombre de ese presidente, alguien escribió «ladrón», vocablo perturbador que quizá sea desconocido en tiempos futuros.

En Romeu, está el museo. Allí hay de todo, como en botica: automóviles de doña Elvira, carruajes y arcos, receptores y radios de galena, cítaras, cajas de música, pianolas, relojes muchos, teléfonos de los primeros que se vieron, algunos trajes, fotografías, en fin, un tesoro pintoresco de pequeños objetos que hacen sonreír. Son los antepasados toscos de las tecnologías nuevas que nos van convirtiendo en usuarios e ignorantes. El viajero, cuando sale, se encoge de hombros, pero da las gracias a la familia Meneres, que fue la de la idea. Siempre se aprende algo.

Llovizna. El viajero pone y para el limpiaparabrisas en un juego que va descubriendo el paisaje y luego lo deja sumergirse, de manera imprecisa, como en un acuario enturbiado. A la izquierda, la sierra da Nogueira ya es una señora sierra, con sus mil trescientos metros. Otro juego divertido es el de los pasos a nivel, afortunadamente abiertos todos cuando el viajero pasa. En treinta kilómetros hay nada menos que cinco: Rossas, Remisquedo, Rebordãos, Mosca y otro del que no quedó nombre. Y menos mal que en este caso son los nombres los que se salvan.

Al fin, desde esta subida se ve ya Braganza. La tarde se apaga rápidamente, el viajero va cansado. Y, en esta situación, padece de la ansiedad de todos los viajeros que buscan alojamiento. Tiene que haber un hotel, un sitio para cenar y dormir. Y es entonces cuando aparece ante él el cartel color naranja: *Pousada*. Gira, contento, y empieza a subir el monte, y este paisaje es bellissimo casi en el crepúsculo, hasta que da con el edificio, el parador, o lo que sea, que posar aquí no puede apetecer a nadie. Ésta sería la ocasión de recordar al maestro de todos, a Garrett, cuando llega a Azambuja y dice, con palabras suyas: «Corremos a alojarnos en el elegante

establecimiento que al mismo tiempo acumula las tres distintas funciones de hotel, restaurante y café del pueblo. ¡Santo Dios! ¡Qué bruja está a la puerta! ¡Qué antro allá en el interior!... Se me cae la pluma de la mano». Al viajero no se le cae la pluma porque no la usa. Tampoco había ninguna vieja en la puerta. Pero el antro era aquél. El viajero huyó, huyó, hasta que fue a dar con un hotel sin imaginación pero bien llevado. Allí se quedó, allí cenó y durmió.

Aguardiente en Rio de Onor

A veces empieza uno por lo que está más lejos. Lo natural sería, habiendo estado en Braganza, ver lo que la ciudad tiene para mostrar, y después dar un vistazo a los alrededores, una piedra aquí, un paisaje allá, respetando la jerarquía de los lugares. Pero el viajero trae una idea fija: ir a Rio de Onor. No es que de la visita espere mundos y maravillas, que al fin Rio de Onor no pasa de ser una pequeña aldea, no constan por allá señales de godos o de moros, pero cuando un hombre se mete en lecturas, siempre se le quedan pegados en la memoria nombres, hechos, impresiones, todo esto se va elaborando y complicando hasta llegar, es éste el caso, a las idealizaciones del mito. El viajero no vino a hacer trabajo de etnólogo o de sociólogo, de él nadie puede esperar supremas descubiertas, ni siquiera otras menores: tiene sólo el legítimo y humanísimo deseo de ver lo que otros vieron, de asentar los pies donde otros pies dejaron huella. Rio de Onor es para el viajero como un lugar de peregrinación: de allá trajo alguien un libro que, siendo obra de ciencia, es de las más conmovedoras cosas que en Portugal se hayan escrito. Es esa tierra lo que el viajero quiere ver con sus propios ojos. Nada más.

Son treinta kilómetros de carretera. A la salida de Braganza, allá delante, está la oscura y silenciosa aldea de Sacoias. Se entra en ella como en otro mundo. Vista la disposición de las primeras casas, la curva que el camino hace, dan ganas de pararse y gritar: «¿Hay alguien ahí? ¿Se puede entrar?». Lo cierto es que aún hoy el viajero no sabe si Sacoias está habitada. El recuerdo que guarda de este lugar es el de un yermo, o, tal vez más exactamente, el de una ausencia. Y esta impresión no se deshace ni siquiera cuando puede sobreponerle otra imagen, viniendo ya de regreso, de tres mujeres dispuestas de manera teatral en los peldaños de una escalera, oyendo lo que, inaudible para el viajero, otra les decía, mientras suspendía la mano sobre un florero. Tan parecido es esto a un sueño, que el viajero, al fin, llega a sospechar que nunca estuvo en Sacoias.

El camino hasta Rio de Onor es un desierto. Quedan por aquí algunas aldeas: Baçal, Varge, Aveleda, pero se sale de ellas y es como entrar en el yermo primitivo. Claro que no faltan señales de cultivo, no es tierra de bosques o peñascales vírgenes, pero no se ven esas casas dispersas que en otras regiones se encuentran y van sirviendo de compañía a quien viaja. Aquí se puede imaginar el principio de cualquier cosa.

El viajero mira el mapa: si esta curva de nivel no engaña, es el momento de empezar a descender. A la derecha queda un ancho y extenso valle, luego, abajo, se ve una hilera de colmenas, y, confusamente, entre la bruma delgada, andan a lo lejos hombres trabajando. Las tierras son verdes y las cortinas de árboles parecen negras. Por la carretera, cerrando el camino, sube una vacada. El viajero se detiene, deja pasar al ganado, da los buenos días al guardador, que es muchacho joven y tranquilo. Parece no poner gran empeño en su oficio de pastor, lo que debe de ser alta habilidad

suya: al menos, las vacas se van comportando como si las rodeara una legión de vigilantes.

Ahí está Rio de Onor. Se dobla una curva y aparece entre los árboles un lucero de agua, se oye el restallar del líquido sobre la fraga, y hay luego un puente de piedra. El río, como es su obligación, se llama Onor. Los tejados de las casas son de pizarra casi todos, y con este tiempo húmedo brillan y parecen más oscuros que su natural color de plomo. No llueve, aún no ha llovido hoy, pero todo este paisaje chorrea, es como si estuviera en el fondo de un valle submarino. El viajero miró con toda su calma y siguió hacia otro lado. No anda muy alegre. Al fin ha llegado a Rio de Onor, tanto lo quiso y ahora no parece contento. Ciertas cosas que mucho se desean, no es raro que nos dejen perdidos cuando las obtenemos. Sólo así se entiende que el viajero vaya preguntando por el camino de Guadramil, adonde, con todo, no llegará a ir, a causa del mal estado de la carretera. Así se lo dicen. Entonces, el viajero decide comportarse según su condición. Avanza por una calle que es como un extenso charco, salto aquí, salto allá, y va tan atento a reparar en dónde pone los pies que sólo en el último instante ve que tiene compañía. Da los buenos días (nunca se ha habituado a la salutación urbana de «buen día», y no entiende por qué sólo un día de cada vez), y así mismo le responden un hombre y una mujer que allí están sentados, ella con un gran pan en el regazo, que dentro de un momento encetará para compartirlo con el viajero. Están los dos y el alambique, un gigante de cobre al aire libre, sin ningún miedo a las humedades, cosa que no es asombrosa con la hoguera que tiene por debajo. El viajero dice lo que acostumbra: «Ando viendo el pueblo. Es una bonita tierra ésta». El hombre no da opinión. Sonríe y pregunta: «¿Quiere probar nuestro aguardiente?». Pero el viajero no es bebedor: gusta de su vino blanco o tinto, pero su organismo repele los aguardientes. No obstante, en Rio de Onor, no se puede rechazar ni viniendo de tan lejos y a la hora del almuerzo. En dos segundos aparece un vasito de vidrio grueso, y el aguardiente, caliente aún, es recogido del caño y trasegado garganta abajo. Un cepillo no sería menos áspero. Siente una explosión en el estómago, el viajero sonrío heroicamente, y repite. Tal vez para reparar los estragos, la mujer abraza el pan contra el pecho, tanto amor en este gesto, y corta un corrusco y una rebanada, y es su mirada la que pregunta: «¿Quiere un cachito?». El viajero no ha pedido y le fue dado. ¿Puede haber mejor dar que éste?

La siguiente media hora va a pasarla el viajero de charla con Daniel São Romão y su mujer, allí sentados los tres, al blando calorcillo de la lumbre. Hay otras personas que pasan y se paran, y luego siguen, y cada una dice su recado. Se vive muy mal en Rio de Onor. Aquí, un dolor de muelas se cura con gárgaras de aguardiente. Al cabo de unas cuantas ya no se sabe si ha pasado el dolor, o si está uno borracho o dolorido. Aun así, con esto puede uno sonreír, pero no con la historia aquella de la mujer grávida de dos gemelos, y cuando el primer hijo le nació, no sabía que aún tenía un segundo por echar al mundo, y esas aflicciones fueron tales que pasó veinticuatro horas de sufrimiento sin saber por qué, y cuando la criatura nació al fin, fue la

admiración de todos, y nació muerta. El viajero no anda viajando para oír estas cosas. El aguardiente es una excelente y pintoresca idea, sí señor, poner aquí al amigo Daniel Sao Romão a ofrecerlo a los turistas, pero hay que tener cuidado con estas historias, conviene vigilar las confidencias del pueblo, qué van a pensar los extranjeros.

Daniel Sao Romão explica cómo se hace el aguardiente. Se levanta y le dice al viajero que lo acompañe, y él va, aquí está la materia prima, el bagazo de la uva, un troje lleno. «Pero el bagazo no es de buena calidad», dice el productor, y al viajero le pasma tanta honradez.

Desde que les echó el sermón a los peces, desde lo del Niño Jesús da Cartolinha, al viajero le preocupa la posibilidad de incidentes fronterizos: «¿Cómo va aquí esto? ¿Se llevan bien con los españoles?». La informante es una vieja de gran antigüedad que nunca de aquí salió, y por eso sabe de qué habla: «Sí, señor. Hasta tenemos tierras al otro lado». Confunde al viajero esta imprecisión de espacio y propiedad, y vuelve a quedar confundido cuando otra vieja menos vieja añade tranquilamente: «Y ellos tienen tierras también del lado de acá». Para sus botones, que no le responden, habla el viajero, y les pide auxilio de entendimiento. A fin de cuentas: ¿Dónde está la frontera? ¿Cómo se llama este país, aquí? ¿Es aún Portugal? ¿Ya es España? ¿O sólo Rio de Onor y sólo eso?

Estas reglas son otras. Por ejemplo, el muchacho que conduce la vacada lleva animales de todo el pueblo al pasto que es propiedad de todos. No queda mucho de la antigua vida comunitaria, pero Rio de Onor resiste: ofrecen pan y aguardiente a quien por allá va, y tiene uno una hoguera en la calle cuando anda el tiempo metido en lluvias o llega la invernada. Y si Daniel Sao Romão está en mangas de camisa, no se asombren los viajeros: está acostumbrado y no hace cumplidos.

Vuelve el viajero a pasar el puente. Es tiempo de irse. Aún oye la voz de una mujer llamando a los hijos: «¡Telmo! ¡Moisés!». Lleva consigo la memoria, el eco de estos nombres hoy tan raros, pero no consigue apagar otros sonidos que no ha llegado a oír: los gritos de la mujer a quien se le murió el hijo que no sabía que llevaba en sí.

Historia del soldado José Jorge

A las puertas de Braganza empieza a llover. Está así el tiempo, danzan por el cielo grandes nubes oscuras, parece como si el mundo, para imitar a las aldeas, se haya cubierto de pizarra, pero tejó mal, porque la lluvia cae por las goteras y el viajero tiene que refugiarse en el Museo del Abade de Baçal. Este cura era el padre Francisco Manuel Alves, que en Baçal nació, en 1865. Fue arqueólogo e investigador, no se contentó con sus obligaciones sacerdotales, y tiene obra valiosa y prolongada. Es, pues, justo que su nombre siga pronunciándose y sea referencia de este museo magníficamente instalado en el antiguo palacio episcopal. El viajero no es hombre de fáciles asombros, ha hecho sus viajes por Europa, donde no faltan otras grandezas, pero, midiendo en sí mismo las oscilaciones del sentimiento, concluye que debe de estar embrujado. De otro modo no se entiende su conmoción cuando pasa por las salas del museo, aquí tan lejos de la capital y de las capitales, sabiendo muy bien que se trata sólo de un pequeño museo de provincia, sin obras maestras, a no ser las del amor con que fueron recogidos y son expuestos los objetos. Piedras, muebles, pinturas y esculturas, cosas de etnografía, paramentos y todo colocado con orden y sentido. Aquí está *Pedra Amarela*, de Dordio Gomes, aquí están los excelentes trabajos de Abel Salazar, a quien ciertos críticos desdeñan llamándole aficionado. Al viajero le cuesta salir de allí, incluso bajo la lluvia fue al jardín, paseó entre las lápidas, respiró el olor de las plantas mojadas, y, al fin, cayó en meditación ante las «puercas» de granito, los verracos, también llamados aquí *berroes*: famoso animal éste, que en vida se desmanda, fertilísimo, en camadas de cerditos, ranchadas de quincena, y una vez muerto se desmanda en perniles, lomos, costillas, orejas, pies y cueros, dadivoso hasta el fin. Se dice que el origen de estas toscas piedras viene de la prehistoria. El viajero no lo duda. Para la gente de las cavernas y de las toscas cabañas que luego vinieron, el cerdo debía de ser la obra maestra de la creación. Y aún más la cerda, por las razones susodichas. Y cuando la Edad Media levantó las picotas de los municipios, puso como base de ellas a la cerda, animal protector, emblema y algunas veces guarda. No siempre son ingratos los pueblos.

El viajero sale a la lluvia. No quiere olvidar lo que ha visto, los techos pintados, los trajes típicos de Miranda, los herrajes, todo aquel mundo de objetos, pero sabe que, irremediabilmente, otras memorias apagarán éstas, las confundirán, es el triste sino de quien viaja. Guardará, con todo, para siempre, esta escultura del siglo XVI, una Virgen con el Niño, gótica, de ropajes que son un esplendor, quebrado el cuerpo por la cintura en una línea sinuosa que se prolonga más allá del rostro de purísimo óvalo, tal vez flamenco. Y como el viajero tiene excelentes ojos para contrastes y contradicciones, va comparando, bajo la lluvia, el cuadro de Roeland Jacobsz que representa a Orfeo amansando con música de arpa a las fieras salvajes, con otro, de autor anónimo quinientista, que muestra a San Ignacio devorado por los leones. Podía

la música lo que la fe no logró. No hay duda, piensa: hubo una edad de oro.

Absorto en sus reflexiones, no repara en que ha dejado de llover. Iba haciendo figura de despistado, con el paraguas abierto, espectáculo que todos hemos dado alguna vez, sonrisa incontenible. El viajero va al castillo, sobre las calzadas estrechas y empedradas a la antigua, aprecia la picota, con su cruz encima y su puerca debajo, y da la vuelta a la Domus Municipalis, que debía estar abierta y no lo está. Quien la ve en fotografía la cree rectangular, y queda sorprendido al dar con cinco lados desiguales que un niño no dibujaría. Qué razones pueden haber llevado a este trazado, no se sabe o lo desconoce el viajero. Y mucho más que averiguar si la construcción es romana, o si viene del dominio griego o si es simplemente medieval, lo que intriga al viajero es este pentágono torcido al que no encuentra explicación.

De la iglesia de Santa Maria do Castelo el viajero sólo ve el portal, y como no es muy sensible a las exuberancias barrocas, da más atención al grano del granito que a los racimos y hojas que se enrollan en las columnas salomónicas. Más tarde dará lo dicho por no dicho y reconocerá la dignidad particular del barroco, pero, antes de que eso ocurra, queda aún mucho por andar. De iglesias de Braganza poco más le interesó, a no ser, y por motivos de corta historia, la iglesia de San Vicente, donde, según reza la tradición, se casaron clandestinamente don Pedro y doña Inés de Castro^[3]. Así será, pero de las piedras y paredes de entonces nada queda, y el lugar nada sugiere de tan grandes y políticos amores.

¿Está vista Braganza? No lo está. Pero no se le pida al viajero, que tiene otras tierras por ver, como ésta capaces de retener a un hombre para el resto de la vida, no por particulares merecimientos sino porque es ésa la tentación de las tierras. Y cuando se dice para el resto de la vida, se dice también para más allá de ella, como es el caso del soldado José Jorge, que vamos a contar.

Digamos antes, para entendimiento completo, que el viajero tiene un gusto probablemente considerado mórbido por gente que se alabe de normal y habitual, y es que, dándole la gana o el gusto o la disposición de su espíritu, suele visitar los cementerios, apreciar la escenificación mortuoria de memorias, estatuas, lápidas y otras conmemoraciones, y de todo eso sacar la conclusión de que el hombre es vanidoso incluso cuando ya no tiene razón alguna para seguir siéndolo. Resultó estar propicio el día para estas reflexiones, y quiso el azar que los pasos vagabundos del viajero lo encaminaran al lugar donde ellas más se justifican. Entró, circuló por las calles barridas y frescas, iba leyendo las inscripciones cubiertas por los líquenes y roídas por el tiempo, y, dando vuelta entera, fue a dar con una tumba rasa, aislada de las pompas de la congregación de fallecidos, rodeada por una verja baja, en la que había un dístico que así rezaba: «Aquí yace José Jorge. Fue sentenciado a muerte el 3 de abril de 1843». El caso era intrigante. ¿Qué muerto célebre era éste, con lugar marcado y ocupado hace casi ciento cuarenta años, puesto aquí, al pie del muro, pero no abandonado, como se ve por las letras recién pintadas, nítido blanco sobre negro retinto? Alguien lo sabrá. Allí al lado mismo estaba la barraca del sepulturero, y el

sepulturero dentro. Dice el viajero: «Buenas tardes. ¿Puede darme una información?». El sepulturero, que estaba de charla con una mujeruca en aquel suave acento transmontano, se levanta del banco y se pone a sus órdenes: «Sí, señor, sí lo sé». Lo sabe, seguro, es pregunta del oficio, no quedaría bien que se callase. «Aquel José Jorge de ahí, ¿quién fue?». El sepulturero se encoge de hombros y sonríe: «¡Ah! Eso es una historia antigua». Que lo sea, no es novedad para el viajero, que bien lo vio en la fecha. Prosigue el cavador de esta viña: «Dicen que era un soldado que vivió en aquellos tiempos. Un día, un amigo le pidió prestado el uniforme, sin decir para qué, pero como eran amigos el soldado nada preguntó, el caso es que más tarde apareció una muchacha muerta y todo el mundo empezó a decir que la había matado un soldado y que ese soldado era José Jorge. Parece que el uniforme había quedado sucio de sangre, José Jorge no pudo explicar, o no quiso, por qué había prestado el uniforme». «Pero si dijera que lo había prestado, salvaría su vida», dice el viajero, que se envanece de su espíritu lógico. Respondió el sepulturero: «Eso ya no lo sé. Sólo sé lo que me contaron. Es una historia que viene ya de mi abuelo, y del abuelo de él. Se calló José Jorge, el amigo se hizo el sueco, ruin amigo sería, digo yo, y José Jorge fue ahorcado y luego enterrado ahí. Aquí hace muchos años quisieron levantar un panteón, pero dieron con el cuerpo en perfecto estado, volvieron a tapanlo y ya nunca más volvieron a revolver». Preguntó el viajero: «¿Y quién le repinta esas letras tan bien hechas?». «Eso, soy yo», respondió el sepulturero.

El viajero agradeció la información y siguió su camino. Había empezado a llover otra vez. Se quedó un momento parado junto a la verja, pensando: «¿Por qué nació este hombre? ¿Por qué murió?». El viajero se interesa siempre por esas preguntas sin respuesta. Luego, confusamente, piensa que tal vez le hubiera gustado conocer a este soldado José Jorge, tan de fiar y tan callado, tan amigo de su amigo, y al fin reconoce que hay milagros y otras justicias, incluso postumas y de ningún provecho, como esta de estar incorrupto el cuerpo ciento cuarenta años después. Sale el viajero del camposanto agarrado a su paraguas, y baja hacia el centro de la ciudad, imaginando dónde alzarían la horca, si aquí en la plaza principal o en el recinto del castillo, o en esos arrabales, y la ceremonia de la ejecución, los tambores redoblando, el pobre hombre con las manos atadas y la cabeza baja, mientras en Rio de Onor una mujer estaría dando a luz un niño y en la iglesia de Sacoias el cura bautizaba a otro.

Por la noche, el viajero fue a visitar a unos amigos y se quedó con ellos hasta tarde. Cuando salió, se equivocó de camino y fue a dar a la carretera de Chaves. Seguía lloviendo.

Tentaciones del demonio

Hay quien no garantiza nada sin jurar, hay quien se niega a decir más que sí y no. Digamos que el viajero está en el término medio de estas posiciones, y sólo por eso no hace juramento formal de sólo viajar, en el futuro, por este tiempo brumoso y de lluvias, en otoño, cuando el cielo se esconde y las hojas caen. Bello es siempre el verano, sin duda, con su sol, su playa, su parra de sombra, su frescor, pero qué dirá de este camino entre bosques donde la bruma se deshilacha o adensa, a veces ocultando el horizonte próximo, otras veces desgarrándose hacia un valle que parece no tener fin. Los árboles tienen todos los colores. Si alguno falta, o casi se esconde, es precisamente el verde, y, cuando aún se mantiene, está ya degradándose, adoptando el primer tono del amarillo, que comenzará por ser vivo en algunos casos, después surgen los matices terrosos, el castaño pálido, luego oscuro, a veces de un color de sangre viva o cuajada. Estos colores están en los árboles, cubren el suelo, son kilómetros gloriosos que al viajero le gustaría recorrer a pie, aunque fuera a ir tan lejos como de Braganza a Chaves, que es su primer destino de hoy.

Se dice, en corriente estilo, que los árboles en la niebla son como fantasmas. No es verdad. Los árboles que aparecen entre estas nieblas tienen una presencia intensísima, son como gente que viene a la carretera y saluda a quien pasa. El viajero se detiene, mira hacia el valle, y tiene una impresión que le parece hasta imposible: le gusta no ver nada, sólo este albor indescriptible que más allá se volverá a rasgar para mostrarle otra vez el bosque, en este mundo casi deshabitado que se prolonga hasta Vinhais.

Pero lo mejor de este día será el paso del río Tuela. De puente no tiene memoria el viajero, ni siquiera del río, que tal vez sea, y sólo eso, un espumeo de agua entre las piedras, pero esto es lo que tiene para ofrecernos cualquier río o arroyo de estos lugares. Lo que el viajero no olvidará mientras viva, es la belleza sofocante del valle en este lugar, en esta hora, en esta luz, en este día. Tal vez en agosto o en mayo, o mañana, todo sea diferente, pero ahora, exactamente ahora, el viajero sabe que vive un momento único. Se le dirá que todos los momentos son únicos, y es verdad, pero él responde sencillamente que ningún momento es éste. Se ha levantado ya la bruma, sólo sobre la cresta de los montes se van arrastrando unas nieblas andrajosas, y aquí el valle es un inmenso verde prado, con los árboles que lo cortan y lo pueblan en todas direcciones, leonados, de oro, negros, y hay un profundo silencio, total, raro, angustioso, pero que es necesario para esta soledad, para este minuto inolvidable. El viajero se va, no puede quedarse aquí para siempre, pero afirma y jura que, en cierto modo que no sabe ni cómo explicar, sigue sentado al borde de la carretera, contemplando los árboles, mirando esta primera puerta del paraíso.

Entre Vinhais y Rebordelo la lluvia fue constante. Este camino es una fiesta que el cielo acompaña enviando todo cuanto tiene que mostrar. Ahora, empieza a surgir entre las nubes el primer azul aguado, la primera promesa de treguas. Y, mientras el

viajero se aproxima a Chaves, ya es mucho mayor el espacio de cielo limpio, las nubes cumplen con su obligación y aprovechan el viento alto, pero recogieron la lluvia, son flotilla de barcos de recreo, todos con velas blancas y gallardetes. Bien está que así sea: no merecía otra cosa la vega de Chaves. Desdoblada en las dos márgenes del Tâmega, se divide en canteros cultivados con minucia, trabajo de hortelanos y de aurífices. El viajero, que viene de paisajes agrestes y de rudezas primitivas, tiene que habituarse otra vez a la presencia del trabajo transformador.

Antes de entrar en Chaves, el viajero va a Outeiro Seco, unos tres kilómetros al norte. Allí, a la entrada de la población, está la iglesia de Nossa Senhora de Azinheira, pieza románica del siglo XIII, célebre, en muchas leguas a la redonda, no tanto por sus merecimientos arquitectónicos, o tal vez algo por eso, pero sobre todo por escogerla para matrimonios y bautizos las clases altas de la región. Van hasta allí desde Vila Real, desde Guimarães, y hasta de Porto. Por la noche, cuando las piedras pueden hablar sin testigos, debe de haber grandes conversas entre ellas, quién estaba, quién se casó o quién salió bautizado, cómo iba vestida la novia, y si la madre de ella lloraba con la conmoción natural de las madres que ven salir a las hijas de su regazo, hoy mucho menos protector que antiguamente.

Estaba el viajero en este su filosofar barato, y oía distraído el resto de las explicaciones que le daba la mujer de la llave, desencantada de su casa doscientos metros más allá, cuando de la parte de atrás de la iglesia se levantó un alto llanto, de mujer también, un gemido lacerante, como si de sí mismo se quejase. El viajero se estremeció, y jura que se estremecieron en las paredes las figuras de los frescos. Miró sorprendido a la mujer de la llave, y más sorprendido aún quedó al verla con una sonrisita de burla nada propia de aquel lugar y situación. «¿Qué es esto?», preguntó. Y la mujer de la llave respondió: «¡Ah! No es nada. Es una mujer a quien se le murió la hija y viene todos los días a llorar al cementerio. Una exagerada. Y cuando ve a alguien cerca, es cuando grita más».

Gritos, los había, sin duda. El viajero ya no tenía ojos para los capiteles. Salió al atrio y se acercó al muro del cementerio, que está en un rebaje del terreno, detrás de la iglesia, como queda ya dicho. Allí estaba la mujer que lloraba, y gemía, y gritaba, de pie, y habiéndose acercado a ella el viajero, oyó que echaba un largo discurso, tal vez siempre el mismo, casi una invocación, un ensalmo, un conjuro. Tenía la mujer un retrato en la mano y a él hablaba y suspiraba. Desde encima del muro, el viajero, pese a los malos ojos que tiene, vio que la retratada era una muchachita jovencísima, y hermosa. Se atrevió a preguntar qué disgusto era aquél. Y supo la historia de una hija que salió del regazo de su madre para emigrar, allá a las Francias de costumbre, donde se casó y murió a los dieciocho años. Mientras iba oyendo, el viajero se juraba a sí mismo no acercarse jamás a un cementerio, al menos durante este viaje. Sólo casos tristes de injusticias, un soldado ahorcado inocente, una muchachita en flor. Y como el dinero cuesta mucho de ganar, no se olvidó la madre dolorosa de informar al viajero de que, sólo el transporte del cuerpo desde Hendaya a Portugal, había costado

cuarenta mil escudos. Se alejó abrumado el viajero, dio la propina a la mujer de la llave, que sonreía malévolamente, y se lanzó a la carretera, camino de Chaves. Era la hora del almuerzo.

La ciudad es chiquita y amable, quiero decir, pequeña de proporción, pero con suficiente tamaño para ser un lugar grato para vivir. Al Largo do Arrabalde todo va a dar, y es de allí de donde todo parte. El viajero ha comido ya y va a dar una vuelta por el lugar. Visita la parroquia, que tiene la singularidad de dos pórticos a pocos palmos de distancia entre sí, uno románico, el de la torre campanera, otro renacentista, el de la fachada, y de pensamiento alaba a quien para construir el segundo pensó que debía preservar el primero. Alaba también el viajero, que está en marea de loores, quizá por la buena comida que ha hecho en Chaves, alaba, digo, la cantería aparejada de la nave, alaba la magnífica estatua de Santa María Mayor, antiquísima pieza que se muestra en el ábside. Y sale alabando al sol que lo espera en la calle y lo acompaña hasta la iglesia de la Misericordia, toda ella de columnas torsas, como la cabecera de una cama de bolillos. Allá dentro, paneles de azulejos cubren de arriba abajo la nave y son una fiesta para los ojos. El viajero recorre lentamente aquellos paisajes, investiga aquellas figuras, y sale contento.

El viajero no va a todos los castillos que ve. Algunas veces se contenta con verlos desde fuera, pero le irrita siempre el dar con uno cerrado. Siempre le parece que los cerrados son los mejores y se queda con esta obstinación frustrada hasta que el buen sentido lo convence de que sólo le parecen los mejores por estar cerrados. Son flaquezas que se disculpan. Pero la torre del homenaje, que en lo alto de la ciudad se levanta, tiene, además, un aspecto impenetrable, con aquellos lisos lienzos de muro, aún más frustrantes. Paciencia. El viajero vuelve sus atenciones a los miradores de la Rua Direita, saledizos de madera pintados de colores oscuros y cálidos, molduras que enmarcan las blancas superficies de las paredes encaladas. Es un modo de vivir antiguo, pero encima de los tejados florecen lozanas las antenas de televisión, nueva tela de araña que ha caído sobre el mundo, bien y mal, verdad y mentira.

Ahora, hay que elegir. Desde Chaves se va a todas partes, frase que más parece un tópico (desde cualquier sitio se va a cualquier sitio), pero aquí, hacia el oeste están las sierras de Barroso y de Larouco, hacia abajo la de Padrela y la de Falperra, y esto sólo por hablar de alturas y altitudes, que no faltan otras y tan buenas razones para la perplejidad en que el viajero se encuentra. Vino a prevalecer una que sólo él, probablemente, será capaz de defender. Se ha enamorado de un nombre, del nombre del lugar que está en el camino de Murça: Carrazedo de Montenegro. Es poco, es suficiente: que cada uno piense lo que quiera. Pero esta decisión no se ha tomado sin un intenso debate interior, tanto es así que el viajero se engañó de camino y tiró por la carretera que sigue hacia Vila Real, por Vila Pouca de Aguiar. Hay horas felices, hay errores que no lo son menos. El valle que se prolonga a partir de Pero de Lagarelos es otro de esos que el viajero nunca olvidará, y si es verdad que unos kilómetros más allá enmendó el camino y volvió hacia atrás, eso mismo hay que tomárselo como

muestra de buen sentido. De continuar, habría de asistir al fin de aquel hermosísimo paisaje, naturalmente, porque todo tiene su fin. Pero, en este caso, no. En la memoria del viajero quedó intacto el valle profundo y neblinoso, cubierto de delgadas brumas, tenuísimas, que parecían avivar mejor los colores vegetales, contra lo que se puede y debe esperar de las brumas. No viéndolo todo, el viajero se quedó con lo mejor.

Y Carrazedo de Montenegro, ¿valió la pena? Tiene dos estatuas de granito, cuatrocientistas, preciosos ejemplos del poder expresivo de un material poco dúctil pero que el viajero en mucho estima.

Hay, encima de una puerta lateral, un San Gonzalo de Amarante rudo, tosco, de gran cayado, una especie de maza matagigantes, colocado, el santo, sobre un puente de tres arcos de vaciado que apenas se apunta. Tendrá Carrazedo de Montenegro mucho más, en gentes, piedra y paisaje. Pero en Carrazedo de Montenegro fue por primera vez tentado el viajero por el diablo, y de esta su victoria se alimentó en futuras tentaciones oscuras, otras tentaciones que volvió a vencer. Nunca sabe el viajero lo que le espera cuando se lanza al camino. Quede aquí la advertencia.

La carretera pasa por allí mismo, junto a la iglesia, que es desmedidamente alta, una enorme construcción teniendo en cuenta que no es precisamente parroquia de una Babilonia. El viajero deja el automóvil y va dando la vuelta al templo, apuntando al aire las narices, mirando canterías, en busca de una puerta que le dé entrada. Al fin, cuando ya creía tener que desistir o buscar un guía competente, dio con una escalera interior y, allá en lo alto, con una puerta entornada. Sería el acceso hacia el campanario. No llegó el viajero a confirmar la hipótesis, o de ello no guarda recuerdo ahora, pero, habiendo subido las escaleras y empujado discretamente la puerta, dio tres pasos y se halló en el coro alto, excelente punto de vista para abarcar toda la nave. El viajero se inclinó sobre la balaustrada, permaneció allí su tiempo, es un viajero que, pudiendo, lo ve todo con el debido vagar, y cuando al fin se retiraba, sin viva alma que en la iglesia estuviera de oración o vigía, da con una imagen allí a un lado, una Nuestra Señora con ángeles a los pies, bien a propósito para arramblar con ellos. Se acercó para apreciarla mejor, y en este instante, venido sin duda del campanario, aparece el demonio, tan cómodo él que ni disfraz traía: era peludo, rabudo y barbado en punta, como mandan las reglas. Dice el tentador: «Conque andas de viaje, ¿eh?». El viajero se tutea con mucha gente, pero no con el enemigo. Y respondió secamente: «Ando. ¿Desea usted algo?». Vuelve el maligno: «Venía a decirte que esos ángeles están sujetos sólo por un espigón. Tiras, y te quedas con ellos en las manos. La Virgen, mejor que la dejes, es muy pesada, grande, y te verían al salir». El viajero se enfadó. Agarró al diablo por un cuerno y le soltó, imperante: «O se larga usted de aquí, o le arreo un puntapié en la rabadilla que va volando a casa». Es decir, al infierno. El diablo, tan aparatoso, es cobarde, pese a todo. Tenía el viajero más que decirle, pero se quedó con la palabra en la boca: visto y no visto. Sorprendidísimo con la osadía de Pero Botero, el viajero se dirigió a la salida. Abrió la puerta, bajó los primeros peldaños, miró la población desde aquel alto. Nadie a la

vista, ni pasaban coches por la carretera. Entonces el viajero volvió atrás, entró de nuevo en el coro, se acercó a la imagen que piadosamente lo miraba e hizo lo que el diablo le había enseñado: agarró un ángel, tiró y se quedó con él en la mano. Durante tres segundos cielo y tierra se pararon a ver qué iba a acontecer: ¿se perdía aquella alma, o se salvaba? El viajero volvió a colocar al ángel en su sitio, y bajó la escalera mientras iba rezongando que no son maneras propias de una iglesia empalar así a los tiernos angelitos como si fueran unos ganimedes cualquiera. Se rió la tierra, enrojeció el cielo avergonzado, y el viajero continuó viaje hacia Murça.

La carretera, que sigue por altos parajes, después de la salida de Carrazedo deja de acompañar al río Curros. Son estas tierras grandes desiertos, se andan kilómetros sin ver gente, y cuando surge de repente una población que no se espera, se llama Jou, qué lindo nombre, y hay modestos caminos que llevan a Toubres, a Valongo de Milhais, a Carvas, el viajero va repitiendo estas palabras, las saborea, no precisa otro alimento. Nuestros antepasados eran gente imaginativa, o estaba la naciente lengua portuguesa mucho más suelta en sus movimientos de lo que hoy está, cuando nos vemos en apuros para bautizar nuevos lugares habitados, qué gracia tiene Vila Esto, Vila Aquello.

Así discurriendo va el viajero posando los ojos en el paisaje, en el gran consuelo de estos montes y de estas vegetaciones, bravas o cultivadas, en las piedras y en los roquedales, en los gigantescos lomos de las sierras, que hasta uno se olvida de que para allá abajo quedan leguas y leguas de llanura.

El viajero entra en Murça, tierra de mucha fama y opinión, que tuvo en tiempos el soberbio rasgo de humor de poner sobre un pedestal una enorme marrana de granito, hermana mayor de las que por aquí se dispersaron. Allí está, en la plaza principal, toda ella lomo y costillar, jamones inagotables, gruñéndole a quien pasa. Ha ascendido del cuchitril a la pureza de la lluvia que la lava, del sol que la seca y conforta, en medio de un jardincillo que el ayuntamiento defiende con cuidado. El viajero va de vinos, que es otra y no menor fama de esta tierra, compra unas botellas, y habiendo suplido así futuros apetitos, va a dar una vuelta por el pasado apreciando la fachada de la Capela da Misericordia, que es como un retablo de altar sacado a la luz del día. Estas columnas torsas, estos follajes esculpidos con artes de botánico, repiten modelos, copian patrones, pero, cada vez, renuevan el deslumbramiento de la piedra trabajada por instrumentos de platero o filigranista. Unos pájaros de piedra posados en los pináculos vuelven la cabeza para atrás, desdeñosos, ¿o tendrá el gesto un significado místico que el viajero desconoce? Lo más cierto, con todo, es que se estén riendo de las impacencias del viajero cuando, pasado el río Tinhela, entra en el laberinto de las no menos afamadas curvas de Murça, ese andar y desandar que le lleva a uno a desear tener alas para volar en línea recta. Al fin se llega a Vila Real, y, tras haber pasado el viajero por tan malos caminos, se pasma de este privilegio, la avenida del cinturón, pista de carreras para bólidos de fuera y de dentro. Hay grandes contrastes en la vida, y ahora mismo, al entrar en la ciudad, ve el viajero la

exageración de una piedra de armas toda ornamentada de volutas y penachos, de tal manera que más abultan los adornos barrocos que las prosapias del blasón. Se sentiría tentado el viajero a ver en esto un signo de modestia, si no fuera porque es la piedra de tamaño descomunal, que mucho esfuerzo debió de costar al cantero que la hizo.

Casa Grande

Vila Real no es ciudad afortunada. Tendrá con todo el viajero que explicarse mejor si no quiere provocar las iras de sus naturales, tan inmerecidamente desacreditados con estas palabras. Realmente, ¿qué se puede decir de una tierra que tiene, a naciente, Mateus; a poniente, el Marão; al sur, el valle del Corgo, y el otro, paralelo, por donde no corre río de agua pero fluye dulzor de viñas? Viajero que aquí se encuentre, por fuerza ha de andar distraído pensando en lo que tan cerca tiene. Y hay aún otro motivo especial, que está al norte, llamándolo: «¡Ven! ¡Ven!», y tan imperiosa es la llamada que el viajero, al despertar, se pone de repente nerviosísimo, le entra gran prisa, y en dos saltos está ya en la escalera. No lo espera mina de oro o cita secreta, pero esta mañana es ciertamente gloriosa, de blancas nubes, grandes y altas, y un sol que parece enloquecido.

A pocos kilómetros de Vila Real está Vilarinho de Samardã. Tienen que perdonarle al viajero estas flaquezas: venir de tan lejos, tener a mano cosas tan ilustres como un palacio viejo, dos valles, cada cual con su belleza, y correr alborozado a dos pobres aldeas, sólo porque por allí anduvo y vivió Camilo Castelo Branco. Unos van a La Meca, otros a Jerusalén, muchos a Fátima; el viajero va a Samardã. Por esta carretera siguió, a caballo o de tartana, el loco de Camilo siendo joven. En Vilarinho pasó, son sus palabras, «los primeros y únicos felices años de su juventud», y en Samardã se dio el señalado caso del lobo que resistió cinco tiros y acabó comiéndose la mitad de la oveja que faltaba. Son episodios de vidas y libros, razón más que suficiente para que el viajero se lance a la busca de la casa de Vilarinho, preguntando a unas mujeres que estaban en la alberca, y ellas indican más allá. Y allá está el dístico, justo al lado del umbral de la puerta, pero esta casa es particular, no tarda en venir alguien. Aún tuvo el viajero tiempo para oír el zumbido de las abejas y seguir a lo largo de la casa, mirando los barandales corridos y deseando ingenuamente vivir allí, y de pronto aparece ante él una señora indagando a qué vienen esas curiosidades. Es sobrina-biznieta de Camilo, pariente cumplidora que da respuesta a las preguntas del viajero. A los pies de ambos corre un reguero de agua, y las abejas no callan. Hay realmente momentos felices en la vida.

Pero no duran. A la delicadeza de la señora no se le puede pedir más, loco es el viajero si cree que le van a ofrecer la casa, que no hay razón para eso, y entonces se retira, da las gracias, va a dar una vuelta por la aldea. Hay un gran eucalipto, plantado en 1913, árbol enorme cuyas ramas más altas rozan la panza de las nubes. Las lavanderas dicen: «Buen viaje», y el viajero sigue su camino confortado. Allá delante se ve Samardã, lugarejo incrustado en la ladera del monte, apostamos a que está tal como Camilo lo dejó. Esta casa, por ejemplo, con la fecha de 1784 en el dintel, vio a Camilo en este mismo sitio donde el viajero pone los pies, el mismo espacio ocupado por ambos, en tiempos diferentes, con el mismo sol sobre la cabeza y el mismo perfil en los montes. Hay moradores que se asoman al camino, pero el viajero está en

comunicación con el más allá, no está para nada de este mundo, que le perdonen por esta vez. El viajero alarga la vista por la falda cóncava del monte, busca inconscientemente el foso donde la oveja tiñosa sirvió de cebo para el lobo hambriento, pero se da cuenta a tiempo de que los tiempos son otros, andan los lobos más lejos, adiós.

Vuelve el viajero a Vila Real, y, ahora, sí, cumplirá el ritual. Lo primero será Mateus, el palacio del mayorazgo. Antes de entrar, hay que pasear por este jardín sin ninguna prisa. Por muchos y valiosos que sean los tesoros de dentro, soberbios seríamos si despreciáramos los de fuera, estos árboles que del espectro solar sólo han descuidado el azul, que lo dejan para uso del cielo; aquí están todos los matices del verde, del amarillo, del rojo, del castaño, rozando incluso las franjas del violeta. Son las artes del otoño, este frescor bajo los pies, esta maravillosa alegría de los ojos, y los lagos que la reflejan y multiplican. De repente, el viajero cree haber caído dentro de un caleidoscopio, viajero en el País de las Maravillas.

Vuelve en sí mirando de frente al palacio. Es una belleza maltratada en rótulos de botellas de un vino sin espíritu, pero que, por gracia de Nasoni, su arquitecto, se mantiene intacta. Cosas así no se describen, y, si es cierto que el viajero resulta sensible a las simplicidades románicas, es capaz también de no caer en tozudeces estultas. Por eso no se resiste ante esta gracia cortesana, ante el golpe de genio que es la ocupación del espacio superior por unos pináculos a primera vista desproporcionados. El patio parece encogido, y ésta es la primera señal de la intimidad interior. Las grandes losas de granito resuenan, el viajero siente allí el mismo misterio de las casas de los hombres. Allá dentro está lo que espera: el cuadro, el mueble, la estatua, el grabado, cierta atmósfera de sacristía galante luchando contra las poderosas erudiciones de la biblioteca. Aquí están las planchas de los grabados originales de Fragonard y de Gérard para la edición de *Os Lusíadas*, y, quien sea fácil de satisfacer en materia de arrobos patrios, encontrará autógrafos de Talleyrand, Metternich, Wellington, también de Alejandro, zar de las Rusias, todos agradeciendo el agasajo del libro que no sabían leer. Con todo el respeto, el viajero cree que lo mejor de Mateus es aún Nicolau Nasoni.

El mundo no está bien organizado. Ya no es sólo la complicada historia de lo que a unos falta y a otros sobra, es, para este caso de ahora, el grave delito de no traer a esta carretera a todos los portugueses de aquí y de más allá para que en sus ojos quede la formidable impresión de estas laderas cultivadas en bancales, cubiertas de viñas de arriba abajo, la grafía de los muros de sostén que van acompañando las curvas del monte, y los colores, cómo podrá el viajero describir lo que son estos colores. Es el jardín del solar de Mateus prolongado hasta el horizonte distante, es el bosque junto al río Tuela, es un cuadro que nadie podrá pintar, es una sinfonía, una ópera, es lo inexpresable. Por eso quisiera ver en esta carretera un desfile ininterrumpido de compatriotas, siempre por ahí abajo hasta Peso da Régua, parándose para echarles una mano a los vendimiadores monte arriba, aceptando o pidiendo un racimo de uvas,

oliendo el mosto en los lagares, metiendo en él los brazos y sacándolos tintos en sangre de la tierra. El viajero tiene estos devaneos, y espera que los disculpen, porque son de fraternidad.

Va la carretera en su sosiego de curva y contracurva, ahora baja, ahora sube, y en la ladera de allá se ven mejor las casas, que hasta concuerdan con el paisaje. No son yermos estos lugares. Tiempo hubo, antiquísimo, en que estos montes de pizarra fueron erizadas y aterradoras masas, recocidas por los soles del verano o barridas por cataratas de aguas en los grandes temporales, inmensas soledades minerales que ni para destierro servían. Después, vino el hombre y empezó a fabricar tierra. Desmontó, batió y volvió a batir, hizo como si desmigajase las piedras en las gruesas palmas de la mano, usó el mazo y el azadón, apiló, formó muros, kilómetros de muros, y decir kilómetros será decir poco, miles de kilómetros, sin contar todos los que por el país fueron levantados para sostener la viña, el huerto, el olivar. Aquí, entre Vila Real y Peso da Régua, el arte del bancal alcanza su perfección, y es un trabajo nunca concluido, es preciso escuadrar, atender a la tierra que se desliza, a la losa que se desmorona, a la raíz que hace de palanca y amenaza con precipitar el muro hasta el fondo del valle. Vistos de lejos, estos hombres y estas mujeres parecen enanos, naturales del reino de Liliput, pero desafían en fuerza a las montañas y las mantienen domesticadas. Son gigantes, y esto no pasa de imaginación del viajero, que la tiene pródiga, cuando uno ve que tienen estos hombres su tamaño natural, y basta.

La comida fue en Peso da Régua, y de ella no quedó olor ni sabor para la memoria. Aún sentado a la mesa, el viajero consulta sus grandes mapas, sigue con un dedo descifrador el trazado de las carreteras, y lo hace lentamente, con un placer de niño que está descubriendo el mundo. Tiene sus proyectos, por esta orilla del Duero hasta Mesão Frio, pero de pronto le viene una gran nostalgia del camino que acaba de recorrer, y ante nostalgias así ¿qué va a hacer el viajero sino rendirse? Lo más que puede hacer, y con eso no perdió, fue subir hasta Fontelas, y más arriba, entre las quintas, viendo desde lo alto de las terrazas de las viñas, el río al fondo, deteniéndose con una gran paz en el alma ante los pazos recogidos y pequeños, nietos rústicos de Nasoni, arquitecto santísimo que a estas tierras vino y en ellas felizmente abundó en prole. Vuelve el viajero a bajar a Peso da Régua, atraviesa la villa sin detenerse, y es un viajero atormentado por la duda, que tanto le lleva su voluntad a subir hasta Vila Real como a quedarse por las laderas de Fontelas y Godim, entre los muros, llamando a los portones de las quintas como los chiquillos, y huyendo ante el ladrido de los perros. Santa vida.

Fácilmente se comprende que el viajero se deje mecer por los recuerdos de su propia infancia, pasada en otras tierras, y de esa distracción despierta en las alturas de Lobrigos: pasmado una vez más ante los viñedos, sin duda es ésta la octava maravilla del mundo. Pasa Santa Marta de Penaguião, Cumeeira hasta Parada de Cunhos, y ahí, dándole la espalda al río Corgo, se enfrenta con el Marão. Parece la seca enunciación de un itinerario, y es, al contrario, un gran paso en la vida del viajero. Atravesar la

sierra del Marão es algo que puede hacer cualquiera, pero, cuando se sabe que Marão significa Casa Grande, las cosas ganan su aspecto verdadero, y el viajero sabe que no va sólo a atravesar una sierra, sino a entrar en una casa.

¿Qué hace cualquier visitante al entrar? Se quita el sombrero, si lo usa, baja ligeramente la cabeza, si la lleva al descubierto, da en fin las debidas muestras de respeto. Este viajero se convierte en visitante, y entra, con el alma ya convenientemente lavada tal como en la esterilla se limpian los pies. El Marão no es la aguda cima, el peñasco vertiginoso, un desafío para alpinistas. Queda ya dicho que es una casa, y las casas son para que en ellas vivan los hombres. Ahora, todo el mundo puede subir. ¿Podrá hacerlo realmente? Los montes se suceden, cubren el horizonte, o lo desgarran para que podamos ver otro monte aún mayor, y son redondos, enormes dorsos de animales tumbados al sol y para siempre inmóviles. En los profundos valles se oye el rumor del agua, y de las laderas, por todos lados, caen torrentes que luego acompañan a la carretera en busca de una salida hacia el nivel bajo, de escalón en escalón, hasta caer de lo alto o mansamente desembocar en la corriente principal, que es sólo afluente de afluente, aguas que tanto pueden ir a dar al Corgo, que quedó allá atrás, como al Duero, muy al sur, como al Tâmega, que espera al viajero.

Y están los bosques. Vuelve el viajero a decirse afortunado por viajar en otoño. No se describe un árbol, ¿cómo se va a describir un bosque? Cuando el viajero mira la ladera del monte frontero, lo que ve son los altos fustes de los troncos, las copas opulentas o famélicas, escondiendo el humus, el helecho, el blando matorral de estos lugares. Así se entera de que viaja, también él, en lo invisible, se ha convertido en un gnomo, duende, bichito que vive bajo una hoja caída y sólo vuelve a ser hombre cuando, espaciadamente, muy de tarde en tarde, el bosque se interrumpe y la carretera corre a cielo abierto. Y siempre el murmullo de las aguas, frigidísimas, y las nubes vagando por el cielo, es un murmullo que pasa, ¿cómo serán aquí las tempestades? Atravesar la sierra de Marão, desde Vila Real a Amarante, debería ser otra imposición cívica, como pagar los impuestos o inscribir a los hijos en el registro. Enraizado en el Duero, el Marão es tronco tendido de un gran árbol de piedra que se prolonga hasta el Alto Minho y entra por Galicia adentro: se refuerza en Falperra, y se abre, monte sobre monte, por Barroso y Larouco, por Cabreira y Gerês, hasta Peneda, en los altos de Lindoso y de Castro Laboreiro.

Allá iremos. Ahora está el viajero entrando en Amarante, ciudad que parece italiana o española, el puente y las casas que en la orilla izquierda del Tâmega se inclinan, el balcón de los reyes vuelto hacia la plaza, y este hotel modestísimo cuyos miradores traseros dan al río, donde a esta hora del atardecer se lanza una neblina, tal vez sólo polvareda de agua precipitada en los rápidos, rumor que poblará los sueños del viajero, para felicidad suya. Pero, antes, cenará en el Zé da Calçada, con provecho y gusto. Y al atravesar el puente, no echará otro sermón, sino que pensará: «Lo que habrá visto éste». Más habría visto el que en este lugar existió, construido en el

siglo XIII por el San Gonzalo de aquí y pueblos de Ribatámega. Buenos tiempos aquellos en los que el santo llevaba la argamasa al albañil y quedaba muy agradecido.

La guarida del lobo manso

Cuando el viajero despertó, apenas aclaraba el día y se dio cuenta de que no había sido sólo el murmullo del río lo que le había arrullado. Llovía, y las goteras vertían cataratas sobre las losetas del mirador. Acostumbrado ya a viajar con todo tipo de elementos, se encogió el viajero de hombros bajo las mantas y volvió a quedarse dormido como un ángel. No podía hacer cosa mejor. Al levantarse, ya avanzada la mañana, el cielo estaba descubierto, el sol andaba formando arco iris pequeños en las gotas colgadas de las hojas. Era una fiesta. El viajero se horroriza al pensar en el calor que haría si ya fuera verano. La primera visita es al Museo Albano Sardoeira, donde hay algunas piezas arqueológicas de interés, unas tablas quinientistas que merecen atención, pero, por encima de eso y de lo demás, están los Amadeu, soberbias telas del período 1909 a 1918 con un oficio que se muestra en el esplendor de la última pincelada, como si el pintor, acabada la obra, hubiera salido a toda prisa para su casa de Manhufe, donde lo estaba esperando la vendimia. Tiene además el museo unos Eloi, unos Dacosta, unos Cargaleiro, pero es Amadeu de Sousa Cardoso lo que atrae la atención demorada del viajero, que contempla aquella prodigiosa materia, succulenta pintura que se desquita del exotismo orientalista y medievalizante de los dibujos que, en reproducción reducida, ha comprado el viajero humildemente.

Está visto que la paciencia es una gran virtud. Dígalo, si no, San Gonzalo, que en el siglo XIII construyó el puente anterior a éste y tuvo que esperar cinco siglos para que le dejaran lugar para una tumba en la que no está, pero donde no faltan las ofrendas. El viajero dice esto con cierto aire de broma, manera conocida de compensar el susto que pasó cuando, al entrar en una capilla de techo bajísimo, dio con la gran estatua yacente, coloreada como de persona viva. Estaba el lugar medio a oscuras y el susto fue de muerte. Están pulidos los pies del milagroso santo con las caricias y tocamientos que le hacen y con los besos que en ellos depositan las bocas que vienen a implorar mercedes. Es de suponer que las peticiones serán satisfechas, pues no faltan las ofrendas, piernas, brazos, cabezas de cera, equilibradas sobre el túmulo, cierto es que huecas, que los tiempos son malos y es cara la cera maciza, y bien se ve que ésta es adulterada. Se salva la fe, que es mucha, en este San Gonzalo de Amarante que tiene reputación de casar a las viejas con la misma facilidad con que lo hace San Antonio, que por casamentero pasó a la historia.

El viajero recorre la iglesia y el claustro de lo que fue el convento, y, en su corazón, empieza a amar a Amarante, sabiendo que es ya un amor para siempre. No lo afligen los tres malos reyes portugueses que en el mirador están, y el otro, español, peor que todos: don João III, don Sebastián y don Enrique, el cardenal, y el primero de los Felipes españoles. Amarante es tan graciosa ciudad que se le perdona el pervertido gusto histórico. En fin, ahí están estos reyes, porque fue durante sus reinados cuando se hizo la construcción. Razón suficiente.

Vuelve el viajero a la iglesia, tira por un pasaje lateral que va a dar a la sacristía. Lo que no adivina es de dónde viene esta música *rock and roll*. Tal vez de la plaza, tal vez de un vecino aficionado. En ciudades de provincia, el menor ruido llega a todas partes. El viajero da dos pasos más y escucha. Sentado a una mesa escritorio, un hombre, escriturario o sacristán, eso no pudo saberlo, está haciendo asientos en un gran libro y tiene al lado un pequeño transistor que es el responsable de la música, allí, llenando la sacristía venerable de sonidos maliciosos y convulsivos. Ya nada sorprende al viajero, pero quiere averiguar hasta dónde llega la subversión, y pregunta: «¿Me permite que eche un vistazo por aquí?». El sacristán alza la cabeza, mira afablemente y responde: «¡Cómo no! Como si estuviera en su casa». Y mientras el viajero da una vuelta a la sacristía, examina los techos pintados, las imágenes de buen estilo, un San Gonzalo gordezuelo, glotón y bien dispuesto, se fue acabando el *rock* del transistor y empezó otro, que hasta parece invención y no lo es, son verdades enteras, ni recortadas ni añadidas. Da las gracias el viajero, el sacristán sigue escribiendo, nadie les preguntó pero ambos están de acuerdo en que hace un lindo día y suena la música. Tal vez dentro de un rato den un vals.

Pena lleva el viajero por no haber agarrado una silla y no haberse sentado junto a la mesa en la que el sacristán trabajaba sus escrituras, y quedarse allí de charla, sabiendo de vidas y gustos musicales, cuánto se pierde por no hablar con las personas. Pero, ya fuera de Amarante, se trata de descubrir São João de Gatão, dónde está, dónde no está, no faltan indicaciones de estos hombres que hacen la vendimia encaramados en altas escaleras: «Cuando llegue ahí, donde hay unos árboles grandes, tire a la izquierda. Por allí es». Tirar, tira el viajero, o cree haberlo hecho, porque más adelante le dirán otros hombres: «Cuando llegue ahí delante, donde hay unos árboles grandes, tire a la derecha. Por allí es». Al fin llegó el viajero a su buscado destino. La casa es igual a muchas que por estas tierras se encuentran: un pequeño pazo, de cuerpo central y dos alas, casa a veces noble, otras veces de hidalgo o de burgués ennoblecido, rurales ambos, dependientes de tierras y de rentas, y por eso duros en el trato negocial. No será éste el caso. Esta casa es de un poeta. Vivió aquí Teixeira de Pascoaes^[4], bajo aquellas tejas murió.

El viajero pisa el camino ablandado por las lluvias, retarda el momento y va allí al lado, a una bodega, a asegurarse de lo que ya ha adivinado: «Si es aquella la casa del poeta». Le responden que sí, con sencillez; el informador sirve a otras obligaciones, y además está acostumbrado a la vecindad, ningún hombre es grande para bodega tan cercana. El viajero guarda en su memoria la cautela que tuvo que usar para pasar sobre unos tubos de goma o de plástico que por allí había tendidos, y el olor de uva pisada, uva de Pascoaes, mosto poético, va a acompañarlo durante muchos kilómetros, hasta que se le disipa la embriaguez. Mejor se diría vértigo.

Hay un tramo de escaleras sencillas, floreros, pasamanos marcados por el musgo y los líquenes. El viajero está intimidado. Llamó a la puerta, espera a que vengan a abrir: «Falla el viaje si no entro». Es que esta casa no es museo ni tiene horas de abrir

y cerrar, pero sin duda hay un dios que protege a los viajeros bienintencionados, y es él quien dice: «Entre», y cuando se presenta no es ningún dios, y sí el pintor João Teixeira de Vasconcelos, sobrino de Teixeira de Pascoaes, quien abre todas las puertas de una casa toda ella preciosa granada y va acompañando al viajero hasta el fondo del corredor. El viajero está en el umbral de la parte de la casa donde Teixeira de Pascoaes pasó los últimos años de su vida. Mira y apenas se atreve a entrar. Casas, lugares donde vive o vivió gente, ha visto muchas. Pero no la guarida de un lobo manso. Sólo tres salas dispuestas en hilera, el sitio de dormir y de trabajar, la biblioteca, la chimenea al fondo, decir esto es lo mismo que no decir nada, porque las palabras no pueden expresar el indefinible color de barro que lo cubre todo o de lo que todo está hecho, a no ser que el origen del color ambiente sea la luz de la mañana, del mismo modo que no podrá decir qué súbita conmoción es esta que le llena de lágrimas los ojos. Por estas salas anduvo un lobo, esto no es casa de gente campesina y común. Y el viajero tiene que disfrazar y ocultar los ojos sentimentales, así les llamaría quien aquí no vino, pero entenderá mejor si recuerda que Marão es Casa Grande y entrar aquí es lo mismo que estar en el monte más alto de la sierra, recibiendo todo el viento de cara y mirando desde arriba los valles profundos y negros. Teixeira de Pascoaes no es de los más preferidos poetas del viajero, pero lo que lo conmueve es esta casa de hombre, este lecho mínimo como el de San Francisco de Asís, esta rusticidad de eremitorio, la lata de galletas para el hambre de las horas muertas, la tosca mesa de los versos. Todos dejamos en el mundo lo que en el mundo creamos. Teixeira de Pascoaes habría merecido llevar consigo esta otra creación suya: la casa en que vivió.

Hay más que andar. Cuando el viajero regresa a la luz del sol, es como si hubiera caído de otro planeta. Y tan conmovido va, que llega a Amarante sin darse cuenta, pero sí despierta y se indigna ante la estatua de Pascoaes que allí está, pieza imperfecta y mezquina. Vuelve a pasar el puente tras haber echado un vistazo de despedida a la trecentista Nossa Senhora da Piedade, que está en el nicho, y sigue bajo las grandes frondas de la alameda para tomar la carretera que lo llevará a Marco de Canaveses. Suave camino es éste a lo largo del Tâmega, hermoso y blando río de églogas. En sus reflexiones, el viajero acaba concluyendo que el lugar es bueno para pastores arcádicos, por lo menos mientras a las ovejas no les dé la morriña y no le salgan sabañones en los dedos al zagal.

El viajero deja a un lado Marco de Canaveses y va en busca de Tabuado. Prevé que será otra búsqueda demorada, pero se ha engañado. De pronto, aparece a su derecha, como si lo sujetara por la manga de la chaqueta, la iglesia parroquial del siglo XII, de un románico sencillo pero preciosamente decorado con motivos de plantas y animales. Por dentro y por fuera, la iglesia justificaría un día entero de apreciación, y el viajero siente celos de quien este tiempo haya pasado aquí o de quien lo pase en el futuro. Lo que queda de los frescos de la capilla mayor, obra cuatrocentista, retiene los ojos, y el viajero se queda pensando en los cambios de

gusto que en tiempos pasados llevaron a ocultar la rústica belleza de estas pinturas, quién sabe si por eso mismo libradas de mayores estragos. Cuando el viajero sale, charla un momento con un hombre y una mujer que allí están. La iglesia, para ellos, es sólo lo que siempre vieron allí desde que nacieron, pero están de acuerdo con el viajero, que sí señor, que es bonita.

Entre Marco de Canaveses y Baião tiene el viajero ocasión y tiempo para confesar su error. Dijo él, cuando el Marão habló, que toda esta sierra era de montes redondeados, con amenas florestas, un vergel. No retira nada de lo que dijo, que así es el Marão entre Vila Real y Amarante, pero aquí, el Marão es esto también, y sin embargo, no puede haber orografía más diferente, áspera y dura, con las agudas peñas que más al norte faltan. Tiene esta casa grande, en fin, muchas moradas, y la que el viajero ahora va recorriendo es sin duda la casa de los vientos y de las cabras monteses, deshabitada casa, porque hoy ni una brisa sopla y las cabras se extinguieron hace siglos.

Tal vez por ser el paisaje así, el viajero no se siente atraído por los lugares habitados. No se detiene en Baião, sigue hacia el norte, junto al río Ovil, y en un lugar llamado Queimada ve señal de que allí cerca hay dólmenes. Sabe el viajero que no faltan en el país construcciones de éstas, y, si ahora no las va a ver, ni perderá él ni perderá el viaje. Pero dicho queda que, en la disposición en que va, prefiere los yermos, y este camino empinado que arranca monte arriba promete mucho en silencio y soledad. Al principio, pasa por unos pinares con señales de trabajo reciente, pero, en seguida, un poco más allá, comienzan los matojos. El camino es una tosca y arruinada carretera, con profundos surcos cavados por las torrenteras que bajan de lo alto, y el viajero teme un accidente, una avería. Con todo, persevera, y tiene su recompensa cuando la ascensión termina en una mesetilla casi rasa. Los dólmenes no están a la vista. Ahora hay que avanzar por los matojos, hay unas delgadas roderas que se detienen bruscamente, especie de añagazas que lo deja perplejo. Es un rompecabezas trazado en monte yermo para oscuros fines. El viajero avanza por los matorrales, tiene que encontrar la mina de oro, la fuente milagrosa, y cuando ya empezaba a lanzar plagas e imprecaciones (bien está lo que haga en este escenario inquietante) ve ante él el dolmen, el primero, medio soterrado, con el sombrero redondo asentado sobre las losas verticales, de las que sólo las puntas se ven. Es como una fortificación abandonada. El viajero le da la vuelta, ahí está el corredor, y allá dentro la cámara, espaciosa, más alto el conjunto de lo que parecía desde fuera, tanto que el viajero no tiene que inclinarse, y de bajo no tiene nada. No hay límites para el silencio. Bajo estas piedras el viajero se retira del mundo. Va hasta la prehistoria, cinco mil años hace, qué hombres habrán levantado a fuerza de brazos esta pesadísima losa desbastada y perfeccionada como una clave de bóveda, y qué hablas se hablarían debajo de ella, qué muertos fueron aquí enterrados. El viajero se sienta en el suelo arenoso, coge entre dos dedos un tierno tallo que nació junto a una de las losas e, inclinando la cabeza, oye, en fin, su propio corazón.

Los animales enamorados

Volvió el viajero a Amarante por la carretera que sigue a lo largo del río Fornelo, y esta vez no se para. Simple cuidado de prudencia, porque Amarante tiene artes de mujer y sería muy capaz de cautivar por muchos días al incauto. Lleva pocos kilómetros andados cuando llega a Telões. Hay aquí un monasterio con pórtico airoso, aunque restaurado. Cuando el viajero sale de las carreteras principales, logra siempre grandes compensaciones. El valle donde fue construido Telões es abierto, amplio, pasa por aquí un riacho cualquiera, y cuando el viajero va a entrar en la iglesia son horas de campanadas en el reloj. Es de carillón con amplificadores, unas bocinas orientadas a los cuatro puntos cardinales que difunden el atronador sonido de los bronces por todos los espacios infra y supra. El viajero habría preferido el din-dan natural de las campanas a semejantes electrónicas, pero tampoco quiere que por su culpa quede el progreso lejos de estos valles. Vivan pues Telões y su carillón último modelo. Allá dentro, en la iglesia, hay un panel con las ánimas del purgatorio que llama la atención del viajero. Representa a San Miguel, el de la santificada lanza, con unas llamaradas de color natural, pero los ojos se lanzan codiciosos sobre aquella hermosísima condenada de pechos firmes y apetitosos, que arde voluptuosamente entre las llamas. No está bien que la Iglesia castigue las tentaciones de la carne y al mismo tiempo las provoque de este modo en Telões. El viajero salió del templo en pecado mortal.

Felgueiras ha quedado atrás, y delante está Pombeiro de Rivavizela, un monasterio en ruinas, triste como sólo consiguen serlo los monasterios en ruinas. Son las cinco de la tarde, va oscureciendo ya, y del viajero se apodera una honda melancolía. La iglesia es húmeda y fría por dentro, hay manchas en las paredes por las que el agua de la lluvia se ha infiltrado, y las losas del suelo están, ahí y en todas partes, cubiertas de limo verde, hasta las de la capilla mayor. Oír misa aquí debe valer una indulgencia general con efectos pretéritos y futuros. Pero el asombro del viajero alcanza extremos cuando la mujer de la llave le dice que en la misa de las siete de la mañana es cuando hay mayor afluencia de gente, vienen de todos los lugares próximos. Bajo la capa fría y húmeda de la atmósfera, el viajero se estremece: ¿qué será esto en los grandes fríos y diluvios del invierno? Cuando va a salir, la mujer le indica unos sepulcros yacentes que allí están, a uno y otro lado de la puerta. «Uno es el Viejo y otro es el Joven», dice. El viajero se acerca a comprobarlo. Las tumbas son del siglo XIII. Una de ellas representa en la lauda a don Gomes de Pombeiro, y debe de contener sus huesos. Ése es el Viejo. Pero ¿quién será el Joven? No sabe decirlo la mujer de la llave. Entonces, el viajero acepta sin discutir lo que su propia imaginación le propone: la otra tumba es también de don Gomes de Pombeiro, y hecha cuando, joven y vivísimo muchacho, recibió una grave herida en batalla, de la que felizmente libró. Se hizo la tumba para advertencia y escarmiento, y don Gomes

de Pombeiro esperó a la vejez para ir a descansar al lado de su propia imagen de muchacho. Es una imaginación tan válida como cualquier otra, pero el viajero no le hizo confidencia a la mujer de la llave, pues ella merece otro respeto que este jugar con los muertos, tanto más cuanto que la mujer no va a tener tumba de piedra ni estatua yacente, y si la tuviera la merecería a su doble imagen: la Joven que fue, y la Vieja que es, de amargo luto y mejillas sucumbidas. Cierra la mujer la iglesia con la gran llave y se retira a las ruinas del convento, donde vive. El viajero contempla el altísimo rosetón, se complace unos minutos en el híbrido pero hermoso portal. La tarde está muriendo, no hay quien sostenga el día.

Cuando el viajero entra en Guimarães, están encendidos los faroles. Dormirá en una buhardilla con vistas a la Plaza do Toural. Sueña con el Viejo y el Joven, los ve andando por el camino que va de Pombeiro a Telões, oye el duro pisar de sus pies de piedra, y está con ellos en el altar de las ánimas, mirando los tres a la bella condenada, calentando al fin así el cuerpo helado en aquella fogatilla que ni San Miguel puede apagar.

El viajero despierta con la mañana clara. No le gusta el sueño que tuvo, no es ningún don Juan para que se le aparezcan convidados de piedra, y decide cortar de raíz sus imaginaciones para no acabar perdiendo el sueño. Toma un café que cubrirá más eficazmente sus negruras interiores, y sale a la calle a catar los aires. Tiempo inestable. Sol a medias sólo, pero luminoso cuando aparece. Al viajero no le apetece quedarse en la ciudad. Luego volverá a ella, pero, en este momento, lo que quiere es volver a los grandes horizontes. Por eso decide seguir hacia las tierras de Basto, nombre por lo visto muy solicitado, pues Basto hay tres, dos en Cabeceiras, y tenemos aún los de Mondim y Celorico, Canedo y Refojos, todos Basto, a mucha honra. El viajero ha visto ya de estos casos por el mapa, no le impone su rutero pasar por esos lugares, pero, habiendo observado la abundancia, no estaría bien dejar de registrarla. Pocos kilómetros de Guimarães a Arões. Siente el viajero que una línea de palabras no sea una corriente de imágenes, de luces, de sonidos, que entre ellas no circule el viento, que sobre ellas no llueva, y que, por ejemplo, sea imposible esperar que nazca una flor dentro de la o de la palabra flor. Viene esto a propósito de Arões como de cualquier otro lugar, pero como el paisaje es esta belleza, como la iglesia parroquial es este románico, permítasele este desahogo al viajero. Ahora mismo siente el olor de las hojas mojadas y no sabe dónde está la palabra que debía expresar este olor, esa hoja y esa agua. Una palabra para decir todo eso, ya que muchas no lo logran.

¿Y este valle, cómo explicar lo que es? La carretera avanza en curvas entre montes y montañas, y es la acostumbrada hermosura, ni el viajero espera más de lo que tiene. De pronto, aquí, en un punto entre Fafe y Cabeceiras de Basto, en una revuelta de la carretera, el viajero tiene que detenerse, y en la página más clara de su memoria va a poner la gran extensión que sus ojos ven, los planos múltiples, las cortinas de los árboles, la atmósfera húmeda y luminosa, la neblina que el sol alza del

suelo y junto al suelo se disipa, y otra vez árboles, montes que van bajando y luego vuelven a levantarse, allá al fondo, bajo un gran cielo de nubes. El viajero está cada vez más convencido de que la felicidad existe.

Estas cosas merecen su coronación. Allá hay otro valle, un enorme circo rodeado de montañas, cultivado, profundo, ancho. E inmediatamente, cuando vuelve el suelo a ser bravo, de pinar y matojos, aparece el arco iris, el arco del cielo, aquí tan cerca que el viajero cree que podría alcanzarlo con la mano. Nace sobre la copa de un pino, traza su curva arriba y se esconde por detrás de la ladera, y no es realmente un arco sino un casi invisible segmento de círculo formado por franjas de colores, algo así como una cortina de tul finísimo ante un rostro. El viajero se cansa de comparaciones y hace una última y definitiva, junta todos los arco iris de su vida y comprueba que éste es el más perfecto y completo de todos, da las gracias a la lluvia y al sol, a su buena suerte que lo trajo aquí en esta preciosa hora, y sigue viaje. Cuando pasa bajo el arco iris, ve que le caen por los hombros tintas de varios colores, pero no le importa, afortunadamente son tintas que no se apagan y quedan como tatuajes vivos.

El viajero está casi llegando a Cabeceiras de Basto, pero antes hizo un desvío por Alvite, sólo para ver, por fuera, la Casa de la Torre, conjunto de puerta, capilla y torre, la puerta y la capilla son barrocas, la torre es más antigua, y lo más singular en ella son los altos pináculos de las esquinas, equilibrio magnífico de formas volumétricas, airosa gracia de funambulismo arquitectónico. En Cabeceiras, el viajero es recibido por las primeras gotas de lo que acabará siendo, a no tardar, un diluvio. Va al convento, que es una enorme construcción setecentista donde nada queda ya del primitivo monasterio benedictino. Esta región está bien guardada por San Miguel. Aquí hay dos: uno sobre el pórtico, y otro, de tamaño mayor que el natural, se ve desde aquí abajo encaramado en la corona del cimborrio, contemplando el paisaje, buscando almas perdidas. San Miguel debe de haber ganado todas sus batallas, no estarían si no los diablos así, con la lengua fuera, palurdos humillados, soportando los órganos de la iglesia como atlantes de plástica monstruosa, sin la menor grandeza.

Vuelve el viajero a la plaza, recordando de pronto que no había visto al Basto, delito que tan poco se perdona como no ver al Papa de Roma estando allí uno. Habitado a las plazas con monumento en medio, el viajero concluyó que el Basto fue robado, o no es ésta su Roma. Por eso fue a informarse, y al fin eran sólo dos pasos, allí al lado, entre el surtidor y el río. Pero ¿quién es el Basto? Dicen algunos que se trata de un guerrero galaico, de escudo circular en la barriga, como era moda del tiempo. Como fecha, lleva la del 1612, y más bien parece un chiquillo de bigote pintado y calzón corto que un rústico batallador de antiguas eras. Tiene en la cabeza un quepis del tiempo de las invasiones francesas y, para que no falle la primera comparación, parece usar unos calcetines altos, bien tirados hacia arriba por orden expresa de su madre o abuela. Dan ganas de reír. El viajero le saca la foto, y él compone la figura, mira hacia el objetivo, quiere quedar favorecido, con su fondo de

ramas verdes, como conviene a señor de tierras y montañas, mucho más que el San Miguel de la linterna de la iglesia, tan distante él. El Basto es, por fuerza, una de las más justificadas estatuas portuguesas, todos le quieren bien.

El viajero mira al cielo, desconfiado. Se están amontonando unas nubes oscurísimas, nietas reforzadas de las que hicieron el diluvio. Piensa qué hacer, si quedarse allí a tomarse un cafetito o ponerse en camino. Tiene idea de ir a la aldea de Abadim, que queda cerca. Como el viajero anda a la descubierta de lo que no sabe, tiene que correr sus riesgos. Va, pues, a Abadim, y es como si pasara el Rubicón. No había andado un kilómetro cuando se abrieron las compuertas del cielo. En pocos segundos el espacio quedó blanco por el continuo flujo de agua. Un árbol, situado a veinte metros, quedaba convertido en algo tan vago, tan difuso, como si estuviera oculto por una niebla densa. Hacia la carretera, pésima, bajaban las cataratas de los montes. Allí tembló el viajero. Ya se veía arrastrado por la corriente, dando tumbos entre las piedras sueltas y las hojas desprendidas. Atravesó un puentecillo frágil, y ahora va más sereno, sube al monte, el automóvil aguanta, y luego de mil vueltas, ahí está Abadim. No se ve un alma, todo el mundo está a cobijo, en abrigos de ocasión los que andan fuera. La lluvia ha amainado, pero aún cae con violencia. El viajero resuelve retirarse, seguir viaje, más frustrado de lo que quiere confesar. Es entonces cuando pasa una mujer joven, con el paraguas abierto, y el viajero aprovecha la ocasión: «Buenas tardes. ¿Podría darme una información? ¿Llevan aún todo el ganado de los vecinos a la sierra de Cabreira, o no es costumbre ya?». La mujer estará preguntándose para qué quiere el viajero saber estas cosas, pero es simpática, y, si le preguntan, responde delicada: «Es costumbre, sí señor. Desde el primero de junio hasta el día de la Asunción va el ganado todo a la sierra, con los pastores». Al viajero le cuesta trabajo entender estas trashumancias, pero la mujer explica que en la sierra de Cabreira hay unos pastos que son de Abadim, propiedad del pueblo, y que allí va el ganado. El viajero se acuerda de Rio de Onor, tierras del lado de allá de la frontera que son nuestras y tierras del lado de acá que son de ellos, y aún se le enraíza más la convicción de cuán relativo es el concepto de propiedad queriéndolo los hombres. Se despide de la mujer, que le desea buen viaje, y cuando va ya en la carretera y apenas llueve, ve a un pastorcillo de quince años. ¿Quién es, quién no es? «Ando guardando las vacas de mi padre y de unos vecinos. No señor, no tengo salario. Después de vendidos los terneros, se reparte el dinero entre los amos; a mí, me dan poco, pero, cuando sea mayor, voy a dejar lo del ganado y me haré mecánico en Cabeceiras». El viajero se aleja pensando: «Éste nunca irá a la sierra de Cabreira con las vacas y hasta olvidará que es dueño de pastos. Donde gana, pierde; donde pierde, gana». Y así, con estas filosofías, se distrae camino de Mondim de Baixo y de Celorico, sin más aventuras que contemplar el paisaje, siempre de monte y peñas, en Mondim altísimo pico, pero lejos.

Llegado a Guimarães, el viajero tiene tiempo aún para entrar en la iglesia de San Francisco, donde lo recibe un minucioso sacristán que sabe bien su oficio. Los

azulejos setecentistas son magníficos, trazados con desahogo y bien armonizados con la bóveda gótica de la capilla mayor. El *Árbol de Jessé* que en otra capilla se ve, muestra unos reyes joviales, sentados en las ramas como jilgueros, enguirnaldando a la Virgen coronada. El viajero fue a la sacristía y al claustro, oyó las explicaciones, y, de vuelta a la nave, reconoció el resplandor de las tallas que sobre las capillas son como parrales floridos. Ya se quedaba atrás el sacristán, concluida su letanía, cuando el viajero dio con una deliciosa miniatura de San Buenaventura, allí embutida sobre un altar, el cardenal como un muñequito a la mesa, meditando sobre sus piadosos escritos, con la estantería cargada de libros, la mitra, el báculo y la cruz a un lado, el servicio de té, de oro, jarras y cangilones varios en los pies, una jaula colgada, sillas para las visitas, un bargueño, el crucifijo resguardado, en fin, la buena vida de fraile mayor mostrada a todos en un marco de medio metro por treinta y cinco centímetros de ancho y alto. San Buenaventura, que fue doctor de la Iglesia, llamado el doctor seráfico, franciscano de alto coturno, acabó al final en esta cajita de juguete, obra tal vez de monja que así habrá ganado el cielo, a base de paciencia. El viajero sale de la iglesia, se queda por allí, sonriendo con el recuerdo. Y, de repente, al mirar con más atención los capiteles del pórtico gótico, ve el más claro amor en aquellos dos animales de cabezas juntas y entregados corazones, sonriendo de pura felicidad ante el difícil espectáculo del mundo. El viajero deja de sonreír, mira aquella sonrisa transfigurada en piedra, y siente una loca envidia del cantero que esculpió, así, unos animales enamorados. Aquella noche volvió a soñar el viajero, pero esta vez fueron piedras vivas.

Donde Camilo no está

Al viajero le han dicho que Guimarães es la cuna de la nacionalidad portuguesa. Lo aprendió en la escuela, lo oyó en los discursos de conmemoraciones varias, no le faltan, pues, razones para encaminar sus primeros pasos al cerro sagrado donde está el castillo. En aquel tiempo, los declives que llevan hacia allá debían de estar libres de vegetación de porte, para que no encontraran embarazo las huestes en sus salidas ni pudieran ocultarse los enemigos a la callada. Hoy es un jardín de caminillos cuidados y abundante arbolado, buen sitio para noviazgos iniciales. El viajero exagera siempre en su respeto histórico, y preferiría rasa toda la colina, plantada sólo de hierba áspera, con piedras aflorando desde hace ochocientos años. Así, tal como está, se pierde la venerable sombra de Afonso Henriques^[5], no da con el camino de la puerta, y si impaciente decide cortar por el atajo, seguro que interviene el guardia municipal a gritos: «¡Eh! ¡Oiga! ¿Se puede saber adónde va?». Y responde nuestro primer rey: «Voy al castillo. El caballo está cansado de dar vueltas». El jardinero no ve caballo alguno, pero responde caritativamente: «Llévelo de la rienda y vaya aquí por este camino. No tiene pérdida». Y cuando Afonso Henriques se aleja, arrastrando la pierna herida en Badajoz, el jardinero comenta con su ayudante: «Se ve cada tipo por aquí...».

Fabulando este y otros episodios de la nueva historia patria, el viajero entra en el castillo. Visto desde fuera parecía mucho mayor. Aquí, es un pequeño recinto aún más reducido por el espesor de las murallas, y la gran torre del homenaje, con los restos de la alcazaba, es ya una pequeña casa lusitana que se transportará igual a todas las partes del mundo llegada la hora. El viajero se examina para descubrir rasgos de emoción y desespera al no encontrarlos tan nítidos como quisiera. En medio de todas estas piedras, ¿cuáles son las más cargadas de sentido? Muchas fueron puestas aquí hará unos cuarenta años, otras son de tiempos de don Fernando, y de lo que fue piedra y madera mandada armar por la condesa Mumadona, nada queda sino, tal vez, este polvillo mojado que se pega a los dedos del viajero cuando se sacude la vuelta de los pantalones. Al viajero le gustaría que el río de la historia le entrase de repente por el pecho, y en vez de él es un pequeño hilo de agua que constantemente se hunde y desaparece en las arenas del olvido.

Está, pues, desamparado entre las falsas murallas, casi suspirando de frustración, cuando vencidamente mira al suelo y en él súbitamente se reconforta, tan cerca se encontraba la explicación de todo, y él no la veía. Está en pie, sobre las grandes piedras bastas que Afonso Henriques pisó y el peonaje popular, quién sabe si aquí mismo fue tendido alguien que se moría, un Martim cualquiera, un Álvaro de quien nada quedó escrito en la historia, y entonces sabe que la cuna no es el castillo, sino la piedra, el suelo, el cielo que está arriba, y este viento que pasa a rachas, soplo de todas las palabras portuguesas dichas, de todos los suspiros primeros y finales,

murmullo del profundo río que es el pueblo. El viajero no precisa subir al camino de ronda para ver el paisaje, ni a la alta torre para ver más paisaje aún. Sentado en esta piedra que los pasos calzados o descalzos no gastaron, lo comprende todo, o cree comprenderlo, y eso le basta, al menos por hoy.

Salió el viajero, le dijo adiós a Afonso Henriques, que en la puerta estaba, limpiándole al caballo el sudor de la jornada, bajó hasta la iglesia de San Miguel de Castelo, cerrada, y luego al palacio de los duques de Braganza, exageradamente restaurado. La impresión que tiene el viajero es la de que aquí se ha cometido, en arquitectura, el mismo error de medievalización que arcaizó a los escultores oficiales y oficiosos entre los años cuarenta y sesenta. No se discute el relleno histórico del palacio, ni siquiera el aspecto francés del edificio, que le viene de origen, pero sí el aire de recién pintado que tiene todo, hasta lo que es indiscutiblemente antiguo, como estas tapicerías de Gobelinos y de Pastrana, esta sala de armas, estos muebles y estas imágenes. El viajero lleva aún a hombros, tal vez, la piedra del castillo. Por eso no será capaz de entender el palacio. Hace promesa de volver a él un día, para enmendar las injusticias que en este momento, para mal suyo, estuviera cometiendo.

Es hora ya de ir a los museos. Va el viajero a empezar por el más antiguo, el de Martins Sarmiento, donde fueron reunidos los hallazgos de la citania de Briteiros y del castro de Sabroso. Piedra por piedra, nunca acabaría el examen y la apreciación, incluso dentro de los estrechos límites de la ciencia del viajero. Sabrosas son estas estatuas de guerreros lusitanos, el aventajado coloso de Pedralva, el verraco de granito, hermano de la gorrina de Murça y de otras muchas transmontanas, y, al fin, la puerta del horno crematorio de Briteiros, la bien llamada Pedra Formosa, pues piedra hermosa es con sus ornatos geométricos de lacería y entrelazo. El resto del museo, con otras especies menos antiguas, y algunas sólo de ayer, no merece menor atención. El viajero salió satisfecho y, como está de buena marea, sigue desde allí hacia el Museo de Alberto Sampaio.

Declara ya aquí el viajero que éste es uno de los más hermosos museos que conoce. Otros habrá de mayor riqueza, con muestras más famosas, con ornamentos de linaje superior: el Museo de Alberto Sampaio tiene un equilibrio perfecto entre lo que guarda y el entorno espacial y arquitectónico. Luego, el claustro de la Colegiata de la Virgen de Oliveira, por su aire recogido, por la irregularidad del trazado, da al visitante ganas de no salir de él, de examinar demoradamente los capiteles y los arcos, y como abundan las imágenes rústicas o sabias, bellas todas, existe un riesgo grande de empecinarse y no moverse de allí. Lo que le salva es que el guía lo tienta también con otras hermosuras que hay en las salas, y no faltan, realmente, y tantas que sería necesario un libro para describirlas: el altar de plata de don João I y la cota de malla que vestía en Aljubarrota, las *Santas Madres*, la ochocentista *Huida a Egipto*, *Santa María la Hermosa*, de Maestre Pedro, *Nuestra Señora y el Niño*, de António Vaz, con el libro abierto, la manzana y las dos aves, la tabla de Fray Carlos que representa a *San Martín*, *San Sebastián* y *San Vicente* y otras mil maravillas de

pintura, escultura, cerámica y platería. Está convencido el viajero de que el Museo de Alberto Sampaio contiene una de las más preciosas colecciones de imaginería sacra existentes en Portugal, no tanto por la abundancia como por el altísimo nivel estético de la mayoría de las piezas, algunas de ellas verdaderas obras maestras. Este museo merece todas las visitas, y el visitante hace juramento de volver aquí todas las veces que por Guimarães pase. Podrá no ir al castillo, ni al palacio ducal, aunque lo haya prometido, pero a este museo no faltará. Se despiden el guía y el viajero, llenos de nostalgia el uno del otro, porque otros visitantes no había. No obstante, parece que abundan en el verano.

Todos cometemos errores. Tras salir del museo, el viajero paseó por las calles viejas, apreció los antiguos Palacios del Concejo, el monumento del Salado, y habiendo bajado hasta la Plaza do Toural, pecó involuntariamente contra la belleza. Hay allí una iglesia, cuyo nombre el viajero prefiere que quede en el olvido porque es un atentado al gusto más elemental y al respeto que una religión debe merecer: ésta es la atmósfera beata por excelencia, el oratorio de la tía Patrocínio o de la madre Paula, la delicuescencia de confesonario. El viajero entró contento y salió angustiado. Había visto las *Santas Madres* en el museo, aquella *Virgen* coronada de rosas que también allí está; no merecía ella, como no merecían ellas, esta ofensa y esta decepción. No fue todo visitado en Guimarães, pero el viajero prefiere partir.

A la mañana siguiente, llueve. El tiempo está así, tan dispuesto a sol como a aguaceros. Lloverá intermitentemente hasta Santo Tirso, pero el cielo estará ya abierto cuando el viajero se detenga en Antas, muy cerca de Vila Nova de Famalição. Toda esta región le parece al viajero un paisaje de suburbio, sembrada de casas, y en ella se nota el foco de penetración industrial que irradia de Porto. Por eso, la iglesia parroquial de Antas, con su románico trecentista, surge de manera insólita, incongruente, en este medio cuya ruralidad se disgrega, menos integrada en el ambiente que el más delirante producto de la imaginación, «casa *maison* con ventana de *fenêtre*» para emigrantes de retorno. Desde que salió de Trás-os-Montes, los ojos del viajero han procurado no ver los horrores diseminados por el paisaje, los tejados de cuatro u ocho colores diferentes, los azulejos de cuarto de baño transferidos a la fachada, los tejados suizos, las mansardas francesas, los castillos del Loire armados a orillas de la carretera en punto de cruz, lo inconcebible de cemento armado, el furúnculo, la jaula de papagayo, el gran crimen cultural que se va cometiendo y dejando cometer. Pero ahora, teniendo delante de los doloridos ojos la belleza sobria y purísima de la iglesia de Antas y, al mismo tiempo, el arrabal de las arquitecturas cretinas, no puede el viajero seguir fingiendo que no ve, no puede hablar sólo de satisfacciones y alabanzas, y tiene que dejar grabada su protesta contra los responsables de la general degradación.

¿Dónde está Sao Miguel de Seide? Hay aquí unas tablillas generosas que apuntan la dirección, pero luego, de carretera en carretera, se reduce el nombre, se escamotea la flecha y ocurre la ridiculez de que pase el viajero al lado de la casa que fue de

Camilo Castelo Branco y no la vea. Tres kilómetros más allá, en una encrucijada enigmática, le preguntará a un hombre que allí está, tal vez para ayudar caritativamente a los viajeros perdidos, y él le dice: «Queda allá atrás. Hay una plaza, junto a la iglesia y el cementerio». Enmienda el viajero sus pasos, corrido de vergüenza, y al fin da con la casa. Es la hora del almuerzo, el guía está en sus horas de descanso, y el viajero tiene que esperar. Mientras espera, anda por allí paseando, mira por el portalón, fue aquí donde vivió y murió Camilo Castelo Branco. El viajero sabe que la verdadera casa ardió en 1915, que ésta es tan postiza como las almenas del castillo de Guimarães, pero espera que ahí dentro alguna cosa lo conmueva como aquel suelo natural que las murallas rodean. El viajero es hombre muy agarrado a la esperanza.

Ahí viene el guarda. «Buenas tardes», dice uno. «Buenas tardes», responde el otro. «Me gustaría ver la casa, si me hace el favor». «Sí, señor». Se abre el portalón y entra el viajero. Camilo estuvo en este lugar. Los árboles no eran éstos, ni las plantas, ni, probablemente, el empedrado del suelo. Allí está la acacia de Jorge, junto al tramo de escaleras, y ésta es auténtica. El viajero sube, el guarda va diciendo cosas conocidas, y abre ahora la puerta del piso. El viajero comprende que no va a haber milagros. La atmósfera es deslucida, los muebles y los objetos, por verdaderos que sean, llevan la marca de otros lugares por donde pasaron, y al regresar vienen extraños, no reconocen estas paredes ni las paredes los reconocen a ellos. Cuando ardió la casa, sólo había aquí un retrato de Camilo y el sofá donde él murió. Ambos fueron salvados. Puede, pues, el viajero mirar el sofá y ver en él sentado a Camilo Castelo Branco. Y es también cierto que el relleno de estas pequeñas salas, los objetos, los autógrafos, los cuadros de las paredes, todo esto, o perteneció realmente a Camilo, o hay de ello presunción suficiente. Siendo así, ¿de dónde viene la amarga melancolía que invade al viajero? Será del ambiente pesado, del invisible moho que parece cubrirlo todo. Será de la vida trágica que aquí dentro se vivió. Será el desconsuelo de las vidas fallidas, aunque sean fecundas en obras gloriosas. Será esto, o aquello, o lo de más allá. En esta cama durmió Camilo, aquí escribía. Pero ¿dónde está Camilo? En Sao João de Gatão, la guarida de Teixeira de Pascoaes es algo casi asombroso que Camilo habría merecido. Seide es un interior burgués ochocentista de la Rua de Santa Caterina, de Porto, o de la Rua dos Franqueiros, de Lisboa. Seide es mucho más la casa de Ana Plácido^[6], casi nada la de Camilo. Seide no conmueve, entristece. Tal vez por eso el viajero empieza a sentir que es tiempo de ver el mar.

El palacio de la Bella Durmiente

Mirando el mapa, el viajero decidió: «Empiezo por aquí». Aquí es Matosinhos. Pobre Antonio Nobre si por aquí, hasta Leça, ahora se perdiese. Moriría de pena antes de que lo matara la tuberculosis, viendo estas chimeneas de fábrica, oyendo estos rumores industriales, y hasta el viajero, que se precia de ser hombre de su tiempo, se siente aturdido y confuso en este suburbio atareado. Al fin, grande es nuestra culpa cuando intentamos leer la realidad en los libros que otra realidad dejaron registrada. Hay muchas modalidades de sebastianismo, y ésta es una de las más insidiosas: el viajero se promete a sí mismo no olvidar la advertencia.

En Matosinhos hay que ver la iglesia del Senhor Bom Jesus y la Quinta do Viso. Pero el viajero, que no puede ir a todas partes, se quedó en lo de Nasoni, aquella perfecta obra arquitectónica, toda compuesta en horizontal. Nasoni era italianísimo, pero supo entender los misterios del granito lusitano, darle espacio para llegar mejor a los ojos, alternando lo oscuro de la piedra moldurante con la cal del revocado. Esta lección la olvidaron los adulteradores modernos, los fabricantes de pesadillas. El viajero sabe muy bien que casas de granito costarían hoy fortunas imposibles, pero apuesta lo que tiene y lo que no tiene a que sería posible encontrar soluciones económicamente equilibradas, compatibles con una tradición arquitectónica que ha venido siendo asesinada sistemáticamente. Horroroso.

Aquí fuera, en el jardín medio despanzurrado, hay unas capillas toscas, bastante arruinadas, donde convencionalísimos barrotes describen pasos de la cruz. Esto es algo que le cuesta mucho entender al viajero: la dificultad de los hombres para aprender las buenas cosas, la obstinación con que repiten las malas. No faltan dentro de la iglesia piezas de buena escultura, por ejemplo, un *San Pedro* de piedra de Ançã: con el buen ejemplo a la vista, ¿qué modelos fueron a escoger estos alfareros sin sensibilidad en la punta de los dedos? La pregunta no tiene respuesta, pero a eso está ya acostumbrado el viajero.

De Matosinhos a Santa Cruz do Bispo hay un salto de pulga. El viajero va buscando el monte de San Blas, donde mora una célebre escultura, hombre portentoso armado de pesada maza que tiene a sus pies, amedrentado y obediente, a un león feroz. Programa tal, pide una montaña, un yermo, un misterio. Hizo mal el viajero al imaginar estos romanticismos. El monte de San Blas es, a fin de cuentas, una loma de belén navideño, tan bien armada que parece artificial, y el fierabrás viene a ser una pobre figura mutilada de piernas, con un perrito al pie pidiendo que le rasquen la barriga. En vez del lugar agreste, peñascoso, una especie de capricho natural apartado de la frecuentación de las gentes, aparece ante el viajero un parque para merendolas estivales, donde quedan aún restos del regocijo y bolsas de plástico. Ya se sabe cómo son estas cosas: el viajero viaja y quiere que todo sea sólo para él, y se ofende si alguien se anticipó a sus vistas y placeres. Este hombre barbudo, que debe de ser San Blas, está diciéndonos que no es Hércules, como ciertas ambiciones

eruditas pretendieron. Recibe aquí muchos visitantes, es patrono de alegrías, y el león no enseña los dientes sino que mira de lado al amo como un perdiguero a la espera de la señal del cazador. Hay vestigios de vino derramado en la cabeza y en los hombros de San Blas: los romeros no son egoístas, le dan al santo lo mejor que tienen, cosa que calienta las sangres y les provoca risas. Ponderado todo, el viajero reconoce su egoísmo: quería una estatua sólo para sí, o para pocos elegidos, y encontró un santo popular que bebe vino común, un león pacífico que ofrece el fuerte lomo a la muchacha que allí va a descansar entre sus danzas. ¿Dónde se podría hallar mundo más armonioso? Humillado por la lección, deja el viajero al Hombre de la Maza luchando con el tiempo que lo disgrega, y sigue hacia Azurara, tierra que dio nombre a un cronista que probablemente no nació aquí, como es también el caso de aquel Damião, que, siendo de Góis, nació en Alenquer. La iglesia parroquial de Azurara queda justo al borde de la carretera, no tiene el viajero pretexto para dejar de visitarla, salvo si está ausente el sacristán sin haber dicho adónde fue y sin dejar la llave a persona visible. El viajero se desespera, no anda viajando para esto, pero la parroquia es una fortaleza militar, no hay brecha por donde se pueda entrar. La ve, pues, por el lado de fuera, que no es pequeño gusto, y se hace promesa de volver. En Vila do Conde, que está un poco más allá, recibe el viajero muchas compensaciones. La casa de José Régio también está cerrada, ha llegado el viajero en día desacertado, pero están estas sinuosas, serpentinadas calles del barrio de los pescadores. Por aquí llegará a la ermita del Senhor do Socorro, con su imponente bóveda encalada; es un templo popular alejado de grandezas litúrgicas, y allí, en el atrio, si ése es el nombre que puede dársele a este espacio, hay pescadores remendando las redes al sol que va cayendo. Hay charla general. Uno de ellos se llama Delfín, que es buen nombre marino, y luego el viajero se acerca al muro, mira hacia abajo, allá está el río Ave y el *Sonrisa de la Vida*, no podía el viajero desear nada mejor, un río capaz de volar y un barco con un nombre así. Hay en el aire una pureza magnífica, no hay ni viento: todo encaja. Se despide el viajero de Delfín y de sus compañeros, va a la ciudad baja por tramos de escalera y pasadizos, y acaba en unos astilleros, aquí se construyen barcos de madera, esas osamentas que ponen a la vista secretos del arte marinero que el viajero no sabe descifrar. Se contenta con poder ver el diseño de las quillas que surcarán el agua, el arqueado de los traveseros, y con respirar el olor a madera serrada o desbastada a azuela. El viajero no tiene ilusiones: aprender las primeras letras de este arte, y las segundas, y las finales, sería obra para empezar otra vez la vida. Pero, de estas letras, el viajero no desconoce todas, y es capaz de leer, por ejemplo, las que están escritas en una chapa de hierro, como una proclama: TRABAJO Y GANAS NO NOS FALTAN. DENNOS CONDICIONES. Es entonces cuando el viajero cobra consciencia del largo viaje que ha hecho ya. De Rio de Onor a Vila do Conde, del murmullo recogido a la palabra escrita, franca, abierta, por encima de montes y valles, entre lluvias y nieblas, a cielo descubierto, en las terrazas del Duero, a la sombra de los pinares, un hablar portugués.

Vila do Conde tiene mucho que ver. Desde luego, es la única población, ciudad o villa común, o aldea, que tiene una picota con un brazo armado de espada, figuración de una justicia que no precisa que le venden los ojos porque no los tiene. Es sólo un brazo, unido a un asta vertical, el fiel fijo de la balanza ausente. El viajero se interroga sobre el dueño de aquel brazo y sobre lo que corta la espada. Justicia será, pero enigmática. La iglesia parroquial tiene un portal manuelino atribuido a João de Castilho. La torre de campanas, maciza, es del siglo xvii. Avanzada sobre el cuerpo de la iglesia, tanto la esconde y la apaga como la sublima y valoriza; es, al mismo tiempo, excesiva y complementaria. El viajero, si tuviera opinión en estas cosas y fuerza en los brazos, la alzaría a pulso y la dejaría a un lado, como está el *campanile* de Giotto con relación a la iglesia de Santa Maria dei Fiori, en Florencia. Es una idea que el viajero deja para la posteridad, si hay algún día dinero de sobra para gastarlo en estas perfecciones. Allá dentro no falta qué ver, el *San Juan* del siglo xvi que, como patrón, tiene otra imagen en el tímpano de la portada, la *Senhora da Boa Viagem*, del siglo xvi, que sostiene en la mano derecha un lugre o algo como un barco. Esta Señora es la que guarda a los pescadores, a Delfín y a sus compañeros, felizmente vivos aún.

Después, el viajero va al Convento de Santa Clara. Tiene como guía a un alumno de la escuela allí instalada, un chiquillo llamado João Antero, con quien el viajero tiene graves conversaciones sobre materia de enseñanza y profesores. El viajero aún recuerda los tormentos que pasó, y la iglesia, gótica, magnífica, de preciosas piedras, lo llena de honda comprensión y paternal afecto. Andan por allí otros visitantes, pero éstos parecen más preocupados con llenar los ecos que con abrir los ojos. El chiquillo de la escuela tiene su sensibilidad, los abandona un poco y prefiere acompañar al viajero. Hay allí una *Santa Clara* en un rincón, sin el brazo derecho, una excelente ocasión para fotografiar a João Antero. En la Capilla de los Fundadores están los túmulos funerarios de don Afonso Sánchez, bastardo del rey don Dinis, y de su mujer doña Teresa Martins. Son, realmente, dos joyas de piedra.

El viajero no puede quedarse. Si se deja prender por el encanto, no saldría de aquí, porque esta iglesia es de las más bellas cosas que hasta ahora sus ojos vieron. Adiós, Vila do Conde.

Adónde fue Rio Mau a buscar este nombre el viajero no lo sabe. Por la orilla de la población no pasa ningún curso de agua, hay sólo un regatillo a un kilómetro, no puede haber maldad en tal insignificancia. Y el Este, afluente del Ave, que corre próximo, tiene su nombre propio de punto cardinal, otro misterio que queda bullendo entre las curiosidades del viajero. En fin, se busca aquí, no un río, sino una celebrada iglesia, la de São Cristovão, pieza del siglo xii. La dicen integrada en el románico regional, cosa que resulta, al mismo tiempo, correcta y despreciativa. Lo que realmente importa es comprobar, una vez más, la eficacia plástica del estilo, la expresión conseguida por la simple densidad del material, el valor gráfico de los bloques superpuestos, su múltiple lectura, y si São Cristovão de Rio Mau es

realmente un templo muy sencillo, entonces la simplicidad será una vía muy directa para llegar a la sensibilidad estética, con la condición, lógica, de tener esa fuerza sofocante que de súbito oprime y solivianta al viajero. Bien ve él que por aquí anduvieron grandes restauraciones, pero, contra su costumbre, eso no le afecta. Al contrario: en vez de una ruina que los contemporáneos de la construcción no reconocerían, hay aquí una obra rehecha, o recompuesta, que restituye a este día de hoy el día de entonces. En la iglesia, el viajero se siente como si estuviera en el interior de una máquina del tiempo. Y es cierto que viaja también en el espacio. Uno de estos capiteles, que según los entendidos reproduce escenas de la *Canción de Roldán*, remite al viajero como un relámpago a Venecia. En el palacio de los Dogos, en una esquina vuelta hacia la Plaza de San Marcos, hay embutida una escultura de pórfido que llaman *Los Tetrarcas*. Son cuatro guerreros en actitud fraterna, tal vez de camaradería militar, pero con un sutil toque de humanidad. Estos tetrarcas de Rio Mau son mucho más guerreros que hombres. Son, en su sentido verdadero, hombres de armas. Con todo, la semejanza, o, si se prefiere, el eco, es irresistible. El viajero se maravilla y apuesta a que nunca nadie recordó tal cosa, y queda contento consigo mismo.

Se arranca con mucha dificultad de Rio Mau. Pocos templos serán tan rústicos, raros lo serán más, pero hay una particular fascinación en el genio rural que esculpió el tímpano del pórtico, la figura del báculo, que dicen es San Agustín, las otras dos, menores, y el ave, con el sol sobre la cabeza, y lo que parece un niño enfajado sosteniendo la luna en los brazos alzados. Por esta escultura daría el viajero la Venus de Milo, el Apolo de Belvedere y todas las metopas del Partenón. Como bien se habrá entendido, el viajero, realmente, es un rústico.

Va desandando el día hacia el crepúsculo. Deja el viajero Rio Mau, se lanza a la carretera, si el negocio no fuera tan arriesgado iría con los ojos cerrados para conservar más tiempo la magnífica impresión del tímpano. Va hasta Junqueira, donde es sabido que hay un monasterio, llamado de San Simón, pero sin esperanzas, que a esta hora estará cerrado y no es justo molestar a alguien para que abra la puerta. El viajero tiene sin embargo sus manías, y una de ellas es querer ver con sus propios ojos, aunque sea fugazmente y con los de despedida, las cosas que desea. Pasó ya por una Junqueira en Trás-os-Montes, y quiere saber cómo es esta de Minho. Y lo supo. San Simón es sólo una portada barroca, con dos torres de campanas, espadañas, nada especial, en ningún caso comparable con Rio Mau, que no se le va del pensamiento. Y la puerta, como era de prever, está cerrada.

No tarda en caer la noche, el viajero va a dormir a Póvoa de Varzim, lo mejor es salir ya. Pero, cuando se dispone a hacerlo, da con una puerta entreabierta, un portón de alquería, una vegetación que aparece por encima del muro. El silencio, en este lugar, es total. No se ve un alma. De dos, una: o se va a acabar el mundo, o va a empezar. Nadie es viajero si no es curioso. Aquel portalón entreabierto, el silencio, el lugar desierto, sería loco o mal encaminado si no lo aprovechara. Empujó un poco el

portón cautelosamente, y miró hacia dentro. El muro, en fin, no era muro, sino un estrecho cuerpo de edificio asentado sobre la bóveda de entrada. Se agita el corazón del viajero, el corazón es siempre el primero en adivinar estas cosas, y, como si de repente hubiera entrado en un sueño, entró allí, ya está dentro, en una calle amplia que separa dos jardines diferentes, uno a la izquierda, al pie del edificio grande que debe de ser el antiguo monasterio, y el otro a la derecha, todo recortado en estrechísimas avenidas bordeadas de bojés recién podados. El otro jardín está a un nivel superior, tiene unas balaustradas, algunos árboles de medio porte, pero aquí, por este bajo, que parece hecho por gnomos para que por él pasen las hadas, es por donde pasea el viajero, casi embriagado por el aroma que las plantas húmedas exhalan, tal vez los bojés podados, nardos si fuera tiempo de ellos, jacintos o escondidas violetas. El viajero se sorprende temblando, siente una opresión en la garganta, desea que venga alguien y nadie aparece, ni siquiera ladra un perro. Avanza unos pasos más por la alameda central, tiene que apresurarse porque cae la noche, y da con un amplio espacio arborizado, árboles bajos de amplia copa que forman un techo vegetal al que casi se llega con el brazo. El suelo está cubierto de hojas, una capa espesa que cruje bajo los pasos. En esta otra fachada del monasterio hay luz: una sola ventana iluminada. El viajero está angustiado. No tiene miedo, pero tiembla, nadie viene a regañarle, y casi llora. Avanza más, pasa el arco de un muro, y, a la luz ya casi última, ve un amplio terreno con árboles en fruto, un acueducto al fondo, matojos bravos, caminos empedrados, platabandas, rosales transidos. Anda por allí, descubre una alberca vacía, y allí está la ventana iluminada, sin duda, sí, sin duda, la alcoba de la Bella Durmiente, habitante única de este lugar misterioso. Pasó un minuto, o una hora pasó, no se sabe, la luz es sólo un resto, pero la noche no se atreve a avanzar, da tiempo para volver a los árboles y a la alfombra de hojas marchitas, al restallar de las pisadas sobre ellas, al jardín mínimo, al perfume de la tierra. El viajero salió. Cerró tras sí el portalón como si cerrara un secreto.

Dolores de cabeza y milagros varios

De Póvoa de Varzim no tiene el viajero mejor memoria que una confusión de tránsito, un buscar caminos, los edificios de la playa como elementos de un juego de construcción infantil, y, en alguna parte, una delirante casa cubierta de azulejos y otras cerámicas, con todos los colores y formas del universo. Y cuando llegó a A-Ver-o-Mar, tan suave nombre, tan de mirada contempladora, habrá sido suya la culpa, por elegir mal la hora, pero en la playa había moscas por millones, restos de pescado, tripas, filamentos gelatinosos, excrementos diversos. Son pintorescas las «cubatas» de algas, las piedras que sostienen la cobertura de paja como un collar de gruesas perlas irregulares, pero, vistas, ya no hay más que ver. Siguió, pues, adelante el viajero, lo bastante crítico de sí mismo para sospechar que la culpa de esta insatisfacción habría quedado en Junqueira, en aquella hora irrecuperable de un atardecer de noviembre que nunca más ha de volver. Y como algo ha visto del mundo y de la vida, sabe también que a esta hora de la mañana en que va a Aguçadoura a ver los *campos-masseiras*, el jardín de la Bella Durmiente tiene otra luz y otro olor, anda alguien barriendo las hojas para hacer de ellas estiércol, y, lástima suprema, la enigmática doncella del monasterio está ahora dando órdenes a las criadas y riñendo con la desastrada que partió la tetera. No obstante, el viajero sabe otras cosas: sabe, por ejemplo, cómo guardar en su memoria, para siempre, una imagen indestructible que seguirá siendo, mientras viva, el palacio de la Bella Durmiente.

En Aguçadoura, los *campos-masseiras* inventan agriculturas entre arenas estériles. Se transporta la tierra, el humus, los fértiles detritos vegetales, las algas cogidas en el mar, y se arman planteles protegidos del viento, y todo esto es como cultivar huertas en el desierto, a fin de cuentas quien esto hace es de la misma raza que los trituradores de las pizarras del Duero, de los constructores de terrazas de viñas, hay en ellos la misma obstinación, la misma necesidad de comer, de mantener a los hijos, de continuar la especie. El viajero se lleva de aquí otra manera de medir el trabajo de los hombres, reconsidera lo que le desagradó ver en A-Ver-o-Mar y se pregunta a sí mismo, de sí mismo volviendo atrás, cómo se han de secar algas al aire libre sin que vengan las moscas al olor. Y, pensando así, hace las paces con todo y sigue su camino hacia Rates.

Si el viajero dijo tanto de São Cristovão de Rio Mau, ¿qué ha de decir ahora de Rates? Esta iglesia es hermana poco más vieja de la de Rio Mau, ambas del siglo XII, pero la de Rates tiene otro tamaño y otra riqueza ornamental. El pórtico, de cinco arquivoltas, esculpidas las dos interiores, muestra en el tímpano un Cristo en la mandorla o nimbo oval, con dos personajes santos flanqueándolo, puestos, uno y otro, sobre figuras arrodilladas, cosa que al viajero le parece poco cristiano, salvo si tales figuras son representaciones demoníacas, e incluso así. No va el viajero a describir la iglesia. Dirá que los capiteles de este pórtico son, cada uno, obras

maestras de la estatuaria, que toda la fachada, con sus contrafuertes, halaga los ojos y el espíritu. Dirá que el interior, amplio, inmerso en penumbra, hace que creamos definitivamente que el hombre, al fin, tiene que vivir entre belleza. Dirá que el trazado de estos arcos distintos, quebrados unos, de vuelta entera otros, y el último ojival, demuestra cómo la diversidad puede convertirse en homogeneidad. Dirá, en fin, que la iglesia de Rates justifica la celebración de nuevas peregrinaciones para que vengan aquí a aprender quienes tengan oficio de buscar la perfección. Tal vez aquí se consoliden fes. Y de lo que no duda el viajero, es de que en este lugar se consolidarían razones para confiar en la permanencia de la belleza.

De Rates va el viajero a Apúlia, donde no lo esperan vendedores de sargazos vestidos a la romana, pero donde el mar, allá delante, en este día macizo de sol, no tiente a mojar en él la piel, de frío que está, pero sobra para lavar los ojos. Es desahogado el camino hasta Fão y Ofir, y desde luego habría motivos para demorar en estos lugares, pero el viajero ha andado por medievales tierras, le pesa este bullicio turístico, los carteles de las inmobiliarias, el anuncio del *snack-bar* (abominación que acabará borrando de las costumbres portuguesas el sabroso *vinhos e petiscos*, las tapas que honradamente dicen de inmediato cuánto valen) y, cuando a Esposende pasa, se ve perdido en las anchas avenidas costeras, piensa si vale la pena, y añora otra vez montañas y aguas límpidas. Vuelve a atravesar el río Cádavo y sigue a lo largo de la margen sur, por Vila Seca y Gilmonde. Le queda en el camino la celebrada ciudad de Barcelos, pero el viajero resuelve dejarla para otra vez, está visto que se le ha encendido vocación de lobo solitario. Bien cierto es, no obstante, que cuando alguien huye de las ciudades del mundo, son los cuidados del mundo los que vienen a buscarlo. En Abade de Neiva fue el viajero a ver el conjunto de iglesia y torre de más viva atmósfera medieval que hasta ahora ha encontrado, y, cuando volvió al coche, tenía un pinchazo. Son accidentes vulgares de quien por las carreteras va, mayormente por tan malos caminos. Saca la rueda, pone otra, pensando maravillas, qué suave está el día, qué verde es el pinar de allá abajo, y que quien construyó aquella torre al lado de aquella iglesia sabía su oficio, y, en fin, hecho el trabajo, se lanza al camino. Anduvo así dos kilómetros. Iba el viajero cabalgando su pegaso de nubes, cuando, de repente, da de bruces contra las duras peñas del error. Suerte de aquella iluminación: se había olvidado nada menos que de apretar los tornillos de la rueda, buen viajero será él, pero para mecánico incompetente nada le falta. Sólo le quedó la duda de si el aviso le había llegado de San Cristóbal o de Mercurio, teniendo en cuenta que si no había automóviles en Grecia, donde el dios se inventó, tampoco los había en Siria, donde nació el santo.

A Quintiães quería el viajero ir, pero desistió. El camino era pésimo, gran enfado sería si tuviera allí otro pinchazo. Como recuerdo extremo se fijó en dos cabezas de lagarto que por allí estaban adornando una portalada, parecían auténticas gárgolas o piedras esquineras, o serían imitaciones, pero más hábiles que la mecánica con que él remedia los pinchazos.

En la margen del río Neiva está Balugães, tierra de gran antigüedad, ya población cuando los romanos no habían llegado aquí aún. El viajero entró y se encontró de pronto en una encrucijada. Cierto es que lleva destino elegido, y es a Viana do Castelo, que queda por la banda de la izquierda, pero si un viajero llega a una encrucijada, ha de hacer una pausa, ver si está subida a un pino la esfinge que hace preguntas, olfatear vientos. Quien había allí a un lado era un hombre que siempre da respuestas: «Para llegar, tome esa carretera de enfrente y vire a la izquierda». Iba el viajero a ejecutar lo mandado, cuando, súbitamente, da con un nicho en la pared de una capillita que había allí a mano. El viajero, como se sabe ya, es curioso de estas cosas. Por eso se acercó con aires de cazador, y, cuando esperaba ver una más de esas imágenes delicuescentes que pueblan los lugares santos portugueses, encuentra una figurita de granito, con dos gotitas verdes marcando los ojos, y pintadas las uñas de la mano derecha levantada a la altura de la cabeza. En la piedra inferior, el viajero leyó: «Sólo la cabeza». No había esfinge, pero allí estaba el enigma.

En tales casos se recurre al hombre que da las respuestas: «No, señor, quien está ahí es la Señora de la Cabeza. Aquí viene mucha gente con dolores de esa parte». El viajero había leído mal. La santa tiene forma, facciones y gesto de ídolo bárbaro, cura o no cura desvanecimientos, jaquecas o locuras completas, pero lo seguro es que el viajero queda fascinado mirándola, dudando si debería o no intentar aquí la cura de sus propias simplezas. El hombre que da las respuestas sonríe, está sin duda habituado a diálogos como éste. Entonces, el viajero disimula y se va al pueblo.

Balugães es pequeña tierra. El viajero anda un poco, pregunta dónde está la parroquia, otra obra románica que hay que ver, y le dan indicaciones que, si fueran siendo exactas, maravillarían por la precisión. Lo peor son los caminos. Tiene que seguir a pie, va por una callejuela pedregosa, entre muros de mampostería en seco y rodrigones que sostienen las vides, pero la iglesia no aparece. Piensa el viajero que una iglesia que se precie ha de estar en medio del pueblo, vigilando y dando consejo fácil, no este despropósito de tanta lejanía. Vuelve a preguntar. No va equivocado, es siempre recto. Entonces el viajero imagina que se encuentra en el Portugal del siglo XIII o XIV, quién sabe si este camino no será mucho más antiguo, de tiempos de los romanos o de los godos. A intervalos se yerguen cruces de piedra, lugares para que se detengan las procesiones del Señor de los Pasos y tal vez otras, que en eso el viajero no es entendido. Imagina, no obstante, que muchas veces se sentirán oprimidos los corazones devotos al ver oscilar violentamente las andas, que en este camino accidentado no debe de ser fácil el transporte a hombros. La parte superior de las cruces aparece a veces manchada de verde, es del sulfato de cobre con que se curan las vides, y el viajero se queda muy satisfecho por haber encontrado en seguida la explicación.

Sólo se oyen dos murmullos, el de las botas del visitante cuando rozan las piedras y el correr del agua que en todas partes murmura, llegada de la ladera, y a veces cayendo de más alto. El sol está escondido tras el monte, pero la atmósfera es de una

transparencia total; se respira un frescor que asciende de la tierra y baja del cielo como dos rostros que el uno al otro se aproximan hasta juntarse. El viajero va muy feliz. Le es indiferente encontrar la iglesia o no encontrarla, lo que él quiere es que el camino no se acabe.

Ya no hay casas, ni vides, sólo piedras, agua que corre, helechos, y el camino desciende un poco para luego volver a subir, siempre a lo largo de la ladera. Entonces, en un terraplén que da a un atrio murado, en plano inferior, aparece la iglesia. Se ven restos de arcos de fiesta, con papeles descoloridos, allí mismo al lado están construyendo una casa, y un poco más allá hay un salto de agua, un chorro que se lanza al aire. Dando la espalda a la casa en construcción, el viajero se queda solo. La vieja iglesia parroquial de Bugalães, del siglo XII, adulterada pero hermosísima, es pequeña, está medio enterrada. La puerta está cerrada, pero el viajero no hace ningún intento de encontrar al guardador de la llave. Sólo quiere estar allí, viendo las piedras antiguas e intentando descifrar la inscripción avivada con pintura negra que se ve sobre el arco de la puerta. Es latín, y el viajero sabe, como puede, portugués. La tarde va cayendo, es mayor el frescor del aire, el tiempo debería pararse ahora.

El tiempo no se para. El viajero vuelve por el mismo camino, va procurando fijarlo todo en la memoria, las grandes losas del suelo, el rumor del agua, las vides colgadas de los árboles, el verdín en las cruces, y en sus pensamientos se dice que la felicidad existe, y no es la primera vez que le acontece hacer tal descubrimiento. En la encrucijada se despide del hombre que da las respuestas, y luego toma la carretera de Viana do Castelo, para empezar inmediatamente a subir la gran rampa que lleva a la Capilla de la Aparecida, que tiene, evidentemente, su historia. Es ésta la historia del vidente João Mudo, pastor a quien se reveló Nuestra Señora en 1702, cuando iba por los veinte años. Era este pastor, según decires de Fray Agostinho de Santa María, absolutamente imbécil, ni sabía santiguarse ni sabía el padrenuestro, y el cura Custodio Ferreira lo trata de mentecato, faltar de entendimiento y de lengua. De todos estos males lo curó la visión. Este João Mudo estaba sin duda llamado a grandes destinos. Como su padre, cantero de oficio, no creyera en la aparición que su hijo bobo proclamaba, sobrevino el arriesgado milagro de la caída de João Mudo desde el puente de Barcelos abajo, donde con el progenitor trabajaba, y estando el mozo con la cántara al hombro, ni el agua se derramó ni el caído se partió las piernas.

Estas maravillas las oyó el viajero de boca del cura que se le apareció cuando andaba visitando el templo erigido con dinero de las limosnas de los devotos de Nuestra Señora Aparecida. Antes había visto la tumba de João Mudo, que, si allá está de cuerpo entero, debía de ser de raza menorca. En la capilla hay unos cirios gigantescos. Si los milagros lo fueron en proporción, bien servido fue el ofertante. Quiso el viajero saber noticias de la iglesia parroquial, y el cura le informó de que la inscripción que hay sobre la puerta, incompleta por cierto, es una declaración consagratoria. Cuenta que la consagraron tres obispos que, por la calzada romana de la que aún por ahí hay vestigios (¿sería el camino que ha seguido el viajero?), se

dirigían a un concilio en Lugo. En aquellos tiempos, piensa el viajero, se precisaban tres obispos para una iglesia tan pequeña. Eran tiempos, vuelve a pensar el viajero, en los que la más mínima piedra sacra era mayor que quien la consagraba. El cura va a mostrarle una tabla que hay en el altar, a ocultas de quien no lo sepa, y que representa por un lado a un admirable Cristo muerto, y por el otro la Última Cena. Esta tabla es de lo mejor que hay en la iglesia. Pasean ahora por el atrio, se cuenta el caso de la campana que vino de la parroquial y que los habitantes de la villa vieja quisieron robar una noche, trajeron unas cadenas y venía ya la campana por ahí abajo, colgada, cuando trascendió el asalto. Huyeron los justos robadores por los montes, pero la justicia llega siempre, aunque a veces tarde mucho. «La campana volverá al lugar de donde vino», dice el cura, y con esto se despidió.

El viajero se queda triste. Estas historias de milagros, de mudos que hablan, de cirios del tamaño de un hombre, cubrieron por instantes la memoria de la tarde. Peor aún cuando descubrió, en la ladera que trepan unas escalerillas mediocres y una fuente desgraciada, otras desgracias y mediocridades aún mayores, representadas por el grupo de piedra blanca que representa a João Mudo, merecedor de más respeto en su desgracia de tarado, y unas ovejas que parecen gatos esquilados. ¡Ay, Balugães, Balugães, que esto no lo merecías!

Más Casa Grande

Está clara la mañana, pero el viajero no se ha levantado aún. Retrasa adrede el momento de abrir las dos ventanas del cuarto. Hace demorar el gusto que adivina desde que, noche cerrada, llegó al hotel. Quizá tema, también, una decepción. La luz entra por las rendijas, filtrada, y el viajero siente oprimido su corazón: «¿Habrán nubes?». Salta de la cama, indignado contra la simple idea de la miserable derrota que sería ver cubierto de nubes el paisaje de Santa Luzia, y abre de un tirón la primera ventana, la que da al mar. Recibe en el rostro y en el cuerpo el aire frío de la mañana, y queda iluminado de placer y de pasmo ante el esplendor de las aguas en la costa brumosa, el encuentro del río y del océano, el cordón de espuma de las olas que viene de alta mar a deshacerse en la playa. La otra ventana forma ángulo recto con ésta, el cuarto es esquintero: hay más paisaje a la espera. Y para éste no va a haber palabras suficientes, ni pintura, ni música. Sobre el amplio valle del Lima flota una neblina luminosa que el sol hace reverberar por dentro como un resplandor. El agua del río, al correr, ciñe las múltiples islas, y en esta margen derecha, la que mejor se distingue desde lo alto, hay brazos líquidos que entran tierra adentro y reflejan el cielo, campos verdes cortados por altos árboles cobrizos y márgenes oscuras. De las chimeneas de las casas sube el humo matinal, y, muy al fondo, contribuyendo por esta vez a la general belleza de la hora magnífica, humean en gloria las chimeneas de las fábricas. El viajero tiene mucha suerte: dos ventanas al mundo, y este momento de luz única, el frescor del aire que le envuelve el cuerpo, en buena hora vino a Viana do Castelo, en buena hora llegó con noche cerrada y decidió subir al monte de Santa Luzia a dormir.

Son horas de ir a la ciudad. Lleva el viajero sus indicaciones y referencias, todas con prioridad. He ahí la Plaza de la República, las tres construcciones quinientistas: el antiguo Ayuntamiento, la Casa de Misericordia y el surtidor imaginado y labrado por João Lopes, *el Viejo*. El Ayuntamiento es una casa fuerte, sólida, un frontón de piedra en el que se abren arcos y ventanas, un tanto a contragusto, pese a la debilidad de las aberturas; la Casa de Misericordia, que fue concebida por João Lopes, *el Joven*, tiene, con sus amplios miradores para esparcimiento de los enfermos, un aire renacentista nada común en nuestro país. Las doce cariátides, seis en cada piso, que soportan los alpendes, son al mismo tiempo robustas y elegantes. Para el fatigado viajero es agradable el banco de la arcada baja, desde donde se puede ver el movimiento de la ciudad y charlar con los vecinos. El surtidor es armonioso y está en el lugar exacto, con las piedras de su tiempo. Si esta plaza fuese tan bien contemplada todo alrededor como lo ha sido desde esta esquina, sería el más hermoso espacio urbano portugués.

La iglesia parroquial, de raíz gótica cuatrocentista, prolonga aún reminiscencias románicas. Tiene un hermoso pórtico con los apóstoles haciendo de columnillas de soporte, y, encima, un rosetón enorme. Allá dentro se nota que no se ha operado la fusión de los diferentes estilos de arquitectura o decoración que se fueron

implantando a lo largo de los siglos. El incendio de 1806 debe de haber tenido parte importante en el carácter compuesto que el conjunto ofrece. No faltan, con todo, bellas piezas de estatuaria y de pintura, y también excelentes paneles de azulejos. Pero lo mejor de esta iglesia tal vez sea su implantación y las construcciones que la circundan: quedó preservado un ambiente, una atmósfera, lo que, debiendo ser la regla, acabó siendo la excepción.

El viajero sigue por una calle paralela al eje mayor de la plaza y da con una bellísima ventana renacentista que, más que cualquier otra obra de arte, debiera ser el símbolo de la ciudad. La piedra así labrada vale su peso en oro y aún se queda a deber mucho a quien la labró. Por otra parte, Viana do Castelo es pródiga en puertas y ventanas manuelinas, sencillas algunas, otras de afinada labor, tanto que con justicia se puede decir que Viana pone a la vista del viajero cuanto de mejor tiene. Destaca el museo, que tiene sus puertas de entrar y salir y, siendo pequeño, contiene, por no hablar ya de otras prendas, la más completa y rica colección de cerámica portuguesa, cerca de mil seiscientas piezas que el viajero no puede estudiar con pormenor o acabaría aquí el viaje. Y tiene más el museo: tal vez por obra, amor y arte de su guía, entallador de oficio, los muebles que aquí se guardan (y son muchos, y preciosos) están en un estado de conservación poco frecuente. Y como el viajero no puede reseñarlo todo, menciona sólo un pequeñito *Descenso de la Cruz*, maravilla de perfección y de rigor, atribuido a Machado de Castro y que vale por todos los pesebres y demás barros de quien en este arte tan generosamente abundó. Repárese también en el barbado gigante que en el atrio está, un basto más auténtico que el otro, del céltico período, cuando Galicia y Minho todo era uno.

El viajero fue hasta los astilleros, donde no pudo entrar, y cuando volvió pasó los ojos por la iglesia de São Domingos, donde se guardan los huesos de Fray Bartolomeu dos Mártires, a quien Fray Luís de Sousa biografió. Así se vinculan las vidas, incluyendo la de Almeida Garrett, que con la historia del biógrafo compuso la mejor pieza de teatro que se haya escrito en Portugal. Conversando consigo mismo de estas cosas, el viajero dio la vuelta para ver el palacio del Vizconde de Carreira, aún con este mismo nombre conocido, con su decoración manuelina y su aire opulento. Antes de partir, miró la casa de João Velho y la pequeña obra maestra barroca que es la Capilla das Malheiras.

En el río Lima veían los romanos aquel mitológico río Letes que apagaba las memorias, y no lo querían pasar por miedo a que se les barriera la patria del recuerdo y del corazón. La carretera que sigue el viajero, a lo largo de la margen norte, esconde mucho las celebradas bellezas, pero cuando en el oficio de viajar está ya uno encallecido, el remedio es bueno de tomar y está al alcance: se mete uno por las carreterillas marginales, va por ellas, aunque sólo lleven a la orilla del agua, y entonces el río aparece a estos ojos portugueses como a los romanos ojos, y cualquiera de nosotros se siente magistrado o centurión que de Bracara Augusta vino por razones civiles o militares y de pronto tiene ganas de deponer el rollo de las leyes

o la lanza y proclamar la paz.

En Bertianos, el viajero se detiene en la carretera, acecha como un pobre de pedir entre los hierros del portón, y se queda mirando consolado el acierto del conjunto arquitectónico barroco con la torre quinientista, y se pregunta a sí mismo qué maldición ha caído sobre la arquitectura de hoy, tan distraída de las reglas de acuerdo entre estilos diferentes, vistas las querellas constantes entre lo que había y lo que al lado se construyó. No se le pregunte qué reglas son ésas: sólo podría responder que las sabían aquí en Bertianos, en este salto de trescientos años entre la torre y el palacio.

El viajero tiene que confesar que no fue a Ponte de Lima. La tenía allí mismo, al lado, al otro lado del río, pero allá arriba, desde las tierras altas, lo estaba llamando una pequeña aldea, y lo hacía con tanta insistencia que no tuvo ánimo para desobedecer. Lo más que consiguió fue no tomar el camino directo, dar la vuelta por Paredes de Coura y, entonces sí, descender a Romarigães, que éste es el nombre de la aldea. No obstante, no anticipemos. Antes habrá que hablar del paisaje admirable que la carretera de Paredes de Coura atraviesa, subiendo siempre, pasando de la meseta del Lima a los altos de Labrujo y Rendufe. Se parece en pequeño, pero es honor que se le hace comparando así, a la carretera que va de Vila Real a Peso da Régua. El viajero, ante estas anchas respiraciones, siente que venía incubando una añoranza de montaña y valle. Está ahora bien servido, en estos veinte kilómetros de altos montes y hermosos bajos, amplios y cultivados. Si no fuera por el ansia de ver lo que la curva de más allá reserva en cuestión de horizontes y declives, el viajero iría lentamente, contando las piedras del camino.

Aquí está el cruce. A un lado está Rubiães, al otro Romarigães. Ahora que está cerca, al viajero no le importa aplazar un poco el encuentro con aquello que está buscando. Va primero a Rubiães, pero antes aún tiene que dar cuenta de este interminable murmullo que le viene acompañando desde Ponte de Lima, aguas que caen por los declives, que van corriendo por las cunetas en busca de un regato que las reciba, del arroyo que las abra, del río que las envuelva y transporte, del mar que les dé sal. El viajero recuerda las ásperas tierras del sur, que hasta en invierno se secan si la lluvia no cae constantemente, y recomienda a los montes y a las hierbecitas que de esta agua se aprovechen mientras la hay, que no la maten ni desperdicien, que igual sería perder la sangre y la vida.

Rubiães es un templo románico cerrado. El atrio está prácticamente cubierto de lápidas sepulcrales, entre lo antiguo y lo casi moderno. El viajero aún cambia algunas palabras con dos hombres que descansaban de una carga sentados en los peldaños, y sigue luego a donde lo llamaba el corazón.

Son tres kilómetros de carretera alquitranada que las últimas lluvias han desmigajado, y al fin de ellos hay una curva; de ahí en adelante, el camino se estrecha, el viajero decide continuar a pie. Hace muy bien. Allí está el agua aquella clara y fresca, y el sol que apenas se siente ahora en el rostro pero hace fiestas en las

manos, y el viajero va andando, ve que está aún lejos de la población, vacila, pero allí hay dos jóvenes, muchacho y muchacha, apuesta a que son novios. Están sentados en un muro derruido, y han dejado de conversar. El viajero se acerca a ellos y les pregunta: «¿Sabes decirme dónde queda la capilla de Nossa Senhora del Amparo?». El muchacho y la muchacha se miran, y es él quien responde: «La capilla de Nossa Senhora del Amparo no la conozco. Si lo que busca es la iglesia, está allá abajo, en el pueblo». El viajero sabe muy bien lo que quiere, pero la información lo desconcierta: «No, no es la iglesia, es la capilla de Nossa Senhora del Amparo, de la que habló el señor Aquilino Ribeiro^[7] en su libro», y, dicho esto, esperaba que se abrieran las sonrisas de los enamorados. Penas perdidas. Responde la muchachita, un tanto con aire de irritada por haberles cortado el galanteo: «No señor, no la conocemos».

El viajero se sintió avergonzado y resolvió bajar al pueblo en busca de respuestas más afortunadas, pero, como caminaba a lo largo de una pared, sintió un palpito en el corazón. Alzó los ojos y vio una ventana sobre la que había una especie de dintel no apoyado, y encima de él una cruz esculpida, flanqueada por dos jarrones con follajes de acanto, o eso parecía desde abajo. A la misma altura, una piedra de armas, con sus elementos coloreados. «Eso quiere decir algo», pensó. Dio unos pasos más, miró hacia arriba, allá estaba. Era la fachada de la capilla, el alto campanario, los capiteles. Si el viajero no estuviera tan ansioso, habría increpado a los novios ignorantes, con muy poco futuro en sus vidas si no saben más de amores que de los bienes de su tierra. Se limitó a decir: «La capilla es ésta. Recuérdelo por si aparece alguien más por aquí preguntando». Los novios respondieron distraídos: «Sí, señor», y siguieron el parrafeo. Es posible incluso que de amores sí sepan.

Quien derribó esta parte del muro sabía lo que hacía. Sólo así puede el viajero invadir la propiedad ajena, saltar las piedras, e ir, ansioso como un chiquillo que alcanza el pote de la mermelada, a contemplar desde el otro lado, de arriba abajo, la fachada de la capilla de la Señora del Amparo, de la que habló Aquilino Ribeiro en su *Casa Grande de Romariçães*. El viajero tiene poco de modesto, pero en este caso le ordena la prudencia que dé la palabra a quien la merece y más derecho tiene, es decir, al mismo Aquilino. Dice él: «En toda la fachada, salvo el paño inferior con la sencilla puerta, e incluso así con hombreras rematadas por florones a guisa de capiteles, y dos ventanas enrejadas, casi renacentistas ya en su estructura, no había piedra que no fuera más bien obra de platero que de escultor. Su polimorfismo era más rico que la fachada de un libro setecentista. Y con los cuatro pináculos, saliendo su fondo bulboso de una pilastra cuadrada, y la espadaña en forma de quiosco, recordaba realmente una pagoda, con agujas y capiteles en simetría con las copas de los pinos y de los olmos, erguidos entre matojos, más lejos, a la luz efusiva de los cielos». El viajero cuenta los pináculos y sólo encuentra dos, gran daño hace el tiempo, o Aquilino Ribeiro fió demasiado en la memoria.

El viajero ha ido a muchos lugares, unas veces se sintió bien pagado con lo que vio, otras no tanto. Pero de Romariçães vuelve en estado de plenitud. Cuando pasa

ante los dos enamorados y se despide de ellos, descubre que aun sin saber cómo se llamaba la capilla sabían muy bien que era lugar de paraíso, de otro modo no hubieran elegido aquel lugar para encontrarse Adán y Eva.

Baja el viajero hacia Caminha, a lo largo del río Coura. A la izquierda lleva la sierra de Arga, montaña rapada que el sol enciende, lugar de protopoemas y de lobos. No es alta esta sierra, poco más de ochocientos metros, pero, desahogada como está, hace gran bulto en la distancia y repele con mano dura al viajero. En Caminha, vista la casa quinientista de los Pitas, armada con almenas achaflanadas, con las jambas de las ventanas golpeadas, comprobada la hora en la Torre del Reloj, resto de la antigua muralla, fue el viajero a la parroquial, compuesto de baluarte militar y templo donde el gótico se prolonga en el manuelino y llega ya al renacimiento. Renacentista por el espíritu arquitectónico, que no por la estatuaria, es el pórtico lateral, con sus medallones por donde asoman medias figuras, interrogando al viajero con las nuevas inquietudes del tiempo, mientras los apóstoles permanecen aún en el sueño gótico. El surtidor de la villa es obra de un João Lopes, probablemente el mismo que concibió y labró el de Viana do Castelo.

Falta ya poco para acabar el día. El viajero sigue a lo largo del Minho, pasa por Vila Nova de Cerveira sin pararse, y es una lástima, y por Valença, quiere ganar lo que queda de luz y de aire libre. Ahí está el muro de la terraza del mayorazgo de Pias, con su cruz inclinada, y más allá se toca el río casi con la mano entre un bajo de vides enramadas. Cerca de Monção, el viajero toma la carretera que lleva a Pinheiros, sólo para ver, por fuera una vez más, como un pobre de pedir, el Palacio de la Brejoeira, con su amplia explanada, tan inaccesible como el Himalaya, con avisos de que la policía vigila ojo avizor la propiedad. Planteada la cuestión en estos términos, y vista la desproporción de fuerzas, el viajero emprende la retirada. Más allá tendrá su premio, cuando al borde de la carretera encuentre un plátano todo amarillo. El sol bajo atraviesa las hojas como un cristal, y entonces, sin temer ataques por la espalda, el viajero se queda contemplando el árbol gratuito, mientras la luz aguanta. Cuando entra en Monção se encienden las primeras farolas.

Las chiquillas de Castro Laboreiro

Monção es aquella tierra donde ocurrió el caso infaliblemente contado a los chiquillos del tiempo en que el viajero también lo era, que fue de Deuladeu Martins, mujer ingeniosa que, estando la plaza sitiada y menguada de alimentos, mandó amasar y cocer los últimos restos de harina, lanzó luego muralla abajo, con gran alarde de prosperidad, los bollos bienolientes, derrotando así, por convencimiento de la inutilidad del cerco, a las tropas del rey Enrique II de Castilla que querían tomar el fuerte. Ocurrió esto en el año 1368, tiempo de gran ingenuidad política, pues fácilmente se creía en artificios tácticos tan poco imaginativos. Hoy han mudado los tiempos, y es Monção el que pide, a juzgar por el monaguillo que está a la entrada de la iglesia con piadosa e implorante expresión recibiendo limosna de los corazones sensibles. El viajero anda curándose otras sensibilidades, pero registra la tierna imagen. Como registró la de los ángeles del barroquismo hiperbólico que en la misma iglesia flanquean el altar mayor, y también un gigantesco Senhor dos Passos, dramático y amedrentador, que está en la parroquia, donde, por otra parte, se encuentra el monumento fúnebre a la memoria de la señora Deuladeu, acción de veneración familiar de un tataranieto.

Hasta Melgaço se disfruta de un paisaje agradable, pero que no sobresale particularmente de lo que es común hallar en el Minho. Cualquiera de estos rastrojales serviría como preciosidad paisajística en tierras menos galanas, pero aquí los ojos se vuelven exigentes, no todo los contenta. Melgaço es ciudad pequeña y antigua, tiene castillo, uno más para el catálogo del viajero, y la torre del homenaje es cosa de ver, destaca sobre el caserío como el padre de todo. La torre está abierta; hay una escalera de hierro, y allá dentro la oscuridad infunde respeto. Va el viajero con un pie aquí, otro allá, con el temor de que se parta una tabla o salte un ratón. Estos miedos son naturales, nunca ha querido el viajero dárseles de héroe, pero las tablas son sólidas, y los ratones nada encontrarían aquí para roer. Desde lo alto de la torre, el viajero ve mejor la pequeñez del castillo, seguro que había poca gente en el paisaje en aquellos antiguos tiempos. Las calles de la parte vieja de la villa son estrechas y sonoras. Hay un gran sosiego. La iglesia es bonita por fuera, pero vulgarísima por dentro: sálvese una *Santa Bárbara* de buena estampa. El cura abrió la puerta y fue a las obras de la sacristía. Aquí fuera, un zapatero invitó al viajero a ver el mico de la puerta lateral norte. El mico no es un mico, sino uno de esos animales compósitos del medievo; hay quien ve en él un lobo, pero el zapatero se empeña orgulloso en alabar al bicho: es su vecino.

Más allá de Melgaço está Nossa Senhora da Orada. Queda a la orilla del camino, en un plano ligeramente elevado, y si el viajero va deprisa y desatento pasa ante ella sin verla, ¡ay mi Nuestra Señora!, ¿dónde estás? Esta iglesia está aquí desde 1245, cumplidos están, y ya muy rebasados, los setecientos años. El viajero tiene el deber de medir las palabras. No le queda bien andar desmandándose en adjetivos, que son

la peste del estilo, y mucho más cuando se las da de sustantivo, como es el caso. Pero la iglesia de Nossa Senhora da Orada, pequeña construcción románica decentemente restaurada, es tal obra maestra de la escultura que las palabras fatalmente están de más porque desgraciadamente son de menos. Aquí se exigen ojos, registros fotográficos que acompañen el juego de la luz, la cámara de cine, y también el tacto, los dedos sobre estos relieves para enseñar lo que a los ojos falta. Decir palabras es decir capiteles, acantos, volutas, es decir modillones, tímpano, dovelas, y esto sin duda es cierto, tan cierto como declarar que el hombre tiene cabeza, tronco y extremidades, y quedar sin saber cosa alguna de lo que el hombre es. El viajero pregunta a los aires dónde están los álbumes de arte que muestren a quien vive lejos esta Nossa Senhora da Orada y de todas las Oradas que por este país aún resisten a los siglos y al mal trato de la ignorancia, o, peor aún, al gusto de destruir. El viajero va más lejos: ciertos monumentos deberían ser retirados del lugar donde se encuentran y donde van muriendo, y transportados piedra a piedra a grandes museos, edificios dentro de edificios, lejos del sol natural y del viento, del frío y de los líquenes que los corroen, pero preservados. Se dirá que esto sería embalsamar las formas; y el viajero responde que así se conservarían. Tantos cuidados de restauración con la fragilidad de la pintura y tan pocos con la debilidad de la piedra.

De Nossa Senhora da Orada el viajero no escribirá más que esto: la vieron sus ojos. Como vieron, al otro lado de la carretera, un rústico crucero con un Cristo cabezudo, hombrecillo crucificado sin nada de divino, a quien desearía ayudar uno en tan injusto trance.

Va ahora el viajero a iniciar la gran subida a Castro Laboreiro. Melgaço está a unos trescientos metros de altura. Castro Laboreiro anda por los mil cien. Se vence este desnivel en cerca de treinta kilómetros: no es muy pina la ascensión, pero es inolvidable. Esta sierra de Peneda no abunda en bosques. Hay macizos de árboles aquí y allá, sobre todo en los lugares próximos a las aldeas, pero en su mayor extensión es roca viva, aliagas y carrascas. No faltan, claro está, en las tierras aún bajas, grandes espacios de cultivo, y en estos días finales del otoño el paisaje trabajado por los hombres tiene una dulzura que se diría femenina, en contraste con la sierra al fondo, que va encabalgando montes sobre montes, a cual más áspero y ceñudo. Pero esta sierra tiene una cosa nunca vista y que a lo largo de muchos kilómetros intrigó al viajero, poco experto en andanzas viajeras, como pronto se verá. Estaba el sol de manera que batiendo en las laderas distantes despedía brillos, grandes placas luminosas, ofuscantes, y el viajero iba rumiando por saber qué era aquello, si preciosas minerías de este modo reveladas, si sólo el pulido de las lajas de esquisto, o si, imaginaciones fáciles, serían las divinidades de la tierra haciéndose señales entre sí para ocultarse de miradas indiscretas.

Al final, la respuesta estaba a la orilla de la carretera por donde iba. Por las hendiduras de las rocas rezumaba el agua que, aunque no corriendo a hilo, mantenía húmedas ciertas piedras donde, al dar el sol de una especial manera, se encendía un

espejo. Nunca tal había visto el viajero, y, descifrado el misterio, fue gozando por el camino con el deslumbramiento de las piedras, que se apagaban y resurgían a medida que la carretera hacía y deshacía curvas y se alteraba así el ángulo de incidencia del sol. Es ésta una tierra grande y descampada, separan los montes grandes valles, aquí no pueden los pastores gritar recados de alto en alto.

Castro Laboreiro llega sin avisar, en un recodo del camino. Hay allí unas casas nuevas, y luego la villa, con su traje oscuro de piedra vieja. Buenos de ver son los botareles que amparan las paredes de la iglesia, restos románicos de la primitiva construcción, y el castillo, en esta su gran altura, con la única puerta que le quedó, la del Sapo, algo daría el viajero por saber el origen de este nombre. No requiere grandes demoras la población, o las requiere enormes para quien tenga ambiciones de descubiertas: ir, por ejemplo, a aquellas altas piedras, gigantes en ayuntamiento que a lo lejos se alzan. En el cielo, de purísimo azul, atraviesa un rastro blanco de avión, recto y delgado: nada se oye, sólo los ojos van acompañando aquel lento pasar, mientras, obstinadamente, las piedras se ciñen más y más unas a otras.

Está casi despidiéndose. Vino por causa del camino, de la grande serranía, de estos pitones altos, y corriendo ahora alrededor los ojos, distraídos ya, da con dos chiquillas que lo miran, con serio rostro, suspendiendo las atenciones que daban a una muñeca de amplio vestido blanco. Son dos niñas como nunca se vieron: están en Castro Laboreiro y juegan a la sombra de un árbol, la más chica tiene el cabello largo y suelto, la otra lleva trenzas con unos lacitos rojos, y ambas miran gravemente. No sonríen al mirar a la cámara; cuando así se muestra el rostro, tan abierto, no es preciso sonreír. El viajero alaba con el pensamiento las maravillas de la técnica, la memoria, infiel, podrá renovarse en este rectángulo coloreado, reconstruir el momento, saber que era de tejido escocés la falda, crespas las trenzas, y las medias de lana, y la raya del cabello en medio, y, descubrimiento inesperado, que otra muñequita había, caída hacia atrás, alzando la mano en un gesto como con miedo de no salir entera en la foto.

El destino no siempre ordena mal las cosas. Para ver la iglesia de Nossa Senhora da Orada y las niñas de Castro Laboreiro, tuvo el viajero que hacer kilómetros, cien en números redondos: tenga ahora el valor de protestar quien halle que no han valido la pena. Y piense, como añadido y contrapeso, en los gigantes de piedra, en el mico de Melgaço, el avión en el aire, los espejos de agua, y este pequeño puente de piedra seca, sólo para gente pedestre y ganado chico.

Vuelve el viajero a Melgaço, aquí se rematan los cien kilómetros, y busca la carretera que va a Longos Vales. Entre los nombres bellos que en la tierra portuguesa abundan, Longos Vales tiene una resonancia particular, y sólo con decir Looongos Vaaaales queda uno sabiéndolo todo o casi todo, que en ese cantar no sólo se adivina la hermosura del ábside de la iglesia parroquial, sino también sus modillones poblados de animales grotescos y figuras humanas retorcidas. La tronera, estrechísima, que ha servido ya de blanco a las pedradas del gentío infantil, tiene una

hermosa decoración de tacos. Ante estos capiteles el viajero vuelve a una vieja idea suya: descifrar los significados de estas composiciones, complejas de más para ser casuales. Mucho habría que explicar del pensamiento medieval. Probablemente estará ya esto explicado y descifrado. Tiene el viajero que indagarlo cuando le sobre tiempo.

Por Merufe, a lo largo de un afluente del río Mouro, el viajero vuelve a subir hasta las márgenes del río Vez, primero por la margen norte; después por la banda del sur, y aquí ha de soltarse en grandes gritos reclamando justicia. Se habla mucho de las bellezas bucólicas y suaves del Lima, del Cádavo y del Minho. Sí, señores, bien están, bien están en su género. Pero este río Vez, por los altos de Sistelo, que es por donde el viajero lo alcanza, y luego el río Cabreiro, que a él afluye, son maravillas verdaderas que juntan la dulzura y la aspereza, la armonía de los bancales verdes y el murmullo saltarán de las aguas, todo bajo la fortuna de una luz que empieza a caer y recorta, línea por línea, color por color, el más bello paisaje que cabe en la imaginación. El viajero pone, al otro lado de ella, lo que en la memoria guarda del río Tuela, y nada más dirá.

La carretera grande queda del otro lado, pero el viajero prefiere esta que va hasta Arcos de Valdevez por Gondoriz y Giela. La iglesia de Gondoriz se alza en un escenario sobre el valle. Es una construcción teatral, setecentista, sin duda una buena imagen de la Iglesia triunfante. Y el crucero que tiene enfrente la acompaña en este espíritu, con su fuste salomónico y su *Pietà* armada y colorida, a esta hora recortada contra el sol. Pocos kilómetros más allá, casi a las puertas de Arcos de Valdevez, está Giela. Aquí hace el viajero un alto largo. Sube las laderas de la colina por un camino bien trazado y va aún en la mitad cuando ve ya las almenas de la torre, implantada con evidencia en medio de un redondel de montes replantados. El viajero se nota nervioso, es lo que siempre le ocurre cuando está cerca lo que mucho desea conocer. Hay aquí un pazo quinientista, que es, ahora lo declara el viajero, que lo tiene ante sus ojos, uno de los más bellos ejemplares de este tipo de construcción existentes en el país. La torre es más antigua, de finales del XIV, y de ella se dice que fue donada por João I a Fernão Ares de Lima, tras la batalla de Aljubarrota. La casa, de un tiempo más reciente, tiene una bella ventana manuelina que da al terrado.

No vive aquí gente noble ni personal burgués. Nadie vive. La casa sirve de granero, se ven tendidas por los sobrados trémulos las mazorcas de maíz, y dondequiera que el viajero ponga el pie, todas las tablas gimen. El chiquillo que lo acompaña, por mandado del padre, que tiene allí oficio de casero, salta como un cabrito sobre los montones de hoja seca, espantando a las gallinas, y, con cuidado, va avisando y previniendo los lugares de mayor riesgo. De los techos cuelga la guarnición como una vela grande y tiene la curva que el viento le daría. Lo que se ve es una ruina. Por fuera, la reciedumbre de la piedra sigue aguantando, pero, dentro, aquellos suelos están a merced de una cosecha diez espigas más abundante o de que una gallina tenga una puesta generosa: todo se vendrá abajo.

Se va tristísimo el viajero. ¿Quién te salvará, Pazo de Giela?

Tal vez por causa de estas penas pasó el viajero por Arcos de Valdevez sin detenerse, pero, llegando a Ponte da Barca, decidió que no iba a dejarse abatir por desalientos, y avanzó hacia la sierra de Soajo. Va siguiendo el río Lima, amenísimo de márgenes en estas tierras altas y saltarán en los guijarros del lecho. No tarda mucho en empezar a subir la carretera, se va alejando, nunca a gran distancia, pero el río queda inaccesible ya. Llegando a la bifurcación frontera al Ermelo, el viajero tiene que elegir: o atraviesa el río hacia Soajo, o sigue hacia Lindoso. Se decide por Lindoso. Va de subida siempre, contando los kilómetros, gran viaje es este suyo que a tan luengas tierras lo trajo.

En Lindoso está el castillo y los hórreos, todos muy bien cerrados. Vaya. Del castillo pasa el viajero, y los hórreos son para ver de fuera, que no hay que ir a perturbar la paz de estos maizales. Así dispuestos, los hórreos forman una ciudad. Tiene ésta sus edificios antiguos, manchados de líquenes, con fechas del setecientos y ochocientos, y otros ya más modernos. Pero todos siguen fielmente el dibujo tradicional: cubierta a dos aguas, cuerpo asentado en pilastras sobre lo que parecen capiteles, y que se llaman mesas o tornarratos, artificio ingenioso y simple para evitar que los ratones vayan al maizal. En algunos, el enrejado de piedra ha sido sustituido ya por tablas, señal de andar altos los jornales de canteros: para clavar media docena de listones, hasta el menos mañoso sirve. De lo que el viajero siente pena es de no poder andar por aquí en noche de luna. Por esta ciudad de palafitos sin agua, pueblo de casas piernialtas, deben de cruzar sombras en la noche: la sombra de un hombre que por aquí anduviera, mucho podría aprender.

Vuelve el viajero al camino, quiere ir a Bravães, que queda más allá de Ponte da Barca, y llegará ya en los últimos instantes del día, con la luz horizontal y leonada, va a ponerse el sol, y el cielo se cubrirá de rosa. Bravães es un portal románico de formas floridas, una especie de compendio sublimado de los temas y motivos abiertos en la piedra, en ésta y otras tierras, desde Galicia. En las impostas, cabezas de toros que han visto desfilar generaciones, reminiscencias tal vez de otros cultos, como el sol y la luna, tan fácilmente hallados en composición con símbolos cristianos. El viajero entra en la iglesia, ya sombría, y apenas distingue un San Sebastián pintado en la pared, al lado del arco de triunfo, pero lo que ve lo confunde, pues tiene este santo rostro de doncella más que de oficial del ejército romano. Es verdad que estas cosas pasan por mucha transformación, lo que era ha dejado de ser o se tornó diferente, como es el caso, sin salir de la hagiografía, de que San Sebastián fuera muerto en el circo a palos, y por todas partes lo vemos acribillado a dardos, cosa que, por otra parte, parece no disgustarle.

Ha caído el crepúsculo. El Cristo de la mandorla mira con severidad al viajero que, despistando, toma el camino de Braga, donde le esperan nuevas aventuras.

San Jorge salió a caballo

Lo primero que hace el viajero al llegar a Braga es ir a ver la Fuente del Ídolo. Está allí, junto a la Casa del Rayo, en sitio no indicado, con un portalón que da a un empedrado sin lucimiento, y luego mira para la cueva que está delante, un charco con piedras limosas, ¿dónde está la fuente? Baja el viajero unos peldaños y, al fin, ve lo que andaba buscando: las humildes piedras, las inscripciones y las figuras mutiladas. Parece que la fuente es prehistórica, aunque las esculturas sean posteriores, y habría estado consagrada a un dios de nombre polinésico: Tongoenabiago. Éstas son erudiciones que cuida mucho el viajero. Lo que lo conmueve es pensar que hubo un tiempo en que todo esto era yermo, corría el agua entre las piedras, y quien por agua venía agradecía al dios Tongo las bondades de la linfa. De estas bondades hay que desconfiar hoy (¿será pura el agua?), pero las esculturas siguen ofreciendo su apagado rostro mientras del todo no se destruyen.

Si el vicio del viajero fuera la cronología, éste sería un buen comienzo: fuente prehistórica, inscripciones latinas, pero Braga pone al lado de estas antigüedades el barroco del rey Juan, precisamente la llamada Casa del Rayo, y, siendo así, tómese lo que a mano viene, sin preocupaciones de método. Es la Casa del Rayo, como palacio, una de las más preciosas joyas setecentistas que Portugal guarda. Causa cierto asombro ver cómo un estilo que en las composiciones interiores difícilmente consiguió mantener el equilibrio entre la forma y la finalidad, fue capaz, en los exteriores, de complacerse en juegos de curva y contracurva, integrándolos en las exigencias y posibilidades de los materiales. Y el azulejo, que por su rígido geometrismo no parecía poder ser sometido a los recortes que las piedras le imponen, surge aquí como un factor complementario de extrema precisión.

El viajero no puede quedarse todo el tiempo que quisiera. De iglesias hay montones en Braga, y el viajero no va a visitarlas todas. Tendrá, pues, que escoger, un poco por avisos que ya lleva, mucho más por impulsos de la ocasión. Visita obligatoria será, no obstante, la de la catedral. Como el viajero no tiene que particularizar primores de erudición, búsquese en otro relato la minucia y el detalle enciclopédico. Aquí se habla de impresiones, de ojos que pasean y aceptan el peligro de no captar lo esencial por prendarse de lo accesorio. La riqueza decorativa acumulada por los siglos en el interior de la catedral de Braga sólo tiene el defecto de ser excesiva para la capacidad de asimilación de quien allí entra.

Nació con grandes ambiciones esta iglesia. Si el viajero no se engaña, Braga comenzó por querer no quedar atrás de Santiago de Compostela. Lo dice el plano inicial, de cinco naves, el dilatado espacio que la construcción iría, pues, a ocupar; lo dice la propia situación geográfica de la ciudad y su importancia religiosa. El viajero no tiene documentos para probar esto, pero se le ha ocurrido la idea cuando circulaba por el interior del templo, y tiene la obligación de dar cuenta de sus intuiciones. En esta confusión de estilos y procesos que va del románico al barroco, pasando por el

gótico y por el manuelino, lo que más cuenta para el viajero es la impresión general, y ésta es la de un gran edificio que, por obra de la disposición voluntaria o de lo inacabado de las construcciones laterales, quiebra la rigidez de los muros que lo aislarían del contexto urbano y prolonga hacia ese contexto aberturas, pasajes, accesos, si no se les quiere llamar callejuelas y pequeñas plazas, definiéndose así un conjunto arquitectónico que, en este aspecto, no debe de tener nada semejante en Portugal. El viajero continúa apostando por las intuiciones, pero no hace opinión de ellas, y mucho menos aseveraciones. Que piense cada cual lo que quiera mientras no den pruebas que lleven a pensar a todos del mismo modo. Habla el viajero de la catedral de Braga, claro está.

Ante el frontal del altar mayor, y hecha antes la reverencia estética que exige la estatua trecentista de Santa María de Braga, el viajero se siente invadido por grande y molesta indignación. Este frontal es lo que queda del retablo que mandó hacer un arzobispo y que otros dos mutilaron. Se pasma el viajero, y empieza a pensar que no faltan por ahí incrédulos que no osarían alzar sus manos contra la integridad de esta obra maestra escultórica, y hubo dos arzobispos de liviana inteligencia pero de pesado martillo, que mejor hubieran hecho cuidándose de sus almas. El viajero no es vengativo, pero espera que tales pecados no se pasen por alto en el día del Juicio Final.

Cuando el viajero entra en el claustro, que es para él una de las plazas laterales que prolongan la iglesia hacia el exterior, ya sabe que hay allí dos capillas que deben visitarse, la de San Giraldo y la de la Gloria. Están ahora cerradas, pronto vendrá quien abra.

Aquí, a este lado, casi al salir a la ciudad, está la estatua monolítica de San Nicolás, edículo y santo en una sola piedra de granito. Tiene candelas encendidas, señal de que aún se le piden intervenciones milagrosas, pese a verse apartado del recinto sacro. Del otro lado del claustro, hay una capilla, construcción sin interés pero que guarda cuatro santos negros, uno de ellos San Benedicto, de quien el viajero en su infancia oía decir que comía poco y engordaba, y hay especialmente un gran San Jorge, acorazado con pectoral, yelmo y perneras, con pluma al viento y gran bigote de guardia civil del cielo. La historia de este San Jorge viene a ser una página negra en los anales del arzobispado.

En cierta procesión —no sabe cuál el viajero, sin que por ello salga perjudicada la inteligencia del caso— salía siempre San Jorge montado a caballo, como corresponde a quien, desde inmemorables tiempos, anda en encendida lucha con dragones. A caballo, y empuñando la lanza, recorría San Jorge las calles de la ciudad recibiendo, lógicamente, preces y saludos militares, mientras el caballo, llevado de la rienda, piafaba de contento.

Así fue por muchos años, hasta un día, nefasto, en que al caballo que había de transportar al santo le pusieron herraduras nuevas, por estar las viejas gastadas ya. Sale el cortejo, ocupa San Jorge su sitio en la procesión, y he aquí que tropieza el

animal con un carril de los del tranvía, resbala, le huye el suelo bajo sus manos y patas, y allá va San Jorge de bruces contra el pavimento, con estruendo terrible, pánico y consternación. Estruendo fue lo que se oyó, pánico el de los ratones que en tropel huían de dentro del santo, y consternación la de los curas, devotos y acompañantes, que veían así, demostrado en la plaza pública, el nulo cuidado que el interior del santo les merecía. En él habían hecho nido los ratones de la catedral de Braga, y no lo sabían los clérigos. Ocurrió esto hace treinta años, y, de vergüenza, nunca más San Jorge volvió a salir a la calle. Allí está, en la capilla, triste, lejos de la ciudad amada por donde nunca más asomó, con su pluma cimera ondeando al viento y la lanza pronta. El viajero, que gusta de añadir detalles a todos los cuentos, fantasea imaginando que a altas horas de la noche, cuando la ciudad duerme, aparece por aquí un caballo de sombra que, en seguridad, lleva de paseo al santo. No hay en el camino quien aplauda, pero a San Jorge no le importa, ha aprendido a su costa de cuán poco depende la gloria.

En fin, va el viajero a empezar por la capilla de San Giraldo. Estos sepulcros que aquí están son del conde don Enrique y de doña Teresa, su mujer, y los mandó hacer el arzobispo Gonçalo Pereira, abuelo de Nuno Álvares Pereira^[8]. Son pequeños, y están colocados en arcosolios discretos. Pregunta el viajero: «Pero éste tiene la tapa de madera, ¿por qué?». La respuesta es un gracioso capítulo de la historia de las vanidades humanas. Atención todos.

Cuando el arzobispo mandó construir las tumbas, tenía un pensamiento secreto: reservar una para sus propios restos. Por eso los del conde don Enrique y los de doña Teresa quedaron juntos en una sola tumba, más próximos aún en la muerte de lo que estuvieron en vida. Pasó el tiempo, el arzobispo no moría, y, al no morir, empezó a pensar que quizá tuviera tiempo para que le labraran su propia tumba sin ocupar casa a otro destinada. Así se hizo. Y la tumba es aquella magnificencia de ahí al lado, en la capilla de la Gloria, y para la de doña Teresa acabaron haciendo esa cubierta de madera que allí está. Si en el reparto de los huesos condales hubo confusión, consuélenos la idea de que, si con la condesa quedó aunque sólo fuera una costilla del conde, quedó el conde entero. Cuando el viajero sale al claustro, va preguntándose a sí mismo si los apóstoles y los diáconos que están con la boca abierta a los lados del sepulcro del arzobispo, cada uno en su edículo, estarán cantando responsos o clamando censuras. Uno de ellos tiene la boca cerrada, quizá porque sabe la verdad.

Por esta escalera se va al Museo de Arte Sacro. El viajero lleva consigo guía y guarda, ambos muy necesarios, en una sola persona. Sin guía no habría orientación posible entre las maravillas, sin guarda no se admitiría que alguien circulara entre ellas. El museo no es un museo en el sentido preciso que la palabra tiene. Más bien es un enorme almacén, una sucesión de pequeñas salas, por sí solas verdaderos tesoros, donde a ciegas, sin el menor criterio de clasificación rigurosa y posible en estas condiciones, el viajero tiene, para contemplarla, una riquísima colección de esculturas, libros iluminados, marfiles, estaños y hierros forjados, paramentos, un

interminable flujo de obras de arte de todos los géneros. Con su guía, el viajero tuvo el privilegio de ver todo esto solo, y allí volverá un día, si hay vida para ello. Si quien a Braga va, al museo no fue, Braga no conoce. El viajero queda muy satisfecho por haber encontrado esta fórmula lapidaria. No todos los días inventa uno cosas que merezcan la inmortalidad de una lápida.

Va ahora a dar una vuelta por la ciudad, a entrar aquí y allá. Ha visto ya la Virgen de la Leche, de Nicolau de Chanterenne, bajo su baldaquino, en la cabecera de la catedral, y esto le da pie para volver a su obsesión: antes de que sea demasiado tarde, ya el manto de la Virgen se está desintegrando y al niño se le borran los rasgos del rostro, póngase aquí una copia y guárdese en lugar seguro esta belleza. Lo que se está cometiendo es un crimen de abandono. La capilla de los Coimbras está cerrada; no puede, pues, el viajero unir su voz al coro de loores que rodea a esta construcción quinientista y a lo que ella contiene. Mira desde fuera, y lleva con qué entretener sus pensamientos, pues no es fácilmente explicable que entre las esculturas del cimacio estén, aparte de San Pedro y San Antón, un centauro y un fauno, malicias mitológicas y otros modos de vivir.

El Largo do Paço es amplio, con pavimento de grandes losas, y tiene en el centro una de las más bellas fuentes que el viajero haya visto. Los edificios forman alas de piso bajo y sobrado, no debía ser preciso más para habitar. Bajando, subiendo, el viajero no se da el trabajo de averiguar lo que va viendo. Entra en dos iglesias, mira un arco setecentista, y en un barrio que no prometía mucho ve otra iglesia (la de San Víctor, le dicen luego), donde tiene que oír una larga conversa entre una mujeruca de la limpieza y un hombre cachazudo. La charla caía, y caía como pedradas, sobre otra mujer, ausente, de tan ruin pasta que ni el hijo o hija, y seguía el resto por este tenor de incompatibilidades y malquerencias. El viajero fue a ver los azulejos, que son convencionales pero interesantes, y como les habrá mostrado más atención de lo común, creyóse obligada la mujer a cambiar de conversa, a dejar plantado al hombre y a volverse hacia el curioso, que estaba ahora contemplando el retablo de la capilla mayor. Y tan empeñada está la mujer en agrados, quién sabe si para disfrazar el haber estado maldiciendo de vidas ajenas en la casa del Señor, que le propone mostrar las grandes obras de la sacristía. Menos mal que el viajero accedió. En un corredor de acceso, metida en una vitrina, estaba una figura femenina toda de encajes vestida, con un galante sombrero de ala ancha, igualmente tocado de encajes, todo con un aire de maja goyesca, castiza en el porte de la cabeza y en el pelo suelto. Llevaba un niño a quien apenas se distinguía entre el esplendor de volantes y bordados. «¿Quién es?», preguntó el viajero. «Es Nuestra Señora do Enjeito, en su sillita, es así como va en la procesión». El viajero cree haber oído mal e insiste. «Sí, señor, do Enjeito», repitió la mujer. Claro está que el viajero no pretende pasar por entendido en hagiologías, pero, al fin, algo del mundo lleva visto, y mucho de Portugal, y sabe muy bien que de santos está nuestra tierra llena, pero de Nuestra Señora del Abandono no ha oído hablar nunca. Ya en la calle, va aún interrogándose: «¿Será que cuida de los niños

abandonados, de los que no tienen padres?».

La respuesta la tuvo el viajero cuando ya se había quedado dormido y había despertado, y en el silencio del cuarto bracarense, entre damascos y credencias de hotel antiguo, cayó la luz sobre él: «Es Egipto, no Enjeito. La mujeruca sabe tan poco de geografías como de portugués, fuera del necesario para criticar a las vecinas».

Pero el viajero, antes de volver a quedarse dormido, sintió pena, y aún hoy la siente, de que no sea del Enjeito, del Abandono, aquella Nuestra Señora. Siempre sería nombre más bonito y de mayor caridad.

El alimento del cuerpo

Madrugó el viajero, que hoy es día de mucho andar. Va primero a la sierra de Falperra, que en los pasados tiempos fue rival del pinar de Azambuja en asaltos y latrocinios y es hoy bucólico lugar, adecuado para frecuentación de las familias. Aquí se muestra en su infinita gracia la iglesia de Santa María Magdalena, obra setecentista del arquitecto André Soares, que es autor también de la estatua de la santa, colocada en un nicho encima de la gran ventana. Estas arquitecturas, talladas en el durísimo granito, recuerdan irremisiblemente al viajero los modelados de barro en que fue eximio el mismo siglo XVIII. Entre la plasticidad del barro y la rudeza de la piedra no se verá la relación, y no la hay, desde luego, si hablamos materialmente, pero esa relación tal vez estuviera en el espíritu de los trazos, cuando esbozaban ropajes y actitudes, o cuando lanzaban los envolventes decorativos de que es acabado ejemplo esta fachada. No puede el viajero entrar, pero no se queja: éste es uno de los casos en los que la belleza mayor está a la vista de quien pasa. No se ha cometido aquí pecado de avaricia.

Quien mandó construir este suntuoso edificio fue el arzobispo don Rodrigo de Moura Teles, que por aquí pontificó, tanto en religión como en artes, en el tránsito del siglo XVII al XVIII, por muchos años y casi siempre buenos. Era el arzobispo un hombrecillo de un metro treinta, tan bajo que no llegaba al altar de la catedral. Por eso mandó hacer los altísimos coturnos que en el museo se muestran, así como los paramentos, que parecen cortados para un chiquillo que quisiera jugar a misas. Con sus zapatos de veinte centímetros, no es que quedara el arzobispo convertido en un gigante, pero, con ayuda de la mitra, más la dignidad de la función, podría sentirse por encima del común de los mortales. Pero don Rodrigo se atrevió a más. De todos los arzobispos constructores de Braga, éste fue el que vio más lejos y más alto. Aparte de las obras que realizó en la catedral, y de la iglesia de Nossa Senhora da Madalena, fue él quien empezó la construcción del santuario do Bom Jesus do Monte, allí en Tenões, aunque no tuviera el gusto de poner la primera piedra, pues a su tiempo murió. Este don Rodrigo de Moura Teles daría materia para un estudio psicológico: nunca los mecanismos de compensación habrán funcionado tan a las claras como en este arzobispo chiquitín que lo medía todo por el rasero mayor.

Al Bom Jesus y a Sameiro se va por devoción y por placer. El viajero fue allá por placer. Es amplio el paisaje, fresco el aire en este noviembre de mucho sol, y si artísticamente las maravillas no se prodigan, hay en todo esto un sabor popular, un colorido de romería, que se ha adherido a las estatuas, a la escalinata, a las capillas, y que abundantemente justifican la visita. El Bom Jesus gana en belleza plástica a la sombra del Sameiro. No tiene comparación. En cuanto a puntos de mayor o menor devoción, no son cuentas éstas del rosario del viajero. Siga el viaje.

Cuando en Portugal se proclamaban reyes, el grito ritual era, según las crónicas:

«¡Real, real, por Don Fulano, rey de Portugal!». Dejemos caer, pues estamos en República y mal no estamos, las dos partes últimas de la frase, y exclamemos sólo: «¡Real! ¡Real!». Es cuanto nos basta. Real es una pequeña población a dos kilómetros de Braga. Tiene lo que todas tienen, gente, casas, y lo que a todas falta, bien sean aldeas o ciudades de lujo y magnificencia: la iglesia de San Fructuoso de Montelios.

El viajero tiene plena consciencia de lo que dice. Iglesias, ha visto muchas. De artes arquitectónicas anda con los ojos llenos, y por eso sabe cuánto vale la afirmación de que en Portugal nada hay que se pueda comparar a este tesoro. Es un pequeño edificio, desnudo de adornos por fuera, sencillo por dentro, en dos minutos le da uno la vuelta entera, y con todo, nunca en Portugal se han combinado tan exactamente volúmenes, ni tan elocuentemente se ha hecho hablar a las superficies casi lisas. San Fructuoso de Montelios es anterior a cuantas artes el viajero por aquí ha visto, con excepción de la romana. Estará entre romano y románico, será tal vez visigótico, pero éste es uno de esos casos en que poco importan las clasificaciones. A San Fructuoso debe ir quien crea saber mucho de arte, o quien de arte confiese saber poco: ambos se encontrarán en el mismo reconocimiento, en la misma gratitud a la distante gente que inventó y construyó esta iglesia, lugar precioso sobre todos de la arquitectura en Portugal.

Al lado de ella, poca figura hace la iglesia del convento de San Francisco, pese al rigor de su estilo renaciente: es que hay voces llegadas de lejos que nos hablan tan cerca del oído y del corazón que cubren todas las fanfarrias. San Francisco, aquí, no pasa de acólito menor de San Fructuoso. En cuanto al viajero, se retira sin saber muy bien quién es.

Felizmente, aún sabe hacia dónde va. Tiene ante él Mire de Tibaes (en Minho es así, tendría que pararse en cada curva de la carretera), antiguo monasterio benedictino, imponente máquina que aplasta el paisaje alrededor y se ve de lejos. Sólo frailes serían capaces de hacer estos excesos. El convento es una ruina tristísima. Cuando el viajero entró en el primer claustro, pensó que quizá estaban haciendo obras de restauración: había allí materiales varios, ladrillos, arena, señales de actividad. Pronto le llegó el desengaño: obras había, pero eran las de las familias que viven en las dependencias del monasterio, y, del mal el menos, siempre evitan que les llueva en las improvisadas habitaciones. Recorre hasta donde puede los fríos y laberínticos corredores, hay retratos ennegrecidos colgados de las paredes, arrimaderos de madera podrida, y todo desprende olor a moho, a muerte irremediable. Con el ánimo menguado fue a la iglesia el viajero: es una nave inmensa, con bóveda de piedra cuarteada. La talla es abundante y rica, como de costumbre. Luego del manjar de Real, no es esto postre para saborearlo a gusto.

Es ya cerca de Padim da Graça cuando el viajero se da la clásica palmada en la frente: se había olvidado, estando allí tan cerca, en Sameiro, de ir a visitar la citania de Briteiros. Allá irá de vuelta al día siguiente, aunque tenga que repetir itinerarios. Y está pensando en esto cuando, súbitamente, una casa a la orilla de la carretera le entra

por los ojos y lo obliga a parar. No es casa hidalga ni palacio de señores, ni castillo, ni iglesia, ni torre, ni cobertizo. Es una casa común, con puertas y ventanas, pared frontera baja, alta la de atrás, tejado tosco de dos aguas. Grandes placas de rebozo han desaparecido, y está la piedra a la vista. En la ventana está un hombre de barba crecida, sombrero viejo y sucio en la cabeza, y los ojos más tristes que pueda haber en el mundo. Fueron estos ojos los que hicieron detenerse al viajero. Debía de ser caso realmente raro en aquel lugar, porque pronto se juntaron dos o tres chiquillos sin disfrazar su curiosidad. El viajero se acerca a la casa y ve que el hombre había salido ya a la carretera y se sentó en el arcén como si estuviese a la espera. Puro engaño: este hombre no espera a nadie. Cuando le habló el viajero, cuando le hizo las preguntas estúpidas que en estos casos se hacen, vive aquí desde hace mucho tiempo, tiene hijos, el hombre se quitó el sombrero, no responde, porque no pueden dar respuesta, o la dan de más, aquellos murmullos, aquellos suspiros y muecas. Se aflige el viajero, siente que está entrando en un mundo de pavores, y quiere retirarse, pero son los chiquillos quienes lo empujan dentro de la casa, donde sólo hay negrura, hasta con la ventana abierta desde la que el hombre se distraía. Son negras las paredes desconchadas de argamasa, negro el suelo, y negra en aquellas sombras parece la mujer que está sentada ante una máquina de coser. El hombre no habla, la mujer poco es capaz de decir, él un pobre loco, con un aire de Cristo que fue y volvió, y habiendo ido y venido ni le gustó lo de antes ni lo de después, y la mujer es su hermana, trabaja con aquella máquina casi a oscuras, cosiendo trapos, ésta es la vida de ambos, no otra. El viajero masculló tres palabras y huyó. Ante estas aventuras, padece cobardía.

No hay más fáciles filosofías que éstas, y de ningún riesgo: comparar los esplendores de la naturaleza, mayormente pasando el viajero junto al Miño, y la miseria a que pueden llegar los hombres, quedando en ella su vida entera y en ella muriendo. Menos mal que no es primavera, así el viajero encontrará la manera de entretenerse estableciendo comparaciones y analogías entre la melancolía en que él va y el caer de las hojas que se acumulan a la orilla de la carretera. Carreteras para huir de allí no faltan: Padim da Graça quedó allá atrás, el hombre del sombrero sucio ha vuelto a su ventana, y otra vez se oye el murmullo sordo de la máquina de coser. El motor del automóvil va poco a poco ocultando aquel rumor incómodo, pasan los kilómetros y Barcelos está a la vista. El viajero tiene obligaciones que cumplir, cada una a su tiempo.

Ésta es la tierra del gallo milagroso que después de asado cantó y tuvo descendencia, tanta que, si aún no llegó al millón, poco le faltará. La historia se cuenta con palabras breves y no es más maravillosa que el que San Antonio les hablara a los peces y que ellos lo oyeran. Fue el caso que en Barcelos hubo, en inmemoriales tiempos, un crimen, y no había manera de saber quién había sido el criminal. Cayeron las sospechas sobre un gallego, y por esto pueden comprobar cuán xenóforas eran estas gentes de Barcelos, que en viendo al gallego dijeron: «Él es». Fue preso el hombre y condenado a la horca, y antes de que lo llevaran al patíbulo

pidió ser puesto en presencia del juez que había dictado la sentencia. El tal juez, quizá por sentirse muy contento consigo mismo y con la justicia hecha, estaba dándose el gran banquete, mientras en la bandeja esperaba el trinchante un gallo asado. Volvió el gallego a asegurar su inocencia, con riesgo de estropearles la digestión al juez y a sus amigos, y, en desespero de causa, desafió todas las leyes del mundo y del cielo, diciendo: «Tan seguro estoy de mi inocencia como de que este gallo cantará cuando me ahorquen». El juez, que creía saber muy bien qué cosa es un gallo muerto y asado, y que no sabía de qué primores es capaz un gallo honrado, se echó a reír. Con él rieron todos, y a carcajadas. Se llevaron, pues, al condenado, siguió la comilona, y, a las tantas, cuando al fin avanzaba el trinchante hacia el asado, se alza el gallo de la bandeja goteando salsa y tirando las patatas del compango, y desde la ventana lanza el más vivo, desafiante y adornado quiquiriquí que se haya oído jamás en la historia de Barcelos. Para el juez, fue como si sonaran las trompetas del Juicio Final. Se alza de la mesa, corre al lugar de la horca, aún con la servilleta atada al cuello, y ve que también allí habían funcionado los poderes del milagro, pues el nudo se había soltado, con gran asombro de los asistentes, vista y comprobada la competencia del verdugo.

El resto, ya se sabe. Soltaron al gallego, lo dejaron irse en paz, y volvió el juez a la cuchipanda, que se estaba enfriando. Nada nos dice la historia del destino del milagroso gallo, si lo comieron en acción de gracias o si lo veneraron en una capilla mientras el tiempo no le desajustó los huesos. Lo que sí se sabe, y por evidentes pruebas materiales, es que su imagen está esculpida a los pies del Cristo en el crucero del Señor del Gallo, y que, en figura de sus descendientes de barro, volvió al horno para ser exhibido vivo en todas las ferias de la provincia, con todos los colores que un gallo tiene o pueda tener.

El viajero no lo duda: ahí está la leyenda que lo afirma, el cruceiro que lo atestigua, la legión de gallos de barro que lo demuestra. Barcelos es ciudad tan garbosa que merece perdón por querer condenar al gallego, y más aún por haber criado el gallo que la libró de remordimientos. Pero el viajero, que está visitando el Museo Arqueológico (es su conocido gusto por las piedras viejas), va a protestar por otras sentencias igualmente injustas, como ésta de identificar las piezas aquí expuestas con azulejos incrustados en las propias piezas, con las peores maneras del pintoresquismo folclórico. Se pone el viajero a pensar lo que sería el *Desterrado* de Soares dos Reis con el azulejo en la barriga, o la *Venus de Milo* marcada así en la nalga rolliza, o uno de esos rudos guerreros galaicos, como el de Viana, vidriado en los pectorales con letritas azul marino. El viajero está indignado. Para desahogarse, va hasta el puente a ver el río, al que apenas había prestado atención a la llegada. Aquí el Cádavo es una hermosura, entre márgenes altas que las necesidades urbanas aún respetaron. Ahí está la aceña, que vista desde la otra orilla humaniza la aridez de la gran muralla superior, las ruinas del Pazo de los Condes, la masa, pesada pero armoniosa, de la iglesia parroquial. Poco a poco se va serenando el pulso del viajero.

Esta entrada de Barcelos enmienda al mal juez del museo, por fuerza descendiente de aquel que condenó al gallego.

Viendo correr el agua, el viajero sintió sed, y recordando al gallo sintió hambre. Era hora de comer. Se lanzó a pie a la descubierta, acechando, olfateando, no faltaban aromas competentes, pero allí había sin duda predestinación empujándolo por las espaldas hasta el lugar fijado por el destino: Restaurante Arantes. El viajero entró, se sentó, pidió la carta, encomendó gachas de sarrabulho, bacalao a la plancha con patatas, y vino verde. El vino estaba dotado de la mayor virtud de los vinos, no se resistía al viajero ni el viajero se resistía a él. Del honesto bacalao, que vino en la fuente con su escolta de patatas y la salsa justa, hay que decir que era excelente, pero de las gachas de sarrabulho, qué puede decir el viajero de aquellas gachas de sarrabulho sino que nunca mejor manjar comió ni espera comer, porque no es posible que la inventiva humana repita esa maravillosa y rústica mezcla de menudos de cerdo y sangre, esa suavidad, esa sustancia, esos numerosos sabores combinados venidos todos del cerdo y sublimados en ese plato caliente que alimenta el cuerpo y consuela el alma. Por mucho que el viajero recorra el mundo, no parará de cantar los loores de esas gachas de sarrabulho que comió en el Arantes.

Quien así comió, debiera quedarse para cenar, pero el viajero, después de dar otra vuelta por Barcelos, tiene que seguir camino. Va ahora a la parroquial, gótica, restaurada con buen criterio, y si apreció convenientemente el conjunto, en los ojos le quedó grabada aquella adorable Santa Rosalía, reclinada en su nicho, lozana como el nombre que lleva, y tan femenina que no le cae bien la santidad. De la iglesia del Rosario, que fue antes del convento de benedictinas, aplaudió el viajero los azulejos setecentistas atribuidos a Antonio de Oliveira Bernardes, que cuentan la vida de San Benito, vida que vuelve a relatarse otra vez en los cuarenta paneles del techo, de rica molduración. Y refinado es el púlpito, labrado como obra de platero. Dorado, policromado, aquí tenemos uno de los no muy frecuentes casos en los que el barroco argumenta y gana. Y esta iglesia, nunca es tarde para decirlo, es obra también del infatigable arzobispo de Braga, Rodrigo de Moura Teles, aquel que se podía medir a palmos.

El viajero metió las narices en una capillita modesta, y quedó asombrado ante un San Cristóbal que podría llevar a cuestas a don Rodrigo sin fatigarse. Miró y apreció las casas nobles, la Casa del Condestable, el Pazo de Apolo, vio en la alta cornisa del palacio de los Pinheiro al Barbadão arrancando las barbas, y en ese momento, calculando la altura del sol y el camino que le quedaba por hacer, decidió que ya era hora de seguir viaje.

Manhente recuerda a Abade de Neiva por la disposición relativa de la iglesia y de la torre de defensa, pero el portal, del siglo XII, tiene más rica escultura, es más abundante en motivos y en ciencia en el tratamiento. En Lama está la Torre de los Azevedos, donde el viajero no entró: no siempre los portales tienen cara de dar la bienvenida. Se contentó con el examen por fuera, los merlones achaflanados, la

ventana renacentista, el aire de fortaleza que, al menos esta vez, no se dejó expugnar.

La carretera sigue a lo largo del Cádavo, por la orilla norte, y atraviesa lo que a la vista sólo podrían ser huertas, pomares, vergeles, y tal vez no lo sean, pero esta provincia de Minho es de tal lozanía ahora en noviembre, que el viajero piensa en cómo será en mayo, y se aturde y se pierde entre verdes que resisten a los colores otoñizos y acaban por vencerlos. Braga queda ya bastante al sur, y es casi al llegar a Rendufe cuando el viajero, en una de sus fulgurantes intuiciones, revoluciona el estudio de hábitos y costumbres de esa ave a la que llamamos urraca. La urraca, como se sabe, tiene fama de ladrona. Registrarle el nido es encontrar una colección de cosas brillantes, vidrios, fragmentos de loza, todo cuanto pueda reflejar la luz del sol. Hasta aquí, ninguna novedad. Ahora bien, el viajero tuvo ocasión de observar, a lo largo del viaje, que muchas veces se le atravesaron aves de éstas en el camino, exhibiendo su vestido de viuda alegre, como quien lo hace a propósito. El caso ocurrió en la carretera de Rendufe. Al ver aproximarse el automóvil, la urraca se queda alborozada ante la perspectiva de llevarse al nido aquel cacharro resplandeciente que se le ofrece en la calzada. Arma el vuelo, la empuja la codicia, pero cuando llega cerca comprueba la desproporción entre sus pequeñas uñas y el abejorro gigantesco y rumoroso. Ofendida y lacrimosa, se deja ir en el balanceo de las alas a esconder su decepción en la arboleda próxima. El viajero tiene como ciertísima esta intuición suya y no desespera de que llegue un día en que haya pájaros lo suficientemente grandes como para agarrar y llevar por los aires, a hacer compañía a los cristalillos de colores, a un automóvil con sus ocupantes dentro. Tanto más que en un nido de urraca de tamaño normal ya fueron encontrados coches de juguete.

No duró mucho la satisfacción del viajero por su descubrimiento. Al llegar a Rendufe fue a ver un monasterio arruinado, con un claustro de arcos toscanos que aún es agradable de ver, pese a las hierbas bravas que por todas partes crecen, y van cayendo los paneles de azulejos, o los arrancan ladrones de oficio o visitantes avaros, a quienes no bastan los recuerdos que llevan en la memoria. Venidos de la iglesia, salen grupos de chiquillos. Cree el viajero que sería de lección o catequesis, y hay un señor cura conversando con un señor que no es cura, y el viajero queda algo picado porque nadie repara en él, ni los chiquillos ni los señores, pese a las sonoras buenas tardes que les deseó, con ayuda de la excelente acústica del claustro. Fue a la iglesia y, en legítimo desquite, no le vio gracia alguna. La ruina llegó también allá dentro, y se ve en la sillería desmantelada, en los órganos que son sólo vestigios. Cierto es que la talla es de buena nota, pero el viajero se ha cansado de tallas barrocas, y está en su derecho, aquí ejercido como venganza.

El viaje de este día va acabando. El viajero no quiere más arte. Seguirá la carretera que corre al lado del río Homen, y sólo tendrá ojos para el paisaje. Pasa por Terras de Bouro, y todo aquí son valles de buenos cultivos, con los montes del otro lado, lejos, es un paisaje amplio, dilatado, en el que los bancales, cuando los hay, son profundos, a veces en rápido declive. Pero a partir de Chamoim la orografía cambia,

surgen montes agudos, laderas donde el agua no encuentra humus que fertilizar. Después de Covide y hasta São Bento de Porta Aberta, la montaña está a la izquierda y es una especie de paisaje lunar. Y, de repente, en transición tan brusca que el espíritu se desorienta, surge la opulencia de los bosques, las espesuras de Gerês, los altos árboles que el viajero va mirando mientras baja hacia el embalse de Caniçada. La tarde se recoge, el anochecer no tardará, las sombras son ya rastros extendidos. Este rincón de la tierra, el gran lago sereno, liso como un espejo pulido, los montes altos que contienen una enorme masa de agua, dan al viajero una impresión de paz como hasta ahora no había experimentado. Y cuando, después de subir la carretera del otro lado y terminar la jornada, vuelve a mirar el mundo, cree que tiene derecho a esto, sólo porque es un ser humano, nada más.

El monte Everest de Lanhoso

Cuando el viajero esté lejos de aquí, allá en la gran ciudad donde vive, y sea amargo su día, recordará este lago, estos brazos de agua que invadieron los valles pedregosos y a veces tierras fértiles y casas de los hombres, verá con los ojos del recuerdo las laderas pinas, el reflejo de todo esto en la superficie incomparable, y entonces, dentro de sí, se hará el gran silencio para poder murmurar, como si fuese su única respuesta: «Yo soy». Que la naturaleza sea capaz de permitir tanto a un simple viajero, sólo sorprenderá a quien a esta albufera de Caniçada nunca vino. El viajero tiene que explicar cómo son las cosas: mal pasó por allá quien después va a alabarse y a decir sólo: «Yo estuve allí», o: «Pasé por allí». ¡Ay de quien no pueda declarar, con verdad: «No fui a verlo, fui allá a mostrarme»!

Por el profundo valle que rasga el paisaje hasta la Portela do Homem, el viajero llega a Gerês. Hay por aquí unos hoteles antiguos que el viajero visita para saber cómo era el gusto de esas épocas, y, aun no siendo impecable el gusto, de nuevo se averigua que, quien los concibió, diseñó y construyó, hizo obra por encima de quien luego en sus sillas se sentó, en sus platos comió y en sus cuartos durmió. Habrá habido excepciones, pero ciertamente no lo eran aquellos prósperos y opulentos comerciantes o industriales de las plazas del norte que venían aquí a instalarse termalmente con sus amantísimas esposas, pero, ya un día antes o un día después, se recataban las legítimas amantes por viviendas aquí ocultas. Han cambiado hoy las costumbres, ya no se resignan las amantes a acompañar a los protectores al tratamiento de los males hepáticos, pero lo que el viajero lamenta es que no hayan sido estudiados estos tiempos y hábitos, para la historia sentimental de las clases de dinero alto. Siente el viajero haberse demorado en estos juegos de alcoba y cheque cuando va pasando bajo altos árboles, pisando musgos verdes y húmedos, oyendo y viendo correr el agua entre las piedras. No se ve a nadie en el parque, sólo a lo lejos, en el fondo, un jardinero que barre las hojas muertas, y el viajero cree que menos mal que la naturaleza puede liberarse unos días de la presencia de los hombres, entregarse a su ser natural, sin que aparezcan entalladores de corazones en los árboles, deshojadores de margaritas o coleccionistas de hojas de hiedra. El viajero deja todas las cosas en sus lugares naturales y va a su vida, que ya le da bastante que hacer.

Vuelve a subir a los montes; desde lo alto ve y se despide del embalse, cómo es posible que tan grandes aguas quepan en humanos ojos, y a su vuelta pasará por Vieira do Minho, que tenía nombre mucho más hermoso cuando se llamaba Vernaria, palabra primaveral, de hojas y flores que se abren, hay quien no merece la suerte que tiene. A la izquierda queda el embalse de Guilhofre, que no visitará. Su próximo destino es Fonte Arcada, donde hay una iglesia románica de las más antiguas que en Portugal se construyeron, dicen los registros que es del 1067. Contra lo acostumbrado, el cordero representado en el tímpano es un animal adulto, de sólida armazón córnea. El viajero cree comprender: la pureza es compatible con la fuerza, y

este carnero, bien se ve que no irá al sacrificio sin resistirse. Estos tiempos románicos eran ásperos, agarrados al instinto, sabios de sol y luna, como se ve en la puerta lateral, y muy capaces de infringir convenciones de sacristía: el cordero de Dios es un carnero, y, si Cristo expulsó del templo a los mercaderes, dé cabezazos el carnero mientras Cristo enarbola el zurriago.

No va el viajero muy seguro de la ortodoxia de sus reflexiones, pero, a la salida de Póvoa de Lanhoso, lo sosiega la también nada ortodoxa construcción de aquella casa que nació arrimada y abrazando al enorme pedrusco que obligó a la carretera a acercarse hasta allí. Para quien aquí vive, la piedra es una compañía. Debe de ser una buena sensación despertarse por la noche, pensar en la piedra, saber que ella está allí, cuidando de la casa y del alpende como un guardia que se cubrió de musgo y líquenes tal como otros se cubren de arrugas y de canas.

Allá arriba está el castillo de Póvoa de Lanhoso. Como tantos hermanos suyos, está en un alto. El viajero va subiendo, dando vueltas, pero de pronto descubre que, aunque no falta vegetación y árboles de porte, la ladera es toda de piedra bruta, y la extrañeza se vuelve pasmo cuando, llegando a lo alto, ve que la piedra se presenta como una enorme losa inclinada, con rasgos y desniveles aquí y allá, y entonces comprende que esta piedra viene de las profundidades de la tierra, rompe el humus fértil del valle y crece directa al cielo, hasta donde llega su impulso. Piensa el viajero que nuestro gran monte Everest está aquí: si pudiéramos cavar hasta encontrar la raíz de la piedra que sustenta allá arriba el castillo de Póvoa de Lanhoso, vendrían aquí los alpinistas y otros montañeros a conquistar las glorias reservadas al Himalaya. Lo que pasa es que somos un país pobre y modesto. Eso es lo que pasa.

Somos eso y lo otro y excelentes destructores de lo que tenemos. Aquí está, por ejemplo, esta capilla abierta, sin puertas ni ventanas, y que ilustra el paso evangélico del Pozo de Jacob, donde la samaritana calmó las sedes de Cristo. El pozo es realmente un pozo, tiene en el fondo un agua verdecida y sucia, y las imágenes, pobrecillas, están en una mísera ruina, partido y ausente el brazo derecho de la mujeruca, desaparecida media cántara, y en los ropajes que viste, y también en los de Cristo, escribieron sus nombres no pocos palurdos temerosos de que la humanidad olvidase que por aquí estuvieron. No sabe el viajero que exista en Portugal otra capilla así, y ésta la encontró medio derruida. Los azulejos son convencionales, con la eterna Jerusalén inventada al fondo, pero nada estaría aquí mejor. ¿Cuánto tiempo se podrán seguir mirando aún Cristo y la Samaritana por encima del brocal del pozo?

El viajero no va de buen humor. Sabe no obstante lo suficiente de sí mismo para sospechar que su mal nace de no poder conciliar dos opuestas voluntades: la de quedarse en todos los lugares, la de llegar a todos los lugares. Sigue en dirección a la citania de Briteiros, que en aquella otra vuelta por aquí se le había escapado, y tanto desea llegar allí como quisiera estar aún en Caniçada viendo el reflejo de los montes, o en Gerês rozando las botas por los helechos mojados, o en Fonte Arcada pesando el sol y la luna, o en la capilla del Pozo de Jacob, a la espera de que alguien le matara la

sed, o, simplemente, en aquella casa pegada a la piedra, sintiendo pasar el tiempo: quien de esta conformidad sea, buen candidato es a las melancolías.

Ahí está la citania. Esto es una ciudad. Casas, no las hay, salvo las que allá arriba fueron reconstruidas, y parece que con poco rigor, pero las calles están aquí todas, o es fácil pensar que sí. Si el visitante tiene imaginación bastante, cuidará menos de ver dónde pone los pies que de trasladarse a los tiempos en que por estas calles pasaban otras gentes que debían, ciertamente, darse los buenos días unas a otras (¿en qué lengua?) e ir al trabajo de los campos o de sus toscos talleres pensando en la vida. Esta calle es estrecha, no caben en ella dos personas, debe, pues, el viajero desviarse para que pase aquel viejo que trae una cántara llena de agua y dice: «¿Tiene sed, señor viajero?».

Despierta este viajero del devaneo, ve que está en un campo de ruinas, va a pedirle agua al guarda, que la tiene escasa y traída de lejos y, mirando alrededor, acompaña el ondear de los montes como habrán hecho desde este mismo lugar los habitantes de la vieja Briteiros, si ése es el nombre que tenía, a quienes causaríamos gran sorpresa si les dijéramos que vivían en la Edad del Hierro.

Hoy, el viajero llegará a Porto. Almorzará por aquí, en una de estas pequeñas aldeas, lejos de las aglomeraciones ruidosas. Evitará las carreteras principales, quiere distraerse por estos estrechos caminos que unen a los hombres con sus vecinos, coleccionando nombres singulares, de norte a sur, y, siempre que uno le apetezca al borde del camino, lo repetirá en voz baja, saboreará su gusto, intentará adivinarle su significado, y casi siempre desiste, u otro aparece ante él cuando aún no ha logrado descifrar el primero. Va por Sande, Brito, Renfe, Pedome, Delães, Rebordões, y cuando llega a Roriz considera que es tiempo de pararse, va a beber agua de aquella fuente, a pedir que le abran la puerta de la iglesia del antiguo monasterio, y, mientras espera, acecha a través de las rejas que dan a las ruinas del claustro. Allá abajo, invisible desde este lugar, pasa el río Vizela. Aquí hay señales esculpidas en las piedras antiguas. Algo querrán decir, pero el viajero no lo sabe. Son tantas las cosas que le quedan por aprender al viajero, y ya no tiene tiempo.

Por ejemplo, ¿qué están haciendo aquí estos bueyes en la puerta de la iglesia, con su blanda papada, mirando con fija atención a quien pasa, a este viajero, o a los fieles que aquí vienen? ¿Qué culto esperan? ¿Estarán recordando a los hombres lo que éstos les deben en esfuerzo y en trabajo, en carne y cuero, en paciencia? San Buey fue allí puesto para cobrar la primera deuda.

El viajero, hoy, anduvo lentamente. Las carreteras están desiertas y se van cubriendo de sombras. El sol tanto aparece como desaparece, ahora lo esconden los montes, ahora se esconde en las nubes. Después, va decayendo el paisaje, es ya de onda ancha, hay espacio para abrir grandes áreas de cultivo, profundos y planos valles. En Paços de Ferreira el viajero erró el camino. No le faltaron explicaciones, dé la vuelta aquí, vire allá, la primera a la derecha, la tercera a la izquierda, tome esa carretera alquitranada y luego siga recto hasta la escuela. Demasiadas matemáticas.

El viajero iba, volvía atrás, repetía la pregunta a quien ya había sido preguntado, sonreía amarillo cuando le preguntaban: «¿No ha podido dar con el camino? ¡Pero si es muy fácil! Mire, la primera a la derecha, etcétera». Allá a las tantas, desalentado, el viajero encontró a su hada protectora: una mujer alta, morena, de ojos azules, profundos, figura de cariátide, en fin, una especie de rústica diosa de los caminos. Y como las diosas no pueden equivocarse, encontró el viajero la iglesia del monasterio de San Pedro de Ferreira, donde al fin no pudo entrar. Había perdido mucho tiempo desenredando la madeja entre Ferreira y Paços de Ferreira, y ahora tenía que contentarse con las bellezas exteriores: el pórtico románico con el campanario al lado, el aspecto general de fortificación que la iglesia muestra, y, sobre todo, el bello pórtico, los motivos estilizados de los capiteles, que, pese a todo, se apagan bajo la simplicidad geometrizable de las arquivoltas, todas de lóbulos perforados, como un enorme bordado. El viajero aún llamó a una puerta. Había luz en dos ventanas, pero nadie quiso aparecer. Un perro vino hasta las rejas a ladrarle de una manera que el viajero encontró ofensiva, y, por eso, se apartó, humillado.

Se habían acabado las carreteras tranquilas. Después de Paredes hubo aún una resurgencia de paz cuando el viajero iba de Cete a Paço de Sousa. Para llegar al monasterio de Cete tuvo que seguir por un camino de sube y baja, y habiendo llegado vinieron tres mujeres a la entrada, cada una con su idea del lugar donde estaría la llave, y mientras clamaban a las vecinas más distantes, que creían oír llave en vez de llave, se resignó el viajero. El día había dado mucho y negado mucho. Así es la vida. Agradeció a las mujeres su buena voluntad y sus clamores y siguió su camino, llevando sólo en su recuerdo al insólito gigante que ampara en la fachada lo que allá dentro haya. Lo que no pudo ver.

Tuvo la humildad su premio. En Paço de Sousa fue compensado con grandes abundancias. La iglesia del monasterio de San Salvador está en un rebaje plano y arborizado, pasa al lado un regatillo que va a desaguar al río Sousa. La tarde va cayendo, menos mal. Ésta es la atmósfera que conviene, ceniza sobre verde, rumor de aguas rápidas. La llave viene a darla el propio cura. El viajero, si tuviera que confesarse, se acusaría de negra y viscosa envidia. Y así es todo en este sitio, sin particulares grandezas, uno de los más bellos lugares que el viajero ha visto. Aquí le gustaría vivir, en esta misma casa donde le han dado la llave con muy buenos modos, sin desconfiar de las malas intenciones que en su alma hierven. Paciencia. Abre el viajero por su mano la iglesia, pero antes se ha reencontrado con el sol y la luna románicos, y con el buey interrogativo en gran conversación con una figura humana que, con la mano en la barbilla, se ve que no sabe qué responder. Por encima, y a los lados, arquivoltas y columnillas góticas, y el gran rosetón, bello y atrevido en su trazado.

Dentro, se está muy bien. Hay una desnudez que el viajero aprecia, si se cierran los ojos a las modificaciones de siglos posteriores. Es aquí donde está la tumba de Egas Monis, obra rústica sin duda, pero de un vigor, una fuerza muscular que vence a

los refinamientos minuciosos de la estatuaria gótica avanzada y manuelina. Otro viajero opinará de otro modo quizá. A éste, le conmueve mucho más la rudeza de un cincel que tiene que empezar por luchar consigo mismo antes de conseguir vencer la resistencia de la piedra. Y conviene que en esta lucha se vea que la piedra no fue enteramente dominada. Mucho más tosco es el San Pedro, aunque tallado tres siglos después: obra de cantero inspirado que quiso hacer un santo y acabó haciendo un magnífico pedrusco.

El viajero fue a devolver la llave y a dar las gracias. Echó un último vistazo, con pena de tener que irse, pero pensando que, al menos en este lugar, hay ciertas cosas con su primera tradición: para fundador del monasterio no podría encontrarse a nadie con mejor nombre que aquel abad, don Troicosendo Galendiz, aquí llegado un año del siglo x a elegir sitio donde se abrieran los cimientos. El viajero está ya en la carretera y aún se dice, como quien casca una almendra con los dientes: «Don Troicosendo Galendiz, don Troicosendo Galendiz».

Porto está ya cerca. Ya son más de las seis cuando el viajero entra en la ciudad. En las paradas de autobuses esperan grandes colas de mujeres. Son obreras de las fábricas de estos suburbios. Y cuando el viajero quiere repetir otra vez el nombre del abad fundador de Paço de Sousa, ya no logra recordarlo.

«Se junta con el río que llaman Duero...»

El viajero está en el Largo da Sé, contemplando la ciudad. Es de mañana, y temprano. Vino aquí para escoger camino, para decidir un itinerario. La catedral aún está cerrada, el palacio episcopal parece ausente. Del río viene una brisa fría. El viajero echó cuentas de tiempo y pasos, trazó mentalmente un arco de círculo cuyo centro es esta plaza, y halló que cuanto quería ver en Porto estaba delimitado por él. No tiene en general tantas preocupaciones de rigor, y probablemente acabará infringiendo esta primera regla. En el fondo, acepta los principios básicos que mandan prestar atención a lo antiguo y pintoresco y despreciar lo moderno y banal. Viajar de esta manera por ciudades y otros lugares acaba por ser una disciplina tan conservadora como visitar museos: se sigue por este pasillo, se da la vuelta a esta sala, se para uno ante esta vitrina o este cuadro durante un tiempo que a los observadores les parezca suficiente y demostrativo de las bases culturales del visitante y se sigue: corredor, sala, vitrina, corredor. A los barrios de construcción reciente no vale la pena ir a hacer preguntas; a los suburbios de malvivir no es agradable ni cómodo ir a buscar respuestas. Tiene el viajero, y quien dice éste dice el otro, la buena justificación de ser de bellezas grandes su búsqueda. Busque entonces, pero con la reserva de no olvidar que en el mundo no faltan fealdades ni miserias.

Fiado en estos pensares, decidió comenzar su vuelta bajando las Escadas das Verdades, escaleras que por detrás del palacio episcopal van bajando empinadas hasta el río. Son altos los peldaños, malos de bajar, aún peores de subir. Cuál haya sido la razón de este bautismo es algo que no sabe el viajero, tan curioso de los nombres y de los orígenes de ellos que aún ayer, en la carretera del Paço de Sousa, se regalaba con las sílabas de don Troicosendo Galendiz. Por estas laderas suben y bajan gentes desde los tiempos del conde Vímara Perez. El río está en su mismo lugar, apretado entre las piedras de aquí y las de allá, entre Porto y Gaia, y el viajero nota cómo también entre piedras fueron abiertos estos peldaños, cómo las casas fueron poco a poco empujando el roquedal o acomodándose entre él. Bajan con el viajero regueros de agua sucia, y, ahora, cuando se ha abierto por completo la mañana, vienen mujeres a lavar los barreños en las terrazas y los chiquillos juegan a lo que pueden. Hay grandes flámulas de ropa tendida en los edificios que pudieron crecer hasta el primer piso, y el viajero se siente como si estuviera bajando una escalera triunfal, como si fuera Radamés después de la batalla contra los etíopes. Aquí abajo está la Ribeira. El viajero pasa bajo el arco de la Travessa dos Canastreiros, buena sombra para el verano, pero ahora gélido pasaje, y se pasará media mañana andando por este barrio de Barredo, a ver si de una vez aprende lo que son calles húmedas y viscosas, olores de fosa, entradas negras de las casas. No se atreve a hablarle a nadie. Lleva al hombro la cámara fotográfica, pero no la usa. Siente en sus espaldas la mirada de los que le ven pasar, o quizá sólo sea impresión suya, tal vez desde dentro de sí mismo haya alguien que lo observa con curiosidad. Cuando se ensanchan un poco las calles, el viajero mira hacia

los pisos altos: ha dejado de ser Radamés, es un estudioso que examina la curiosa cuestión urbanística de la amplitud de las ventanas que en esta ciudad ocupan toda la anchura de las fachadas. Allá, más arriba, la Rua Escura, que, contradictoriamente, se ilumina al abrirse hacia los peldaños que dan a la plaza de la Catedral, donde hay un mercadillo popular de esos de quita y pon. Menos mal que los frutos naturales y las verduras se prodigan, que los fabricantes de plásticos tienen una firme predilección por los colores vivos. La Rua Escura es un pedazo de arco iris, y de todas las ventanas penden ropas a secar, arco iris, o como aquí dicen arcos-de-la-vieja, o también de la joven que todo esto lavó.

El viajero está decidido a no andar de iglesia en iglesia como si de ello dependiera la salvación de su alma. Irá a San Francisco, pese a las constantes quejas que viene haciendo sobre la talla barroca, que lo persigue desde que ha entrado en Portugal. En San Francisco terminan todas las puntadas de un inmenso zurcido de oro labrado que se repite en recetas, en fórmulas, en copias de copias. El viajero no es autoridad, ve este esplendor que no deja un centímetro cuadrado de piedra desnuda, le aturde la magnificencia del espectáculo y cree que ésta es la mejor talla dorada que hay en el país. No recuerda si lo ha dicho ya alguien, pero, por su parte, está dispuesto a jurarlo: realmente, quien aquí entre no tiene más remedio que rendirse. Pero el viajero quisiera saber también qué paredes son esas que la talla esconde, qué piedra merecedora fue condenada a permanecer en la ceguera.

Da la vuelta a la iglesia, incomodado primero por el sadismo verista del altar de los Santos Mártires de Marruecos, distraído luego con las bifurcaciones genealógicas del Árbol de Jessé, escultura amanerada y teatral que hace pensar en un coro de ópera. Uno de los ascendientes de Cristo lleva incluso calzones acuchillados, como una figurilla palaciega del siglo XVII. Y el viajero, mirando al patriarca Jessé allí dormido, encuentra natural la representación fálica que se ve en aquel tronco de árbol que del cuerpo le crece, hasta Jesucristo, al fin sin mácula carnal nacido. Colocado en el centro de la iglesia, el viajero se siente aplastado, todo el oro del mundo le cae encima. Pide aire libre, y la mujer de la llave, comprensiva ante este ataque de claustrofobia, abre la puerta. Mientras sale el viajero, rueda una cabeza más de los mártires de Marruecos. Allí mismo, al lado, tras unas rejas de hierro, está la Bolsa. Medita un poco el viajero sobre las dificultades de este mundo, tantas que ni fue posible rescatar en buena y debida moneda a los pobres degollados.

Siguió desde allí hacia las calles principales, pero por travesías y rampas desviadas. Porto, ante todo, y para honrar el nombre que lleva, es este largo regazo abierto hacia el río, pero que sólo desde el río se ve, o, por estrechas bocas cerradas por muretes, puede el viajero inclinarse hacia el aire libre y tener la ilusión de que todo Porto es Ribeira. La ladera se cubre de casas, las casas dibujan calles, y, como todo el suelo es granito sobre granito, cree el viajero que anda recorriendo senderos de montaña. Pero el río llega aquí arriba. Esta población no es piscatoria, no van a lanzar sus redes entre el puente de don Luís y el de la Arrábida, pero pueden tanto las

tradiciones que el viajero es capaz de adivinarle antepasados pescadores a esta mujer que pasa, y si no han sido pescadores habrán sido calafates, carpinteros de ribera, tejedores de lonas y velas, cordeleros, o, como allá más arriba, donde la calle se identifica, Travessa dos Canastreiros, de los cesteros. Mudan los tiempos, mudan las profesiones, y basta un cartel de un comercio nuevo para ver deshecha toda la poesía artesanal que el viajero ha venido contando con los dedos. Aquí está esta tienda de ortopedia, como demuestra la opulenta mujer pintada en chapa de hierro y armada en el aire, tan inocente en su desnudez integral como estaba nuestra madre Eva antes de que le empezaran las hernias intestinales y las quebraduras.

Le gusta al viajero contemplar el interior de esos establecimientos hondos, tan hondos que antes de llegar el cliente al mostrador tiene tiempo de cambiar de opinión tres veces sobre lo que va a comprar. Se adivina que allá atrás hay huertos, frutales, nísperos por ejemplo, llamados aquí *magnórios*. Y el viajero no puede olvidar los colores con que se pintan las casas, estos ocres rojizos o amarillos, estos tonos en castaño denso. Porto es un estilo de color, un acierto, un acuerdo entre el granito y los colores de la tierra, que él acepta, con una excepción para el azul si con el blanco se equilibra en el azulejo.

El viajero entró en la iglesia del monasterio de San Benito da Vitória, dio una vuelta por ella y salió. Este frío estilo benedictino nada tiene que ver con la ciudad. Aquí se requieren los granitos barrocos, entendiendo el barroco como exuberancia, piedra que de tan trabajada acaba recobrando su expresión natural. Al viajero le satisface llevar en la memoria las tres esculturas de barro que están en la fachada de los atlantes y que cargan a cuestas con los órganos. Teme que de todo lo demás se olvide, pero no le apena.

No para de subir y bajar. Va a ver San João Novo, donde está uno de los primeros palacios que Nasoni construyó en la ciudad. Aquí está el Museo Etnográfico, que visitará con una gula de la que no puede ni quiere curarse. Bien dispuesto, bien clasificado este museo. Hay, en el entresuelo, una bodega reconstruida a la que sólo le falta el olor del mosto. En las salas superiores, aparte de las cerámicas, de las hachas de piedra o de bronce, de las pinturas, de las imágenes sacras populares, de los estaños, de las monedas (el viajero tiene conciencia de que está mezclando épocas y especies con la mayor carencia de ceremonia), se encuentra la reconstrucción preciosísima de una cocina rural que bien se merece una hora de contemplación y examen. Y tiene más el museo: hasta juguetes, hasta un gigantón, hasta unas marionetas de formidable poder expresivo por las que el viajero volvería a dar la Venus de Milo. Si tuviera ahora tiempo, juntaría esta lección a la que le daría el Museo de Arqueología y Prehistoria. Queda para otra vez.

Por más escaleras y calles, Belomonte, Taipas, fue al fin el viajero a reposar en Os Mártires da Pátria. Allí se sentó un poco, y, cobradas fuerzas, avanzó hacia la iglesia de los Carmelitas y la del Carmen. Calcula que debe haber entre estas dos vecinas, allí puerta por puerta, rivalidad y emulación. Comparando cara a cara, gana

el Carmen. Si la primera planta no tiene particular interés, las otras dos son una bella armonía que acaban de definir las estatuas de los cuatro evangelistas en lo alto. Sin esas estatuas, la fachada del Carmen perdería buena parte de su magnificencia. En cuanto al interior, valga imparcialmente cada uno lo que valga, el viajero se queda con los Carmelitas. Es una iglesia que hace todo lo que puede por la fe, mientras el Carmen hace obviamente de más. A no ser que todo esto tenga que ver más con la disposición del espíritu del viajero que con juicios objetivos. Con todo, entrar en la iglesia del Carmen en este día de invierno, fue para el viajero una experiencia que no olvidará. A la izquierda según se entra, en una capilla honda, está el Senhor do Bom Sucesso, bajo una apoteosis de luces, muchas decenas de velas, fortísimas lámparas, innumerables retratos de beneficiarios de mercedes, ceras varias en cirio, cabeza, mano, pie, como si aquí estuviera ardiendo una violenta hoguera de luz blanca, en brasas. Una de dos: o cae uno de rodillas, derrotado por el escenario, o retrocede. El viajero sintió que esto no iba consigo y se alejó. En los bancos de la iglesia están sentados viejos y viejas de extrema antigüedad, tosiendo desesperadamente, ahora uno, luego el otro, son los grandes catarros y constipados de este húmedo tiempo, y en la capilla mayor está de rodillas en un peldaño un cura, que apoya dramáticamente la cabeza en una esquina del altar. Nunca vio el viajero nada igual, y no le faltan iglesias ni el respeto que merecen.

Es la hora de comer, pero el apetito se ha apagado de repente. El viajero come, sin mayor entusiasmo, una posta de bacalhau, bebe un vino verde, un vinagrillo, y en habiendo comido, baja la Rua da Cedofeita hasta la iglesia del mismo nombre. Va un poco por obligación. Este románico es de sustitución, y ha de decir el viajero que aquí las restauraciones no son triunfales. No llegó a saber cómo es la iglesia por dentro, porque un vecino solícito acudió a informarle de que abre sólo los sábados, para bodas, los otros días está cerrada. Avanza entonces hasta el Museo Soares dos Reis, súbitamente necesitado de silencio y resguardo. Huye el viajero del mundo para encontrar el mundo en formas particulares: las del arte, de la proporción, de la armonía, de la continuada herencia que de mano en mano va pasando.

No es la sala de arte religioso del Museo Soares dos Reis especialmente rica, pero es aquí donde el viajero piensa si estará hecho, o más o menos iniciado, el estudio de la imaginería sacra popular. Teme que cuando tal se haga se encuentren rasgos de particular originalidad, quién sabe si capaces, sin caer en resurrecciones medievalizantes o barrocas, de dar nueva vida a la desfallecida escultura portuguesa. Es una impresión que el viajero tiene, y que, y perdónele la memoria del gran escultor que fue Soares dos Reis, vuelve a sentir ante el *Desterrado*, ese mármol helenístico, sin duda hermoso, pero tan lejos de la fuerza expresiva de las piedras de Ançã, a las que el viajero infatigablemente vuelve. Abunda el museo en pinturas: el viajero distingue entre ellas *La Virgen de la Leche*, de Fray Carlos, tal vez la obra más importante que se guarda aquí. Pero hay en su corazón un espacio muy particular para las pinturas de Henrique Pousão y de Marques de Oliveira, sin que esta inclinación

signifique menosprecio de los excelentes Dordio Gomes, Eduardo Viana o Resende. La colección de cerámica merece nota alta, pero el viajero recuerda aún lo que vio en Viana do Castelo, de ahí que no haga comparaciones ni conceda privilegios a lo que está viendo. Se inclina hacia los esmaltes de Limoges, entiende sin dificultad que son obras excepcionales, pero ahí se queda. No es el esmalte arte que rinda al viajero.

Ahora se encamina a la Sé, a la catedral. De paso entra en los Clérigos, los mira de fuera, piensa en lo que deben Porto y el norte a Nicolau Nasoni, y entiende que es mezquina paga el haber puesto su nombre en una esquina de una calle que tan pronto empieza como acaba.

El viajero sabe que raramente estas distinciones están en proporción con la deuda que pretenden pagar, pero Porto debiera tener otros modos de señalar la influencia capital que el arquitecto italiano tuvo en la definición de la propia fisonomía de la ciudad. Justo es que Fernão de Magalhães tenga aquella avenida, no merecía menos quien navegó en vuelta al mundo, pero Nicolau Nasoni dibujó en el papel viajes no menos azarosos: el rostro en el que una ciudad se reconoce. ¿Cómo sería la catedral de Porto en sus tiempos primeros? Poco menos que un castillo, en robustez y orgullo militar. Lo dicen las torres, los gigantes que van hasta la altura superior del vuelo del rosetón. Hoy, los ojos se han acostumbrado de tal modo a esta mezclada construcción que apenas repara uno en la excentricidad del portal rococó y en la incongruencia de las cúpulas y balaustres de las torres. Aun así, el pórtico de Nasoni parece más que bien integrado en el conjunto: este italiano, criado y educado por maestros de otro hablar y entender, vino aquí a escuchar profundamente qué lengua se hablaba en el norte portugués, y después la pasó a la piedra. Perdónese la insistencia: no comprender esto es delito grave, y muestra de poca sensibilidad.

El interior de la iglesia sorprende por la amplitud de las pilastras, por el vuelo de las bóvedas apuntadas. En contrapartida, el claustro, felizmente restaurado, y que viene de 1385, es pequeño, de impecable geometrismo que subraya la piedra nueva de la arquería. El crucero, en el centro, tiene mutilada la cabeza de Cristo. Todo el rostro ha desaparecido, y en la superficie lisa intentan ahora los líquenes dibujar nuevas facciones. Al lado del claustro hay un antiguo cementerio. Aquí se enterraba a los judíos, al lado mismo del templo cristiano, lo que confunde al viajero, que a sí mismo se promete sacar algo limpio de esta inesperada vecindad.

Saliendo de la catedral, va el viajero a contemplar los tejados de Barredo. Baja de la plaza para ver de más cerca, para intentar adivinar las calles entre lo poco que sobresale de las fachadas, y, cuando regresa, ve una singular fuente adosada al muro de soporte de la terraza. Tiene en lo alto un pelícano en actitud de arrancarse del propio cuerpo un bocado de carne. De la bacía superior saldría el agua por cuatro canalillos que apenas sobresalen del contorno de la piedra. La bacía está sustentada por dos figuras de niño, de medio tronco, que irrumpen de dentro de lo que el viajero cree ser una corola floral. No tiene certeza alguna, dice sólo lo que ve o cree ver, pero lo que para él es indiscutible es la expresión amenazadora de las figuras de mujer,

también de medio tronco, asentadas en estípites, sosteniendo cada una su urna. El conjunto es una ruina. Preguntando a las gentes de la vecindad, oyó el viajero decir que aquélla es la Fonte do Pássaro, la fuente del pájaro, o pajarillo, ya no recuerda bien. Lo que nadie fue capaz de decirle es la razón de aquel mirar colérico con que las mujeres se desafían, ni a quién servía el agua que en tiempos aquí corrió. En el pecho del pelícano hay un orificio: de allí manaba el agua. Los tres hijos del pelícano, esbozados abajo, padecían de eterna sed. Como la fuente ahora, toda ella sucia, maculada, sin nadie que la defienda. Si un día vuelve el viajero a Porto y va por esa fuente y no la encuentra, tendrá una gran tristeza. Dirá entonces que se cometió un crimen a la luz del día, sin que al asesinado le valiera la proximidad de la catedral, que está allí arriba, o el pueblo de Barredo, que está abajo.

Cuando, al día siguiente, esté de partida, luego de visitar esa joya verdadera que es la iglesia de Santa Clara, con su portal donde el Renacimiento aflora, con su talla barroca que concilia otra vez el bienamar del viajero, con aquel su patio resguardado y antiguo al que da la antigua entrada del convento, cuando el viajero esté de partida, volverá a ir a la Fuente del Pelícano, mirará a aquellas airadas mujeres que presas a la piedra se desafían, sabrá que hay allí un secreto que nadie le explicó, y es eso lo que se lleva de Porto, un duro misterio de calles sombrías y casas de color terroso, tan fascinante todo eso como al anochecer las luces que se van encendiendo en las laderas, ciudad junto a un río que llaman Duero.

Tierras Bajas, vecinas del mar

Las infinitas aguas

El viajero va camino del sur. Atravesó el Duero en Vilanova de Gaia, entra en tierras que realmente son distintas, pero esta vez no lanzó a los peces una nueva pieza de su sermonario. Desde tan alto puente no le oirían, sin contar con que estos peces son de ciudad y no se rinden a sermones. En esta margen izquierda del río hay enterrados grandes tesoros: son los que vienen de aquellas vistas laderas talladas en bancales, de las cepas que en estos días de enero han perdido todas las hojas y son negras como raíces quemadas. En esta ladera de Vilanova de Gaia desaguan los grandes afluentes de las uvas aplastadas y del mosto, aquí se filtran, decantan y duermen los espíritus sutiles del vino, cavernas donde los hombres vienen a guardar el sol.

Menos mal que no lo guardan todo. Por la carretera que va a Espinho no hay más sombras que no sean las de los árboles. El cielo está limpio, no se ve ni una hilacha de nube, sería un día de verano si la brisa no fuera tan viva. En Espinho, el viajero no paró. Miró de lejos la playa desierta, las olas atropellándose, la espuma que el viento arrastra convertida en polvareda, y siguió directo hasta Esmoriz. Son minucias sin interés en este itinerario, pero no hay que olvidar que el viajero no tiene alas, viaja por el suelo como cualquier otro pedestre, y no estaría bien pasar sin decir siquiera por dónde pasa. Va ahora a Feira, que es tierra afamada por su castillo, principalmente por la torre del homenaje con sus chapiteles cónicos que, a ojos del viajero, le dan el aire de casa apalaciada, nada guerrera, estancia sólo de hidalgos en tiempos de paz. Cierto es que allí están las saeteras, pero hasta para eso encuentra explicación, suponiendo que en las horas de mucho ocio se entretendrían los hidalgos en el tiro al blanco para no perder el hábito. El viajero tiene estas faltas de respeto, sencillas, eso sí, una manera poco hábil de defenderse de la ternura que las piedras antiguas le causan. Y ya no es tanto el castillo de Feira, que está conmoviendo sus sensibilidades, como estas antiquísimas aras votadas a un dios que en estos lugares se veneró y al que llamaban, pasmémonos, Bandedelugo-Toiraeco. No bastaba el nombre del abad Troicosendo Galendiz y viene ahora el de este dios agreste, más trabalenguas que sujeto de una oración. No es raro que haya caído en el olvido. Ahora va el viajero a Nossa Senhora de Prazeres a pedir lo que sin duda se pedía a Bandedelugo-Toiraeco: paz, salud y felicidad.

Por intercesión de esta potestad o de la otra, amainó el viento. El viajero baja del castillo de Feira por aquellas umbrosas alamedas, respira consolado el aire vivísimo y va a echar un vistazo a la iglesia del convento del Espíritu Santo. No sale muy ganancioso. Lo más que tiene para grabarlo en la memoria es su implantación en el terreno, empinada en lo alto de una escalinata, a modo de presidencia. Visto esto, sigue el viajero hacia Ovar, donde están a su espera el almuerzo y el museo. De lo que comió se olvidará veinticuatro horas después, pero no de este vino verde llamado de Castelões, criado en las bienaventuradas márgenes del río Caima, al abrigo de las sierras vecinas de Freita y Arestal. Este vino que el viajero bebe en puro estado de

gracia, a la exacta temperatura que le conviene, no acata la fisiología humana. Apenas entra en la boca, se derrama en la sangre, es realmente absorbido por osmosis, sin los groseros procesos de la digestión.

Pero si el viajero encontró fascinante el museo, no fue por eso. En fin, todo ayuda, el dios Bandevelugo, el blanco de Castelões, pero tiene que decir que el Museo de Ovar tiene, por sí solo, un encanto particular. Primero, no es un museo, es un guardatodo. Ocupando lo que fue casa vivienda, ordena como puede un relleno en el que se juntan lo banal y lo precioso, la red de pesca y el bordado, el instrumento agrícola y la escultura africana, el traje y el mueble, los cuadritos de conchas y escamas de pez y los bordados de cabello. Y lo que todo esto reúne en una forma singular de homogeneidad: el amor con que fueron reunidos todos los objetos, el amor con que se guardan y son mostrados.

El Museo de Ovar es un tesoro para quien de la cultura tiene una concepción global. En cuanto al viajero, que en esas materias va tan lejos como puede, ha llegado el momento de confesar que en Ovar dejó una parte del corazón: sólo así sabrá decir lo que sintió ante aquel sombrero de mujer, negro, de espeso fieltro, gran ala redonda de donde penden seis borlas. Quien no lo vio nunca, no podrá imaginar la gracia, el donaire, la feminidad irresistible de lo que, por la descripción, parecería un desastrado parasol. No faltan razones para ir a Ovar, pero el viajero, cuando allá vuelva, será para ver de nuevo este sombrero.

De Ovar a Furadouro hay cinco kilómetros por una carretera que va recta, como si quisiera lanzarse al mar. Aquí la playa es un arenal sin fin, encrespado de dunas hacia el sur, y la luz es un cristal fulgurante, que, por suerte de ser este tiempo invernal, se mantiene en los límites de lo soportable. A esta misma hora, en verano, se ciegan aquí los ojos con las múltiples reverberaciones del mar y de la arena. Ahora el viajero pasea por la playa como si estuviera en la aurora del mundo.

Es un momento solemne. Ahí, hacia abajo, está la ría de Aveiro, cuarenta kilómetros de costa, veinte kilómetros hacia el interior, tierra firme y agua rodeando todas las formas que pueden tener las islas, los istmos, las penínsulas, todos los colores que pueden tener el río y el mar. El viajero ha rezado bien sus oraciones: no hay viento, la luz es perfecta, las infinitas aguas de la ría son un inmóvil lago. Éste es el reino del Vouga, pero no ha de olvidar el viajero las ayudas de la telaraña de ríos, arroyos y riachuelos que de las vertientes de las sierras de Freita, Arestal y Caramulo avanzan hacia el mar, algunos condescendiendo con afluir al Vouga, otros abriendo su propio camino y encontrando sitio para desaguar en la ría por cuenta propia. Díganse los nombres de algunos, de norte a sur, acompañando el abanico de esta mano de agua: Antúa, Ínsua, Caima, Mau, Alfusqueiro, Águeda, Cértima, Levira, Boco, dejando aparte a los que sólo tienen nombre para quienes viven a orillas de ellos o los conocen de nacimiento. Si éste fuera tiempo de ocios estivales, estarían las carreteras en aflicción de tránsito, las playas en ansia de baños, y en las aguas no faltarían las embarcaciones de resuello mecánico o a vela. Pero en este día, hasta con tan hermoso

sol y cielo abierto, ni siquiera está la primavera en sus primeros aires. El viajero, al menos así quiere creerlo, es el único habitante de la ría, aparte de sus naturales, hombres y animales del agua y de la tierra. Por eso (todo lo bueno ha de tener su sombra) están las salinas desiertas, encalladas las barcas que recogen los sargazos, los mercantes ausentes. Queda la gran laguna y su silenciosa respiración azul. Pero aquello que el viajero no puede ver, lo imagina, que también para eso viaja. La ría, hoy, tiene un nombre muy ajustado: se llama soledad, habla con el viajero, ininterrumpidamente habla, charlas de agua y algas cenagosas, peces que flotan entre dos aguas bajo la reverberación de la superficie. El viajero sabe que está intentando expresar lo inefable, que no hay palabras capaces de decir lo que una gota de agua es, cuanto menos este cuerpo vivo que une tierra y mar como un enorme corazón. El viajero levantó los ojos y vio un alcatraz. Él conoce la ría. La ve desde lo alto, desgarrar con las patas pendientes la pulida faz, se hunde entre las algas y los peces. Es cazador, navegante, explorador. Vive allí y al mismo tiempo es gaviota y laguna, como laguna es este barco, este hombre, este cielo, esta profunda conmoción que acepta callarse.

Atraviesa el viajero la región de la Murtosa y nota, primero como una vaga impresión, luego, por observación consciente, que todas las casas, hasta las de planta baja, hasta las humildes que apenas se ven entre los árboles y tras los muros, tienen un aire palaciego. De dónde les vendrá la prosapia, eso es lo que pronto descubre, o cree descubrir, para confirmar así la bondad de las pequeñas causas en el logro de grandes efectos. Será primero la proporción, el color, la implantación, el desahogo del espacio general, pero es sobre todo obra de aquellos adornos de barro rojo, pináculos, chapiteles, volutas, que a lo largo de los aleros de los tejados se disponen. Es un uso que en estos lugares empieza y en estos lugares acaba, al menos con la constancia y el equilibrio aquí encontrados. El paisaje sin accidentes, todo casi al nivel del mar, se hurta a los ojos del viajero. En Estarreja el viajero no ve más que la Casa da Praça, pintada de un atormentado color salmón que perjudica al entendimiento de sus proporciones. Apunta otra vez al sur, atraviesa Salreu, Angeja, y ve al fin el Vouga en su verdadera dimensión de río. Ahí delante, más allá de estas arenosas tierras, está Aveiro, lugar que en el siglo x era un minúsculo poblado de pescadores, señorío de la condesa Mumadona Dias. Ya entonces se explotaban las salinas y las algas, y no cuesta nada creer que ciertas tierras, en diez siglos, nada más habrán producido que sal.

El viajero hace balance del día y no lo encuentra perdido: un dios para su uso personal, un sombrero incomparable, vino para la isla de los amores, las embriagadoras aguas de la ría. No obstante, se va a dormir con malos presentimientos: el sol, incluso antes de su hora, se ha ocultado tras una bruma húmeda que planeaba sobre el mar. Bruma que hizo que, al día siguiente, el cielo estuviera oculto por un velo ceniciento, y la atmósfera, fría y crespá. Éste es el momento de aliñar las consabidas reflexiones sobre la inestabilidad del tiempo y de la

fortuna, y de consolarse luego con la misma sucesión de los días, que no consiente que todos sean malos. Aún ayer, por ejemplo, se vio cómo cuida el cielo de sus viajeros preferidos. La ría, vista bajo la luz del sol, fue un regalo real. Y bueno es que el viajero vaya con la idea de que no todo son rosas.

Ir al Museo de Aveiro es toda una aventura. Tiene, como todos, sus horas de abrir y cerrar, pero si el viajero vino al mundo sin suerte, le puede acontecer quedarse un tiempo infinito a la espera de entrar, como pobre a la portería del convento esperando la sopa boba, que se retrasa. Y cuando dice portería del convento, no es esto libertad de quien escribe y eventualmente abusa de las palabras, y sí expresión rigurosa. Claro que tiene sus encantos tirar de la cadena de la campanilla, oír sonar allá dentro el badajo, y esperar luego a que la hermana portera, es decir, el encargado del museo, venga a abrir. Hará mal. Estando el empleado en los fondos del convento, tiene mucho que andar antes de llegar a la puerta, y peor aún si hay visitantes. Entonces, no tendrá más remedio que esperar, con paciencia, a que salga quien más madrugó. Puntual fue el visitante, que aún no había acabado de dar la hora y alzaba ya la mano hacia la cadena de la campana, pidiendo su pan.

Fue en el Museo de Aveiro donde el viajero depuso las armas con las que, en horas menos respetuosas, luchó contra el barroco. No hubo conversión fulminante, mañana volverá a rebelarse por otros excesos y gratuidades, pero aquí abrió los ojos del entendimiento. Quien organizó y mantiene el Museo de Aveiro, sabe de su oficio. De su oficio sabe igualmente el guía que acompaña al viajero: no se limita a las tradicionales letanías, llama la atención, dialoga, comenta con inteligencia. El viajero está aprendiendo y hace cuestión de mostrarse buen alumno.

De las dos mil piezas que allí hay expuestas, no podrá hablar ni de diez. De lo que el conjunto arquitectónico y decorativo es, apenas se atreverá a hablar. Queden unas palabras para el claustro, femenino, con sus bancos cubiertos de azulejos donde las monjas divagarían, por las tardes, sobre casos sacros y mundanos, mezclando secretillos con oraciones. El viajero no estuvo presente en aquel tiempo, pero lo adivina. Considera que muy afortunadas eran las monjas, beneficiarias de tanta belleza acumulada en estas paredes, en estas decoraciones renacentistas, en estos corredores. Qué alimentos se servían en las largas mesas corridas, es algo que no sabe el viajero, pero puede ver en este momento la belleza de los azulejos que revisten las paredes del refectorio, el techo bajo de madera, la impecable proporción del conjunto. Lo impresiona menos la tumba de Santa Joana Princesa, obra sin duda de labor refinada, toda de mármoles en taracea y de ordenados colores, pero ya se vio que la sensibilidad del viajero apunta hacia otras labores y otras materias. En compensación, se regala con las ingenuidades y los anacronismos de las pinturas que cubren las paredes de lo que hoy se denomina sala-santuario, en particular la que muestra a la princesa recibiendo al rey Afonso V a su regreso de Arcila: al fondo, en cerrada formación, hace guardia de honor una compañía de granaderos con barrete de pelo, mientras que el rey se presenta con vestidos y modos de hidalgo más dado al palacio

que a batallas. No obstante, donde la cortesanía alcanza la incongruencia total es en el retrato que de la princesa Joana hizo Pachini, mostrándola con expresión y atavíos de Pompadour y haciendo del Niño Jesús, que ella sostiene, la menos celestial de las figuras, tan poco que el aura se le confunde con los rubios cabellos. No queda atrás la santa, toda adornada de plumas y tocada de oro y piedras preciosas. Felizmente para ella, está el otro retrato, del siglo xv, bello de materia, riguroso de plástica, mostrando una princesa triste y portuguesa.

Debería el viajero hacer más que mención de la probablemente italiana y cuatrocentista *Virgen de la Madreselva*, de los ladrillos y columnatas que envuelven la pintura que representa a *Santo Domingo*, de la refinadísima *Sagrada Familia* de Machado de Castro, obra purísima que redime el convencionalismo de las actitudes. Debería, pero no puede. Tantas y tan magníficas piezas reclaman visitas sucesivas, mirada tranquila, lentas absorciones. El viajero hablará sólo de aquel Cristo crucificado que está, si no falla la memoria, en el coro alto, de espaldas a la nave. Es una figura extraña, calva o que así parece. No tiene siquiera la corona de espinas: habrá desaparecido quizá. Y el asombro aumenta al ver la nada vulgar anatomía: no es el cuerpo al que estamos habituados, no tiene este cuerpo la esbeltez que el decaimiento del tronco y de los miembros inferiores acentúa; tampoco es un atleta rubensiano, ni la mortificación de unas carnes maltratadas, tan del gusto de El Greco, por ejemplo. Es sólo un hombre, un pobre hombre de mediana estatura cuyo esqueleto no entiende de proporciones clásicas. Tiene la pierna corta, el tronco de quien ha soportado cargas y el rostro más humano que los ojos del viajero hayan encontrado en este su ya largo andar. Puesto en lo alto, deja caer la cabeza, ofrece la cara. Y desde seis lugares diferentes que miremos, seis diferentes expresiones muestra, de manera que, siendo gradual, es también brusca, súbita. Con todo, si el espectador va pasando lentamente, de posición en posición, sin detenerse en ellas, en una geometría poligonal, entonces verá cómo este rostro es sucesivamente joven, maduro y viejo, cómo todo en él va pasando a ser serenidad, si tal cosa existe. ¿Qué Cristo es éste del que nadie habla? Dice el guía que parece que fue hecho en Burgos, por gente árabe convertida al cristianismo, así se explica la anatomía de otra raza, el cuerpo exótico. Si el escultor era mudéjar, habrá preferido mirar su propio cuerpo para hacer el Cristo, en vez de ir a buscar modelos de otra cultura que sólo dolorosamente iría asimilando. Esta imagen de Cristo, a ojos del viajero, expresa ese dolor.

Cerca del museo está la iglesia de Santo Domingo o catedral. Tiene enfrente un crucero, carcomida pieza gótico-manuelina, los piecillos del crucificado virados hacia dentro, bien ajustados al brutal clavo que los traspasa, o solución descubierta por el escultor para disfrazar su torpeza, o quién sabe si supremo arte que así habrá impedido el avance de los pies sobrepuestos con relación al plano vertical del cuerpo suspendido. La iglesia debe visitarse, no le faltan motivos de interés, pero el viajero viene de manjares más finos, mira distraídamente, prestando atención sólo a los

retablos de piedra calcárea. De allí pasó a la Misericordia, donde el magnífico *Ecce Homo* apenas se ve tras los reflejos del vidrio que lo protege. El visitante se ha habituado a los museos, a la franqueza con que las imágenes se muestran, y desearía que este *Ecce Homo* fuera menos inaccesible.

Cuando le da al viajero el apetito del almuerzo, viene un recuerdo de los confines de su memoria. En Aveiro comió, hace muchos años, una sopa de pescado que ha quedado hasta hoy en la retentiva de su olfato y de las papilas de la lengua. Quiere comprobar si los milagros se repiten, y va a preguntar dónde está el Palhuça, que así se llamaba la casa de comidas donde ocurrió la aparición. Ya no hay Palhuça, el Palhuça está ahora cocinando para los ángeles, o tal vez para la princesa Joana, su paisana, sobre este cielo ceniciento. Baja el viajero la cabeza, vencido, y va a comer a otro lado. No comió mal, pero ni la sopa era la del Palhuça, ni el viajero era el mismo: habían pasado muchos años.

Por la tarde, quiere ver cómo será la ría estando el sol ausente. Vio aguas de plomo, tierras rasas, las cosas disolviéndose en la humedad del aire, y, con todo, pese a tantas melancolías, pese a lo oscuro del mar que viene a batir contra la blandura de la barra, el viajero está contento con su suerte: un día de sol, un día de niebla, de todo se precisa para hacer un hombre.

Bajó la cuesta hasta Vagueira, pasó por Vagos, va a Vista Alegre. Del museo de la fábrica no quiere hablar, del trabajo de los obreros dice que sin duda merecería otro nivel de arte, otra invención, y no la repetición o rebuscamiento de formas y soluciones decorativas rebasadas. Lo que sí le satisfizo fue la iglesia de Nossa Senhora da Penha, allí mismo, al lado, no tanto por la tumba del obispo Manuel de Moura, esculpida por Laprade, no tanto por el gigantesco Árbol de Jessé que ocupa todo el techo, sino por las pinturas murales de la sacristía, María Magdalena despidiéndose de los vicios y oropeles del mundo para refugiarse, pecadora arrepentida, fea ya y desgredada, en una caverna que ni los animales querrían para sí. Así está hecho el mundo: a una santa la convirtió el pintor Pachini en una muñeca, con la otra hizo esta desconsideración.

En casa del Marqués de Marialva

Por la noche, llovió. Quién diría anteayer, viendo el sol en el cielo, que el tiempo iba a poner tan mala cara. Tal vez cree que va a desanimar al viajero, tal vez quiera mandarlo a casa, pero se equivoca de medio a medio: este viajero es hombre para aguantar lo que sea, le gusta más el frío que el calor, y si aborrece la niebla, es sólo porque le impide ver las cosas. Camino de Águeda se hace estas meteorológicas reflexiones mientras va observando el paisaje. La carretera sigue por la falda de las colinas, desde ella se ven los bajos inundados, campos de arroz, huertos de verdes lozanos. Tal vez de la exhalación de los charcos venga esta bruma que planea a la altura de las copas de los árboles. En fin, es un lindo día.

El viajero fue primero a Trofa, pequeña población a trasmano de la carretera que va de Águeda a Albergaria-a-Velha. Quien lleve prisa ni verá la solícita placa que le indica el buen camino, y, si la ve, muy pronto, un poco más allá, olvidará lo que vio si no milita en los batallones de amantes de piedras y pinturas. Y si no es de éstos, que se convierta en Trofa.

Allí tiene, en la iglesia parroquial de que es patrón mayor San Salvador, la Capilla de los Lemos. Apenas entró el viajero, notó que estaba viviendo uno de los grandes momentos de este oficio suyo de correccaminos. No se trata aquí de una monumental iglesia, de imponentes conjunciones de espacio y materia. Son unos sepulcros, cuatro arcos que los cubren, esto sólo y nada más. Corrige el viajero: todo esto. Está aquí el caballero Diogo de Lemos, que este panteón fundó. No se sabe quién esculpió esta estatua yacente. Hay quien dice que fue Hodart, y hay quien lo niega o duda. No sería más bella la escultura por el hecho de saberse el nombre de quien manejó los cinceles, pero al viajero le gustaría que en esta breve superficie lisa el artista hubiera dejado la sigla, la marca que deja un nombre escrito, aunque fuera adulterado a la portuguesa, como le llamaban: Odarte. El viajero siente tener que irse con esta duda mientras lleva una certeza que de nada le sirve: que es el sepulcro de Diogo de Lemos, que de sí sólo esto dejó, precisamente lo que suyo no es.

Vuelve el viajero sobre sus pasos a Águeda y va a Santa Eulália, que está en un alto, aislada del congestionado centro de la ciudad. Se llega allí por estrechas y empinadas callejuelas, y si en el interior de la iglesia no nos esperan obras maestras, hay que señalar aquí el paso de la escuela renacentista de Coimbra en la Capilla del Sacramento, con su magnífico retablo. Hay también, pero tardía, una *Deposición en el Sepulcro*, convencional pero lo bastante dramática para que el viajero experimente, juntándole su propio saber de experiencia hecho, los dolores que no dan remedio a quien por muerte de amados llora y mucho menos a quien, llorando o no, murió.

El viajero no tiene su día. Quiere la cultura en que se formó, que el arte, casi todo él, o por lo menos sus expresiones más altas, haya sido creado en el seno de la institución religiosa. Ahora bien, tal religión pregona más las preocupaciones por la vida eterna que las alegrías de esta vida transitoria, que alegre debía ser, y plena.

Quiere la religión católica que todo sean maceraciones, cilicios, ayunos, y, si esto ya no lo quiere tanto hoy, continúa resistiendo mal las tentaciones. Alegrías no las hay, y los júbilos han de ser celestes, contemplativos, o místicos y extáticos. El viajero busca el arte de los hombres, esa voluntad de vencer la muerte que se expresa en piedras alzadas o suspensas, en adivinaciones de trazo y de color, y las encuentra en las iglesias, en lo que queda de los monasterios, en los museos que de aquéllas y de éstos al fin se han alimentado. Busca el arte donde el arte está, entra en las iglesias, en las capillas, se aproxima a los sepulcros, y en todos los lugares hace las mismas preguntas: ¿qué es esto?, ¿quién lo hizo?, ¿qué quiso decir?, ¿qué miedo fue el suyo, o qué valor?, ¿qué sueño aplazado para realizarlo mañana? Y si alguien insinúa al viajero que podría haber elegido otro lugar para tan felices filosofías, él dirá que todos los lugares son buenos, y la iglesia de Santa Eulália, en esta Águeda que en otros tiempos, y mucho mejor, Ágata se llamó, sirve tanto al efecto como el dolmen de la Queimada o los hórreos de Lindoso.

Con este estado de espíritu se comprende que el viajero busque, preferentemente, tierras pequeñas, sosegadas, donde él mismo pueda oír bien las preguntas que hace, aunque no reciba respuesta. Pasará por Oliveira do Bairro, pero antes irá a Oiã, que queda al otro lado del río Cértima. La iglesia es recientísima, hace ochenta años ahora de su consagración y actividad, pero, quien la construyó, tenía la cabeza en su sitio y la sensibilidad sin duda en el corazón. Aquí fueron reunidos unos magníficos retablos de talla dorada que eran del convento de Santa Ana de Coimbra, de donde vino también la sillería, pero lo que para el viajero es principal, es el conjunto de estas pinturas seiscentistas que distinguen y enriquecen esta iglesia. Son media docena de excelentes retablos, de notable unidad de factura y de estilo, claramente todos de la misma mano, y no habilísima mano, como se ve por lo repetido de las expresiones. Pero la sinceridad de estos cuadritos, el placer de pintar que en ellos se adivina, dan al viajero un gran contento de alma, que se convierte en sonrisa ante un San Sebastián de barba rubia y rubio bigote, que claramente se ve que no acaba de creerse lo que le está ocurriendo. Si tuviera el viajero tiempo y competencia mínima, haría un estudio comparado de los Sebastianes santos que inundan Portugal, tanto los de gran aparato como los toscos, tanto los de forzado cuerpo como los de afeminado gesto. Serían interesantes, sin duda, las conclusiones. Sale el viajero a preguntar a sus botones por qué más artes no se recogen en álbumes, en simples tarjetas postales, estas pequeñas joyas populares, estas lecciones de gusto y estética. No le responden los botones, y ésa era la última esperanza del viajero, porque respuestas de otro lado, no las espera.

En Mamarrosa no paró apenas. Apreció el frontis y, si no está soñando, si fue realmente allí y no en otro lugar, visitó el minúsculo cementerio que está al lado de la iglesia, tan minúsculo que sólo una conclusión se puede extraer, la de que muere poca gente en Mamarrosa. Siempre hacia el sur, el viajero pasa por Samel, Campanas, Pocariça. El paisaje no asombra, es el de Bairrada, apacible, sin sobresaltos. Hoy no habrá sorpresas.

Hay dos, y están a la espera, ahí mismo, en Cantanhede. La primera, hablando cronológicamente, es la iglesia parroquial. Está en una gran plaza, es agradable verla de fuera. El viajero vacila pensando si, antes que cualquier otra cosa, ha de ir a las exigencias del espíritu o a las alarmas del estómago, pero, ya que está tan cerca, entra. Recuerda haber leído en Fernão Lopes que fue aquí, en Cantanhede, donde el rey don Pedro declaró haberse casado con Inés de Castro. Eran tiempos en que bastaba que el rey dijera que se había casado y el escribano levantaba inmediatamente acta de confirmación. Si lo hiciera hoy, pedirían testigos, papel sellado, carné de identidad, se metería el registro civil en el caso, y el rey tendría que acabar casándose otra vez en debida forma.

Por esta iglesia pasó João de Ruão, uno de los milagros que en el siglo XVI hubo en Portugal en forma de escultor. Los otros fueron Nicolau de Chanterenne y Hodart. Vinieron todos de sus Francias a agitar la rigidez aún románica, el gótico yerto, y esto lleva al viajero a pensar que ningún mal nos habría hecho seguir recibiendo visitantes de esta calidad. Algunos vinieron, ninguno tan fecundante, salvo Nasoni, y no faltaron otros que fueron instrumentos de mal arte. Aquí, la capilla del Sacramento, donde están los sepulcros de unos Meneses, es un palacio precioso, trabajado más como una pintura que como una ordenación de volúmenes. Explíquese mejor el viajero: esta capilla es arquitectura, estas imágenes son escultura, pero el conjunto produce una impresión pictórica y el viajero acaba sintiéndose en el interior de un cuadro. Otros retablos renacentistas están en la capilla de la Misericordia, y, por último, aunque no lo sea en importancia, las arcadas admirablemente lanzadas que separan las naves laterales del cuerpo central de la iglesia.

Pero el viajero ha hablado de dos sorpresas, y ésta es la primera. Vamos a la segunda. Está lloviendo fuera, pasó toda la mañana amenazando, y, obviamente, sorpresa no es. A un transeúnte con pinta de entendido le preguntó el viajero dónde sería buen sitio para alimentar el cuerpo. No se expresó con circunloquios, pero el interrogado lo miró de arriba abajo, antes de responder, y luego dio la respuesta: «Vaya al Marqués de Marialva». Que haya en Cantanhede un marqués de Marialva sólo más tarde lo comprendió el viajero: hoy se acumulan fortunas, antes se acumulaban títulos y fortunas. Este marqués de Marialva, sexto en la línea sucesoria, era también octavo conde de Cantanhede. No quiere el viajero entrar en particulares biográficos, porque lo que en esta hora más le importa es acallar el estómago. Va pues al Marqués de Marialva, se quedará sentado junto a una ventana viendo caer la lluvia, y tendrá un bacalao al horno que quedará en su memoria, un vino con carácter, unos pasteles de nata servidos en sus naturales y quemadas hormillas de lata, un aguardiente en botella cubierta de hielo, un café honrado. El viajero está tan agradecido que le vienen ganas de tratar de marqués de Marialva o de conde de Cantanhede al dueño del restaurante, darle un título merecido. Y no son efusiones del vino y del aguardiente, sino sólo gratitud natural. Pagó el viajero la cuenta y salió con la impresión de que aún había quedado a deber algo.

De Cantanhede a Mira son dieciséis kilómetros en línea recta. Lo que hace el viajero es buscar otra vez el mar para saber si aún existen allá los famosos *palheiros*, o si son sólo recuerdo de la gente más vieja que allá viva. No faltará quien diga que es mucho andar para tan menguada cosecha, pero el viajero se rige por otros compendios, y no le va mal.

Palheiros de Mira, al entrar, es un pueblo igual a otros de la costa del mar: calles anchas, casas bajas, una pequeña cuesta perpendicular al paseo de la orilla, como si siguiendo la línea de la playa se hubiera alzado un dique. No lo compliquemos: es sólo la primitiva duna que defendía la población y los campos. El cielo se ha limpiado de las nubes más espesas y por momentos luce incluso un pálido sol. El viajero no ve esos *palheiros* que dan nombre a la población, y se siente definitivamente frustrado, pero se acerca a preguntarle a un hombre viejísimo que está entretenido mirando al mar: «Por favor, ¿podría decirme dónde están los *palheiros*?».

El viejo sonríe, debe de estar juntando a este viajero con tantos otros que vinieron a hacerle la misma pregunta, y responde cortés: «No los hay ya. Ahora son todo casas. Sólo más allá quedan dos o tres». Dio el viajero las gracias, y siguió en la dirección indicada. Allá estaban los *palheiros* supervivientes, grandes barracones de tablas ennegrecidas por el viento y el mar, algunos ya desmantelados, dejando a la vista la técnica de construcción, el forro interior, los mástiles de sustentación. Hay aún algunos habitados; a otros el viento se les llevó las tejas. No pasarán muchos años antes de que de esto quede sólo memoria fotográfica. Pero, si entonces no estuvieran distraídos los ojos, quien venga encontrará parentescos con las viejas casas en éstas hoy construidas, en los parasoles de las galerías, en el color oscuro de la madera curtida por el tiempo. El viajero no sabe quién es el arquitecto, no ha entrado en las casas para saber si al genio de fuera corresponden aciertos semejantes dentro, pero deja aquí su alabanza. No todos los días se encuentra gente que entienda así el espacio, el color, la atmósfera, la relación que ha de tener todo con todo. La disposición que en los *palheiros* tenían los tablones, se ha transferido aquí, y los nuevos materiales aceptaron la justificación de los antiguos.

El viajero volvió a Mira, donde no se detuvo, atravesó el río de Corujeira, que va a dar a Barrinha, y, llegado a Tocha, como había en el aire un amplísimo aunque pálido arco iris, entendió que debía ir a ver el renombrado templete que hace de capilla mayor en la iglesia parroquial. Fue esta construcción obra de un español, que hizo de ella promesa a su compatriota, Nuestra Señora de Atocha, si lo curaba. Sanó el español, pagó la promesa, y de Atocha se hizo Tocha, que siempre resulta más fácil. El templete, circular, es curioso, tan artificial como una pequeña construcción de un jardincillo rococó, pero, con columnas, cúpula y linternillo, con arbotantes que probablemente nada estarán sosteniendo, se crea una atmósfera muy particular, de escenario de ópera. Son interesantes los azulejos setecentistas. Cuando el viajero salió, ya no había arco iris. Se habrá escondido por no haber dado cuanto había

prometido.

Está la tarde en su fin cuando se mete el viajero por la sierra de Buarcos. Es, sin duda, una exageración darle ese nombre a un monte de poco más de doscientos metros de altura, pero como asciende con prisa y está al pie mismo del mar, gana en grandeza. Y es un bonito paseo, digámoslo ya. Va la carretera contorneando hasta la Sierra da Boa Viagem, baja luego, mostrando los grandes panoramas de la llanura que el sol recorta al ir bajando. Termina agradablemente el día.

El viajero dormirá en Figueira da Foz, y cuando al día siguiente quiere visitar el museo, encuentra las puertas cerradas: un corte de energía eléctrica, tardará en repararse la avería. Y como lleva el depósito de gasolina casi seco, a estas horas aún estaría el viajero en Figueira da Foz si el empleado de la gasolinera no hubiera practicado la obra de misericordia de dar de beber al sediento.

No todas las ruinas son romanas

Si hay algo que el viajero estime, es saber el porqué del nombre de las cosas, pero no tiene necesariamente que creer cualquier historia que le cuenten, como ésa de que el nombre de Maiorca viene de una porfía entre los habitantes de esta tierra (que no tendría entonces nombre, o se perdió su recuerdo) y los de Montemor-o-Velho, que más allá está. Dicen que los de Montemor, para fastidiar a los otros y hacer valer las mayores alturas de su tierra, decían en desafío: «Monte mor (monte mayor). Monte mor». Y entonces los de Maiorca, sin argumentos de más peso, respondían: «Maior cá» (mayor acá). Por lo demás, la cosa es fácil, se le quita el acento, se acercan las palabras, y ahí está Maiorca con nombre para el resto de los tiempos. El viajero no lo cree, y hace muy bien.

En todo caso, no quiere atizar querellas. Antes de ir a Montemor-o-Velho, pasará el Mondego, hará como que ignora la imaginaria querella. Busca otras imaginaciones, y más aún, ni las busca, lo único que quiere es ver con sus ojos Ereira, tierra donde vivió y nació Afonso Duarte^[9], uno de los mayores poetas portugueses de este siglo, hoy inexplicablemente apartado de la atención de la gente. Ereira es tierra tan vecina del agua que, desbordado el Mondego, más el río Arunca que le pasa cerca, entra la crecida en las casas, familiarmente, como viejos conocidos que se reencuentran. Sería un día de éstos cuando Afonso Duarte escribió: *Hay sólo mar en mi país. / No hay tierra que dé pan: / Me mata de hambre / La dulce ilusión / De frutos como el sol.* El viajero también nació en tierras bajas y encharcadizas, sabe lo que son las crecidas, pero, cuando relee a Afonso Duarte, toma con rigor la altura de las aguas en cuatro versos medidas: *Mal va al poeta lírico, / Mal me va si pontifico, / Que donde haya pobre y rico / Hay problemas de la tierra.* Adiós Ereira. Hasta siempre, Afonso Duarte.

El viajero no tiene especiales motivos para ir a Soure, pero por ese camino se va bien a Conímbriga. Hoy es día consagrado a ruinas ilustres, como suelen ser las que de romanos quedan. Desde el punto de vista de las tradiciones populares, tres son las grandes referencias históricas: el tiempo de los Afonsinos, el tiempo de los moros y el tiempo de los romanos. El primero sirve para ilustrar, contradictoriamente, lo que más antiguo sea, o solamente impreciso, casi mítico; el segundo, ilustra aquello de lo que faltan testimonios materiales abundantes, y es fertilísimo en leyendas; el tercero, que leyendas no dio, se afirma en el puente sólido, en la calzada de losas, e infunde el respeto de la dura ley al son de la marcha de las legiones. Los romanos no encuentran simpatía en quienes de ellos heredaron el latín.

En verdad, cuando el viajero pasea por estas magnificencias, y es fácil ver qué magnificencias son, se siente un poco ajeno, como si estuviera viendo y palpando testimonios de una civilización y una cultura totalmente extrañas. Es posible que tal impresión venga de imaginar a los romanos instalados aquí, muy señores de su foro,

de sus juegos de agua, paseando en toga y túnica, combinando la ida a los baños, y, alrededor, perdido en las colinas hoy cubiertas de olivares, un gentío ingenuo y dominado, sufriendo hambre segura y celos ácidos. Vista así, Conímbriga sería una isla de civilización avanzada rodeada por un mar de gentes ahogándose. Quizá esté el viajero cometiendo grave injuria a quien precisamente esa misma civilización acabó por enraizar aquí, pero ésta es la explicación que encuentra para el malestar que siempre se apodera de él ante Roma y sus obras, y que, inevitablemente, vuelve a remorderle aquí en Conímbriga. Hay que decir, pese a todo, y de esa exención sí es capaz, que las ruinas de Conímbriga tienen una monumentalidad sutil que va solicitando lentamente la atención, y ni siquiera las grandes masas de las murallas desequilibran la atmósfera particular del conjunto. Hay, realmente, una estética de las ruinas. Intacta, Conímbriga sería bella. Reducida a lo que de ella vemos hoy, esa belleza se acomodó a la necesidad. No cree el viajero que nada mejor les pudiera haber ocurrido a estas piedras, a estos excelentes mosaicos, que en algunos lugares oculta la arena para su preservación.

Dio lentas vueltas, oyó las buenas explicaciones del guía y, estando ya solo, fue a encontrar inesperadamente, protegidos por placas de vidrio, tres esqueletos humanos, restos de Roma mirando desde el fondo de su agujero este cielo de Portugal, brumoso en esta hora. Duda el viajero sobre seguir o no cultivando sus antipatías: al fin y al cabo, Conímbriga fue invadida, saqueada, en parte destruida por los suevos, gente que, a fin de cuentas, tanto se estaría ahogando en el mar de que antes habló el viajero, que vino hasta aquí para ahogar con sus manos a otras gentes. La vida es muy complicada, pensamiento de poco brillo y aún menos originalidad, y entonces el viajero decide dejar de lado rencores apenas conscientes, y tener la justa piedad para unos pobres huesos que de los alimentos de la tierra portuguesa se formaron y en pago a ella volvieron.

Ahora, sí, vamos a Montemor-o-Velho. El castillo se ve de lejos, abarca toda la corona de la elevación en que fue alzado, y, tanto por su disposición en el terreno como por el número de torres cuadradas y cilíndricas que refuerzan sus muros, transmite una poderosa impresión de máquina militar. El viajero no precisa soñar castillos en España, los tiene en Portugal, y éste destaca de manera especial entre la gran cantidad de ellos que le puebla la memoria. Es posible, con todo, que el viajero, a quien el cultivo de las letras no es extraño, esté dejándose influir por factores que nada tienen que ver con el castillo, como sea el de que en esta buena ciudad de Montemor-o-Velho naciera Fernão Mendes Pinto^[10], el autor de la *Peregrinação*, y también Jorge de Montemor^[11], el de la *Diana*. Sabe muy bien el lugar que ocupa en esta fila de tres, justo al final, pero siendo libre la imaginación, le complace la idea de que por esta misma puerta de Santa María de Alcáçova entraran a bautizarse, cada uno en su tiempo, el pícaro Fernão y el amoroso Jorge, y ahora el viajero, por su pie, con mucha más sal en la boca de lo que a su salvación conviene, pero tan curioso como Fernão, y tan refinado y sentimental como Jorge. Quede aquí este desahogo, y

vamos a lo de las piedras y pinturas. Santa María de Alcáçova tiene tres naves, pero son tan amplios los arcos, tan esbeltas las columnas, que más parece esto un salón adornado con falsas sustentaciones. Mora aquí un retablo renacentista, quizá del taller de João de Ruão, proveedor de piezas afines hasta el agotamiento de las formas, y en él, entre Santa Lucía y Santa Apolonia, una Virgen de la Expectación, gótica, de Mestre Pero, que muestra el vientre fecundado, posando en él la mano izquierda. Es una hermosa imagen, que no se olvida.

Salió el viajero a la terraza y, por la altura del sol (hallándose en castillos medievales no estaría bien recurrir a otros indicadores), se dio cuenta de que sería la hora de comer, cosa que, por otra parte, ya el estómago le venía advirtiéndolo hacía rato. Bajó, pues, a la ciudad y paró en un restaurante junto a la iglesia de la Misericordia, que está allí mismo, a orilla de las aguas. Sería estimable la vecindad, si no fuera porque, en las crecidas, entra el río en la iglesia. El viajero no sabe qué pasará allá dentro en momentos tales, si tendrán los santos que alzar sus vestes para no mojarse, pero lo que sí sabe es que está escribiendo estas palabras, que parecen irrespetuosas, para disimular la indignación que siente al ver de qué manera se falta el respeto a preciosas obras de arte, condenadas a muerte por la indiferencia y el desinterés. El viajero, tiene que confesarlo aquí, no precisa de imágenes sacras para orar a sus pies, pero sí precisa que sean defendidas, porque son obra del genio del hombre, belleza creada. Cuando mira a la Virgen de la Misericordia que está sobre la puerta, enaguada por hierbas parásitas cuyas raíces estarán desmontando las juntas de las piedras, cuando así contempla y se conmueve, usa el viajero una forma particular de oración: admira y ama. No obstante, no se acabaron los gustos y disgustos en Montemor-o-Velho. Va desde allí al convento de Nossa Senhora dos Anjos, ve que la puerta está cerrada, pero no se alarma, porque una buena vecina le dice que la llave la tiene otra buena vecina, un poco más arriba. El viajero se ha habituado ya a andar llamando a las puertas, se siente como un pobre de pedir, pero le gusta el oficio. Tendrá paciencia y esperará un poco, que la señora de la llave está acabando de almorzar. Si no estuviera ya alimentado, se habría hecho invitar, porque el olor que venía de dentro de la casa era capaz de resucitar a todo el valle de Josafat. El viajero bajó a la calle, se sentó en el murete que limita el pequeño atrio, y esperó. No tardó mucho en aparecer la guardiana de la llave, masticando aún el último bocado, y, con la estridencia habitual de cerraduras obstinadas, se abre la puerta.

Comprendió de inmediato el viajero que estaba en lugar de mucha reverencia. Hay en Portugal bellezas, y si de este relato no se concluye eso claramente, la culpa es de quien debía explicarse mejor, pero el convento de Nossa Senhora dos Anjos no precisa más adelantados loores que este brusco corte en la respiración que le acomete a uno apenas entra. Y los sofocos son dos: el primero es por la inefable belleza que aquí se ha reunido y fundido en armonía; el segundo es por el estado de ruina en que todo esto se encuentra, paredes hendidas y manchas de humedad, verdoso limo que lo invade todo. El viajero se siente afligido, se pregunta cómo es posible que se haya

llegado a esta situación, se lo pregunta a la señora de la llave, que ama tanto a su convento y lo ve así abandonado, y no hay respuestas, se quedan los dos mirando para el techo, para los muros, esto sin hablar ya del claustro, que se cae a pedazos. Hace el viajero un esfuerzo para no ver llagas y mataduras, y es tanta la belleza de esta iglesia que lo logra.

Hablamos mucho, en Portugal, de románico, de manuelino, de barroco. Hablamos menos de renacimiento. Será porque todo él vino de importación, será porque no tuvo entre nosotros desarrollos nacionales. En Montemor-o-Velho interesan poco tales sutilezas: lo que tenemos delante, aquí en la capilla de la Deposición, allí en la de la Anunciación, son obras maestras renacentistas que como tales serían estimadas en Italia, primera patria del Renacimiento. Y, hablando de Italia, piensa el viajero con ironía que si esta iglesia la tuvieran los italianos, la cuidarían como un oro, y la tendrían a pleno rendimiento, y vendrían a ella de lejos los portugueses lamentando que tales preciosidades estuvieran en país extranjero.

Este sepulcro es el de Diogo de Azambuja. Tiene tal apellido, pero nació en Montemor-o-Velho. Es un mancebo que está tumbado en su arca sepulcral, posada la cabeza en dos almohadas de precioso bordado, pero esta tapa de piedra se cerró sobre un hombre de ochenta y seis años, que eran los que tenía Diogo de Azambuja cuando murió. Este viejo eligió la imagen con que había de quedar para la eternidad, y tuvo la fortuna de encontrar al escultor que la inventó para él: Diogo Pires, *el Mozo*. También ahí se ha instalado el verdín, pero al menos sirve para subrayar volúmenes, avivar cavidades, diseñar contornos. La estatua yacente de Diogo de Azambuja está cubierta de vida. Bien la merece.

El viajero no tiene ganas de marchar de aquí. Conversa con la guardiana de la llave, son ya buenos amigos. Pero, qué se le va a hacer, tiene mucho que andar aún. Va a las partes superiores del convento, contempla en el coro alto de la iglesia las pinturas murales, ingenuas, pero delicadas, un bellissimo *Nacimiento de la Virgen* rodeado de pájaros y flores, y, con mucha pena, hasta otro día, vuelve a la carretera. Conímbriga tiene más suerte: es una ruina romana. A esta ruina portuguesa nadie acude: ni ruina en su propia tierra se puede ser. Cierto es que a veces acudimos a ponerle remedio al desastre, pero es cuando ya no hay nada que hacer. Dígalo, por ejemplo, aquella doña Margarida de Melo e Pinto, que también está allá, en la iglesia, y que murió en las cárceles de la Inquisición al cabo de diecisiete años de prisión ininterrumpida. Era inocente.

Para ir a Tentúgal, no hay error. Basta seguir derecho, carretera adelante, hacia Coimbra. Hay un desvío, y allí mismo está. No faltan en Portugal poblaciones que parecen haber quedado al margen del tiempo, asistiendo al paso de los años sin mover una piedra de aquí para allá, y pese a todo, las sentimos vivas de vida interior, cálidas, se oye latir en ellas un corazón. O está el viajero cometiendo grave injusticia, o no es ése el caso de Tentúgal. Hay gente por la calle, pasan vehículos, hasta un ruidoso tractor con remolque, y las tiendas están abiertas. Pero la impresión que Tentúgal

causa es la de una villa que no se ha conformado con la decadencia en que cayó después de un pasado de nobles esplendores, y guarda una especie de rencor de hidalgo arruinado que no quiere aceptar los nuevos tiempos y los valores que ellos traen. Tentúgal cerró puertas y ventanas, se acorazó tras de antiguas altanerías, y deja las calles y las plazas para la circulación de intrusos y fantasmas. De ahí que sea mucho más fascinante el ambiente urbano que el relleno de los lugares sacros, que, de todas formas, no carecen de interés. El viajero se forma la intención de volver por aquí un día para avanzar en el examen de esta peculiar atmósfera. Y también, y aquí confiesa un pecado de gula, para ver si vuelven a saberle tan bien los divinos pasteles que comió en la Torre dos Sinos, apoyado a un muro, haciendo de la mano izquierda servilleta para no perder migaja.

Coimbra está muy cerca, ya se nota en el aire, pero primero tiene que ir el viajero a São Silvestre y a São Marcos: quedan en el camino y justifican de sobra la parada. En São Silvestre son muchas, y de gran valor, las imágenes que la iglesia parroquial guarda, y que las guarde bien es deseo del viajero. El convento de San Marcos se alza en un amplio espacio con grandes árboles, y la llave la guardan en una agradable casa que hay a la izquierda. El viajero está mal acostumbrado de Montemor-o-Velho, cuando en el convento de Nossa Senhora dos Anjos estuvo de charla con la mujer que llegaba masticando aún el último bocado cuando le trajo la llave. En São Marcos es un muchacho quien viene, apenas responde a las buenas tardes que el viajero, muy cortés, le da, y, una vez abierta la puerta, da la espalda y no volvió a aparecer. Paciencia. Al contrario de Nossa Senhora dos Anjos, São Marcos está limpio y pulido, pero, para que se vea cómo son las cosas, el viajero descubre en sí nostalgias de la abandonada ruina, y nota que este perfecto orden le resulta antipático. Es injusto el viajero, es inconsecuente. São Marcos es muy hermoso. Tiene tumbas magníficas, y en tal cantidad que más parece un panteón, templo sólo funerario, pero sin duda es su más preciosa joya el retablo de la capilla mayor, obra del pródigo escultor que fue Nicolau de Chanterenne. En todo caso, el viajero quisiera saber a quién se debe la policromía de las delicadas figurillas que pueblan nichos y edículos: y es que si Chanterenne puso aquí belleza entera, el pintor añadió la que faltaba, son aritméticas que parecerán erradas, pero el viajero está convencido de que se le entiende.

En fin, parece que está concluida la jornada. Pero el viajero va aún a Ançã, tierra que dio nombre a la blanda piedra que fue regalo de escultores. Si ya se han agotado las canteras, es algo que no ha llegado a saber, entretenido como andaba escuchando a una charanga con bombo, caja y gaita. Caía una gran humedad cuando fue a ver la iglesia parroquial, que es oscura, bien ambientada, y tiene méritos de sobra que presentar. La vista del atrio es desahogada, corre al fondo el río de Ançã. El viajero contempla el pavimento de la calle junto a la iglesia: hay unos fragmentos con letras esculpidas, restos de lápidas. De estos muertos se puede decir que sólo las piedras se aprovecharon.

Y ahora siga el viajero para Coimbra. El tiempo se ha puesto feo. Ojalá no llueva.

Coimbra sube, Coimbra baja

Ha llovido. Al caer la tarde se abrieron los diluvios del cielo. Pero este viajero no es hombre que se arredre al primer chaparrón, ni al segundo, ni al tercero, que varios lleva ya contados en su andar. Son resistencias campestres que le quedaron de la infancia y de la adolescencia, cuando, maravillado, no distinguía el sol de la lluvia, y ambos de la luz de la luna, y todos del vuelo del milano. Ha de decir, con todo, que la mañana puede barrer aún unas anchas franjas de cielo azul, y bajo esa luz subió el viajero la Couraça de Lisboa, empinada vía por donde rodaron muchas ilusiones perdidas de bachillerato y licenciatura. Para el viajero no será camino habitualmente recomendado, mayormente si no tiene la pierna ágil y ancho el aliento, pero este que aquí va, aunque ya no le convenga al estado del corazón, ha de continuar buscando caminos apartados, los de poco pasar y mucho vivir. Esta Couraça de Lisboa no tiene monumentos que mostrar; es sólo, como queda dicho, una calzada pina, pero es buen sitio para sentir Coimbra, provinciana ciudad con dos cabezas, una suya propia, y otra añadida, repleta de saberes y de algunos inmateriales prodigios. Si el viajero tuviera tiempo, buscaría la Coimbra natural, olvidaría la universidad que allá arriba está, y entraría en estas casas de la Couraça de Lisboa y de las pequeñas calles que a ella afluyen, y, conversando, vencería las inconscientes defensas de quien, sobre el propio rostro, usa igual máscara.

Pero el viajero no ha venido aquí para tan arriesgados escarceos. Es un viajero, un hombre que pasa, un hombre que, al pasar, miró, y en ese rápido pasar y mirar, que es superficie sólo, tiene que encontrar luego recuerdos de las corrientes profundas. Son también escarceos, pero del lado de la sensibilidad. En fin, ésta es la Universidad de Coimbra, de la que mucho bien ha venido a Portugal, pero donde algún mal se preparó igualmente. El viajero no va a entrar, se quedará sin saber cómo es la Sala de Actos Grandes, y cómo es por dentro la capilla de San Miguel. El viajero, a veces, es tímido. Se ve allí, en el patio de las escuelas, rodeado de ciencia por todas partes, y no se atreve a ir a llamar a las puertas, a pedir de limosna un silogismo o un pase para los *Gerais*. A esta cobardía se une la convicción profunda de que la universidad no es Coimbra, y lo percibe en que se limita a dar la vuelta a este Patio das Escolas, sin gusto por las estatuas de la Justicia y de la Fortaleza que Laprade armó en la Via Latina, pero se rinde de gusto ante el portal manuelino de la Capilla de San Miguel, y habiendo entrado por la Porta Férrea, por ella volvió a salir. Va derrotado, rendido, triste consigo mismo por osar tan poco, viajero que por valles y montañas anduvo, y aquí, en tierra sapiente, se pega a las paredes como quien se esconde de los lobos. Y está en este desconsuelo cuando ve y oye a unos estudiantes, un muchacho y dos chicas, que lanzaban sonoras y coloreadas palabrotas contra otro que se alejaba alzando el brazo y cerrando el puño. Y el joven paladín, de damas acompañado, gritaba desde lejos que hiciera el otro algo que los castos oídos del viajero se negaron a retener. No son bonitos episodios, pero verdaderos sí. Y el viajero quedó más amigo

de sí mismo, él que tan desalentado venía.

La Casa dos Melos queda abajo. Es una aventajada construcción quinientista que mejor convendría a fortaleza que a Facultad de Farmacia donde hoy se enseña a preparar simples y compuestos. Del rigor científico de estas palabras no tiene el viajero gran certeza y, por eso, antes de que vengan a pedirle cuentas, encamina sus pasos a la catedral nueva.

Por el dedo se conoce al gigante, por la fachada al jesuita. Gran cultor de escolástica, supremo definidor del *distinguo*, el jesuita trasladó a la arquitectura su peculiar inteligencia racionalizante, que subyace a los cultismos preciosistas en que, enredando, se enreda. La fachada de la Sé Nova es un escenario teatral, y no por exuberancias escenográficas, que realmente no tiene, sino por lo contrario, por la neutralidad, por el distanciamiento. Ante esta fachada puede representarse un drama de capa y espada o una tragedia griega, el *Frei Luís de Sousa* o *El círculo de tiza caucasiano*. Para que a todo se adapte, el estilo jesuítico tiene que ser frío, tiene que definirse por una elegancia impersonal. Estas cosas, si no las sueña el viajero, están en la fachada y en el interior de la iglesia. Y si a la fachada volvemos, pronto se verá cómo están, además, dentro de este espíritu, las torres de campanas, un poco atrás, pero que la perspectiva abarca inevitablemente. Construidas en tiempo posterior, las torres le dan la razón al viajero.

No faltan en la Sé Nova motivos de interés. Es opulentísimo el altar mayor, con su retablo de talla dorada, con columnas torsas enramadas. Ciertamente, todas las capillas están bien servidas de retablos, y entre todos destaca el de la de Santo Tomás de Villanueva, que es trabajo de excepción. No abunda en la iglesia la buena pintura ni es frecuente tal riqueza en iglesias de Portugal. Tal vez el viajero va descubriendo que sería preferible ver un poco de calor en la frialdad de las paredes, en la desnudez de las pilastras, en el vacío de los cajetones. Este mármol fue trabajado para ser sólo mármol. Pocas piedras serán más pobres en sí mismas, según entiende el viajero, con el riesgo de que le llamen bárbaro. En el fondo, el viajero se inclina por el románico, que de cualquier piedra hacía arte, y nunca arte pequeño, aunque sí rudimentario.

Tal vez por castigo del cielo y de las herejías que viene pensando, en el camino que le lleva al Museo Machado de Castro recibe el viajero el primer chaparrón. Menos mal que está cerca. Entra, sacudiéndose, responde a la sonrisa comprensiva de los empleados, que quedan muy contentos por ver aparecer al viajero. No es que lo conozcan, pero son personas que disfrutan mostrando las preciosidades que guardan, y el viajero, mientras la visita dure, será el único visitante. Ciertamente es que estamos en enero, que está aún lejos el tiempo del gran alud turístico, pero da pena ver a guías que no tienen a quien guiar, y piezas de arte sin ojos que las hagan preciosas. El viajero decide ser egoísta: «Mejor para mí; más regalado lo veo». Y regalado lo vio, en verdad. El Museo Machado de Castro tiene la más rica colección de estatuaria medieval que en Portugal existe, por lo menos la que a vista del público se encuentra. De tal manera que las imágenes, por la proximidad a que las obliga la relativa

exigüidad de las instalaciones del museo, acaban por perder individualización y forman una especie de inmensa galería de personajes cuyas facciones se desdibujan. Hay exageración aquí, claro está, pero el viajero querría ver cada una de estas piezas aislada, con espacio libre alrededor, sin que los ojos observando a un ángel fueran captados por un santo. Son puntos de minucia que sólo incomodan porque está uno ante un tesoro de incalculable valor artístico. No multiplicaría el valor de las obras, pero sería multiplicado el placer de mirar, la fruición.

¿Qué dirá el viajero de lo que está viendo? ¿Qué escultura, qué imagen, qué pieza pondrá en primer lugar? Media docena al azar, haciendo injuria a lo que no se menciona. Este Cristo yacente del siglo xv, misteriosamente sonriente, como quien está seguro de que resurgirá de los muertos. El viajero no se pondrá a discutir tales resurrecciones, prefiere ver en la figura inerte la imagen de los hombres caídos que se levantan, y que sonríen con la seguridad de que se levantarán, u otros más tarde, si ellos ya no pueden. Prefiere ver aquí dibujada la perennidad de la esperanza, los labios abriéndose a la sonrisa de la vida, y tiene derecho a recordar ahora aquel barco que vio en Vila do Conde y que, precisamente, ese nombre tenía. Y la *Virgen de la O*, trecentista, de aquel genio portugués que fue el Mestre Pero, a quien dan ganas de inventarle una biografía. Está esa señora en avanzado estado de gravidez, adivina con la concha de la mano doblada por la muñeca el ovillo humano que dentro de sí tiene, y, con la cabeza suavemente inclinada, nos mira con sus ojos de piedra. Y allá está el ángel que vino de la catedral de Porto, espeso, románico, y el *Cristo Negro*, al que obviamente admira, pero que el viajero se niega a poner por delante del hombre crucificado del Museo de Aveiro. Y, pasando de época en época, ahí están los formidables *Apóstoles de Hodart*, también modelador de hombres, que eso son los compañeros que a la Última Cena vinieron, trayendo consigo, en el barro de que están hechos, la masa ardiente de las pasiones humanas, la cólera, la justa ira, el furor. Estos apóstoles son combatientes, gentes de guerrilla que han venido a sentarse a la mesa de la conjura, y, en el momento en que Hodart llegó, estaban en lo más encendido de su discusión sobre si debían salvar al mundo o esperar a que él por sí mismo se salvara. En este punto estaban, y no acabaron de decidirlo.

Habiendo sido Coimbra foco de irradiación del Renacimiento portugués, no resulta sorprendente que aquí se encuentren representados sus introductores, Nicolau de Chanterenne y João de Ruão, a quienes ya ha encontrado el viajero otras veces a lo largo de su itinerario. Véase la espectacular (al viajero no le gusta la palabra, pero no halla otra mejor) capilla del Tesorero, de João de Ruão, y la *Virgen Anunciada*, de Chanterenne, una de las más hermosas esculturas que sus ojos vieron. No acabaría el viajero, y en pintura se limita a apuntar al maestro de Sardoal, y unos flamencos, no mucho más, que lo fuerte del museo no es la pintura. A paramentos y orfebrería presta siempre atención distraída, que de nuevo se concentra y fija cuando surge la cerámica, alegría de los ojos.

Ahora, va a descender a las profundidades. Deja las regiones superiores, donde,

para más, está lloviendo, y, tras su guía, que no es Virgilio, aunque tampoco el viajero es Dante, avanza por las galerías escasamente iluminadas del criptopórtico. El viajero, que a veces se cansa de mármoles, como tuvo ya la franqueza de declarar, topa ahora con piedra áspera, groseramente aparejada. Por ella pasa las manos con un gusto que es sensual, siente el grano rugoso en la yema de los dedos, y con tan poco es feliz un viajero. La sucesión de los arcos es como un infinito espejo, y la atmósfera se hace tan densa, tan misteriosa, que el viajero no estaría sorprendido si se viera saliendo a sí mismo de allá al fondo. Cosa que, afortunadamente, no aconteció. Quedaría el guía preocupado si oyera hablar solo al viajero, aunque estuviera sólo compadeciéndose del labio herido de Agripina. Había bajado el viajero, y vuelve a subir, y cuando ya en la calle empieza a bajar hacia la Sé Velha, bajan con él las aguas de la lluvia, chorreando de los canalones, y, como tras una idea viene otra, recuerda aquellas aguas que en Minho corrían por las cunetas de las carreteras, qué pequeño es el mundo, todas las memorias están juntas en el mínimo espacio de la cabeza del viajero. De repente, escampó la lluvia. El viajero puede cerrar el paraguas, y antes de entrar en la catedral vieja se asusta, y no poco, ante el arriesgado trabajo que dos hombres hacían, encaramados a unas altas escaleras apoyadas en las paredes, arrancando las hierbas que crecían en las platabandas y en los intersticios de las piedras. Al ser inclinado el pavimento de la calle, la escalera había sido calzada para equilibrarse en la vertical, y el calzo eran pequeñas e inestables piedras. En fin, nada malo aconteció mientras el viajero estuvo allí mirando, pero una común escalera *magirus* habría prestado un buen servicio.

Si al viajero le gusta el románico tanto como dice, tiene allí, en la catedral vieja, satisfacción asegurada, porque, y en esto el acuerdo es general, esta Sé Velha es el más hermoso monumento que de ese estilo existe en Portugal. El viajero se asombra ante la fortaleza, la robustez de las formas primeras, la belleza propia de los elementos que le fueron añadidos en épocas posteriores, como la Porta Especiosa, y, al entrar, recibe la maciza impresión de los pilares, el vuelo de la gran bóveda de la nave central. Sabe que está en el interior de una construcción plena, lógica, sin mácula en su geometría esencial. La belleza está aquí. Pero el viajero tiene sus debilidades y el valor de confesarlas: sin quitarle nada de lo que la catedral vieja de Coimbra es y tiene, se siente más profundamente conmovido en las pequeñas y rústicas iglesias románicas del norte, casi desnudas tantas veces, roídas por dentro y por fuera, pulidas ya como un canto rodado, pero tan próximas al corazón que se siente latir la piedra. Aquí, en la Sé Velha de Coimbra, usó el arquitecto un elemento que falta lógicamente en aquellas pobres iglesias y al que el viajero es extremadamente sensible: el triforio, la galería de reforzadas columnas que corre sobre las naves laterales y que es una de las más bellas invenciones del románico. Y es justamente el triforio lo que viene a equilibrar la balanza y a encaminar al viajero en la vía de la justicia relativa que a la Sé Velha estaba debiendo. A la salida, recordó que en estos escalones, en noches cálidas, se suele cantar el fado. Bien está. Pero

tampoco sería mal sitio para oír a Juan Sebastián Bach. Por ejemplo.

Es hora de comer y, a ser posible, confortablemente. Y no tendrá motivo de queja el viajero. Fue al Nicola, lo atendió uno de aquellos ya raros camareros que respetan y hacen respetar su profesión, con el gesto, con la palabra, con la dignidad. A todo se unió un filete tierno y succulento, y todo junto formó una comida real para el viajero. Cumplido el caso, fue a la Santa Cruz. Llovía a Dios dar, y hoy no debería dar tanto. Bajo el arco triunfal se resguardaban algunos conimbricenses, y entre ellos dos mujeres del mercado en conversa que sería libre en cualquier lugar. El viajero no es de los que entienden que las piedras se ofenden con facilidad, y tomó la conversación como una doble y simultánea confesión, como tantas otras que del lado de dentro de esta puerta se oyeron. Del portal, se puede decir que realmente es obra colectiva: están aquí el trazo y las manos de Diogo de Castilho, Nicolau de Chanterenne, João de Ruão y Marcos Pires, esto sin contar con los canteros que no dejaron nombre. Colectiva fue también la construcción de los sepulcros de los reyes Alfonso Henriques y Sancho I: otra vez Diogo de Castilho, otra vez Chanterenne, y para quedar sabiéndolo todo, un anónimo que pasó a la historia como Maestro de los Túmulos de los Reyes, designación más que obvia.

Lo que al viajero causa gran asombro es ver aquí tumbado a Afonso Henriques, cuando aún no hace muchos días lo dejó a la puerta del castillo de Guimarães, y con él su caballo, muy cansados ambos. Se reprende por andar jugando con cosas serias, y mira primero a Afonso y después a Sancho, uno que conquistó, otro que pobló, los ve tumbados bajo estos magníficos arcos góticos y decide en su corazón de viajero que en este lugar se celebran cuantos desde aquel siglo XII lucharon y trabajaron para que Portugal se hiciera y perdurase. Si se levantaran las losas de estos sepulcros, veríamos un hormiguero de hombres y mujeres, y algunos serían los que sacaron estas piedras de la cantera, las transportaron y labraron y, sentados en ellas, a la hora de almorzar, comían lo que sus mujeres habían cocinado, y si el viajero no pone aquí punto final, es la historia de Portugal lo que acabará contando.

A mano izquierda de quien entra, está el púlpito. Mucha piedra y magnífica martilleó João de Ruão. Este púlpito es una preciosidad tal que de lo alto de él ni siquiera sería preciso que hablaran los predicadores: con mirar simplemente a los doctores de la Iglesia ahí esculpidos, quedarían los feligreses edificados, tan seguros de los misterios de la fe como de los secretos del arte.

Bellos son también los azulejos que cubren las paredes de la nave, pero el azulejo debe ser mirado en dosis homeopáticas: si el viajero abusa, se aturde. Menos mal que en la iglesia de la Santa Cruz se puede pasar de los azulejos historiados de la nave a los de tipo alfombra de la sacristía. Hay aquí hermosa pintura, el *Pentecostés*, de Vasco Fernández, la *Crucifixión* y el *Ecce Homo*, de Cristovão de Figueiredo. El viajero sale confortado, pasea a lo largo de la sillería, y encuentra, para concluir, que Santa Cruz es muy hermosa. Y cuando sale, ya no están las mujeres y son otros los conimbricenses que bajo el arco se cobijan. Digamos que el arco es obra de fray João

de Couto, setecentista.

Se mete el viajero bajo la lluvia. Va a ver la Casa do Navio, y luego vuelve a la Alta, no puede venir a Coimbra sin ver la Casa de Sub-Ripas, tan carcomida, pobre de ella y de nosotros, y la Torre de Anto, donde vivió Antonio Nobre, que sería su último castellano de vocación verdadera. Si allí vive alguien hoy, es algo que no sabe el viajero. Podía haberlo averiguado, pero a uno no puede ocurrírsele todo. Aparte de eso, con esta lluvia, él es el único ser vivo que desafía las cascadas que caen de allá arriba. Vuelve abajo, entra en el Jardim da Manga, que parece un cenagal, y va a apreciar el templete, tan parecido al de la iglesia de Tocha.

En este deambular se le hace tarde, el viajero echa cuentas si ha de ir a Santa Clara, y, aunque sobre el Mondego se estén desencadenando cataratas de lluvia, decide ir. Allá abajo está Choupal, adonde no irá: se siente anfibio, pero aún tiene dificultad para servirse de las branquias.

Santa Clara-a-Velha se ve muy bien a distancia, pero después, se da la vuelta, se sigue a lo largo de unas casas, y el monasterio desaparece. Al fin vuelve a aparecer. Es una construcción ruinoso, más aún: una ruina total. Se le oprime a uno el corazón al ver aquel adorno bajo la lluvia que sigue cayendo a cántaros. Hay aquí una escalera de hierro, es legítimo subir por ella, al menos para buscar abrigo, y cuando se está allá arriba, puede uno cerrar el paraguas, dar las buenas tardes al guarda, que es sordo y responde por el movimiento de los labios o si le gritan lo suficiente, y aclarado esto, mira el viajero los grandes arcos, las bóvedas y también el cielo a través de las grietas de las paredes. Santa Clara-a-Velha fue convento femenino, y, realmente, hay en esta melancólica iglesia una particular atmósfera de gineceo, o quizá piensa esto el viajero porque ya lo sabía.

El guarda quiere charlar un rato. Durante todo el día no ha venido ningún visitante, a éste se lo envió la providencia de los guardas. El viajero no tiene ganas de hablar, y se oculta tras una simulada atención cuando por millonésima vez oye contar la historia de los subterráneos que unían los conventos a otros conventos y a este de Santa Clara-a-Velha con el Jardim da Manga, y, a medio camino, bajo el suelo, hay una sala con una mesa de piedra y bancos alrededor, y dicen que las paredes están cubiertas de azulejos. Quien esto le contó al guarda fue un cantero que andaba trabajando en unas obras y lo vio. El cantero murió hace tiempo en un accidente, de modo que el viajero no dispone de más segura información. Aparte de eso, llueve tanto...

Aún intentó ir, a pie, a Santa Clara-a-Nova. Pero las cascadas que caen de lo alto exigían aletas de salmón. El viajero es un simple humano. Vuelve a pasar el puente, y mientras mira de soslayo al río piensa qué abrigado podría estar en aquella sala subterránea, mirando los azulejos que tanto le gustan si no los hay en exceso, y se le ocurre entonces una terrible sospecha: la de que en esa misma sala van a reunirse de noche, cuando el museo está cerrado, los *Apóstoles* de Hodart para proseguir la conjura. ¿Quién sabe si la entrada al subterráneo no estará en el templete de João de

Ruão?

Un castillo para Hamlet

Afortunadamente, el viajero no se ha resfriado. Pero, al día siguiente, despertó con la mañana mediada, tal vez cansado de tanto subir y bajar. Dio una vuelta por las estrechas y concurridas calles de la parte baja de la ciudad, peregrinó una vez más por las empinadas calzadas de la alta, saludó al Mondego, y, con ganas o sin ellas, salió de Coimbra. En rigor, salir de Coimbra, cuando, como el viajero, se toma la carretera de Beira, es hacerlo sólo en la orilla del río, cuando dicha carretera se bifurca, un tramo para Penacova, otro para Lousã. Hasta ahí los nombres aún evocan lo que a Coimbra pertenece: Calhabé, Carvalhosa. Atendiendo al río, puede decirse que Coimbra está entre el Mondego y el Mondego.

Idea cabal de su destino no la llevaba el viajero. Tanto lo solicitaba la margen del Mondego como la del Ceira. No lanzó moneda al aire, decidió por su propia cuenta: fue al Ceira. Pero los hombres están hechos de tal manera que éste iba arrepentido de no estar, al mismo tiempo, subiendo los repechos de la sierra de Lousã y ladeando los de la sierra de Buçaco. Para no andar dividido entre estar aquí y estar allí, que no hay peor división, hizo promesa, llegado a Penacova, de bajar al menos el Mondego hasta la Foz do Caneiro. Y, habiendo deliberado así, sosegó y dio ojos al paisaje.

No es de asombro este paisaje. El cielo está bajo, roza casi los montes, que sólo ahora se encaraman unos a la espalda de los otros, pero sin gran esfuerzo ni convicción. El río apenas se ve desde la carretera, aquí, allá, no la constante compañía que el mapa parecía prometer. Afortunadamente, no llueve, sólo de tiempo en tiempo, muy espaciadas, caen unas gotitas que no llegan para acrecentar los cenagales del diluvio de ayer. El viajero atraviesa el Ceira en Foz de Arouce, y allí mismo, al lado, está Lousã. Como su meta era el castillo, no atendió a la villa, que tendría sin duda que ver y que admirar, y siguió camino. Le ha quedado este remordimiento para remediarlo algún día.

Ahora, sí señores, merece la sierra su alto nombre. El viajero no va a subir hasta San Antonio da Neve o Coentral, como desearía si confiara más en las carreteras, pero ve de lejos las cumbres, e incluso aquí, más abajo, por este desvío que sólo lo lleva al castillo, caen los valles bastante abruptamente. Las laderas están cubiertas de árboles, no faltan bosques, y por eso, por el juego de cortinas que las curvas multiplican, el castillo surge de repente. Ya se había olvidado de él el viajero, y ahí está.

Este castillo es un castillito, y mal haría quien lo hubiera hecho mayor. Ocupa sólo en parte la cima de un monte que es, insólitamente, el más bajo de la vecindad. Quien dice castillo piensa en altura, dominio de quien encima está, pero aquí tiene que pensar en otras cosas. Pensará, sin duda, que el castillo de Lousã es, desde el punto de vista del paisaje, una de las cosas más bellas que en Portugal se encuentran. Su propia situación, en el centro de un círculo de montes que lo superan en porte, hace, por una paradoja aparente, más impresionante la sensación de altura. Es

justamente la proximidad de las pendientes fronteras lo que da al viajero una impresión casi angustiada de equilibrio precario cuando entra en el castillo y va a la torre. Ya había sentido lo mismo cuando se aventuró hasta el fin de la cima y oyó desde el hondísimo valle el estruendo de las aguas invisibles del río que por allí pasa, apretado entre paredes de roca. Está ventoso el día, todo el ramaje de alrededor se agita, y el viajero no se siente muy seguro sobre la torre cilíndrica a la que ha conseguido llegar. Está en esto, en esta romántica situación de desafiador de vientos y tempestades, cuando súbitamente se le ocurre una idea maravillosa: en este lugar, en este castillo familiar, en el centro de este círculo de montes que amenazan avanzar un día, vivió Hamlet y se atormentó, y fue aquí, inclinado hacia el río, donde hizo su pregunta sin respuesta posible, y, si nada de esto aconteció, al menos sí cree el viajero que no hay en el mundo más adecuado escenario para una representación shakespeariana, de las que mezclan castigos, vaticinios funestos y grandeza. Es una escenografía natural que no precisa retoques, y en tenebrismo dramático nada podría ser más impresionante. Construido de pizarra, el castillo de Lousã resiste mal el martilleo alternante del sol, de la lluvia, de las heladas, del viento, o quizá eso es lo que teme el viajero al ver cómo se van desmoronando, en los sitios más expuestos, los muros restaurados. Tiene, no obstante, una cosa buena la pizarra: cae una lasca, y fácilmente se pone otra.

Volvió el viajero a la carretera armando en su imaginación grandes proyectos de teatro y filme, pero, felizmente, al cabo de un rato lo fue distraendo la alta montaña que a la derecha se yergue, en el camino que lo llevará a Góis. Lo mejor, piensa, es dejar las cosas como están, dejarse de historias, que este castillo no necesita a Hamlet para impresionar los corazones sensibles. Por otra parte, ni Ofelia podría ir tranquilamente cantando aguas abajo por aquel pedregoso lecho, pobrecilla.

Góis se ve desde arriba, y tales curvas tiene que dar la carretera que casi se pierde de vista el pueblo; cree uno haberlo rebasado, y para entrar es preciso, ya en el valle, dar un amplio rodeo. Vuelve a encontrar el Ceira, que es un hermoso río cuando se muestra, pero esquivo.

En Góis quiere el viajero ver la tumba de Luís da Silveira, atribuida, por quien de estas materias sabe, a Hodart. Puede dudarse, pese a todo. Si son de Hodart, y lo son, los *Apóstoles* de Coimbra, aquellos hombres convulsos cuyas arterias laten a flor de barro, no ve el viajero qué hermandad de creación puede haber entre ellos y este caballero arrodillado. Bien se sabe que la materia determina la forma, que la plasticidad del barro sobreeleva en valor expresivo la nitidez que de la piedra se obtiene, pero esta atribución sólo se puede admitir con muchas dudas. Está dispuesto, pese a todo, el viajero, a admitir que la estatua arrodillada es una obra maestra. Y el arco, que no es de la misma mano, resplandece con magnífica decoración renacentista. Góis cae lejos, pero esta tumba exige el viaje. En una capilla lateral encontró después el viajero una singular representación de la Santísima Trinidad con la Virgen, dispuestas las figuras sobre una nube que tres ángeles transportan y llevan

por los aires, sirviendo de cabos de remolque, si se nos permite la expresión, las puntas de los mantos de los divinos personajes. El santero que esta pieza concibió y realizó, sabía bien que no hay que fiarse de las nubes, que a nada se deshacen en lluvia, cosa de la que el viajero ha tenido ya abundante prueba y ahora confirmación fugaz cuando sale de la iglesia parroquial. Este río Ceira juega al escondite con la carretera. Lo creíamos ya lejos y vuelve a aparecer en Vila Nova, ahora, sí, para despedirse. El camino que lleva a Penacova es un constante sube y baja, un ovillo de curvas, y alcanza el delirio ya cerca del Mondego, cuando tiene que superar el desnivel que hay frente a Rebordosa. Es aquí donde el viajero desiste de llegar a la Foz do Caneiro cuando pase a la banda de allá. Teniendo que ir a Lorvão, se contentará con los cuatro kilómetros que separan a Penacova de Rebordosa. En fin, aquí está el puente, ahora hay que subir a Penacova, nombre que consigue la suprema habilidad de conciliar una contradicción, reuniendo pacíficamente una idea de altura (pena) y una de hondura (cova). Esta peña-cueva se entiende pronto cuando uno comprueba que la construyeron a media ladera: quien viene de arriba, la ve abajo; quien viene de abajo, la ve arriba. Nada más fácil. Y, también, nada más frío. El viajero almuerza en un local helado y húmedo. No asomó las narices fuera, e incluso así está tiritando. La empleada, envuelta en ropas acumuladas, tiene la nariz roja, resfriadísima. Parece una escena polar. Y aunque la comida es excelente, le ha bastado viajar de la cocina a la mesa para llegar fría.

El viajero salió en negra disposición de ánimo. Y si una disposición negra puede oscurecerse aún más, imagínese cómo habrá quedado cuando vio que la gasolinera estaba cerrada y no abría hasta las tres. En casos tales, conviene practicar la virtud de la paciencia. Ir a la iglesia parroquial y tardar el doble de lo necesario, y en este caso no era mucho mirar desde aquí arriba el valle del Mondego, contemplar los montes en busca de cualquier aspecto que los distinga de los otros cien ya vistos y que justifique tan prolongado mirar. Los penacovensenses debieron de quedar muy satisfechos de este viajero que tanto muestra complacerle esta tierra, hasta el punto de no abandonar el muro del mirador ni siquiera bajo la lluvia. Un hombre tiene que airear sus malos humores, o revienta.

En fin, dieron las tres. Ya puede ir a Lorvão. Estos caminos son el fin del mundo. Estando el cielo abierto y refulgiendo el sol, tal vez el paisaje se vuelva más amable, pero el viajero lo duda. Todo esto de por aquí tiene un aire grave, severo, un poco inquietante. Los árboles oscurísimos, las laderas casi verticales, la carretera peligrosa. Se siente mejor oyendo el vago rumor de la lluvia que cae sobre los árboles, viendo planear sobre los valles una neblina casi transparente. Está en paz el viajero.

De Lorvão no vio mucho. Llevaba la cabeza llena de imaginaciones, y por lo tanto sólo puede quejarse de sí mismo. De la primitiva construcción, del siglo IX, nada queda. De lo que en el siglo XII se hizo, sólo algunos capiteles. Poco relevantes son las obras de los siglos XVI y XVII. De manera que aquello que más destaca, la iglesia, es obra del siglo XVIII, y este siglo no es de los que el viajero más estima, y en

algún caso lo desestima mucho. Venir a Lorvão a la espera de un monasterio que corresponda a los sueños románticos y al paisaje que le rodea, es encontrarse con una decepción. La iglesia es amplia, alta, imponente, pero de una arquitectura fría, trazada a tiralíneas o con curvas atropelladas. Y las tres gigantescas cabezas de ángeles que llenan el frontón por encima de la capilla mayor, son, de acuerdo con el flaco entender del viajero, algo de un gusto atroz. Bello es, no obstante, el coro, con su reja, en la que hierro y bronce se juntan, y bella la sillería setecentista. Y aquí aprovecha la ocasión para comprobar que el siglo XVIII, que tan mal se entendió con la piedra, supo trabajar la madera como raramente se había hecho antes y se hizo después. Y es también hermoso el claustro seiscentista, del renacimiento de Coimbra. Y si el ánimo del viajero le permite no olvidar lo que apreció, queden anotadas también las buenas pinturas que hay en la iglesia.

La sierra de Buçaco, vista desde la carretera por la que el viajero avanza, no entra por los ojos esplendorosamente. Y como el camino acompaña prácticamente toda la falda por el sudoeste, no son insoportables los giros ni excesivas las rampas de arriba abajo. Cuando se dice Buçaco no se piensa en esta sierra igual a tantas otras, sino en un extremo de ella, ése, sí, fabuloso, que es el bosque por el que ya va entrando el viajero. Pero ahí está el Palace Hotel, que requiere una primera atención. Veámoslo, para pasar luego a las cosas serias. Porque, en definitiva, serio no es este neomanuelino, este neorenacimiento, concebido por un arquitecto y escenógrafo italiano en las agonías del siglo XIX, cuando en Portugal se inflamaban imperialmente las conciencias y convenía enmarcarlas en buenas o malas molduras quinientistas. Y si Palace es Palace, es decir, sólo para pocos, si Buçaco está lejos, por lo tanto fuera del alcance de la mano, en Lisboa se hizo por el mismo procedimiento la estación de Rossio, poniéndole en la fachada, también neomanuelina, y para que la ilusión sea más acabada, la imagen del rey don Sebastián, vencido en Alcazarquivir, pero aún señor absoluto de no pocas imaginaciones. El viajero no está enfadado, ni indispuerto, no son estos decires producto de mala digestión o de acedía intelectual. Pero tiene derecho a que no le guste el Palace Hotel, aunque reconozca que la piedra está bien cincelada, que las salas y los comedores están bien trazados y las sillas son cómodas, y que todo está dispuesto allí para el confort. El Palace Hotel será, piensa el viajero, el sueño realizado de un millonario americano que, no pudiendo llevarse a Boston piedra a piedra este edificio, viene aquí a ejercitar su codicia. Parece sin embargo que aun aquí se engaña el viajero: muchos de los extranjeros que se hospedan bajo estos manuelinos techos salen de madrugada hacia el bosque que rodea al Hotel, y vuelven sólo a las horas de las comidas. El viajero empieza a creer que no se ha perdido el buen gusto en este mundo, y, siendo así, no tiene más que seguir el ejemplo de las naciones más avanzadas: va al bosque.

El bosque de Buçaco absuelve los pecados conjuntos de Manini y del viajero, y también, si es posible absolver a todo el mundo, los de Jorge Colaço, que hizo los azulejos, y los de Costa Motas, tío y sobrino, que hicieron las esculturas. Buçaco es el

reino de lo vegetal. Aquí es sierva el agua, siervos los animales que se ocultan en la espesura o por ella pasean. El viajero pasea. Se entregó sin condiciones, y no sabe expresar más que un silencioso pasmo ante la explosión de troncos, hojas varias, ramas, musgos esponjosos que se agarran a las piedras y trepan por los árboles, y cuando los sigue con los ojos, da con la maraña de ramajes altos, tan densos que es difícil saber dónde acaba éste y comienza aquélla. El bosque de Buçaco requiere las palabras todas, y, dichas ellas, nos demuestra que ha quedado todo por decir. No se describe el bosque de Buçaco. Lo mejor es perdernos en él, como hizo el viajero en este tiempo incomparable de enero, cuando rezuma la humedad del aire y la tierra, y el único rumor es el de los pasos en las hojas muertas. Este cedro es viejísimo, fue plantado en 1644, hoy es un anciano que precisa del apoyo de varas de acero para no caer desamparado por la ladera, y ante él hace el viajero acto de contrición y declara en voz alta: «Si yo fuera árbol, tampoco nadie me sacaría de aquí». Pero el viajero es hombre, tiene pies para andar y mucho camino ante sí. Va tristísimo. Lleva el bosque en la memoria, pero no podrá llegar a él con las manos cuando lejos de él esté, y aquí ni los ojos bastan, aquí se necesitan todos los sentidos, y tal vez no sean suficientes. El viajero promete que sólo parará donde vaya a dormir. Después de Buçaco, el diluvio. Se lanza a la carretera, pasa Anadia y sigue por Boialvo, camino secundario, atraviesa Águeda, si fuera más temprano tal vez enmendara la palabra dada para visitar de nuevo Trofa, y cuando entra en Oliveira de Azeméis es ya noche cerrada. Hay un temporal de viento capaz de alterar la órbita de la Tierra. El viajero sube al hotel, cansado. Y a la entrada intentan aún las fuerzas malignas darle el golpe final: hay en el quinto piso una peluquera que anuncia así sus servicios: *haute-coiffeur*. Decidme ahora, señores, qué sería del viajero si no fuera por el bosque de Buçaco.

A la puerta de las montañas

Al despertar, al día siguiente, el viajero cree que va a ser un día desastrado. Si en Coimbra llovió, en Oliveira de Azeméis se vacían los cielos. Todo está inundado. Hasta Vale de Cambra no vio más de veinte metros de carretera ante él. Pero después empezó a alzarse el tiempo, y pudo entonces ver lo que había perdido: un paisaje amplio, montañoso, de grandes valles abiertos, todas las laderas con terrazas verdísimas amparadas por muros de pizarra. Las carreteras parecen caminos de una finca, de tan estrechas y cuidadas. A un lado y otro, extensas manchas de bosque, casi siempre eucaliptos, a los que afortunadamente la lluvia y la humedad general han apagado la lividez mortuoria que este árbol suele tener en tiempo seco. Cuando llega a Arouca, el cielo está descubierto. Habrá sido una coincidencia igual a tantas, o prodigio vulgarizado en esta villa, la verdad es que pasaron en un instante tres bellísimas muchachas, altas, esbeltas, seguras, que parecían de otro tiempo, pasado o futuro. El viajero las vio alejarse, envidió las fortunas meteorológicas de Arouca, y se fue a ver el monasterio.

Aquí es inoportuna cualquier prisa. Está, primero, la iglesia. No es particularmente notable desde el punto de vista arquitectónico, aunque es más interesante que la de Lorvão, a la que de algún modo se parece. Pero la sillería es magnífica, tanto por la sustancia como por el rigor. Los entalladores setecentistas que hicieron este trabajo demuestran con él hasta qué punto extremo puede llegar la precisión del trabajo de las manos y el sentido armonioso del diseño. Por encima de la sillería, suntuosas molduras de talla barroca envuelven pinturas religiosas que, aunque acatando las convenciones del género, merecen atención.

Hay también un órgano setecentista, del que conviene saber que tiene 24 registros y 1352 voces, entre las que se incluyen, para quien guste de minucias, la trompa de batalla, la trompa real, los bajos imitadores del mar agitado con sus ruidos de tormenta, el registro de bombo, el registro de cantos de canarios, el registro de voces de ecos, la flauta, el clarinete, el flautín, la trompa y un inagotable etcétera. Está callado el órgano, pero ahora va el guía a decir que en esta tumba de ébano, plata y bronce, se encuentra el cuerpo momificado, es decir, incorrupto, de la Beata Mafalda, también aquí llamada Reina Santa Mafalda. El cuerpo es pequeñito, parece de una niña, y la cera que cubre el rostro y las manos encubre la verdad de la muerte. De esta Santa Mafalda se puede decir que es sin duda mucho más bella ahora, con su carita preciosa, que lo fue en vida, allá en aquel bárbaro siglo XIII. Quien no se preocupó de las apariencias fue aquel afortunado quinielista que, habiendo ganado el primer premio, mandó hacer una estatua de la santa, de tamaño mayor que el natural, que se encuentra apartada en el claustro, lejos de la comunidad de las artes merecedoras de tal nombre, porque en verdad no era merecedora la estatua de suerte mejor.

El museo está en el primer piso, y tiene maravillas abundantes, tanto en escultura

como en pintura. Aquí está este *San Pedro*, del siglo xv, del que mucho se ha hablado y que incluso emigró hacia tierra extraña, tan valioso es, todo el mundo lo conoce de fotografía. Pero hay que verlo de cerca, con su rostro de hombre robusto, la boca de mucha y no recogida sensualidad, la mano que ampara el libro, la otra que sostiene la llave, y el manto que lo envuelve, la túnica arrastrada que acompaña a la pierna derecha levemente flexionada, y, también, la cabeza volviéndose, la barba que parece florida, y los rizos del pelo. Otra imagen bellísima es la de la *Virgen Anunciada*, que cruza las manos sobre el pecho y se arrodilla vencida. Y hay unas magníficas esculturas góticas, éstas de madera, que representan santos.

Excelente es también la colección de pintura, y aunque el viajero sea particularmente desafecto a los convencionalismos setecentistas, encuentra curioso el enguirnaldado figurativo y la retórica de las actitudes en estas pinturas anónimas que pretenden ilustrar un milagro de la Beata Mafalda, cuando por su directa, sobrenatural y testimoniada intervención, apagó un incendio que se había declarado en su monasterio. Pero donde se clavan los ojos es en las ocho tablas cuatrocentistas que ilustran escenas de la Pasión. Son, o parecen ser, de producción popular, pero el viajero piensa que deben de ser obra de más allá de las fronteras, tal vez de Valencia de España, y no de aquí, al pie de la puerta. No lo jura ni presenta pruebas, sólo supone.

Todo esto es muy hermoso y de gran valor artístico: los tapices, el *Santo Tomé* manierista de Diogo Teixeira, los exvotos populares que constantemente están poniendo en peligro la honradez del viajero, los libros en pergamino iluminados, las platas, y si todas estas cosas van así mencionadas, al azar, sin criterio ni juicio formulado, es porque el viajero tiene clara conciencia de que sólo viéndolo se ve, aunque no olvide que incluso para ver se requiere aprendizaje. Por otra parte, es eso lo que el viajero anda intentando: aprender a ver, aprender a oír, aprender a decir.

Ha acabado la visita. Si puede, volverá el viajero un día al monasterio de Arouca. Está ya en la calle, a sus espaldas se cierra el portalón, el guía va a almorzar. El viajero hará lo mismo, y luego, tendiendo el mapa sobre la mesa, comprueba que está a la puerta de las montañas. Acaba de tomarse el café, paga la cuenta, se echa el saco al hombro. Vamos a la vida.

Blandas beiras de pedra, paciencia

El hombre que no olvidó

Si el viajero se examinara, lo suspenderían. Examen de viajero, se entiende, que, en cuanto a otros, quizá sí o quizá no. Llegar a Guarda pasada la una de la mañana, en un sábado, y en marzo, que es estación alta de nieve de la sierra, confiar en el patrono de los viajeros para que le tenga reservado un cuarto, es incompetencia rematada. Aquí le dijeron que no, más allá nadie vino a abrir, en otro sitio le dicen que ni se esfuerce en llamar al timbre. Volvió al primer hotel, cómo es posible, un edificio tan grande y no hay siquiera una habitación. Y no la había. El frío, allá fuera, erizaba la piel. El viajero podría haber pedido de limosna que le dejaran un sofá en la sala, a la espera de la mañana y de un cuarto libre, pero, como tiene su orgullo, pensó que esta grave imprevisión suya merecía castigo, y se quedó a dormir dentro del automóvil. No durmió. Envuelto en todo cuanto podía hacer las veces de ropa de abrigo, mordisqueando galletas para entretener el hambre nocturna y al menos calentar los dientes, se sintió la más mísera criatura del Universo durante las largas horas de su personal invierno polar. Estaba clareando la mañana, clareando con dificultad, y apretaba el frío, cuando se le planteó al viajero un terrible dilema: o humillarse a pedir, al fin, abrigo en la sala tibia, o sufrir la humillación de ver a los madrugadores acechando por las ventanillas, a ver si allí dentro estaba un hombre o una estatua de hielo. Eligió la humillación más comfortable, y no se le tomen a mal. Cuando, al fin, salió bien temprano una panda de españoles ruidosos que habían vencido esta Aljubarrota, y quedó libre una habitación, el viajero se sumergió en el agua más caliente del mundo y luego entre las sábanas. Durmió tres horas de profundo sueño, almorzó y fue a ver la ciudad.

El día merece el título de glorioso. No hay ni una nube en el cielo, brilla el sol, el frío resulta tonificante. Vio la noche un viajero desgraciado, ve el día un viajero alegre. Dirán los escépticos que fue por haber dormido y comido, pero los escépticos nacen sólo para estragar los simples placeres de la vida, como éste de atravesar la plaza, comprar el diario del día anterior y comprobar que las muchachitas de Guarda son bonitas, sustanciales y miran de frente. Las coloca el viajero en su memoria al lado de las de Arouca, y, siguiendo a lo largo de este paseo, da con el museo y entra.

No faltan otros más ricos, mejor acondicionados, más obedientes a las reglas básicas de la museología. Pero, no dando para más el espacio, y siendo tan diversas las colecciones, le basta al viajero la virtud de lo que muestra, y esa virtud no es escasa. Véase esta *Virgen de la Consolación*, románica, del siglo XII, hecha de la misma piedra que el nicho que la cobija (aquí recuerda el viajero el *San Nicolau* que en Braga está), véase este barroco *Salvador del Mundo*, robusto y rubicundo, de amplia frente desguarnecida, sólo cubierto con un paño en las caderas y un corto manto rojo lanzado sobre él, véanse las cajas de limosnas para las almas del purgatorio, véase la pequeña y maciza *Virgen coronada*, con un Niño Jesús de rostro

hecho a su imagen y semejanza, véase el tríptico seiscentista con San Antón, San Antonio y un obispo, véase la pintura de Fray Carlos, la *Adoración*, que tiene a un lado una referencia al poblamiento de Açores, adonde el viajero no va a dejar de ir. Véase la magnífica colección de armas, las piezas romanas, otras lusitanas, los pesos y medidas, las tallas, y también algunas buenas pinturas de finales del siglo XIX y de éste en que estamos. Y también interesará ver reunidos aquí algunos recuerdos del poeta Augusto Gil, que en Guarda pasó su infancia. En fin, el Museo de Guarda merece de sobra una visita. Es casi familiar, tal vez por eso se le note el corazón.

Antes de ir a la catedral, decidió el viajero entrar en la iglesia de la Misericordia, pero había oficio religioso, y, en casos tales, es discreto. Salió, fue a San Vicente, donde pasó un rato largo contemplando los paneles de azulejos setecentistas que cubren la nave. No son ejemplares sus dibujos, o quizá es que abusan de una ejemplaridad convencional, pero los encuadres están bien imaginados, son monumentales los ornatos, sensible la utilización del color. La lentitud con que pudo apreciarlos debió de provocar la desconfianza de dos señoras de su casa y familia: lo miraron con escasa caridad, cosa que debió de molestar a San Vicente, a quien hasta un cuervo llevó pan cuando sufría trances de hambre.

Habiendo descendido hacia este lado, el viajero da unas vueltas por las callejuelas que llevan a la Plaza del Ayuntamiento, donde está la estatua de Sancho I. Son calles sosegadas, estrechas, por donde nadie pasa a estas horas, pero en una de ellas vio el viajero lo que nunca había visto, un lobo alsaciano que lo mira desde detrás del cristal de un escaparate, junto a las cajas de cartón. El perro no ladra, sólo mira, tal vez esté guardando los bienes del dueño y se da cuenta de que de este viajero no va a venirle ningún mal. Guarda es una ciudad que tiene sus misterios. Véanse los postigos o ventanas de doble cristal, forrados de papeles floreados que no dejan mirar ni adentro ni hacia fuera: ¿para qué servirá la transparencia si la ocultan, hacia dónde dará este jardín inaccesible?

Ahí está al fin la catedral. El viajero comienza por verla del lado norte, con la amplia escalinata y el portal gótico florido, sobre el que se desarrollan los sucesivos planos que corresponden, ya dentro, a la nave lateral y a la nave central, con los arbotantes cayendo sobre los contrafuertes respectivos. Es maciza en su base, abierta en las obras altas, pero, cuando se encara de frente la fachada, lo que los ojos ven podría ser una fortificación militar, con torres que son castillos coronados por almenas denticuladas. Como todo el edificio, exceptuando la cabecera, está implantado en un espacio desahogado, se acentúa la impresión de magnitud. Al viajero empieza a gustarle Guarda.

Entra por la puerta del norte y lo envuelve de inmediato el amplio interior gótico. La nave está desierta, el viajero puede pasear a gusto, las devotas de San Vicente no vendrán a perseguirlo aquí con sus ojillos suspicaces, lo más seguro es que les habrá echado el santo una buena regañina. Está aquí el gran retablo de la capilla mayor, cerca de cien figuras esculpidas que se distribuyen en cuatro alturas, componiendo

diversos cuadros de la Historia Sagrada. Se dice que es también obra de João de Ruão. Si esta piedra de Ançã fuese piedra dura, en vez de blanda de natural como es, no habría nuestro siglo XVI prosperado en tanta estatua, en tanto retablo, en tanta figura y figurilla. Diferente piedra, durísima, es la del sepulcro de la Capilla de los Pina, este obispo gótico que reposa la cabeza sobre la mano izquierda mientras el brazo derecho se asienta a lo largo del cuerpo en último y ya irremediable abandono. El cuerpo está levemente inclinado hacia nosotros, para que podamos ver que es un hombre que está allí tumbado y no una estatua yacente. Hay en esto diferencia, y no pequeña.

El viajero recorre lentamente las tres naves, mira dos altas ventanas o troneras cuya utilidad no ve, pero, estando la luz tan a favor, malo sería despreciarlas. No le apetece salir de aquí, tal vez porque se encuentra bien en esta soledad. Se sienta en un escalón de piedra, ve en escorzo los haces retorcidos de las columnas, medita sobre las artes de esta construcción, las nervaduras de las bóvedas, la descarga calculada de las partes altas, en fin, aprende allí su lección sin maestro. No aventaja especialmente la catedral de Guarda a otras construcciones de este tipo, pero, como aquí el tiempo estaba en mejor acuerdo con el lugar, el viajero lo aprovechó mejor.

De allí fue a la Torre dos Ferreiros. Quiere ver desde allá arriba el paisaje, tener la sensación de hallarse a más de mil metros de altura. Sigue luminoso el día, pero hay en el horizonte una neblina tenue, suficiente sin embargo para ocultar lo que de este sitio se pudiera ver allá tan lejos. El viajero sabe que está allí la sierra da Estrela, más allá la de Marofa y aún más allá la de Malcata. No las ve, pero sabe que están a su espera: las montañas tienen esto que las distingue: nunca van a Mahoma. La tarde se va acercando, el sol ha descendido mucho, son horas ya de recogerse. Durmió poquísimo esta mañana, después de la ya relatada noche gélida, y ansia tender su cuerpo fatigado.

Dormitó el viajero en su cuarto y, llegada la hora, bajó a cenar. Aliviado el hotel de la invasión española, de vuelta ya a sus lares los excursionistas lusos, está el comedor en admirable sosiego, reducido en su tamaño por unos cortinones que le dan un aire más íntimo. La temperatura, allá fuera, ha bajado mucho, se estremece el viajero al pensar cómo estaría ahora sin habitación reservada y baño caliente, esas cosas que sólo acontecen a los viajeros imprevisores o en el inicio de su carrera, no a éste, que es veterano. Está bromeando así consigo mismo cuando se aproxima el camarero con una sonrisa y la carta. Cambian las frases habituales en estas ocasiones, parece que no va a ocurrir nada más que el llegar de la cena y el vino, y el café para terminar. Pero ocurren dos cosas. La primera es la excelente comida. El viajero lo había presentido ya con el almuerzo, pero debía de estar aún bajo la impresión gélida de la noche y apenas se fijó. No obstante, ahora, sin prisa y activado el paladar, que se había purificado entretanto del sabor nauseabundo de las galletas comidas en la soledad del polo norte, puede confirmar que la cocina es magistral. Buena nota. La segunda cosa que ocurre es que la conversación va larga ya entre el viajero y el

camarero jefe: en dos palabras dice aquél quién es y en qué anda metido, en otras dos habla de sí, en lo esencial, el camarero, y luego se precisarán muchas más para las historias que van a ser contadas.

Dice el señor Guerra (éste es su nombre): «Soy natural de Cidadelhe, una aldea del concejo de Pinhel. ¿Piensa ir también allá?». Responde el viajero sin mentir: «Esa intención tenía. Me gustaría verlo. ¿Cómo está la carretera?». «Está mal. Aquello es el fin del mundo. Pero la verdad es que ya estuvo peor». Hizo una pausa y repitió: «Mucho peor». Nadie se puede llamar viajero si no tiene intuición. Aquí adivinó este viajero que había algo más que oír, y lanzó un simple hilo que ni precisa anzuelo: «Me hago una idea». «Tal vez se la haga, pero lo que yo no puedo es quedarme cuando me dicen que tierras como la mía están condenadas a desaparecer». «¿Quién le ha dicho eso?». «El alcalde de Pinhel, hace años. Son tierras condenadas, decía». «¿Le gusta su tierra?». «Mucho». «¿Tiene aún familia allá?». «Sólo una hermana. Tuve otra, pero murió».

El viajero nota que está aproximándose y busca la pregunta que mejor sirva para abrir el arca que adivina, pero, al fin, el arca se abre por sí sola y muestra lo que tiene dentro, un caso vulgar de tierras condenadas como Cidadelhe: «Mi hermana murió cuando tenía siete años. Tenía yo nueve. Le dio el garrotillo, e iba cada vez peor. De Cidadelhe a Pinhel hay veinticinco kilómetros, pero entonces era un camino de cabras, todo pedruscos. El médico no iba allá. Entonces mi madre pidió un burro prestado y nos vinimos los tres, por aquellos montes». «¿Y lo consiguieron?». «Ni medio camino anduvimos. Mi hermana murió. Volvimos a casa, con ella encima del burro, en brazos de mi madre. Yo iba atrás, llorando». El viajero tiene un nudo en la garganta. Está en el comedor de un hotel, este hombre es el jefe de sala, y cuenta una historia de su vida. Cerca, hay dos camareros más, escuchando. Dice el viajero: «Pobre niña. Morir así, por falta de asistencia médica». «Mi hermana murió porque ni había médico ni había carretera». Entonces comprende el viajero: «Y usted nunca ha podido olvidarlo, ¿no?». «No lo olvidaré mientras viva». Hubo una pausa, está finalizando la cena, y el viajero dice: «Mañana voy a Cidadelhe. ¿Quiere acompañarme, señor Guerra? ¿Puede venir conmigo? Así me mostrará su pueblo». Los ojos están aún húmedos. «Lo haré con mucho gusto». «Entonces, de acuerdo. Por la mañana voy a Belmonte y a Sortelha; después de comer, saldremos, si le parece bien».

El viajero vuelve a su cuarto. Extiende en la cama su gran mapa. Busca Pinhel, aquí está, y la carretera que se adentra por aquellas tierras. En un punto cualquiera de este espacio murió una niña de siete años, y entonces el viajero encuentra Cidadelhe, allá arriba, entre el río Coca y Massueime, es el fin del mundo, será el fin de la vida. Si no hay quien se acuerde.

Pan, queso y vino de Cidadelhe

Prima donna assoluta es la cantante de ópera que sólo hace principalísimos papeles, aquella que en los carteles ocupa siempre el primer lugar. En general, es caprichosa, impulsiva, inconstante. De esta también absoluta primavera que viene adelantada, confía el viajero que no traiga tales defectos, o que tarde los muestre. Por lo pronto, y como ventaja, lleva ya dos magníficos y luminosos días, el de ayer y el de hoy. Baja a lo largo del valle que empieza de inmediato, a la salida de Guarda hacia el sur, y sigue luego al par del río de Gaia. Es un paisaje amplio, de tierras cultivadas, verdecente; en verdad, se está despidiendo el invierno.

Cerca de Belmonte está Centum Celas o Centum Coeli, el más enigmático edificio de estos parajes portugueses. Nadie sabe para qué servía esta alta estructura de más de veinte metros: hay quien afirma que habrá sido templo, otros que fue prisión, u hostelería, o torre de campamento, o vigía. Para hospedería no se le ve motivo; para vigía bastaría una construcción más simple; prisión, sólo de avanzadas pedagogías, visto lo desahogado de puertas y ventanas; y templo, tal vez, pero el vicio está en que fácilmente damos el nombre de templo a cuanto no encaja en otro nombre mejor. Presiente el viajero que la solución estará en los terrenos circundantes, porque es de suponer que este edificio no habrá surgido aquí aisladamente, por una especie de capricho. Bajo estas tierras labradas se encontrará tal vez la respuesta, pero mientras no sea posible garantizar trabajo serio y metódico, dinero pronto y protección suficiente, es mejor dejar en paz a Centum Celas. Ya se ha perdido demasiado en Portugal por incuria, por falta de espíritu de perseverancia, por falta de respeto.

Belmonte es la tierra de Pedro Alvares Cabral, aquel que en 1500 llegó al Brasil y cuyo retrato, en medallón, se dice que está en el claustro de los Jerónimos. Estará o no, que en esto de retratos de barba y yelmo no hay mucho que fiar, pero aquí en el castillo de Belmonte debió de haber jugado Pedro Álvares y aquí debió de aprender sus primeras habilidades de hombre, pues en este lugar están las ruinas de la que fue casa de su padre, Fernão Cabral. No debe de haber tenido mala vida este Pedro Álvares: a juzgar por lo que queda, la casa era magnífica. El mismo calificativo merece la ventana manuelina geminada en las murallas que miran a poniente. Y los muros extensos, que protegen el gran espacio interior que el viajero desearía ver limpio y barrido. En alegres juegos andan por allí los chiquillos de la escuela primaria, y tanto juegan ellos como las dos maestras, casi de la misma edad. Al viajero le gusta ver estos cuadros felices y sale haciendo votos por que no se enfade la profesora morena ni se enfurezca la profesora rubia cuando uno de aquellos chiquillos no sepa cuánto son nueve veces siete.

Justo al lado, en un pequeño atrio, está la antigua iglesia parroquial. El viajero entra desprevenido y al dar tres pasos se detiene sofocado. Ésta es una de las más hermosas construcciones que ha visto. Decir que es románica y también gótica, de

transición, será decirlo todo y no decir nada. Porque, aquí, lo que impresiona es el equilibrio de las masas, y después la desnudez de la piedra, sin aparejo, sólo ligadas las juntas irregulares. Es un cuerpo visto por dentro y más hermoso de lo que se espera al entrar. Se van los ojos de inmediato a la capilla formada por cuatro arcos, avanzada en relación al arco triunfal, sin cobertura, y dentro, adosado al muro, un grupo escultórico que representa a la Virgen con Cristo muerto, él tendido sobre las rodillas de ella, volviendo hacia nosotros su cabeza barbada, la llaga entre las costillas, y ella sin mirar ya, ni siquiera a nosotros. Están sin duda muy repintadas las cabezas, pero la belleza del grupo, tallado en duro granito, alcanza un grado supremo. El viajero sufre en Belmonte una de las más profundas conmociones estéticas de su vida.

La *Pietà* es la más magnífica pieza que aquí existe. Pero no pueden escapar sin atención los capiteles de las columnas próximas, ni el arco de la capilla mayor, ni los frescos que en el fondo están. Y si el viajero soporta lo menor después de haber contemplado lo mayor, tiene en la sacristía una Santísima Trinidad con un Padre Eterno de ojos terriblemente abiertos, desorbitados, y en la nave unos sepulcros renacentistas, pero fríos, y un San Sebastián atlético y femenino, de largos cabellos caídos sobre los hombros y gesto de afectada elegancia. Vea todo esto, pero antes de salir colóquese otra vez ante la *Pietà*, guárdela bien en los ojos y en la memoria, porque obras así no se ven todos los días.

De Belmonte va el viajero a Sortelha por carreteras que no son buenas, y paisajes que son de admirar. Entrar en Sortelha es entrar en la Edad Media, y cuando dice esto el viajero no es en aquel sentido en que lo haría al entrar, por ejemplo, en la iglesia de Belmonte, de donde viene. Lo que da carácter medieval a este aglomerado es la enormidad de las murallas que lo rodean, su espesor, y también la dureza de la calzada, las calles empinadas, y, encaramada sobre piedras gigantescas, la ciudadela, último refugio de los sitiados, última y tal vez inútil esperanza. Si alguien venció las ciclópeas murallas de abajo, no va a desalentarse ante este castillete que parece un juego.

Lo que no es juego, es la acusación pintada en buena letra y ortografía en la entrada de una fuente: ¡ATENCIÓN! AGUA NO POTABLE POR DEJADEZ DE LAS AUTORIDADES MUNICIPALES Y DE LA DELEGACIÓN DE SALUD. El viajero quedó satisfecho, no, claro está, por ver que la población de Sortelha queda así reducida en aguas, sino porque alguien decidió agarrar una lata de pintura y un pincel, para escribir, y para que lo sepa quien pase, que las autoridades no hacen lo que deben, cuando deben y donde deben. En Sortelha no lo hicieron, y da testimonio el viajero, que de aquella fuente quiso beber y no pudo.

A Sabugal va el viajero con la mirada puesta en los exvotos populares del siglo XVIII, pero ni siquiera dio con uno. Dónde los han metido, es algo que no supo decirle el anciano que vino con la llave de la ermita de Nossa Senhora da Gracia, donde se suponía que tendría que estar. La iglesia, ahora, es nueva y de espectacular

mal gusto. Se salva el *Pentecostés* de madera tallada que está en la sacristía. Las figuras de la Virgen y de los Apóstoles, pintadas con vivacidad, son de admirable expresión. Lleva el viajero consigo una duda: si esto es Pentecostés, ¿por qué son doce los apóstoles? ¿Estará aquí Judas sólo por motivos de equilibrio volumétrico? ¿O sería que el entallador popular decidió, por su cuenta y riesgo, ejercer el derecho de perdón que sólo a los artistas compete?

El viajero tiene un compromiso para esta tarde. Irá a Cidadelhe. Para ganar tiempo, almuerza en Sabugal, y, para no perderlo, nada más vio que el aspecto de una villa ruidosa que o va para la feria o viene de feriar. Sigue luego directo hasta Guarda, deja en el camino Pousafoles do Bispo, adonde hubiera querido ir para ver lo que queda de una tierra de herreros y contemplar la ventana manuelina que allí dicen que está. En fin, no se puede ver todo, sólo eso faltaba, tener este viajero mayores privilegios que otros que nunca hasta tan lejos pudieron venir. Quede Pousafoles do Bispo como símbolo de lo inalcanzable que a todos nos escapa. Pero el viajero se avergüenza de estas metafísicas cuando a sí mismo decide preguntarse qué cosas alcanzarán o no los descendientes de los herreros de Pousafoles. Se avergonzó, calló, y fue al hotel a buscar al señor Guerra, de Cidadelhe, que estaba ya esperándolo.

Queda dicho que entre Pinhel y Cidadelhe hay veinticinco kilómetros. Júntese a ellos cuarenta entre Guarda y Pinhel, y son sesenta y cinco, que dan para conversar mucho, y sabido es que nadie conversa más que dos personas que, habiéndose conocido hace muy poco, tienen que viajar juntas. Al poco rato ya se intercambian confidencias, ya se confían vidas más allá de lo que generalmente se cuenta, y entonces se descubre qué bien se entiende la gente por el solo hecho de hablar, cuando no se quiere que en el espíritu del otro queden sospechas de poca sinceridad, insoportables cuando se va en compañía. El viajero quedó amigo del camarero, oyó y habló, preguntó y respondió, hicieron ambos un viaje excelente. En Pera do Moço hay un dolmen, y Guerra, sabiendo a lo que anda el viajero, se lo indicó. Pero este dolmen no es de los que el viajero aprecia, no tiene secretos ni misterio, está allí, al borde de la carretera, en medio de un campo cultivado, ni allá se acerca uno ni le apetece. Dólmenes ha visto el viajero, pero de ellos ya ni habla para no confundir sus recuerdos con los de aquél de Queimada en el que oyó latir un corazón. Creyó entonces que era el suyo propio. Hoy, a tan gran distancia y con tantos días pasados, no tiene ya la seguridad.

Ha quedado atrás Pinhel, y después de Azevo lo que se ve es un gran desierto de montes, con tierras trabajadas hasta donde fue posible. Hay campos de cultivo, pequeños; las sembraduras de verde más intenso son las de centeno, las otras son de trigo. Y en las tierras bajas se cultiva la patata, las legumbres en general. Se practica una economía de subsistencia, se come lo que se siembra y planta.

Cidadelhe es el culo del mundo. Ahí está la aldea, casi en la punta de un peñasco cercado por dos ríos. El viajero para el coche, sale con su compañero. En dos minutos se les unen dos docenas de chiquillos, y el viajero descubre sorprendido que son

todos guapos, una pequeña humanidad de rostros redondos que son maravilla de ver. Allí cerca está la ermita de San Sebastián, y al lado mismo está la escuela. Se entrega al guía, y si la primera visita ha de ser a la escuela, que lo sea. Son pocos los alumnos. La profesora explica lo que ya sabe el viajero: ha disminuido la población de la aldea, poco más hay de un centenar de habitantes. Una chiquilla mira fijamente al viajero: no es bonita, pero tiene la mirada más dulce del mundo. Y el viajero descubre que para aquí vinieron las viejas carteras escolares de su infancia, son restos y sobras venidos de la ciudad a Cidadelhe.

La ermita estaba cerrada y ahora está abierta. Sobre la puerta, bajo el alpende que defiende la entrada, hay una pintura manierista provinciana que representa el Calvario. Protegida de la lluvia y del sol, no le evita la cubierta los ultrajes del viento y del frío: milagro es que esté en tan buen estado. Guerra conversa con dos mujeres de edad, pide noticias de la tierra y las da de sí mismo y de la familia, y dice luego: «A este señor le gustaría ver el palio». El viajero está atento a la pintura, pero nota, en el silencio que sigue, cierta tensión. Una de las mujeres responde: «El palio no puede ser. No está aquí. Lo llevaron a reparar». El resto fueron murmullos, un conciliábulo apartado, sin gestos, que apenas se usan en estos lugares.

Entró el viajero en el pequeño templo, y se dio de frente con el San Sebastián más singular que hayan encontrado sus ojos. Se ve que fue encarnado hace poco tiempo, con la pintura barnizada, el tono rosáceo general, la sombra cenicienta de la barba rapada. Tiene una flecha clavada en pleno corazón, y sin embargo sonrío. Pero lo que asombra son las enormes orejas que este santo tiene, verdaderos abanicos, para usar la expresiva comparación popular. Grande es el poder de la fe si ante este santo, realmente cómico, consigue el creyente mantener la seriedad. Y es grande ese poder, porque, apenas abierta la puerta de la ermita, hay ya allí cuatro mujeres en oración. La única sonrisa sigue siendo la del santo.

Los cajetones del techo muestran episodios de la vida de Cristo, de excelente composición rústica. Si descontamos los efectos de la vejez, más visibles en algunas molduras, el estado general de las pinturas es bueno. Sólo requieren algún trabajo de consolidación, tratamiento que las proteja. A la salida, Guerra se acerca al viajero y le pregunta éste: «¿Qué hay, amigo Guerra, qué pasa con lo del palio?». «El palio — responde Guerra con embarazo—, lo están arreglando». «¿Y no se puede ver?». «No, señor. No se puede».

El palio (lo sabía ya el viajero, y tuvo confirmación por boca de su compañero) es la gloria de Cidadelhe. Ir a Cidadelhe y no ver el palio sería como ir a Roma y no ver al Papa. El viajero ya fue a Roma, no vio al Papa, y no le importó demasiado. Pero lo de Cidadelhe le importa mucho. No obstante, lo que no tiene remedio, remediado está. Arriba los corazones.

La aldea es toda de piedra. De piedra son las casas, de piedra son las calles. Muchas de estas moradas están vacías, hay paredes derruidas. Donde vivieron personas, crecen hierbajos. Guerra muestra la casa donde nació, el umbral donde su

madre sintió los dolores, y otra casa donde vivieron más tarde, implantada en un enorme *barroco*, que éste es el nombre que las gentes de Beira dan a los pedrizos que por estos montes se amontonan y encabalgan. El viajero se maravilla ante algunos dinteles esculpidos o con bajorrelieves decorativos: un ave posada en una cabeza de ángel alada, entre dos animales que pueden ser leones, perros o grifos sin alas, un árbol que cubre dos castillos, sobre una composición esquemática de lises y festones. El viajero está maravillado. Es en este momento cuando Guerra dice: «Vamos a ver al Ciudadano». «¿Qué es eso?», pregunta el viajero. Guerra no quiere explicárselo aún: «Venga conmigo».

Van por callejuelas pedregosas; aquí, en esta casa que queda en el camino, vive una hermana de Guerra, su nombre es Laura, y está también el cuñado, limpiando la cuadra del ganado, tiene las manos sucias, por eso no se acerca y saluda con palabras y sonrisas. Pregunta Laura: «¿Ha visto el palio?». De mala gana, y bien se ve, Guerra responde: «Lo están amañando. No se puede ver». Se apartan los dos a un lado, es otro debate secreto. El viajero sonrío y piensa: «Aquí hay gato encerrado». Y, cuando va subiendo en dirección a un campanario que de lejos se ve asomando sobre los tejados, nota que Laura se aleja rápidamente por otra calle, como quien lleva una misión que cumplir. Curioso caso.

«Aquí está el Ciudadano», dice Guerra. El viajero ve un pequeño arco armado al lado del campanario, y, groseramente esculpida en relieve, una figura de hombre que tiene debajo una media esfera. En el otro pilar del arco, en grandes letras, se lee: «Año de 1656». El viajero quiere saber más, y pregunta: «¿Qué figura es ésa?». No se sabe. Generación tras generación, siempre le han llamado el Ciudadano, y siempre ha pertenecido a Cidadelhe. Es como un patrón laico, un dios tutelar encendidamente disputado entre el pueblo bajo (donde ahora está) y las Eiras, que es el pueblo de arriba, donde ha desembarcado el viajero. Hubo un tiempo en que las disputas verbales llegaron a lucha abierta, pero acabaron prevaleciendo las razones históricas, pues el Ciudadano tiene sus raíces en este lado de la aldea. El viajero medita en el singular amor que vincula a un pueblo tan carente de bienes materiales con una simple piedra, mal tallada, roída por el tiempo, una tosca figura humana en la que apenas se distinguen los brazos, y quedan confundidos sus pensamientos viendo que todo es fácil de entender si nos dejamos ir por los caminos esenciales, esta piedra, este hombre, este paisaje durísimo. Y piensa también que hay que ser escrupuloso con estas cosas sencillas, dejarlas ser y transformarse por sí, no empujarlas, estar simplemente con ellas, mirando a este Ciudadano y viendo la felicidad que hay en el rostro de este amigo nuevo que se llama José António Guerra, hombre que decidió guardar memoria de todo. «¿Qué se sabe de la historia del Ciudadano?», preguntó el viajero. «Poco. Lo encontraron no se sabe cuándo, en unas piedras de por ahí (hace un gesto que apunta a las invisibles márgenes del Coa), y siempre ha pertenecido al pueblo». «¿Y por qué le llaman el Ciudadano?». «No lo sé; tal vez por llamarse Cidadelhe la tierra».

Es un buen motivo, piensa el viajero. Y va a entrar en la iglesia parroquial, que está allí mismo, cuando se da cuenta de que no está solo con José Antonio Guerra. Llegadas de no se sabe dónde, allí están tres de las mujeres añosas que hicieron coro en la ermita de San Sebastián, y, aunque sea su edad mucha, y castigada, ahora sonríen. Lo mejor de la iglesia de Cidadelhe es el techo, armado en cajetones, una fiesta edificante de pinturas que representan santos, con tratamiento más erudito que las del techo de San Sebastián. Desespera al viajero no saber quién pintó esto, qué hombre imaginativo vivió en esta iglesia, qué palabras se dijeron entre él y el cura, qué miradas fueron las del pueblo, que venía a ver cómo adelantaba el trabajo, qué oraciones se rezaron a esta corte celestial, y para qué. Va leyendo los nombres de los santos, y las viejas mujeres lo acompañan, y, como no saben leer, se quedan a veces asombradas por ser aquél el santo del nombre que conocían: «San Matías, Santa Elena, San Juan, San Jerónimo, San Antonio, Santa Teresa de Jesús, Santa Apolonia, San José». Son quinientistas estas pinturas, precioso catálogo hagiológico, ojalá sean los santos bastante poderosos para protegerse a sí mismos.

Así debía ser el viaje. Estar, quedarse. El viajero se siente muy inquieto, se le ve en la cara. Sale con José Antonio Guerra, sube con él hasta una elevación que es el punto más alto de Cidadelhe. Se oye cantar a los pájaros, los ojos van yendo por encima de los montes, cuánto mundo se puede ver desde aquí. «Desde pequeño me gustó esto», dice el compañero. El viajero no responde. Está pensando en su propia infancia, en ésta su madura edad, en este pueblo y en estos pueblos, y se aleja. Cada uno está consigo mismo, y ambos con todo.

«Es hora de merendar —dice Guerra—. Vamos a casa de mi hermana». Bajan por el camino que antes subieron, allá está el Ciudadano de centinela, y van primero a una bodega a beber un vaso de tinto claro, ácido, pero de uva franca, y suben luego los peldaños de la casa. Viene Laura al umbral: «Entre. Está en su casa». La voz es blanda, el rostro sosegado, y no es posible que haya en el mundo más límpidos ojos. Hay en la mesa pan, vino y queso. El pan es una hogaza grande, redonda, para cortarla es preciso apoyarla contra el pecho, y con ese gesto se queda la harina pegada a la ropa, a la blusa oscura de la dueña de la casa, y ella la sacude sin pensar. Pero el viajero repara en todo, es su obligación, hasta cuando no entiende tiene que observar y decir. Pregunta Guerra: «¿Conoce el dicho del pan, el queso y el vino?». «No. No lo conozco». «Pues dice: pan con ojos, queso sin ojos, vino que salte a los ojos. Éste es el gusto de aquí, de la tierra». El viajero no cree que las tres condiciones sean universales, pero en Cidadelhe las acepta, y no es capaz de concebir que puedan ser diferentes.

Ha acabado la merienda, es hora de marcharse. Se despide el viajero con afecto, baja a la calle, Guerra se quedó aún hablando con su hermana, que le dice: «Están esperando en As Eiras». Qué será, se pregunta. No tardará en saberlo. Cuando se acerca a la ermita de San Sebastián, ve, con aire de quien espera, a aquellas mismas mujeres añosas, y con ellas a otras más jóvenes. «Es el palio», dice Guerra. Las

mujeres abren lentamente una caja, sacan de dentro algo envuelto en una toalla blanca, y todas juntas, cada cual haciendo su movimiento como si estuvieran ejecutando un ritual, lo desdoblan, y es como si no acabaran de desdoblar la gran pieza de terciopelo carmesí bordada en oro, plata y seda, con el amplio motivo central, opulento marco que rodea a la custodia erguida por dos ángeles, y alrededor flores, finos entrelazos, esferitas de estaño, un esplendor que no hay palabras capaces de describir. El viajero queda asombrado. Quiere ver mejor y pone las manos en la blandura incomparable del terciopelo, y en una cartela bordada lee: «Cidadelhe, 1707». Éste es, en verdad, el tesoro que las mujeres de negro guardan y defienden celosamente, hasta cuando tanto les cuesta ya defender su vida.

De regreso a Guarda, cayendo la noche, dijo el viajero: «¿No estaban arreglando el palio?». «No. Primero quisieron convencerse de que es usted una buena persona». El viajero quedó contento porque en Cidadelhe encontraran que era buena persona, y aquella noche soñó con un palio.

Malva, su nombre antiguo

Para visitar estos parajes con calma, sentó el viajero sus reales en Guarda. Hoy tomará la carretera de Viseu hasta Celorico da Beira, y desde allí hará sus desvíos. El día está como sus hermanos más próximos: hermoso. Los merece el viajero, que de lluvia y nieblas ha tenido ya más de la cuenta, aunque no se queje y hasta algunas veces lo estime. No obstante, sería una pena que se estropeará hoy el tiempo: no podría apreciar este amplio, extenso y hondo valle por donde el Mondego pasa, aún en el inicio de la gran curva que hará contorneando los contrafuertes de la sierra da Estrela por el norte, para luego prolongar su curso por tierras más bajas, hasta el mar. Este río parecía destinado a ir a desembocar en el Duero, pero encontró en el camino las alturas de Açores y Velosa, el monte de Celorico, y prefirió ser el mayor de los que en tierra portuguesa nacen. Así son algunos destinos humanos.

El viajero va primero a Aldeia Viçosa, nombre reciente, pues los habitantes se avergonzaban de que su tierra se llamara Porco y pidieron nuevo crisma. Hicieron mal. Aldeia Viçosa es designación de complejo turístico; Porco era herencia de generaciones, del tiempo en que en estos montes reinaba el puerco salvaje, y matar uno era ocasión de regocijo y mejora alimentaria. Mudar el nombre de la aldea fue una ingratitud. En fin, métase el viajero en su vida, contemple este rico paisaje de las márgenes del río y vea cómo de tan alto descendió. Y ahora, subiendo de nuevo, repara en las casas de los labradores dispersas por el valle, mucho trabajo se ha hecho para convertir esto en un jardín. La carretera es muy estrecha, sombreada por altos árboles, hay portones de fincas, frontales de apariencia palaciega. De repente, una curva: allí está Aldeia Viçosa.

La iglesia parroquial, a primera vista, desconcierta al viajero. En tierras en las que abunda el románico o el barroco, ver aquí, en la antigua aldea de Porco, un ejemplar neoclásico, es causa de asombro. Allá dentro, sin embargo, se encuentran piezas de mayor antigüedad, como el sepulcro quinientista de Estevão de Matos, fallecido en 1562, y de su mujer Isabel Gil, que vino a juntarse con su marido en fecha que nadie creyó necesario añadir. La iglesia tiene cosas que ver: la bella tabla, también del siglo XVI, que representa a la Virgen y al Niño con ángeles músicos, y, en el techo curvo de la capilla mayor, las pinturas que muestran a los cuatro doctores de la Iglesia, dos de cada lado, de grandes proporciones, sobre un fondo ornamental de follaje y volutas vegetales. Después de la fachada neoclásica, Aldeia Viçosa tiene esta sorpresa que mostrar. Pero tampoco falta la buena estatuaria, con referencia especial para el hermosísimo *San Lorenzo*, seiscentista, de madera.

Vuelve el viajero a la carretera principal, que más adelante dejará de nuevo para internarse por un camino campestre que es, dice el mapa, la carretera que va a Açores. Si esto es una carretera, el viajero es un azor, y si ahora, con tiempo seco, los cuidados tienen que ser tantos, qué pasará cuando haya lluvia y barro. La entrada en

Açores se hace por el campo de la feria, llanada ancha y extensa que pronto se descubre que resulta desproporcionada con relación a la importancia actual de la población. Açores fue municipio en tiempos idos, y esto que el viajero presenta como ferial, debió de ser también el campamento de los peregrinos que acudían a Nossa Senhora dos Açores, que es la patrona. Aquel edificio de allí, con la picota delante, fue el ayuntamiento. Está adulterado, le abrieron puertas donde debía haber lienzos de muro, pero, incluso así, es un halago para los ojos. Açores da impresión de gran abandono. En cierto modo recuerda a Tentúgal: el mismo silencio, el mismo vacío, y hasta en la dimensión urbana tienen cierta semejanza. El viajero cree que, en sus tiempos, la villa debía de ser afamada por toda esta parte de la Beira.

El portal de la iglesia es barroco, pero, dentro, hay pruebas de mayor antigüedad, como la inscripción referente a una princesa visigoda muerta en el siglo VII. Pero lo más fascinante de la iglesia, por su novedad en los templos portugueses, son las pinturas que representan hechos y leyendas locales. El viajero tiene ya a dos mujeres de la aldea acompañándolo, y son ellas quienes, robándose la palabra una a la otra, quieren ser relatoras de los fastos y milagros de Nossa Senhora dos Açores. Primero, el nombre. No es la isla del Atlántico, es tierra de Beira, tan firme que obligó a apartarse al Mondego, pero se llama Açores, y viene esto del milagro obrado en aquella terrible ocasión en que el paje de un rey leonés, habiendo dejado huir al azor real, fue condenado a perder la mano y en su aflicción apeló a la Virgen, que hizo regresar inmediatamente al ave. Las mujeres están ya lanzadas y empiezan el milagro segundo, que es el de la intervención de la Virgen en una batalla entre portugueses y leoneses, y el tercero, que es el de la resurrección del hijo de un rey que vino aquí a peregrinar, y el cuarto, y último, que fue la salvación de una vaca que en peligro estaba, con gran aflicción y riesgo de perjuicio de su dueño. Sin duda hizo Nossa Senhora dos Açores otras obras, pero éstas no tuvieron quien ingenuamente las ilustrase para lección de las edades futuras. Se quejan las mujeres del abandono en que todo está, se queja el viajero de que tengan ellas razón de quejarse.

Aún intentó ir a Velosa, que queda a dos kilómetros. Llevaba la idea de ver la tumba de una princesa goda, Suintiliuba, ¿han reparado en el maravilloso nombre? Pero temió que estuviera mal la carretera, no fue un viajero valeroso. Volvió al camino de todos, en dirección a Celorico da Beira, donde no se detiene. Su meta es Linhares, en la carretera que lleva a Coimbra. Mientras la carretera no tiene error posible, el viajero no yerra, pero teniendo que volver a Linhares, vira por donde no debe, y no tarda en verse trepando por caminos inverosímiles, que tal vez las cabras se negaran a pisar. Va trepando, tira hacia un lado, hacia el otro, cada vez peor. Al fin, llega a una bifurcación, a ver qué sale ahora, va a la aventura. A la derecha, el camino se hunde en un pinar negrísimo y parece perderse en él. A la izquierda, un camino tal vez mejor, pero el viajero no quiere arriesgarse. Avanza a pie, y entonces, obra sin duda de Nossa Senhora dos Açores (anda por estos cielos un milano), aparece un hombre. Pero, antes, debe el viajero explicar que desde este sitio se ve perfectamente

Linhares, con su gigantesco castillo, que, sin ninguna razón plausible, le recuerda Micenas. Linhares está ahí, pero ¿quién llega hasta él? ¿Y cómo? Responde el hombre: «Siga por este camino. Cuando vea allá delante unas jaras, está en la carretera». «¿En la carretera? ¿En qué carretera?». «En la de Linhares. ¿No es eso lo que quiere?». «Pero yo vine por otro camino». «Vino por las Quintas. Lo que me asombra es que haya conseguido llegar hasta aquí». También el viajero se asombra, pero no es proeza de la que deba enorgullecerse. Viajero competente es aquel que sólo va por malos caminos cuando no hay otros, o si una razón suficiente le manda que abandone los buenos. No hay que tirar sin comprobación ni cautela por la primera trocha que se le presente.

Linhares es buena tierra. Apenas desembarcó, el viajero hizo amistad con el encargado de las obras de la iglesia de la Misericordia, cantero mayor de la villa y abridor benévolo de todas las puertas. El viajero tuvo en Linhares un guía de primer orden. Éstas son las banderas de la Misericordia, una muy hermosa, que representa la Ascensión de la Virgen, y aquí, en medio de la calle, hay una tribuna de piedra que antiguamente tenía cubierta y ahora no, y era donde se reunía el ayuntamiento: se sentaban en estos bancos, y en voz alta discutían los asuntos municipales, a la vista del pueblo, que oía desde fuera y desde las ventanas. Eran rústicos tiempos, pero, por esa práctica, encuentra el viajero que buenos tiempos serían: no había puertas macizas ni cortinajes de terciopelo, y, si llovía, tal vez se interrumpiera la sesión para abrigarse todos bajo el cobertizo, asistentes y actuantes.

El siglo XVI fue gran constructor. Ha observado el viajero que, por estos parajes, y también por los otros de donde viene, la mayor parte de los edificios civiles antiguos son quinientistas. Es el caso de este palacio, de la magnífica ventana abierta hacia la calle, con sus airosas pilastras laterales, el dintel recortado. El viajero no vivirá nunca en esta casa, pero se complace en imaginar que debe de ser bueno ver desde ahí el paisaje que rodea a Linhares, la Cabeça Alta, a más de mil doscientos metros de altura. El guía espera pacientemente que el viajero llegue al fin de sus reflexiones, y luego lo lleva a la iglesia parroquial, donde están las espléndidas tablas atribuidas a Vasco Fernandes, y que representan una *Anunciación*, una *Adoración de los Magos* y un *Descendimiento de la Cruz*. Pero, tan hermoso como estos cuadros es el arco de la puerta lateral, con dos espléndidas arquivoltas, decorada la exterior con motivos geométricos, y la interior con representaciones mixtas que evidencian su origen románico. De izquierda a derecha se ven una estrella de seis puntas talladas en hoja en el interior de un círculo, una cruz, un motivo de ajedrezado, una espada sobre la que aparece posada un ave (¿habrá venido aquí a recogerse el azor del milagro?), y, al fin, una figura humana con el brazo alzado. El tímpano es liso.

El castillo debe de haber sido enorme. Lo dicen las dos gigantescas torres de granito, la altura de las murallas, toda la atmósfera de fortaleza que dentro se respira. Bien estaría así, porque en tiempos de las guerras contra los sarracenos fue puesto de avanzada portugués. Reinaba entonces el rey don Dinis, de quien pronto tendrá que

volver a hablar el viajero. Quién sabe si no fue en este castillo donde descendió la inspiración sobre el rey portugués, viendo allá abajo los pinares: «Ay flores, ay flores del verde pino». En fin, el viajero está hoy muy imaginativo, pero no puede abusar, que la visita la está haciendo a la hora del almuerzo del cantero que lo acompaña, tiene que marcharse, dejar Linhares, que de lejos tanto se parece a la griega Micenas y adonde le costó tanto llegar como si a Micenas fuese.

Vuelve a la carretera principal, ahora por el camino bueno, y cuando sigue en dirección a Celorico da Beira ve de lado el castillo das Quintas y vuelve a reprenderse por su error. De nuevo pasó por Celorico sin parar, va con la idea de llegar a Trancoso a comer. La carretera atraviesa una región de altura media, cubierta de esos peñascales de granito que aquí llaman *barrocos*, aislados o en grupos, puestos unos sobre otros en equilibrio que parece inestable, pero que sólo una potente carga de explosivos podría quizá alterar. Son toneladas sobre toneladas, y el viajero se hace la acostumbrada e ingenua reflexión: «¿Cómo estarán estas piedras así?».

Trancoso no es exactamente como él esperaba. Contaba con un pueblo de arquitectura aún medieval, rodeado de murallas, con una atmósfera de historia antigua. Las murallas están ahí, es antigua la historia, pero el viajero se siente rechazado. Comió, ni bien ni mal, vio los monumentos, y algunos celebró verlos, pero, en definitiva, le ha quedado una impresión de frustración que resumió de esta manera aproximada: «Uno de nosotros dos no ha entendido al otro». En conciencia, el viajero cree que no ha entendido a Trancoso. Pero le ha gustado la iglesia de San Pedro, con el sepulcro de Bandarra^[12], el zapatero profeta, y como sabía de antes que en el lugar de la capilla de San Bartolomeu, a la entrada del pueblo, en un templo que ya no existe hoy, se casaron don Dinis y doña Isabel de Aragón, pensó que la historia, sobre todo la imaginada, aproxima bien los casos, como éste de hacer vivir y pasar por la misma tierra a un zapatero anunciador de futuros, a un rey y a una reina que del pan hacía rosas. También le ha gustado al viajero ver la iglesia de Nossa Senhora da Fresta y las mal conservadas pinturas murales que allí dentro hay. Quiso el viajero ir a la iglesia de Santa Lucía, y fue, pero no vio más que vallas, polvo y piedras dispersas: había, de arriba abajo, obras de restauración. Era el momento de partir.

A Moreira de Rei, a siete kilómetros al norte de Trancoso, fue el viajero sólo por una razón: ver con sus ojos las medidas esculpidas en las columnas de la puerta de la iglesia: el codo, el brazo, el pie. Era buen sistema ése: quien quisiera tener medidas ciertas para no engañar ni ser engañado, venía aquí y medía en lo marcado su vara mercantil. Podía ir a la feria, comprar paño o sogas, y volver a casa seguro de la bien medida mercancía. Moreira es del rey porque aquí paró Sancho II cuando en 1246 iba para su exilio en Toledo: de tantas tierras de alrededor, y más importantes, ésta es la que le dio abrigo, tal vez por una sola noche, que así acaban las glorias del mundo. También se acabaron las glorias y las miserias del mismo mundo para quien alrededor de esta iglesia fue enterrado, en sepulturas abiertas a pico en la roca dura, un poco al azar, pero todas con la cabeza vuelta hacia los muros de la iglesia, como quien se

entrega a la última bendición.

Continúa el viajero hacia el norte por la carretera a naciente del río Teja, nombre que asombra encontrar aquí, pues éstas no son tierras que el Tejo bañe y donde el Teja debería estar, como mujer de su marido. Pasa por Pai Penela, y, dando la vuelta por Meda y Longroiva, sin casos o vistas que merezcan particular registro, toma la carretera que viene de Vila Nova de Foz Coa y vuelve hacia el sur. El camino ahora es de llanura, o, con mayor rigor, de meseta, los ojos pueden solazarse a voluntad, pero más prolongarán la vista desde allá arriba, desde Marialva, la vieja, que esta planicie no tiene motivos de lucimiento que excedan los legítimos de cualquier tierra habitada o de trabajo. El viajero no se confunde con el turista a quien llevan y traen, pero en este viaje no tiene tiempo más que para indagaciones de arte y de historia, consciente de que, si supiera hallar los puentes y hacer claras las palabras, se entendería que, en definitiva, siempre de hombres habla, los que ayer levantaron, nuevas, las piedras que hoy son viejas, los que hoy repiten los gestos de la construcción y aprenden a construir gestos nuevos. Si el viajero no es claro en lo que escribe, que lo aclare quien lea, que ésa es también su obligación.

Marialva fue llamada, en tiempos antiguos, Malva. Antes de saberlo, el viajero creyó que sería por contracción de un nombre compuesto, María Alva, nombre de mujer, y aún hoy no se resigna a aceptar que el primer bautismo venga del rey de León Fernando Magno, como dicen ciertos autores. Su Merced no vino, evidentemente, de León aquí para ver si a esta montaña le cuadraba el nombre de Malva. Le llegarían informaciones, algún fraile que por aquí pasó y, habiendo visto malvas, creyó que ésta era tierra de ellas, sin reparar, en su recato de fraile reglado, que en aquella casa hoy arruinada vivía la más hermosa muchacha del monte, María Alva, como conviene al viajero para defender y justificar su tesis. Le han de ser perdonadas a quien viaje estas imaginaciones, ay de quien las evite, no verá más que piedras calladas y paisajes indiferentes.

De indiferente y callado no se puede acusar al castillo. Ni a la villa vieja, con las calles trepando pinas, ni a quien aquí mora. El viajero sube, y le dan las buenas tardes con tranquila voz. Hay mujeres cosiendo a las puertas de las casas, juegan por la calle algunos niños. El sol está de este lado del monte, golpea en las murallas del castillo con clara luz. Va la tarde mediada, no hay viento. El viajero entra en el castillo, dentro de poco aparecerá el viejo Brígida diciendo dónde está el arca de la pólvora, pero ahora es un solitario que va a la descubierta de lo que, a partir de este día, quedará siendo, en su espíritu, el castillo de atmósfera perfecta, el más habitado por presencias invisibles, el lugar embrujado, para decirlo todo en dos palabras. En este espacio donde está la cisterna, donde está también la picota, dividido entre la luz y la sombra, se adensa un silencio susurrante. Hay restos de casas, la alcazaba, el tribunal, la cárcel, y otros que no se distinguen ya, y es este conjunto de edificaciones en ruinas, el vínculo que las une, la memoria presente de los que vivieron aquí, lo que de súbito conmueve al viajero, le ciñe la garganta y pone lágrimas en sus ojos. No se

deduzca de esto que el viajero es un romántico, dígase más bien que es hombre de mucha suerte: haber venido en este día, a esta hora, solo entrar y solo estar, y tener sensibilidad suficiente para captar y retener esta presencia del pasado, de la historia, de los hombres y de las mujeres que en este castillo vivieron, amaron, trabajaron, sufrieron y murieron. El viajero siente en el castillo de Marialva una gran responsabilidad. Por un minuto, y tan intensamente que llegó a hacersele insoportable, se vio como punto medio entre lo que pasó y lo que vendrá. Experimente quien lo lee el verse así, y venga luego a decir cómo se sintió.

Malva, María Alva, Marialva. Casi todo el resto de la tarde se lo pasó el viajero andando por estas piedras y aquellas calles. Vino el viejo Alfredo Brígida a mostrar, como quien revela un secreto, dónde está el arca de la pólvora, la lápida que está junto a la entrada del castillo, la proa de navio que forma una de las torres, y luego llevó al viajero a la villa, para mostrarle cosas antiguas, el rostro de las personas, la iglesia de Santiago, las sepulturas abiertas en la roca viva, como las de Moreira de Rei. Va bajando el sol. El castillo es luz dorada por un lado, sombra cenicienta por el otro. Y el viajero volvió solo, subió otra vez las calles, ya es viejo conocido de la gente: «¿Qué hay? ¿Otra vez por aquí?», y se pierde de nuevo en el castillo, en los sitios de más profunda penumbra, a la espera de oír no sabe qué revelación, qué explicación final.

Al fin se fue. Va por la llanura, el sol le da en los ojos, algo ha crecido en el viajero después de su visita al castillo de Marialva. O quizá es que el castillo de Marialva va con el viajero y lo hace mayor. Todo puede acontecer en viajes como éste.

Lentamente regresa. Pasa por la Póvoa do Concelho con la última luz del día, ve aún la Casa do Alpendre, y es de noche ya cuando llega a Guarda. Cenará. Y como no sólo de castillos vive el hombre, ni de las lágrimas que allá le subieron a los ojos, ni de las responsabilidades de ser arco o puente de paso entre pasado y futuro, aquí deja registro de la opulenta *chouriçada à moda da Guarda* que comió. Aunque con una protesta y un voto: que esta chorizada pase a ser conocida y declarada *do modo da Guarda*, como en portugués de gente portuguesa se debe decir. Acepta el viajero que se transforme Malva en Marialva, pero no puede aceptar que se diga *moda* en vez de *modo*. Las modas son de vestir, los modos son de entender. Entendámonos, pues.

Por un grano de trigo no fue Lisboa

El viajero es un salta-ríos. Sólo en esta etapa que lo llevará a Vilar Formoso, sólo en ella, sin contar con el resto del camino, pasa un riachuelo, afluente del río Noemí, la Ribeira das Cabras, la Ribeira de Pínzio, otra vez la de las Cabras (que es empujada hacia el norte, como el Mondego lo fue hacia el sur), erró por poco el de los Gaiteros, el río Coa, y esto sin contar los mil riachuelos que, conforme el tiempo, están secos o mojados. Siendo marzo como es, todo esto lleva agua, están lozanas las márgenes, hoy hay más nubes en el cielo, vuelan más altas y más leves, no hay qué temer.

La primera parada del día es en Castelo Mendo. Vista de lejos es una fortaleza, villa toda rodeada de murallas, con dos torreones en la entrada principal. Vista de cerca es todo eso y, además, un gran abandono, una melancolía de ciudad muerta. Villa, ciudad, aldea. No se sabe bien cómo clasificar una población que de todo esto tiene y conserva. El viajero dio una vuelta rápida por la población, fue al antiguo tribunal, que está en restauración y sólo muestra las columnas barrigudas del pórtico, entró en la iglesia y salió, vio la alta picota, y esta vez no fue capaz de dirigirle la palabra a nadie. Había viejos sentados en las puertas, pero con una tristeza tan grande que el viajero sintió un embarazo en su conciencia. Se retiró, miró los verracos que guardan la entrada grande de la muralla y siguió camino. No pudo entrar en Castelo Bom, un poco más allá, como había proyectado. Hay ocasiones en que la lucidez lo oprime: se ve a sí mismo desde fuera, criticándose, tú por aquí, de viaje, y la vida tan difícil.

Entre Vilar Formoso y Almeida no hay nada que ver. Tierras planas que dan una impresión, ciertamente errónea, de abandono, pues no es de creer que se dejen sin cultivo tan grandes extensiones. Pero este lado de la Beira parece desértico, quién sabe si por haber sido tierra de invasiones.

Almeida es el fuerte. Desde el cielo se vería mejor el dibujo poligonal de las fortificaciones, el trazado de los baluartes, el lecho de los fosos. En todo caso, el viajero puede tener una buena noción del dispositivo circulando por las murallas, midiéndoles la altura con la mirada. Esta construcción es de otro tiempo y de otras guerras. Se luchaba pegado al suelo, por los aires no venían más que bandadas de bombas que no eran lo bastante potentes para hundir las bóvedas de las puertas, era, en fin, una guerra de hormigas. Hoy, Almeida es una reliquia histórica como lo sería la alabarda o el arcabuz. Pero la ciudad civil, con su aire recatado y quieto, acentúa aún más el enajenamiento que se nota en todo.

Va ahora el viajero a Vermiosa, quiere acercarse a la frontera, ver cómo es aquello. Los campos son amplios, pero, coloreados de verde y humus, se pueden ver hasta muy lejos. Vermiosa no muestra buena cara a quien llega: las calles sucias, las personas escasas, queda la impresión de que detrás de esas puertas y ventanas no habita nadie. Salvó a Vermiosa el perfume mareante que en aquella ladera desprendía

una mimosa, algo así como un aliento de árbol. El viajero subió hasta la iglesia, y allá arriba no vino adulto o chiquillo alguno a saber nuevas del mundo ni a darlas de allí. Vio con sosiego el interior del edificio, armado sobre arcos que parece un gigantesco costillar de ballena, fue a la sacristía a apreciar las pinturas del techo, singular por la forma octogonal.

Por error de orientación, no fue primero a Escarigo, que estaba más cerca. Dio una vuelta grande, que podía haberse ahorrado, pasó por Almofala, que no tenía mucho que mostrar, salvo el crucero, a poca distancia, en el camino que los peregrinos tomaban para ir a Santiago de Compostela. Es este crucero un camino de cruces alzadas adornadas con la venera, símbolo de la peregrinación, y motivos de la liturgia. Y también allí está, pero lejos de la carretera, sobre un cabezo adonde el viajero no quiso ir, lo que queda de un templo romano, más tarde modificado y habitado por frailes. Está poco antes de llegar a Almofala, antes de llegar al puente que cruza el pequeño río de Aguiar. El viajero se arrepintió después por no haberse desviado del camino: fue contra su costumbre de poner la mano sobre la piedra para saber lo que la piedra es. Los ojos valen mucho, pero no pueden alcanzarlo todo.

Cuando llegó a Escarigo, tuvo que luchar mucho. No para entrar, claro está. No había barricadas, y, si las hubiera, más justo sería que estuvieran del otro lado, del lado español, pero ni le pidieron el salvoconducto. Por otra parte, bien se veía que aquello era tierra internacional. Andaban por allí tres españoles de las aldeas de La Bouza, hablando con portugueses en una lengua que no era ni la de ellos ni la nuestra, sino un dialecto fronterizo que para el viajero equivalía a un lenguaje cifrado para irrisión de forasteros. Y tampoco hubo lucha cuando hizo la pregunta sacramental: «¿Puede decirme dónde está la iglesia?». A veces no es preciso preguntar, se ve inmediatamente el campanario, la espadaña, el entablamento, la cumbreira, en fin, lo que alto está sobre lo que bajo mora. En Escarigo, que tiene altos y bajos, conviene indagar si no quiere uno perder tiempo.

Iglesia cerrada. No hay motivo para asombrarse cuando ya ha ocurrido tantas veces. Va a llamar a una puerta próxima, dice lo que quiere, le indican otra casa. En ésta no hay alma que responda. Vuelve el viajero a la primera: quien allá estaba, no está ya, y el viajero llega a pensar que lo ha soñado. En esta indecisión está cuando pasa el chiquillo providencial e inocente que no sabe ocultar la verdad. El viajero pregunta y al fin casi acierta, es decir, no acierta a la primera, pero acierta después. A quien esto le parezca complicado, le recomienda que siga el diálogo: «Por favor, ¿es aquí donde tienen la llave de la iglesia?». «Sí, señor. Pero ahora no está aquí», responde la mujer que se asomó a la puerta. El viajero pone cara de catástrofe y vuelve a la carga: «Si no está aquí, ¿dónde está? Vengo de lejos. He oído hablar de las bellezas de la iglesia de Escarigo. ¿Voy a tenerme que ir sin verlas?». Vuelve la mujer: «El caso es que la llave no está aquí. Donde tienen otra es en esa casa de ahí». El viajero mira obediente hacia donde le indican, ve una casa alta, de dos pisos, apartada, a unos doscientos metros. Para llegar hasta allá hay que bajar una calle,

subir otra, pero el viajero no vuelve la cara a fatigas tales. Y va ya en medio de la calle que baja cuando oye gritar detrás de él. Es la misma mujer: «¡Señor, señor! ¡Venga!». Sube lo que ha bajado, cree que va a recibir una información complementaria, pero lo que ve es que la mujer tiene la llave en la mano y va bajando ya las escaleras para mostrarle la iglesia. Hay ocasiones en que el viajero tiene que aceptar el mundo como es. Aquí está esta mujer que sabía desde el primer instante que tenía la llave, y no obstante lo negó y mandó al viajero a buscar otra que estaría, si es que estaba, a doscientos metros, y luego le llama, como si nada hubiera ocurrido, como si el viajero acabara de llegar. «¿Tiene la llave de la iglesia?». «Sí, señor. La tengo». A ver quién entiende a esta mujer.

Ahora son dos. Se hicieron las paces sin haberse declarado los motivos de la guerra, nunca se vieron tan buenos amigos. La iglesia tiene un retablo barroco de los más hermosos que el viajero ha visto hasta ahora. Si todo esto tuviera el vulgar y banal dorado-uniforme, no merecería más que una mirada para quien no fuera especialista. Pero la policromía de la talla es tan armoniosa en sus tonos de rojo, azul y oro, con toques de verde y de rosado, que se puede pasar examinándolo una hora sin fatiga. Cuatro pelícanos sustentan el trono, y la puerta del sagrario muestra un Cristo triunfante en un marco de ángeles y volutas. Y los ángeles de las antorchas arrodillados y flanqueando el altar, vestidos de grandes flores y palmas, son una admirable expresión del arte popular. Una de las imágenes del retablo es un *San Jorge* famosísimo que, sin espada ni lanza, pisa a un dragón con cabeza de víbora. En un altar lateral hay columnas de talla casi sin pintura, con dos cabezas de ángeles en altorrelieve, que son cosa preciosa. No olvida el viajero el techo de la capilla mayor, de alfarje, pero sus ojos quedan prendidos en dos tablitas esculpidas, pradelas de un retablo, que muestran una *Anunciación* y una *Visitación de la Virgen a Santa Ana*, de dibujo tan puro, de composición tan sabia, aunque ingenua, que quedó contento por haber venido de tan lejos, de haber luchado por una llave esquiva, pero eso está olvidado, y ahora está en buena conversación con este San Sebastián mutilado de la sacristía, tal vez el primero por quien el viajero siente tanto afecto.

Fueron a su vida las mujeres. El viajero cruza la aldea y encuentra a una muchacha a quien da las buenas tardes. Ella responde, responde también una vieja que va con ella, y allí se arma una conversación sobre tesoros escondidos. Decía la vieja que en los tiempos antiguos, cuando había guerras con los españoles, las gentes ricas de Escarigo escondían el dinero en cuevas, en medio de los montes, y ponían marcas, señales, por ejemplo el dibujo de un gato: «Pero si los españoles estaban por aquí mucho tiempo, crecían los matojos, y cuando uno iba a buscar el dinero escondido, estaba escondido el gato. Ahí, alrededor, está lleno de tesoros». La chica sonreía como quien lo duda, es de otra generación. Pero la vieja insistía: «Esto hoy es una tierra pequeña, pero mire, señor, Escarigo llegó a ser una ciudad, fue capital de todos estos sitios». Entonces la chica entró en la conversación, sonriendo aún, pero de otra manera, como quien saborea el efecto que va a causar: «Hasta dicen que

Escarigo no fue Lisboa por un grano de trigo». Sonrió el viajero y se despidió, pensando en la importancia que puede tener un grano de trigo, tan pequeña diferencia en peso, tan insignificante a fin de cuentas, y por su culpa Escarigo es Escarigo.

Volvió a pasar por Almofala, vio más adelante una cruz que señalaba el lugar de la muerte de un guardia fiscal, seguro que fue historia de contrabandistas, que estas tierras son mucho de esa fruta. Poco falta para llegar a Figueira de Castelo Rodrigo, pero primero tiene el viajero que visitar el convento de Nossa Senhora de Aguiar, o la iglesia, que es lo que del convento queda. Tiene la frialdad que siempre tienen los edificios muy restaurados, agravada en este caso por la total desnudez interior. Se ve pronto este gótico sencillo, pero en la sacristía hay una *Nuestra Señora de Aguiar*, de mármol, con vestigios aún de pintura dorada, azul y roja, que resulta agradable de ver. La imagen está coronada y sostiene en la mano izquierda una rueda partida a la que el guarda, poco firme en identificaciones, llama ametralladora, arma con la que la Virgen de Aguiar habría ayudado a derrotar a los españoles en batalla que no fue sin duda la de Aljubarrota. Por otra parte, cuesta mucho creer que Señora de tan suave rostro, tan blanda de gesto, fuera capaz de disparar ráfagas mortíferas contra gente que en materia de devoción a la Virgen nunca quedó por detrás de los portugueses.

En Figueira de Castelo Rodrigo almuerza el viajero. Después fue a ver la iglesia parroquial, merecedora de la visita por los ángeles músicos del altar mayor, y, especialmente, por el arco que sustenta el coro, constituido por elementos de piedra en forma de S y considerado único en el país. Es, en verdad, el huevo de Colón: cada elemento encaja y traba al siguiente, de tal modo que la simple fuerza de la gravedad basta para mantener el arco firme y estable. Sin duda se asientan también en este principio los elementos en forma de cuña, pero aquí el arco da una impresión de consistencia que a otros falta. Es raro que tal técnica no se haya difundido.

Cerca está Castelo Rodrigo, en aquel alto, pero el viajero irá primero a Escalhão, en la carretera de Barca de Alva. Cuenta con llegar a una aldea perdida y da con una villa de buen tamaño, desahogada de calles y con grandes árboles en la plaza. La llave de la parroquial está en casa del prior, y se la entregan al viajero sin resistencias: nada que se compare con los trabajos de Hércules a que tuvo que someterse en Escarigo. No puede el viajero entrar en la sacristía, donde dicen que hay buenas pinturas al fresco, pero vio con calma la iglesia, que justifica la jornada. Es quinientista el edificio, de amplio trazado, y no faltan en él piezas de alto valor artístico. Hay un pequeño grupo escultórico barroco en el que las cabezas de ángeles hacen de pedestal a la Virgen y a Santa Ana, representadas como dos buenas vecinas conversando, cada cual en su barquito, envueltas en decorativos y arrebatados ropajes. Y aquel *San Pedro* cuyo rostro afligido muestra cuántos remordimientos lleva en el alma, tiene a los pies el gallo de la advertencia, en actitud de desgañitarse cantando, naturalismo ante el que no se puede evitar la sonrisa. Pero lo que de magnífico tiene esta iglesia de Escalhão son estos dos bajorrelieves flamencos o de inspiración flamenca, con una policromía de tonos profundos, que representan la

Subida al Calvario (teniendo en segundo plano otra representación de Cristo azotado) y el Entierro. En éste es admirable el tratamiento de los pliegues del sudario, y en ambos la composición de las figuras, la serena y concentrada expresión de los rostros. Tres medallones en la pared lateral de la tumba exhiben rostros humanos, barbados los de los extremos, de niño o de mujer el del medio. Y como el viajero se siente tentado siempre por los enigmas, hasta cuando no puede resolverlos, sale interrogándose sobre la razón de que aparezca este rostro medio escondido por el sudario en el que Cristo es bajado a la tumba. Bajado el cuerpo, sabríamos qué rostro es ése. Pero para saberlo hemos llegado demasiado pronto.

Desanda el viajero el camino por donde vino y sube al fin a Castelo Rodrigo. Mientras va monte arriba ve, casi al alcance de la mano, la sierra de Marofa y todo su agreste paisaje alrededor. Castelo Rodrigo, visto de lejos, con sus fortísimas torres cilíndricas, recuerda la ciudad española de Ávila, y el viajero, que de Ávila encuentra carteles y fotografías en cualquier lugar que el turismo español cuida, queda sorprendido al no ver tratadas de igual modo, por la burocracia de aquí, las murallas de esta villa. Esto, y aun cosas peores, hay que pensar cuando se entra en el burgo y se recorren las melancólicas calles de casas arruinadas o cerradas por abandono de quien en ellas vivió: cierto es que el destino de las ciudades altas es ir decayendo con el tiempo, ver cómo sus hijos van descendiendo al valle, donde la vida es más fácil y el trabajo se alcanza mejor, pero lo que no se puede entender es que se asista con corazón indiferente a la muerte de lo que sólo decaído está, en vez de encontrarle nuevos estímulos y energías nuevas. Un día equilibraremos la vida, pero ya no estaremos a tiempo de recuperar lo que entretanto se ha perdido.

A esta hora, en este día de marzo, Castelo Rodrigo es un desierto. El viajero apenas ha visto media docena de personas, todas de edad avanzada, mujeres cosiendo a la puerta, hombres mirando al frente, como quien se descubre perdido. Aquel que lo acompaña arrastra dolorosamente una pierna y repite una letanía que no ha sido capaz de entender, es su último instrumento de trabajo, y no sabe cómo manejarlo. El viajero viaja, pero no en busca de negros pensamientos; no obstante, estos malos pensamientos vienen a él, planean sobre Castelo Rodrigo, desolación, tristeza infinita.

Ésta es la iglesia del Reclamador, que, en contra de lo que parece, no es nombre de santo contestatario. Reclamador es sólo perversión de Rocamadour, tierra francesa de peregrinación, en cuya abadía, o en las ruinas de ella, se dice que están las reliquias de San Amador y donde hay también una iglesia que guarda, o eso dicen, la famosa Durandal, la espada de Roldán, paladín y par de Francia. Son viejas historias. Fue fundada la iglesia del Reclamador entre los siglos XII y XIII, y aunque de ese tiempo no queda mucho, permanece no obstante la atmósfera románica, aquí tan viva, tal vez más aún que la que el viajero percibió en Belmonte. Esta iglesia baja, agazapada como una cripta y como ella misteriosa, resiste a todo cuanto se le añadió después y la ha ido desvirtuando. Y si la iglesia estuviera desnuda de ornamentos y conservase sólo aquel *San Sebastián* de piedra y este ingenuo y popular *Santiago* de

madera, aun así valdría la pena subir a Castelo Rodrigo.

Parece que una plaga haya caído sobre la ciudad. Ahí está el blasón, con las armas reales invertidas, por castigo, se dice, por haber tomado partido el pueblo a favor de doña Beatriz de Castilla contra don João I. Y ni siquiera el hecho de que los descendientes le plantaran fuego, en 1640, al palacio de Cristóbal de Moura, en prueba de patriotismo, ha podido enmendar el error antiguo: invertidas estaban las armas reales, e invertidas están. Castelo Rodrigo tiene que hacer inventario de sus armas propias y luchar por su vida: es el consejo que deja el viajero; es lo único que puede dejar.

Ya cuando salió de Marialva le ocurrió lo mismo. Las grandes impresiones hacen que uno mire hacia su interior y apenas ve el paisaje y todo lo que se muestra. El viajero fue aún a Vilar Turpim a ver la iglesia gótica y la capilla funeraria de don Antonio de Aguilar. Mejor la vería si no fuera por la enorme imagen de un Señor de los Pasos que estaba delante y que le obligó a arriesgadas acrobacias para encontrar camino y perspectiva. Bien podría la hermandad acomodar las andas en lugar de honor, en vez de atentar contra el honor particular del lugar. No le importa el don Antonio que está dentro. Importa la dignidad de lo que está fuera.

Nuevas tentaciones del demonio

Sin desdoro para Fornos de Algodres y Mangualde, no tuvo historia la jornada hacia Viseu. Si puede, volverá el viajero algún día a esas y otras puertas que han quedado por el camino. Sólo espera que no le pidan cuentas por la dejadez de hoy.

Con memoria antigua, llevaba abierto el apetito hacia un arroz de carqueja, tanto más cuanto que iba a llegar a buena hora para comer. Comió al fin, ya no recuerda qué y prefiere no decir dónde. Son accidentes a los que está sujeto quien viaja, y no por eso ha de acabar queriendo mal a las tierras donde acontecen. Pero fue azar supremo y acumulado el que fuera luego al Museo Grao-Vasco y lo viera con intermitencias de luz y sombra, porque apenas se aguantaba la corriente eléctrica. Había obras, arreglos, reparaciones en el primer piso, y aun así hay que agradecer la voluntad del guarda acompañante que iba delante encendiendo y detrás apagando, para que no quedara sobrecargada la instalación eléctrica hasta el punto de que saltaran los fusibles, como ocurrió alguna vez, pese a tanta prudencia. Después de comer mal, mal ver. Tiene disculpa el viajero por ir tan enfadado.

Está instalado el museo en el antiguo palacio episcopal de los Tres Escalões, y no se cuenta esto por escrúpulo topográfico sino porque es de buen criterio saber los nombres bellos de las cosas, como este edificio, que bello es tanto por dentro como por fuera, con su maciza construcción y la decoración eclesial de las salas inferiores. Los decoradores del mil setecientos tenían un buen sentido del color y del dibujo, incluso aceptando las convenciones rígidas impuestas por la Iglesia. En todo caso, los floreados barrocos y rococós encontraron manera de introducirse y mostrarse en estos techos, que son, para los ojos, notable alegría.

Si el museo se llama do Grao-Vasco, veamos al Grao Vasco. Todo el mundo va al *San Pedro*, y el viajero también. Declara, no obstante, que nunca ha entendido plenamente, y sigue sin entenderlo, el coro de alabanzas que ha rodeado a esta pintura. Sin duda es un imponente panel, es cierto que los ropajes del apóstol están representados con una magnificencia que viene del pincel y la materia, pero, para el viajero, ésas son cosas exteriores a la pintura, reencontrada, por otra parte, en las dos escenas laterales y en las predelas. Se dirá que no es poco; responderá el viajero que lo mejor de este *San Pedro* no está donde generalmente se busca, y deja aquí su aviso, por si de algo vale.

Quiere, pese a todo, dejar afirmación de que no se querella con Vasco Fernandes, y la prueba está en la rendida estima que tiene por todas las tablas del llamado *Retábulo da Sé*, también en el museo. Son catorce admirables tablas con escenas de la vida de Cristo, representadas con una sinceridad pictórica y una capacidad expresiva raras en la pintura de su tiempo. Vasco Fernandes es aquí, y no pierde ninguna oportunidad de serlo, un paisajista. Patente queda que sabía mirar las distancias e integrarlas en la composición del cuadro, pero no le cuesta ningún esfuerzo al observador aislar el paisaje vislumbrado y reconocer que por sí mismo se justifica

pictóricamente.

El viajero, para ver los paneles, tuvo que alzar la pierna y pasar por encima de unos chiquillos que estaban sentados en el suelo recibiendo la lección de la materia religiosa contenida en ellos, pero dada por una profesora que no ocultaba la calidad de la pintura bajo el objetivo de la catequesis. Y como ésta se sirve a veces de pésimos ejemplos artísticos, quede este episodio de Viseu como señal de buena pedagogía.

Lo que resta del museo requeriría explicación minuciosa y demorada. Subraya sólo el viajero la excelente colección de pinturas de Columbano, lo mucho que hay de acuarelistas y pintores naturalistas y de aire-libre, dos cuadros de Eduardo Viana, aparte de piezas antiguas de escultura, tablas diversas de los siglos XVI y XVII; en fin, que no falta qué ver. A condición de que, naturalmente, no falle la luz.

Para llegar a la catedral, basta atravesar la plaza, pero el viajero necesita dar descanso a los ojos, posarlos en las cosas comunes, las casas, las pocas personas que pasan, las calles con sus nombres sabrosos, la del Árbol, la del Chao do Mestre, la Escura y la Direita, la Formosa, la do Gonçalinho, la da Paz, que, por eso mismo, es la que lleva la bandera. Ésta es la parte vieja de Viseu, que el viajero recorre lentamente, con la extraña impresión de no estar en este siglo. Impresión subjetiva será, visto que la ciudad no conserva tanto de los viejos tiempos que alimente la ilusión de haber caído en el reinado de don Duarte, que ahí está en estatua, y mucho menos de Viriato, que en bronce guarda la cava que fue romana. El viajero, si no toma sus medidas, acaba visigodo.

En fin, ésta es la bóveda de los nudos, una extravagancia del arquitecto que la propuso o del obispo que la exigió: el viajero no está interesado en averiguar de quién fue la idea. En su gusto por las líneas que la necesidad justifique, no entiende la intención de estas imitaciones de nudos. Fue llevar demasiado lejos, si no el absurdo, sí el aprovechamiento quinientista de los calabrotos, las amarras, como tema de decoración manuelina. No duda el viajero de que el turista se quedará pasmado, y se permite preguntar a sus botones cuál será el motivo del pasmo del turista. Y como ya le ha ocurrido otras veces, no le han respondido los botones.

Llegó ahora alguien a quien podría preguntar. Es el guía de la catedral, voluble criatura que se agita, da carreritas, no permite dudas ni cuestiones, y lleva al viajero a toque de tambor desde la iglesia al claustro, del claustro a la sacristía, de la sacristía al tesoro, del tesoro a la iglesia, de la iglesia a la calle, y mientras va andando hace chistes y juegos de palabras, abre una ventana y dice Alfama, abre otra y dice sabe Dios qué, y con esto pretende apuntar semejanzas con otros lugares portugueses y del resto del mundo, qué guía es éste, santo cielo. Está visto que el viajero no preguntó, está visto que de lo que oyó no puede acordarse, tira de la memoria, le quita el polvo, y allá va lo que recuerda: los azulejos setecentistas del corredor que lleva a la sacristía, los otros que la revisten, el coro alto y sus tallas, el piso renacentista del claustro, la puerta románico-gótica descubierta hace poco tiempo, el techo mudéjar de

la capilla del Calvario. Puede mucho la memoria que ha resistido a tal guía.

El tesoro de la catedral fue el lugar predilecto de la manía chistosa del acompañante. Quiere el viajero no guardar rencores, pero un día tendrá que volver para ver lo que apenas le dejaron mirar, y no por impedimento físico, sino por aturdimiento del inútil charlatán, y espera que el guía sea otro, o que, siendo el mismo, no abra la boca. Otra vez recurre a la agredida memoria, y recuerda, confusamente, algunas bellas imágenes de pesebre, el *San Rafael* y *San Tobías* atribuido a Machado de Castro, los preciosísimos cofres de Limoges, y, como impresión general, la idea de que el tesoro de la catedral guarda un conjunto de piezas de valor, muy armoniosas en su ordenación. Al viajero no le importaría, previo aprendizaje de la correspondiente letanía, ser guía de este museo durante un mes. Al menos tendría una virtud, aunque le falten otras más canónicas: no haría chistes.

El viajero salió al día siguiente de Viseu. Iba de mal humor. Durmió mal porque la cama era mala, tuvo frío porque no funcionaba la calefacción, y pagó como si todo fuera bueno y funcionase. Tener el nombre de Grão-Vasco sólo basta cuando se sabe pintar. Pero la carretera que va a Castro Daire es muy hermosa. El viajero se siente reconciliado con el mundo, entre montes y bosques, aquí no llegará el guía de la catedral, que el viajero tuvo cuidado de no decir a dónde iba. Baja ahora hacia el Vouga, claras aguas que también bajan hacia el mar y que antes de llegar se ensancharán en aquella ría inmensa que el viajero recuerda con la vaga impresión de que allí se dejó algo, quién sabe qué, tal vez un barco en un remanso, un vuelo de gaviota, un leve trazo de niebla en la distancia, pero esta tierra, lo ha dicho ya, es de bosques. La carretera va haciendo curvas, sube un poco, baja otro tanto, y por virtud de esta orografía el viajero repara en que no es común la impresión de estar, como aquí, entre montes: no están demasiado cerca, no están demasiado lejos, los vemos nosotros, nos ven ellos.

Va el viajero haciendo estos descubrimientos, y de repente se fija en que lleva un río al lado. Es el río Mel, torrente que allá al fondo espumea entre las piedras, apretado entre verdes laderas aterrazadas y casas trepadoras, árboles que llegan más lejos en la subida, piedras que rematan y bordean el cielo azul. Este río Mel es un hermoso lugar de Beira, un hermoso lugar del mundo. Cree el viajero que sabe de ríos, el Tajo aquí, el Duero allá, el Mondego baña Coimbra, el Sena atraviesa París, el Tíber es romano, y hay luego un río de nombre dulce, que se llama miel, una hermosura de agua que corre, el frescor en el aire, verdes planteles amparados por muros de pizarra, y si pudiera, se quedaría el viajero sentado aquí hasta que llegue la noche.

Pero esta región abusa. Tenía antes el Mel, tengo ahora el Paiva, más hundido aún, entre un círculo de montañas que van amparando la carretera hasta Castro Daire, allá arriba. Puede que les falte a los habitantes de la villa mucho de lo que la vida quiere, pero belleza no les faltará mientras este río corra, mientras puedan mirar los montes del otro lado. El viajero pregunta dónde está la Ermita de Paiva, y ahí va,

carretera abajo, hasta la orilla del río, y va tan distraído que rebasa lo que busca. En Pinheiro le dicen: «Es más allá. Hacia atrás», y con las curvas que el río dibuja parece incluso que la ermita está en la orilla opuesta. Da media vuelta, encuentra la rampa abrupta que lleva a una pequeña terraza, y desde ella sigue a pie.

Vuelven a cantar aguas corrientes. El viajero va líricamente a pie, oye sus propios pasos, tiene a su derecha una ladera casi vertical, cuya cima no alcanza, y a la izquierda el terreno va cayendo suave, hasta el río, que desde aquí no se puede ver. La ermita se ve primero desde el lado de la cabecera. Es una pequeña construcción, de lejos se diría que una casa donde puede que viva gente. Lo que el viajero sabe de ella es que fue fundada en el siglo XII por un fraile de la Orden Premostratense, de San Agustín, que se llamaba Fray Roberto. El viajero, que averiguó que en sus comienzos era austera la orden, que ni carne podían comer los frailes, imagina qué duro debía de ser este lugar apartado del mundo para guardar tales abstinencias y sufrir fríos mal provisto. Pasaron ocho siglos, y, sin promesa de ganar el cielo, no falta aún hoy quien frío sufre y en carne no hinca el diente.

En la cantería de las iglesias siempre los canteros de la Edad Media dejaban sus marcas, siglas distintas, hoy imposibles de identificar. En general, se ve una aquí, otra allí, el viajero con cierta imaginación tiene pasto para ella: verá al cantero trazando su firma personal, pacientemente, batiendo con cuidado con el escoplo para no torcer el trazo, nada más fácil. Pero la Ermita de Paiva está literalmente cubierta de siglas, y eso le plantea una cuestión al viajero: ¿serán sólo designativas del cantero que las labró?; si lo son, ¿fueron tantos los canteros que vinieron a trabajar aquí, en obra que no se distingue por su descomunal tamaño?, ¿no sería esto otro lenguaje, otro decir, otro comunicar? Probablemente estas preguntas son fantasiosas, falsas cuestiones, pero no sería la primera vez que un modesto viajero, en el azar de mirar y ver, encuentra el cabo de una madeja oculta. Tendría su gracia.

Volvió a Castro Daire, sube lo que bajó, y ahora atraviesa al otro lado de la sierra de Montemuro, paisaje tan diferente, árido, otra vez *barrocos*, el matorral bravío, los huesos cenicientos del monte puestos a la vista. En media docena de kilómetros parece transformada la faz del mundo.

A veces le vienen al viajero tentaciones, benignas, desde luego, de hacer el viaje a pie, con mochila a cuestas, bordón y cantimplora. Son recuerdos del pasado, no se les dé importancia. Pero si lo hiciera, tendría otros nombres para escribir, y diría que de la Ermita subió al Picão, después a Moura Morta, o a Gralheira, o a Panchorra, o a Bustelo, Alhões y Tendais, tierras a las que al fin no irá. En fin, incluso por este lado no va mal servido de nombres: Mezio, Bigorne, Magueija, Penude, y en el remate primero de este camino está São Martinho de Mouros.

El viajero busca la iglesia parroquial. Queda a un lado, vuelta hacia el valle, y, así implantada, frente a los vientos, se ve que más la hicieron para fortaleza que para templo. Con una puerta sólida, trancas robustas, moros que aquí vinieran serían vencidos como los venció aquí Fernando Magno, rey de León, en 1057, cuando aún

faltaban casi cien años para que naciera Portugal. La prueba de que esta iglesia fue concebida tanto para fortín como para casa de oración, está en los muros fuertes y lisos, con contrafuertes, de escasos vanos. Y el torreón recogido con relación a la vertical de la fachada, sería puesto vigía, abierto a los cuatro puntos cardinales. Para poder verla, y aun así no completa, tuvo el viajero que retroceder mucho, e ir a colocarse en el extremo de la plaza. No estaba allí para juegos el torreón.

Nunca vio el viajero iglesia semejante. La proclamada rigidez de las propuestas románicas dejaba, como se ve, bastante campo a la invención. Colocar allá arriba aquella torre, resolver los problemas de estructura que la opción implicaba, conciliar las soluciones particulares con el plano general, unificar estéticamente el conjunto (para que hoy podamos encontrar magnífico todo esto), significa que este maestro de obras tenía muchos más triunfos en la manga de lo que era habitual en lo común de los tracistas de su tiempo. Y cuando el viajero estuvo dentro, vio allí, con el asombro en los ojos, cómo encontraron la manera de sustentar la torre: se asienta ella en pilares que se yerguen junto a la entrada, formando una especie de atrio vuelto hacia dentro, con un efecto plástico único. La iglesia no abunda en calificadas obras de arte. Dos tablas con escenas de la vida de San Martín, un Cristo enorme, y poco más, si no contamos las imágenes sacras populares que sobre una alta pared interior se van cubriendo de polvo y telarañas. El viajero se indigna ante tal abandono. Si en São Martinho de Mouros no saben estimar tan bellas piezas de imaginería rústica, que las entreguen a un museo, que las sabrá agradecer. Cuando el viajero sale, le dirá a una mujer, que por azar pasaba por aquel desierto, éstas y otras indignaciones suyas, envolviéndolas en consejos de cautela, porque allí, desamparadas, están las imágenes muy al alcance de manos codiciosas. Sólo el viajero sabe cuánto le costó resistir al demonio cuando la otra vez vino a tentarlo, en la iglesia yerma. Tal susto le dio a la perpleja mujer, que hoy alrededor de la iglesia debe de haber un campo fortificado en el que sólo se entra previo examen de conciencia y del que sólo se sale después de mostrar lo que va en las alforjas.

Pero hay otras tentaciones en São Martinho de Mouros. No cupieron todas en la Ermita de Paiva, y vinieron a instalarse aquí, empujadas por las oraciones de los frailes del más allá, materialización de los sueños terrenales de los agustinos que predicaron, a las márgenes del río hermoso, la privación de la carne. En las tallas de los retablos, el cuerpo femenino es presentado con opulencia atlética, casi rubensiana. Aquí no se ocultan o difuminan los senos de mujer: son lanzados claramente hacia delante, moldeados, contorneados, coloreados, para que no queden dudas sobre las moralidades del cielo: al fin se ve que hay ángeles de los dos sexos, se ha acabado con la vieja y absurda cuestión. El cuerpo se muestra gloriosamente en este lugar. Medio cuerpo es, pero tentación entera.

Contadas estas cosas, tiene mucha razón el viajero para ir digiriendo melancolía mientras se aproxima a Lamego. Y tanta razón le asiste que el cielo decide acompañarlo cubriéndose de nubes cenicientas, húmedas. En poco tiempo empieza a

caer, como cribada, una llovizna leve que apenas llega al suelo, un cendal de gasa finísimo que se va arrastrando por los montes, sin mostrarse, sin esconderse del todo. Debe de haber gran confusión en los astros, porque poco más allá volvió a haber sol, y en Lamego no se veían señales de lluvia pasada o próxima. El viajero fue a reservar alojamiento y volvió a la calle.

Lamego es una ciudad pequeña, tranquila, sosegada, con gente afable y solícita. Quiere el viajero saber dónde queda la iglesia de Almacave, y en vez de un informante aparecen tres, por suerte coincidentes en sus informaciones. Una, ya el viajero la recibió, y le dejó tristísimo: el museo no está abierto al público, andan con obras en él desde hace un año. Y en esta tristeza en que cae, decide dejar la catedral para mañana y apartar los nubarrones del alma subiendo a la ciudad alta, a Almacave, visto que quedaba en el camino. Buena idea fue, no tanto por maravillas de las artes, que no exceden aquí la medianía, como por la humana maravilla de que un hombre de media edad se le dirigiera, obviamente enturbiado por el vino, y le preguntara: «¿Es usted de acá?». Vio el viajero de inmediato con quién hablaba, o por lo menos así lo creyó, y respondió paciente: «No, señor; estoy de visita». «Eso es lo que pensé. Dígame, ¿y tiene ya hotel? Lo vi venir tan cariacontecido que pensé que andaría buscando habitación». Responde el viajero: «Ya tengo hotel. Eso de andar con la cara así, son otras historias». «¿Por qué no viene entonces a dormir a mi casa? El cuarto es limpio, la cama confortable y aseada; para eso, nadie como mi mujer». «Muchas gracias, pero, como le he dicho, tengo ya habitación». «Hace mal. Ahorraba dinero y estaría en una casa amiga». El hombre, en este punto, hizo una pausa, miró al viajero y dijo: «Sé que estoy borracho; el vino me hace hablar, pero la invitación es sincera». «No lo dudo —respondió el viajero— y le estoy muy agradecido. Venir a Lamego y encontrar quien me ofrezca techo sin conocerme, es algo que nunca creí que pudiera ocurrirme». El hombre se agarra a un poste de señalización y dice simplemente: «Yo creo en Dios». Considera el viajero la importancia de esta declaración, y responde: «Unos creen, otros no, eso es lo de menos, con tal que puedan entenderse como personas». «Con tal que puedan», repitió el hombre. Y tras haber meditado un poco sobre eso, añadió: «No tiene importancia. Hay algunos que no creen y son mejores que otros que creen». Tendió la mano al viajero, fue en Lamego donde esto aconteció, y siguió calle abajo el borracho. En cuanto al viajero, siguió subiéndola, tan lúcido como le era posible.

El rey de la baraja

Llovió por la noche, no el agua de la tarde, pasada a cedazo, sino lluvia de la buena, de la que no engaña a nadie. La mañana, sin embargo, amaneció abierta, llena de sol. Quizá por eso el viajero visitó la catedral con toda calma. Le gustó la fachada, con su manuelino poco exuberante, la disposición de los pórticos, aquel modo de ser grande sin asombro, pero allá dentro la arquitectura le pareció fría. Si fue Nasoni quien proyectó esta obra, como dicen, estaría en hora de poca inspiración. Lo que vale, y ésa es la opinión del viajero, es la suntuosa decoración de las bóvedas, en arquitecturas perspectivadas y rotas, de policromía realmente magnífica en las escenas bíblicas representadas. El claustro es pequeño, recogido, más parece lugar para murmullo de doncellas que para dramáticas meditaciones religiosas.

El viajero fue luego al santuario de Nossa Senhora dos Remédios. El lugar recuerda el Bom Jesus de Braga, aunque sean muchas las diferencias. Pero, como él, tiene una ancha y alta escalinata y, al final, la promesa de salvación, o la esperanza. La iglesia muestra una buena fachada *rocaille*, pero el interior, todo de estucos azules y blancos, cansa en dos minutos a quien no va en busca de los Remedios de esta Nuestra Señora. Lo que el viajero mucho estimó ver, fue la escenográfica ordenación de los pórticos de la meseta inferior de la escalera, con grandes estatuas de fantasiosos reyes en lo alto de pedestales, que, por el perfil, recuerdan las figuras de los profetas del Aleijadinho, en Congonhas do Campo, en Brasil. No es que el viajero haya ido allá a verlas, que de eso no se puede alabar, pero corren mundo sus fotografías, y sólo no las ve quien no quiere verlas.

Lleva la tristeza de no haber podido ver, aunque sólo fuera por un minuto, *La Creación de los Animales*, de Vasco Fernandes, que en el museo de Lamego se guarda. Quería ver aquel maravilloso caballo blanco al que sólo le falta el cuerno agudo y en espiral para ser unicornio. Es posible que el Padre Eterno, cuando no estemos mirando para él, concluya la obra. Mientras se encamina hacia Ferreirim, promete el viajero que volverá un día a Lamego: allí encontró a un hombre que le ofreció abrigo para la noche, seguro que encontrará el unicornio. No es más difícil una cosa que la otra.

Ferreirim queda en un valle que es la cuenca del río Varosa. El lugar es de una belleza suavísima, se suceden las cortinas de árboles, por todas partes se diversifican estrechos senderos, es como si el paisaje estuviera hecho de sucesivas transparencias, mutables a medida que el viajero se desplaza. Y así será a lo largo de todo este recorrido que lo llevará a Ucanha, Salzedas, Tarouca y São João de Tarouca, sin duda alguna una de las regiones más bellas que el viajero haya encontrado, con un equilibrio raro de espacio y cultivos, de habitación humana y morada natural. Todas las razones son buenas para ir a Ferreirim, pero en general una es suficiente: ver las pinturas de la iglesia parroquial, los ocho paneles que pintó Cristovão de Figueiredo, ayudado por Gregorio Lopes y Garcia Fernandes, todos reunidos bajo la designación

común de Maestros de Ferreirim. A esto ha venido el viajero. Llegó, vio puertas cerradas, buscó una que se abriese allí al lado, y en buena hora. Aparece ante él un hombre vestido con una camisa de lana coloreada y calzones rústicos: «Sí, señor; se lo puedo mostrar». Fue adentro, se entretuvo demasiado para la impaciencia del viajero, y reapareció al fin llave en mano. La entrada se hizo por una puerta lateral, sin ceremonias: «Véalo a su gusto». Da el viajero la vuelta a la nave, contempla lentamente los admirables paneles, desgraciadamente colocados a una altura excesiva, y, mientras va andando, conversa con su acompañante, persona claramente bien informada de lo que hay allí dentro. Así da gusto encontrar al hombre de la llave. A las tantas siguen hablando animadamente sobre el sepulcro renacentista y los vestigios de un arco embebidos en la pared. Con una disculpa cualquiera, el viajero, que ha venido acumulando amargas experiencias de robos desde que partió de Miranda do Douro, y que está traumatizado por las luchas que ha tenido que trabar con sus propias tentaciones, hace una grave acusación: «A veces la culpa la tienen los curas. Venden imágenes valiosas, inestimables desde el punto de vista artístico, para comprar esos modernos horrores lamidos y decadentes que llenan nuestras iglesias». Tiene su razón el viajero en cuanto a los horrores, pero, en lo que toca a los curas, dice el hombre de la llave: «No lo crea. Lo que sí hay son unos sacristanes jóvenes que a cambio de quinientos escudos miserables se deshacen de las imágenes antiguas. Cuando el cura quiere ponerle remedio, ya es tarde».

Aquí el viajero siente un sobresalto en el corazón, pero decide no darle importancia. Acaba la visita, y el hombre de la llave quiere mostrar desde el lado de fuera de la iglesia los vestigios del arco que había sido motivo de debate. Y cuando ambos están otra vez conversando, dice él: «Yo siempre pensé que esto era un pasadizo. El otro día estuvo aquí el obispo de Porto, que tenía sus dudas, pero cuando se lo expliqué, me dijo: mire señor cura...». El viajero ya no escuchó el resto. El sobresalto del corazón estaba justificado. El hombre de la llave era el cura de Ferreirim, que había tenido que oír, con evangélica paciencia, la acusación airada del viajero sobre los robos de imágenes, supuestos o verdaderos. Estaba explicada la ciencia artística del guía. Todo estaba explicado, pero no se hizo el menor comentario. Se despidió el viajero después de haber dejado limosna para la iglesia, intentando así borrar de la memoria del cura su inconveniencia y agradecerle la sugerencia de que vaya a Ucanha, allí muy cerca. Imagínense: ni tonsura, ni vestigio de sacerdotal indumentaria. Si sigue la cosa así, algún día se encontrará el viajero en una de estas iglesias con San Pedro y la llave, y no lo reconocerá.

En un salto llega a Ucanha. Está situada en la orilla derecha del Varosa, ya para el lado de allá, y precisamente junto al río está la torre que le dio fama. Digamos para empezar que es una construcción inesperada en nuestro país. El tejado a cuatro aguas, los altos balconajes de piedra sostenidos por modillones, la ventana geminada, el arco rebajado del pasadizo, la robustez del conjunto son características que no se encuentran reunidas en construcciones medievales portuguesas. Quien viajó por Italia

no se sorprendería hallando por allá esta torre. En Portugal, es una sorpresa. Al viajero le enamora desde aquí abajo la preciosa imagen de la Virgen coronada, con el niño en el regazo, acomodada en un edículo y protegida por una barandilla de hierro, y se queda lleno de gratitud para con el maltratado cura de Ferreirim, que le dijo que viniera hasta aquí. Ésta es tierra que estima a sus hijos, como se ve por esta lápida que registra el hecho de que aquí nació Leite de Vasconcelos, etnógrafo, filósofo y arqueólogo de los mejores, autor de obras aún hoy fundamentales. Cuando Leite de Vasconcelos se fue de aquí, no había cumplido los dieciocho años, salió con la instrucción primaria y algo de francés y de latín. Llevaba también, y esto es idea del viajero, el recado que oyó a la sombra de esta torre, bajo el sonoro arco que da al río, poniendo sus manos adolescentes en la piedra rugosa: buscar las raíces.

Entra el viajero en Salzedas en busca del convento, y es el convento el que le corta el paso. El viajero se detiene a la sombra de una enorme construcción que asciende hacia el cielo, ésa es al menos la impresión que le queda, le parece que nunca ha visto una iglesia tan alta. Es probable que esto sea una reacción de los ojos que vienen de gozar el sorprendente equilibrio de la torre de Ucanha, aun con su pesada masa, pero es deber del viajero aceptar lo que le es dado, y aproximarse con voluntad de entender. Es lo que hace en Salzedas, de la que en definitiva poco vio, ni hay mucho que ver, salvando los supuestos Vascos Fernandes pero, a pesar de lo cual, algún tiempo se demoró. Había boda. Los novios, el cura que los casaba, los invitados, formaban, todos juntos, un pequeño grupo en la amplia nave de la iglesia. Los pasos del viajero apenas despertaban los ecos de la iglesia, el cura musitaba, y lo más que se oía eran los gritos de los niños que jugaban allá fuera.

Se ha visto ya que el viajero es dado a devaneos. Estaban aquéllos casándose, y él se puso a imaginar un casamiento diferente, dos que aquí entraran solos, que recorrieran toda la amplitud de la nave sin hablar, no buscaban cura ni bendición, fue sólo este gran espacio cubierto de bóvedas lo que les llamó, y luego se arrodillaron o no, oraron o no, y, dándose las manos uno al otro, salieron de aquí casados. Y esto sería lo mismo si subieran a lo alto de un monte y bajarán casados de allá. El viajero piensa estúpidamente en estas cosas, por eso, pensando, se pierde la ceremonia, y, cuando vuelve en sí, está solo. De fuera llega el ruido atronador de los motores, redoblan los gritos de los chiquillos, debe de haber lluvia de peladillas, y el viajero está triste, nadie lo ha invitado a la boda, a él, a quien tan buenas ideas se le ocurren.

Cuando sale, la plaza está desierta. Se han ido los novios, se han ido los niños, nada hay que esperar en Salzedas. Y en esto se engaña. Va a volver a la carretera, ladea el amplio edificio que queda del monasterio, y, cuando pasa rápidamente al lado de un arco que da a terreno abierto, capta de soslayo la imagen fugitiva de una estatua o persona en lo alto de un muro. Se para y vuelve atrás, mira discretamente, no va a preguntarle a la persona, si persona es: «¿Qué hace ahí?», y ve al fin que es una estatua. Estatua de rey, como se ve por la corona, rey portugués como lo prueba el escudo de las quinas que tiene en la cadera derecha, aunque mutilado. Está este

nuestro ignorado rey con armadura completa, grevas y rodilleras, pectoril, cota de malla, pero lleva gola de encajes y manga de fuelle. Se puso de gala para el retrato, y desde allí arriba donde lo pusieron, mira al viajero con aire bonachón, contento por estar aquí ahora para siempre después de haber reinado algún tiempo, porque, habiendo perdido los pies en sabe Dios qué andanzas, lo han sujetado al pedestal por los muñones. Parece un rey de baraja, y al fin lo es. El viajero pregunta a unas mujeres que pasan, y que tampoco fueron a la boda, desde cuándo está allí esta figura real. «Desde siempre» es la respuesta que esperaba y la que le dieron. Bien está así. Para la mariposa que nace con la mañana y muere al anochecer, la noche no existe; para quien ya ha encontrado al rey de la quinta, la respuesta honrada es «siempre».

El viajero no tiene muchas ganas de salir de estos lugares. Cruza y vuelve a cruzar carreteras, ya está en Ucanha otra vez, y ahora va a Tarouca, población donde pierde un poco el norte, tiene que andar hacia atrás y hacia delante, quién sabe si distraído por la alta montaña que ante sus ojos crece, los mapas no ponen su nombre, será aún la sierra de Montemuro, será la sierra de Leomil. Al fin dio con lo que buscaba, la iglesia de San Pedro; fue a ver la tumba manuelina, un encaje de piedra, filigrana en su desarrollo de arcosolio y columnelos, pero sin estatua yacente, lo que en cierto modo le sorprende, pues ponían mucho empeño estos difuntos en mostrar con qué cara se habían gastado el dinero, o alguien por ellos. Esta iglesia de San Pedro es románica, pero no de lo mejor que el viajero ha visto. También es cierto que los viajes educan el espíritu y lo vuelven exigente. O será que el viajero está cansado.

Si lo estaba, se le pasó la fatiga en São João de Tarouca. Pero, antes de ir a ver las artes, el viajero tiene que explicar lo que le ocurrió cuando, pasada la última curva de la carretera, se dio de frente con un tiempo anterior de su vida. Son falsas memorias, se dice; ya estuve aquí y no lo recuerdo. Primero, el viajero no sabe lo que son falsas memorias. Se tiene la memoria de algo visto y fijado en el cerebro. Puede quedar fuera de la consciencia, puede necesitar esfuerzos para recordarlo, pero el día en que la imagen vuelva a poder ser «leída», la veremos, con precisión mayor o menor, y lo que estemos viendo es lo que vimos ya. Toda memoria es verdadera, ninguna es falsa. Confundida podrá estar, será como un puzle desorganizado que, en potencia, se puede reconstruir hasta el último fragmento, hasta la más breve línea, hasta el tono más apagado. Cuando los hombres sean capaces de recorrer todos los registros de la memoria y ordenarlos, dejarán de hablar de falsas memorias, aunque será muy posible entonces que se defiendan de esa capacidad memorizante total cultivando falsos olvidos.

En segundo lugar, el viajero sabe que nunca ha estado en este sitio, que nunca vino a São João de Tarouca, que nunca pasó por este pequeño puente, que nunca vio estas dos cóncavas márgenes cubiertas de hierba verde, que nunca vio aquel edificio en ruinas, los arcos del acueducto (y ahora ni siquiera tiene la certeza de haberlos visto esta vez), esta corta rampa que lleva a la puerta de la iglesia y, descendiendo hacia el otro lado, a la ciudad.

Si las falsas memorias no existen, si el viajero afirma solemnemente que nunca ha estado aquí, entonces será verdad que las almas transmigran, que la metempsicosis existe. El viajero, este que aquí está, sí señor, pero en otro cuerpo y hoy, aparte de sus propias memorias tendría ésta que heredó de un cuerpo desaparecido. El viajero responderá que todo eso son cuentos, que un cerebro muerto es un cerebro apagado, que las memorias no se dispersan al viento para ver quién recoge más memorias, que hasta el inconsciente colectivo se compone de datos de la memoria, etcétera. Pero, sabiendo muy bien a qué ha de decir «no», no es capaz de descubrir aquello a lo que podría decir «sí». Lo que sabe, sin discutir cómo y por qué, es que ya vio este rincón de São João de Tarouca: alguna vez lo habrá soñado, como soñó tantos otros paisajes para los cuales, hasta hoy, no ha encontrado correspondencia real, tal vez, quién sabe, sólo porque no ha viajado a todos los lugares. Afirmar esto será lo mismo que decir que el sueño, la imaginación libre, el discurrir inconsciente de imágenes en el cerebro, pueden prever el mundo exterior. Es un camino arriesgado por donde el viajero teme adentrarse. En todo caso, bien podría ocurrir que el soldado de artillería encargado de pasar la escobilla por los cañones, soñara con el motor de explosión: ahí está el cilindro, ahí está el émbolo.

Divagó mucho el viajero, e inútilmente. Lo malo fue que le dieran tiempo para hacerlo. La puerta exterior estaba cerrada, fue un chiquillo a buscar la llave, y por lo visto no llevaba prisa. El viajero intenta no pensar en la obsesionante convicción de que ya ha visto esto, y conversa con la chiquilla de doce años que lo va a acompañar. Se entera de las tentativas de robo que allí se han hecho, de toques a rebato para juntar al pueblo y cazar al ladrón, son historias conmovedoras y verdaderas. Se une a la charla el tonto del pueblo, es la primera vez que lo hace uno en tan largo viaje, pide dinero y el viajero le da algo. La niña dice que el tonto se lo gastará en vino, y cuenta que pega a su madre y ella lo echa de casa, y que así se pasan la vida. Anda el viajero en su afán de ver bellas artes, todo son pinturas, todo imágenes y piedras admirables, y de repente lo agarra del brazo la vida y le dice: «No te olvides de mí». Responde el viajero, avergonzado: «Pero esto también eres tú». Y ella: «Lo soy, pero no olvides al tonto».

Ahí viene el chiquillo con la llave. Entra toda la compañía, el viajero, la chiquilla doceañera, tres chiquillos más. Teme el viajero que la visita se convierta en una algarabía, pero se engaña. Esta infancia lo sigue muy compuesta, va como escoltándolo, o quizá esté de vigilancia, dispuesta a saltar a la cuerda de la campana y convocar al pueblo. Lo será o no, pero el hecho es que nunca se vieron más gentiles muchachitos que estos de São João de Tarouca.

En estos lugares, las edades son como largas mareas. Vino el románico y construyó; después el gótico, y añadió algo a lo construido; si hubo renacimiento, dejó su marca; el barroco hizo algunos estragos; en fin, entre ir y venir, si para eso hubo fuerza bastante y poder de seducción, allí donde llegó la ola más alta dejó la bandera. Aquí tenemos la sillería de talla dorada, los paneles de azulejos con la

leyenda de la fundación del monasterio, las pinturas de Gaspar Vaz, tal vez de Vasco Fernandes, tal vez de Cristóvão de Figueiredo. Aquí tenemos un ángel del siglo XIV, y una Virgen de granito pintado, con el Niño al cuello, de la misma época. Aquí tenemos, en la sacristía, pequeñas imágenes de madera, pulidas por el tiempo y por el uso.

Las mareas vinieron y dejaron sus residuos. Para todo mira el viajero en estas tres claras naves, oye el refluir de las olas del tiempo, las voces de los hombres que vienen con él, el batir en la piedra, el serrar y clavar las maderas. Viaja en la alta cresta de los siglos, y, siendo ahora su vez de llegar a la playa, se para ante el sarcófago de Pedro de Barcelos, asombrado. Es una inmensa arca tumular, y la estatua yacente podría ser la de un San Cristobalón gigantesco que se hubiera cansado de llevar el mundo auestas y se hubiera tendido a descansar. De granito toscamente labrado, el sepulcro del hijo bastardo del rey don Dinis es de las cosas más impresionantes que el viajero haya visto y sentido: allá dentro, un cuerpo humano, en su real dimensión, estará como un barco en el mar o un ave en el espacio. Muestra el sarcófago, en una de sus caras, en bajorrelieve, una escena de caza de jabalí. Extraña ilustración. Como todos los nobles de su tiempo, don Pedro de Barcelos habrá andado en monterías tras las fieras, cabalgando por montes y valles, dando la carnaza a las jaurías. Pero los trabajos del conde, en esta Beira donde vivió la última parte de su vida, fueron bien diversos, y por ellos se ilustró. Fue él quien compiló el *Libro de los Linajes*, tal vez un cancionero, probablemente una crónica general de España, y, en vez del letrado que esperaba, lo que el viajero ve es un gigante truculento y un cazador sanguinario. Hay aquí materia bastante para disertar sobre incongruencias, y, cuando ya el dedo va en ristre para apuntar la primera, descubre el viajero que debe empezar por sí mismo: mal mundo es ése para quien el poeta es poeta sólo, y cada uno de nosotros sólo lo que parece. Cuánta mayor razón tuvo don Pedro de Barcelos, que quiso llevar, entre los recuerdos de su vida, aquellas frescas mañanas en las que cazaba el jabalí en sus tierras de los Paços de Lalim.

El viajero acabó la visita. Quiere dar una recompensa a la chiquilla de doce años que lo acompañó, pero ella se niega a aceptar nada y responde que se lo dé a los más pequeños. Éste es un día lleno de lecciones. El viajero le da las gracias como si la niña fuera una persona mayor, mira una vez más el paisaje para tener la seguridad de que ya lo ha visto antes, y aquí entra en su espíritu la primera duda: realmente, no se acuerda de esta chiquilla.

Cuando llega a Moimenta da Beira, sería ya tarde para comer si no fuera por la buena voluntad de quien lo atiende. Comió un excelente filete encebollado, que es plato que hoy en general sirven mal en nuestras tierras, y, si más no buscó en la villa, es porque venía con los ojos llenos aún de São João de Tarouca. Va a llenarlos otra vez en el camino de Moimenta a São Pedro das Águias. Deslumbramiento sería la palabra si no fuera tan poca. Y al fin, todas lo serían para decir de estos montes y bancales lo inexpresable, de la suavidad y transparencia del aire, y, después de Paço,

cuando la carretera empieza a aproximarse al río Távora, se van viendo abruptas laderas cubiertas de bosque por las que irrumpen espigones rocosos, y en la Granjinha queda el viajero desconcertado, porque el nombre de São Pedro das Águias le sugería alturas en las que las águilas viviesen, y al final, se encuentra en un descenso que parece no tener fin, hondo, cada vez más hondo, atravesando pequeños poblados; va el viajero aturdido con tanta belleza, y, cuando al fin se detiene, oye en el gran silencio el rumor de las aguas invisibles corriendo sobre las piedras, y allí delante está, al fin, la capilla de San Pedro, realmente de las águilas, porque sólo ellas podrían dominar el vértigo de los altos peñascos que a un lado y otro se levantan.

El viajero se aproxima a la capilla. El primer enigma sería la razón de que, en este lugar fuera del mundo, entre bosques, alguien decidiera construir un templo. Hoy hay carretera, sí señores, y en el siglo XII ¿cómo serían los caminos?, la piedra ¿cómo la transportaron?, ¿o sirvió acaso la que del escarpe fue arrancada brutalmente para abrir la explanada donde se excavaron los fundamentos? Porque, éste es el segundo enigma: ¿qué fue lo que determinó a don Gosendo Alvariz, si realmente fue él el fundador, a disponer la capilla de tal manera que apenas quede espacio entre el precipicio y la fachada, o tan poco que un simple arco sirve de apoyo, no sabe el viajero a qué, si a la iglesia, que de él no parece precisar, si a la ladera a pico, que en ocho siglos no se ha dejado dominar? ¿Tenía tanta fuerza la costumbre de entonces que ordenaba orientar la fachada de los templos a poniente? São Pedro das Águias es una joya que el tiempo ha ido mordiendo y royendo por todos los lados. No faltaron aquí manos ofensoras, pero el gran destructor fue realmente el tiempo, el viento que por estas gargantas debe silbar, la lluvia que fustiga, el sol calcinador. Doscientos años más sobre esta dolorida ruina y aquí se encontrarán sólo un montón de piedras sueltas, vagas inscripciones, leves formas esculpidas, tenues relieves que los futuros viajeros ya no conseguirán identificar. A éste no le han faltado grandes emociones: Rates, Rio Mau, Real y otros lugares ya en este relato señalados. São Pedro das Águias provoca una ola de ternura, un deseo de abrazar estos muros, ganas de apoyar en ellos el rostro, y quedarse así, como si la carne pudiera defender la piedra y vencer al tiempo.

Está mediada la tarde, tiempo no falta. Pero, hoy, el viajero decide que tiene colmada su cuenta de belleza. Ninguna imagen deberá sobreponerse a São Pedro das Águias. Si pudiera, haría el viajero todo el camino con los ojos cerrados, desde aquí hasta Guarda, donde se va a alojar. Vino con los ojos abiertos, pero, por más que se esfuerce, de nada se acuerda. Hay ahí otro enigma para resolver.

Alta está, alta mora

El viajero va a la sierra, que es, por antonomasia, la de Estrela. El tiempo ha cambiado. Aún ayer la atmósfera estaba límpida, el sol claro, y hoy el sol aparece cubierto de nubes bajas y los entendidos dicen que va a ser para todo el día. Pese a eso, decide que no pasará de largo. Si en Trás-os-Montes viajó con niebla cerrada y lluvia a cántaros, aquí, y más siendo ya primavera, no le van a hacer desistir unos simples nubarrones. Lo cierto es que se arriesga a estar en la sierra y no ver la sierra, pero confía en que algún dios herminio, de esos que se veneraban en la Lusitania y ahora están adormecidos, como Endovélico, despierte de su sueño secular para abrir unas rendijas en el cielo y mostrar al viajero sus antiguos imperios.

Desdeña el viajero la comodidad de la carretera que pasa por Belmonte. Por una vez que acomete empresas altas, mejor es que se habitúe a ellas desde ahora mismo. Sigue pues por Vale de Estrela hasta Valhelhas, siempre con el horizonte a la vista. Salvo si va el camino angosto, cosa que no pocas veces acontece. Por estos sitios, la carretera es un gran desierto. Y es realmente verdad que las nubes van bajas. Allá arriba, después de aquella curva, hay una hilera de pinos cuyos troncos parecen cortados: las copas son un borrón confuso, y si el viajero no va con cuidado, le entra una nube por la ventanilla. Pero el dios herminio invocado debe de haberse puesto a trabajar, y cuando el viajero llega a la curva, no hay ninguna nube, y la carretera está expedita. La ganancia, pese a todo, no es grande. La nube, o niebla, o nubarrón, sólo fue empujada hacia delante y está a la espera, encaramada a una alta peña, para saltar al camino y confundir las distancias. El viajero empieza a dudar de que valga la pena dar la vuelta a la sierra tal como había soñado, yendo por Sabugueiro, Seia, São Romão, Lagoa Comprida, hasta la Torre, y bajando después por las Penhas da Saúde para rematar en Covilha. Y cuando llega a Manteigas, decide buscar nuevas informaciones. Le dicen: «No se lo aconsejamos. Peligro, no hay, pero, si quiere ver la sierra, no la va a ver. La visibilidad en la carretera garantiza la seguridad, pero es prácticamente imposible ver el paisaje». El viajero agradece delicadamente la información, es lo que tienen las reglas de urbanidad, tenemos que agradecer hasta lo que nos desagrada, y va a consultar sus mapas y guías. Calculó distancias, observó desniveles, y decidió seguir a lo largo del Zêzere, ir antes al Poço do Inferno, que ése, por estar próximo a los ojos, no lo esconderá la niebla, y luego seguir por ahí arriba hasta las Penhas da Saúde. Es lo que puede hacer un viajero cuando el poder de los dioses falla.

Si éste es el Poço do Inferno, y si en el infierno son así los pozos, hay que revisar severamente algunos conceptos que hemos heredado de la tradición. Verdad es que estas rugidoras aguas, cayendo de lo alto, pueden parecerse a algunas de las incomodidades infernales, pero si por allá no hay más nieblas que éstas que se agarran a los picos rocosos, no ve el viajero por qué no ha de quedar un alma condenada mirando eternamente la fulgurante cascada, tal vez con la simple

esperanza de que un rayo de sol, de siglo a siglo, ilumine de transparencias el agua y la espuma y acaricie la cabeza del contemplador como una especie de perdón. Y si al fin fuere perdonada el alma en pena, que le den en el cielo un pozo igual y que sólo le cambien el nombre. No se precisa nada más. El viajero sube por la carretera que va bordeando el río. Va lentamente. Había destinado el día a dar una vuelta entera, y no llega a hacer ni la mitad. Todos los viajes tienen sus contrariedades. Y también sus añagazas, como ésta de llegar a Nave de Santo Antonio y estar todo el cielo limpio allá arriba. En verdad, los dioses barren bien sus altas moradas, pero dejan a los humanos aquí abajo a tientas cuando éstos, inocentes, no piden más que ver el paisaje. El viajero está quejoso. Apunta a Covilhã, se hunde una vez más en las nubes, y, al ver que el caso no tiene remedio, resuelve sacar provecho de la situación: ningún viajero miró con más interés estas suspensas, levísimas masas blancas, ningún otro, seguro, se paró al borde de la carretera para sentirse bañado por ellas, ninguno bajó la cuesta para sentarse debajo de unos pinos y contemplar el invisible valle, el gran mar blanco. He aquí la buena filosofía: todo es viaje. Es viaje lo que está a la vista y lo que se esconde, es viaje lo que se toca y lo que se adivina, es viaje el estruendo de las aguas cayendo y esta sutil modorra que envuelve los montes. El viajero no se queja ya. Vuelve sosegado a la carretera, y de los altos parajes donde ha estado regresa a Covilhã. Alta mora la sierra, pero hoy no recibía visitas.

El pueblo de las piedras

En tiempos de su juventud, el viajero tenía un don que después perdió: volaba. Pero, siendo prenda ésta que lo distinguía radicalmente del resto de la humanidad, la guardaba para las secretas horas del sueño. Salía de madrugada por la ventana y volaba por encima de casas y huertos, y como se trataba de un vuelo mágico, la noche se convertía en día claro, enmendándose así el único defecto de tal navegación. Tuvo el viajero que esperar todos estos años para recuperar el don perdido, quién sabe si por una sola noche, y aun así se lo debe a una última compensación de Endovélico, que, no pudiendo hacer el milagro físico de disipar las brumas, las reconstituyó en el sueño para satisfacción del viajero. Al despertar, el viajero recuerda que ha volado sobre la sierra da Estrela, pero, no habiendo firmeza en los sueños, como suele decirse, prefiere no contar lo que vio para no tener que pasar por el vejamen de no encontrar quien se lo crea.

Abrió la ventana del cuarto, es decir, apartó la cortina, limpió el vapor de agua que se había condensado durante la noche en el cristal, y miró hacia fuera. La sierra continuaba encapuchada de nubes, más bajas aún que ayer: no había nada que hacer. El viajero no puede ir a sacarle la prueba del nueve a la realidad y saber si corresponde a la realidad de lo que soñó. Se resigna, pues, hoy, a viajar por tierras bajas, y, para empezar, da una vuelta por Covilhã, que es ciudad de media altura. Fue a la iglesia de San Francisco, que tiene un magnífico pórtico y poco más de interés: los dos portales en ojiva y las capillas sepulcrales quinientistas. Las estatuas yacentes son correctas, un poco frías, pero el conjunto gana en valor plástico con la penumbra que envuelve aquel rincón. De allí fue el viajero a la capilla de São Martinho, conformándose con verla sólo por fuera. Recientemente restaurada, aún el tiempo no ha podido suavizar las piedras, unir las a otras más antiguas en el mismo tono de piel batida por mucho sol y mucho viento. Es un edificio románico de extrema simplicidad, una casa para congregar fieles sin grandes exigencias estéticas. Pero quien concibió la aspillera que se abre por encima del portal, conocía el valor del espacio y los modos de organizarlo.

De Covilhã el viajero decidió ir a Capinha. No lo llevan allá especiales razones, salvo la vía romana, que sería un ramal de la que, venida de Egitânia, seguía hacia Centum Cellae. En este tiempo, Capinha se llamaba Talabara, nombre que debe de ser pariente próximo de las Talaveras castellanas, si esto no son imaginaciones lingüísticas del viajero, persona mucho menos erudita de lo que a veces puede parecer. Capinha es una aldea agradable y donde fácilmente se encuentra lo que se busca. Pone el viajero pie en tierra, pregunta al primer transeúnte dónde queda la vía romana, y éste lo acompaña, le da indicaciones, tiene que subir por este camino, atravesar unos campos, y allí está. Este transeúnte era el cura del pueblo, hombre joven y abierto con quien el viajero tendrá largas y debatidas conversaciones, caso que no es para contar aquí, pero que aquí comenzó. Vino el viajero de ver la calzada

romana y conoció a un antiguo taxista de Lisboa que le quiso mostrar las fuentes de Capinha, probablemente setecentistas. Es un entusiasta político este hombre, y muy amante de su tierra, de ésta donde vive y de la otra, la general de todos nosotros. El viajero es un hombre rico: allá adonde llega, hace amigos.

Pasa el viajero el río de Meimoa y sigue directo a Penamacor, por tierras que parecen deshabitadas, amplios horizontes de colinas ondulantes y de vegetación dispersa. Es un paisaje melancólico, o ni eso: sólo indiferente, ni la brava naturaleza que resiste a los hombres, ni la benevolencia de la que a ellos se ha entregado ya. En Penamacor, el viajero almorzará al son de la música «disco» (lleva acento para que no haya confusión) en un restaurante decorado según los principios del barnizado rústico. Ni la música ni lo rústico conjugan con quien allá come, pero a nadie sorprende. El batir excesivo que caracteriza a la música disco no ofende a los oídos de aquella familia de Benquerença que allí come (las dos mujeres más viejas tienen rostros de una sorprendente belleza) y el viajero se ha acostumbrado en tierras de aún mayor consumo musical. En cuanto a la comida, ni sí, ni no.

Nunca como en la iglesia de la Misericordia de Penamacor dio tanto la impresión el manuelino de ser una mera aplicación decorativa. La prácticamente nula profundidad del pórtico, así como la prolongación de los recantones exteriores, empiezan por lanzar la arquivolta y, dibujando encima del remate lógico una forma cupular un poco orientalizante, acentúan, dan cuerpo a esa impresión. Sin embargo, es innegable la armonía de los distintos elementos del portal: grecas, ramajes, rosetas, hay que reconocer que hay aquí una originalidad particular. Allá arriba, el castillo juega un poco al escondite con el viajero, que acaba por desistir de llegar a él, tanto más cuanto que un perrazo de porte leonino y estentóreo ladrar ha decidido que por allí no pasa el viajero, él, que no hacía mal a nadie. Pero pudo observar aún con atención los Paços do Concelho, y prefirió dirigirse a la parte baja de la villa. Apreció los arabescos que decoran las columnas de la iglesia parroquial, y se fue.

El camino, ahora, lo lleva a Monsanto. No difiere el paisaje mucho, sólo un poco después, pasado Aranhas y Salvador, se levantan las alturas de Penha Garcia y, al sudeste, y en la misma línea orográfica, Monfortinho. El viajero dobla hacia el sur, lleva su meta y nadie lo apartará de ella. Hay lugares por donde se pasa, hay otros adonde se va. Monsanto es de éstos. Mito nacional, modelo inocente de un portugalismo envenenado por objetivos de ruralismo paternalista y conservador (el viajero detesta los adjetivos, pero los usa cuando no puede pasar sin ellos), Monsanto es menos y más de lo que se espera. Cuenta uno con tejados de pizarra y abunda la teja mediterránea, se imagina tortuosas y oscurísimas callejuelas, resbaladizas en este tiempo húmedo, y lo que es tortuoso no es oscuro, y, cuando no consigue dejar de ser oscuro, intenta disfrazarse con lo pintoresco. El turismo pasó por aquí y recomendó: «Componte, arréglate». Monsanto hizo lo que pudo. Al lado de tantas aldeas de Trás-os-Montes o de la Beira Alta, Monsanto resulta una tierra despejada, si contamos sólo, claro está, con lo que los ojos ven. El viajero ya lo ha dicho, y lo repite: viajar

debiera ser quedarse. En Coimbra, y Coimbra era, deseó entrar en las casas y decir: «No hablemos de la Universidad». Aquí, en cierta y diferente manera, diría: «No hablemos de Monsanto».

Esta vez va poco interesado en las iglesias. Si alguna aparece en su camino, no la va a rechazar, pero no se desviará de su camino para enumerar imágenes, arquivoltas, naves o capiteles. Busca piedras, pero de las otras, de las que ningún escoplo ha golpeado, o, si lo ha hecho, en ellas dejó intacta la brutalidad de la materia. No va a estar en Monsanto el viajero tiempo bastante para saber lo que hay de piedra en las personas; confía en que le sea posible entender lo que de las personas pasó a la piedra. En un caso, se quedaría en la aldea; en el otro, debería salir de ella.

Es camino cimero. Entre la última casa y la cerca del castillo, el reino casi intacto de los pedregales, de los gigantescos amasijos berroqueños, enormes vanos donde cabrían edificios de la ciudad, cuatro enormes piedras, una de ellas casi totalmente enterrada, sirviendo de suelo, dos a los lados, altísimas, y, encima, tocándolas en una superficie mínima, una esfera casi perfecta, como un satélite que hubiera caído de los cielos e, intacto, se posara. De las piedras creía el viajero haberlo visto todo. No lo diga quien nunca ha venido a Monsanto.

Es extraño. No hay casas aquí, y sin embargo apostaría que ha oído rumores de vida, unos suspiros, un resuello. Si fuera de noche, el susto sería grande, pero la luz del día es buena consejera, animadora de corajes fáciles. Estos ruidos no son de gente. Detrás de las piedras hay pocilgas hechas de piedra, también los puercos tienen aquí sus castillos, aunque, desgraciadamente para ellos, no son inexpugnables, porque llegado el día de la matanza no los salvan fosos ni barbacanas.

Estas pocilgas están hechas para durar. Construidas Dios sabe cuándo, con su cerca de puntales, un abrigo circular cubierto de tierra donde la hierba crece, como las fortificaciones de los hombres. Las mira el viajero y piensa que, lavado el interior, refrescada la paja, cada pocilga de éstas es un palacio comparada con los millares de barracas que rodean las grandes ciudades. E incluso en Monsanto habrá habido un tiempo, en que el confort del hombre no habrá sido mucho mayor que el confort del puerco.

Ha dicho el viajero que no anda a la búsqueda de iglesias. Pero aquí hay una que le ha salido al camino y sólo tiene para mostrar cuatro paredes alzadas, desnudas por dentro y por fuera, sin techo. Es la capilla de San Miguel. Está en un rebaje, casi oculta entre piedras que tienen el mismo color y arman sus propias capillas. El viajero vacila: ¿irá primero al castillo, que queda a su derecha, o al templo, arruinado, que a su izquierda está? Se decide por este lado. Desciende por un camino pedregoso. El pórtico es hondo, sin ornatos, y el nivel de la capilla es inferior al del umbral. Se entraba aquí como en una cripta, y la sensación sería aún más impresionante cuando la capilla estaba cubierta, cuando la única luz era la de los cirios y la que venía de la tronera. Ahora, la nave está toda abierta al cielo. Dentro, las hierbas crecen sobre las piedras del suelo natural y los fragmentos de obra tallada. El viajero tiene un buen

catálogo de ruinas, pero ésta, que sin duda lo es también, se resiste a dejarse condenar como tal. Se diría que la capilla de San Miguel no precisa de nada. La construyeron para lugar de culto, y lo fue mientras eso le impusieron, pero su verdadero destino era éste, cuatro paredes levantadas a la lluvia y al sol, musgo y líquenes, silencio y soledad. En la pared norte hay dos arcosolios vacíos, y por el suelo se ven los sepulcros sin cubierta, llenos de agua. Hacia el este está la vertiente del monte, y hasta donde los ojos alcanzan, el valle del río Pônsul y las laderas de Monfortinho. El viajero es feliz. Nunca en la vida ha tenido tan poca prisa. Se sienta al borde de uno de estos sepulcros, acaricia con las puntas de los dedos la superficie del agua, tan fría y tan viva, y, por un momento, cree que va a descifrar todos los secretos del mundo. Es una ilusión que lo asalta muy de tiempo en tiempo, no se lo tomen a mal.

Va ahora al castillo. La puerta queda en una esquina, entre murallas altísimas abiertas por saeteras orientadas de modo que cubran el paso. Sobre las murallas, murallas hay: son las piedras, la coraza propia del monte, los hombros indestructibles de la fortaleza a la que los hombres sólo tuvieron que arrimar lienzos de muro.

Dentro, el asombro. Hay que recurrir forzosamente a la vieja comparación con los cíclopes que estuvieron amontonando berrocales para su placer de constructores o para hundir el barco de Ulises. Barco no hay, placer no se ve cuál, se queda el viajero sin poder hacer comparaciones, sólo con la medida de su propia conmoción, ahora insoportable, dentro de este castillo donde las piedras surgen del suelo como huesos, grandes bóvedas craneanas, nudosas articulaciones.

Va al punto más alto de las murallas, y sólo entonces nota el viento arrebatado que viene de lejos, cierzo frío, tal vez sea él la causa de que se le llenen los ojos de lágrimas.

¿Qué gente vivió dentro de este castillo? ¿Qué hombres y qué mujeres soportaron el peso de las murallas? ¿Qué palabras se gritaron de torre a torre, qué otras se murmuraron en estos peldaños o junto a esta cisterna? Por aquí anduvo Gualdim Pais con sus pies de hierro y su orgullo de maestre de los Templarios. Aquí, humilde gente sostuvo, con los brazos y el pecho ensangrentado, las piedras asaltadas. El viajero quiere oír razones y encuentra preguntas: ¿Por qué fue? ¿Para qué fue? ¿Habrá sido sólo para que yo, viajero, aquí esté hoy? ¿Tienen las cosas tan escaso sentido? ¿O será ése el único sentido que las cosas pueden tener?

Sale del castillo, baja la ladera hacia la aldea. A las puertas están sentados viejos y viejas, es costumbre portuguesa. Estas viejas y estos viejos son parte del sentido que el viajero buscaba. Se junta un hombre, se junta una piedra, hombre, piedra, piedra, hombre, si hubiera tiempo para juntar y contar, para contar y oír, para oír y decir, después de haber primero aprendido el lenguaje común, el yo esencial, el esencial tú, bajo toneladas de historia, de cultura, en fin, como los huesos que aparecen en el castillo, hasta la formación del cuerpo entero portugués. Ah, el viajero sueña y sueña, pero no pasan de sueños, olvidados pronto; ahora va bajando ya a la llanura, y Monsanto allá queda, soledad, viento y silencio.

Cuando el paisaje es bello, gusta andar sin prisa. Éste, visto al ras de lo que es, no haría pararse al más urbano de los viajeros. Con todo, éste, que no es de los más urbanos, va siguiendo como si llevara atraillada una de las grandes piedras de Monsanto o lo prendieran las memorias que allá evocó. Atraviesa Medelim con gran dificultad, viene gente a la carretera a preguntar qué carga es ésa, en fin, pasa todo eso dentro de la cabeza, pero bien podía ser verdad, pues también es cierto que soñando voló.

Aquí fue Egitânia, Idanha-a-Velha se llama hoy. Egitânia parece ser forma visigótica, posterior por tanto a la latina Igaeditania, cosa que al viajero no le importa gran cosa, son sólo maneras de no olvidar que el pasado de las tierras es más amplio que el camino hacia ellas. Esta aldea viene de tan lejos que se perdió en el viaje, tal vez, para su mal, aún se regule por el reloj de sol que en el año 16 antes de Cristo le ofreció Q. Jálío Augurino, de quien nada más se sabe. Son anchas las calles de Idanha-a-Velha, pero tan desnudas, tan abandonadas, que el viajero cree estar en terrenos lunares. Procura la basílica paleocristiana o catedral visigótica, como se la quiera llamar, y encuentra una red de alambres rodeando una ruina. Allí es.

Busca una brecha, la encuentra un poco más allá, donde la red debería ajustarse al muro que ciñe por ese lado el abandonado lugar. Hay señales de que aquí se han hecho excavaciones, se ven grandes cimientos, pero las hierbas lo han invadido todo, y la propia basílica, cerrada, emerge de la broza y los zarzales, mezclando piedras que no significan nada y otras que tal vez signifiquen mucho. Por las rendijas intenta ver lo que allí hay: distingue media columna, nada más. Para quien viene de tan lejos, es encontrar poco. Pero, del lado de fuera, a un nivel más bajo, un poco a la izquierda de la puerta principal, bajo un tosco cobertizo de madera, sin puerta ni candado, está el baptisterio.

¿Quién ayuda a superar esta miseria? La humedad y el musgo limoso corroen la materia friable de las pilas bautismales, aquélla mayor, probablemente para gente adulta, y estas dos, tan pequeñas, con unos lóbulos que parecen sillitas, y que se destinarían a los niños. El viajero se siente arrugado como un diario viejo que hubiera servido de refuerzo a las punteras de unos zapatos. La comparación es complicada, sin duda, pero complicado es también el estado de espíritu del viajero ante este crimen de abandono, de absurda dejadez: se indigna, se entristece, se avergüenza, no quiere creer lo que sus ojos están viendo. Este barracón de obras, que no serviría para guardar herramientas o sacos de cemento, guarda, de la mala manera que se acaba de explicar, un precioso vestigio de catorce o quince siglos. Así cuida Portugal lo que es suyo. El viajero casi se hiere al salir del cercado por la abertura de los alambres. Va a ver la puerta romana, que da a la margen del río Pônsul, y la ve tan bien reconstruida, tan sólida en sus piedras trabadas, que no entiende esos cuidados de aquí y aquel descuido de allá.

Mira el viajero la altura del sol. Considera que ya va siendo hora de retirarse. Baja por Alcafozes, y luego, hacia poniente, toma hacia Idanha-a-Nova, tierra también

antigua, aunque el nombre parezca querer negarlo. No obstante, comparada con su hermana, es una niña: la fundó Gualdim Pais en el año de 1187, siendo rey Sancho I. Del castillo de entonces sólo hay ruinas que el viajero no va a ver. Era lo que faltaba, después de Monsanto. Le quedaron en el recuerdo, a la entrada de la villa, las casas construidas sobre un barranco, y, más allá, el palacio del marqués de la Graciosa, que gracioso es, y poco más. Ya iba saliendo el viajero, cuando le sale al camino un muro y no tiene más remedio que detenerse. Es un murete bajo, que dos veces dice quién es, primero con un corazón atravesado por una saeta hiriente, luego, más explícito, declarando por entero: «Muro de los Enamorados». Están los enamorados de Idanha-a-Nova bien servidos: cuando anden sin suerte ni norte, basta con que encaminen sus pasos a este muro: nunca faltan almas gemelas si en los ruterros sentimentales están marcados los lugares de encuentro.

Le quedaba de camino, y el viajero fue a Proença-a-Velha. No esperaba ver mucho. Estuvo de charla con unas mujeres que en sillitas hacían punto al resguardo de una pared, y siguió luego a apreciar las vistas. El atrio de Proença-a-Velha es amplio, capaz de acoger buenos bailes, si es que en esta tierra se admite convivencia entre lo sagrado y lo profano. Eso no lo ha preguntado el viajero. Decidió dar una vuelta al caer la tarde, contempló el valle del río Torto, que desde allí no se ve el río, pero se adivina si se sabe que existe, y luego se quedó un tiempo largo apoyado a un muro que mejor merecería el nombre del otro, porque de detrás de él venía el más aromático perfume de flores que haya entrado por la nariz del viajero. Comparado con esto, la acacia de Vermiosa es un banal frasquito de colonia.

Hasta Fundão, no volverá a parar. Llega el día a su fin. Después de Vale de Prazeres empieza a verse Cova da Beira. Ésta es tierra de gran fertilidad, y, a esta hora, de gran belleza. Cae sobre ella una neblina que no impide la visibilidad, sólo la diluye, vagos vapores que bajan del cielo o de la llanura suben. En sucesivos planos, las filas de árboles, las áreas cultivadas, se abren a un lado y otro. Es un paisaje de pintura antigua, quién sabe si fue de aquí de donde sacó Vasco Fernandes sus colores, la bruma, y esa suavidad femenina que hace que el viajero se desperece, en este momento olvidado ya Monsanto.

El fantasma de José Júnior

En este hondón en que Fundão está, la noche es fría. Pero si el viajero durmió mal, no fue sólo por eso. Por estos lados, pero no tan cerca, aunque ya aquí presente, anda el fantasma de José Júnior. Es, por otra parte, el único fantasma en el que cree el viajero. Por él irá a São Jorge da Beira, tierra que queda allá, por los contrafuertes de la sierra da Estrela, en plena sierra ya. No conoció el viajero a José Júnior, nunca le vio la cara, pero un día, hace ya muchos años, escribió algunas líneas sobre él. Las motivó una noticia del diario, el relato de una situación pungente, pero no rara en estas tierras nuestras, de ser un hombre víctima de esa forma especial de ferocidad que se dirige contra los tontos de aldea, los borrachos, los desgraciados sin defensa.

En esta época escribía el viajero para el diario que en esta misma villa de Fundão se publica, y entonces, movido por indignaciones tal vez más líricas que racionales, escribió un artículo, una crónica que fue publicada. En ella empezaba por evocar un verso del poeta brasileño Carlos Drummond de Andrade, y luego hacía unas consideraciones morales sobre la suerte de tantos José Júnior de este mundo, los que «llegaron al límite de sus fuerzas, acorralados por la jauría, sin valor para un último, aunque mortal, arranque». Y continuaba: «Otro José está ante la mesa en que escribo. No tiene rostro, es una silueta sólo, una superficie que se estremece con un dolor continuo. Sé que se llama José Júnior, sin más riqueza de apellidos ni genealogías, y vive en São Jorge da Beira. Es joven, se emborracha, y lo tratan como si fuera una especie de bobo. Se divierten a su costa algunos adultos, y los niños le hacen trastadas, tal vez lo apedrean de lejos. Y, si esto no han hecho, lo azuzan con la súbita crueldad de los niños, al mismo tiempo feroz y cobarde, y José Júnior, borracho perdido, se cayó y se rompió una pierna, o tal vez no, y fue a parar al hospital». Y proseguía: «Escribo estas palabras a muchos kilómetros de distancia, no sé quién es José Júnior, y tendría dificultades para situar en el mapa São Jorge da Beira. Pero estos nombres sólo designan casos particulares de un fenómeno general: el desprecio por el prójimo, cuando no el odio, tan constantes allí como aquí mismo, en todas partes, locura epidémica que prefiere las víctimas fáciles. Escribo estas palabras en un atardecer color de madrugada con nubes en el cielo, tengo ante los ojos un resquicio por donde se ve el Tajo, en el que hay barcos lentos que van de orilla a orilla llevando gente y recados. Y todo esto parece pacífico y armonioso como dos palomas que se posan en la barandilla y susurran confidencialmente. ¡Ah, esta vida preciosa que va huyendo, tarde mansa que no serás igual mañana, que no serás, sobre todo, lo que ahora eres! Entretanto, José Júnior está en el hospital, o habrá salido ya, y arrastra la pierna coja por las calles frías de São Jorge da Beira. Hay una taberna, el vino ardiente y exterminador, el olvido de todo en el fondo de la botella, y, como un diamante, la embriaguez victoriosa mientras dura. La vida va a volver a su inicio. ¿Será posible que la vida vuelva a su inicio? ¿Será posible que los hombres maten a José Júnior? ¿Será posible?». ».

Así acaba la crónica, pero la vida no volvió al principio: José Júnior murió en el hospital. Ahora, el viajero se siente llamado por un fantasma. Irá a São Jorge da Beira, ya los mapas le han dicho dónde está, no lleva recriminaciones ni sabría a quién dirigir las. Quiere, sólo, recorrer las calles donde aquel caso aconteció, ser, él mismo, por un rápido segundo, José Júnior. Sabe que todo esto son idealizaciones del sufrimiento ajeno, pero lo hace sinceramente, y no se le puede pedir más.

De aquí hasta allá, el camino es grande. Cada tierra tiene su lugar y tendrá su tiempo. Veamos antes Fundão, donde estamos, o mejor, veamos de Fundão lo que el tiempo disponible consienta, el altar mayor de la iglesia parroquial, con su talla dorada, particularmente los paneles pintados del techo, de factura popular o taller secundario. Entiende el viajero que es hora ya de prestar atención a estas pinturas menores, buscar en ellas las notas de mínima o de osada originalidad, que de ambas hay. Al lado de los grandes pintores, identificados o no, deben ser colocados estos pequeños artífices, no siempre epigonales, no siempre copistas obedientes. Está Portugal lleno de pintura menor que requiere estudio mayor: acéptese la modesta proposición del viajero. Digno de ver es el crucero de la capilla de Nossa Senhora da Luz, el que podríamos llamar Crucifijo de los Dos Dolores: a un lado está Jesús crucificado, al otro su madre.

Va ahora camino de Paul, para bajar luego hasta Ourondo, desde donde apuntará a la sierra. Paul tiene para mostrar, en cuanto a arte, el techo pintado de la iglesia parroquial. Es un *trompe-l'oeil* convencional, como suele serlo este tipo de pintura, pero encontrarlo aquí, en el corazón de la Beira, es tan insólito como el encuentro surrealista de la máquina de coser y el paraguas en la mesa de operaciones. Estos raptos de falsas arquitecturas se usan en palacios, no en modestas iglesias como ésta, donde en este momento una catequista apacienta a una ronda de chiquillos que van de estación en estación diciendo las oraciones que corresponden a la circunstancia. La entrada del viajero, su vago mirar, distraen la lección práctica de catequesis: la grey mira llena de curiosidad al intruso, y da con retraso y desatención las respuestas debidas. Antes de que el desastre vaya a más, el viajero se retira.

En Ourondo se habría quedado mucho tiempo si tuvieran confirmación moderna las antiguas historias de que es tierra donde el oro se cogía a puñados, y de ahí le vino el nombre. No es que ande uno soñando con riquezas, pero al viajero nunca le ha ocurrido dar con pepitas a patadas, bien fuera en yacimiento a cielo abierto o en mina, y, si así fuera, ya verían con qué donaire de prospector arañaría estos cabezos o sondearía estos arroyos. Bueno es que el viajero no se distraiga: el camino va subiendo sin pedir permiso, bordea ásperas y peñascosas laderas. Hay grandes pinares y sobre ellos el cielo está blanco: una sola nube sin principio ni fin. No llueve. Allá abajo, muy al fondo, pasa el río de Porsim. Si cada cosa naciera con su pareja, debería de haber por aquí un río Pornão. No lo hay, que lo diga el mapa, tal vez para confirmar el nombre. Empieza el viajero a recordar más gravemente a José Júnior, cuando, de pronto, aparecen, asomando por encima de las elevaciones naturales, dos

montañas, cada una con su color, ceniciento y amarillo quemado, sin una brizna de hierba en ellas, sin una rama de árbol, ni siquiera una roca, de estas que por todas partes surgen y se inclinan sobre la carretera. Son los montones de detritos de las minas de la Penasqueira, separados según su composición y color, dos masas gigantescas que avanzan sobre el paisaje y lo van comiendo desde fuera en la misma proporción en que va siendo la tierra roída por dentro. Para quien no lo espera, la aparición súbita de estos montes es un impacto, sobre todo porque, a distancia, nada hace adivinar aquí trabajos de mina. Es más allá, cerca del pueblo, donde en la ladera se ven las entradas hacia el interior de la montaña. Aquí fuera hay un limo blancuzco, casi fluido, que corre hacia la otra vertiente. El viajero no entrará en la mina, pero de ella le queda la imagen exterior de un infierno húmedo y viscoso donde los condenados quedan enterrados hasta las rodillas. No es, desde luego, eso, pero tampoco será mucho mejor.

De aquí a São Jorge da Beira hay tres kilómetros. Traza la carretera una curva, otra ya en las primeras casas, y la aldea aparece de pronto entera, lanzada cuesta arriba como si hubiera sentido grandes proyectos de ascensión y le faltaran fuerzas pasado el primer impulso. Fue aquí donde vivió José Júnior. Es una tierra sosegada, tan lejos del mundo que la carretera que consiguió llegar hasta aquí ya no lleva más allá. Al viajero le parece imposible que por estas empedradas calzadas, vacilando por estos peldaños de pizarra, rozando los ásperos tejados, hubiera andado un hombre agredido con palabras y golpes, perdido de borracho, o borracho perdido, que son perdiciones diferentes, sin que viniera nadie a separar al débil de los fuertes, al perseguido de los perseguidores. O quizá vino alguien, y no fue suficiente su venida. La mano que ayuda, desayuda si pronto se retira. No habrá faltado quien diera buenos consejos a José Júnior y quien advirtiera a sus verdugos. Tampoco habrá faltado quien le pagara el vino a José Júnior para divertirse luego a costa de él. En tierra tan desprovista de todo, estúpido sería perderse una diversión gratis: el bobo colectivo. Pero el olvido voluntario es una gran ayuda: a tres personas preguntó el viajero si habían conocido a José Júnior, y nadie se acordaba. No nos sorprenda: cuando no soportamos vivir con los remordimientos, los olvidamos. Y es por eso por lo que el viajero sugiere que en la esquina de una de estas bellísimas calles, o incluso en cualquier oscura travesía, se ponga una placa, media docena de palabras nada dramáticas, por ejemplo: Calle de José Júnior, hijo de esta tierra. Cuando aquí volvieran otros viajeros, la Junta parroquial mandaría a alguien a explicarles quién fue José Júnior, y por qué está ahí su nombre.

Este viajero no encontró al fantasma. São Jorge da Beira seguía su vida, rodeado de pinares y barrancos, cubierto por un cielo blanco que no empieza ni acaba. Mañana tal vez nieve por aquí, o más allá, en el interior de la sierra, adonde el viajero no puede ir. Tampoco habrá salido muy lejos de aquí José Júnior. Quizá por eso no ha encontrado su fantasma el viajero. Siendo fantasma, se aprovecha. Además, está demostrado que los fantasmas no beben. Y, si existen, seguro que se ríen de nosotros.

El viajero volvió por donde vino. Almorzó en Fundão, fue a ver el surtidor de los ocho caños y siguió hacia Donas, allí al lado. Aquí, lo más importante que hay que ver queda a un lado, y así se facilita la visita. En la iglesia parroquial andaban unas mujeres empeñadas en grandes fregoteos, y no debió de haberles complacido la aparición del visitante. Lo miraron desconfiadas, como si fuera de la inspección de trabajo y quisiera comprobar la hoja de salarios. El viajero sabe que estas obras son gratuitas, se hacen a mayor gloria de la iglesia y por la salvación del alma. No teniendo el lugar mucho que mostrar, pasó a la capilla lateral de Pancas, con buena ornamentación manuelina. Manuelina es también, y sumamente elegante, la Casa do Paço. Perteneció a la familia del cardenal Jorge da Costa, el célebre Alpedrinha, que vivió más de cien años y está enterrado en Roma, en un magnífico sepulcro. Era ambicioso el cardenal. Le gustaba el dinero, y el lujo, y el poder. Lo tuvo todo. Fue prelado en Évora, arzobispo en Lisboa, cardenal *de nomine*, y habiendo pasado a Roma en 1479, de donde nunca más volvió y donde murió en 1508, recibió allí los títulos de obispo albanense, de obispo tusculano y de obispo portuense y de Santa Rufina. Y fue arzobispo de Braga sin salir de Roma. El viajero está pasmado, y se pregunta a sí mismo cómo fue posible que el árbol evangélico diera frutos de éstos, y lleva como consuelo el que no fueron manos de Alpedrinha ni de sus orgullosos parientes las que levantaron en suelo de Donas la hermosa Casa do Paço. Sospecha el viajero que las mujeres que andaban fregando la iglesia serán descendientes de los albañiles que alzaron aquellas paredes y labraron las piedras de la puerta y de las ventanas. Alguien tendrá que decírselo.

De Donas a Alcaide, es un salto. La belleza del camino lo hace aún más corto, pese a los accidentes del trayecto, que incluyen dos pasos a nivel y un puente. Estaba cerrada la iglesia de San Pedro, pero el sacristán, hombre viejo y urbanísimo, vino a abrirla diligente. Al viajero le parece que se está burlando, pero no, habla muy en serio, vaya quien quiera a Alcaide y vea cómo este hombre abre una puerta, se queda uno lleno de respeto por un acto tan sencillo como ése parece ser. La iglesia es amplia, y los ocho pilares de granito le dan un aire algo severo, aunque no frío. Espléndido el arco románico de la capilla mayor, tapado desde el siglo XVII, cuando se hicieron obras de restauración, y que ha sido puesto al descubierto recientemente. De esa misma época debe de ser una imagen de Santa Ana con la Virgen al cuello, niña aún, y a quien está enseñando a leer. No es obra de particular valor artístico, y pasaría sin especial referencia si no fuera porque toda la figura central recuerda al viajero la profana figura del ama de Julieta, la del drama de Shakespeare. Habrá tantas amas de Julieta cuantas sean las intérpretes de este papel, serán flacas o gordas, altas o bajas, rubias o morenas: para el viajero, el ama que llevó al cuello a Julieta Capuleto, y luego se vio metida en todos aquellos trabajos, es esta figura rolliza, tan maternal y simple, a quien su hija parece querer deshacer la toca mientras señala al libro del futuro y, naturalmente, se asusta con lo que ve. Le contará Santa Ana a Julieta Capuleto, una vez ido el viajero, una historia que la distraiga: Érase una vez...

Por este lado está la sierra da Gardunha, que remata la Cova da Beira. El viajero tiene que contornearla, subiendo, y de repente aparece ante él la nube de la sierra da Estrela transportada hacia aquí, y peor, es nube, niebla y lluvia todo junto, cómo se ha puesto aquí este tiempo, si allá abajo no había más que un cielo algo deslucido. Deben de ser efectos locales, la prueba es que aún antes de Alpedrinha se disipó el nubarrón, se quebró la nube, pasó la lluvia.

En Alpedrinha nació el cardenal. Allí están sus armas, en el frontis de la capilla do Leão, también llamada Santa Catarina. Al viajero le convendría haber llegado antes. Aunque lejos ya, el temporal que atravesó la sierra apagó parte de la luz del día. Claramente se ve, pero hay más que andar, y por eso, y también porque Alpedrinha parece un desierto, el viajero sólo paseará por sus calles para sentir la fascinación particular de una decadencia que se niega a contemporizar con otros modos de vivir. Es una impresión sólo subjetiva que le dan quizá las calles por donde pasa, puertas cerradas, ventanas que no se entreabren, cortinas que no se mueven. Pero, frente a la iglesia parroquial, hay un grupo de muchachas con libros escolares, deben de haber salido de la última clase del día, se reunieron aquí, miran al viajero con curiosidad e ironía, es una sensación extraña ser observado así.

Allá arriba está la fuente del rey João V. El viajero quiere ver al menos el juanino fontanal, si no es pecado de lesa majestad darle este nombre, y, acercándose a él, confiesa que es una imponente construcción, que hasta parece imposible cómo un simple hilo de agua exigió tanta piedra tallada y esculpida. No todas las aguas nacen con la misma suerte. Ésta es recogida en los altos de la sierra, entre matojos y berrocales, viene descendiendo de cascada en cascada, y, donde antes corría derramada hasta el río de Alpreade, le pusieron los arquitectos reales su juego de albercas, canalillos y escalones, consiguiendo que tenga menos importancia la linfa que la imperial corona que domina el conjunto. El viajero lo mira todo desde arriba y sonríe ante la irreverencia de unos chiquillos que por aquellas piedras saltan, mientras una voz de mujer grita: «Tened cuidado». Pero debía haber un tiempo para todo. Estaba el viajero sonriendo, y ahora se impacienta porque precisa que haya un silencio sobre esta ciudad adormecida, que no despierta porque jueguen unos chiquillos y grite la madre de ellos, pero sólo en expectativa total se entregará a quien en ella entre. El juego no acababa, la madre no callaba con su monótona recomendación, y el viajero tuvo que retirarse, fue sólo a ver las ruinas del palacio, los fogariles y urnas de la entrada, las ventanas, tapiadas unas, otras abiertas hacia el cielo lechoso. Siguió bajando hasta la carretera y, cuando allí llegó, miró hacia atrás. Extraña villa ésta. La carretera le pasa al pie, la corta por el medio, y aun así es como si pasara entre dos muros que nada dejaran ver. No faltan poblaciones escondidas, pero esta Alpedrinha es secreta.

Cae ceniza húmeda del cielo. Todo el paisaje se ha vuelto misterioso. Parece que va a anochecer rápidamente, pero no, hay aún bastante luz del día, es una luz suspensa, como si el que la transportara se hubiera parado para dar tiempo al viajero a

llegar a Castelo Novo. Es un favor que el viajero le quedará debiendo hasta el fin de su vida. A esta hora, bajo esta luz milagrosa, no puede haber paisaje que se le compare. La carretera, abandonada ya la que sigue hacia Castelo Branco, traza una amplia curva y atraviesa toda la parte baja del río de Alpreade. Esto, dicho así, no es nada, no puede representar la bruma que flota sobre los campos, los árboles en el fondo de las vertientes de la Gardunha, y sobre todo la luz, la luz indefinible que es casi sólo lo que queda del paso de ella, no sabe el viajero cómo explicarlo. Declare que no lo sabe, confiese que no puede.

Castelo Novo es uno de los más conmovedores recuerdos del viajero. Tal vez un día vuelva, tal vez no vuelva nunca, tal vez evite volver, sólo porque hay experiencias que no se repiten. Como Alpedrinha, está Castelo Novo construido en la falda de un monte. De allí hacia arriba, atajando, se llegaría pronto al alto da Gardunha. El viajero no volverá a hablar de la hora, de la luz, de la atmósfera húmeda. Pide sólo que nada de esto sea olvidado mientras por las empinadas calles sube, entre las casas rústicas, y otras que son palacios, como éste, seiscentista, con su pórtico, su balconada, el arco profundo de acceso a los bajos, es difícil encontrar construcción más armoniosa. Quedan, pues, la luz y la hora, ahí paradas, en el tiempo y en el cielo. El viajero va a ver Castelo Novo.

Éste es el Ayuntamiento, la Casa da Cámara, románica, construida en tiempos de don Dinis. El viajero se dispone a protestar contra el surtidor que fue puesto allí por don João V, pero se contiene y modera, ve cómo el románico digirió y absorbió este barroco, o cómo el barroco se dejó sujetar por el románico, que había llegado primero. Júntese la picota manuelina y están aquí tres épocas: los siglos XIII, XVI y XVIII. Sabían trabajar la piedra esos hombres, y respetar el espacio, tanto el próximo como el distante: si así no fuera, tendríamos aquí grandes e irreconciliables querellas arquitectónicas.

A una viejecita que a la puerta aparece, le pregunta el viajero dónde queda la alberca. La viejecita es sorda, pero entiende si le hablan alto y de frente. Cuando entendió la pregunta, sonrió, y el viajero quedó deslumbrado, porque los dientes de ella son postizos, y aun así la sonrisa es tan verdadera, y se le ve tan contenta de sonreír, que dan ganas de abrazarla y pedirle que sonría otra vez. Oyó la explicación, pero habrá entendido mal, porque se perdió en el itinerario. Preguntó a unos mozuelos, no lo sabían, es lo habitual en las generaciones nuevas, saben otras cosas. Volvió a preguntar más allá. Le dijeron: «Baje por esa calle, hay ahí una placita, en la esquina hay una tienda, pregunte y allí se lo dirán». Bajó el viajero la calle, vio la plaza, fue a la tienda, le dio las buenas tardes al tendero y repitió su pregunta. El tendero es un hombre bajo, con algo más de pelo que el viajero, pero también de más edad. Viene, solícito, y es la bondad que sale del mostrador y se aproxima, y van ambos conversando sobre Castelo Novo, se le llenan los ojos de lágrimas a este hombre al hablar de su tierra, y, doblando una calle hacia arriba, allí está la alberca, la *lagariça*, bastaría una indicación sencilla sin salir de la tienda, si la tierra fuera

diferente y otro el hombre. En lo alto de la piedra, mirando aquel estanque poco profundo, concha abierta a pico en la roca dura, el viajero oye las explicaciones: «Servía en tiempos antiguos para pisar uva, tiene ahí un agujero que da a aquella pila, allá abajo». El viajero se pone a imaginar a los hombres del lugar, descalzos, remangados hasta la rodilla, pisando la uva, diciendo picardías a las mujeres que pasaran, con el jovial desahogo que el vino da, hasta cuando sólo es mosto. Si hay otro lagar así en el país, el viajero no lo conoce, pero es posible que sí: está aún lejos el día en que sepamos todo lo que tenemos.

El viajero ya ha dicho quién es, y el guía lo dice también: José Pereira Duarte. Tiene los ojos claros, es un hombre sensible, que lee. Más bajo que el viajero, lo mira como quien mira a un amigo a quien no viera desde hacía mucho tiempo, y toda su pena, dice, es que su mujer esté enferma, en cama: «Si no, me gustaría que estuviera un rato en mi casa». También al viajero le gustaría quedarse en Castelo Novo, pero no puede ser. Bajan los peldaños de la alberca, se despiden en la plazuela, es un abrazo verdadero, como la sonrisa de la viejecita, que parece haberse quedado a la espera, en el umbral, para decirle adiós al viajero. Será esto otro sueño, no es posible que haya una bondad así: vaya a Castelo Novo quien no lo crea.

Bruma, ceniza sobre verde, hora parda que, al fin, se despide. Cuando el viajero entra en la carretera que lleva a Castelo Branco, anochece ya. Se comprende: la luz ya no era necesaria.

Hic est chorus

En Castelo Branco, todos los caminos van a dar al jardín del Palacio episcopal. El viajero puede, pues, sin ningún riesgo, extraviarse, perderse por otros lugares, ir, por ejemplo, al castillo, que es una escasa ruina, y tener ahí el primer disgusto: está cerrada, cercada y vedada la iglesia de Santa María, donde yace el poeta João Ruiz de Castelo Branco, a quien levantaron estatua allá abajo, en el Largo do Municipio. Quería el viajero, que tiene mucho de estas flaquezas sentimentales, decir junto a la piedra tumbal aquellos maravillosos versos que desde el siglo XVI han venido sonando, y expresando cada vez, indiferentes al tiempo, el gran pesar de la separación amorosa: *Senhora, partem tão tristes / Meus olhos, por vós, meu bem / Que nunca tão tristes vistas / Outros nenhuns por ninguém...*^[13] Quería el viajero practicar Quería el viajero practicar este acto sentimental, pero no se lo consiente la red de fortísimo alambre que rodea un gran espacio alrededor de la iglesia. Parece que encontraron aquí algunos vestigios arqueológicos, y, mientras se excava y no se excava, que se queden fuera los visitantes. No tiene esta red flaquezas como la de Idanha-a-Velha, y aunque las tuviera, dónde está el beneficio si están cerradas con siete llaves las puertas.

El viajero baja por la ciudad vieja, Rua dos Peleteiros abajo, y, para consolarse con la decepción, va murmurando: *Tão cansados, tão chorosos, / Tão doentes da partida, / Da morte mais desejosos / Cem mil vezes que da vida*^[14]. Hay fortunas literarias que en poca abundancia numeral se asientan, como es el caso de João Ruiz (o Rodrigues) de Castelo Branco, que, habiendo hecho muy poco más que estos sublimes versos, será recordado y repetido mientras haya lengua portuguesa. Un hombre viene a este mundo, da dos vueltas y se va, fue cuanto bastó para modelar y dar cuerpo a una expresión de sensibilidad que después se incorpora a comportamientos colectivos.

Cuando iba así reflexionando, se halló de pronto el viajero frente a la catedral, que no sabe qué hacer con la inexpresiva fachada que le pusieron. Dentro, tampoco hicieron grandes primores los que tuvieron por misión enriquecer en artes el templo a San Miguel consagrado: confiemos en que la magnanimidad del arcángel les perdone el desdén. Muchos otros perdones serán necesarios, y del pecado de la soberbia no se libra ni el obispo don Vicente, que sobre la puerta de la sacristía mandó colocar su blasón, que es, para decirlo todo en tres palabras, un delirio de piedra. Cristo tuvo como único emblema una dura cruz, pero sus obispos van a provocar atascos en el cielo con esos rompecabezas heráldicos, que van a dar que hacer para toda la eternidad.

Este lado de la ciudad es tan provinciano, o provincial, para eliminar lo que pueda ser entendido como peyorativo en la primera palabra, que el viajero tiene dificultad en admitir que alrededor de estas calles y plazuelas haya señales de vida moderna,

febril y agitada, como se dice. Es una impresión que le queda a uno y que no modificará en toda su vida.

Poco a poco, se va aproximando al jardín del pazo. Está aquí el crucero de São João, piedra hecha encajes, vaciada como una filigrana, donde, por más que se busque, no se encontrará una superficie lisa. Es el triunfo de la curva, de la espiral, de la eflorescencia. Pero este crucero, desamparado en una amplia plaza de paso lateral, aparece ajeno al espacio que lo circunda, como si hubiera sido víctima de un trasplante mal pensado. Supone el viajero que siempre ha estado ahí. No obstante, en un momento dado, parece que el crucero se consideró desligado del resto de la plaza: desdeñó o fue desdeñado.

El viajero pasa junto al jardín, pero aún no entra en él. Va primero al museo, donde espera ver una buena muestra arqueológica, la reconstrucción del arte rupestre del valle del Tajo, con el hercúleo cazador que lleva a hombros un venado, y, mucho más próxima, la delicada estatuilla romana. Se entenece el viajero ante la evocación de la diosa Trebaruna, a quien Leite de Vasconcelos dedica tan malos versos y tan sincero amor, y registra el documentado caso de gemelos siameses ilustrado de manera realista en esta losa sepulcral, desgraciadamente mutilada. No es un gran museo éste de Castelo Branco, pero se ve con placer. Magnífico aquel *San Antonio* atribuido a Francisco Henriques, con su rostro de hombre sencillo, sosteniendo el libro en que el Niño se sienta, a quien no se atreve a tocar. Su rostro, de dura barba mal rapada, está rendido, los párpados le caen, y queda más que de manifiesto que este fraile rústico no es el magnífico orador que evangelizó a los peces ni corresponde a su humildad el fondo suntuoso del panel, con su columna de pórfido y la enramada tapicería. El viajero observa en aquella pintura, también del siglo XVI, al ángel anunciador que entra por la ventana hecha a su medida, más colibrí que mensajero, y se complace en dos pensamientos que tienen cada uno su camino. El primero es del interés que tendría un estudio de los mosaicos que surgen en las pinturas quinientistas, y también antes y después de ese siglo áureo de nuestras artes: cree que de ahí se extraerían datos de cronología, de proximidad de motivos, de influencia recíproca entre los talleres de pintura y los talleres de mosaicos. Seguro que el potencial informativo de estos elementos estructurales y de decoración no se agotó con el descubrimiento de Almada Negreiros sobre la disposición de los paneles de San Vicente de Fora. En cuanto al segundo pensamiento, es posible que desagrade a gente remirada en puntos de ortodoxia religiosa. Se trata de la frecuencia con que en estas Anunciaciones el pintor insiste en mostrar la alcoba de dormir, enmarcándola bajo un arco rebajado, como en este caso, y apartando pesados cortinajes, como en otros casos acontece. Verdad es que a estas alturas estaba ya casada la Virgen con San José, pero siendo incorpóreo el descenso del Espíritu Santo, el lecho está de más, salvo si, como cree el viajero, no pudiera olvidar el pintor, y así lo denunciara, que en aquel lugar, en general, son concebidos los hijos de los hombres. Tras haber elaborado dos pensamientos originales, fue el viajero a ver la sección de etnografía,

donde notó la vetustez de las urnas electorales, la delirante máquina para la extracción de números en los sorteos militares, y los utensilios de laboreo, el telar primitivo. Al lado hay magníficas colchas regionales, se oyen detrás de una cortina voces de las alumnas bordadoras, a esta hora está el viajero arrepentido de no haberla apartado para dar los buenos días a las que estaban dentro. En otra sala están las banderas de la Misericordia, pero tan repintadas que no se sabe cómo sería la primitiva.

El viajero entró por la planta baja y sale por la escalera del primer piso, que descende con el aire más episcopal que puede. Y, ahora sí, va al jardín a pasear. En Monsanto habita el pueblo de las piedras, aquí es una galería de ilustradas figuras, angélicas, apostólicas, reales, simbólicas, pero todas familiares, al alcance de la mano, en la franja de los bojes recortados. No sabe el viajero si en el mundo existe otro jardín así. Si existe, lo copiamos bien; si es éste el único, debería ser loado como tal. Un único pero se le pone: no es jardín para descansar, para leer un libro, quien entra tiene que saberlo. Cuando los antiguos obispos venían aquí, sus fámulos traían sin duda la sillita para el reposo y la oración, de acuerdo con la respectiva necesidad, pero el viajero común entra, da todas las vueltas que quiera, por el tiempo que quiera, y sólo se podrá sentar en el suelo o en los peldaños de las escalinatas. Estas estatuas son magníficas, no por su valor artístico, ciertamente discutible, sino por la ingenuidad de la representación transmitida por un vocabulario plástico erudito. Aquí están los reyes de Portugal, reyes todos de baraja que recuerdan al reyezuelo de Salzedas, y aquí está ese patriótico desquite que consistió en representar a los reyes españoles a escala reducida: como no podían ser ignorados, los menguaron. Y tenemos ahora las estatuas simbólicas: la Fe, la Caridad, la Esperanza, la Primavera y las otras estaciones, y aquí, en este rincón, obligada a volverse contra la pared, la Muerte. A los visitantes, claro está, no les gusta. Le meten en las órbitas vacías bolitas masticadas de chicle, le ponen colillas en las comisuras de la boca. Es de suponer que la Muerte no dará importancia a los insultos. Bien sabe ella que cada cosa tiene su tiempo.

El viajero concluyó su paseo, contó los apóstoles, vio el pequeño estanque del encharcado jardín, diseñado como un mantel de altar, y, habiendo regresado a la plaza del Municipio, no encontró semejanza alguna entre la estatua de João Ruiz y sus versos: lo que allí hay es un maniquí que muestra cómo vestían los hidalgos de la época, y no un hombre que supo escribir: *Partem tão tristes os tristes, / Tão fora de esperar bem, / Que nunca tão tristes vistes / Olhos nenhuns por ninguém*^[15]. Parte también el viajero. No va ni triste ni alegre, sólo preocupado con los nubarrones que asoman por el norte. Va a resultar mojado este viaje. Y es en este momento cuando la mano severa de la Historia sacude al viajero por el hombro, lo despierta del devaneo en que ha caído desde que entró en Castelo Branco: «Quien sus huesos dejó en la iglesia de Santa María, quien en la plaza está en efígie, no es el poeta, mi querido amigo, sino Amaro Lusitano, médico, que el mismo nombre tuvo, pero no hizo

versos». Despechado, el viajero para el coche, tira a la calle a la inoportuna autoridad, y prosigue su viaje, murmurando las palabras inmortales de João Ruiz de Castelo Branco, huesos que son y estatua de poesía.

Hay que decir, por amor a la verdad, que el viajero ha elegido los peores caminos. Teniendo allí a mano la carretera que lo llevaría derechamente a Abrantes, prefirió adentrarse por las alturas del Moradal y de la sierra Vermelha, donde se habían dado cita todas las nubes y lluvias de esta inconstante primavera. Hasta cerca de Foz Giraldo, el tiempo apenas amenazó. No obstante, por todo el camino que va desde aquí a Oleiros, la lluvia cayó a espuertas, y en lo alto de la sierra do Moradal podía jurarse que caía directamente de la nube, sin aquella desamparada caída que siempre tiene. Es éste un camino de gran soledad: decenas de kilómetros sin alma viva, montes sobre montes, cómo puede ser tan grande un país tan pequeño.

En Oleiros le gustó al viajero ver las imágenes que están en la iglesia parroquial, aunque haya algunas indecorosamente repintadas, como aquella Virgen de piedra que sostiene en la mano derecha un ramo de flores, que, en vez de su color simple y natural, aparecen por igual cubiertas de purpurina. Por otra parte, también así se muestran las tallas. Pero la iglesia de Oleiros bien merece la visita, habiendo como hay otras imágenes menos agredidas por la furia retocadora, y también el techo pintado y los azulejos de la capilla mayor.

Oleiros está entre dos sierras: la de Alvelos, al sudeste, y la Vermelha, al noroeste. En medio corre el río de Serta, ahora de aguas tumultuosas. El viajero tiene su meta: quiere ir a Alvaro, tierra a la que sólo por este lado se llega, y para eso tiene que subir la sierra Vermelha. No es muy alta la sierra, ni extensa, si con otras se compara, pero tiene una particular grandeza hecha de severidad, de soledad casi angustiada, con sus profundos barrancos, las laderas cubiertas de brezo, a lo que tal vez deba el nombre que tiene. Las nubes bajas ayudan a crear una atmósfera de mundo intacto, donde todos los elementos aún anduvieran mezclados y donde el hombre sólo pudiera entrar con lentos y calculados pasos, para no perturbar la formación primera.

Después de empezar a descender hacia Álvaro, el viajero no fue lejos. La carretera, en obras, era más bien río de barro que camino de coche. La lluvia no paraba de caer, ahora menos fuerte, o al menos de eso quería convencerse el viajero. Pero un conductor de excavadora que allí estaba, abrigado en la cabina, le advirtió: «Si sigue, va a tener problemas». Si tuviera allí el viajero una paloma mensajera, habría mandado un recado a Álvaro, pero, como no la tenía, no tuvo más remedio que volverse atrás, seguir a lo largo de la cresta de la sierra, otra vez el brezo cubriéndolo todo, negros y profundos berrocales, sólo faltaría que hubiera por aquí salteadores.

En la Serta ya no llueve. Las carreteras, de aquí para abajo, son estrechas y toscas como senderillos de hormigas. Cierto es que, a la escala del mundo, el viajero no pasa de ser tampoco más que una hormiga, pero preferiría más amplitud, menos piedra suelta, menos baches; quien por aquí pase no va a creer que existen el asfalto y el hormigón. Y como las desgracias nunca vienen solas, se equivocó el viajero de

camino y pasó de largo por Sardeal, sin particular provecho que le sirviera de compensación. En fin, andando andando, sin más día ya, llegó a Abrantes.

Ya son tierras del sur. Desde la ventana de su cuarto el viajero ve el Tajo, reconoce el ancho fluir que, aquí o allá, lo viene acompañando desde la infancia, y teme no saber decir de él y de las tierras que él baña cuánto las ama. Pero esto han de ser cuidados para más tarde. Primero ha de volver a las tierras litorales que atrás quedaron y que le están llamando. Ahora se contenta con este acabar del día, casi sin nubes, y mira, pensativo, las grandes llanuras del sur.

De esta ciudad se dice, o para otras comparaciones se aprovecha, el dicho: «Todo como antes, cuartel general de Abrantes». El viajero sabe poco de cuarteles generales, pero de Abrantes se dirá que, si todo estuviera como antes, otro gallo le cantaría, artísticamente hablando. Anduvieron por aquí sañudamente a martillazos, destruyendo a diestro y siniestro sin que de donde algo bueno había saliera nada mejor. Son desgracias muy nacionales, pero notorias por haber sido Abrantes punto de enlaces históricos, sin que de ellos, prácticamente, se vea rastro. Y hay también algunas fatigas de constructor, como el que le falte una torre a la iglesia de San Vicente y estén por rematar las dos de San Juan Bautista, cosa que ha de deberse sin duda sólo a agotamiento pecuniario. En San Vicente no puede el viajero entrar, pero le dio una vuelta atenta, apreció los rústicos arbotantes que refuerzan los muros laterales, sonrió al minúsculo campanario que sustituye a la torre que falta y, no teniendo más que ver, se fue a la iglesia de San Juan Bautista. Queda ésta en una plaza esquinada de planta y nivel, que la ahoga, pero también la rodea de cierta intimidad. El viajero no estimó particularmente la arquitectura filipina, y le parecieron incongruentes los tres púlpitos: filipina se dice por haber sido iniciativa de Felipe II la reedificación del templo, con el inadecuado gusto de las columnas jónicas, de un renacimiento tardío y nada convincente, y en cuanto a la incongruencia de los púlpitos, es obvia, pues resulta difícil imaginar lo que sería predicar desde aquí tres sermones al mismo tiempo, cuando una sola voz bastaría para llenar el templo. Son misterios de la iglesia que el viajero no se atreve a averiguar.

Si Abrantes sólo tuviera esto, no se perdería nada pasando por abajo y dejando de entrar en la villa, salvo por civil obligación o reposo del cuerpo. No obstante, también aquí se encuentran, en la iglesia de la Misericordia, los admirables paneles de Gregorio Lopes, o que por suyos se tienen, poblados de aquella figuración refinada que distingue al pintor hasta cuando tiene que representar imágenes piadosas. Diferentes son los modelos o el modo de mirar del Maestro de Abrantes, atribución cautelosa de la tabla que se halla en la iglesia de Santa Maria do Castelo, en la que el viajero acaba de entrar. La Virgen de esta *Adoración de los Magos* es claramente una campesina que presenta a su hijo, futuro pastor, a otros campesinos que parecen mal disfrazados con trajes reales.

Y aquí está lo que sobradamente justifica la venida a Abrantes: esta iglesia de Santa Maria do Castelo, donde el Museo de don Lopo de Almeida se instaló hace

cincuenta años. No es grande la nave, el museo no es grande, pero la colección es magnífica. El viajero procura siempre buscar alguien con quien hablar, hace preguntas, pero no siempre recoge en proporción a lo que siembra. En Abrantes fue compensado: el guarda del museo ama lo que guarda, es la niña de sus ojos, y de cada pieza habla como de pariente muy allegado. Al fin ya no se distinguen guía y viajero, son dos amigos, y hablan ambos de la espléndida escultura que representa a la *Santísima Trinidad*, obra de un M. P., imaginista genial, y de estas estatuas romanas, y de los libros iluminados que se guardan en la sacristía. El guarda muestra con delicadeza conmovedora una miniatura de este Livro de Missas, la letra N, si el viajero no recuerda mal, y su dedo apunta a las volutas, a los ornamentos, al brillo de los colores, como si estuviera apuntando a su propio corazón.

Hay un pasadizo que lleva al coro, y por él entran conversando, pero el viajero se queda parado y se niega a dar un paso más hasta saciarse de contemplar, saboreándola por completo, la maravilla que es aquella tabla con un sencillo ornato floral alrededor, y, en medio, en campo liso y despejado, tres palabras enternecedoramente inútiles: *Hic est chorus*, aquí está el coro. Estos escalones no llevan a ningún otro lugar, no había peligro de que se perdieran las almas y los cuerpos de quienes por ellos subieran, y, con todo, alguien creyó que el camino debía ser señalado, único entre todos. El guarda asiente con la cabeza, sonriendo, tal vez nunca lo había pensado, y en el futuro señalará esto también, como hacía con la N del misal. Todo son letras. Y cuando el viajero llega allá arriba es cuando lo entiende todo. En la pared del fondo está el friso superior de un retablo venido de otra iglesia, y en él, dos ángeles, de madera oscura, yerguen el tronco gloriosamente, y el brazo, y sin duda la voz, por eso: *Hic est chorus*, como por toda la nave se está oyendo. Estos ángeles hicieron su propio viaje, son ángeles exultantes. «Mira qué júbilo. Éstos sí que son ángeles jubilosos», murmuraron al lado del viajero.

El guarda acompaña hasta la salida, y desde la puerta indica la piedra donde, según la tradición, Nuno Álvares Pereira se subió a la mula que lo llevaría a Aljubarrota. Va también el viajero hacia allá, es hora de partir.

Entre Mondego y Sado, parar en todas partes

Una isla, dos islas

Por la orillita del Tajo le gustaría seguir al viajero, pero la carretera va por dentro, y sólo más allá, pasado Montalvo, se aproxima, para ofrecer, en vez de uno, dos ríos. Es Constancia la hermosa, más hermosa aún cuando se ve desde la otra orilla, en su magnífico anfiteatro, acastilladas las casas cuesta arriba hasta la iglesia de Nossa Senhora dos Milagres, que es la parroquial. Para llegar hasta allí, precisa el viajero buenas piernas y huelgos largos. Pero este tiempo de clara primavera llena la calzada de un perfume absoluto de rosas, y ni se siente la aspereza de la subida.

Esta iglesia, por el tipo de estatuaria, recuerda ciertas iglesias barrocas italianas y, singularmente, el efecto es acentuado por la pintura del techo, obra de José Malhoa, que muestra a Nuestra Señora de Buen Viaje bendiciendo la unión del Tajo y el Zêzere, con lo cual esta obra se muestra mucho menos naturalista de lo que prometía su vocabulario de escuela. Al pintar este techo, Malhoa se dejó influir por lo que lo envolvía. El viajero apreció los bajorrelieves seiscentistas de madera que vinieron de la ermita de Santa Ana, y en particular, por lo pintoresco de la situación, generalmente representada con circunstancial solemnidad, el *Bautismo de Cristo*, que, aceptando en primer plano la representación convencional, muestra, al fondo, el momento anterior, es decir, a San Juan Bautista sentado, quitándose las botas, y a Cristo quitándose la túnica por la cabeza, desnudo del torso abajo, aunque discretamente encubierto el cuerpo para garantizar la conveniente ocultación. Es una maravilla de gracia, estos muchachos que van a bañarse al río en una tarde de calor, así mostrados, claramente, con la simplicidad del gesto y de un gusto natural de vivir.

El viajero bajó hasta el río, intentó refrescarse en A Flor do Tejo, casa de comidas ribereña bajo tejadillo de cañizo y follaje, como en los merenderos se usan, pero el chiquillo de la casa, infante de cuatro meses, no estaba bien de la barriga y lloraba sin remisión, y el viajero pensó que mejor sería dejar el refresco para otro día e ir ahora a la casa de Camões, que queda un poco más allá. Es lo que dicen, y tanto puede ser verdad como no serlo. Al viajero, hijo de este río, le gusta pensar que por estas márgenes, entre los abuelos de estos sauces, paseó Luís Vaz de Camões, curtiendo o no sus pesares por Caterina. Al fin, ¿qué error histórico se practicaría levantando estas paredes, reconstruyendo aquí una casa provinciana del siglo XVI, con las obras del poeta, retratos tan dudosos como la casa seguiría siendo, vistas de la antigua villa de Punhete, si las hay? No será mayor este error que el de decir: «Dentro de este sepulcro están los huesos de Luís de Camões», como ingenuamente creará en los Jerónimos de Lisboa quien contemple el cenotafio. Tanto merece Constancia tener su Camões como cada uno de nosotros el nuestro. Y el viajero tiene que confesar que, al contemplar esta ruina, vio, con sus propios ojos, la figura de Luís Vaz de Camões bajando las Escadinhas do Tem-te-Bem, con el aire de quien iba a componer unos poemas a la orilla del río.

El viajero, cuando en Abrantes se declaró poco sabedor de cuarteles generales, creía aún poder ocultar que nada entiende de artes militares, pero ahora, ante el castillo de Almourol, viéndolo desde esta orilla donde, a la sombra de los olivos, hay soldados refocilándose y leyendo fotonovelas, considera, en su definitiva ignorancia, que esta fortificación no debe de haber servido de mucho a Gualdim Pais y a quienes después vinieron. ¿Qué defendía el castillo? Aguas arriba o aguas abajo, pasarían los moros en batel si no hay vanos practicables y estando, como está, desguarnecida la orilla norte; y en un cerco en buena y debida forma, impedidos los sitiados de bajar a pescar mureles al río, poca resistencia iba a haber allá dentro, en cuanto empezara a faltarles harina para las hogazas. Pero el castillo está aquí, obra de piedra y fuerza, y su presencia afirma su necesidad. Entonces, el viajero acabará por ceder, con la mental reserva de que no sería tanto el objetivo militar, sino la precisión de abrigo, lo que convertía a este castillito en blanco de batallas de mandoble y virotón. Abundan del lado de allá los descampados, imaginemos lo que sería entonces. El viajero no atravesó el río: con raras excepciones, los castillos se ven mejor desde fuera, y éste, mejor que cualquier otro.

No puede entrar en la iglesia de Tancos, rodeada de casas y muros bajos ya de gusto arquitectónico rural ribatejano, pero apreció lo que queda del espíritu renacentista de la construcción, los nichos de la fachada, una Nuestra Señora de la Misericordia que misericordiosamente se conserva, y las decorativas puertas laterales, una de ellas con la fecha, 1685, en el dintel.

Por este camino parece que el viajero va a ir a dar directamente al mar, por Torres Novas y saltando las sierras de Aire y de Candeeiros. Ya llegará hasta allí, en habiendo tiempo, pero ahora, después de ir a Atalaia, volverá sobre sus pasos, atravesará otra vez el puente sobre el río Zêzere, y luego irá por la orilla izquierda hasta cruzar el río en Castelo do Bode. Este vaivén es necesario, no fuera a quedar de lado, por estar un poco a trasmano, la bella iglesia de Atalaia, con su fachada, que habrá inspirado quizá la de San Vicente de Abrantes, y el bello interior de magníficos azulejos. Elevada en un extremo de la población, cuyo crecimiento, afortunadamente, la respetó, la iglesia, con sus tres cuerpos reales y cinco aparentes, es una construcción fascinante. Apetece jugar al escondite tras los arcos extremos, eso siente el viajero, animado por el descubrimiento de que la arquitectura, sólo por sí, puede hacer feliz a un hombre.

No puede anotar todo cuanto le agrada. Registrará, pues, y sólo de paso, la belleza de la bóveda nervada de la capilla mayor, el imponente sepulcro barroco a la izquierda, la imagen de una Virgen del siglo XIV, atribuida a Diogo Pires, *el Viejo*, y, cumplida esta obligación, sólo tendrá ojos para los admirables azulejos, sobre todo, ah, sobre todo para los paneles polícromos que adornan los entablamentos de la nave central, y que representan escenas bíblicas: *La Creación del Mundo*, *El Pecado Original*, *La Expulsión del Paraíso*, *Caín y Abel*, *El Diluvio*, *La Entrada de los Animales en el Arca*. Son cuadros ingeniosos y de sabroso dibujo, en particular el que

representa el Diluvio, con el arca enorme agitada por las olas, tosca y pesada. El color, azul intenso y naranja, ilumina toda la parte superior de la iglesia, hacia donde los ojos de los fieles debían de alzarse muchas veces cuando todas aquellas lecciones eran tomadas con entera seriedad, y hoy los levantarán también, por iguales razones, y sobre todo porque estos paneles son una admirable obra de arte popular, de calidad pocas veces igualada. Cuando sale el viajero, le cuesta un esfuerzo abandonar este templo singular, con su fachada «de hombros anchos», que esconden los botareles en que el cuerpo del edificio se apoya. Pero la necesidad puede mucho, vamos al Zêzere.

La carretera sigue a caballo de la orilla durante tres kilómetros. Después se interna en los montes, y, pasada una legua, surge el embalse. Es Castelo do Bode. La gran reserva de agua está colmada al máximo, es una masa poderosa, un mar interior que extiende sus brazos por todos los valles. Tanto como las artes militares, el viajero ignora las ingenierías hidráulicas. Puede, pues, legítimamente, asombrarse de que este muro de hormigón, aun siendo gigantesco, y calculadísimas las estructuras profundas y la obra viva, sea capaz de aguantar el empuje del agua que en línea recta se prolonga más de treinta kilómetros sin diques intermedios. Por otra parte, el viajero tiene una apreciable cualidad: admira todo aquello que él no es capaz de hacer.

No está lejos Tomar, y por eso, estando el día tan hermoso como está, decide el viajero meterse por la Beberriqueirra, recorrer los bosques de esta orilla del Zêzere hasta alcanzar la Sierra, y, más allá, otra vez el embalse. Es una vuelta que sirve de gran consuelo a los ojos, con amplias vistas sobre la lozanía de los árboles, una luz blanda que se filtra por los ramajes, basta esto para hacer feliz a un viajero.

Cuando baja a la orilla, tiene delante de los ojos la isla do Lombo, un Almourol más pequeño, sin castillo, sólo con una breve construcción entre los árboles y un muelle practicable que desde aquí apenas se distingue. En tiempos en que aún no existía el embalse, supone el viajero que el río correría a un lado, y que lo que hoy es isla sería entonces una colina avanzada sobre el lecho. No es que el caso tenga importancia, pero al viajero le gusta entretenerse con estas y otras observaciones. Ahora va navegando sobre límpidas aguas, profundamente verdes, y a medida que se aleja de la orilla se siente liberado de cuidados, de horas puntuales, aunque sean éstas las de su propio placer de viajero. Está retirándose del mundo, entra en el nirvana. Éste es, realmente, el río Leteo, el río del Olvido. Y cuando pone pie en tierra, no puede alejar el pensamiento de que un buen regalo sería el quedarse allí dos días, o veinte, con cama, mesa y ropa lavada, hasta que el mundo de fuera o la inquietud de dentro le tirasen de la oreja, para enseñarle a no huir de las obligaciones.

No estuvo dos horas. Este paisaje de agua y montes alrededor, este lago suizo, este remanso, están fuera de las medidas humanas. Es una paz excesiva. Vuelve a la Tierra, viene ahora en un velocísimo barco con motor fueraborda, y eso es también una experiencia agradable, las aguas que se apartan a los lados, el rugido de la máquina, fue breve este viaje a la isla do Lombo, pero ha valido la pena.

Entra en Tomar por el lado opuesto al castillo de los Templarios. Da, buscando alojamiento, las necesarias vueltas, y, no habiendo hoy tiempo para más, verá sólo la iglesia de San Juan Bautista y la sinagoga. Tiene la iglesia un pórtico manuelino cuya belleza hace más sensible la desnudez de la piedra. La torre de campanas es una pesada masa que se niega a dejarse integrar en la simplicidad exterior del templo. Vale por sí, y está allí para afirmarlo.

Esta iglesia de San Juan Bautista es amplia, con sus tres naves de arcos góticos bien lanzados. La nave central, más alta, desahoga todo el espacio, pero el óculo y las ventanas no bastan para romper la penumbra que a esta hora se va imponiendo. Puede, no obstante, el viajero apreciar con tiempo y atención las tablas de Gregorio Lopes. Este pintor regio debía de tener bajo sus órdenes un excelente taller, y también debió de estar dotado de grandes cualidades de maestro y de orientador: lo muestra la unidad de factura de estas y otras tablas, la finura del gusto decorativo, el fácil tránsito del color y del dibujo de tema a tema. La *Degollación*, de teatral composición en las figuras, tiene un verdadero arrebató plástico en las alabardas oblicuamente erguidas sobre las cabezas.

El púlpito, que se supone es de la misma mano que trazó y ejecutó el pórtico, recuerda, tanto por lo labrado de sus elementos como por la composición general, el de la Santa Cruz de Coimbra. Es más trabajo de aurífice que de escultor en piedra. El viajero lo aprecia, pero no queda deslumbrado. Sus gustos, ya lo ha dicho, reclaman que se respete la frontera invisible, y por eso tantas veces rebasada, tras la que conserva aún la piedra su naturaleza profunda, la densidad, el peso. La piedra, y ésta es una simple opinión, no debe ser trabajada como estuco, pero como no es (el viajero) de ideas fijas, está dispuesto a aceptar todas las excepciones y a defenderlas con el mismo calor que emplea en la defensa de lo esculpido contra lo labrado, de la talla contra la labor. De aquí se llevó la tristeza de no poder ver el *Bautismo de Cristo*, que se encuentra en el baptisterio. Está cerrada la reja, y por mucho que se esfuerce no consigue distinguir más que las botijas de barro del panel de la izquierda, el que representa *Las Bodas de Caná*. Quedan fuera del alcance de sus ojos el bautismo y la tentación.

El sol va ya por detrás del castillo. El viajero sigue hacia la sinagoga, donde le abre la puerta un viejo alto que podría ser judío, pero no lo muestran sus palabras, y que, exhibiendo una monografía vieja, manoseada y sebosa, cuenta la historia que sabe. El espacio es simple, pero de gran armonía, con su alta bóveda de aristas vivas asentada en cuatro columnas delgadas, pero de exacta sección, y en las ménsulas de las paredes. Pormenor curioso es el de los cántaros, uno en cada rincón, embebidos en la obra de albañilería, y cuya función es mejorar la acústica al aumentar la resonancia. Hace el viajero las acostumbradas experiencias, también como de costumbre nada demostrativas. Los constructores del teatro griego de Epidauró tenían mejor ciencia en el arte de hacer oír.

Por la noche, fue a cenar al restaurante Beira-Rio. Comió un filete magnífico,

histórico, con aquel sabor que, después de haber pasado por todas las sublimidades de la salsa, regresa a lo natural de la carne para así permanecer en la memoria gustativa. Y como un bien nunca va solo, lo atendió un camarero de rostro serio que al sonreír ponía la cara más feliz del mundo, y sonreía muchas veces. La ciudad de Tomar debe colocar en el pecho de este hombre la más alta de sus condecoraciones o encomiendas. A cambio, contétese con la sonrisa, y va muy bien servida.

Artes del agua y del fuego

Cuando el viajero se despierta, va a abrir la ventana del cuarto. Quiere sentir el frescor de los árboles del Mouchão, los altos chopos, las hayas de hoja verdiblanca. También merece una medalla quien transformó el arenal que esto era en el siglo pasado. El viajero, como se observa, está dispuesto a condecorar a todo el que lo merezca.

El convento está allá arriba, hay que ir a verlo. Pero el viajero reserva su primera atención del día para el minucioso examen de esta noria, tan al alcance de todos que la miran distraídos los que pasan, creyéndola, si el que pasa es viajero ocasional, sólo un juguete infantil puesto fuera de uso por cautela. Como trabajo de carpintería ésta es una de las más perfectas máquinas que el viajero ha visto. A estas ruedas de riego les llaman ruedas de los moros, cosa habitual en nuestras tierras cuando de otra manera no se saben explicar las cosas, pero es de concepción romana según afirman los entendidos. Lo que el viajero no sabe es cuándo fue construida, pero le cuesta trabajo creer que esta rueda sea rueda desde el siglo IV o V. Mucho más que saber si es mora o romana, querría averiguar cuándo se extinguió, y por qué, el arte y la técnica de estas construcciones, que de uno y otra participan. Cada uno tiene su gusto preferido: el viajero tiene este de los instrumentos de trabajo, de las pequeñas obras de arte en las que quedaron agarradas las huellas de las manos de quien los hizo y usó.

El camino hacia el convento es agradable, y con buenos árboles de sombra. A la derecha, una pequeña alameda lleva a la iglesia de Nossa Senhora da Conceição. Mucho le gustaría verla al viajero, para aclarar si puede ser tan cálido como se dice un estilo renacentista tocado por un romanismo que, para este observador, siempre fue sinónimo de frialdad. No será hoy cuando esta comprobación se haga: la iglesia se abre sólo los domingos, y el viajero no puede quedar acampado ante la puerta, a la espera de que domingo sea.

La entrada en el cerco del castillo se hace por una calzada que contornea la elevación en que se asienta la muralla vuelta al este. El viajero sube la calzada sosegadamente, con cierta indiferencia ante los canteros floridos y los arreglos camineros a base de guijo fino. No es que esté radicalmente en contra, pero, si se le pidiera su opinión, votaría de otro modo: es su parecer que entre el envoltorio y lo envuelto debe haber una relación directa que empiece por observar dominadores comunes. La contigüidad de los elementos tiene que respetar la consanguinidad. Parecerán fuera de propósito estas reflexiones aquí, en la explanada de un castillo, pero el viajero sólo va formulando ideas que nacen de lo que ve, y eso es lo que hacen todos si andan con atención a sí mismos.

Aquí está el pórtico de João de Castilho, una de las más magníficas realizaciones plásticas que se hayan acometido en Portugal. En rigor, esta puerta, una escultura, o

una simple imagen no pueden explicarse con palabras. No basta siquiera mirar, puesto que los ojos tienen también que aprender a leer las formas. Nada es traducible a otra cosa. Un soneto de Camões no puede ser trasladado a piedra. Ante este pórtico no se puede hacer más que verlo, identificar sus diversos elementos en el campo de los conocimientos de que se dispone, indagar para suplir lo que falta, pero eso será trabajo de cada viajero, no de uno que vea por todos y a todos se lo explique. Un guía será buena ayuda, con tal de que no exhiba, como éste, un aire de fastidio y distancia que tanto escandaliza al visitante sensible como ofende a lo que está allí para ser mostrado. El viajero quiere ser comprensivo: este hombre está aquí todos los días, viendo las mismas piedras, oyendo las mismas exclamaciones, teniendo que dar las mismas respuestas a las mismas preguntas, hacer las mismas advertencias; si estuviera aquí un santo, modelo de virtud y de paciencia, tampoco podría evitar el enorme cansancio de las palabras repetidas, de los pasos que van y vuelven, de los rostros que vienen y van. Queda el guía perdonado en nombre de tan insoportables padecimientos.

El convento de Tomar es el pórtico, es el coro manuelino, es la charola, es la gran ventana, es el claustro. Y es todo lo demás. De todo, lo que más conmueve al viajero es la charola, por su antigüedad, desde luego, y por su exótica forma octogonal. Sin duda, pero, sobre todo, porque ve en ella una expresión plástica perfecta del santuario, lugar secreto, accesible, pero no expuesto, punto central y foco alrededor del cual gravitan los fieles y se disponen los figurantes secundarios. La charola, así concebida, es, simultáneamente, sol radiante y ombligo del mundo.

Pero es destino de los soles apagarse, y de los ombligos marchitarse. El tiempo está royendo con sus invisibles y durísimos dientes la charola de Tomar. Hay una decrepitud general que tanto expresa vejez como descuido. Una de las más preciosas joyas artísticas portuguesas se está marchitando, apagándose. O acuden a salvarla rápidamente, o mañana oiremos el habitual coro de lamentaciones tardías. El guía, oyendo el reparo del viajero, sale de su torre y dice que las heridas de las partes inferiores, desportillamientos, colores arrancados, son principalmente consecuencia de las muchas ceremonias de casamiento que se realizan: «Todo el mundo quiere casarse aquí, vienen los invitados, se apoyan en las columnas, se suben a las bases para ver mejor, y luego se divierten arrancando pedacitos de pintura, quizá como recuerdo». El viajero se asombra, pero se le ocurre de inmediato el remedio: «Prohibir los casamientos». Este súbito descubrimiento ya lo debe de haber hecho mil veces el guía. Se encoge de hombros y se calla. No es hastío lo que se lee en su cara: es desaliento.

Para el viajero, el claustro es seco y frío. Digámoslo de otra manera: así como Diogo de Torralva, autor del proyecto, no se reconocía en el manuelino, y aún menos, y con más razones, en el románico y en el gótico, también el viajero, que históricamente asistió y asiste a la sucesión de los gustos y de los estilos, puede, desde su punto de vista de hoy, no reconocerse en el neoclásico romanista, y, como

está obligado a decir por qué, dice que por la frialdad y aspereza de la obra. Es subjetivo esto. Sin duda, lo será. Tiene el viajero derecho a sus subjetividades, y si no lo tuviera, de ningún provecho le sería este viaje, pues viajar no puede ser más que confrontación entre esto y aquello. Tranquileémonos, pues: rechazos totales, no los hay, como no hay tampoco aceptaciones totales. El viajero deja en el claustro de don João III una pasión: aquellas puertas del piso bajo, entre las columnas, con su ventanal superior, triunfo de la línea recta y de la rigurosa proporción.

De la gran ventana de Tomar ya se ha dicho todo, y probablemente está todo por decir. No esperen que el viajero añada nada, sólo su convicción firme de que el estilo manuelino no sería lo que es si los templos de la India no fueran lo que son. Diogo de Arruda no habrá navegado hasta los parajes del Índico, pero sí es más que seguro que en las naves iban dibujantes que de allí trajeron apuntes, esbozos, calcos: un estilo de ornamentación tan denso como es el manuelino, no podía haber nacido, no podía haber sido armado y equipado a la sombra de los olivos lusitanos: el manuelino es un todo cultural cogido en tierra ajena y después elaborado aquí. Perdónense al viajero estas osadías.

No son ellas, con todo, tantas como deberían ser. Le falta al viajero atrevimiento para sublevar Tomar hasta que encuentre quien le abra la puerta de la ermita de Nossa Senhora da Conceição, que otra vez le sale al camino: el recuerdo del piso bajo del claustro no lo abandona. Si Diogo de Torralva llegó tan lejos aquí dentro, el viajero tendrá que revisar los sentidos de lo frío y de lo áspero que tan libremente ha utilizado. Pero le falta osadía. Venga en domingo, no puedo, tengo que irme ya, pues entonces, tenga paciencia.

Sigue el viajero hacia poniente. De camino, encontrará el acueducto de Pegões Altos, demostración de que la utilidad no es incompatible con la belleza: la repetición de los arcos de vuelta perfecta sobre los arcos quebrados, de mayor luz, aproxima la monumentalidad de la construcción, la hace menos imponente. El arquitecto, por un artificio de diseño, concibió un falso acueducto que sirve de soporte al verdadero, por donde el agua se transporta.

Ourém queda en lo alto de un monte. Ésta es la ciudad vieja, ya se sabe que es en la llanura donde se desenvuelve la vida económica, la industria, el comercio, los accesos fáciles, pero en este lugar abandonado se obstinan en vivir personas, y deberían ser consideradas y respetadas las razones de esa obstinación. La muerte de estos lugares no es un destino ineluctable. Malo es pensar que a las piedras viejas se les deba echar un vistazo y seguir adelante. Ourém Velha tiene muchas razones para revivir: el alto lugar en el que se encarama, la urbanización, aún quinientista, el singular palacio que la corona y el cabezo empinado son motivos más que suficientes para que el abandono de hoy no signifique destrucción mañana. Consérvense las piedras, defiéndase a las personas.

Quiso el azar que, para llegar al palacio, el viajero siguiese el camino más largo. Menos mal. Pudo así dar la vuelta entera a la población, ver las casas deshabitadas,

algunas en ruinas, otras con las ventanas condenadas, y capillas sin imágenes, desnudas, lugares donde hasta las arañas se consumen y enflaquecen. En el nivel superior del monte se han refugiado los últimos habitantes, hay cierta animación, niños jugando, un restaurante con locas pretensiones heráldicas, cerrado, para alivio del viajero, que se ha cansado ya de paradores nobles y semejantes fantasías.

El palacio, del que poco más queda que las torres, es una construcción hecha por gigantes. Verdad es que, piedra a piedra, un pueblo de liliputienses puede hacer una torre capaz de llegar al cielo, pero éstas, que tanto no pretenden, dan la impresión de haber sido construidas por brazos de grandes músculos. Poderosos artífices fueron éstos, sin duda, para haber alzado una construcción de características originales, con estos arcos ojivales, estos ornatos de ladrillo, que inmediatamente aligeran la impresión maciza que el conjunto empieza por transmitir. Parece que fueron judíos magrebíes los constructores, los mismos que construyeron luego la sinagoga de Tomar, y también son autores de la cripta de don Afonso, adonde irá después el viajero. Recuerda el viajero el Cristo de Aveiro, probablemente de gente mudéjar, mete en el mismo caldero a cristianos-nuevos y árabes convertidos, espera a ver cómo hierven las tradiciones, las nuevas creencias y las contradicciones de unas y otras, y empieza a ver surgir formas diferentes de arte, súbitas mutaciones desgraciadamente integradas antes de su desarrollo pleno. En Tomar la sinagoga, y en Ourém esta cripta y el sepulcro que guarda, más el palacio: ¿adonde nos llevaría el examen de las circunstancias del tiempo, del lugar y de las personas?, esto se pregunta el viajero cuando empieza a descender la empinada calle que lo devuelve a la llanura.

Son muchas las vueltas para llegar a Fátima. Hay, desde luego, caminos más directos, pero de los lados de donde el viajero viene, con mezcla de moros y judíos, no es de extrañar que haya encontrado larga la jornada. Hoy, la inmensa explanada es un desierto. Sólo allá al fondo, junto a la capilla de las Apariciones, se han reunido algunas personas, y hay pequeños grupos que se aproximan o se alejan, distraídamente. Una monja, con un parasol abierto, aparece en el campo visual del viajero como si viniera de la nada, y desaparece súbitamente como si a la nada hubiera regresado. El viajero tiene sus opiniones, y la primera es la de que la estética, aquí, ha servido muy mal a la fe. No es de extrañar en estos escépticos tiempos. Los constructores de la más humilde iglesia románica sabían que estaban alzando la casa de Dios; hoy, se satisface un encargo. La torre de la iglesia, al fondo, no sabe bien cómo ha de terminar; la columnata no ha encontrado proporción y equilibrio, sólo la fe podrá salvar a Fátima, no la belleza que no tiene. Al viajero, que es impenitente racionalista, pero que en este viaje se ha emocionado ya muchas veces ante creencias que no comparte, le gustaría poder conmovirse también aquí. Se aleja sin culpas. Y va mostrando un poco su indignación, un poco su pena, un poco su enfado, ante los tenderetes innumerables que venden, a millones, medallitas, rosarios, crucifijos, miniaturas del santuario, reproducciones mínimas y máximas de la Virgen. El viajero

es, en definitiva, hombre religiosísimo: ya en Asís le escandalizó el negocio sacro y frío que los frailes se agencian tras los mostradores.

No tiene el viajero nada contra las grutas. Sabe muy bien que en ellas vivieron sus antepasados después de haberse cansado de andar saltando de árbol en árbol. E incluso, todo sea dicho, si bien es verdad que sería un mal antropoide, por padecer el vértigo de las alturas, sería un excelente cro-magnon, pues no padece de claustrofobia. Tiene que ver este desahogo, y el reconocimiento expreso de sus específicas ascendencias, con estas grutas donde la maravilla natural de las formaciones calcáreas, con todas las variaciones posibles de estalactita y estalagmita a que todo se reduce, es adulterada por iluminaciones muchas, y por colores no poco desvariados, con música de fondo wagneriana en sitio donde las valquirias tendrían grandes dificultades para meter los caballos. Y después está lo de los nombres con que fueron bautizadas las diferentes cavernas: el Pesebre, la Capilla Inacabada, el Pastel de Boda, la Fuente de las Lágrimas: horror de los horrores. ¿Qué quería el viajero? Una sola luz, la que mejor pudiera mostrar la piedra; ningún sonido, salvo el natural de las gotas de agua al caer; ninguna palabra, prohibición absoluta de ocultar lo que es bajo un nombre que no le pertenece.

Ahora, el viajero precisa de un largo período sin ver más que paisaje. Quiere distraerse mirando las modestas colinas de estos lugares, árboles sin arrebatos, campos que sin mayor resistencia se dejan cultivar. Esquivará Leiría por ahora. Pasa el río Lis después de Gándara dos Olivais, y en tierras ya de rasa planicie avanza hacia el norte. Encuentra Amor en su camino, lo que es extraño, pues amor suele habitar parajes más accidentados. El día está luminoso, vivísimo de claridad, y se siente ya el mar. En Vieira de Leiría hay una Santa Rita de Casia seiscentista, que el viajero va a ver porque le queda de camino, pero que por sí misma bien merece la visita. Ahí está ahora la Praia da Vieira, toda abierta hacia el sur, con la hoz del Lis tan próxima. Hay barcos en la playa, de curvas y afiladas proas, los largos remos puestos de través, a la espera de una marea que traiga la esperanza de buena pesca.

Éste es el pinar de Leiría, el de los cantares del verde pino del rey don Dinis, el de las naos y carabelas de las navegaciones, el frágil leño que tan lejos se aventuró. De la Praia da Vieira a São Pedro de Muel es un solo camino entre árboles, una extensísima recta que mucho más allá se dobla en dirección al mar, del que ya se iba alejando. São Pedro de Muel, visto a esta hora, playa desierta, mar fuerte batiendo, muchas casas cerradas a la espera de un tiempo estival tal vez no tan hermoso como éste, tiene una atmósfera que tranquiliza al viajero. Y con esa disposición va a indagar si hay un camino hacia Marinha Grande que le permita saborear por más tiempo el bosque. Le dicen que, haberlo, lo hay, pero que es cierto el riesgo de perderse. Corrió el riesgo el viajero, y se perdió. No le importó demasiado, sabe lo que ganó con ello: algunos kilómetros de verdadero deslumbramiento, el bosque denso por donde la luz entra en haces, a chorros, en nubes, transformando el verde de los árboles en oro palpitante, reconvirtiendo después el oro en savia, el viajero no

sabe ya para dónde mirar. El bosque de São Pedro de Muel es incomparable. Otros pueden ser más opulentos en especies y en porte, pero ninguno como éste merecería tener por habitantes el pueblo mínimo de las hadas, los gnomos y los duendes. Y está el viajero dispuesto a apostar a que una súbita agitación que vio en las hojas fue obra de un astuto enanillo de sombrerito rojo.

Sale al fin a la carretera de todo el mundo. Sigue hacia Marinha Grande, villa por excelencia de las altas artes del vidrio. Tal vez por tener éstas, no se cuidó de conservar las otras, entregada toda a sus hornos y a sus mixturas químicas. Es tierra, ya se sabe, industrial, con una atmósfera política peculiar: lo afirma en todas las paredes, en las banderolas que cruzan las calles, en el mismo suelo. El viajero pregunta cómo se va a una fábrica de vidrios y encuentra quien lo guíe y quien le facilite la entrada y lo acompañe allá dentro.

Se dice fábrica, pero uno no imagina que esto lo sea: un gran barracón lleno de agujeros, abierto a todos los vientos, con algunos cuerpos anejos de piedra y cal para almacenes y operaciones que exijan mayor protección. Pero la fábrica, el lugar donde el vidrio se fabrica, acaba por ser inesperadamente lógico: el calor sería insoportable si estas ventanas se cerraran, si estos agujeros se tapasen. La corriente de aire que constantemente circula, mantiene un relativo frescor en el ambiente y tal vez tenga, es idea del viajero, influencia en el vidrio. Ahí están los hornos. Rugen las bocas de fuego (pacíficas éstas), proyectando hacia el horno un ininterrumpido chorro de llamas. Allá dentro, la masa en fusión al rojo-blanco borbotea y se agita en temibles corrientes: es un minúsculo sol del que saldrán objetos capaces de captar y retener la luz del sol verdadero. Cuando el vidrio sale del horno, bola rubra y blanda que parece querer escapar del largo tubo, nadie diría que será luego transparente, diáfano, como si el propio aire pudiera ser vitrificado. Pero el color es ya una despedida. Introducida la bola en el molde, soplada y rodada, una y otra vez, mientras no se endurece, sale luego, aún fulgente e irisada por el calor que contiene, y transformada ya en jarro va por el aire, enfriándose, sostenida por una pinza, hasta la fase siguiente del proceso. Este movimiento es disciplinado, no lento, tampoco rápido, sólo lo necesario para proteger al obrero que transporta la pieza y a la propia pieza.

En el ambiente cálido y ruidoso, entre las paredes de tablas viejas, los hombres se mueven como si estuvieran practicando pasos rituales. Es un trabajo en cadena sencilla: un hombre transporta la pieza y la entrega a otro hombre, estafeta que sigue siempre el mismo recorrido y al punto de partida constantemente vuelve. Para saber un poco más de este pasar de mano en mano, fue el viajero al lugar donde se moldean los recipientes que han de entrar en los hornos, aquellos donde se hará la fusión de los elementos que forman el vidrio, con la parte de vidrio hecho que a éstos siempre se junta. Aquí no hay tumulto, la puerta está siempre cerrada, los hombres hablan en voz baja. Aquí se moja y se amasa el barro, lentamente, con los pies, y con una minucia que se diría maníaca, pisar, amontonar, pisar, amontonar, y siguiendo una técnica que no dejará una parte, por mínima que sea, sin igual presión e igual grado de humedad.

En este barro no puede haber ningún cuerpo extraño, ni una minúscula piedrecilla, ni la tierra que de fuera venga agarrada a la suela de los zapatos. La fabricación del recipiente dentro del molde, el igualado de las paredes interiores, el alisado, casi pulido, es obra de escultor. Es una forma abstracta constantemente repetida, un concreto cilindro cerrado en uno de los lados, y en los hombres que lo construyen no ve el viajero la menor señal de tedio, sino un profundo amor por su trabajo, que tiene siempre que ser perfecto, porque, si no lo es, el horno lo rechazará a la primera llamarada. De esta obra se dirá, con entera verdad, que es la prueba de fuego.

Frailes, guerreros y pescadores

De Leiría no vio mucho el viajero. Culpa suya, culpa del azar, o irremediable necesidad, dígalo quien lo sepa.

La catedral manifiesta sin duda su larguísimo período de construcción (más de cien años), con las inevitables fluctuaciones de un estilo que en sus inicios no sería particularmente seguro. Vino luego el terremoto de 1755, derribó parte de la fachada, en fin, no se puede decir que la catedral de Leiría ofrezca extremas compensaciones espirituales, si exceptuamos, claro está, las de fuero religioso. Mientras el viajero recorría las naves e intentaba valorar los altísimos pilares y los artesonados, oía el golpeteo de una pelota contra una de las puertas de la iglesia: en el atrio estaban jugando unos chiquillos, y el que defendía la portería formada por el vano de la puerta no mostraba gran habilidad para el puesto. En el vacío de las amplias naves repercutía el estruendo como el eco de un brutal martillazo. Había pocas personas en la iglesia y a ninguna parecía importarle aquello: el viajero concluyó que hay en Leiría gran tolerancia para las actividades lúdicas infantiles. Menos mal.

Hace calor, aunque la mañana está aún en sus comienzos. Los chiquillos no interrumpen el juego, y el visitante inicia su fatigosa ascensión al castillo. Se va ampliando el paisaje lentamente, suave, pero sin sorpresas, y el viajero cree que ninguna le espera. Se engaña: este castillo de Leiría es de los más amenos lugares de paseo que se puedan imaginar, con sus caminitos campestres, sus apretados pasadizos, ruinas dispuestas como adrede. El magnífico mirador del palacio de don Dinis hace pensar en las damas de corte que habrán arrastrado por aquí sus vestidos mientras oían primores en verso y prosa que los enamorados les iban murmurando. Nada tan claro como el abrazo que une, allí en un rincón, a un muchacho y a una chica, ceñidos desde la boca a las rodillas, como es uso de mocedad. Se examina severamente el viajero para comprobar si está haciendo juicios morales: concluye que no, sobre todo al recordar que abrazos semejantes se darían la dama y su caballero, aunque no tan a las vistas. Leiría, contemplada desde aquí, es bonita.

Fue luego a ver las ruinas de la iglesia de Nossa Senhora da Pena, allí al lado. De las piedras que fueron de ella en los tiempos de don Afonso Henriques, nada queda que pueda ser identificado. Lo que se ve es del siglo XIV, cuando la reconstruyeron. De medianas dimensiones, debe de haber sido un hermoso templo. Aún hoy, sin techo, abierto a todos los vientos, tiene una belleza muy particular, que vendrá quizá de su justa medida, tal vez en eso ayudada por la referencia dimensional obligatoria que el palacio, en plano superior, representa. El viajero se distrae un poco por aquellos caminitos de sube y baja, y luego, sentado en la misma piedra en que doña Tal dio el sí obstinado a don Cual, extiende el mapa y traza su propio plan de batalla. Empezará, sí señor, por ir a Batalha, y luego, por São Jorge de Cós, irá a Nazaré. Volverá del mar al interior por Maiorga, hasta Alcobaça, y, de nuevo en Leiría,

cerrará la jornada.

El viaje no es largo, el viajero puede ir lentamente. Y, para su mayor descanso, deja la carretera principal y sigue por ésta, modestísima, que acompaña al río Lis. Es un modo de prepararse en paz para enfrentarse con el monasterio de Santa Maria da Vitoria. El viajero dice estas palabras muy seguro de sí, pero en lo íntimo sabe que no tiene salvación posible. Donde no bastarían mil páginas, una sobra. Siente mucho ahora no haber viajado en avión. Así podría decir: «Apenas pude ver nada, iba muy alto». Pero por el suelo natural por donde va, y está llegando casi, no ha de rehuir un hombre su deber. Más fácil tarea fue la de Nuno Álvares, que sólo tuvo que vencer a los castellanos.

En verdad, no puede el viajero dejarse intimidar por las dimensiones del monumento, ni perderse en el examen, fatigoso luego, de cada piedra, capitel, ornato, estatua y todo lo que allí hay. Tendrá una impresión de conjunto, y se contentará con ella, y, siendo de estas cosas un simple curioso, se atreverá a pensar a contrapelo de opiniones aceptadas y fundamentadas, porque a eso le autoriza el tener ojos, gusto propio y sensibilidad probablemente suficiente. Dirá, por ejemplo, y una vez ya dentro de la iglesia, que la capilla del Fundador, pese a la riqueza escultórica que la reviste y a la armónica concepción estructural, lo deja en un estado de asombro frío, que es una manera de expresar la especie de sentimiento de rechazo que bruscamente se apoderó de él. Entendámonos. El viajero no tiene ninguna duda sobre la legitimidad de las alabanzas que han caído sobre este lugar, y podría, sin esfuerzo, unir las suyas propias. Pero, no siendo la perfección un fin en sí misma, y siendo el viajero el más imperfecto de los observadores, tal vez, para su mayor seguridad, prefiera encontrarse con el artista en aquel amplio margen de trabajo en el que la victoria sobre la materia no es completa, sin que por eso sea menor la satisfacción conseguida. Es una actitud paradójica, sin duda. Por un lado, se desea que el artista se exprese completamente, única manera de saber *quién* es él: por otro, se prefiere que no lo consiga decir todo, quizá, quién sabe, porque este supuesto *todo* es aún un estadio intermedio en la expresión. Es muy posible que ciertas aparentes regresiones formales no sean, en definitiva, más que el resultado de esa comprobación desconcertante de que la perfección vaciaría el significado.

El viajero supone que ha dicho alguna tontería. Paciencia. A eso se arriesga quien viaja y va contando lo que vio. Y como no anda por aquí para decir sólo que el sol sale por oriente y se pone por occidente, se arriesga a aventurar algunas subversiones, que, en el fondo, son meras sinceridades personales. Esa sinceridad le ordena que diga el claro placer que lo inunda al mirar desde la entrada la nave principal, los altos y grandes pilares que desde este ángulo forman una cerrada pared y esconden las naves laterales, y cómo, desplazándose el viajero, el espacio entre ellas se revela, luego se amplía, hasta que aparecen los tramos en su plenitud y de nuevo se reducen. Lo estático se hace dinámico, lo dinámico se detiene para ganar fuerzas en la inmovilidad. Seguir a lo largo de estas naves es pasar por todas las impresiones que

un espacio organizado puede suscitar. Pero no tarda el viajero en reconocer que no estaba todo dicho: por la puerta entraron tres golondrinas que volaron chillando por las alturas de la nave, y, entonces, una nueva impresión se apoderó de él, un prolongado estremecimiento, demostrándose así que siempre se puede ir más lejos añadiendo al lenguaje otro lenguaje, a la bóveda el ave, al silencio el grito.

Pasó el viajero al claustro real. Es éste un caso en el que la riqueza plástica es mucho más asegurada por los factores decorativos que por los factores estructurales. Sin la suntuosa escultura de las tracerías asentadas en columnas trabajadas que nada soportan de la carga del arco, el claustro real no se distinguiría, o poquísimos, de tantos otros que no tenían más ambición que reservar a la meditación un espacio privilegiado. Es la exuberancia manuelina lo que añade a la gravedad gótica el valor escenográfico que, fundamentalmente, lo caracteriza.

Y como el viajero, que siempre acepta correr el riesgo de equivocarse, reivindica para sí una coherencia personal, es ésta la ocasión de declarar que mucho más profundamente le impresiona el claustro de don Afonso V. Fue ésta obra de un constructor sin genio de particular distinción, Fernão de Évora, pero ésa no es cuestión que le afecte. Hay en el claustro de don Afonso V un saber explícitamente artesanal, típico de alguien más habituado a delinear patios de labor que lujosos palacios, y es justamente ese aspecto el que conmueve al viajero: la rusticidad del diseño y de la ejecución, el recato espiritual que en este lugar se halla, en oposición al explícito virtuosismo del claustro real. En un sentido global, el claustro alfonsino es, para el viajero, más perfecto. Aunque, pese a todo, acepta la discrepancia.

Al entrar en la sala capitular, recuerda aquellas páginas de Alexandre Herculano que le impresionaron tanto en su infancia: el viejo Afonso Domingues sentado bajo la clave de la bóveda, los servidores retirando los puntales y la cimbría, con miedo a que la construcción se viniera abajo, y, por el lado de fuera, mirando por la puerta o por las ventanas laterales, la multitud de obreros, con algún hidalgo entre ellos, todos con la misma ansiedad: «Se cae, no se cae», y no faltaría quien estuviera seguro de que iba a ocurrir el desastre, y, al fin, pasado un tiempo, y viendo que se aguantaba el gran cielo de piedra, Afonso Domingues dice: «La bóveda no se ha caído; la bóveda no se caerá». Tiene el viajero idea de que su maestro de entonces trató el caso a la ligera, fue una lección como cualquier otra, cuando aquí vemos precisamente que no. Se sentó Afonso Domingues seguro de la exactitud de sus cálculos, pero en modo alguno seguro de que triunfara en su desafío: la previsión absoluta no es humana. Con todo, se dio a sí mismo como garantía de una obra que había sido de muchos. Ganó, y ganamos. Es un espacio magnífico éste, lugar de otra batalla, la que transforma piedras inertes en juego de formas al fin equilibradas. El viajero va a colocarse bajo la clave de la bóveda, en el lugar donde estuvo Afonso Domingues. Mucha gente ha hecho este mismo gesto, asumiendo cada vez por su propia cuenta el desafío del arquitecto. Es nuestra prueba de confianza. Hay allí dos soldados vivos guardando a un soldado muerto. Es un arquitecto muerto quien guarda a los soldados y al viajero.

Hay que encontrar un modo de guardarnos todos a todos.

Bordeando por fuera la sala capitular, el viajero fue a ver el panteón de don Duarte, absurdamente, pero sin remedio, llamado Capelas Imperfeitas. Es una fortuna nuestra el que el panteón no haya sido concluido. Tendríamos la bóveda por encima de las cabezas, tendríamos una visión sin sorpresa. Así, inconclusas las capillas, hay una promesa que permanece como tal, pese a que todos sabemos que nunca será cumplida, y aun así nos satisface tanto, si no más, que la obra concluida. Y es bueno que sea primavera. En el espacio libre sobre las capillas, vuelan explosivamente vivas las golondrinas, gritando como si estuvieran furiosas, y es sólo la exaltación del sol, de la caza, tal vez de la gloria de aquellas piedras, vuelo interrumpido que abre sus siete brazos para sustentar el cielo. El viajero tiene derecho, de vez en cuando, a líricos arrebatos, aunque sean poco imaginativos. A veces, necesita uno desahogarse, y no sabe cómo.

Ahora va tranquilamente a dar la vuelta entera al monasterio. Contempla el pórtico, con sus arquivoltas pobladas de figuras de ángeles, profetas, reyes, santos, mártires, cada uno ocupando su lugar en la jerarquía; el tímpano, que muestra a Cristo y a los evangelistas; las estatuas de los apóstoles sobre ménsulas figurativas que son obras maestras. El viajero retrocede, abarca el conjunto como puede y, perplejo con sus propias osadías, se retira contento.

Un viajero ingenuo, que crea que las palabras tienen un solo sentido, creará, tratándose de la batalla de Aljubarrota, que, para encontrar el lugar de los combates, tendría que buscarlo en la aldea del mismo nombre. Está muy equivocado. Aljubarrota queda a catorce kilómetros del monasterio, y éste no señala el lugar preciso del acontecimiento. Fue en São Jorge, a cinco kilómetros de Batalha, donde se trabó el combate decisivo. No hay mucho que ver allí, como siempre ocurre en todos los campos de lucha si allá no dejan los huesos de quien murió y las armas de quien fue vencido. En la sala capitular del monasterio de Batalha hay un soldado desconocido, aquí son desconocidos todos. Pero el viajero va a la ermita de São Jorge, que mandó erigir Nuno Álvares Pereira en acción de gracias. De lo que sería, poco queda, casi nada. Es difícil que la imaginación nos ayude a crear el cuadro de los antiguos acontecimientos. Hasta aquel admirable San Jorge a caballo que allá está, escultura del siglo XIV, anda en otras batallas: siempre matando al dragón, siempre el dragón resucitando, cuándo se convencerá San Jorge de que sólo hombres pueden matar dragones.

El viajero mira hacia el lado del mar, por tierras que van bajando. En el camino está la población de Cós. Es día de fiesta general —25 de abril—, y al viajero le complacen estos días de fiesta, anda en Cós la gente por la calle celebrando explícitamente la fecha y su alegría. En Cós está el convento de Santa María, o lo que de él queda. No se espera, en población tan apartada de los caminos habituales, encontrar un edificio tan grandioso y tan rico de expresión artística. El techo de la iglesia es magnífico de color y de composición, con sus cajetones pintados, y la

sacristía, de paredes totalmente cubiertas de azulejos azules y blancos, con representaciones de la vida de San Bernardo de Claraval, es de espléndido efecto. Cós ha sido una de las buenas sorpresas del viaje.

Sorpresa fue también Maiorga, no por particulares monumentos, sino por ser tierra de gustos musicales. Poco más hizo el viajero que pasar, pero bastó para ver que en tres lugares diferentes había indicación de ser allí sede de banda, asociación filarmónica o grupo musical. Y uno de ellos, como si no le bastara el declarado cultivo de la música, tenía por entrada (Apolo se la conserve) un bello portal manuelino: el viajero se enteró de que aquello había sido la ermita del Espíritu Santo, más tarde fue sede de la Misericordia. No desmereció el viejo edificio: habiendo empezado por cuidar de las almas, dióse después al buen-hacer y ahora al bien-oír.

¿Qué ha venido a hacer el viajero a Nazaré? ¿Qué hace en todas las poblaciones y lugares donde entra? Mirar y pasar, pasar y mirar. Ya se sangró en salud, ya declaró que viajar no es esto sino estar y quedar, pero no puede repetirse tanto. De cualquier modo, aquí tendría que volver a la letanía para que le sea garantizada la absolución: debía estar y quedarse para ver a los pescadores ir al mar y del mar volver, ojalá todos; debía saber el color y el latir de las olas; debía subir a los barcos; debía gritar con quien gritara y llorar con quien llorase; debía pesar el pescado y el salario, el vivir y el morir. Sería nazareno, después de haber llevado la lancha y batido el remo. Así, es sólo un viajero que pasa en día festivo, nadie en el mar, mar manso, y con un sol tan luminoso que deslumbra, mucha gente paseando por la calle que bordea la playa, o sentada en el muro, y una procesión de coches zumbando como abejorros. El viajero, en estos casos, se queda melancólico, se siente separado de la vida, por detrás de un cristal que, al tiempo que muestra, deforma. Resuelve por eso ir al Sitio, a ver desde allá, desde lo alto del caserío que va avanzando hacia el sur, y ve la suave curva de la playa, el mar siempre trayendo espuma, la tierra siempre deshilachándola. Tampoco falta aquí gente a quien mirar. Tendría su gracia juntar lo que cada una de estas personas ve, comparar tantos mares, tantos Nazarés, y concluir después que aún no fueron ojos suficientes. El viajero tiene la seguridad de que ayudó poco y pide que se lo disculpen.

Con Alcobaça terminará el día. No fue larga la vuelta, pero sí sustanciosa, probablemente en exceso. En Alcobaça se plantea, en términos suficientes, la antigua cuestión de saber qué fue primero, si el huevo o la gallina. Es decir, fue por llamarse Alcoa y Baça los ríos de aquí por lo que Alcobaça tuvo nombre, o, no habiendo sido bautizados aún los ríos, se decidió partir en dos el nombre de la tierra, toma tú Alcoa, toma tú Baça. Dicen los entendidos que el nombre de Alcobaça viene de Helcobatie, nombre de una población romana que existió en lugar cercano a éste, pero esa explicación no resuelve nuestra angustiada duda, y sólo desplaza el problema hacia otros tiempos: ¿Se llamarían entonces los ríos Helco y Batie? ¿Dieron ellos el nombre a Helcobatie? ¿O, generosamente, Helcobatie se dividió en dos para que no quedaran anónimos sus ríos? Parecen bromas de viajero, pero son serios asuntos. Y no está bien

que nos den explicaciones que nada explican. Aunque hay que reconocer que es perfectamente posible vivir y trabajar en paz sin que se haya resuelto el problema del nombre de Alcobaça.

Lo que de notable tiene la fachada del monasterio es la perfecta integración de sus diferentes estilos, tanto más cuanto que el barroco con que culmina no hace ningún esfuerzo por aproximarse al gótico del portal.

Verdad es que está éste disminuido en su posibilidad de competición con los restantes elementos de la fachada por el hecho de tener las arquivoltas lisas, sin decoración, y estar bordeado por pilastras barrocas. El conjunto presenta, pues, una organización y una movimentación barroca que no modifican las dos ventanas manuelinas que encuadran el rosetón. Las torres de las campanas son el triunfo del estilo, repetido hasta el agobio en todo el país.

Pero dentro de la iglesia el viajero olvida la fachada. Éste es el reino del Cister, la fría atmósfera creada por la pura funcionalidad, el rigor de la arquitectura repitiendo el rigor de la regla monástica. La nave es profunda. No hay otra mayor en Portugal y parece estrechísima por la gran altura a la que se irguieron las bóvedas. Las naves laterales acentúan aún más esta característica, surgiendo casi como corredores de paso. El conjunto es imponente, aplastante. Este espacio sólo puede ser habitado por grandes corales y solemnes imprecaciones. Ahora está aquí un viajero que se siente un poco incómodo, a la búsqueda de su propia dimensión.

Éstas son las tumbas de Pedro e Inés, los inmortales amantes que esperan el fin del mundo para levantarse y continuar su amor en el punto en que los «brutos matadores» lo truncaron, si es que tales amores se toleran en el cielo. Son los sepulcros de un rey portugués y de una dama de la corte, gallega de nacimiento. Tuvieron amores e hijos: por razones políticas la mataron a ella, probablemente no por otras. Son dos maravillas de escultura, desgraciadamente ofendidas por mutilaciones y depredaciones, aunque la magnificencia del conjunto casi hace que las olvidemos. El viajero lamenta sólo que estas arcas tumulares oculten prácticamente al examen su parte más importante, el yacente, sólo visible en difíciles escorzos. Ya en Batalha, el viajero apenas percibe el bulto conjunto de don João y doña Felipa tumbados uno al lado del otro, dándole él la mano a ella, en la figuración de los Biencasados: pasea a su alrededor, sabiendo que se le escapa lo esencial. Estos y otros sepulcros, que hoy son sólo obras de arte, no monumentos a la gloria y al poder de quien allí está (o ya no está, o nunca estuvo), deberían, siempre que esto fuera posible sin ofender al espacio circundante, ser colocados en un nivel inferior, con escalones y deambulatorio suficientemente amplio para que desde todos los ángulos pudieran ofrecerse a los ojos. No puede ser, responderán los entendidos. Debería ser, insiste el viajero. Y se queda cada cual con la suya.

No tiene que repetirse el viajero. Incluso debiera evitarlo. Pero no ocultará que, reconociendo la belleza extrema de los sepulcros de don Pedro y de doña Inés, esta Sala de los Túmulos le resulta plásticamente más gratificante: véase, para no dar

otros ejemplos, el sepulcro de doña Beatriz de Gusmão, del siglo XIII. Arca de pequeñas dimensiones para el tamaño natural de una mujer, presenta alrededor, duramente esculpidas, figuras de mayor expresión dramática, pese a ser esta expresión estereotipada, en cierto modo.

Dramático es el estado en que se encuentra el retablo de la muerte de San Bernardo, desmoronado y partido el barro. Pero, incluso así, es una obra maestra. Las figuras aparecen con una presencia que tal vez sólo esta materia pueda dar: el barro, en definitiva, está mucho más próximo a nuestra fragilidad humana que la piedra. Pero eso son ideas que nos meten en la cabeza.

Al viajero le gustaría mucho haber entrado en la sacristía y de ahí ir a la capilla que contiene el relicario barroco de Fray Constantino de San Paio. Se contentó con ver el portal de la sacristía, lujosa estilización vegetalista de João de Castilho, que deja al viajero desconfiando de su propio gusto: será admirable, piensa él, pero ¿quién sabe si no excesivamente admirable? Es como si el portal tuviera boca y dijese: «Aquí estoy, admírame». Al viajero nunca le ha gustado que le den órdenes.

Del claustro quedó en su memoria la contradicción entre la robustez del piso inferior y la levedad del alto. Dos épocas, dos modos de tratar el material, dos técnicas, dos ciencias de las posibilidades de resistencia. Pero reparó igualmente en los elementos de los capiteles, tratados de manera al mismo tiempo sólida y delicada.

Fue el viajero a la cocina y al refectorio mezclado con un grupo ruidoso de muchachitas españolas. Son dos espacios grandiosos que no se ajustan al conjunto conventual. El viajero se distrajo con el cantar del agua que corre siempre en la cocina, abrió pasmado la boca y los ojos bajo la gigantesca chimenea, y cuando entró en el refectorio no consiguió evitar que la imaginación le mostrara a los frailes allí sentados, esperando con disciplina la pitanza, y después el resonar de las lozas, de los grandes jarros blancos, la masticación estimulada por el apetito, el apetito avivado por los trabajos de la huerta, y, en fin, dichas las últimas oraciones, la salida para el digestivo paseo por el claustro, dadnos, Señor, el pan de cada día.

Cómo pasa el tiempo. No tardarán en cerrar el monasterio. Las españolas se han ido ya en el gran autobús que las trajo, adonde irán a esta hora. El viajero se detiene en el atrio, mira la plaza que se abre enfrente, las casas, el morro del castillo. Esta villa nació y creció a la sombra de la abadía. Tiene hoy sus medios de vida propios. Pero la sombra se mantiene, rastreando, o tal vez sea la inclinación del sol y el viajero sienta alucinaciones baldías.

La casa más antigua

Por la mañana temprano salió el viajero de Leiría. Hay cierta solemnidad en esta salida, no tanto por haber en el itinerario señalados lugares de historia y de arte, y algunos no faltan, como por tener que pasar el viajero, después de haber andado por diferentes casas grandes, por la casa más antigua. No nos adelantemos, sin embargo, y vamos primero a Porto de Mós.

Es bonita la villa, luminosa, de blancas fachadas, apelotonada toda en torno del castillo. Otros monumentos no buscará el viajero. El palacio del conde de Ourém atrae de lejos, con sus altos y brillantes pináculos piramidales, la amplia embocadura del portal, todo el conjunto, insólito en el paisaje portugués, como insólitos son, desde este punto de vista, los castillos de Feira y de Ourém. Por otra parte, el castillo de Porto de Mós podría tener a aquellos dos por padre y madre, si es que, respetadas las cronologías y precedencias, no tiene a cualquiera de ellos por hijo. Con todo, las mayores semejanzas son las que lo vinculan al castillo de Ourém. Seguro que anduvo por aquí el dedo de don Afonso, el singular y ya mentado personaje que está en la cripta de la iglesia de la villa y cuyo emblema —dos guindastes— más lo aproxima a gente mecánica que a aquella a la que por armas y nacimiento perteneció. No obstante, no debemos engañarnos: don Afonso, conde de Ourém, fue persona hidalga y de sangre nada sospechosa. No lo imaginemos en ruptura con su clase. Sería, no obstante, un caso digno de estudio: hombre culto, viajado, amante de tan particulares arquitecturas, nada asombrado quedaría el viajero si, raspando bien el color de la superficie, en él se encontraran sospechas de herejía.

Hasta Casais do Livramento, en el contrafuerte norte de la sierra de Mendiga, la carretera asciende en sucesivas curvas. El paisaje es amplio, poco arborizado. Más adelante aparece la sierra de Aire, con sus dos montes enfrentados, al este y al oeste. La carretera pasa por el valle, ahora en descenso siempre, en dirección a las tierras bajas del Tajo. Hace calor. Cuando el viajero entra en Torres Novas, va a soñar con el frescor del Almonda, la sombra de los sauces, los altos ramajes de fresnos y chopos. Allí está el islote, con sus banquitos y sus pérgolas, barcos para pasear, qué pena que el viajero no tenga más tiempo. Esta villa, al crecer, dejó espacio para el río, no lo ultrajó construyendo a la orilla misma del agua, salvo si fue él quien la empujó con la desmesura de las riadas, en tiempos de su juventud. Sea como fuere, cada uno se quedó en su lugar, juntos, sí, pero sin atropellarse. El viajero dio una vuelta por las iglesias de la población, no les encontró nada especialmente señalable (hay que entenderlo, sólo ayer se paseó por las maravillas de Santa Maria da Vitoria y Santa Maria de Alcobaça), y decidió hacer tiempo para el almuerzo visitando el Museo de Carlos Reis. Fue primero a ver el río desde el puente, y dudó de que aquello fuera río: aguas sucias, grandes copos de espuma, detritos, indicios de muerte. El viajero se retiró preso de una negra tristeza.

El museo es una confusión simpática. Aunque más selectivo, y de más valiosas

piezas, recuerda el Museo de Ovar por su dispersión, y, como en él, se ven juntas las cosas más heteróclitas. Al lado (modo de decir que no debe tomarse al pie de la letra) de una extraordinaria imagen cuatrocentista de la Virgen de la O, hay maquetas de lagares de aceite y vino, encajes milagrosos de finura y levedad se codean con una celada del siglo XII, un precioso frasco romano de vidrio refleja (si puede) las tablas atribuidas al maestro de San Quintino y, en fin, para no decir que todo tiene su par, o se le inventa, aquí está una estatuilla que representa un Eros cansado, preciosa figurilla de chiquillo que duerme tras grandes batallas amorosas y, permaneciendo así desde hace veinte siglos, nunca más despertó. Pregunta el viajero si el museo es muy visitado, y la culta muchacha que lo atiende responde con el ya esperado no, y ambos se quedan desconsoladamente mirando las modestas salas, merecedoras de mejor suerte. Aquí fuera, al aire libre, abundan fragmentos de columnas, cimacios, lápidas varias. Los chiquillos juegan por allí, cosa que parece no resultar mala para su educación estética, aunque sí es pésima para las piedras, buenas para escalarlas, y cada vez que una bota roza aquella letra romana, allá va una lasca de la historia. El viajero baja del alto en que el museo está, va a preguntar por un sitio donde comer, y fue tan bien informado que en Torres Novas conoció, y de eso se aprovechó, el más maravilloso cabrito asado de toda su vida. No sabe el viajero cómo se llega a semejante obra maestra de la culinaria, que en eso no es entendido. No obstante, confía en su paladar, que tiene discernimiento de sabio infalible, si lo hubiera.

Volvió al camino. No precisa mirar el mapa. Estas tierras tienen nombres de una gran familia que abarca lugares, las personas que en ellos viven o vivieron, árboles, animales, maizales y melonares, olivares, rastrojos, sequedades afligidas. Son nombres que el viajero conoce desde que nació: Riachos, Brogueira, Alcorochel, Golegã. Ésta es la villa, para el viajero la más cerrada de todas las villas, incluso abriéndose tanto en su feria celebrada. Nunca el viajero consiguió encontrarse en este raso lugar, en estas calles larguísimas donde desde siempre se levantan nubes de polvo, e incluso hoy, hombre que creció hasta donde pudo, continúa siendo el niño a quien este nombre de Golegã asustaba porque siempre estuvo vinculado al pago de los diezmos, al tribunal, al registro, a la muerte de un tío a quien destrozaron la cabeza a palos.

Son particularidades de las vidas. El viajero viaja atendiendo a casos diferentes y generales, a intereses que deben ser de todos, y en especial a los que tocan los dominios del arte. Va, pues, a la iglesia de Golegã, que es, en manuelino, lo que de más bello existe en materia de templos rurales. Este pórtico fue hecho por Diogo Boitaca y es, en su acentuada verticalidad, alcanzando casi el alto óculo, un ejemplo de cómo la decoración exuberante del manuelino puede integrarse bien en un entablamiento liso como éste es. Ayudaron sin duda a la armonía del efecto los dos pináculos que limitan el cuerpo central de la fachada: lo estructural sirvió, con su lenguaje propio, a lo decorativo. La iglesia de Golegã tiene mucho que la distinga, mas, para el viajero, nada hay que valga tanto como la declaración, tan orgullosa, tan

humilde, que a la entrada unos ángeles exhiben en cartelas y que, en lenguaje de hoy, explican: «Memoria soy de quien me construyó». ¿Fue Diogo Boitaca quien lo mandó escribir? ¿Fue el cantero en rebeldía contra el maestro de obra? No se sabe. Quedaron allí estas palabras, dístico que podría estar en todas las obras del hombre, y que en ellas está invisible, pero que el buen viajero en todo debe leer, como prueba de que anda con atención al mundo y a quien en él por el momento vive.

Éste es el Campo da Golegã. A un lado y a otro de la carretera fabricaron esta tierra los hombres y el río. La hicieron lisa, para verse mejor unos a otros, resguardando el río entre sauces mientras no le llega el momento de continuar su parte de la obra, o quizá de destruirla, caso en que no está excluida la culpa de los hombres. La carretera va recta, no hay colinas que contornear, desniveles que vencer, es casi una recta perfecta hasta aquel otro río, que es, digamos su nombre, el Almonda. En tiempos muy pasados, al viajero le gustaba andar por el marjal, por el Paul do Boquilobo, y cuando dice andar, es sólo una manera rápida de expresarse, porque allí todo se hacía, navegar en barco en los canales, patinar en el barro, todo menos andar. Pero el viajero tenía una manera muy suya de desplazarse sobre la parte arborizada del pantano, y era ir pasando de una a otra de las ramas bajas de los sauces, a dos palmos del charco profundo, o no sería tanto, pero excesiva sin duda para la altura que tenía. A lo largo de muchos metros se desplazaba así, hasta el lindero de los árboles, donde se veían los canales, y nunca cayó al cenagal. Aún hoy no sabe lo que le habría ocurrido.

Desde este puente no hará el viajero otro sermón a los peces. El Almonda es un río de aguas muertas; vida, en él, sólo la de la podredumbre. De niño se bañó en esta poza, y si las aguas nunca fueron límpidas como las de los arroyos de las montañas, era sólo por causa del limo en suspenso, materia fertilizadora, y por eso bienvenida. Hoy, las aguas están envenenadas, como ya en Torres Novas se veía claramente. No ha venido aquí el viajero para llorar la muerte de un río, pero el río está muerto, al menos, que se sepa.

En verdad, éste es el portal de la casa más antigua. La carretera sigue entre viejos y altos plátanos, a un lado la Quinta de Santa Inés, al otro la Quinta de São João, y entonces aparecen las primeras casas. Es, en la nomenclatura del país, el Cabo das Casas. Fue aquí, en Azinhaga, donde el viajero nació. Y para que no se crea que ha venido hasta aquí sólo por razones egoístas y sentimentales, irá a la ermita de San José, que tiene bellísimos azulejos azules y amarillos, ejemplares y trabajados, y techos admirablemente ornados. En sus tiempos de infancia, el viajero tenía miedo en este lugar: decían que enfrente de la puerta, atravesada en la carretera, había aparecido una noche una viga que no se sabía de dónde había venido, y queriendo un hombre, que regresaba a su casa, pasar por encima de ella, no lo consiguió, porque algo le tiraba de la pierna, y entonces se oyó una voz que decía: «Por aquí no se pasa», y el hombre se asustó y salió corriendo. Los escépticos de la aldea dijeron que el hombre iba borracho, declaración que el viajero entonces no aceptó, porque de

aceptarla ya no tendría motivos para el miedo y el estremecimiento.

El viajero no se detendrá. La casa más antigua es una casa desierta. Quedan unos tíos, unos vagos primos, la gran melancolía del pasado personal: pensándolo bien, sólo el pasado colectivo es exultante. No vale la pena ir otra vez al río: ni siquiera es un muerto limpio. Allá abajo, cerca de la confluencia con el Tajo, parece que el agua se vuelve clara: es sólo porque corre sobre un fondo raso, de arena. Se llama aquel lugar Rabo dos Cágados, y un rabo de renacuajo parece, sin ningún nombre mejor que éste, tan flagrante es la semejanza, y más aún en el mapa que el viajero está consultando, y no para orientarse, sino para reconocerse mejor. Son nombres encantadores, palabras santo y seña que le dieron acceso al descubrimiento del mundo: Cerrada Grande, Lagareira, Olival da Palha, Divisões, Salvador, Olival Basto, Arneiro, Cholda, Olival d'El-Rei, Moitas. Es una tierra común esta primera casa del viajero. No hay más que decir de ella.

Santarém es ciudad singular. Con gente en la calle o toda metida en casa, da siempre la misma impresión de encierro. Entre la parte antigua y los núcleos urbanos más recientes, no parece haber comunicación: está cada cual en el lugar donde fue puesto, y siempre dándose la espalda. El viajero reconoce una vez más que puede que se trate de una visión subjetiva, pero los hechos no la desmienten, o, mejor, la falta de ellos la confirma: en Santarém nada puede ocurrir, sería otro palacio de la Bella Durmiente si supiéramos dónde encontrar la bella.

La ciudad tiene, no obstante, las Portas do Sol para desahogarse a lo lejos. Tendría, añade dubitativamente el viajero, y es que el esplendoroso panorama, la gran vista sobre el río y los campos de Almeirim y Alpiarça, acentúa aún más la sensación de aislamiento, de distancia, casi de ausencia que en Santarém se experimenta. La suerte es que pueda una sola chimenea humanizar, volver súbitamente calurosa, a una ciudad cerrada: en el camino hacia las Portas do Sol, en un rebaje que mil veces pasará inadvertido, una chimenea exhibe una figura de mujer que ofrece al sol los senos extrañamente modelados, senos elementales en forma de disco, representación sin paralelo conocido para el viajero.

Así se visitará la ciudad más confortadamente, no el museo de São João de Alpalhão, hoy cerrado (no hay que quejarse, es su día de cierre, tiene todo el derecho), pero sí la iglesia da Graça, que queda de camino. Tiene este templo la frialdad de las restauraciones recientes. La piedra nueva se junta a la piedra vieja y no se entienden ni la una ni la otra. Pero hay que ver este magnífico rosetón sobre el pórtico, y éste, de puro gótico flamígero, con un recuerdo claro de Batalha pero sin su riqueza de columnillas y arquivoltas. El pavimento de la nave está muy por debajo del nivel de la calle, lo que causa un efecto insólito en iglesias portuguesas. Abundan las losas sepulcrales, los mausoleos, los epitafios, uno de éstos es el de Pedro Álvares Cabral. De aquí fue el viajero a la iglesia de Marvila: bello pórtico manuelino, azulejos interesantes, seiscentistas. Había oficio, miró como pudo y salió silenciosamente para no perturbar a quien allí estaba. No lejos está la iglesia de la

Misericordia, con su palmar de columnas decoradas con efectos de ornato: es de tres naves aparentes; en rigor, un amplio salón cubierto por una bóveda sustentada por altísimas columnas.

Hoy el viajero se contenta con vistas de conjunto, no siente vocación para particularizaciones. No obstante, va a estar un buen rato en la iglesia del Seminario Patriarcal, en la que entró por una puerta lateral furtiva, sin que nadie se enterara. Esta iglesia reúne de manera ejemplar todos los elementos del gusto jesuita: teatralidad, lujo decorativo, riqueza de materiales, aparato escenográfico. Aquí la religión es una ópera a lo divino, lugar para el sermón de gran instrumental, aula práctica de seminario. El viajero mira el magnífico techo, pintado al fresco y de imponentes dimensiones, como si el cielo se hubiera cubierto de arquitecturas fingidas y festones de flores para recibir la visita de la Inmaculada Concepción y de la corte angélica. El efecto es magnífico, los pintores jesuitas sabían lo que querían y sabían ejecutarlo bien. Tallas, mármoles blanquísimos de Carrara, mármoles en taracea revisten las capillas de arriba abajo. Desde el este al estuario está muerto el río Almonda, piensa el viajero sin que venga a cuento.

Ha refrescado la tarde. El viajero cruza el jardín, admiró los fortísimos árboles, y ahora tiene ante él lo mejor que Santarém guarda y laboriosamente reconstruye, el convento de San Francisco. Con más rigor: lo que de él queda. Es una ruina, un cuerpo destrozado de gigante que busca sus propios pedazos y constantemente va encontrando restos de otros gigantes, fragmentos, lienzos de muro, trozos de columnas, capiteles sueltos, esto gótico, esto manuelino, aquí renacimiento. Pero San Francisco es, en el interior de la iglesia, magníficamente gótico, del trescientos, y, así en ruinas, con tablas atravesadas sobre fosos, tierra suelta en el camino, andamios, desgarrones por donde se ve el cielo, un claustro en el que uno tiene que andar saltando sobre piezas recuperadas, que son, en su mayor parte, de imposible reconstitución, esta masa aún caótica, y quién sabe por cuánto tiempo lo será, le va narrando al viajero una historia intraducible de formas meditadas, de fuerza espiritual que al fin no quiere abandonar el suelo, o se levanta sólo para ponerse en pie, no para tomar alas que de nada servirían a los trabajos de la tierra. Este convento de San Francisco, en opinión del viajero, que cuando las tiene no las calla, debería ser restaurado sólo hasta el límite de su conservación. Ruina es, y ruina debe seguir siendo, porque las ruinas siempre han sido más elocuentes que la obra remendada. El día en que la iglesia abra, como suele decirse, sus puertas al público, se despedirá de su fuerza mayor: la de dar testimonio. Bajo el pórtico interior nadie querrá saber si fue allí jurado el rey don João II, o lo sabrá de forma indiferente. No le faltan al presente lugares donde se puede hablar al futuro. Ésta es la voz del pasado. Callémonos en este claustro, al borde de esta sepultura vacía, raspando con el pie el polvo acumulado: el silencio no es menos vital que la palabra.

Cuanto más cerca, más lejos

Frontero a Santarém está Almeirim. Quién lo vio y quién lo ve. Tierra de estancia real en los siglos XV y XVI, altar elegido para bodas imperiales, el más inocente de los viajeros esperaría encontrar aquí vestigios abundantes de las grandezas pretéritas. Ni piedra. Parece una ciudad nacida ayer, sin historia, salvo la anónima del trabajo, que ésa es general. El viajero, que trata de cada cosa en su tiempo y en su lugar, no ve en Almeirim ni sombra de arte a la que agarrarse, salvo el palacio de los marqueses de Aloma, pero incluso ése sin demasiado atractivo.

El camino es fácil, siempre tras la huella de aguas varias, las del Tajo, las del canal de Alpiarça, las del Muge, y, más al sur, poco antes de Benavente, el río Sorraia, de mayor porte. En Salvaterra de Magos, el viajero fue a ver la capilla del palacio real, singular edificio que contraría la tradicional ordenación de espacios y su relación. Pero lo que en este lugar atrae más, es la *Pietà* quinientista, con Cristo tendido sobre las rodillas de la Virgen, en una posición rígida, sólo sueltos los brazos, conjunto que recuerda, aunque no la haga olvidar, la *Pieta* de Belmonte. Esta escultura es de madera, pero parece, salvo en la flexión del cuerpo de la Virgen, no haber podido resolver los problemas mínimos de plasticidad que la materia planteaba. Con el granito tuvo que habérselas el más antiguo escultor de Belmonte, y alcanzó, en la simple forma, una expresión dramática que la pintura, primaria, respeta, mientras que en Salvaterra de Magos es la pintura la que pretende expresar una emoción que se le ha hurtado a la escultura.

Hoy ha sido un día abundante en puentes y pontones. Está ahí el de Vila Franca de Xira, torcido de soportes y de línea, pero servicial. Estuvieron a punto de arruinarlo el mismo día de la inauguración, si es verdadera la historia que le contaron al viajero en aquella época. Veámosla en tres palabras: para agasajar al presidente inaugurante y cortacintas de rigor, fueron dispuestos a lo largo del tablero del puente campesinos montados, y, a una señal dada, empezaron todos a hacer piafar los caballos, con tal cadencia y regularidad que las estructuras empezaron a vibrar, lo que causó un susto general. Y como no es posible explicarles a los caballos que deben desacomparar el ritmo, fue necesario que todos se quedaran quietos mientras el puente se iba serenando y con él los ingenieros. Lo inauguró el presidente, pasó al otro lado, y el puente no se hundió. Los caballos agitaban las orejas, enfadados ante tamaña imprevisión.

Estas tierras por donde pasa el viajero están pobladísimas, las aldeas se tocan, cada cual mirando a la próxima, de vertiente a vertiente. Empieza aquí lo desconocido. Es un modo de hablar, claro está, que la capital está cerca, pero ¿qué se ha de decir de una región a la que pocos van, precisamente por ser corto el viaje? Así, lo próximo se hace lejos, y escondido resulta lo que está ante los ojos. A los apresurados viajeros lisboetas que en torrente se dispersan por carreteras marginales,

vías rápidas y autopistas en busca de la felicidad, les pregunta este viajero de poca prisa por qué no vienen a buscar aquí (habla de las felicidades que los viajes dan, no de otras), por tierras que se llaman Arruda dos Vinhos, Sobral de Monte Agraço, São Quintino, Dois Portos, Torres Vedras, por hablar sólo de ellas ahora, que son las visitadas.

Y más que las poblaciones, esta belleza tranquila del paisaje, tierra de agricultores, mucha viña, pomares, huertos, constante ondulación del terreno, tan regular que todo es colina y luego valle. El paisaje es femenino, blando como un cuerpo entregado, y tibio en este día de abril, florido en las cunetas de la carretera, fertilísimo en los cultivos, ya brotando las cepas plantadas a cordel, geometría rara en esta nuestra inconsecuente patria. No hay un palmo de tierra en el que el azadón no haya entrado desde el primer Mustafá que vino aquí a instalarse bajo la protección de los ejércitos del Profeta, y, luego, por sus descendientes, ya de nombre cambiado y creencia nueva, a la sombra del poder de los nuevos señores, pero desconfiando siempre. Este viajero atraviesa un jardín que no precisa oler a rosas.

En Arruda dos Vinhos encontré, en una iglesia que exteriormente no se aparta de la vulgaridad de la fachada lisa, un bello pórtico manuelino, de notable equilibrio, en el que la decoración es sólo la suficiente para, en su medida justa, servir a la estructura. El viajero examina su propia sorpresa, y concluye que, habiendo penetrado en un mundo tan diferente en topografía y paisaje general, estaría, inconscientemente, a la espera de que fuera otra la arquitectura. Son los misterios de la mente, que aquí no cabe descifrar. Dentro, la iglesia es armoniosa, con sus columnas anilladas en el fuste y los excelentes azulejos con escenas de vidas de santos.

Por estos cerros, o acomodándose a las faldas resguardadas de los vientos, abundan las casas rurales, medio de labor, medio de vivir. Son casas con aire de palacio campesino, de arquitectura simple, pero tan integradas en el paisaje, que surge como agresión violenta cualquier nueva construcción al gusto desvariado de hoy, agresión tanto a lo que la rodea como al espectador, que traía sus ojos habituados a otros conciertos. Muchas de esas moradas muestran aire de abandono: no viven aquí los dueños, otros ocupan sólo una parte del edificio, hay nuevos propietarios que no han hecho obras. Conservar hoy estos bienes costará una fortuna, quién sabe si compensa la explotación de la tierra. Sea como fuere, quien la trabaja no puede irse a vivir lejos: las grandes casas-quinta son como marcos geodésicos, referencias de una caminata que vuelve siempre al mismo terruño y a los mismos trabajos, labrar, sembrar, plantar, abonar, segar, recoger, el mismo principio y el mismo fin, el verdadero movimiento continuo, que no precisó inventor porque su inventor es la necesidad.

A São Quintino se va por un camino que empieza por esconderse en el declive de una curva de la carretera principal y luego lanza una bifurcación por la que el viajero, o da con lo que busca, o, si se equivoca, tiene siempre la seguridad de ganar algo. No

son andanzas de alta montaña con riesgos de extravío: aquí todo está cerca, pero las colinas sucesivas, con su dibujo multiplicado de ladera y valle, hacen que las perspectivas resulten engañosas, creen un nuevo sentido de la distancia. Parece que basta tender la mano para alcanzar la iglesia de São Quintino, y, de repente, la iglesia desaparece, juega al escondite, estamos a veinte metros y no la vemos.

Sería una pena. La iglesia de São Quintino merecía líneas directas de autobús, guía experto, tan capaz de hablar de azulejos como de arquitectura, de manuelino como de renacimiento, del espacio de fuera como de la armonía de dentro. Es, en esta ladera abierta a los libres horizontes, una joya preciosa y casi ignorada. Y para volver a hablar de guía, a él tendría que unirse, como parte indispensable de la información, la mujer que el viajero encontró en un huerto cercano y que lo acompañó durante la visita. Esta mujer sería la voz del sincero amor a las cosas, alguien que no sabe de erudiciones, tantas veces simples rótulos pegados en el rostro auténtico de la belleza, pero que, en cada palabra dicha, rezuma un casi dolorido enternecimiento, igual que vincula a los seres humanos a la aparente rigidez e indiferencia de los objetos inertes o trabajados. Esta mujer repite a veces palabras oídas al azar de las sabias visitas que aquí han venido: ecos de otras voces ganan un sentido nuevo en su discurso, son afloraciones de ciencia quizá exacta en el humano e ingenuo terruño, dispuesto para todo cultivo.

El portal es de 1530, data inscrita en una pilastra. En él se reúnen elementos renacentistas y manuelinos, verificación que se puede hacer inmediatamente, basta tener de unos y de otros un mínimo conocimiento. El viajero, probablemente, no va mucho más allá de ese conocimiento mínimo, pero ha adquirido el buen hábito de reflexionar, y en este caso su reflexión le dice que no ha llegado a su término el desarrollo de estas esbozadas simbiosis entre un estilo importado de pies a cabeza (el renacimiento) y otro que, aquí florecido, tenía también raíces distantes, más distantes todavía, y que se alimentaba de otro suelo cultural (el manuelino). Exóticos ambos, como también exóticos fueron el románico y el gótico, estilos internacionales por excelencia, pero encontrados (aquéllos) en una época más abierta a la creación, o, con otras palabras, menos canónica, es muy probable que su evolución se viera detenida por la represión ideológica desarrollada a lo largo del siglo XVI. A partir de ahí no había que esperar más ni del uno ni del otro. La ligazón renacimiento-manuelino fue un aletazo que apenas consiguió alzarse del suelo.

Un ejemplo bastará. Sabido es que el vocabulario plástico renacentista utilizó hasta el agotamiento la máscara, es decir, el rostro humano alterado por sutiles o brutales distorsiones, y con ello sembró, con objetivos meramente decorativos, pilastras, entablamientos, frontones, toda la transposición arquitectónica que para la decoración hizo. Aquí, en São Quintino, y desde luego también en otros lugares de Portugal, la máscara puede surgir, o así se quiso que surgiera, como factor inquietante, o de intimidación. La máscara se vuelve careta. Voluntaria o no, tal intimidación está patente en el modo con que fue designada popularmente, y en el

tono con el que la designación se enuncia, aquella máscara triple que en lo alto de la pilastra izquierda se muestra en un paisaje sin duda desajustado: «la cara de las tres narices». Otras formas fantásticas del vocabulario renacentista presenta el portal de São Quintino, ninguna más elocuente que esta de los significados añadidos y, en consecuencia, de los futuros posibles.

Allá dentro siguen las sorpresas agradables. El anillo, en medio del fuste de las columnas, que ya habíamos encontrado en Arruda dos Vinhos, se encuentra también aquí. Pero la belleza mayor está en los azulejos setecentistas, el panel que cubre las paredes laterales, del tipo albarrada, y en la entrada, encima del panel, de tipo punta de diamante. El efecto, pese a tanto azulejo visto, no se olvida. Y el baptisterio, a mano izquierda de quien entra, es en verdad un lugar de iniciación, tan íntimo, tan resguardada está la confidencia bautismal de la compañía de padres, padrinos e invitados.

No es rico en imaginería São Quintino. No obstante, al viajero le intrigó una pintura guardada en la sacristía que muestra indudablemente a la Virgen y al Niño, pero ambos sin aureola, y el Niño no es el acostumbrado niño de pecho, tendrá ya sus cinco o seis años, y tiene una sonrisa inocente y crispada más vieja que él. El pintor no dominaba con seguridad suficiente las anatomías: el cuerpo de la Virgen se pierde en los ropajes, el brazo derecho del Niño es cortísimo, la cabeza parece fuera de sitio, pero la expresión intensísima de las miradas compensa las flaquezas de la composición, que, por otra parte, tiene mucho interés en aspectos de color y dibujo. No valdrá mucho la pintura, pero al viajero le ha gustado, quizá por parecerle enigmática en su limpidez figurativa, interrogadora en la aparente simplicidad de exposición. Hay muchas más «caras de tres narices» de lo que se pudiera pensar.

A Dois Portos fue el viajero, pero no para desembarcar. La iglesia, allá en lo alto, estaba cerrada, y sólo el cura autorizaba la entrega de la llave. El viajero conferenció largamente a la puerta de la rectoral, pero debía de estar en uno de sus días de cara de bandolero, porque a todas sus razones de interés y urgencia, la criada (si criada era, si no era más bien pariente) opuso una negativa firme y delicada bajo la que intentaba esconderse el evidente temor de que el viajero fuese el malhechor que sin duda debía de parecer. Sintió no poder ver el techo mudéjar y el *San Pedro* quinientista. Si el enfermo a quien el cura, según le dijeron, había ido a visitar mejoró su confort espiritual, el viajero perdona la decepción. Pero si la llave de la iglesia no cerró las puertas a la muerte, entonces perdieron todos, el padre su viaje, el enfermo la vida, y el viajero su placer.

De aquí en adelante, y hasta Torres Vedras, la carretera se enlaza con el río Sizandro y con la línea férrea, unas veces puente, otras paso a nivel. El paisaje es inalterablemente hermoso, suavísimo. Torres Vedras está en el límite de la gran agitación orográfica de esta parte de Extremadura. Hacia poniente y noroeste las tierras descienden insensiblemente hasta la costa, pero hacia el este y el nordeste se dibujan las vertientes que han de llevar, de escalón en escalón, a las alturas de

Montejunto.

En Torres Vedras, el viajero empezó por ver la Fonte dos Canos. Estaba justo en el camino y hasta parecería desprecio no parar. Mucho estimaban el agua los constructores del siglo XIV para peinarla de esta manera, arcos ojivales de buen diseño y talle, capiteles que no son mera fórmula estructural, gárgolas imaginativas. No corría hoy el agua, se agotó tal vez el caudal, o, habiendo sido integrado en el abastecimiento público, no se cuidaron de reencaminarlo hacia su natural salida. Lo siente el viajero: fuente que no corre es más triste que una ruina.

Más allá está la iglesia de San Pedro, otro portal de componentes manuelinos y trecentistas. Es una admirable pieza de escultura, pero São Quintino, o por mérito propio o por haberlo visto primero, se guarda mejor en la memoria. Dentro, no falta qué ver: la decoración de los arcos del tramo más alejado de la entrada, los azulejos verdes y blancos, otros tardíos, de tipo alfombra y punta de diamante, el sepulcro quinientista, cuya arca renacimiento está envuelta en un edículo manuelino, los paneles de azulejos blancos y azules de la capilla de la Virgen de Boa Hora, protectora de las parturientas.

Como va llegando a su fin la tarde, el viajero quiere dar un último vistazo al paisaje por donde vino. Sube al castillo, admira hasta donde los ojos alcanzan, y, estando allí la iglesia de Santa Maria do Castelo, error sería no aprovechar la ocasión. Restan vestigios de la primitiva construcción románica, tal vez del siglo XIII, y el interior merece atención. Desde aquí abajo, en la penumbra que se va adensando, intenta el viajero descifrar la *Resurrección del coro*, que le parece pintura interesante. En lo alto de la villa, y metida entre las murallas, la iglesia está silenciosa, no se oye una mosca, ni pájaros alborotan allá fuera. El viajero repara en una puerta que allí hay, la empuja y se encuentra en una pequeña pieza desnuda de muebles o de cualquier adorno. Da tres pasos y cuando, moviendo al mismo tiempo el cuerpo, pasa los ojos alrededor, sufre un violento sobresalto: creyó haber visto una enorme cara acechándolo por la rendija de otra puerta. Confiesa antes de que le pregunten: tuvo miedo. Pero, en fin, un viajero es un hombre: si no hay allí nadie que admire su valor, demuéstreselo para sí mismo.

Se acercó a la puerta misteriosa y la abrió de golpe. Arrodillado en el pavimento de ladrillos estaba un enorme San José de pasta, andrajosa ya su vestimenta, todo él de cartón moldeado, más viejo de lo que muestran la blancura del pelo, de la barba, del bigote y de las cejas, pero mucho más joven de piel. Era una figura de pesebre, claro está. El viajero baja los dos peldaños, y aquí están otros personajes, un Niño atlético en el comedero, y la Virgen más a la moda que pueda uno imaginarse, morena, de largos cabellos, maquillada de sombra azul en los párpados, pestañas prolongadas con rímel, en fin, las cejas trazadas a lápiz, los labios carnosos y bien contorneados. La muchacha que sirvió de modelo a esta Virgen quedaría ofendida si supiera que había asustado al viajero por la rendija de la puerta. No fue ése el caso: quien estaba como acechando por ella era San José. Pero el viajero aún hoy se

pregunta qué diablos habría sentido si de soslayo descubre aquella hermosura y la cree de carne y hueso. Está convencido de que pecaba de pensamiento. No se atreve a pensar más.

El capitán Bonina

En Torres Vedras tuvo por primera vez el viajero la llave de la casa: alcanzó, por así decirlo, la mayoría de edad de viajero. A tal hora se cierra la puerta del hotel. ¿Y qué hace el huésped? ¿Toca el timbre? ¿Da unas palmas para llamar al vigilante nocturno? Nada de eso. Se limita a sacar del bolsillo la llave que le fue entregada, y entra como si estuviera en su propia casa: no hay vigilante a quien tenga que pedir disculpa por la incomodidad cuando aparece allá al fondo, estremecido, arrancado del sueño de los justos. El principio es bueno, al viajero le gustó.

De mañana, teniendo que elegir entre lo que le falta por visitar, se quedó con el Convento da Graça y el Museo Municipal. No fue mal servido. El convento tiene en la sala de la portería curiosos paneles de azulejos que cuentan episodios de la vida de San Gonzalo de Lagos, prior que era de este establecimiento en la fecha de su muerte, en 1422. Dentro, está el túmulo del mismo San Gonzalo, pero no debe de ser especialmente milagrero porque no se ven señales particulares de devoción y de gratitud. Estos asuntos le resultan siempre simpáticos al viajero: se esforzaron en la tierra, sabe Dios qué flaquezas tuvieron que vencer, y luego no se vieron beneficiados con poderes especiales; hacen su milagrito de vez en cuando, sólo para no perder su lugar, y eso es todo. En el cónclave de los santos deben de ocupar los últimos escaños, votan si hay que votar, con eso nos contentan.

A los lados de la capilla mayor hay dos santas imponentes, de suntuosos ropajes, activas como abadesas. Están en lugar de honor, pero fuera de los altares, hecho que el viajero se permite considerar: teniendo el creyente que dirigirse a cualquiera de ellas, puede hacerlo con gran simplicidad, como si hablara con un amigo con quien se ha encontrado por casualidad, pero el ceremonial de la oración debe de verse perjudicado y perder eficacia. Magníficas son las pinturas quinientistas de una de las capillas, e igualmente hermosos los cuadros de azulejos que representan escenas de la Pasión en la capilla del Senhor dos Passos. Y, hablando de azulejos, hablemos una vez más de los del claustro, con episodios de la vida de Fray Aleixo de Meneses, que no llegó a ser santo, pero que edificaba a los frailes mientras paseaban por el claustro. A la salida dio el viajero los buenos días a tres mujeres que andaban afanadas en grandes limpiezas de escoba y bayeta en el atrio, y ellas respondieron con tan buenos modos que el viajero salió de allí como si le hubieran echado tres bendiciones.

El Museo Municipal no es rico, pero le gusta mostrar lo que tiene. Y tiene algunas buenas tablas de talleres regionales, alabadas por el viajero con palabras que cayeron bien en el espíritu del joven funcionario que lo atendía. Notable de modo superlativo es una escultura en madera, probablemente obra española, que representa a Cristo muerto. De tamaño que se aproxima al natural, y mostrado de manera realista, aunque no dramatizada, este Cristo es de las más hermosas piezas del género, y no son muchas, porque si hay una región de la representación sacra en la que se haya instalado la banalidad, es exactamente ésta. Más alabanzas merece así el Cristo de

Torres Vedras.

Se echó al fin al camino el viajero, consolado aún por las bendiciones de las tres mujeres del gremio de la escoba, pero no tardó en comprobar que el radio de acción de las bendiciones es peligrosamente corto para quien no va más protegido. Fue el caso que en Turcifal vio el viajero una altísima iglesia alzada sobre una terraza a la que se accedía por tramos de empinadas escaleras, eso si había buena pierna. Atraído el aventajado edificio la atención del viajero, que se lanzó al habitual juego de buscar la llave. Una caritativa mujer que estaba en un mostrador delegó en su hijo pequeño el encargo de acompañarlo hasta una calle retirada. El viajero aprovecha la ocasión para confesar que no tiene talento para conversar con chiquillos. Y lo demostró una vez más en Turcifal. Iba allí aquel muchacho arrancado de sus juegos y acompañando a un desconocido, y era primario deber del viajero entretenerlo con algo de conversación. No lo hizo. Soltó una pregunta cualquiera, a la que el chiquillo, sensatamente, no respondió, y en eso quedó todo. Menos mal que la casa que buscaban no estaba lejos.

Ojalá lo estuviera, ojalá se cansase el viajero y desistiera. «Es aquí», dijo el pequeño. El viajero llamó una vez, llamó dos veces, y después de llamar tres se entreabrió una rendija suspicaz, y una cara de vieja apareció, severa: «¿Qué desea?». Da el viajero su habitual recado, ha venido de lejos, anda de visita, sería un gran favor, etcétera. Responde la rendija de la puerta: «No estoy autorizada. No doy la llave. Vaya a pedírsela al cura». ¡Qué sequedad, cielo santo! El viajero insiste, está en su razón, le habían dicho que allí dejaban la llave, pero se queda con la frase cortada porque le dan con la puerta en las narices, y es la primera vez que esto le ocurre. Turcifal no tiene derecho a hacerle semejante desaire al viajero. Va éste a temperar la indignación con un café, que a esta hora de la mañana sólo va a servir para darle acidez de estómago, y empieza a pensar si vale la pena ir a ver al cura o si es mejor marchar de Turcifal. Piensa ya en hacer, cuando llegue a los límites de la población, el gesto teatral de sacudirse el polvo de las botas, pero recuerda entonces los buenos modos de la primera mujer, la sensatez del chiquillo, y va al cura. Pasmémonos todos. La vieja ya está allí, con grandes demostraciones explicativas, de palabra y gesto, con el ama del cura, o tal vez pariente, nunca se sabe, y cuando el viajero se aproxima, repara en que la vieja retrocede asustada, como si estuviera ante el Enemigo. «¿Qué habré hecho yo?», se interroga el viajero. Nada hizo, y todo acaba explicándose. Esta pobre mujer, mostrando la iglesia a unos visitantes, fue por dos veces víctima (palabras suyas) de ataques de testigos de Jehová que querían cometer no sé qué desacatos o sacrilegios. Una de las veces (según parece) hasta le echó uno las manos al cuello. Un error. El viajero había sido confundido con un testigo de Jehová, y suerte tuvo de que no vieran en él nada peor. En fin, fueron todos juntos a la iglesia, que al fin no valía la mitad de estos trabajos y de tanta agitación. Lo mejor del caso fue sin embargo el que la viejecita se revelara gran viajante europea, pues en los tiempos en que el marido aún vivía, fue con él a casi todos los países de la Europa

Occidental (y acentuaba Occidental abriendo mucho los ojos, por algo sería), principalmente a Italia. Había estado en Roma, en Venecia, en Florencia, el viajero está pasmado, en Turcifal una mujeruca de chal y pañuelo a la cabeza, una mujer que vive en una casa pobre de una calle escondida, resulta tan viajera, alabado sea Dios. Quedaron hechas las paces, pero el viajero aún hoy está convencido de que, para la mujeruca de Turcifal, es realmente un testigo de Jehová que trabaja en la clandestinidad.

Fue el caso que el mal de ojo empezó a hacer efecto. No tiene otra explicación el que el viajero diera la vuelta por São Pedro da Cadeira, fascinado por la singularidad del topónimo, y encontrara en obras la capilla de Cátela, y cerrada a cal y canto la iglesia del señor San Pedro. De la primera, ni esperanzas; de la segunda, desesperanzas, porque triste fue la información que recibió: el sacristán estaba en el huerto trabajando, e ir a buscarlo sería trabajo mayor. Aparte del perjuicio. El viajero es persona comprensiva, agradece el incomodo que causó, y sigue su camino. Se consuela con la idea de que Varatojo, por estar tan cerca de Torres Vedras, esté alcanzado ya por el radio de acción de las bendiciones de aquellas otras más humanitarias mujeres.

Así es. Pasado Ponte do Rol, se empieza a ver a lo lejos la enorme masa del convento de San Antonio, que a la vista no promete mucho, sólo una fachada con ventanas iguales a todas. El viajero empezó temeroso, pero recordó que no puede estar siempre el diablo tras la puerta, que le gusta salir a airearse de vez en cuando. En fin, en Varatojo ocurrió todo de la mejor manera.

Por haber llegado el viajero de este lado, y no de Torres Vedras, entró en el convento por las traseras, y fue mejor así. Miró la alta fachada, buscó la puerta y dio con ella, una puertecilla baja que daba a un paso oscuro que, a su vez, se abría a la luz de un patio. El silencio era total. Estaba vacilando el viajero, entro, no entro, cuando aparece un hombre fuerte, vestido con camisa de cuello alto. El viajero espera ser interpelado, pero no, el hombre se limita a responder al saludo, y es el viajero quien se explica: «Me gustaría visitar...». El otro responde sólo: «Desde luego», y se aleja, se mete en un coche que está allí mismo y desaparece. El viajero se pregunta: «¿Quién será?». Cura no parecía, así vestido, pero el viajero anda desde Ferreirim con la mosca tras la oreja, y no le van a coger en otra. Volvió el silencio. Alentado por la autorización, entra decidido, y lo primero que ve son unas escaleras que dan a un pasadizo de madera rechinante en el que hay pequeñas puertas por las que el más bajo de los adultos tendría que entrar curvándose. Son las celdas de los frailes. Recuerda Asís el viajero (no sólo la vieja de Turcifal viajó por esas partes): los dos conventos son de franciscanos, no es sorprendente que encontrase semejanzas.

Pasado el patio, que será lo primero que vea el viajero, está el claustro. Es de los que al viajero le gustan: sencillo, pequeño, discreto. Siendo primavera como es, no faltan flores ni abejas. En una de las columnas se enrosca un viejo tronco y el viajero se asombra pensando cómo es posible que la fuerza del árbol no haya desplazado el

apoyo de los arcos y no se haya venido todo abajo. Y cuando mira hacia arriba, en busca de conventuales estragos, ve el viajero el techo pintado con un motivo constantemente repetido: la noria, que era el emblema de don Afonso V. Caso extraño: esta gente noble medieval tomaba para sus enseñas personales la imagen de objetos mecánicos, instrumentos usados por quien villano era, y en consecuencia no apreciado, este rodezno, los guindastes del conde de Ourém, la red para pescar camarones que tenía como emblema la reina doña Leonor, y lo que habrá por ahí adelante. Sería interesante investigar estas adopciones, qué relaciones morales o espirituales, ideológicas en consecuencia, las motivaron.

Hay aquí un portal manuelino. En otro lugar le prestaría el viajero más atención, no en el convento de Varatojo. Pasa en este momento, por el otro lado del claustro, en silencio, como una sombra, un fraile. No miró, no dijo una palabra, pasó rápidamente, a qué obligaciones iría. El viajero, después, dudó hasta de que hubiera visto al fraile. Es decir: no es que lo dudara, pero no consiguió ver de qué puerta salió y en qué puerta entró, y eso va a causarle de inmediato ciertas dificultades, cuando ande a la busca del paso hacia la iglesia.

No obstante, ahora está en la sala capitular, que al claustro da. En anchura, longitud y altura es de rigurosa proporción. Son excelentes los azulejos setecentistas. Por encima del panel están los retratos de frailes, y el viajero va pasando de uno a otro, sin prestar mucha atención a las pinturas, que en general no son buenas, cuando de repente se queda clavado allí en el suelo, tan feliz que ni sabe explicarlo. Tiene ante él, en admirable pintura, el retrato de Fray Antonio das Chagas, hombre que en el mundo se llamó Antonio da Fonseca Soares, fue capitán del tercio de Setúbal, mató a un hombre cuando aún no tenía veinte años, vivió disipadamente en Brasil, en esparcimientos de arte amatoria, y, al fin, perdonado su crimen de juventud, entró como novicio en la Orden de San Francisco, después de no pocas andanzas más y de algunas recaídas en tentaciones mundanas. En fin, un hombre de carne y sentidos que llevó a la religión sus arrestos y arrebatos militares de escaramuza y de guerrilla, y, siendo gran predicador, alborotaba a los oyentes, llegando incluso a tirarles el crucifijo desde el púlpito, último y violento argumento que rendía a los fieles, prosternados en las losas de la iglesia entre suspiros y gritos. Le llamaron el capitán Bonina, y al predicar, no teniendo enemigos carnales a mano, se daba a sí mismo violentas bofetadas, tales y tantas que su director espiritual acabó aconsejándole moderación en el castigo.

Todo esto es barroco, contrario a los declarados gustos del viajero, pero este Fray Antonio das Chagas, que murió en Varatojo en 1682, habiendo nacido en Vidigueira en 1631, fue hombre entero, y por eso excesivo, escritor gongorino, hijo de su tiempo, lírico y obscuro, nunca supo hacer nada sin pasión. Al final de su vida sufrió vértigos y flujos nasales, y de ese continuado moco, al que al modo erudito llamaba estilicidio, decía impávido: «El estilicidio es memorial del modo como Vuesa Merced ha de aceptar lo que le viene de Dios, sea mal o bien. El estilicidio cae de la cabeza al

pecho, y significa que lo que le viene de Dios es cabeza nuestra, y debe meterlo Vuesa Merced en el corazón, que en el pecho no tiene lugar». Con un hombre que argumenta así, no hay nadie que se atreva a discutir. Aunque este retrato fuera malo, el viajero lo miraría con la misma fascinación. Pero la pintura, vuelve a decirlo, es excelente, digna de un museo y de ocupar un lugar principal en él. El viajero se siente feliz por haber venido a Varatojo. En una de esas celdas murió el frailecillo, que así le llamaban en su tiempo. En la hora de la muerte, madrugada del 20 de octubre, le pidió al compañero que lo asistía que le abriera la ventana para ver el cielo. No vio paisaje ni sol que alumbrara sus excesos. Sólo la grande y definitiva noche en que iba a entrar.

El viajero sale conmovido de la sala capitular. Feliz y conmovido. Una vida de hombre es lo más importante que hay. Y éste, que anduvo por caminos que el viajero sin duda no pisa ni pisará, acabó en aquella misma encrucijada a la que el viajero ha de llegar, tan seguro él de haber vivido bien como éste quiere que sea su propia convicción. Caminos no faltan. Y no todos van a dar a la misma Roma.

Ahora el viajero busca el camino de la iglesia. Cuantas puertas aparecen ante él, las abre, y tras levantar y bajar picaportes, meter la cabeza por desvanes, dar con cerrojos por fuera después de haber abierto los de dentro, encuentra al fin la entrada de la iglesia. Nadie lo ha visto, nadie le ha venido a pedir cuentas, es un viajero libre. No faltan motivos de atención, bien en la nave, bien en las capillas: taraceas, retablos de talla barroca adornados con ángeles y pájaros, pinturas edificantes, azulejos de buen dibujo. En un marco alto y estrecho, porque este espacio no daba lugar para más azulejos, un peregrino se aleja de espaldas, mientras un árbol esbelto en cierto modo lo prolonga, al tiempo que llena el espacio vacío. Entre mil imágenes perduró ésta más vivamente en la memoria del viajero. Que lo explique quien quiera.

Va siendo hora de marcharse. El viajero sale de la iglesia, atraviesa el claustro, mira una vez más al capitán Bonina («O morir en la empresa, o lograr la victoria», son palabras suyas), y mientras baja la colina va pensando que, si algún día se mete a fraile, vendrá a llamar a la puerta de este convento de Varatojo.

Lisboa queda más abajo; dicen que Varatojo está al norte de ella, pero antes de ir allá, el viajero volverá a tierras que han quedado atrás y que no puede dejar olvidadas. Desgraciadamente, no todos los pasos tienen su merecido final feliz, como se vio en Merceana y en Aldeia Galega, donde sólo pudo ver las iglesias por fuera (magnífico el portal manuelino de Aldeia Galega), y lo mismo ocurrirá en Meca, donde el viajero sólo puede ver el púlpito desde el que bendicen al ganado, sin particulares méritos artísticos.

En Aldeia Gavinha fue lo bueno y bonito. Había ido el viajero en busca de quien le abriera la puerta de la iglesia (sobre los distintos modos de pedir la llave podría escribir un tratado), hay cierto alboroto en la familia, iban a salir todos de paseo, pero uno de los hombres de la casa se pone al servicio del viajero, va con él a donde la llave está, y luego lo acompaña, le da explicaciones sobre las imágenes y en general

sobre el templo, y cuando están en esto, llegan dos mujeres de las que iban a salir también, nada impacientes, benditas sean, sólo para ver al forastero y ayudar en lo que sea preciso. Decir que la iglesia de Nossa Senhora da Madalena merece una visita, sería decir poco. Los azulejos, amarillos y azules, son de los más hermosos, y al ver el baptisterio todo cubierto de ellos, tanta es su belleza que el viajero siente ganas de volver a la pila bautismal. Intrigante es la imagen de la patrona, ahora en el interior de la iglesia, tras haber pasado largos años en la hornacina de la fachada. Tiene los ojos bajos, cerrados, si no se han engañado los del viajero. O está así para ver mejor a los impetrantes, o se niega a ver el mundo, en lo que muy mal hará, pues el mundo tiene buenas cosas, que se lo pregunten si no a Fray Antonio das Chagas.

Aquí nació Palmira Bastos, que fue, puede decirse, la última actriz del siglo XIX. Allí está la plaza con su nombre, la casa donde nació. El viajero, que, como se ha observado, es fértil en ideas, quiere saber por qué no se hizo en aquella casa arruinada un museo del teatro que reuniera los recuerdos de Palmira, retratos, objetos de uso personal, trajes de escena, carteles, en fin, lo habitual en casos tales. No le saben responder, ni el viajero esperaba respuesta. Porque si entonces se la hubieran dado, no tendría oportunidad para repetir la pregunta. Aquí queda.

No ha hablado del paisaje, pero, con mínimas diferencias, es el mismo que lo ha venido maravillando desde Arruda dos Vinhos y Torres Vedras. Hay que hacer notar que el viajero ha dado un salto que lo llevó hasta cerca del mar, y ahora ha regresado casi al punto de partida. Espiçandeira está en la orilla derecha del río Alenquer, y es una tierra tranquila, un tanto ensimismada, con su plaza triangular, de casas bajas. La iglesia, consagrada a San Sebastián, queda resguardada, tras una verja que protege igualmente al jardincillo. Abierta hacia la carretera, hay una puerta con motivos renacentistas, un tanto amenazadora, para que los que pasan no olviden que la vida es tránsito y nada más. El viajero está de acuerdo, pero cree que el aviso de la puerta contradice lo que allá dentro se afirma sobre certezas de inmortalidad.

De San Sebastián de Espiçandeira guardó el viajero en la memoria, aparte de los azulejos (toda la región es riquísima en este arte), una hilera heterogénea de imágenes colocadas sobre el arca de la sacristía, y, más que todo, el impresionante sepulcro de un caballero seiscentista, toscamente tallado, con su estatua yacente de armadura y espada. Por la rudeza de la piedra, que no por otra cosa, recuerda al viajero la de don Pedro de Barcelos que está en São João de Tarouca. Tierras tan distantes son aproximadas así por quien las visita: ésa es la mejor vecindad.

A Alenquer se llega sin que apenas se dé cuenta uno. Después de una última curva, se encuentra ya el viajero dentro de la villa. Es una aproximación en nada semejante a la que se hace viniendo por la carretera del norte, desde donde la población se ve alta como si fuera un belén. Alta es realmente, como el viajero va a saber a su costa, trepando hasta allá arriba, donde está el convento de San Francisco. Nadie diría que fue éste el primer convento franciscano fundado en Portugal, precisamente en 1222. Queda de entonces la puerta gótica, y de posteriores

restauraciones el claustro quinientista y el portal manuelino de la Casa del Capítulo. Lo que se ve, aparte de esto, es posterior al terremoto de 1755, que echó abajo casi todo.

El viajero va acompañado en su visita por una hermana muy sonriente y distraída, que da siempre respuestas seguras pero parece estar pensando en otra cosa. En todo caso, es ella quien llama la atención del viajero sobre un reloj de sol que la tradición dice que ofreció al convento Damião de Góis^[16]. No olvidaba el viajero que Damião de Góis nació y murió en Alenquer, pero oír decir allí su nombre, por los inocentes labios de esta monja, que sigue sonriendo como le habrán recomendado que haga para asegurarse la propina, provoca en el viajero una seria conmoción, como si le hablaran de algún pariente o de alguien muy íntimo. El viajero subió al piso alto del claustro, a instancias de la hermana, que quería mostrarle la capilla de doña Sancha, fundadora, y no le pareció especialmente interesante. Andaban por allí dos viejos del asilo a la espera de la muerte, uno sentado en un banco y mirando al altar, el otro fuera, al aire más libre, oyendo tal vez el canto de los pájaros. Al lado está el cementerio. «Es allí donde está la Saõzinha», dice la hermana. El viajero hace un gesto compungido con la cabeza y piensa: «Sí, Damião de Góis». Cosa que es un disparate, pues Damião de Góis no se encuentra aquí.

Lo que no puede jurar el viajero es que se encuentre aún en la iglesia de San Pedro, cien metros más abajo, tantas son las injurias por las que pasan los huesos. Lo que sí parece cierto es que aquella cabeza de piedra, mutilada, en la pared, encima de la lápida en latín que el propio Damião de Góis escribió, es su retrato. Le falta la parte inferior de la cara, pero se ve que era, cuando el retrato se hizo, un viejo robusto, claro hombre del renacimiento en el gorro y en el peinado, y en la manera franca de mirar. Alenquer vio nacer a Damião de Góis y lo vio morir. Hay quien dice que murió a causa de una caída. Otros dicen que lo mataron sus criados, por codicia de sus haberes o por mandado de ocultas voluntades. No se sabrá. Desde aquí abajo, el viajero saluda a Damião de Góis, espíritu libre, mártir de la Inquisición. Y sin entender bien lo que podrá aproximar a estos dos hombres tan distintos, piensa para sí que también Damião de Góis podría haber escrito aquellas palabras de Fray Antonio das Chagas: «O morir en la empresa, o lograr la victoria». En fin: victoria o muerte. Un grito que viene de lejos y que no se ha callado aún.

El nombre en el mapa

De Alenquer a Caldas da Rainha vino el viajero sin parar. Dejando aparte Ota, Cercal y Sancheira Grande, la carretera parece haber huido de todo lo que sea lugar habitado, carretera hosca, de pocas palabras, como bicho del bosque. Pero le vino bien al viajero, que se pasó todo el camino pensando en Fray Antonio das Chagas y en Damião de Góis, que es una manera como cualquier otra de pensar en Portugal.

Por la mañana, en Caldas, se va al mercado. El viajero fue, pero no hizo compras. El mercado de Caldas es para avíos domésticos, éste es su único pintoresquismo. En gran engaño caen los turistas que, yendo de paso, ven el barullo de vendedores y compradores, tan al natural, e irrumpen excitadísimos, cámara en ristre, en busca del ángulo raro y del raro espécimen que enriquezca su colección. En general, el turista queda frustrado. Para ver comprar y vender no precisaba venir de tan lejos.

Donde se está bien es en el jardín. Al mismo tiempo íntimo y desahogado, el jardín de Caldas da Rainha es, y permítase el tópico, un lugar apacible. El viajero se sienta en aquellos bancos, divaga a lo largo de las alamedas, va viendo estatuas, naturalistas por lo general, pero algunas de buena factura, y luego entra en el museo. Abunda la pintura, aunque no toda se salve: Columbano, Silva Porto, Marques de Oliveira, por quien el viajero vuelve a confesar rendida estima, Abel Manta, Antonio Soares, Dórdio Gomes, y algunos más. Y también, claro está, José Malhoa: este hombre fue un excelente retratista y buen pintor de aire libre y atmósfera. Véase el retrato de Laura Sauvinet, véase *Paul da Outra Banda*. Y si se prefiere un documento terrible, bajo apariencias brillantes de luz y de color, véase *As Promessas* durante todo el tiempo necesario hasta que la verdad se muestre. Estas pagadoras de promesas que se arrastran en el polvo requemado por el sol, son el retrato cruel, pero exacto, de un pueblo que durante siglos siempre pagó promesas propias y diezmos ajenos. La duda que asalta al viajero es si José Malhoa sabía lo que allí estaba pintando. Pero eso importa poco: si la verdad sale entera de la boca de los niños, que en ella no piensan como opuesta a la mentira, también puede salir de los pinceles de un pintor que crea que sólo está pintando un cuadro.

También en Caldas da Rainha hay que ver las cerámicas. El viajero confiesa que tiene un serio amor por estos barro, y es tan abierto este amor, que tiene que vigilarlo para no caer en tolerancias universales. No se tiene por entendido en la materia, pero es familiar de Maria dos Cacos, de Manuel Mafra, de los Alves Cunhas, de los Elias, de Bordalo Pinheiro, de Costa Mota Sobrinho, por no hablar ya de los anónimos fabricantes que no ponían marca a sus piezas y tantas veces las modelaban magníficas. Si el viajero empieza a hablar de las tiendas de Caldas corre peligro de que el tema le ocupe el día entero: cállese pues, y siga viaje.

No lo hará de inmediato, pues primero tiene que ir a ver la iglesia de Nossa Senhora do Pópulo, clasificada como premanuelina por quien de estas cosas sabe, aunque fuera mucho más interesante para el viajero saber cómo la clasificarían los

arquitectos que la hicieron, allá por 1485, fecha de la fundación, diez años antes de que don Manuel fuera aclamado rey. El viajero no quiere hacer impertinente figura de eterno opinante, pero le molestan ciertas simplificaciones. La iglesia es muy hermosa, y tiene sobre el arco triunfal un tríptico atribuido a Cristóvão de Figueiredo, que es realmente de gran valor artístico. Es una pena que esté tan alto. Al menos una vez al año debían bajarlo a la altura de la humanidad rastrera: sería el día de San Ver-El-Cuadro, y seguro que no faltarían peregrinos y pagadores de otras promesas. El viajero oye lo que le dice el guía, y creyendo que puede haber entre los dos conversación sobre cosas que, al parecer, ambos estiman, hace una observación sencilla, una opinión en contrapunto. Pero ¡qué has dicho! El hombre se atropella, lo mira como aterrorizado, vacila una vez y dos, y vuelve luego a la melopea explicativa en el punto donde fue interrumpida. Comprende el viajero que el guía sólo así, en retahíla, sabe el recado, y no vuelve a abrir la boca. Bien le gustaría, pese a todo, decir algo sobre la hermosa pila bautismal, hecha por las mismas manos que tallaron la que hoy está en la Catedral Nueva de Coimbra. O sobre la puerta manuelina (ésta sí, manuelina) que da a la sacristía. O sobre cualquier materia que pidiese pregunta y respuesta. No pudo ser. Paciencia.

De Caldas da Rainha a Óbidos se llega en un suspiro. El viajero hace como todo el mundo: entra por la Porta da Vila y se queda mirando, sorprendido por el efecto inesperado de aquel mirador interior, con el oratorio rodeado de paneles de azulejos azules y blancos, y la bóveda pintada al gusto setecentista. Quien no va advertido o entra con la cabeza baja pensando en la vida, o con la idea fija en las bellezas que le esperan dentro de las murallas, se arriesga a ser suspendido en el examen de atención, especialmente si va en coche. Claro que esto no es gran arte, pero basta con que sea bella decoración.

Óbidos, para el gusto del viajero, debería ser menos florido. Las flores, que como a cualquier persona normal le gustan para ver y olerías, son aquí, por exceso, un atavío que bien pudiera moderarse: el valor cromático del blanco de las paredes se ve disminuido por macizos y planteles, por cataratas de verdor que caen de lo alto de los muros, por canteros de los que suben trepadoras de variado color y factura, por las macetas en las ventanas altas. El viajero no duda de que esto gusta a la mayoría de los visitantes, y no dice que tengan ellos mal gusto: se limita a dar su opinión, porque el viaje es suyo. Y cuenta ya con que van a responderle que nunca nadie se atrevió con herejía semejante. Den licencia al viajero para que en este caso haga figura de precursor.

Pero Óbidos merece todas las demás alabanzas. Es muy posible que la población tenga un modo de vivir un poco artificial. Siendo lugar obligatorio de paso y permanencia de visitantes, toda ella se ha compuesto para que le saquen, no una foto, sino muchas, con la preocupación de quedar favorecida en todas. Óbidos es un poco como la muchachita de tiempo antiguo que fue al baile y espera que la vengan a sacar. La vemos muy compuesta en su asiento, no mueve una pestaña, y está

disgustadísima porque no sabe si el caracolillo de la frente se le ha desmadejado con el calor. Pero, en fin, la chica es guapa, no se le puede negar.

Colocada a un lado de la armoniosa plaza, la iglesia de Santa María es, toda ella, una preciosidad. Lo es inmediatamente en la proporción general del frontis, en el delicado portal renacentista, en el sobrio y robusto campanario. Y lo es también dentro, en las magníficas decoraciones del techo, fiesta para los ojos que no se cansan de recorrer volutas, medallones y demás elementos, donde no faltan figuras enigmáticas y poco canónicas. Lo es también el sepulcro del alcaide-mayor de Óbidos y de su mujer, obra atribuida al fertilísimo Nicolau de Chanterenne y que es sin duda de lo más hermoso que el renacimiento de Coimbra produjo; lo es también por las pinturas de Josefa de Ayala, aunque el viajero no desfallezca de amores ante la celebrada señora; y hasta no empaña el brillo de Santa María de Óbidos el retablo arcaizante de João da Costa, artista que en esta villa trabajó.

Al remate de la vuelta del día, el viajero volverá a Óbidos y aquí pasará la noche. Ahora, antes de que se haga más tarde, sigue otra vez en dirección al mar. Va a Serra d'El-Rei, que no es ninguna sierra pero sí fue del rey. Hay aquí ruinas de unos palacios que mandó construir don Pedro I, el de la Inés hermosa, y donde luego pasaron temporadas de caza otros reyes y señores. Desde fuera, poco se ve, y las tentativas que hizo el viajero, las voces que dio por encima de los muros, no tuvieron más eco que el acostumbrado ladrar de los perros. Si fuera Alteza el viajero, gritarían desde allá dentro festivos los pavos reales de don Afonso V, sostenidos por la renta que el forero Diogo Martins pagaba.

En Atouguia da Baleia no falta qué visitar, pero el viajero entró sólo en la iglesia de San Leonardo. Es obra de estilo románico-gótico, de gran pureza de líneas, probablemente acentuada esta pureza por la desnudez del templo. En restauración desde hace diez años, hoy es el día en que no se le ve fin próximo al trabajo. Todo elemento decorativo fue retirado. No hay pinturas ni imágenes. Pero, mirando las vastas naves, no es preciso imaginar mucho para ver cuál será la belleza del conjunto si en la restauración del templo se respeta su espíritu y le devuelven las obras que aquí estuvieron u otras que lo merezcan. De ellas, sólo se conserva, cuidadosamente guardado y envuelto en paños y hojas de plástico grueso, el extraordinario altorrelieve trecentista que representa la *Navidad*. Es obra de infinita delicadeza. El escultor no se preocupó gran cosa de la tradición: si era así el sitio donde se refugiaron la Virgen y San José, hay que decir que bien aviada de establos estaba Galilea, porque la Virgen está acostada (otra infracción a la costumbre, que la muestra sentada) en un lecho de mucho aparato, mientras San José asiste con su actitud solemne, de gótico dibujo. Entre dos ángeles asoman las cabezas del buey y del burro, con más apariencia de trofeos de caza que de píos espectadores. El viajero parece estar de broma; es su manera habitual cuando habla de cosas serias: esta escultura es, sin que se le haga favor alguno, una obra maestra.

A Ferrel fue por una razón sola: por ser ésta la localidad donde se prevé, o previo,

construir una central nuclear. No indagó el viajero si la población estaba a favor o en contra, sólo quiso ver un lugar tan próximo al corazón de los ecologistas y que fue bandera de acciones de contestación política. A los ecologistas les sobran razones, a los contestadores no podrían faltarles, pero el viajero se interroga sobre el tiempo en que se agoten las fuentes de energía conocidas, y si, entonces, las fuentes de energía alternativa limpia (solar, eólica, marítima) encontrarán maneras racionales y económicas de explotación. El hombre ha sido un animal envenenador; por excelencia, el animal que ensucia. ¿Qué revolución cultural será preciso acometer para que ascienda en la escala y se convierta en animal limpio?

En Ferrel, como no hizo preguntas tampoco espera respuestas. A no ser que remotamente lo sea la escena que cuenta a continuación. Estaba él consultando su mapa mayor, aquel que de tan minucioso llega a confundir la vista, cuando se acercan tres chiquillos. Venían de la escuela, se veía por los libros y por la alegría de sus rostros. Dice uno de ellos: «Mira, un mapa». «Qué grande», añade otro. Y el tercero, para quien los mapas son por lo visto otra cosa, pregunta: «¿Eso es un mapa?». El viajero está satisfecho de tener un mapa tan grande que hace que se paren ante él tres chiquillos de la escuela. Y responde: «Es un mapa, pero no de los que vosotros estudiáis. Éste es un mapa militar». Los chiquillos están derrotados. Y el viajero, generoso con aquello que no hizo, prosigue: «¿Queréis ver vuestro pueblo? A ver, chicos. Aquí está: Ferrel». Un pequeño se inclina, deletrea gravemente: «Fe-rrel». Y el viajero, a quien nunca le han tirado mucho los niños, explora esta vez la situación: «Aquí está todo. Atouguia da Baleia está aquí, allí está Peniche, y en esta punta, Baleal. Las rayas rojas son las carreteras». Y el chiquillo que había dudado que el mapa fuera mapa termina la conversación: «Ahí falta la carretera que va de Baleal a Peniche». Y tras decir los tres adecuadamente adiós al viajero, se retiran para ir a comer. El viajero miró enfadado el tan alabado mapa. Realmente, faltaba la carretera. En los tiempos en que los cartógrafos dibujaron la hoja, aún no había carretera de Baleal a Peniche. Y tiene que haber una carretera que lleve a Peniche.

Se lanzó el viajero a la carretera que ya hay, hizo la larga curva abierta al norte y, dejando ahora el cabo Carvoeiro, bajó a Peniche. Apenas llegado, fue a informarse de las llegadas y partidas para las Berlengas. El viajero ha dado algunas pruebas de estar loco, no se extrañen de una más. Creía él que ir a aquellas retiradas islas era como coger un autobús o el tren. Pues, no señor. Barcos regulares los hay a partir de junio, y fletar una barca que lo lleve, es sólo cosa de grandes razones y prisa acuciante, vistas las posibilidades. El viajero es en el muelle la imagen de la desolación, parece que nadie va a poder arrancarlo tan pronto de tan lastimosa postura, pero la fisiología tiene reacciones desconcertantes y el disgusto encontró de pronto su equilibrio en un hambre súbita y declarada. El viajero, por atavismos remotos, es fatalista cuando no tiene otro recurso: lo que no tiene remedio, remediado está. No se puede ir a las Berlengas, pues vamos a comer.

La vida quita con la mano derecha y da con la izquierda, o al revés. El viajero

tuvo las Berlingas en su plato, las islas y el mar que las rodea, las aguas profundas y azules, las sonoras grutas, la fortaleza de São João Baptista, el paseo a remo. ¿Cabe todo esto en una *posta de cherne*? Cabe, y aún sobra pescado. Por la ventana ve el mar, la luz brillante que salta sobre las olas, siente aún una pena fugitiva por no estar a esta hora surcando el mar, y, en un estado muy próximo a la beatitud, regresa al manjar robado a las mesas de Neptuno, a esta hora irritado y preguntando a las sirenas y a los tritones quién se le ha comido el mero del mediodía. Ojalá el rey de los mares, furioso, no mande por ahí una tempestad. En el Restaurante Gaivota acaba de entrar un numeroso grupo de ingleses. Casi todos piden un filete. Estos sajones son unos bárbaros.

Hoy es día de feria en Peniche. Por este lado hay grandes tiendas, casi aéreas, donde se venden colchas, cortinas y tela para sábanas. Son verdaderos pabellones de torneo medieval, sólo falta que vengan los caballeros al campo de la lid, a defender el honor de las damas, en un intervalo de su trabajo habitual de partir costillas a moros y castellanos. Ahí está el fuerte de Peniche, que fue lugar de reclusión y hoy tiene las puertas abiertas. El viajero mira las gruesas murallas, olvida a Amadís y a Oriana, y abre espacio para otras imaginaciones, por ejemplo adivina por dónde huyeron aquellos que aquí estuvieron presos. La Ribeira es un bosque de mástiles, una confusión de cascos de color, el sol refulge por todas partes como si estuviera dentro de las cosas y luchara por salir. Es como el hombre que dentro de sí tiene a un hombre, su propio sol. El viajero decide ir ahora al cabo Carvoeiro; si no tiene otra manera de aproximarse a las Berlingas, al menos verlas de lejos. Este viajero es un insatisfecho: hace un momento se daba por muy bien pagado con su plato de mero, y ya está otra vez soñando con islas. Que se contente con esta Nau dos Corvos, con los Passos de Leonor y con la Laje de Frei Rodrigo, y dese por feliz, que para eso tiene de sobra.

Es el momento de echar un vistazo a las artes, no a las de pesca, sino a las otras, de pintura y otros alardes plásticos. La iglesia de San Pedro, con sus añadidos setecentistas, no entusiasma al viajero, y la iglesia da Misericordia, de afamados cajetones en el techo, está en obras. Los cajetones han sido retirados, están a buen recaudo, no se ve más que andamios, fatigados canteros, la hormigonera girando, hay que tener paciencia. Afortunadamente, allí está la iglesia de Nossa Senhora da Conceição, que va a compensar lo que aún queda de las frustraciones anteriores y las de ahora. El techo está magníficamente decorado con flores, ángeles y volutas, en una cálida policromía que se conjuga sin tropiezos con los azulejos blancos y azules de las paredes. Narran estos azulejos escenas de la vida de la Virgen. Pequeña, recogida, la iglesia es como el interior de una preciosa y conventual arca de reliquias: no cuesta esfuerzo comprender que el creyente encuentre fácilmente aquí habitantes de otras esferas con quienes hablar.

El viajero fue a acabar la tarde en las sombras de la laguna de Óbidos, dormitando y tejiendo un sueño en el que, rodeado de una escolta de ángeles nadadores, navegaba

a la estela de un mero en dirección a las Berlengas, mientras del fuerte de Peniche se alzaban en revuelo grandes bandadas de palomas blancas.

Érase una vez un esclavo

En la disposición del Museo de Óbidos anduvo el dedo de la gente experta. Y no era fácil organizar un espacio que se desarrolla en altura, de reducida superficie en cada piso. Siendo el museo pequeño, se podía haber caído en la tentación de sobrecargarlo de piezas. No ocurrió así, afortunadamente. O quizá es que no había tantas. El hecho es que las piezas expuestas tienen suficiente fondo libre como para que los ojos no se distraigan con la vecindad de otras: el visitante puede entregarse a descansadas contemplaciones, y si tiene la suerte de ser el único durante todo el tiempo que allí esté, y ése fue el caso del viajero, saldrá en un estado de perfecta complacencia que no todos los días se alcanza.

Ya a la entrada, se encuentra un magnífico *San Juan Bautista*, de larga cabellera y barba rubia, obra del siglo xv. No distingue el viajero cuál sería la policromía original, y es muy posible que el rubio indicado sea en definitiva un color de base sobre el que los otros se extendían. La impresión que este San Juan produce es la de ser un hombre mayor, cosa que contrasta con los datos de la historia evangélica, que le da una edad incluso inferior a la de Cristo. Aparte de eso, si se le permite al viajero adentrarse en los meandros de un alma ajena, este venerable anciano nunca podría hacer despertar en la danzarina Salomé la peligrosa pasión que la llevó a quitarse los siete velos y, rendido Herodes a encantos incestuosos, pedirle la cabeza de quien la había rechazado. En este momento, San Juan tiene aún la cabeza sobre los hombros. Esta imagen de él es de las más hermosas que el viajero conoce, por la mansedumbre del hombre, por la armonía del trabajo del escultor.

Señálese, de la pintura que el museo contiene, el *Tríptico de San Blas*, en especial el ala derecha, que muestra la gloria del santo. El ángel que desde las nubes se inclina y señala al mártir el camino del cielo, es una figura carnalísima, venida de otros parajes, los del renacimiento italiano. Es igualmente de bellísimo efecto el grupo de las cuatro tablas que muestran los martirios de San Vicente. Pero hay aún el conjunto de banderas de la Misericordia, una *Pietà* en la que el Cristo muerto parece estar regresando al tamaño de un niño para acomodarse bien al regazo de la madre, un ángel sosteniendo una patena, una *Visitación* en altorrelieve. En uno de los dos pisos inferiores vio el viajero, por primera vez, que recuerde, una pintura en la que San Sebastián se representa fuera del poste del martirio. Damas vestidas al modo de la corte le están quitando las saetas. Parece una diversión cortesana, y el santo más bien duerme que desfallece.

Todas estas cosas, obras de pincel o de cincel, dicen inmediatamente lo que son. No es éste el caso de aquella fuente de belén, más pequeña que una mano abierta, que tiene a los lados lo que parece ser unas enormes orejas, y encima un pez con cola de saeta. Esta obra es claramente demoníaca, afirma el viajero, que siempre atribuye al demonio las cosas que no entiende. El ceramista que hizo esta pieza no dejó

explicaciones, por gusto suyo del misterio o porque toda la gente de su tiempo sabía que las fuentes tienen orejas, de la misma manera que hoy decimos que las paredes tienen oídos. Y se entiende que en una fuente con orejas vaya a nadar un pez que tiene la cola en punta de flecha. Pero esas cosas las dice el viajero para disimular su ignorancia.

Antes de salir de Óbidos, fue a visitar la iglesia da Misericórdia, que muestra sobre el portal una opulenta virgen de cerámica, y tiene, en el interior, buenos azulejos, y luego dio la vuelta por el camino de ronda del castillo, contemplando el paisaje, para elegir al fin el que se extiende hacia el norte, hondo y llano hasta la pequeña elevación que tapa el horizonte. Estas observaciones tienen la ventaja de situar un lugar entre lugares. Para el viajero, Óbidos no es sólo una tierra con personas, calles excesivamente floridas, buenas pinturas y buenas esculturas. Es también un lugar del paisaje, un accidente, una arruga de tierra y piedra. Parece que así se reduce la dimensión de las obras de los hombres. No es ésa la opinión del viajero.

Carvalhais no faltan en Portugal. Unos grandes, otros medianos, otros redondos, unos en singular, otros en plural, ahí están recordando que hubo tiempos en que abundaban en esta tierra robles y carbajos, esos árboles magníficos a los que nadie pedía frutos y a los que todos requerían madera. El roble, para ser útil, tenía que morir. Tanto lo mataron que lo fueron exterminando. En algunos lugares no queda más que el nombre: el nombre, como sabemos, es la última cosa que muere.

A este Carvalhal, para distinguirlo, le añadían antiguamente Óbidos: Carvalhal de Óbidos. Hay aquí una torre a la que llamaban de los Lafetás, por así ser conocida una familia cremonense venida a Portugal a finales del siglo xv y que aquí tuvo ése y otros bienes. Cuando se dice que vino esta familia a Portugal, no se pretende afirmar que viniera toda. Eran banqueros riquísimos, poderosa compañía mercantil internacional de aquel siglo y del siguiente, con negocios en Portugal, España, Francia, Inglaterra, Flandes. Acreedores de reyes, tratantes en azúcar y pimienta, los Affaitati vienen a este viaje para recordarnos que los descubrimientos fueron también un gigantesco negocio, y vienen sobre todo por causa de un esclavo que tuvieron en este Carvalhal. En la torre que aquí está fue en tiempos encontrado un collar con unos decires grabados: «Este negro es de Agostinho de Lafeté de Carvalhal de Óbidos». El viajero no sabe nada más del esclavo negro, a quien sólo le quitarían el collar después de muerto. Lo tiraron en un rincón, jugarían quizá con él los hijos de Agostinho de Lafeté y de su mujer, Maria de Távora, y sobre este modelo se harían otros que servirían para los perros y que hasta hoy se han venido usando: «Me llamo Piloto. En caso de pérdida, avisen a mi amo». Y luego viene la casa y el número de teléfono. Y pese a todo, hubo progresos: en el collar del esclavo de Agostinho de Lafeté ni siquiera se mencionaba el nombre. Como se sabe, un esclavo no tiene nombre. Por eso, cuando muere, no deja nada. Sólo el collar, que podía servir para otro esclavo. Quién sabe, se pregunta el viajero, a cuántos esclavos habrá servido, siempre el

mismo collar, mientras hubo cuello de esclavo en que servir. El viajero tiene información de que el collar está en Lisboa, en el Museo de Arqueología y Etnografía. Se promete a sí mismo, con la solemnidad adecuada al caso, que cuando llegue a Lisboa será la primera cosa que vaya a ver. Lisboa, ciudad tan grande, tan rica, tan afamada, donde todos los Lafetás de dentro y de fuera hicieron sus muchos negocios, puede ser encetada de muchas maneras. El viajero empezará por un collar de esclavo.

Para ver la iglesia del Sacramento tuvo que usar todas sus artes de persuasión. La mujer que guardaba la llave avanzó con desconfianza, pese a reconocer que el viajero tenía una cara simpática, y al fin, cuando se convenció, llevó consigo a una compañera. Explicó que habían sufrido dos tentativas de robo, y que allí cerca, en A dos Ruivos, se habían llevado todas las imágenes, o casi. Esta queja la ha oído el viajero de norte a sur, y, vista su frecuencia, más se debe de haber robado en los últimos años que en las invasiones de los franceses. Las tablas que están en la sacristía, colocadas en lo que queda del retablo renacentista, son interesantes, especialmente la *Cena*, en la que la mesa aparece representada en profundidad, y la teatral *Resurrección*. De allí fue el viajero a la ermita de Nossa Senhora do Socorro, que está fuera de la población. Tiene al lado una casa en la que no había más que un perro, excelente animal que, contra la costumbre de los perros, se acercó a festejar al viajero. Parecía aburrido de estar solo, y tan contento se mostró que debió de pensar que la visita era para él. El viajero llamó, y al fin apareció, llegada del fondo del huerto, una mujer. Después de los saludos, y de la explicación necesaria, dijo el viajero: «Su perro no guarda nada. Hasta parecía que me conociera de hace mucho tiempo». Respondió la mujer: «Qué va a hacer, pobrecillo, si es aún tan joven». El viajero lo pensó, y llegó a la conclusión de que la razón era buena. Y el perro también, que no paraba de darle al rabo.

La ermita tiene unos bellos cajetones con motivos de ornato y unos admirables paneles de azulejos con episodios de la vida de la Virgen. En la base de las molduras, al lado de la capilla mayor, se informa que, siendo juez Antonio Gambino, fueron colocados allí aquellos azulejos en la fecha de 1733. Véase bien: el artista no firmó su obra, pero el juez que la pagó, con dinero de los feligreses claro está, no refrenó la vanidad y ordenó que pusieran su nombre allí, con letra bien dibujada, para información futura. A partir de entonces, Antonio Gambino habrá prestado muy poca atención a los oficios divinos, embelesado en la contemplación de sí mismo. Verdad es que peor lo hizo Eróstrato, que, para conquistar la inmortalidad, prendió fuego al templo de Diana, en Éfeso.

El viajero se da cuenta de que lleva todo el día de hoy con una robusta vena histórica. Pasó de italianos comerciantes a portugueses descubridores, de franceses invasores a griegos incendiarios, de judíos que mandan decapitar, a esclavos que llevaban al cuello la marca de otra decapitación, y todo con la levedad de quien no tiene que profundizar en el terreno que pisa. Ahora le toca, pues, meterse por los

caminos de todo el mundo, los que, por Bombarral, llegan a Lourinha, donde debe verse el muy famoso cuadro que representa a San Juan en Patmos. El dicho San Juan, excusado será decirlo, es el evangelista, y lo que está haciendo en esta isla de Patmos es escribir el *Apocalipsis*. No se sabe quién fue el autor del panel. Le llaman el Maestro de Lourinha, porque algún nombre se le había de dar y así quedaba satisfecho el escrúpulo catalogante del observador. El panel es admirable, con su fondo de casas y murallas, calles por donde pasa gente que trata de sus vidas contingentes como si les esperara una eternidad de aquello que son hoy ellas, si para mejor no pudiera ser, mientras el santo escribe sobre el fin de los tiempos. El viajero está convencido de que el Maestro de Lourinha nunca leyó el *Apocalipsis*; de leerlo, no habría dibujado esta quietud, este río tan manso y ancho, estas barcas y galeones, los árboles serenos. Para pintar un San Juan en el acto de escribir el *Apocalipsis* se requería un Bosco, e incluso éste, en su cuadro de Berlín-Dahlen, no fue todo lo lejos que el tema requeriría.

Excelente es también, aunque menos conocido, el *San Juan Bautista* que en esta misma sala del Despacho da Misericordia se muestra, entre otros paneles. Distingue el viajero, entre éstos, una Virgen quinientista con los símbolos de la letanía puestos en círculo, sin cuidados de integración, sólo dispuestos con una intención probablemente didáctica: mirando el panel, el devoto recordaría los atributos marianos y, por vía de representación visual, fijaría un enunciado tan fácilmente deslizable para corruptelas desconcertantes como la que practicaban las tías de Henrique de Souselas, en la *Morgadinha*, de Júlio Dinis, transformando *Turris eburnis* en turris e burris.

El viajero tiene que dominar esta tendencia discursiva. Afortunadamente, viene a distraerlo la solemne mesa del despacho, circular, con cuatro sillas trinas, en arco, y otra única, la del presidente. Son excelentes piezas de ebanistería. La tabla de la mesa gira sobre un eje, y el viajero no entiende por qué, y cree que es defecto que la edad provocó. Amablemente le explican que no es defecto, sino factura: la tabla giraba para que los que se sentaban a la mesa pudieran firmar en el libro de actas sin tener que levantarse. El antepasado de las modernas cadenas de montaje está aquí, en la Misericordia de Lourinha.

Fue después otra vez el viajero hasta el mar, a la playa de Santa Rita, donde, en lo alto de un cantil, se asienta un hotel horrendo. Si fuese éste el Cabo de las Tormentas, Vasco de Gama no conseguiría pasar, tal sería el susto que le iba a causar este Adamastor de hormigón. Y es una pena, tan hermoso es el paisaje que de Vimeiro llega hasta aquí, con la carretera siguiendo la orilla del Alcabrichel, jugando al escondite con el río, entre arboledas. Pidió el viajero un refresco en una melancólica casa de comidas: estaba tibio. El mar, sí, ése resistía al gran insulto, y las aguas estarían frías. Si no fuera porque llevaba tanta prisa, el viajero se aventuraría a mojarse los pies.

De camino hacia el sur, el viajero está preocupado. No le abandona la imagen del

hotel. Aquel peñasco parece sin duda fuerte, pero ¿aguantará realmente? Nada tiene que ver esta inquietud con el peso del edificio, sino con el derecho que a cualquier piedra honrada le asiste de aliviar de sus dañados hombros cargas insoportables físicas y morales. Después, el viajero se acuerda de hacia dónde camina, y suspira de alivio, pero también de resignación. Aún tiene a Ericeira por medio, verá con placer el techo de cajetones pintados de la iglesia parroquial, y luego, más allá, tan inmenso que desde esta distancia se ve con claridad y casi se le pueden contar los huecos de la fachada, está el Convento de Mafra. El viajero no puede desviarse del camino. Va como hipnotizado, ha dejado de pensar. Y cuando, al fin, pone pie a tierra, ve la distancia que tiene aún que recorrer hasta el vestíbulo de la iglesia, la escalinata, el atrio, y casi desfallece. Pero recuerda a Fernão Mendes Pinto, que tan lejanas tierras anduvo, cuántas veces a pie y por pésimos caminos, y, con este buen ejemplo en la mente, acomoda el morral al hombro y avanza, heroico.

El convento de Mafra es grande. Grande es el convento de Mafra. De Mafra es grande el convento. Son tres maneras de decir, podían ser algunas más, y todas se pueden resumir de esta manera simple: el convento de Mafra es grande. Parece que esté bromeando el viajero, pero es que no sabe cómo agarrar esta fachada de más de doscientos metros de anchura, esta área ocupada por cuarenta mil metros cuadrados, estas cuatro mil quinientas puertas y ventanas, estas ochocientas ochenta salas, estas torres con sesenta y dos metros de altura, estos torreones, este cimborrio. El viajero busca ansiosamente un guía, y a él se entrega como un náufrago a punto de irse a pique. Estos guías deben de estar muy habituados. Son pacientes, no levantan la voz, llevan a los visitantes con mil cuidados, saben a qué violentos traumas se exponen. Reducen las salas, cortan en las puertas y ventanas, abandonan al silencio alas enteras, y, cuanta información van dando, es sólo la obvia, para no sobrecargar el cerebro ni embotar la sensibilidad. Vio el viajero el atrio, con las estatuas que vinieron de Italia: tal vez sean obras maestras, quién es él para ponerlo en duda, pero lo dejan frío, frío. Y la iglesia, amplia, pero desproporcionada, no consigue temperarlo.

No han faltado santos en este viaje, pero, todos juntos, no sumarán quizá los que aquí hay. En iglesias de aldea, y en otras mayores, media docena de santitos hacen fiesta, y a muchos de ellos festejó el viajero, los alabó, y hasta llegó a creer en sus pregonados milagros. Sobre todo, vio que eran obras de amor. El viajero se conmovió muchas veces ante toscas imágenes, muchas de perfecto arte lo impresionaron hasta el estremecimiento, pero este San Bartolomé de piedra que muestra su piel desollada, le causa una indefinible repugnancia. La religión que las imágenes de la iglesia de Mafra exhiben es una religión de beatos, no de creyentes.

Las palabras del guía zumban como avispa. Él sabe por experiencia cómo ha de adormecer a los visitantes, cómo ha de anestesiarlos. El viajero, en la confusión de su espíritu, se siente agradecido. Ahora han salido ya de la iglesia, suben las escaleras interminables, y al azar de los recuerdos fueron mirando (¿cómo aguantará el guía?)

el cuarto de doña María I, en estilo Imperio rico, la sala de los trofeos de caza, la sala de audiencias, la enfermería de los frailes, la cocina, la sala esto, la sala aquello, la sala, la sala. Y aquí está la biblioteca: ochenta y tres metros de largo, libros que desde esta entrada apenas pueden distinguirse, y mucho menos tocarlos, saber qué historias cuentan; el guía no espera y suena inmediatamente el toque de retirada. Vuelve a mostrar la iglesia, ahora desde una ventana alta, y si el viajero no retrocede, es para no darle un disgusto. El guía está pálido, el viajero comprende que este hombre está hecho de la misma arcilla que los otros mortales, sufre vértigos, padece insomnios y tiene digestiones pesadas. No se es impunemente guía del convento de Mafra.

El viajero salió a la calle. El cielo, bendito sea, está azul, brilla el sol, y corre incluso una brisilla que es una gloria. Poco a poco va regresando a la vida el viajero. Y para quedar completamente restablecido, va a visitar la iglesia de Santo André, la más antigua víctima del convento. Es un templo de grande y pura belleza, obra del siglo XIII, y su mezcla de elementos estructurales románicos y góticos se define en un encuentro armonioso y que sosiega. La belleza no ha muerto.

El paraíso encontrado

Por la carretera de Ericeira volvió el viajero atrás, hacia el norte, y desde la curva más extrema del río de Cheleiros tomó rumbo al sur. Estos caminos están medio locos, se lanzan en grandes propósitos de servir todo cuanto por aquí es pueblo, grande o pequeño, pero no van nunca por lo más corto, se distraen con un subir y bajar de colinas, y se ve que pierden la cabeza cuando llegan a la vista de la sierra de Sintra. El viajero tiene que ir con mucha atención al mapa para no desorientarse. Bien estaría si fuera la sierra su objetivo inmediato: tan ante los ojos la tiene que cualquier camino le serviría. Pero hay por aquí una aldeilla, Janas de nombre, que tiene para mostrar la ermita de São Mamede, de rara planta circular, y el viajero da el rodeo necesario, y no se arrepiente de haberlo dado.

Alejándose un poco el observador, la ermita parece más bien construcción rural que casa de devoción. Tiene un ancho pórtico donde es agradable estar (aquí apenas se puede hablar de fachada), espesos contrafuertes amparan las paredes. La puerta está cerrada, pero para viajeros curiosos cualquier ventana sirve, aunque esté enrejada y protegida con tela metálica. Allá dentro, en medio del círculo, cuatro columnas forman una especie de santuario donde brilla la luz de una lámpara de aceite. El altar está adosado a la pared, cosa que debe de complicar un poco el culto. En el espacio libre se disponen filas de bancos, claramente desacertados con la organización general del espacio. Hay, ciertamente, aquel otro banco corrido, de piedra, que acompaña, también él circular, toda la construcción. Verdad es que se interrumpe a cada lado del altar mayor, pero su disposición muestra una práctica ritual que necesariamente sería distinta de la acostumbrada. Sentados en el banco circular, los fieles vuelven el rostro al lugar central que las columnas circunscriben, no hacia el altar. El viajero no comprende cómo puede esta evidencia ser conciliada con un rito que se desarrolla según una regla de frontalidad, entre un celebrante y una asamblea que intercambian gestos y decires. Será un misterio pequeño, o quizá no sea ningún misterio. Sea ello lo que fuere, el viajero no está lejos de creer que la ermita de São Mamede de Janas fue, en tiempos, local de otros cultos y diferentes rituales. No faltan iglesias que sustituyen a mezquitas. Es posible que se haya celebrado aquí un culto solar o lunar, y que sea circular el espacio sagrado como representación de una divinidad. Estará errada la hipótesis, pero tiene un fundamento material y objetivo.

Todos los caminos van a dar a Sintra. El viajero ya ha escogido el suyo. Dará la vuelta por Azenhas do Mar y Praia das Maçãs, verá primero las casas que bajan por los cantiles en cascada; luego, el arenal batido por las olas del mar abierto, pero confiesa haber mirado todo esto un poco desatento, como si sintiera la presencia de la sierra tras él y le oyera preguntar por encima del hombro: «Vamos a ver, ¿qué retrato es ése?». Pregunta igual se habrá hecho el otro paraíso cuando el Creador andaba entretenido juntando barro para hacer a Adán.

Por estas bandas de la sierra empezará por encontrar Monserrate. Pero ¿qué

Monserrate? ¿El palacio orientalizante, de inspiración mogol, ahora medio arruinado, o el parque que se derrama desde la carretera por el profundo valle abajo? ¿La fragilidad del estuco, o la exuberancia de las savias? El viajero toma lo que primero viene, baja los peldaños irregulares que se embreñan en la espesura, las alamedas profundas, y entra en el reino del silencio. Verdad es que cantan pájaros, que hay rápidos rumores de animales rastreros, que una hoja cae o una abeja zumba, pero estos sonidos son silencio. Altísimos árboles suben de este o aquel lado de la cuesta, los helechos tienen gruesos troncos, y en la parte más profunda del valle, donde corren las aguas, hay unas plantas de enormes y espinosas hojas, bajo las cuales un adulto podría abrigarse del sol. En los pequeños lagos se abren nenúfares, y, de vez en cuando, un golpe seco en el bosque causa un sobresalto al viajero: es una piña que, de tan seca, cayó de la rama.

Allá arriba está el palacio. Visto de lejos tiene alguna grandeza. Los torreones circulares, la platabanda característica, halagan los ojos, y la bordadura de los arcos se inmaterializa con la distancia. De cerca, el viajero se entristece: este capricho inglés, alimentado con el dinero del comercio de paños, y de inspiración victoriana, muestra la fugacidad de los revivalismos. El palacio está en obras, y menos mal: ruinas tenemos ya de sobra. Pero incluso cuando esté totalmente restaurado, abierto a la curiosidad, continuará siendo lo que siempre fue: capricho de una época que tenía todos los gustos porque no tenía ninguno definido. Estas arquitecturas ochocentistas son generalmente de importación, eclécticas hasta el desvarío. La gran penetración económica de los imperios tomaba, para su diversión, culturas ajenas. Y eso fue, siempre, también, la primera señal de las decadencias.

Desde el mirador del palacio el viajero ve la masa verde del parque. Que la tierra es fértil, ya lo sabía: conoce bastante de sembrados y pinares, de pomares y de olivos, pero que esa fertilidad pueda manifestarse con tanta fuerza serena, como de un vientre inagotable que se alimenta de lo que va creando, eso sólo se sabe estando aquí. Sólo poniendo la mano en este tronco o mojándola en el agua de la alberca, o acariciando la estatua reclinada cubierta de musgo, o, cerrados los ojos, oyendo el murmullo subterráneo de las raíces. El sol cubre todo esto. Un pequeño esfuerzo de los árboles levantaría la tierra para él. El viajero siente el vértigo de los grandes eventos cósmicos. Y, para asegurarse de que no perderá este paraíso, regresa por el mismo camino, cuenta los helechos y encuentra uno más, y, sin embargo, sale contento porque la tierra promete no acabar tan pronto.

La carretera, sinuosa, estrechísima, va ciñendo la sierra como un abrazo. Bóvedas de verdor la protegen del sol, separan celosamente al viajero del paisaje circundante. No se exijan horizontes amplios cuando el horizonte próximo sea una cortina centelleante de troncos y follajes, un juego infinito de verdes y de luz. Seteais aparece insólitamente con su gran terraza de césped, poco más que un mirador para la llanura y un escenográfico punto de vista para el Palacio da Pena, allá en lo alto.

Explicar el Palacio da Pena es aventura en la que no se meterá el viajero. No es ya

pequeño trabajo verlo, aguantar el choque de esta confusión de estilos, pasar en diez pasos del gótico al manuelino, del mudéjar al neoclásico y de todo esto hacia invenciones con pocos pies y ninguna cabeza. Pero lo que no se puede negar es que, visto de lejos, el palacio presenta una apariencia de unidad arquitectónica nada vulgar, que probablemente le vendrá mucho más de su perfecta integración en el paisaje que de la relación de sus propias masas entre sí. Elemento por elemento, A Pena es la demostración aberrativa de imaginaciones que nada se preocuparon de las afinidades o contradicciones estéticas. La torre se enfrenta discordante con el gran torreón cilíndrico del otro extremo, y éste pertenece a familia diferente de los más pequeños torreones ochavados que se alzan a los lados de la Porta do Tritão. Grandeza y unidad la tienen los fortísimos arcos que amparan las terrazas superiores y las galerías. Aquí encontraría el viajero una sugestión gaudiniana si no fuera más exacto que bebieron en las mismas fuentes exóticas el gran arquitecto catalán y el ingeniero militar alemán Von Eschwege, que vino a A Pena por orden de otro alemán, don Fernando de Sajonia-Coburgo Gotha, para dar cuerpo a unos delirios románticos muy del gusto germánico.

Y, pese a todo, es verdad que sin el Palacio da Pena la sierra de Sintra no sería lo que es. Borrarlo del paisaje, eliminarlo aunque sólo fuera de una fotografía que registre aquellas alturas, sería alterar profundamente lo que ya es su naturaleza. El palacio aparece como un afloramiento particular de la propia masa rocosa que lo soporta. Y ésta es, sin duda, la mejor alabanza que se le puede hacer a un edificio que, en sus partes, se caracteriza, como ya alguien escribió, por su «fantasía, inconsciencia, mal gusto, improvisación». Pero donde esta fantasía, esta inconsciencia, ese mal gusto y esa improvisación pierden todo límite y comedimiento es en el interior.

El viajero debe, en este punto, intentar explicarse mejor. Es innegable que no faltan en el salón noble, en el cuarto de la reina doña Amelia, en la Sala de Sajonia, por citar sólo estas piezas, muebles y objetos de mérito, algunos de gran valor material y artístico. Tomados cada uno por sí, aislados de lo que les rodea, justifican una observación interesada. Pero, al contrario de los elementos estructurales del palacio, que se armonizan en una inesperada unidad de contrarios, aquí dentro no logran la sencilla conciliación de elementos decorativos que precisamente se caracterizan por afinidades de gusto. Y cuando fueron instaladas aquí ciertas piezas antiguas, quedaron neutralizadas primero, subvertidas luego, en el ambiente general: éste es el caso del cuarto de doña Amelia. Si el viajero quisiera hacer una gracia diría que este palacio tiene un relleno de palacete. A decir verdad, el exceso romántico del exterior no merecía el exceso burgués del interior. Al artificial camino de ronda del castillo, a las inútiles garitas de los cantones y a las saeteras nostálgicas de guerras muy del pasado, se unió el escenario teatral de cortes que tenían de la cultura un concepto esencialmente ornamental. Cuando los últimos reyes venían a descansar de las fatigas del gobierno, entraban en el teatro: entre esto y el papel pintado no es

mucha la diferencia. Si tuviera que elegir, el viajero preferiría el caos organizado de Von Eschwege al lujo de nuevo rico de las reales personas.

Habiendo avistado desde estos palacios el Castelo dos Mouros, el viajero se dio por satisfecho. En general, los castillos son para verlos por fuera, y éste, tan amanerado y tan cuidadito, requiere la distancia para ser visto así: emblemáticamente.

Vuelve el viajero al camino, y son tantas las vueltas que tiene que dar, tan constante la fuerza de la vegetación, tantas las impresiones que de todo recoge, que le parece que el viaje es mucho más largo de lo que en realidad es. Largo y feliz, raro caso es que las dos palabras puedan juntarse.

En ese juntar palabras recuerda cómo las juntó Felipe II cuando se alababa de que en su imperio no se ponía el sol, y de cómo se alabó de que en los reinos que gobernaba, Portugal incluido, estaban el más rico y el más pobre de los conventos del orbe: El Escorial y los Capuchinos de Sintra. Felipe II lo tenía, pues, todo: la mayor riqueza y la mayor pobreza, cosa que, naturalmente, le permitía escoger. Tienen los reyes el particular privilegio de que todo se les debe agradecer: la riqueza que a su estado convenía, y la pobreza que no se cuidaban de remediar en los otros. Para sosiego de su alma, podían ir sin desdoro o remordimiento a la pobreza, cuando la buscaban junto a los frailes. No sabe el viajero si alguna vez Felipe II subió a la sierra de Sintra para visitar a los franciscanos del más pobre convento y equilibrar así las residencias que hacía en el convento más rico. Pero don Sebastián, antes que él, venía muchas veces a este convento de los capuchinos a platicar con los frailes, que sin duda se llenarían de júbilo ante la visita de Su Alteza. En aquellas argollas, dice al viajero el guarda, ataba don Sebastián por las riendas al caballo, y a estas mesas se sentaba para merendar y refrescarse tras la gran subida. Se asombra uno al ver cómo un simple guarda sabe estas cosas magníficas y de ellas habla como si fuera testigo, y con tal convicción que el viajero mira las argollas y las mesas, y tanto espera oír relinchar al caballo como hablar al rey.

Eran tiempos serenos aún. No había razones para temer a Castilla. Felipe II se daba por satisfecho con El Escorial, no tenía ambiciones sobre este pobrísimo convento sólo de piedra hecho, cuyo único confort y defensa contra los grandes fríos de la sierra era el corcho con que generosamente lo revestían y que, renovado, hasta hoy se muestra. Quien aquí decidió venir para vivir y morir, realmente buscaba la humildad. Estas pequeñas puertas, en las que hasta un niño tiene que inclinarse para pasar, exigían radicales sujeciones de cuerpo y alma, y las celdas a donde dan forzarían a los miembros a reducirse. ¿Cuántos hombres se dejaron someter, o mejor, cuántos vinieron hasta aquí buscando la sumisión? En la Sala del Capítulo no caben más que media docena de personas, el refectorio parece de juguete, poco sobra del espacio que ocupa el tablero de la mesa. Y después está la constante mortificación de los bancos de rugoso corcho, si entonces no lo desbastaban. El viajero reflexiona un poco sobre esto de ser fraile. Para él, hombre tan de mundo, es misterio intrigante el que una persona salga de su casa, deje el trabajo y vaya a llamar a aquel portón:

«Quiero entrar», y luego ya no se preocupe de nada, ni siquiera cuando el rey don Sebastián dejó de ir por allí y era otro el rey, a los capuchinos tanto les daba el uno como el otro. Creyéndose con el cielo asegurado, se diría que los ángeles no distinguen entre portugués y castellano, y trataban de mejorar su latín, que es, como todos sabemos, el lenguaje celestial. Esto murmura el viajero, pero, en el fondo, está impresionado: todo sacrificio lo conmueve, toda renuncia, todo acto de entrega. Aun siendo tan egoísta como éste, los capuchinos del convento de la Santa Cruz lo pagaban muy caro. Por este herético pensar, el viajero, probablemente, será expulsado del paraíso. Podría aún corregirse, meterse escondido en las frondas, pero llegaría la noche y no es él tan valeroso que se disponga a la gran confrontación con las tinieblas en estos peñascales de la sierra. Baje, pues, a la villa, que es bajar al mundo, y deje en la buena paz del olvido a las sombras de los frailes, que sólo pecaron por orgullo de creerse salvados.

Casi tan heterogéneo de estilos como el Palacio da Pena es el Palacio Nacional da Vila. Pero éste es como una ancha playa en la que las mareas del tiempo lentamente fueron dejando sus restos, construyendo sin prisas, sin prisas poniendo una cosa en el sitio de otra, y, por eso, dejando de ésta algo más que el simple recuerdo: primero, el palacio gótico de don Dinis, luego las ampliaciones decididas por don João I, más tarde por don Afonso V, don João II, y, al fin, por don Manuel I, por cuya orden se construyó el ala del este. En el Palacio da Vila se siente el tiempo que pasó. No es el tiempo petrificado del Palacio da Pena, o el tiempo perdido de Monserrate, o la gran interrogación de los Capuchinos. Cuando el viajero recuerda que en este palacio estuvo el pintor Jan van Eyck, piensa que al menos algunas cosas de este mundo tienen sentido.

Para su gusto, ciertas salas deberían estar más desnudas, lo más próximas que sea posible a su destino inicial. Menos mal que no llegan a los techos los añadidos ornamentales de los que son los suelos indefensos sujetos. Así, puede el viajero mirar el techo apanelado de la Sala de los Blasones, tener de él la imagen que la corte manuelina tenía, incluso siendo diferente su lectura. Y, sin nada que lo distraiga, puede comprobar que el blasón real es aquí como un sol, en torno al cual se distribuyen, como satélites, los blasones de los infantes, y, en otro anillo exterior, los de la nobleza de aquel tiempo. También el techo de la Sala de los Cisnes, en arcón, y el de las Pegas, todas «por bien» hablando, incluso cuando dicen lo que bien callado debía quedar. Pero no se puede ser injusto con estos azulejos esplendorosos, los de la Sala de Galé y todos los demás, cuyos secretos de fabricación probablemente se han perdido. Y esto perturba mucho al viajero: nada de lo que el hombre haya inventado o descubierto debería perderse, todo debería transmitirse. Si el viajero no puede saber cómo se podría reproducir este azul-de-Fez, es un viajero más pobre que todos los capuchinos juntos.

Pocas cosas pueden ser más hermosas y sosegantes que los patios interiores del Palacio da Vila, pocas de más serena exaltación que la capilla gótica. Cuando el

espíritu cristiano se encontró con el espíritu árabe, un nuevo arte quiso nacer. Le cortaron las alas para que no volase. Entre los pájaros del paraíso podría ser ése uno de los más hermosos. No pudo volar, no pudo vivir.

A las puertas de Lisboa

A causa de unas palabras oídas en el Palacio de Sintra, le vino al pensamiento el rey que durante nueve años allí estuvo preso, Afonso de nombre y sexto en el orden onomástico. Se apiada mucho la gente del pueblo ante los reveses de la suerte que los reyes sufren, y esto de imaginar a un rey legítimo preso entre cuatro paredes, yendo sin parar de aquí para allá, hasta el punto de desgastar las losetas del suelo, llega incluso a provocar indignaciones tardías y ciertamente mal empleadas. Este Afonso VI tenía mucho de mentecato y padecía además otras carencias, entre ellas la de la mínima virilidad que se exige a los reyes como garantía de sucesión. En fin, son historias de familias de sangre averiada, que ni renovándola mejoran. Se extinguió la dinastía de los Aviz con un don Sebastián degenerado y un cardenal-infante caquético. Y, luego, la de Braganza, muerto el brillante don Teodosio, no tiene para colocar en el trono más que a un hemipléjico, intelectualmente incapaz y rufián. Al viajero le gustaría apiadarse del hombre, pero acaba por distraerle el recuerdo de la ferocísima guerra de palacio en que todos entraron, rey, reina, infante, validos francés e italiano, mientras por estas tierras el pueblo menudo nacía, trabajaba, moría y pagaba el gasto. Hubo, piensa el viajero, prisioneros que merecieron otro respeto. Procuremos no meterlos a todos en el mismo saco.

En Cascais fue el viajero al Museo de Castro Guimarães para ver Lisboa. Parece un despropósito y es la pura verdad. Aquí se encuentra guardada la *Crónica de D. Afonso Henriques*, de Duarte Galvão, en cuyo frontispicio, una miniatura de minucioso dibujo muestra a la capital del reino encerrada entre sus muros quinientistas. Embarcaciones de vario tipo y calado, naos, carabelas, bateles, navegan sin orden pero sin toparse. El iluminador no sabía mucho de vientos, o sabía tanto que los manejaba a voluntad. Tiene el museo más que ver, pero al viajero le interesaba particularmente la antigua imagen de una ciudad desaparecida, urbe sumersa por el tiempo, arrasada por los terremotos y que, mientras crece, se va devorando a sí misma.

Estas tierras marginales son predilectas del turismo. El viajero no es turista, es viajero. Hay gran diferencia. Viajar es descubrir, el resto es simplemente encontrar. Por eso se comprenderá que pase sin particulares demoras por estas amenas playas, y si en las olas tranquilas de Estoril decidió darse un breve chapuzón, quede esto sin referencia aquí. Es cierto que el viajero gusta de parques y jardines, pero esta falda florida que desde el casino se extiende hasta la playa no está allí para paseos, es como una alfombra de palacio, en torno al cual, respetuosamente, desfilan los visitantes. Y en cuanto a las sosegadas calles que en las duras pendientes se entretejen, todo son muros y portones cerrados, barreras y biombos de boj. Esto no es Lamego, no va a aparecer aquí un hombre medio borracho ofreciendo al visitante un cuarto para dormir y cambiar ideas sobre los destinos supremos de la humanidad. El viajero recuerda que cerca de aquí fueron hallados restos de osamentas y cráneos ocultos

durante millares de años, mezclados con hachas de piedra, formones y azuelas y otros menudos objetos útiles o rituales; mira después los hoteles suntuosos, el jardín hosco, los pasantes y paseantes, y se convence definitivamente de que el mundo es complicado. La originalidad de la idea bien valdría que el viajero se diera un buen baño en el mar o entrara al casino a hacer saltar la banca, pero el viajero, que es prudente, rechaza ambas cosas.

En fin, Lisboa está ahí. Pero antes de acometer la aventura, que en el fondo del alma le intimida, irá el viajero a esta población ribereña llamada Carcavelos, para ver lo que sólo muy pocas personas conocen, contando el millón de ellas que en Lisboa viven, y los muchos millares que vienen al baño en la playa, esto es, y concluyendo, la iglesia parroquial. Por fuera, nadie daría nada por ella: son cuatro paredes, una puerta, una cruz encima. Un espíritu jansenista diría que para adorar a Dios no se precisa más. Menos mal que no lo entendió así quien decidió hacer esta obra. Allá dentro está una de las más magníficas decoraciones de azulejos que el viajero haya tenido ante sus privilegiados ojos. Exceptuando la cúpula sobre el transepto, todas las paredes, todos los arcos, todos los vanos se encuentran revestidos de esa materia incomparable, hoy tan torpemente utilizada. Viviendo cerca, el viajero volverá aquí otra vez, y muchas. No cabe mayor alabanza.

Probablemente parecería mal no ir a Queluz. Pues irá el viajero, aunque venciendo la antipatía que siente por dos reyes que allí vivieron: aquel don João VI que, hablando de sí mismo, decía: «Su Majestad tiene dolor de barriga», o «Su Majestad quiere oreja de puerco», y aquella doña Carlota Joaquina, señora de mal porte, intrigante y, para más inri, fea como noche de tormenta. Tendrían su gracia los diálogos de estos dos, e hilarantes serían si por caminos de sentimientos entraban. Pero el viajero es muy discreto en cuestión de vidas íntimas, y si anda viajando no es para comportarse después como cualquier vulgar chismoso: quédese la reina con sus amantes criados de palacio y el rey con sus dificultades digestivas, y veamos lo que este palacio tiene para mostrar.

Es, por fuera, un cuartel, y parece un bombón color de rosa si lo ve el espectador desde el jardín llamado de Neptuno. Dentro, se encuentra la acostumbrada sucesión de salas de aparato y aposentos privados: ésta es la sala de música, ésta la del trono, la de las meriendas, el tocador de la reina, la capilla, y luego el cuarto de ésta o de aquél, y la cama imperio, y las lámparas de Venecia, y la madera del Brasil o los mármoles de Italia. Arte auténtico, serio, casi no lo hay. Arte decorativo, superficial, sólo para distraer los ojos y mantener el cerebro ausente, lo vemos por todas partes. Y el viajero se deja mecer de tal modo por la letanía del guía que abre camino al dócil rebaño de los visitantes de hoy, y tan sonámbulo sigue, sintiendo de nuevo asomarse al brocal del pozo su viejo rencor, que, súbitamente, es como si despertara.

Está en la sala de Don Quijote, donde se dice que nació y murió Pedro IV. No es este principio y este fin lo que conmueven al viajero: sólo faltaba que soltara ahora unas lágrimas ante caso tan común. Lo que en verdad lo perturba es la incongruencia

de estas escenas de la vida del pobre hidalgo manchego, celador de honra y justicia, loco apasionado, inventor de gigantes, puesto en tal lugar, en este Palacio de Queluz que leyó el *rocaille* a la portuguesa y el neoclásico a la francesa y más erró que acertó. Hay grandes abusos. El desgraciado Quijote, que comía poco por necesidad y vocación, y de castidades forzadas padecía más de la cuenta, fue a la fuerza metido en una corte en la que había una reina que no quería saber nada de continencias y un rey que las hacía, y muchas, al faisán y a la pezuña de puerco en adobo. Si es verdad que nació aquí don Pedro, y si en él hubo, aparte de intereses familiares y dinásticos que convenía asegurar, un amor real a la libertad, entonces Don Quijote de la Mancha hizo cuanto pudo para vengarse de la afrenta de que lo pintaran en estas paredes. Molido a palos, apoyando los mortificados brazos para alzar el tronco, casi turbios los ojos del desmayo del que salió o en el que va a caer, oye al niño en sus primeros gritos y le dice en la buena lengua cervantina que el viajero traduce: «Mira, zagal, si aquí me pusieron, a ver si no me avergüenzas en vida». Y si es cierto que aquí vino a morir don Pedro, el mismo Quijote, montado ahora en su caballo, como quien va a partir, y levantando el brazo en despedida, le habrá dicho en el último instante: «Bueno, hombre, no te has portado mal». De tal boca, y dirigidas a un simple rey, no se podrían esperar palabras más confortantes.

Dicen que es cosa buena

Aquí está el collar. El viajero lo prometió y lo cumple: apenas entrara en Lisboa, iría al Museo de Arqueología y Etnología en busca del mentado collar usado por el esclavo de los Lafetás. Se puede leer lo que dice: «Este negro es de Agostinho de Lafetá de Carvalhal de Óbidos». El viajero lo repite una y otra vez para que quede grabado en las memorias olvidadas. Este objeto, si es preciso darle un precio, vale millones y millones de millones, tanto como los Jerónimos, que está aquí al lado, la Torre de Belém, el palacio presidencial, todos los coches juntos y revueltos, y vale probablemente por toda la ciudad de Lisboa. Este collar es exactamente un collar, fíjense bien, y estuvo en el cuello de un hombre, le chupó el sudor, y tal vez algo de sangre también, de algún vergajazo que debía ir a los lomos y erró el camino. Agradece el viajero muy de corazón a quien recogió y no destruyó la prueba de un gran crimen. Con todo, una vez que no ha callado sugerencias por locas que parezcan, hará ahora una más, que sería la de colocar el collar del negro de Agostinho de Lafetá en una sala en la que nada más hubiera, sólo el collar, para que ningún visitante pudiera distraerse y decir luego que no lo vio.

Tiene el museo millares de piezas de las que no va a hablar el viajero. Todas tienen su historia propia, desde el paleolítico al siglo pasado, y es cada una de ellas una breve o prolongada lección. Al viajero le gustaría coger la pieza más antigua y seguir luego la historia hasta la más reciente. Quitando a algunos dioses conocidos y a otros tantos emperadores romanos, el resto es cosa menuda, anónima, sin rostro ni nombre. Hay una palabra para designar cada objeto, y el viajero descubre, estupefacto, que la historia de los hombres es, en definitiva, la historia de esos objetos y de las palabras que los nombran, y de los nexos existentes entre ellos y ellas, más los usos y los desusos, el cómo, el para qué, dónde y quién lo produjo. La historia así contada no conoce tropiezos de nombres, es la historia de los actos materiales, del pensamiento que los determina, de los actos que determinan el pensamiento. Sería bueno quedarse aquí e interrogar a esa cabra de bronce o a esta placa antropomórfica, a ese friso o a la quadriga hallada en Óbidos, tan cerca de Carvalhal. Para demostración de que es posible, y es necesario, aproximar todas las cosas para entender cada una.

Sale el viajero a la calle, es un viajero perdido. ¿Adónde irá? ¿Qué lugares irá a visitar? ¿Qué otros lugares dejará de lado, por deliberación o por imposibilidad de verlo todo y hablar de todo? ¿Y qué es verlo todo? Tan legítimo sería atravesar el jardín e ir a ver los barcos en el río como entrar en el Monasterio de los Jerónimos. O incluso nada de eso, quedarse solo sentado en un banco o en el césped, gozando del espléndido y luminoso sol. Se dice que barco parado no hace viaje. Realmente no, pero se prepara para él. El viajero llena de buen aire el pecho, como quien iza velas para recoger el viento del mar abierto, y pone rumbo a los Jerónimos.

Hizo bien en usar lenguaje marinerero. Aquí mismo, a la entrada, está, a mano

izquierda, Vasco de Gama, que descubrió el camino para llegar a la India, y, a la derecha, la yacente estatua de Camões, que descubrió el camino para llegar a Portugal. De éste no están los huesos, ni se sabe dónde paran; de Vasco de Gama, estarán o no. Donde sí parece que hay algunos verdaderos es allá al fondo, a la derecha, en una capilla del transepto: ahí están (¿estarán?) los restos de don Sebastián, de quien ya otras veces se ha hablado en este relato. Y de sepulcros no hablemos más: el Monasterio de los Jerónimos es una maravilla de arquitectura, no una necrópolis.

Trabajaron mucho los arquitectos del manuelino. Nunca hicieron nada más perfecto que esta bóveda de la nave ni nada tan osado como el transepto. El viajero está maravillado. Tantas veces ha hecho profesión de fe en cierta rudeza natural de la piedra, y se rinde ahora ante esta decoración finísima que parece encaje imponderable, ante los pilares increíblemente delgados para la carga que soportan. Y reconoce el golpe de genio que fue dejar en cada pilar una sección de piedra desnuda de ornamento: el arquitecto, piensa el viajero, quiso rendir homenaje a la simplicidad primera del material, y al mismo tiempo introduce un elemento que viene a perturbar la pereza de la mirada y a estimularla.

Pero donde el viajero se entrega con armas, bagajes y banderas, es en la bóveda del transepto. Son veinticinco metros de altura, en un vano de veintinueve por diecinueve metros. No hay aquí pilar o columna que ampare la enorme masa de la bóveda, lanzada en un solo vuelo. Como un enorme casco de barco puesto del revés, esta panza vertiginosa muestra el esqueleto, cubre con sus obras vivas el asombro del viajero, que está si me arrodillo o si no me arrodillo para alabar aquí mismo a quien tanta maravilla concibió y construyó. Recorre otra vez la nave, otra vez lo arrebatan los fustes esbeltos de los pilares que en lo alto reciben o hacen nacer las nervaduras de la bóveda como palmeras. Deambula de un lado a otro, entre turistas que hablan la mitad de las lenguas del mundo, y entretanto hay una boda, echa el cura el sermón de costumbre, todo el mundo está contento, ojalá sean felices y tengan todos los hijos que quieran, pero no se olviden de enseñarles a saborear la belleza de estas bóvedas en que los padres apenas habían reparado.

El claustro es bellísimo, pero no arrebató al viajero, que en claustros tiene ideas muy firmes. Reconoce su belleza, pero lo encuentra de excesivo ornamento, sobrecargado, aunque cree saber descubrir, bajo esa capa ornamental, la armonía de la estructura, el equilibrio de las grandes masas, al mismo tiempo reforzadas y leves. Con todo, no es ésta la pasión del viajero. Su corazón está dividido entre algunos claustros de los que ya ha hablado. Aquí, sólo sintió placer en los ojos.

El viajero no ha hablado de los portales, el del sur, que da al río, y el otro, vuelto hacia poniente, en el eje de la iglesia. Son, ambos, hermosos, trabajados como una filigrana, pero a pesar de ser el primero más aparatoso, al poder desarrollarse en toda la altura de la fachada, van sus preferencias para el otro, tal vez por las magníficas estatuas de don Manuel y de doña María, obra de Chanterenne, pero más

probablemente por la unión de elementos decorativos predominantemente góticos y renacentistas, prácticamente sin ningún aprovechamiento del vocabulario manuelino. O será quizá otra manifestación del ya demostrado gusto del viajero por lo más simple y riguroso. Puede muy bien ser. Vendrá quien tenga otro gusto, afortunadamente para ambos.

Situado ahora entre el Museo da Marinha y el Museo de Coches, entre algunos medios de navegar en las aguas y otros de ser transportado por tierra, el viajero decide ir a la Torre de Belém. Un poeta dijo, en hora de rima fácil y desencanto patrio, que sólo esto hicimos bien: torres de Belém. El viajero no es de la misma opinión. Ha viajado bastante para saber que muchas otras cosas hicimos, y bien hechas, y ahora mismo viene de ver las bóvedas de los Jerónimos. Supone que Carlos Queirós no las vio, o desahogó en la torre la dificultad de encontrar rima consonante con monasterio. En todo caso, no ve el viajero qué utilidad militar podía tener esta obra de joyería, con su maravilloso mirador vuelto hacia el Tajo, lugar de más excelencia para asistir a desfiles náuticos que para orientar el alza de los cañones. Que conste, la torre nunca entró en batalla formal. Por suerte. Imaginen los destrozos que causarían en este encaje de piedra las bombardas quinientistas o las palanquetas. Así puede el viajero recorrer las salas sobrepuestas, ir a las altas garitas, asomarse al balcón del río y sentir mucha pena al no verse a sí mismo asomando en tan hermoso lugar, y descender al fin a lo más hondo, donde hubo hasta presos. Es maña del hombre: no puede ver un agujero lóbrego sin pensar en meter en él a otro hombre.

No estuvo el viajero mucho tiempo en el Museo da Marinha, y menos en el de Coches. Los barcos fuera del agua lo entristecen, los carruajes de pompa y circunstancia lo irritan. Y, al menos, los barcos, loados sean, pueden ser reconducidos a las aguas del río y hacer buena figura, mientras que los coches serían cosa ridícula de ver, bamboleándose grotescos por calles y autopistas, torpes tortugas que acabarían perdiendo en el camino patas y caparazón.

Por varias razones buenas y otras aún mejores (sacudir del espíritu las telarañas), el viajero fue al Museo de Arte Popular. Es un descanso. Y es, también, una y muchas interrogaciones. Desde luego, el viajero dividiría esta colección en dos ramas, cada una de ellas susceptible de amplios desarrollos: la de Arte Popular propiamente dicho, y la del Trabajo, lo que no significaría tener que organizar dos museos, sino hacer más visibles las relaciones entre el trabajo y el arte, mostrar la compatibilización entre lo artístico y lo útil, entre el objeto y el placer sensorial. No es que un museo no sea una extraordinaria lección de belleza objetiva, pero padece del pecado original de ser una simple exposición para fines ideológicos nada simples, como fueron los que presidieron su creación y organización. Al viajero le gustan los museos, por nada de este mundo votaría su extinción en nombre de criterios quizá modernos, pero no se resignará nunca al catálogo neutro que toma al objeto en sí, lo define y encuadra entre otros objetos, radicalmente cortado el cordón umbilical que los vinculaba a su constructor y a su usuario. Un exvoto popular exige ser enmarcado

en su respectivo encuadramiento social, ético y religioso; un rastrillo no se entiende sin el trabajo para el que fue hecho. Nuevas morales y nuevas técnicas van empujando todo este material hacia la arqueología, y ésta es sólo una razón más de las nuevas exigencias museológicas.

Ha hablado el viajero de una y muchas interrogaciones. Quede aquí sólo una: viviendo la sociedad portuguesa como vive una tan acentuada crisis de gusto (especialmente en arquitectura y escultura, en el objeto de uso corriente, en el ámbito urbano), no les haría ningún mal a los árbitros y responsables de esa corrupción estética general, y algún bien haría a los pocos que se sienten aún capaces de luchar contra la corriente que nos va asfixiando, el ir a pasar unas tardes al Museo de Arte Popular, mirando y reflexionando, procurando entender aquel mundo casi muerto y descubrir qué parte de su herencia debe ser transmitida al futuro para garantía de nuestra supervivencia cultural.

El viajero sigue a lo largo del río, tan diferente aquí de aquel senderillo de agua de Almourol, pero a su vez casi un arroyo comparado con la amplitud de enfrente de Sacavém, y tras lanzar miradas complacidas al puente hoy llamado del 25 de abril (antes tuvo el nombre de un hipócrita que hasta última hora fingió no saber cómo se iba a llamar la obra), sube las escaleras de la Rocha do Conde de Óbidos, para ir al Museo de Arte Antiga. Antes de entrar se solaza contemplando los barcos amarrados, la rigurosa confusión de los cascos y de los mástiles, de las chimeneas y de las grúas, de los guindastes y de las flámulas, y, siendo ya noche, volverá para deslumbrarse con las luces e intentar adivinar el significado de los sonidos metálicos que suenan bruscamente y se amplían en la resonancia de las aguas oscuras. El viajero lo saborea todo con sus veinte sentidos, y encuentra aún que son pocos, aunque sea capaz, por ejemplo, y por eso se contenta con los cinco que trajo al nacer, de oír lo que ve, de ver lo que oye, oler lo que siente en las puntas de los dedos y saborear en la lengua la sal que en este momento exacto está oyendo y viendo en la ola que viene del mar abierto. Desde lo alto de la Rocha do Conde de Óbidos el viajero aplaude a la vida.

Para él, el más bello cuadro del mundo está en Siena, en Italia.

Es un pequeño paisaje de Ambrogio Lorenzetti, con poco más de un palmo en su dimensión mayor. Pero el viajero, en estas cosas, no es exclusivista. Sabe muy bien que no faltan por ahí otros cuadros que son también los más bellos del mundo. El Museo de Arte Antiga, por ejemplo, tiene uno: los *Paneles de San Vicente de Fora*, e incluso otro: las *Tentaciones de San Antonio*. Y tal vez lo sea también el *Martirio de San Sebastián*, de Gregorio Lopes. O el *Descendimiento de la Cruz*, de Bernardo Martorell. Cada visitante tiene derecho a elegir, a designar el más bello cuadro del mundo, aquel que en un momento dado, en un determinado lugar, pone por encima de todos los otros. Este museo, que debería tener el mucho más hermoso nombre de Museu das Janelas Verdes, que es el de la calle donde está, no goza de fama y provecho de particularmente rico entre sus pares de Europa. Pero, aprovechado todo él, daría largo pasto a las hambres estéticas de la capital y lugares próximos. Sin

hablar ya de las aventuras a las que se abriría la parte extranjera de la pinacoteca, se contenta el viajero, en las salas de pintura portuguesa del siglo XVI, con delinear, para su gozo propio, los caminos de la representación humana o animal, del paisaje, del objeto, de la arquitectura real o inventada, de la flora, natural o preciosamente alterada, del vestido común o de corte, y ese otro que se abandona a la fantasía o copia modelos extranjeros.

Y, volviendo atrás, sean de Nuno Gonçalves o no, estos paneles deletrean trazo por trazo la portuguesa humanidad que en el friso superior de retratos se muestra, tan fuertes de expresión que no los puede apagar la valorización mayor de las primeras figuras, reales, hidalgas o eclesiásticas. Ha sido fácil ejercicio colocar lado a lado estas imágenes y otras de gente de hoy viva: por este país adelante no faltan hermanos gemelos de estos hombres. Pero, pese a los fáciles ejercicios de nacionalismo que derivaron de tal confrontación, no encontramos en Portugal la manera de hacer evidente, en el plano profundo, la semejanza fisonómica. En un punto dado de la historia, el portugués dejó de reconocerse en el espejo que estos paneles son. Claro que el viajero no está refiriéndose a las formas de culto aquí expresadas ni a proyectos de descubrimientos nuevos que eventualmente inspirarían los paneles. El viajero junta estas pinturas a las cosas que vio en el Museo de Arte Popular, y cree que queda así mejor explicado su pensamiento.

No se describe el Louvre de París, ni la Galería Nacional de Londres, ni los Oficios de Florencia, ni el Vaticano, ni el Prado de Madrid, ni la Galería de Dresde. Tampoco se describe el Museu das Janelas Verdes. Es lo que tenemos, y lo tenemos bueno. El viajero es habitual visitante, tiene la buena costumbre de ver una sala cada vez, quedarse allí una hora, y salir luego. Recomienda el método. Una comida de treinta platos no alimenta treinta veces más que una comida de un plato solo; mirar cien cuadros puede destruir el provecho y el placer que uno de ellos daría. Excepto en lo que toque a la organización del espacio, las aritméticas tienen poco que ver con el arte.

Hace buen tiempo en Lisboa. Por esta calle se baja al jardín de Santos-o-Velho, donde una contrahecha estatua de Ramalho Ortigão^[17] se difumina entre verdor. El río se esconde por detrás de una hilera de barracones, pero se adivina. Y después del Cais do Sodré se desahoga completamente para meterse en el Terreiro do Paço. Ésta es una bellísima plaza con la que nunca supimos muy bien qué hacer. De oficinas y despachos de gobierno ya poco queda, estos caserones pombalianos se adaptaban mal a las nuevas concepciones de los paraísos burocráticos. En cuanto a la plaza, ahora parque de automóviles, ahora desierto lunar, le faltan sombras, resguardos, focos que atraigan el encuentro y la conversación. Plaza real, allí en aquel rincón fue muerto un rey, pero el pueblo no la tomó para sí, excepto en momentos de exaltación política, siempre de corta duración. El Terreiro do Paço sigue siendo propiedad de don José. Uno de los más apagados reyes que en Portugal reinaron, mira, en estatua, un río que nunca le debió de gustar y que es mayor que él.

El viajero sube por una de estas calles comerciales, con tiendas en todas las puertas y bancos que tiendas son, y va imaginando qué Lisboa habría en este lugar si no hubiera sido por el terremoto. ¿Qué fue lo que se perdió, desde el punto de vista urbanístico? ¿Qué fue lo que se ganó? Se perdió un centro histórico, se ganó otro que, por fuerza del tiempo pasado, histórico se ha vuelto. No vale la pena discutir con terremotos, ni el color que tenía la vaca de que fue ordeñada la leche que se derramó, pero el viajero, en su vago pensar, considera que la reconstrucción pombaliana fue un violento corte cultural del que la ciudad no se ha restablecido aún y que tiene continuidad en la confusa arquitectura que en mareas desajustadas se ha derramado por el espacio urbano. No anhela el viajero casas medievales o resurgencias manuelinas. Comprueba que esas y otras resurrecciones sólo fueron y son posibles gracias al traumatismo violento provocado por el terremoto. No cayeron sólo casas e iglesias, se quebró una ligazón cultural entre la ciudad y el pueblo que la habita.

Mejor se defiende el Rossío. Lugar confluyente y defluyente, no se abre francamente a la circulación, y es precisamente eso lo que retiene a los viandantes. El viajero compra un clavel a una de las floristas de la plaza y, dando la espalda al teatro al que se le niega el nombre de Almeida Garrett, sube y baja la rúa da Madalena para ir a la catedral. De camino se asustó con la ciclópea estatua ecuestre de don João I que está en la Plaza da Figueira, ejemplo acabado de un equívoco plástico que sólo raramente supimos resolver: casi siempre hay demasiado caballo y poco hombre. Machado de Castro explicó allá abajo, en el Terreiro do Paço, cómo se hace, pero pocos le entendieron.

A la catedral le faltó muy poco para no sobrevivir a los remiendos de los siglos XVII y XVIII, posteriores al terremoto, unos sin prudencia ni gusto todos. Se rehabilitó felizmente la fachada, ahora con una bella dignidad en su estilo militar acastillado. No es ciertamente el más hermoso templo que en Portugal existe, pero el adjetivo se puede aplicar sin ningún favor al deambulatorio y a las capillas absidiales, magnífico conjunto para el que no se encuentra fácil paralelo. También la capilla de Bartolomeu Joanes, en gótico francés, merece atención. Y hay que hacer referencia al triforio, arquería tan armoniosa que quedan prendidos los ojos en ella. Y si el visitante padece del mal romántico, ahí tiene el sepulcro de la Princesa Desconocida, conmovedor hasta la lágrima. Admirables son también los sepulcros de Lopo Fernandes Pacheco y de su segunda mujer, María Villalobos.

No ha hablado hasta ahora el viajero del castillo de San Jorge. Visto desde aquí abajo, la vegetación casi lo esconde. Fortaleza de tantas y tan remotas luchas, desde romanos, visigodos y moros, hoy más parece un parque. El viajero duda de si lo prefiere así. Tiene en la memoria la grandeza de Marialva y de Monsanto, formidables ruinas, y aquí, pese a las restauraciones, que en un principio tendrían que reintegrar a la fortaleza en su recuerdo castrense, acaba por tener significado mayor el pavo real blanco que se pasea, el cisne que boga en el foso.

El mirador hace olvidar el castillo. Nadie creería que en aquella puerta murió

aplastado Martim Moniz^[18]. Es siempre así: se sacrifica a un hombre por el jardín de los otros.

No ha mostrado el viajero mucha afición al arte setecentista, cuyo mayor florón es el llamado ciclo joanino, abundante en talla y gran importador de producciones italianas, como en Mafra se vio. Parece de inmediato poco imaginativo, salvo si refinada lisonja fue beneficiar con nombres reales estilos artísticos en los que los dichos reyes no pusieron un dedo: tienen los británicos el isabelino y el Victoriano, tenemos nosotros el manuelino y el joanino, sólo por dar estos ejemplos. Muestra esto que los pueblos, o quienes por ellos hablan, aún no han logrado pasar sin padre ni madre, muy putativos en este caso. Pero, en fin, tenían los reyes la autoridad y el poder de disponer de los dineros del pueblo, y por vía de esta obsesión de paternidad le tenemos que agradecer a don João V, contento porque le naciera un heredero, la construcción de la iglesia do Menino-Deus. Se cree que la planta del edificio es del arquitecto João Antunes, hombre nada torpe en su arte, como se puede concluir viendo este magnífico edificio. No podía aquí faltar el gusto italiano, que en todo caso no logró borrar el sabor de la tierra, patente en la feliz introducción de los azulejos. La iglesia, con su nave octogonal, es de un equilibrio perfecto. Pero el viajero, cuando tenga tiempo, averiguará por qué se le dio a este templo el nombre nada común de iglesia del Niño Jesús: sospecha que anduvo por aquí una imposición de Su Majestad vinculando subliminalmente la consagración de la iglesia al hijo que acababa de nacerle. Don João V, por su conocida manía de grandezas, era hombre para eso.

El viajero no irá aún a Alfama. Primero tiene aquí la iglesia y el monasterio de San Vicente de Fora, construidos, ésa es la tradición, en los terrenos que ocuparon los cruzados alemanes y flamencos que echaron a Afonso Henriques la mano necesaria para conquistar Lisboa. Del monasterio que mandó construir entonces nuestro primer rey, no quedan vestigios: el edificio fue arrasado en tiempos de Felipe II, y en su lugar se levantó éste. Es una imponente masa arquitectónica, pautaada por cierta frialdad de diseño, muy común en el manierismo. Manifiesta, con todo, una personalidad clara, aunque discreta, en la fachada. El interior es amplio, mayestático, rico en mosaicos y mármoles, y el altar, barroco de gran aparato, con sus fortísimas columnas y las grandes imágenes de santos que encargó João V. Pero en San Vicente de Fora deben verse sobre todo los paneles de azulejos de la portería, particularmente los que representan la toma de Lisboa y la toma de Santarém, convencionales en la distribución de las figuras, pero llenos de movimiento. Otros azulejos, en lienzos figurativos, decoran los claustros. El conjunto resulta algo frío, conventual en aquel sentido que el siglo XVIII definió y para siempre a él quedó ligado. El viajero no niega méritos a San Vicente de Fora, pero no siente conmovida ni una sola fibra del cuerpo y del espíritu. Será culpa suya, tal vez, o está comprometido con otras y más rudas vibraciones.

Ahora sí va el viajero a la Alfama, dispuesto a perderse en la segunda esquina y

decidido a no preguntar el camino. Ésa es la mejor manera de conocer el barrio. Se corre el riesgo de perder cualquiera de los lugares electos (la casa de la Rua dos Cegos, la casa del Menino de Deus, o la del Largo Rodrigues de Freitas, la Calçadinha de São Miguel, la Rua da Regueira, el Beco das Cruzes, etcétera), pero, andando mucho, acabará pasando por allí, y entretanto ganó encontrarse mil y una veces con lo inesperado.

Alfama es un animal mitológico. Pretexto para sentimentalismos de variado color, sardina que muchos han querido arrimar a su ascua, no cierra caminos a quien allí entra, pero el viajero siente que le acompañan irónicas miradas. No son los rostros serios y cerrados de Barredo. Alfama está más habituada a la vida cosmopolita, entra en el juego si de él saca alguna ventaja, pero en el secreto de sus casas debe de reírse mucho de quien cree conocerla por haber ido allá una noche de San Antonio a comer arroz de cabidela. El viajero sigue por los callejones retorcidos, entre cuyas casas a uno y otro lado casi los hombros rozan, y allá arriba el cielo es una rendija entre los aleros apenas separados un palmo, o por estas inclinadas plazas cuyos desniveles ayudan a vencer dos o tres tramos de escalones, y ve que no faltan flores en las ventanas, jaulas y canarios dentro, pero el mal olor de las alcantarillas que se nota en la calle, se notará aún más dentro de las casas, en algunas de ellas el sol no ha entrado nunca, y éstas, al nivel de la calzada, sólo tienen por ventana el postigo abierto de la puerta. El viajero ha visto mucho mundo y mucha vida, y nunca le ha gustado encontrarse en la piel del turista que va, mira, hace que entiende, saca fotos y vuelve a su tierra diciendo que conoce Alfama, pero no sabe lo que Alfama es. Este viajero tiene que ser honrado. Ha ido a Alfama, pero no sabe lo que Alfama es. Con todo, no para de dar vueltas, de subir y bajar, y cuando se encuentra al fin en el Largo do Chafariz de Dentro, después de haberse perdido algunas veces como había decidido, siente ganas de penetrar otra vez en las sombrías callejas, en los callejones inquietantes, en las escaleras resbaladizas, y quedarse allí hasta que haya aprendido al menos las primeras palabras de este discurso inmenso de casas, de personas, de historias, de risas y de inevitables llantos. Animal mitológico por cuenta ajena, Alfama vive por su propia y difícil cuenta. Tiene horas de animal saludable, hay otras en las que se tumba en un rincón a lamerse las heridas que siglos de pobreza abrieron en sus carnes y que éste no encuentra manera de curar. Y aun así, estas casas tienen tejado. Por esos arrabales no se cerraron los ojos del viajero a lugares de habitar que ni tejado tienen, porque no llegan a ser casas.

Más allá está el Museo Militar, con su relleno de glorias, banderas y cañones. Es sitio para verlo con mucha atención, con espíritu sutil, para intentar encontrar en él lo civil que en todo está, en el bronce de esmeril, en el acero de la bayoneta, en la seda del estandarte, en el paño grueso del uniforme. El viajero cultiva la original idea de que todo lo civil puede ser militar, pero que es muy difícil ya que cualquier militar pueda ser civil. Hay desencuentros que tienen precisamente su raíz aquí. Dañina raíz, añadimos.

Este lado de la ciudad no tiene belleza. El viajero no se refiere al río, que ése, hasta afeado por los barracones, siempre encuentra un rayo de sol para devolverlo al cielo, pero sí a los edificios, los antiguos, que son como muros con ventanas, y los nuevos, que parecen copiados de sueños psiquiátricos. Menos mal que lleva el viajero la promesa del convento de la Madre de Dios.

Visto por fuera es un enorme paredón con una puerta manuelina en lo alto de media docena de escalones. Conviene saber que esta puerta es falsa. Se trata de un curioso caso en el que el arte copió al arte para recuperar la realidad, sin querer saber si había sido realidad que el arte copiado había copiado. Esto parece una charada o un trabalenguas, pero es la pura verdad. Cuando en 1872 se intentó reconstruir la fachada manuelina del convento de la Madre de Dios, el arquitecto fue al *Retablo de Santa Auta*, que está en el Museo da Arte Antiga, y copió de allí, trazo por trazo, sin más que prolongarlos, el portal por el que va entrando la procesión que lleva el relicario. Creyó João Maria Nepomuceno que la idea era tan buena como la del huevo de Colón, y tal vez lo fuera. Al fin y al cabo, también para reconstruir la Varsovia asolada por la guerra se recurrió a cuadros del setecentista veneciano Bernardo Bellotto, que residió en aquella ciudad. Fue Nepomuceno el precursor, y tonto sería si no aprovechara el abono documental que tenía a mano. Pero buena figura de tontos hacemos todos nosotros si al fin no era así el portal de la Madre de Dios.

Aunque los elementos decorativos que enriquecen tanto la iglesia como el coro alto y la sacristía sean de diferentes épocas (desde el siglo XVI al siglo XVIII), es probable que la impresión de unidad provenga en parte del esplendor dorado que lo envuelve todo, pero sería más exacto admitir que es, preferentemente, obra de alta calidad artística en conjunto. La generosidad de la iluminación, que no deja adormecido ningún relieve ni apagado ningún tono, contribuyó al sentimiento eufórico que el viajero experimenta. El viajero, que tanto ha protestado contra ciertos excesos de talla dorada cuando ahogan las arquitecturas, se descubre aquí rendido ante la *rocaille* de la sacristía, sin duda uno de los más perfectos ejemplos de cierto espíritu religioso al que, precisamente, solemos llamar de sacristía. Por mucho que se revistan las paredes de pías imágenes, la llamada sensual del mundo carga las molduras y los retablos de conchas, haces de plumas, volutas entrelazadas, guirnaldas, festones floridos. Para expresar lo divino, todo se cubre de oro, pero la vida exterior dilata la decoración hasta la turgescencia.

El coro alto es un escriño, un relicario. Para expresar lo inexpresable, el tallista emplea todas las recetas del estilo. El visitante se pierde en la profusión de las formas, desiste de utilizar analíticamente los ojos y se conforma con la impresión global, que no es síntesis, de un aturdimiento de los sentidos. Le apetece al viajero sentarse en la sillería para recuperar la sensación simple de la madera lisa, que el trabajo modelador del ebanista no bastó para eliminar.

En los claustros y en las salas que dan a ellos, está el Museo do Azulejo. Conviene aclarar que las piezas exhibidas son sólo una parte ínfima de las que están

almacenadas a la espera de espacio y de dinero, pero, aun así, este museo es un precioso lugar, al que el viajero lamenta que no vengan, y si vienen de poco les aprovecha, aquellos que orientan el gusto de decorar. Hay un trabajo por hacer con relación al azulejo, y no se trata de un trabajo de rehabilitación, que no lo precisa, sino de entendimiento. De entendimiento portugués, añadámoslo, porque, realmente, tras haber sido despreciado durante gran parte de este siglo, el azulejo ha regresado con fuerza al revestimiento exterior de los edificios. Para general desgracia, añadamos otra vez. Quien esos azulejos diseña, no sabe lo que son los azulejos. Y, por lo visto, quien de responsabilidades didácticas se exorna y argumenta, no lo sabe tampoco.

El viajero vuelve sobre sus pasos, encuentra otra fuente en su camino, llamada de El-Rei, aunque no se sabe de qué rey se trata, porque en el reinado de Afonso II le hicieron obras, y en el de João V le pusieron los nueve caños que hoy tiene secos. Lo más probable es que el nombre sea resultado del furor consagratorio del Magnánimo. No queda mucho más de la antigua ciudad por estos lados: aquí está la Casa dos Bicos, modesta prima lejana del Palacio de los Diamantes de Ferrara, y, más allá, el pórtico de la Iglesia da Conceição Velha, manuelino bellísimo que el terremoto no derrumbó.

A lo largo de las arcadas del Terreiro do Paço, piensa el viajero qué fácil sería animar estas galerías, organizando en determinados días de la semana o del mes pequeñas ferias de venta o cambio de sellos, por ejemplo, o de monedas, o exposiciones de pintura o dibujo, o instalando puestos de floristas, y estrujándose la sesera no faltarían otras y mejores ideas. Tal vez, poco a poco, resultara posible poblar este desierto que ni siquiera dunas de arena puede ofrecer. Los reconstructores de Lisboa nos dejaron esta plaza. O ya sabían que la íbamos a necesitar para estacionar los coches, o confiaron ingenuamente en nuestra imaginación. Que, como cualquiera puede comprobar, es nula. Tal vez porque el automóvil ha venido precisamente a ocupar el lugar que a esta imaginación correspondía.

El viajero ha oído decir que hay, en medio de esta calzada, un Museo llamado de Arte Contemporáneo. Como hombre de buena fe, creyó en lo que oía, pero, respetando profundamente la verdad objetiva, declara que no cree lo que sus ojos ven. No es que al museo le falte mérito, que en algunos casos lo tiene, y grande, pero la prometida contemporaneidad lo fue, en general, de otros antiguos contemporáneos, no del viajero, que tampoco es tan viejo. Son excelentes los Columbanos, y si otros nombres no se apuntan, no es por menosprecio, sino para significar de modo indirecto que, o este museo toma camino de saber lo que quiere, o responderá del agravamiento de algunas confusiones estéticas nacionales. No se refiere el viajero a críticos y artistas en general, que éstos, obviamente, no dudan de lo que saben y son, sino al público, que entra aquí desamparado y sale perdido.

Para descansar y recomponerse del museo, el viajero fue al Bairro Alto. Quien nada más tiene que hacer, se dedica a alimentar rivalidades entre este barrio y

Alfama. Es tiempo perdido. Incluso pecando de exageración, como siempre que se hacen afirmaciones perentorias, el viajero dirá que son radicalmente diferentes los dos. No es caso de sugerir si es mejor éste o aquél, pues se acabaría concluyendo qué quiere decir ser mejor en materia de estas comparaciones; sí es verdad que Alfama y Bairro Alto son antípodas el uno del otro, en su estilo, en su lenguaje, en el modo de cruzar la calle y asomarse a la ventana, en cierta altivez que hay en Alfama y que el Bairro Alto transformó en desafuero. Con perdón de quien allá viva y de desafortado nada tenga.

La iglesia de San Roque queda cerca. Viéndole la cara, poco daríamos por ella. Dentro, es un salón suntuoso en el que, en modesta opinión del viajero, resultará difícil hablarle de pobreza a Dios. Véase la capilla de San Juan Bautista, que el infalible don João V encargó a Italia. Es una joya de jaspe y bronce, de mosaico y mármoles, cosa que resulta muy poco propia para el furibundo precursor que predicaba en el desierto, comía saltamontes y bautizó a Cristo con agua corriente de un río. Pero, en fin, pasan los tiempos, cambian los gustos, y don João V tenía mucho dinero para gastar, como se concluye de la respuesta que dio cuando fueron a decirle que un carillón para Mafia costaba la astronómica cantidad de cuatrocientos mil reis: «No pensaba que fuera tan barato. Quiero dos». Es la iglesia de San Roque un lugar donde se podrá encontrar protector para cualquier circunstancia: pródiga en reliquias, tiene las efigies de casi toda la corte celestial en los dos aparatosos relicarios que flanquean la capilla mayor. Pero los santos no miran con ojos benevolentes al viajero. Tal vez en tiempo de ellos estos decires fueran tomados como herejías. Muy engañados están: hoy son modos de intentar entender.

Lisboa nunca gustó de ruinas. O las corrige con piedras nuevas, o las arrasa de una vez para construir edificios rentables. El Carmo es una excepción. La iglesia, en general, está como el terremoto la dejó. Se ha hablado algunas veces de restaurarla o reconstruirla. La reina María I fue la que más adelantó en la obra nueva, pero, o porque le faltaba dinero, o porque flaqueara la voluntad, el caso es que en poco quedaron los añadidos. Mejor así. Pero la iglesia, dedicada por Nuno Alvares Pereira a Nossa Senhora do Vencimento, ya había pasado y volvió a pasar por miserias varias después del terremoto: primero fue cementerio, luego vertedero público de basura y por fin caballeriza de la Guardia Municipal. Hasta siendo caballero Nuno Álvares, se le estremecerían los huesos al oír desde el más allá los relinchos y las coces de los animales. Sin contar con otros descatos de necesidad.

En fin, hoy las ruinas son museo arqueológico. No particularmente rico en abundancia, pero sí en valor artístico e histórico. El viajero admira la pilastra visigótica y el sepulcro renacentista de Rui de Meneses, y otras piezas de las que no hará mención. Es un museo que da gusto por muchas razones, a las que el viajero añade otra que mucho precia: se ve la obra trabajada, la señal de las manos. Hay quien piensa como él, y eso le da el gran placer de sentirse acompañado: en dos grabados de 1745 hechos por Guilherme Debrie, se ve, en uno de ellos, la fachada del

convento, y en el otro, un alzado lateral, y en ambos aparece Nuno Alvares Pereira en conversa palaciega con hidalgos y frailes. También allá está el cantero trabajando la piedra, teniendo a la vista regla y escuadra, que con eso se ponían en pie los conventos.

Está llegando el viajero al final de su vuelta por Lisboa. Vio mucho, y no vio casi nada. Quiso ver bien, y quizá haya visto mal. Éste es el peligro permanente de cualquier viaje. Sube por la Avenida da Liberdade, que tiene un lindo nombre, bueno para conservarlo y defenderlo, bordea el gigantesco plinto que soporta al marqués de Pombal y el león que simboliza el poder y la fuerza, aunque no falten espíritus maliciosos que insinúan que aquello es un número de domador de la fiera popular que ruge a los pies del hombre fuerte y ruge a su mandato. El viajero encuentra agradable el Parque Eduardo VIII (aquí está un topónimo que, sin escándalo de la Gran Bretaña, bien podía ser sustituido por otro más allegado a nuestro corazón), pero lo ve como al Terreiro do Paço, planicie abandonada que un viento ardiente escalda. Va al Museu Calouste Gulbenkian, que es, sin duda, ejemplo de museología al servicio de una colección no especializada, que, por eso mismo, permite una visión documentada, en nivel superior, de la evolución de la historia del arte.

El viajero saldrá de Lisboa por el puente sobre el Tajo. Va hacia el sur. Ve los altos pilares, los arcos gigantes del Acueducto das Aguas Livres sobre el río de Alcántara, y piensa qué largas y penosas deben de haber sido las sedes de Lisboa. De la sed de agua la curaron Claudio Gorgel do Amaral, procurador de la ciudad, que fue el de la iniciativa, y los arquitectos Manuel de Maia y Custodio José Vieira. Probablemente para acatar el gusto italiano de don João V, fue primero director de la obra, aunque por poco tiempo, Antonio Canevari. Pero quien construyó realmente las Aguas Livres, y las pagó con su dinero, fue el pueblo de Lisboa. Así lo reconocía la lápida escrita en latín, entonces colocada en el arco de la Rua das Amoreiras, y que rezaba así: «En el año de 1748, reinando el piadoso, feliz y magnánimo rey don João V, el Senado y el pueblo de Lisboa, a costa del mismo pueblo y con gran satisfacción de él, introdujo en la ciudad las Aguas Livres deseadas por espacio de dos siglos, y esto por medio de perseverante trabajo de veinte años arrasando y perforando cerros en una extensión de nueve mil pasos». Era lo mínimo que se podía decir, y ni el orgulloso João V se atrevió a negar la verdad.

No obstante, apenas veinticinco años después, por orden del marqués de Pombal se mandó picar la lápida «en término que no se conozca más la existencia de dichas inscripciones». Y en el lugar de la verdad fue autoritariamente colocado el engaño, el logro, el robo del esfuerzo popular. La nueva lápida, que el marqués aprobó, falsificaba así la historia: «Regulando don João V, el mejor de los reyes, el bien público de Portugal, fueron introducidas en la ciudad, por acueductos solidísimos que durarán eternamente, y que forman un giro de nueve mil pasos, aguas salubérrimas, haciéndose esta obra con tolerable gasto público y sincero aplauso de todos. Año de 1748». Se falsificó todo, hasta la fecha. El viajero está convencido de que fue el peso

de esta lápida lo que hizo caer a José de Carvalho e Melo en el infierno.

Chimeneas y naranjales

Tal vez por estar atravesando el río, recuerda el viajero su paso por el Duero, hace tanto tiempo ya, cuando habló a los peces al inicio de este viaje. Se encontraba entonces con el Niño Jesús da Cartolina, amoroso infante que entró en batalla al lado de los mirandeses y, si no venció solo, les fue de gran ayuda. Allá arriba, en el morro, está el Cristo Rey, gigantesco como a la realeza conviene, pero falto de belleza. Considera el viajero cuántas tierras y gentes vio ya, se asombra ante las distancias que recorrió y de cuán largo camino lleva del Niño de Miranda al Cristo do Pragal.

Por estos lados, todo es grande. Grande la ciudad, y tan hermosa, grandes los pilares que sustentan el tablero del puente, grandes los cabos que lo mantienen. Y grandes son también las chimeneas por toda la recortada margen que se extiende desde Almada hasta Alcochete, con sus torrentes aéreos de humo blanco, amarillo y ocre, o ceniciento, o negro. Les da el viento, y las largas y estiradas nubes cubren los campos hacia el sur y hacia poniente. Es tierra de astilleros y fábricas, Alfeite, Seixal, Barreiro, Moita, Montijo, tierra convulsa donde el metal rechina, ruge, bate, donde silban gases y vapores, donde infinitas tuberías orientan el flujo de los carburantes. Todo es mayor que los hombres. Nada es tan grande como ellos.

El viajero se promete a sí mismo que, teniendo vida, vendrá a saber mejor qué tierras son éstas y quién vive en ellas. Es su primer destino Palmela, alta villa de buen vino que con dos gotas transforma a quien lo bebe. No siempre el viajero sube a los castillos, pero en éste se detendrá. Desde lo alto de la torre del homenaje dan los ojos la vuelta al mundo y, como no se cansan, vuelven. En un lugar cualquiera de la villa, allá al fondo, hay un ferial. Alguien usa un potente altavoz para pregonar mercancías: colchas y pucheros. Es una mujer, hábil vendedora. Su voz cubre el paisaje, y suena tan contenta que al viajero no le enfada el ruido.

En esta cisterna, bajo la torre, murió el obispo de Évora, Garcia de Meneses. Envenenado, si creemos a Rui de Pina. Es muy posible. No pudiendo don João II, contra quien había conspirado, hacerle lo mismo que hizo al duque de Viseu, esto es, matarlo con sus propias manos, por ser el obispo ungido del Señor, el veneno sería el medio más expedito de liquidar a aquel que había sido la verdadera cabeza de la conspiración. Ocurrió esto en 1484, hace quinientos años, y se asombra el viajero al ver lo deprisa que corre el tiempo, que aún ayer estaba el obispo Garcia de Meneses y hoy ya no está.

En Palmela debe irse a la iglesia parroquial, por los azulejos setecentistas que cuentan la vida de San Pedro, y a la iglesia cuatrocentista del convento de Santiago, sólida construcción que más parece otra torre de guerra dentro del castillo.

Quien dice Vila Fresca de Azeitão, dice Quinta das Torres y Quinta da Bacalhoa. También dirá Palacio dos Duques de Aveiro, pero ahí no fue el viajero. Es la Quinta das Torres un lugar de bonanza, con hermosos árboles que se reflejan en el amplio

lago. En medio de éste hay un templete en el estilo italiano del renacimiento, ociosa pero romántica construcción que no tiene más fin que halagar los ojos. En galería que ofrece una admirable perspectiva, hay dos soberbios paisajes de mayólica, quinientistas, que representan *El incendio de Troya* y *La muerte de Dido*, casos de la *Eneida*, como es sabido. La Quinta das Torres conserva una atmósfera acompasada, de corte bucólica, tan al revés de los tiempos de hoy, que el viajero cree haber hecho un viaje por el tiempo y estar aquí vestido a la moda del XVII.

La Quinta da Bacalhoa, aunque es más antigua, no da igual impresión, tal vez por ser gravemente visibles en ella los estragos que causa el tiempo, aunque no siempre vaya acompañado de la incuria y de la destrucción intencionada, como es el caso aquí. Lo que queda, es muy hermoso, de una intensa serenidad. Las llamadas «casas de placer», abiertas hasta el lago y cubiertas de bellos azulejos, en su mayor parte deteriorados, guardan un ambiente secreto. En su desnudez son de los más habitados espacios en que haya estado el viajero. Y pocas cosas serán tan misteriosas como la alineación de las puertas, por donde constantemente se espera ver asomar a alguien. Vistas por este lado de la carretera, las «casas de placer» son el primero y arriesgado lance de un laberinto: es el efecto de los vanos siempre abiertos, que también parecen esperar que alguien entre para cerrarse inmediatamente. En un panel de azulejos, se repite la historia de Susana y los Viejos. Susana va a bañarse, los viejos no quieren resignarse a serlo. Es una fiel imagen de la vida: puertas que se abren, puertas que se cierran.

Pero no todo es tan complicado. Este hombre que acompaña al viajero está entre los sesenta y los setenta años. Trabaja aquí desde muchacho, y el plátano que ahora está dando sombra a ambos lo plantó él. «¿Cuántos años hace?», pregunta el viajero. «Cuarenta». Mañana morirá el hombre. El plátano está joven aún: si no lo agarra la peste, o le cae un rayo, tiene para cien años. Caramba, qué resistente es la vida. «Cuando yo muera, aquí queda éste», dice el hombre. El plátano lo oye, pero se hace el distraído. Ante extraños, no habla, es un principio que todos los árboles siguen; pero cuando se aleje el viajero, seguro que dice: «No quiero que mueras, padre». Y si le preguntan al viajero cómo lo sabe, responderá que es un especialista en charlas con los árboles.

Desde aquí al cabo Espichel abundan los viñedos y no faltan los naranjales. El viajero recuerda el tiempo en que decir «naranja de Setúbal» resumía la quintaesencia de la naranja. Probablemente son engaños de la memoria, pero la designación quedó para siempre asociada a sensaciones gustativas inolvidables. Por miedo a una decepción, no comerá naranjas. Además, tampoco es tiempo de ellas.

Confiesa el viajero que el santuario de Nossa Senhora do Cabo dice mucho a su corazón. Los dos largos cuerpos de las hospederías, las arcadas simples, toda esta simplicidad rústica, rural, lo conmueven más profundamente que las grandes máquinas de peregrinación que en el país existen. Hoy viene poca gente aquí. O la Señora del Cabo dejó de ser milagrosa, o las preferencias de los peregrinos fueron

desviadas hacia parajes más rentables. Así pasan las glorias del mundo, o para usar el latín, que siempre da otro peso al discurso, *sic transit gloria mundi*: venía un mar de peregrinos aquí en el siglo XVIII, y hoy es lo que se ve, la gran explanada desierta, nadie a la sombra de estos arcos. Y, sin embargo, vale la pena venir en romería sólo por la belleza de esto. Pero no faltan en la iglesia otros motivos de interés: mármoles de la Arrábida, pinturas, esculturas, y buena talla.

El valle que desde Santana desciende hacia Sesimbra va mostrando el mar. Se abre en ancha boca hacia el verde marino y hacia el cielo azul, pero esconde la villa vieja en el resguardo que forma el monte del castillo. El viajero dobla la última curva y aparece dentro de Sesimbra. Por muchas veces que allá vuelva, siempre tendrá la misma impresión de descubrimiento, de encuentro nuevo.

Caldeiradas se comen por toda esta costa, de norte a sur. Pero en Sesimbra, quién sabrá decir por qué, el gusto de ellas es diferente, tal vez porque la está comiendo el viajero al sol, y el vino blanco de Palmela llegó frío, en aquel exacto grado que aún conserva todos los valores de sabor y perfume que tiene el vino a la temperatura ambiente, al tiempo que pone de acuerdo y prolonga aquellos que sólo el frío desentraña de dentro de la botella. Probablemente por haber almorzado tan bien, el viajero no vio, como era su obligación, la iglesia parroquial, y, como castigo, halló cerrada la de la Misericordia, donde está la tabla pintada por Gregorio Lopes, representando a la patrona. Queda para otra vez. Es una deuda abierta.

Después de no haber intentado siquiera describir la sierra de Sintra, el viajero no va a caer ahora en la tentación de describir la Arrábida. Dirá sólo que esta sierra es masculina, mientras que la de Sintra es femenina. Si Sintra es el paraíso antes del pecado original, la Arrábida lo es más dramáticamente. Aquí ya Adán se juntó a Eva, y el momento en que esta sierra se muestra es el que antecede al gran rayo divino y a la fulminación del ángel. El animal tentador, que en el paraíso bíblico fue la serpiente y en Sintra sería el andarríos, en la Arrábida tomaría la figura del lobo.

Claro está que el viajero va intentando, por metáforas, decir lo que siente. Pero cuando desde lo alto de la carretera se ve el inmenso mar y al fondo de los cantiles la franja blanca que bate inaudible, cuando a pesar de la distancia la transparencia de las aguas deja ver las arenas y las piedras limosas, el viajero piensa que sólo la gran música podrá expresar lo que los ojos se limitan a ver. O ni siquiera la música. Probablemente el silencio, ningún sonido, ninguna palabra, y ninguna pintura; sólo, al fin, la alabanza de la mirada: a vosotros, ojos, alabo y agradezco. Así deben de haber pensado los frailes que construyeron el convento en esta media ladera, abrigado del viento norte: todas las mañanas podían ofrecerse a la luz del mar, a la vegetación de la ladera, y así, en adoración, quedarse todo el día. Está convencido el viajero de que estos arrábidos fueron grandes y purísimos paganos.

El Portinho es como una uña de arena, un arco de luna caído en tiempos de más próxima vecindad. El viajero, a quien el tiempo no sobra, sería loco si se resistiera. Entra en el agua, reposa de espaldas en el sutil vaivén, y dialoga con los altísimos

escarpes que, vistos así, parecen inclinarse hacia el agua y caer en ella. Cuando, después, visita el Convento Novo, tiene gran pena de Santa Maria Madalena, que allí está metida tras las rejas. No fue ya pequeño sacrificio haber renunciado al mundo, también tuvo que renunciar a la Arrábida.

Para el viajero, Setúbal es una Babilonia, probablemente la mayor ciudad del mundo. Y ahora que le han puesto autopistas a la puerta y barrios nuevos alrededor, no sabe el viajero cuál es la mano derecha y la mano izquierda, y si, caminando en línea recta, cree llegar al río, tarde descubre que está más lejos de él que antes. Es un caso de simpatía difícil.

Aquí nació Bocage, el de la corta vida. Está en lo alto de aquella columna, vuelto hacia la iglesia de São Julião, y se estará preguntando a sí mismo por qué lo han puesto allí, tan solo, él que fue hombre de bohemia, de versos improvisados en tabernas, de tumultuosos amores en camas de alquiler, de mucha pendencia y vino. Este caso no es como el del plátano: quien aquí quedó, abusó de quien murió. Manuel Maria merecía una arrebatada furia, no esta romanización de museo, esta imitación de senador que va a predicar en el fórum sonetos de salutación. Al viajero le gustaría enterarse, cualquier día de éstos, que Setúbal decidió colocar en esta plaza otra estatua menos de piedra, ya que de carne y hueso no puede ser.

La iglesia de Jesús, con su monasterio al lado, es considerado el más bello monumento de la ciudad. Tal vez prometa por fuera lo que no ofrece por dentro: la fachada, simple y armoniosa, no deja prever las artificiosas columnas torsas que sustentan las bóvedas artesonadas. No es la primera vez que el viajero encuentra este tipo de columnas, y siempre las ha apreciado pacíficamente, llegando incluso a aplaudirlas. Aquí debe de haberle sorprendido lo inesperado del efecto. Hasta el punto de que, habiendo salido de la iglesia, a ella volvió para ver si la impresión se repetía. Se repitió. El viajero encuentra que en la relación de la altura y de la sección, y también en la implantación, hay algo que no fue resuelto. Dejadlo quedar con su duda.

Excelentes azulejos levantinos y mudéjares revisten el altar mayor y la cripta, construida para el hijo de la fundadora Justa Rodrigues, ama de don Manuel I. En las paredes de la iglesia, un muro de dieciocho paneles de azulejos narra la vida de la Virgen, de nuevo contada en paneles que se encuentran en el museo de Setúbal, que se suponen obra de Jorge Afonso, y en la que habrán participado Cristóvão de Figueiredo y Gregorio Lopes.

Pero, probablemente, lo que de más precioso se guarda en él es la serie franciscana del mismo maestro, en particular la *Aparición de un ángel a Santa Clara*, *Santa Inés* y *Santa Coleta*. Por otra parte, todos estos paneles, incluyendo los de la *Pasión de Cristo*, constituyen un conjunto de excepcional importancia para el entendimiento de la pintura portuguesa del quinientos.

El viajero no es aficionado a la orfebrería. Mira para estos objetos distraídamente, y cuando algunos le llaman la atención podría apostar que son los más sencillos. Esta

cruz del siglo xv, de cristal de roca y plata dorada, con un Cristo magníficamente modelado, hace que el viajero se detenga y le da la razón: la labor en superficie, la escultura, supera casi siempre en mérito artístico, en este tipo de objetos, a los conjuntos pesebristas de figuritas, frontones y otros chirimbolos. Quiere el viajero acentuar que este lenguaje carece en absoluto de rigor. Con todo, espera haberse hecho entender.

Le gustaría seguir las márgenes del Sado. Pero el río abre un ancho e irregular estuario, las aguas entran profundamente tierra adentro, forman islas. Con un poco más de audacia, el Sado sería otro Vouga. Hay pues que dar una amplia vuelta hasta Águas de Moura, antes de doblar su curso francamente hacia el sur. Ya es Alentejo. Pero el viajero decide que Alcácer do Sal será el punto extremo de este caminar que lo ha traído desde el Mondego. Todo viajero tiene derecho a inventar sus propias geografías. Si no lo hiciera, considérese mero aprendiz de viajero, muy sujeto aún a la letra de la lección y al puntero del maestro.

Alcácer do Sal está implantado donde el río empieza a ganar fuerzas para abrir los anchos brazos con los que irá a ceñir las tierras de aluvión al sur de la línea férrea de Praias do Sado, Mourisca, Algeruz y Águas de Moura. Es aún un río de provincia, pero proclama ya su ambición atlántica. Visto aquí, no se le adivinará el ímpetu de tres leguas más allá. Es como el Tajo a la salida de Alhandra. Los ríos, como los hombres, sólo cerca del fin acaban sabiendo para qué nacieron.

La grande y ardiente tierra de Alentejo

Donde se posan las águilas

El viajero va camino de Montemor-o-Novo. Vio en Alcácer do Sal la iglesia del Senhor dos Mártires, construida por la Orden de Santiago en el siglo XIII, y la de Santa María, dentro del castillo. Es la de los Mártires poderosa en sus contrafuertes, obra general de arquitectura con mucho que decir de ella. Entre lo que más destaca, se cuenta la capilla octogonal de San Bartolomé, y otra, gótica, donde está el sarcófago de un comendador de la Orden. La iglesia de Santa María está guardada por una vieja muy vieja, menos sorda de lo que aparenta como si fuera un lujo, y con unos ojillos irónicos, súbitamente duros cuando de soslayo inspecciona la propina que con mano rápida se embolsa en el delantal. Pero las quejas son sinceras: que la iglesia está en un triste abandono, se le llevan las imágenes, los manteles del altar se fueron y no volverán, cree que el cura, tal vez por no cansarse subiendo hasta allí, prefiere otro templo más de llanura y hacia allí encamina los bienes de éste. Afortunadamente, no pueden ser ensacados ni llevados a cuestras los pórticos de la primitiva construcción, ni los hermosos capiteles románicos, y, en todo caso, duda el viajero de que cosas tan antiguas interesen al gusto eclesiástico moderno.

Más arriba están las ruinas de un convento. Abre la cancela una joven muy joven, de palabra pronta y gesto desinhibido, que explica lo que sabe, pidiendo disculpas por saber tan poco. No descansa hasta llevar al viajero a lo más alto de los muros, sólo para mostrarle el paisaje, la ancha curva del Sado entre arrozales verdísimos. Y tiene también su queja personal: se han llevado de la iglesia parroquial los azulejos que la cubrían de arriba abajo. «¿Y dónde están ahora?», pregunta el viajero. La mujer dice que alguien le dijo que los paneles se encuentran en la iglesia parroquial de Batalha, lo que allá cabía, y que el resto estará guardado en cajones en cualquier parte. El viajero rebusca en su memoria, pero la memoria nada le dice. Tendrá que volver a Batalha para poner el caso en limpio. Entretanto, hace justicia a este Castelo de Alcacer: en tiempos de su mocedad debía de ser de buena envergadura, fierabrás, y que sólo en el reinado de Afonso II aceptó sin más reservas la presencia de las gentes de Portugal.

Da una larga vuelta el viajero, entre frescos campos que el calor no parece tocar, pasó el río de Sítimos (son nombres enigmáticos que poco a poco vamos desaprendiendo), y quien lo viera diría que sigue derecho hacia el sur, abandonando las tierras del Alto Alentejo. Pero es sólo un desvío. En Torrão, después de haber entrado en la iglesia parroquial para ver los muros de azulejos, y de agradecer a quien, para abrirle la puerta, interrumpió el almuerzo, volvió camino al norte, en dirección a Alcáçovas, tierra que aquí quedará señalada por haber descubierto el secreto de la defensa de las obras de arte, al menos las que la iglesia conserva, y no es poco ya, si no puede ser todo. Bien visto, es el huevo de Colón: poner la iglesia al lado del cuartel de la guardia republicana (o al contrario), entregar la llave a la

custodia del cabo de servicio, y quien quiera visitar los tesoros litúrgicos de Alcáçovas que deje el carné de identidad, y vaya luego, con un número de escolta, a la ceremonia de apertura de los cerrojos. Seguro que a quien lleve malas intenciones no le aguantan los nervios estas liturgias.

El viajero había estimado ya, y mucho, la escenográfica fachada barroca. Dentro, es una espaciosa, desahogada iglesia-salón, de altas columnas dóricas, con amplia bóveda de cajetones decorados con pinturas emblemáticas. A mano derecha de quien entra, una capilla enteramente revestida de azulejos que muestran una Virgen hierática que conmovió al viajero mientras no le entraron sospechas de ser una obra moderna imitada: incluso así, el efecto es magnífico. De otro tipo, y sin mancha, es la capilla sepulcral cuatrocentista de los Enriques de Trastámara. El viajero permaneció aquí más de lo que exigía la belleza del relleno, porque no quería ofender los bríos de la corporación portera. Fue al fin a recuperar su carné de identidad y siguió hacia Santiago do Escoural, donde tiene interés en ver las grutas. Pasa la carretera justo al lado, pero ni eso le quita rudeza al lugar, como tampoco los campos cultivados de alrededor. Las galerías que se pueden visitar son bajas, de avance difícil. El guarda va apuntando vestigios de pinturas, fragmentos de osamentas que afloran, y se nota que le gusta su trabajo. Tiene que repetir las mismas palabras, pero, siendo los visitantes diferentes, las dice con un aire de lozana novedad, como si, en este caso, él y el viajero de hoy acabaran de descubrir las grutas. Se dice que hace diecisiete mil años vivieron aquí hombres y mujeres; luego, sucesivamente, el lugar fue santuario y cementerio. El orden es impecablemente lógico.

En Montemor-o-Novo, el viajero empieza visitando el castillo, que de lejos, visto del este, parece una sólida e intacta construcción, pero, por detrás de las murallas y de las torres de este lado, no hay más que ruinas. Y, para llegar a lo que queda, el acceso no es fácil. El viajero tuvo que pensar para ver de cerca el matadero morisco, con su elegante cúpula. Todo esto se encuentra degradado, el tiempo ha hecho caer las piedras, y no ha faltado quien, para obras propias, las sacara de allí y se las llevara. De la antigua iglesia de Santa Maria do Bispo queda el portal manuelino con una cancela de alambre de conejera. Del palacio de los Alcaldes, quedan, carcomidas, las torres y el entablamiento; la iglesia de San Juan es un cuchitril. En este viaje no han faltado espectáculos desoladores, pero éste lo supera todo. Quiso encontrar su premio el viajero visitando la iglesia del convento da Saudação, pero no le permitieron la entrada. Paciencia. Fue a consolarse al convento de San Antonio, viendo los magníficos azulejos polícromos que revisten la iglesia de arriba abajo. El aprovechamiento de las antiguas celdas acabó en un museo tauromáquico. A cada cual su gusto. Donde el viajero encontró el suyo fue en el Santuario de Nossa Senhora da Visitação, construido como una interpretación rural del estilo manuelino-mudéjar, que se resuelve en pequeñas torres cilíndricas y en grandes superficies encaladas. La fachada es setecentista, pero no consigue esconder el trazo original. Allá dentro, alegran la vista los azulejos historiados y las nervaduras de la bóveda. A

la entrada, una gran arca de madera recoge el trigo ofrecido para las necesidades del culto. El viajero miró: unos escasos puñados de cereal, en el fondo, servían de reclamo o eran las sobras de la colecta.

Directo hasta Arraiolos, tierra de artesanos que fabrican alfombras y de la Sempre Noiva. Estuvo el viajero si hace un desvío o no hasta Gafanhoeira. Vive aquí un decididor de décimas de musa grotesca y sarcástica que fue peón caminero y responde al maravilloso nombre de Bernardino Barco Recharto. El viajero no irá, no tiene tiempo, pero adivina que va a arrepentirse antes de una hora. Y entonces será tarde. Se promete a sí mismo obedecer más a los impulsos, si la razón, benevolente, no los contraría con razones irrefutables.

En Arraiolos, el viajero queda sorprendido. Bien sabe que el alentejano no es hombre de risa fácil, pero entre una gravedad aprendida como primer paso fuera de la cuna y esos rostros cerrados, la distancia es mucha, y no se recorre todos los días. Grandes tienen que ser los males. El viajero se detiene en una plazuela, quiere orientarse, pregunta dónde está la Sempre Noiva y el convento dos Lóios. Un viejo sequísimo y arrugado, cuyos párpados, blandos, muestran el interior rosado de la mucosa, da las explicaciones. Y están los dos en esto, el viejo hablando, el viajero oyendo, cuando pasan tres hombres uniformados y armados. El viejo se calló de repente; no se oían en la plaza más que los pasos de los guardias, y sólo cuando éstos desaparecieron en una esquina continuó el viejo. Pero ahora tenía la voz trémula y un poco ronca. El viajero se siente incómodo por andar en busca de un convento de frailes y de una casa, pide casi disculpas, pero es el viejo quien, sonriendo al fin, le dice: «Vienen muchos por aquí buscando la Sempre Noiva. ¿Es usted de Lisboa?». El viajero, a veces, no sabe muy bien de qué tierra es, y por eso responde: «Anduve por allá». Y dice el viejo: «Es lo que nos pasa a todos». Y se recogió a la sombra de su casa.

La casona de la Sempre Noiva, en el camino de Évora, es un lindo nombre. Sería una bellísima arquitectura si no estuviera tan cargada de postizos y añadidos. Incluso así, el edificio, construido hacia el año 1500, mantiene, en el cuerpo principal, la proporción que es hija de la aplicación de números de oro, que ése es el nombre que merecen aquellos que así se materializan. Otra vez lamenta el viajero que no avanzaran más en su encuentro los frutos del espíritu cristiano y los del espíritu morisco. Habría sido un acto de inteligencia y sensibilidad unir y hacer vivir la fuerza y la gracia, pero fue más fácil cortar cabezas, gritar unos: «¡Santiago y a los moros!», y clamar los otros: «¡En nombre de Alá!». ¿Qué charlas tendrán en el cielo Alá y Jehová? Eso es lo que no sabemos. Para llegar al convento dos Lóios se baja a Vale de Flores. Es un caserón inmenso, con un gigantesco campanario. La iglesia, a la que antecede un pórtico, está reforzada, tanto en la fachada como en el muro lateral que se ve, por altísimos botareles, ligeramente más bajos los del frontis. El efecto resulta de un movimiento plástico que va modificando los ángulos de visión y, en consecuencia, la lectura. El estilo general es el manuelino-mudéjar, pero los azulejos

que revestían el interior de la nave, desaparecidos ya, fueron pintados en 1700 por un español, Gabriel del Barco. El viajero es, ya se ha visto, dado a imaginaciones. Sabiendo, por decirlo las autoridades, que Arraiolos fue fundada por galo-celtas, trescientos años antes de Cristo, o, poco más tarde, por sabinos, tusculanos y albanos, queda a su vez autorizado a suponer que el decidor de décimas de Gafanhoeira es descendiente de este pintor de azulejos, ambos artistas, ambos Barco de apellido. Con mucho menos que esto se han fabricado árboles genealógicos. Donde el viajero encontraría, no un árbol de éstos, sino un bosque, sería en Pavía, población que queda en la carretera de Avís, un poco más abajo del Tera. Aquí vivió una colonia de italianos, de los que fue el jefe un tal Roberto de Pavía, que dejó en herencia un nombre, tomado a su vez de la tierra de donde había venido. Es así como se hace el mundo. El viajero ha aprendido mucho en este viaje. Una cosa tan sencilla, que haya venido hasta aquí un hombre, hace setecientos años, desde una ciudad italiana, y que llegue y diga: «Me llamo Roberto, de Pavía», y no se sabe por qué, tal vez por haberles gustado la palabra, Pavía pasó a llamarse el pueblo hasta hoy. Con este ejemplo se entiende de inmediato por qué Manuel Ribeiro, dibujante, llegado de Lisboa para dibujar y pasar hambre, dijo: «Me llamo Manuel Ribeiro de Pavía», y así quedó, dejando la coma para debate de maniáticos de la prosodia.

A veces buscan los viajeros, en yermos y serranías, esas evocadoras construcciones que son los dólmenes o arcas. Éste, allá en el norte, como en su momento relató, pasó sus fatigas para encontrar uno, y aquí, en Pavía, en el interior de la villa, hay un dolmen altísimo que la población, desde hace siglos, transformó en ermita. Está dedicada a San Dinis, que no es santo de muy difundida devoción, lo que lleva al viajero a pensar que le dedicaron esta pagana construcción por no saber en qué altar tenían que ponerlo. La puerta de la ermita está cerrada. No se ve nada dentro. Encerrado entre las grandes losas verticales, San Dionisio se preguntará a sí mismo qué mal habrá hecho para vivir en tan grande oscuridad, él, a quien los romanos cortaron la cabeza y por eso debía de tener, al menos en efigie, la luz del sol constantemente ante los ojos. En la plaza, donde da la sombra, unos viejos miran al viajero: debe de costarles trabajo entender tanto interés por siete losas cenicientas que ya estaban allí cuando ellos nacieron. Si el viajero tuviera tiempo, se lo explicaría, y, a cambio, oiría otros casos en los que, si no hubo cabezas cortadas, no faltaron manos esposadas.

Desde allí fue a comprobar si es tan singular la iglesia parroquial de Pavía como le habían dicho. Singular, sin duda, y, al parecer, impenetrable. Construida en el punto más alto de la población, parece, sobre todo en su flanco sur, mucho más un castillo que un templo. No son raras estas características, lo raro es que hayan sido llevadas hasta el extremo de que no haya ni un solo elemento estructural que recuerde que aquello es una casa de oración. La pared está coronada por almenas de tipo musulmán, a dos aguas, y, a espacios regulares, cinco torres en tronco de cono, rematadas por conos perfectos, refuerzan, de manera maciza, la obra de albañilería.

En el frontis sí se nota que es iglesia, excepto en la puerta, que no se abre. Está en esto el viajero, pensando si ha de ir en busca de la llave (no se siente hoy con ánimos para esta no siempre fácil demanda), cuando, de repente, la campana de la iglesia suena de manera que, por lo especial de la cadencia, algo quiere decir. Luego, se oye un pesado rechinar de cerrojos y llaves, y la puerta se abre, lentamente. Nunca tal cosa le ha ocurrido al viajero, y ni fue necesario decir: «Ábrete, sésamo».

Tiene el caso elemental explicación: eran las cinco y media de la tarde, hora tal vez de misa, y si el viajero usa el adverbio dubitativo es porque, durante todo el tiempo que allá dentro estuvo, nadie más entró ni hasta allí se aproximó. Sentado en un banco, meditaba u oraba el cura que había tocado la campana y abierto la puerta. El viajero murmuró un buenas tardes en tono de quien se disculpa y muestra cierta atención. Es muy hermosa la iglesia de Pavía, con pilares de granito, octogonales, de capiteles con figuraciones humanas y follajes. En la capilla mayor hay un retablo que representa la conversión de San Pablo en el camino de Damasco: mirando por la puerta abierta, el viajero no ve que otros Pablos vayan llegando. La calle de enfrente, de guijarros, está desierta. El sol cálido cubre Pavía. Vuelve el viajero a contemplar el retablo y nota que en la banqueta, aparte de un obispo y de San Antonio, está Santiago majando moros como centeno verde. Véase cómo son las cosas: mora es la arquitectura de esta iglesia, y a los moros les dan por pago que los apalee Santiago. En lucha desleal, porque el santo gana siempre. El viajero dio otra vez las buenas tardes. El cura ni le oyó. Al pasar de nuevo por la plaza donde está la ermita de San Dinis, el viajero se cruzó con otros dos guardias armados.

Este camino lleva a Mora, donde no tardará en entrar. Va cayendo la tarde, y, aunque los días son largos, quiere el viajero ver con calma la Torre das Águias, cerca de la aldea de Brotas. El camino, por esta parte, avanza entre colinas en vasta ondulación, que no hacen olvidar, pese a todo, que la región es baja, alrededor de los cien metros. Son mínimos y raros los lugares habitados.

Brotas aparece en una ladera, ascendiendo en estrechas calles de casas blancas. La carretera se ve obligada a comprimirse entre las esquinas irregulares y las fachadas dispuestas en línea quebrada. Hay aquí un santuario construido en estilo que tanto conserva del gótico como aprovecha del barroco, lección popular aprendida por un maestro de obras que no se preocupaba mucho del rigor.

Si creemos las informaciones, es fácil llegar a la Torre das Águias. El viajero ha pasado por cosas peores, pero este camino que sube y baja, que corta vallas o por ellas es cortado, es más para tractores que para vehículos urbanos. En fin, resueltas tres bifurcaciones, cruzados tres arroyos y saltando pedruscos, se abren los árboles, cae la falda de la última colina, y, como una aparición de otro tiempo, surge la Torre das Águias. Otras veces se vio sorprendido el viajero por estas arquitecturas civiles quinientistas, pero nunca como en este lugar. Giela se ve desde la carretera principal; Lama poco menos, y Carvalhal surge entera al doblar una curva. No es éste el caso de la Torre das Águias. Aquí escondida, tiene aún, aparte de lo que tienen las otras, su

poderosa masa de piedra coronada de torres cónicas. Las aberturas (tronerías y ventanas) son escasas. En uno de los muros se desarrollan estas aberturas en una sola línea vertical, dejando a los lados grandes lienzos ciegos de albañilería. Pero tal vez el impresionante efecto que esta torre causa, venga de su planta en forma de tronco de pirámide, poco habitual en estas construcciones. Perteneció al palacio de los condes de Atalaia. No se sabe quién fue el arquitecto, qué golpe de genio dispuso sobre el cimacio las torres cónicas que no tienen ninguna utilidad práctica, puesto que son macizas. Tampoco se sabe si el topónimo tiene justificación en una antigua frecuentación de este sitio por las águilas. Se sabe, sí, porque está a la vista, que la torre no podría tener otro nombre. Esta maravillosa arquitectura, tan sencilla, no precisa estar en un altísimo roquedal, se ahorra el roce de las nubes, cualquier avecilla le llega a lo alto con un solo aleteo, y es, así, más baja que la colina próxima, un nido de águilas. El viajero estuvo aún hace pocos días en la sierra de Sintra: pobre, insignificante Palacio da Pena, él, tan alto, junto a estas toscas y desmanteladas piedras. El viajero inscribe en su corazón este nuevo amor. Y, cuando al fin se retira, lleva consigo una inquietud: habrá perdido algo importante en la vida si aquí no vuelve.

Va a ponerse el sol. Y el viajero sigue en dirección a él. Atraviesa Ciborro. A su derecha, alzándose sobre la llanura, está Guarita de Godeal. El viajero entra en la aldea de Lavre, va a llamar a una puerta. Es casa de amigos. Allí dormirá.

Una flor de la rosa

Por Mora otra vez, Montargil, a lo largo del embalse al que da nombre, y menos mal, porque no hay peor destino para un embalse que llamarse Fulano de Tal, el viajero llega a Ponte de Sor. Es éste un nombre modesto: habiendo un río Sor (y Sor, ¿qué será?), era preciso un puente, y se hizo. Después nació la población, ¿y qué nombre iba a tener? Probablemente no fue preciso ni discutir, estaba allí el puente, estaba allí el río con su nombre de una sola sílaba, es Ponte de Sor y no se hable más. No salió mal, pero el viajero, viendo que va a desaguar al río de Longomel, piensa qué dulce nombre tendría Ponte de Sor si se llamara Longomel^[19]. Si hay Longos Vales, justo sería que una tierra tan larga como ésta de Alentejo tuviera una palabra que la dijera para bien, ya que no falta otra que la dice para mal: latifundio. Es decir, Longador^[20].

El viajero, no teniendo mucho que mirar para decir, o no pudiendo decir cuanto va viendo, pone palabras ante las palabras, con aire de poco caso o simple juego, con la esperanza de que, ordenándolas así y no de otra manera, una verdad se ilumine, una mentira se desarme. Por otra parte, no fue tiempo lo que le faltó entre Ponte de Sor y Alter do Chão, por estas grandes soledades de alcornoques y rastrojos, bajo un sol franco, pero tibio aún.

En Alter do Chão, el castillo está en el pueblo como si estuviera en una bandeja. En general, los ponen en unos altos inaccesibles, que el viajero encuentra que ni interés habría en conquistarlos, cuando es en los valles donde las riquezas agrícolas y pecuarias se crían, y los buenos placeres se disfrutan, a la orilla del río, en la huerta y en el vergel, o bien oliendo las rosas del jardín. Aquí es la villa la que rodea al castillo, no el castillo el que, con sus murallas, cerca y protege a la villa. Recuerda otro que el viajero vio en Bélgica, en Gante, también con puerta hacia la calle, como éste, y poco faltó para que hasta le pusieran un número. Pero es airoso el castillo de Alter do Chão, con sus cubiletes y sus chapiteles cónicos. Lo mandó construir don Pedro I en 1359. Si sólo ordenó que se hiciera, y no lo vio, hizo mal: la fortificación merecía la real visita. No debe sin embargo el viajero tirar piedras a tejados ajenos, porque aún hace poco que pasó el puente romano del Seda, y de él no habló. Diga ahora, pues, que es majestuosa obra, con sus seis arcos, y si alguna ayuda de mantenimiento ha recibido a lo largo del tiempo, hay que decir que la robustez de los sillares parecía capaz de dispensarla. Alter do Chão se llamó, en otras épocas, y en latino lenguaje, Abelterium. Cómo cambian los tiempos.

Pero hay en Alter otra belleza, aparte de los caballos, que el viajero no fue a ver. Esta belleza es la fuente. Airosa construcción que mandó hacer Teodosio II, quinto duque de Braganza, en 1556, y que recordará con añoranza los tiempos en que se ofrecía en medio de la plaza a la sed de todos. Hoy tiene a mano izquierda un banco y a mano derecha un *snack-bar*, pero generosa continúa siendo, como se ve por la abuela de todos nosotros que allí fue a recoger en el cántaro el agua fresca. Es

renacentista, la fuente, y va ya muy castigada por el tiempo, corroídos los medallones y las volutas, quebrados los capiteles corintios. El viajero no puede conformarse con la muerte de las cosas bellas. Es una disimulada manera de no conformarse con la muerte de todas las cosas.

Yendo derecho hacia el norte, encuentra de nuevo el Seda, esta vez servido por más modesto puente. Adelante, está Crato, alta villa desde la que se contempla un paisaje ondulado y grave. Tal vez la impresión de severidad resulte sólo de la sequedad de las rastrojeras. Es muy posible que, en primavera, el verde mar de los sembrados haga cantar el corazón. Ahora, este campo es dramático. Salvo si el viajero cede una vez más a su inclinación a transferir sus propios estados de espíritu a lo que ve: esta solemnidad campestre viene a ser sólo el descanso de la tierra.

El viajero, si pudiera, haría lo mismo. Hace un calor de muerte, las cigarras han caído todas en un éxtasis colectivo, sólo los locos andan a estas horas por las carreteras. E incluso en las villas, Crato es ejemplo, pocas son las personas que se atreven a asomar las narices fuera: las puertas y las ventanas cerradas son la única barrera que se opone a la vaharada de horno que corre por las calles. A un muchachito heroico que no tiene miedo a este sol de plomo, le pregunta el viajero dónde está esto y aquello. La iglesia parroquial, por milagro, está abierta. Aparte de las imágenes cuatrocentistas y quinientistas de buena estampa, y de la *Pietà* que vino de Rodas, ofrecida por el gran maestre de la Orden de San Juan de Jerusalén, tiene buenos azulejos con los acostumbrados motivos religiosos, pero, inesperadamente, propone también a la atención de los fieles escenas profanas de caza y pesca. Es ésta una buena moral: récese para salvar el alma, pero no se olvide que es preciso distraer y alimentar al cuerpo. Va el viajero viendo lo que visto ya está, lo que él quiere es aprovechar el frescor de este interior, pero, en fin, la necesidad puede mucho, castigado sea quien lo niegue.

Tiene la iglesia de Crato, sobre la cornisa, un conjunto fascinante de figuras humanas y fantásticas nada comunes en nuestras tierras: urnas, nichos y gárgolas son aprovechados como soporte y justificación de la representación de santos, ángeles y extraños seres de la imaginería medieval. La piedra es un granito oscurísimo que a esta hora se recorta en negro contra el fondo azul del cielo. El viajero, que algunas veces se ha lamentado de las fragilidades de la piedra, puede ahora asombrarse ante la resistencia de ésta: quinientos veranos de calor así, y hasta un santo de granito tendría derecho a decir basta y convertirse en polvo.

Flor da Rosa queda a dos kilómetros de Crato. Se va a Flor da Rosa para ver el castillo (castillo, convento y palacio) que Álvaro Gonçalves Pereira, prior del Hospital, padre de Nuno Álvares Pereira, mandó construir aquí en 1356. Allá irá el viajero, pero antes hay que fijarse en la singular disposición de esta aldea que deja grandes espacios entre las casas, espacios que tanto pueden servir para las ferias de hoy como servirían para las justas y cabalgadas de aquellos tiempos. La impresión que se recibe es la de que habría sido impuesto alrededor de la maciza construcción

un espacio desahogado, arreglándose el buen pueblo muy lejos de los señores, y que esa presumible determinación se habría enraizado de tal manera en el comportamiento social que en seis siglos prácticamente no se quebrantaron las prohibiciones. El viajero iba a decir los tabúes. El convento de Flor da Rosa, hoy medio arruinado, sigue rigiendo y gobernando el espacio que lo rodea.

Por fuera, ya se ha dicho, el conjunto de las edificaciones tiene un aspecto macizo, de fortaleza. Pero la iglesia, que es, en rigor, todo lo que queda, desconcierta por las proporciones inusualmente esbeltas. En vez de la masa achaparrada que el exterior sugiere, la iglesia-fortaleza es, como alguien ha escrito ya, «pese a la pequeñez de las aberturas y a la robustez de los arcos y las nervaduras que caen abruptas en las grandes paredes de granito, la más vertical de todas las iglesias portuguesas construidas en la Edad Media». El viajero, que en su memoria tiene fresco el recuerdo de Alcobaça, se sorprende ante este arrebató arquitectónico: la relación entre la altura y la anchura de la nave es, realmente, inesperada, si se tiene en cuenta lo que la impresión exterior hacía prever. Flor da Rosa, por esto y por su peculiar entorno urbano, por cierta atmósfera quieta y ausente, parece ofrecida en la punta de unos frágiles dedos: rosa brava, flor que a pesar del tiempo no se marchita: quien la vio, no la olvidará. Es como una silueta que pasa, alguien a quien hicimos un gesto o a quien murmuramos una palabra, que no nos vio ni nos oyó, y por eso mismo queda en el recuerdo como un sueño.

Una larguísima recta, sólo quebrada, forzosamente, por el curso del Várzea, une Flor da Rosa a Alpalhão. Poco a poco, las tierras van descendiendo, y más aún en las proximidades de Castelo de Vide, en el extremo contrafuerte noroeste de la sierra de São Mamede. El viajero aún ayer se acordó de Sintra a causa de Torre das Águias. Ahora deberá acordarse otra vez para asegurarse de la exactitud de la frase que dice que Castelo de Vide es «la Sintra del Alentejo». Siempre es señal de inferioridad, que al disfrazarse se reconoce, el pegar estos dísticos en quien por méritos propios, pequeños o grandes, no los necesitaría. Se dice que Aveiro es la Venecia portuguesa, pero nadie dirá que Venecia es el Aveiro italiano; se dice que Braga es nuestra Roma, pero sólo en broma se diría que Roma es la Braga italiana; se dice, en fin, que Castelo de Vide es la Sintra del Alentejo, cuando a nadie se le ocurriría afirmar que Sintra es el Castelo de Vide de Extremadura. Los árboles que rodean Castelo de Vide no son los de Sintra, afortunadamente. Porque en vez de tener aquí un paisaje de imitación, tenemos uno de verdad, bajo otro cielo, envolviendo otra realidad urbana, otro modo de vivir. Si Castelo de Vide fuese otra Sintra, no valdría la pena venir de tan lejos hasta aquí.

De las iglesias que hay en el pueblo, el viajero sólo visitó la de Santo Iago y la capilla do Salvador do Mundo. En ambas valoró el revestimiento de azulejos, que en la primera cubre todo el interior, tanto la bóveda como las paredes laterales. Salvador do Mundo, cuya primera edificación es del siglo XIII, está también enteramente revestida de azulejos, con paneles setecentistas que representan *La huida a Egipto* y

Dos ángeles en adoración a la Virgen con el Niño. La puerta sur de esta capilla es la de la primitiva construcción. En lo alto del arco quebrado de la puerta, un rostro humano, esculpido toscamente en granito, nos calla quién es y qué hace allí. Son éstas las carencias que lamenta el viajero: hay una razón para que hayan puesto aquel rostro en el remate del arco, y no saberla nos impide conocer al escultor y quien la obra vio. Esta puerta (y tantas otras esculturas o pinturas) es un alfabeto con el que se forman palabras. Ya no es pequeño embarazo el tener que descifrar sentidos, y mayor aún si nos faltan letras.

Tierra tan abundante en aguas tendría que tener su fuente monumental. Ahí está, la Fonte da Vila, con el alpende sostenido por seis columnas de mármol y los cuatro caños saliendo de una urna. Lástima grande es la decrepitud en que todo esto se encuentra: gastadas las piedras por el tiempo y el mal trato, sucio el estanque y el corredor que lo circunda. La fuente de Castelo de Vide está allí como huérfana: si hay misericordia, cuiden de estas piedras, que bien lo merecen.

El viajero bebió en el hueco de la mano, y fue a la Judería. Las calles suben por la ladera empinada, aquí estaba la sinagoga, el viajero se siente como si él mismo fuera una figura de belén navideño, tantas son las escalentas, tantas las esquinas, los muretes de patios. Estos barrios de la Judería y del Arçario son de una belleza rústica difícilmente comparable. Los portales de las casas han sido conservados con un amor y un respeto que conmueven al viajero. Son piedras de siglos pasados, algunas del siglo XIV, que sucesivas generaciones de habitantes se acostumbraron a amar y a defender. El viajero no está muy lejos de creer que en los testamentos de Castelo de Vide se escriba, con reconocimiento notarial: «Dejo a mis hijos una puerta que se mantendrá indivisa en la familia».

Marvão se ve desde Castelo de Vide, pero desde Marvão se ve todo. El viajero exagera, pero ésta es justamente la impresión que siente cuando aún no llegó, cuando va por la llanura y surge, de repente, ahora más cerca, el morro altísimo que parece alzarse en la vertical. A más de ochocientos metros de altura, Marvão recuerda uno de aquellos monasterios griegos del Monte Athos a los que sólo se puede llegar metido en un cesto y tirando de una cuerda desde arriba, con el abismo a los pies. No son precisas tales aventuras. La carretera sufre para alcanzar lo alto, son curvas y curvas en un amplio arco de círculo que rodea la montaña, pero al fin el visitante puede poner pie en tierra y asistir a su propio triunfo. No obstante, si es hombre amante de la buena justicia, antes de extasiarse ante las amplias perspectivas que desde allí se divisan, tendrá que recordar aquellas dos filas de árboles que a lo largo de doscientos o trescientos metros bordean un tramo de la carretera, inmediatamente después de Castelo de Vide: hermosa alameda de robustos y altos troncos, si un día creen que sois un peligro para el tráfico de altas velocidades, locura de nuestro tiempo, quiera Dios que no os talen, y que desvíen la carretera. Tal vez un día, gentes de generaciones futuras vengan aquí a interrogarse sobre las razones de estas dos filas de árboles tan regulares, tan derechas. Es el viajero, como se ve, muy providente: si no

hay respuesta para el rostro humano del Salvador del Mundo, sea ella, para el misterio de la alameda inesperada, hallada aquí.

Es verdad. Desde Marvão se ve la tierra casi toda: hacia un lado, España, y allí Valencia de Alcántara, São Vicente y Alburquerque, aparte de una muchedumbre de pueblecitos; hacia el sur, por el desfiladero que separa la sierra de San Mamede y otra, sólo un contrafuerte suyo, la sierra da Ladeira de Gata, se pueden identificar Cabeço de Vide, Sousel, Estremoz, Alter Pedroso, Crato, Benavila, Avís; al oeste y al noroeste, Castelo de Vide, donde el viajero estaba aún hace poco, Nisa, Póvoa y Meadas, Gáfete y Arez; en fin, al norte, estando límpida la atmósfera, la última sombra de azul es la sierra da Estrela: no asombra ver claramente Castelo Branco, Alpedrinha, Monsanto. Se comprende que en este lugar, desde lo alto de la torre de homenaje del castillo de Marvão, el viajero murmure respetuosamente: «Qué grande es el mundo».

A piedra vieja, hombre nuevo

Si a las ciudades se les dieran sobrenombres, como se hacía con los reyes, el viajero propondría para Portalegre «la bien murada». Razones tuvo Afonso III, en 1259, para mandar construir aquí la población de Portus Alacer, que después dio Portalegre, porto álaque, puerto alegre. Con todos estos campos y bosques alrededor, tan nítidamente distinta la mancha urbana del envoltorio campestre y bravío, comprendemos que José Régio haya escrito, y obsesivamente repetido: *Em Portalegre, cidade / Do Alto Alentejo, cercada / De serras, ventos, penhascos, oliveiras e sobreiros...* Cualquier viajero que ame las letras ajenas y las riquezas propias se dejará mecer por la cantilena mientras por aquí ande.

Hace tiempo que el viajero no se encontraba con Nicolau de Chanterenne. Después de no dar dos pasos sin indicar obra de su mano o taller, se había abierto una ausencia que ya parecía definitiva. No lo era. Aquí está, en el convento de Nossa Senhora da Conceição o de San Bernardo, el sepulcro del obispo Jorge de Melo, que fue probablemente la última obra del escultor francés en Portugal. El sepulcro, con estatua yacente, tiene como fondo un magnífico retablo poblado de imágenes religiosas en nichos y edículos, en una arquitectura perspectivada, característica del manierismo. Recordando el retablo de alabastro, también de Nicolau de Chanterenne, que se encuentra en A Pena, en Sintra, se nota la expresión que tiene en la obra el material que se emplee: éste es mármol de Estremoz, incomparablemente más comunicativo que el rico alabastro del convento da Pena. A no ser que todo sea mera cuestión de gusto personal: si el viajero ha dicho ya que prefiere el granito al mármol, puede ahora preferir éste de Estremoz al alabastro finísimo. A quien considera que tales pormenores no interesan al relato, se le responde que muy pobres serán viajes y viajeros que no se detengan en pormenores de este tipo.

Estando tan cerca, decidió visitar la Manufactura de Tapicerías de Portalegre, cuyas técnicas de fabricación tan calurosamente alabó el francés Jean Lurçat. El viajero tiene poca sensibilidad para los tapices, pero alguna tiene, y mucha, para el trabajo de las manos. Si no le gustó todo cuanto vio, tanto puede ser culpa suya como culpa de los que hicieron los cartones que allí se ejecutaron, pero, siendo como es ignorante en la materia, supo reconocer el virtuosismo de las tejedoras y la competencia del trabajo preparatorio de clasificación de colores y puntos. Y, al mismo tiempo, considera una de las grandes satisfacciones de este viaje la simpatía con que lo acompañaron en la visita, la simplicidad y la franqueza de las explicaciones. El viajero lo agradeció, y vuelve a agradecerlo ahora.

Es tiempo ya de ir a la ciudad vieja. Metida entre murallas en casi todo su perímetro, tiene las características habituales de este tipo de aglomeración: calles estrechas, serpenteantes, casas bajas, de pocos pisos. Pero a eso se une una serenidad particular en la que no hay tedio, pero sí conformidad. La plaza de la catedral, Largo

da Sé, cuadrilátero espacioso que beneficia la perspectiva del templo, parece, en sosiego, una placita de aldea. Las torres dominan el caserío. Rematadas con agujas piramidales, se ven de lejos. Por otra parte, ya la segunda planta de la iglesia rebasa los tejados de las casas vecinas.

Dentro, se manifiestan aún más impresionantes las grandes proporciones del templo, dividido en tres naves de la misma altura por medio de gruesos pilares de granito. Es una iglesia muy hermosa, con sus cinco capillas en la cabecera unidas entre sí por corredores estrechos. El retablo de la capilla mayor, con escenas de la vida de la Virgen, tiene, en el tímpano, una aparición de Cristo a los apóstoles que es obra de gran efecto. Al claustro, de un solo piso, le falta intimidad. Pero los recortes barrocos superiores, con óculo, alternando con urnas, le dan un aire de cuádruple columnata con un no sé qué de inesperado.

Justo al lado está el Museo Municipal, en el que no faltan buenas piezas. No la más valiosa, pero sí ciertamente la más impresionante, es aquel Cristo de tamaño natural que lanza el cuerpo hacia delante en un esfuerzo tremendo para arrancarse de la cruz. Hay en su rostro una expresión de sorpresa indignada, y los ojos se le dilatan casi hasta salirse de las órbitas: todo este hombre pide ayuda. Es como si nos estuviera diciendo que el sacrificio de la vida no era allí indispensable para las salvaciones ajenas. Bellísimo es el retablo de terracota que muestra episodios de la vida de Cristo: son pequeñas figuras llenas de movimiento, cuadritos admirables. Hay también unos pacientes trabajos de marfil, en altorrelieve, que dejan al viajero atónito por la minucia, por la auténtica acrobacia de ojos y manos que habrá exigido la obra. Hay, también, una *Pietà* de madera, en altorrelieve, posiblemente española de origen por el dramatismo de la composición y por el realismo cruel del tratamiento del cuerpo de Cristo. Pasa el viajero sobre otras piezas de valor y termina con una referencia a los notables platos quinientistas y seiscentistas que constituyen una sección del museo.

La casa de José Régio^[21] es otro museo, con todo o casi todo lo que los museos tienen: pinturas, esculturas, muebles. Es un museo con una excelente colección de Cristos, exvotos, cajas de ánimas, piezas de artesanía, y es una casa «llena de la tenue, pero viva, obsesionante memoria de antiguas gentes y trazas, llena de sol en los cristales y de oscuridad en los rincones, llena de miedo y de sosiego, de silencios y de espantos». No dirá tanto quien hoy la visite (aunque, ciertamente, reconociendo los versos en el decir corrido en que el viajero los transformó), pero la ventana de que José Régio habla, su «única diversión», viene el guía a declarar que es ésta, «toda abierta al sol que abrasa, al frío que entumece, hiela, al viento que anda, desanda, y zarabanda, y manda en torno de mi casa en Portalegre, ciudad de Portugal, ciudad del Alto Alentejo, cercada de sierras, vientos, peñascos, olivos y alcornoques». El viajero hace lo que sería de esperar: se asoma al pequeño mirador, es cuanto basta para un poeta, mirar por encima de las casas nuevas los campos antiguos, e intenta comprender el secreto de palabras que parecen sacadas sólo de un compendio de

geografía: *Em Portalegre, cidade / Do Alto Alentejo...* Intentar comprender, es lo mínimo que se puede pedir.

Si el viajero tuviera preparación científica, se lanzaría a la elaboración de un ensayo que tuviera un título así, más o menos: *De la influencia del latifundio en la disminución poblacional*. Este «poblacional» es término abstruso, pero en lenguaje ensayístico queda mal hablar como todo el mundo. Lo que el viajero quiere decir, en palabras corrientes, es lo siguiente: ¿por qué diablos habrá en el Alentejo tan pocos lugares habitados? Es muy posible que el asunto ya esté estudiado, y dadas todas las explicaciones, y quién sabe si ninguna contemplará quizá la hipótesis del viajero, pero un hombre que cruza estas enormes extensiones, donde, en muchos kilómetros, no se ve ni una casa, puede permitirse el pensar que la gran propiedad es enemiga de la densidad poblacional.

Al llegar a Monforte, el viajero toma la carretera de Alter do Chao: va a la heredad de Torre de Palma, donde hay restos de una villa romana que le gustaría ver. La distancia es pequeña, y quien no vaya con atención, perderá el camino y ni leerá la tablilla que dice: U. C. P. Torre de Palma. U. C. P., para quien no lo sepa, significa Unidad Colectiva de Producción. Nada tiene de extraño: si el puente de Lisboa cambió de nombre, también algunas tierras cambiaron de hechuras. El viajero llega al amplio portalón, entra en el patio, grande y refulgente de sol. Enfrente hay una alta torre, con pisos. La construcción no es afonsina, se ve enseguida, y sugiere más bien que alguien, en tiempos mucho más próximos, decidió hacer visible su dinero a las gentes de las cercanías. En la pared vuelta hacia el portón, se exhibe una piedra de armas. Incluso más abajo, reposando de trabajos o preparándose para ellos, están otras armas: algunas piezas de ajuar agrícola.

El viajero avanza, es un viajero tímido, siempre temeroso de que le vengán a pedir cuentas de intrusiones que sólo él sabe que son bienintencionadas. Al acercarse a una esquina, oye voces de hombres. Es una taberna. El viajero entra, da las buenas tardes y le pregunta al hombre que está en el mostrador dónde están las ruinas y si se pueden ver. Este hombre se llama Antonio, no tarda en saberlo, es bajo, macizo, de aire tranquilo. Responde dos veces que sí, y empieza a dar las indicaciones necesarias. El viajero tiene sed, pide un refresco, y cuando está bebiendo hace la pregunta mágica: «¿Y cómo le van por aquí las cosas al ucepé?». El señor Antonio mira al viajero con atención, pero, antes de que pueda responder, otra pregunta se une a la primera: «¿Ha habido por aquí demarcaciones de reservas?». Sea por la naranjada, por la penumbra de la taberna, o por cualquier otra razón, el hecho es que el aire parece volverse más fresco, y el señor Antonio responde simplemente: «No vamos mal, pero se habla por ahí de una petición que, si la aceptan, nos deja sin tierra que trabajar». Hizo una pausa, y añadió: «Cuando acabe de beber, vamos ahí al despacho; allá se habla mejor».

El despacho queda en el extremo de una fila de casas que constituye uno de los lados del cuadrilátero en medio del cual se alza la torre. Sentada a una mesa está una

muchacha morena, de ojos negros y brillantes, tipo evidente de gitana, bonita y de sonrisa clara. Se hacen las presentaciones de rigor, y la chica, cuyo nombre ha olvidado el viajero, o no llegó a saberlo, le explica la situación. Mientras habla, mantiene la sonrisa, y el viajero tendrá que decidir si ella sonríe diciendo cosas serias o si dice cosas serias sonriendo. Parece lo mismo, y no lo es. Oye con atención, hace algunas preguntas más, dice algunas palabras deseando suerte y ánimo, y como también él está sonriendo, resuelve que todos allí están diciendo cosas serias.

El señor Antonio va ahora a mostrar algunas instalaciones de la cooperativa, el parque de maquinaria, el lagar del aceite. Ambos son obra nueva. El lagar de aceite está preparado para la próxima cosecha, impecablemente limpio y lubricado. Cuando vuelven al patio, el viajero pregunta si puede ir a la torre. «Vamos —dice el señor Antonio—, voy por la llave». Vuelven al despacho, y mientras abre un cajón para sacar la llave, dice la muchacha: «Ni los más viejos de la finca recuerdan haber visto nunca a los amos». Dice la frase como un añadido a la conversación anterior, algo que había quedado por explicar. El viajero asiente con la cabeza. La muchacha sonríe.

En el piso bajo de la torre, el señor Antonio muestra la antigua cocina, especie de reducto medieval por el grosor de las paredes, y al lado hay unos bancos corridos y unas mesas de mármol blanco. «Aquí era donde comían los gañanes», dice. El viajero mira fascinado, imagina a los hombres sentados en aquellos bancos, esperando las gachas. Murmura sólo para sí: «Gachas de ajo y mesa de mármol. Aquí está un título que no haría necesario escribir más».

Van subiendo a los pisos superiores, cuartos vacíos, corredores, escaleras. En una sala espaciosa hay sillas, una mesa-escritorio. «Aquí hacemos nuestras reuniones», dice el señor Antonio. Y, de repente: «Mira, un gorrión. Debe de haber entrado por el alero del tejado». La avecica, asustada, se lanza contra los cristales, sin entender por qué se había vuelto tan dura la atmósfera aún ayer blanda y suave. Del otro lado de la ventana, había sol, árboles, campos abiertos, y ella allí encerrada. Entonces, el señor Antonio y el viajero intentan atrapar al pajarillo, tropiezan con las sillas, están a punto de cogerlo, pero él desconfía de sus intenciones, se escapa, vuela hasta el techo, donde no puede posarse, vuelve a darse contra los cristales, se ríe el viajero y se ríe el señor Antonio, es una alegría la Torre de Palma. Por fin, el viajero agarra al gorrión, se siente muy orgulloso de haber sido él, y le dice fraternalmente: «¿Serás estúpido? ¿Es que no veías que era con buena intención?». El corazoncito del pájaro late locamente, por el esfuerzo y por el susto. Intenta aún escapar, pero el viajero lo sostiene con firmeza. En lo alto de la torre se abren las puertas de la prisión. De repente, el gorrión está libre, ya el aire es lo que había sido, y en un segundo desaparece a lo lejos. El viajero cree que al menos la mitad de sus pecados le han quedado perdonados.

Ahora el señor Antonio explica hasta dónde llegan las tierras de la cooperativa, la reserva ya marcada, la que está por marcar, ojalá no. Desde allá abajo un hombre dice

una frase en la que se distingue la palabra borregos. El señor Antonio tiene que bajar e ir a su trabajo. El viajero vuelve a preguntar dónde están las ruinas romanas, allá, más allá, y luego bajan, se despiden como amigos que ahora son, hasta la próxima.

El viajero va a las ruinas. Les presta la atención que puede, la basílica paleocristiana, la pila del baptisterio, pero se nota distraído en medio de estas piedras viejas. Será porque están tan próximos los hombres nuevos por lo que el viajero no puede encontrar los nexos, las relaciones, la corriente que lo vincula todo a todo. Pero esa corriente, lo sabe el viajero, existe. Basta ver cómo continúa el combate de Teseo contra el Minotauro, mostrado en los mosaicos que fueron llevados a Lisboa.

De Monforte no vio el viajero los monumentos. Está allí la iglesia de Nossa Senhora da Conceição con sus almenas mudéjares, la Casa do Prior, con un pórtico y estucos barrocos; la iglesia da Madalena, con la torre de campanas, de aguja piramidal. Son recuerdos exteriores. Llevando la Torre de Palma sobre sí, el viajero creyó preferible no entrar. Seguro que no cabría por las puertas.

La parada siguiente será en Arronches, villa a la que rodean cinco puentes, colocada en un alto, al norte, oeste y sur rodeada de aguas de arroyo y río, Arronches uno, otro es el famoso Caia desde Eça de Queirós. En la fachada de la iglesia parroquial encontró el viajero señales de Nicolau de Chanterenne pero no de mano directa, sino de copia humilde: querubines y guerreros en altorrelieve muestran el ya inconfundible aire de familia. Pero lo que interesó particularmente al viajero fue la iglesia de Nossa Senhora da Luz, con su pórtico renacentista, la galilea, la bella sala capitular, con figuras de estuco, y el claustro, discreto y de buena sombra en el sofocante calor con que el sol se desmanda.

Otra vez por soledades y descampados avanza el viajero, a media distancia entre la frontera y el embalse del Caia. Atraviesa la aldea de Nossa Senhora dos Degolados, y este nombre, visto y no visto en el indicador de la carretera, hace pensar al viajero en la cantidad de descabezados que pueblan la historia del cristianismo para que creyeran conveniente dedicar una Señora especial que los proteja. La duda del viajero es si la protección ha de ser invocada antes o después de cortado el cuello.

Si tuviera tiempo iría hasta Ouguela, no tanto por causa del castillo que don Dinis reedificó, como por ver qué cara puede tener un río llamado Abrilongo, y si ese abril es largo porque se prolonga o porque tarda. Quede aquí por Campo Maior, que también tiene castillo, por el mismo señor don Dinis mandado construir, y vea la octogonal iglesia de San Juan Bautista, con sus mármoles trabajados según un diseño clásico, aunque no frío, tal vez porque la arquitectura religiosa regional, incluso en tiempos del señor rey don João V, no podía evitar comprometerse con su entorno civil.

Sale el viajero por la puerta del lado de Elvas, va siguiendo su pacífico camino, y después del puente del Caia pasan por él, en dirección a Campo Maior, dos autobuses con guardias armados. No todos los viajes son iguales, no todos los caminos van a dar a las mismas Romas.

A Elvas no le faltan fastos militares. Lo dicen las murallas que la rodean y los fuertes de Santa Luzia y Nossa Senhora da Graça que apoyan la fortaleza principal. Pero no sólo de luchas guerreras se adorna la ciudad. Otras heroicidades se cometieron en ella, de las que Antonio Dinis da Cruz e Silva dio puntual noticia en su *Hissope*^[22], pues no fue pequeño heroísmo el acérrimo fervor con que el deán y el obispo de la catedral de Elvas lucharon por llevar o no llevar el hisopo en los ritos que preceden a la misa. No es pequeña epopeya luchar Señoría y Excelencia, intervenir el cabildo y la corte, en fin, aprovechara Castilla la ocasión y encontraría la plaza fuerte extenuada por las intestinas y religiosas luchas.

En la catedral no se hallan ya vestigios del suceso. Incluso no hay catedral. Sólo la iglesia de Nossa Senhora da Assunção, la parroquial. Tiene aires de castillo, con la amplia bocana del portalón de entrada, los botareles de refuerzo, las almenas achaflanadas, las gárgolas. Dentro, merecen atención las columnas enfajadas que sustentan las tres naves. Pero el viajero considera que la mayor belleza de la antigua catedral está en la fachada y en su única torre. Realmente, el arquitecto Francisco de Arruda no merecía que en esta obra se debatieran cuestiones de precedencia entre obispo y deán. Y entre lo merecido y lo no merecido, véase en Santo Domingo la capilla mayor, gótica, con sus altas troneras, y evítese mirar los capiteles dorados de las columnas: para pependencias, basta ya con las del deán y el obispo.

Entre el castillo, que es castillito, la picota y las piedras de armas, la Fonte da Misericordia y la Fonte das Beatas, gastó el viajero algún tiempo antes de ir al museo. Le complació, a la entrada, el pórtico barroco y el ajedrezado azul y blanco de los azulejos de la cúpula. Dentro, no falta qué apreciar, pero este museo de Elvas no es particularmente rico, salvo en piedras labradas de blasones, y alguna arqueología. Magnífica, ésa sí, es la Santa Maria dos Açougues, vestida de dama de la corte, señora del siglo XVI, y hoy tal vez aún más hermosa de lo que era vista entonces.

Es imposible hablar de Elvas sin hablar del acueducto de Amoreira. Hable, pues, de él el viajero para decir que es una asombrosa obra, con sus ochocientos cuarenta y tres arcos de albañilería, dispuestos en ciertos tramos en cuatro órdenes. Más de cien años se tardó en construir (ciento veinticuatro, para ser exactos) y siempre el pueblo de Elvas, generación tras generación, pagó su real de agua. Cuando en 1622 la Fuente da Vila empezó al fin a correr, se puede decir que los habitantes de Elvas habían sudado bien aquella agua clara. Como en Lisboa las Aguas Livres. Como en todas partes el caño o el fontanario, la alberca para el riego o el bebedero de los animales.

Prohibido destruir los nidos

De Estremoz apenas vio el viajero más que la parte alta, es decir, la ciudad vieja y el castillo. Dentro de los muros, las calles son estrechas. Abajo, donde el espacio abunda, no ya villa, sino ciudad, Estremoz se prolonga y casi pierde de vista sus orígenes, aun siendo la celebrada Torre das Tres Coroas reclamo evidente. En ningún lugar sintió tanto el viajero la demarcación de las murallas, la separación entre los de dentro y los de fuera. Será, pese a todo, una impresión sólo subjetiva, sujeta, pues, a caución, que el viajero, claro está, no puede ofrecer.

Blanquísimas de cal, usando el mármol como piedra común, las casas de la ciudad alta son, por sí solas, motivo para visitar Estremoz. Pero allá arriba está la torre ya mencionada, con sus decorativos balcones almenados, y lo que queda del palacio de don Dinis, el pórtico de columnas geminadas donde el viajero encontró representaciones de la luna y corderos. Está la setecentista capilla de la reina Santa Isabel, con su coro teatral y sus ornamentadísimos azulejos que representan escenas de la vida de la milagrosa señora que transformaba pan en rosas a falta de poder hacer de las rosas pan. Y está el Museo Municipal, que tiene bastante que ver y mucho para no olvidarlo.

Deja el viajero de lado aquellas piezas que podría encontrar, sin sorpresa, en otros museos, para poder maravillarse a gusto con los muñecos de barro que de Estremoz tomaron nombre. Maravillarse, dice él, y no hay término mejor. Son centenares de figurillas, ordenadas con criterio y gusto, y cada una de ellas justificaría un examen demorado. El viajero no sabe hacia dónde volverse: lo llaman los tipos populares, las escenas de trabajo rural, las imágenes de belén navideño o de altar doméstico, tronos para el Santísimo, de muy diversa inspiración, un mundo al que no es posible darle la vuelta entera. Bastará un ejemplo, una sola vitrina en la que se juntan, en organizada confusión, «negros a pie y a caballo; amazona y jinetes; párroco a caballo; pastor con su rebaño; hombre comiendo migas; hombre haciendo sopa de ajo; sargentos —de pie o sentados en el jardín—; galán presumido; tocador de acordeón; primaveras con o sin guirnalda; tipos populares —castañera, lechero, aguador—; pastoras con huso o guardando gallinas, o pavos, o borregos; mujeres lavando, planchando o mirándose al espejo, o tomando té; matanza del cerdo, con tres figuras, y las mujeres haciendo chorizos». Qué maravilla, vuelve a decir el viajero. A Estremoz irás, los muñecos verás, tu alma salvarás. Ahí queda un refrán inventado por el viajero para pasar a la historia.

También él se quedaría, pero no puede. Después de contemplar el infinito paisaje que de uno a otro lado se avista, desciende a las tierras bajas, manera de decir que fue al Rossio, donde, a un lado, está la iglesia de San Francisco. En este convento murió Pedro I, y a los frailes de aquí les dejó su corazón. Si es verdad que los frailes aceptaron la herencia, en Alcobaça, a la hora de la resurrección, no tendrá don Pedro corazón que darle a doña Inés.

En San Francisco hay un hermoso *Árbol de Jessé* seiscentista, y en la capilla frontera, de los Terciarios, encuentra el viajero la más inquietante colección de santos en que haya puesto los ojos. No es que se muestren en actitudes de sufrimiento excesivo o de severidad insoportable. Al contrario. Todos van vestidos igual, hombres y mujeres, con largas y simples faldas de seda natural; lo que los caracteriza es la impassibilidad del rostro y la fijeza de la mirada. Altos, esbeltos, metidos en cajas de cristal, rodean toda la capilla. No se comportan como jueces, están ya más allá de esa servidumbre humana. El viajero, más turbado de lo que le gustaría reconocer, se atreve a tomar nota de los nombres de aquella temible cohorte, que los tienen escritos en la peana: Santa Luisa de Albertonia, Santa Delfina, Santa Rosa de Viterbo, Santa Isabel de Hungría, San Luis Rey de Francia, San Ivo, Santa Isabel de Portugal, San Roque, Santa Margarita de Cortona. El viajero no consigue copiar el casi borrado dístico del último santo. Tampoco tendría ya fuerzas: le tiemblan las manos, tiene la frente empapada en afligido sudor. Perdónenle los otros santos, que de éstos no puede tener perdón.

El viajero se retira, sobrecogido. Y va ya de salida cuando providencialmente pone los ojos en un sepulcro que allí hay, soberbia arca esculpida, con un barbado personaje tendido, asistido por un angelillo que muestra las alas y las plantas de los pies (señal de que tanto vuela como anda), teniendo en el frontal dos blasones de armas con medias lunas y dos gatos pasantes, y, en medio, una escena de caza, el señor a caballo con el halcón en el puño, un hombre con una lanza y tocando la trompa, otro azuzando a los perros que ladran y atacan a un jabalí. El viajero respira, aliviado ya. Al fin, en esta arca mortuoria rompe pujante la vida, con una fuerza que borra la lividez de los santos terribles y enmienda su desdén por el mundo. Como don Pedro de Barcelos en São João de Tarouca, este Vasco Esteves de Gatos quiso llevar en la memoria el feliz tiempo de las correrías por los montes, galopando tras los perros mientras la trompa suena y los árboles florecen. El viajero sale de la iglesia tan contento como el gorrión al que, en Torre de Palma, devolvió la libertad.

Y ha llegado el momento de ir a Évora Monte. Está cerca, y cae de camino. En esa aldea se rindió don Miguel a don Pedro^[23], como en la escuela se aprende. Y, caso digno de ser señalado, en vez de negociarse la paz en el ámbito familiar, que a primera vista parecería el adecuado, del castillo y su Paço do Homenagem, fue en una casita de una sola planta, al entrar, junto a la puerta mayor de las murallas, donde se reunieron los duques de Terceira y de Saldanha, por parte de los liberales, y el general Azevedo Lemos, comandante de los absolutistas, bajo la benevolente mirada y opinión de John Grant, secretario de la legación británica en Lisboa: como se suele decir, los amigos son para las ocasiones. La casa está aún ahí, y el Paço do Homenagem, restaurado de arriba abajo, daría hoy confort y seguridad a nuevos negociadores. Dice esto el viajero por causa de lo arreglado que está el pazo: tres guardias republicanos, que allá fuera tienen el *jeep* en el que han venido, abren regatas en la pared para meter la instalación eléctrica, mientras intercambian bromas

y silban valerosamente. Dejados, son cosas de la edad, la juventud es así.

El Paço do Homenagem se dice que es de inspiración italiana. Lo será, porque de esto no ha visto el viajero por aquí: un cuerpo central cuadrado que se desenvuelve, en las esquinas, en torreones circulares. Dentro, el efecto es magnífico, con grandes columnas sustentando las bóvedas de los tres pisos, todas diferentes, tanto las bóvedas como las columnas, y las salas comunicándose abiertamente con los torreones. El ambiente es realmente renacentista, propio para reuniones y fiestas de estilo. Los guardias, ahora, hablan de películas que han visto o que van a ver. El viajero mira, intrigado, las columnas de la planta baja: en la base, todo alrededor, están esculpidas llamaradas. ¿Por qué llamaradas? ¿Qué fuego era éste, atizado en piedra, en Évora Monte? El equipaje del viajero va ya lleno de enigmas, ojalá éste no prenda fuego a los demás.

Al viajero le gustaría visitar la iglesia parroquial, pero está cerrada. Cerrada también la de San Pedro, pese a esfuerzos y preguntas. Se había ausentado la mujer de la llave; seis perros, pacíficos, guardaban el monte y, a pesar de que esperó el viajero más de la cuenta, hablando con los perros y bostezando con ellos, la llave no apareció. Allá arriba, detrás de la iglesia parroquial, había un nogal en el que cantaban veinte o treinta cigarras al mismo tiempo, de tal manera que se oía sólo un único son y no el chirrido alternado de costumbre. Se asombró el viajero de que el nogal y las cigarras no alzarán el vuelo y se lanzarán cielo adelante, cantando. Al nogal, al menos, mucho le debió de costar afirmar sus raíces.

Por donde fue, volvió el viajero. Pasa por debajo de Estremoz, y, camino de Borba, va atravesando cerrados olivares. El día promete ser ardiente. A la entrada de Borba, una sencilla capilla, sólo puerta, frontis y cúpula, resplandece de blancura casi insoportable. Dice el viajero que es una sencilla capilla. Pues no. Si por las dimensiones no es nada, sí lo es por la monumentalidad: la puerta asciende hasta la cúpula, que se asienta directamente sobre el entablamento. Ladeando el frontón, dos bellas imágenes sentadas, que dejan colgar los pies hacia el vacío, mantienen un diálogo que aquí abajo no se oye. A unas mujeres que allí estaban, conversando a la sombra, les preguntó el viajero qué capilla era aquélla. Ninguna se lo supo decir. ¿Sería procesional? Tal vez.

Pocos metros más allá está la iglesia de San Bartolomé, renacentista. Por otra parte, en estos lugares hay dos cosas que no faltan: Renacimiento y blancura. Sin extremos aparatosos por fuera, la iglesia es, en su interior, suntuosa de mármoles. Pero la belleza mayor está en las pinturas del techo, con medallones y paisajes, género de decoración que raramente se encuentra. Al viajero, decididamente, le gusta Borba. Será por el sol, por esta luz aún matinal, será por la blancura de las casas (¿quién ha dicho que el blanco no es un color, sino la ausencia de él?), será por todo eso, y por lo demás, que es el trazado de las calles, la gente que por ellas anda, no sería preciso más para un sincero afecto, cuando, de pronto, ve el viajero, en una tapia, la más extraordinaria declaración de amor, un letrero que decía: PROHIBIDO

Hay que convenir en que merece todos los loores una villa donde públicamente se declara que el rigor de la ley caerá sobre los malvados que derriben las moradas de los pájaros. De las golondrinas, para ser más riguroso. Puesto que el letrado está en una tapia que precisamente usan las golondrinas para construir sus nidos, se entiende que la protección sólo a ellas cubre. Los demás pájaros, bribones, algo bellacos y nada dados a confianzas humanas, hacen sus nidos en los árboles, fuera de la villa, y se sujetan a los azares de la guerra. Pero ya es excelente que una tribu del pueblo alado tenga la ley a su favor. Yendo así, poco a poco acabarán las leyes por defender a las aves todas y a los hombres todos, excepto, claro está o no merecerían el nombre de leyes, a los nocivos de un lado y otro. Probablemente por efecto del calor, el viajero no está en uno de sus días de mayor claridad, pero espera que lo entiendan.

Se habla mucho de la Fonte das Bicas, y con razón. Concebida como un templete con los vanos tapiados, tempera el neoclasicismo del estilo con la blandura particular del mármol blanco de la región. Pero lo que más le gustó al viajero, o, con más rigor, lo que le divirtió, fue la especie de laberinto que antecede a la fuente, el juego de rejas que, sucesivamente, abren y cierran el camino. El forastero, en la primera entrada, se siente incómodo. Calcula que habrá siempre humorados habitantes de Borba riéndose de los desconciertos ajenos.

Camino de Vila Viçosa, a un lado y otro de la carretera, encuentra el viajero abundancia de canteras de mármol. Estos huesos de la tierra aún traen agarrada la carnación del barro que los cubría. Y hablando de huesos, nota el viajero que a su derecha se levantan, hasta el fondo del horizonte, las alturas de la sierra de Ossa, que significa osa, y no la mujer del hueso, que no la tiene^[24]. Como se va viendo e ilustrando, no todo es lo que parece.

En Vila Viçosa se va al palacio ducal. No se exime el viajero de esta obligación, que también es gusto bastante, pero tiene que confesar que estos palacios lo dejan siempre en un estado muy próximo a la confusión mental. La plétora de objetos, lo excelente al lado de lo mediocre, la sucesión de salas, lo fatigan aquí como ya lo habían fatigado en Sintra o en Queluz. O en Versalles, sin que se las dé de presuntuoso. Con todo, es innegable que el palacio de Vila Viçosa justifica una visita tan atenta como permitan los horarios que han de ser cumplidos por los guías. No siempre el objeto señalado como digno de interés es el que el viajero prefiere, pero la elección obedecerá probablemente a un patrón medio de gusto con el que se pretende satisfacer a todo el mundo. En todo caso, estará garantizada la unanimidad para la sala de las Virtudes y de las Duquesas, o la de Hércules, en el ala norte, y para las salas de la Reina y de David, con distinción particular para el zócalo de azulejos de Talavera que decora la segunda. Magníficos son también los cajetones de la Sala de los Duques, y de gran belleza el oratorio de la duquesa Catalina, con su techo pintado con temas inspirados en la decoración pompeyana. No falta pintura en Vila Viçosa, mucha de portugueses contemporáneos, y también algunas buenas copias

quinientistas, en particular la del *Descendimiento de la Cruz* de Van der Goes, y si el viajero va a la cocina, se quedará asombrado con el número y variedad de utensilios de cobre. Si vio las armas, armaduras y arneses, si no se perdió la cochera de don João V, es porque todo hay que verlo para conocer las vidas de los duques y de quienes los servían, aunque, en lo que a éstos toca, no informa mucho la visita al palacio.

Fuera ya, el viajero da una vuelta a la estatua ecuestre de don João IV. La encuentra muy semejante a la que hay en Lisboa, dedicada a don João I, lo que, evidentemente, no lisonjea a la primera ni valoriza la segunda. Y para aliviar el corazón de estos males, va el viajero a la ciudad vieja, que tiene la particular belleza de las poblaciones alentejanas antiguas. Antes de subir al castillo, que muchos visitantes equivocadamente descuidan, entra en la iglesia de Nossa Senhora da Conceição, revestida de arriba abajo de azulejos polícromos, un ejemplo más que proclama cómo hemos venido perdiendo el gusto de este espléndido material o cómo hemos adulterado sus modernos usos.

El viajero apreció como es justicia la imagen de la patrona, a quien João IV, sin tener en cuenta las divinas voluntades, coronó y proclamó patrona de Portugal, y también otros azulejos, éstos de Policarpo de Oliveira Bernardes, artista de amplia y calificada producción. Pero, siendo, como tantas veces se ha dicho ya, tan atento a las cosas pequeñas y cotidianas, aunque no descuide las raras y grandes, no es extraño que haya reparado en las sustanciales arcas de limosnas de trigo y aceite colocadas a la entrada, y también en las imponentes cajas de limosnas, una para la bula de la cruzada, más antigua de diseño y letra, otra para la patrona de la iglesia, teatral como un retablo barroco. Puestas a cada lado de la nave central, apoyadas en las columnas, están allí solicitando la generosidad del creyente. Quien en la iglesia parroquial de Vila Viçosa entre con disponibilidades de dinero, aceite o trigo, duro corazón tendrá si no sale aliviado.

El castillo de Vila Viçosa, se refiere el viajero al denominado Castelo Novo, obra quinientista mandada edificar por el duque don Jaime, es una construcción claramente castrense. Todo en él se subordina a su esencial función militar. Una fortificación así, con muros que en algunos lugares alcanzan cuatro y seis metros de espesor, fue concebida pensando en grandes y duros asedios. El foso seco, los poderosos torreones cilindricos, avanzados hasta cubrir, cada uno de ellos, dos lados del cuadrilátero, las anchas rampas interiores para los movimientos de la tropa, de la artillería de defensa e incluso, probablemente, de los animales de tiro, hicieron que el viajero respirase, como muy raramente le ha ocurrido, y, desde luego, nunca tan intensamente como aquí, una atmósfera bélica, el olor a pólvora, pese a la ausencia total de instrumentos de guerra. Dentro de este castillo está la alcazaba de los duques, con alguna buena pintura, y en él se encuentran instalados, bien instalados, todo sea dicho, el Museo Arqueológico y el Archivo de la Casa de Braganza, acervo riquísimo de documentación aún no totalmente explotado. El viajero vio, con cierto desánimo,

fijada en una pared en lugar principal, una macrofotografía de un documento firmado por Damião de Góis pocas semanas antes de que lo prendiera la Inquisición. Desánimo no será la palabra justa; digamos melancolía, o escepticismo melancólico, o cualquier otra sensación indefinible, la que viene a la sensibilidad ante lo irremediable. Es como si el viajero, sabiendo que Damião de Góis va a ser apresado porque lo dicen las fechas y los hechos, tuviera la obligación de enmendar la historia. Simplemente, no puede: para enmendar la historia es preciso, cada vez, enmendar el futuro.

Por Ciladas de São Romão llega el viajero a la carretera que, yendo de Alandroal a Elvas, pasa por Juromenha. Y cuando en una sombra se detiene para consultar los mapas, repara en que, en el mapa militar que le sirve de guía, no está reconocida como tal la frontera frente a Olivenza. Ni siquiera hay frontera. Hacia el norte del río Olivenza, hacia el sur del río Táliga, ambos del otro lado del Guadiana, la frontera está marcada con una franja roja intermitente: entre dos cursos de agua, es como si la tierra portuguesa se prolongara más allá del sinuoso trazo azul del río. El viajero es patriota. Siempre ha oído decir que Olivenza nos fue abusivamente arrebatada, lo han educado en esta creencia. Ahora, la creencia se vuelve convicción. Si los servicios cartográficos del ejército tan irrefutablemente muestran que Portugal, en treinta o cuarenta kilómetros, no tiene frontera, entonces está abierto el camino para la reconquista, ningún trazo nos impide invadir España y tomar lo que nos pertenece. El viajero promete que va a volver a pensar en el asunto. Pero una cosa teme: que no falte el trazo fronterizo en los mapas españoles, y que para ellos sea un caso visto y decidido. Para prepararse, el viajero estará presente en las próximas reuniones de las comisiones mixtas para resolución de cuestiones fronterizas. Oirá con atención lo que se discuta, cómo y para qué, hasta que, llegado el momento, saque el mapa que fervorosamente guarda, y diga: «Muy bien, vamos ahora a tratar de esta cuestión de Olivenza. Aquí, mi papel dice que la frontera está por demarcar. Tracémosla con Olivenza de nuestro lado». El viajero se muere de curiosidad por saber qué ocurrirá.

Mientras llega este glorioso día, el viajero sube a Juromenha. Fuera de los muros de la antigua fortaleza, que una terrible explosión destruyó prácticamente en 1659, la aldea proclama la albura de sus casas, el aseo casi clínico de sus calles. Bajo el grande y ardiente sol, un viejo viene a dar explicaciones, recortándose contra el fondo blanco de la pared como si tuviera sólo dos dimensiones. Casi no se ve a nadie en las calles, pero se siente que la aldea está habitada como un huevo.

El viajero va al castillo. Es, realmente, un mar de ruinas. A la entrada del recinto seiscentista, bajo el arco de la puerta, una vaca y un ternero rumian pacientemente (u obligatoriamente) lo que ya han comido. Allá dentro se adivinan los lugares donde vivió la gente: una chimenea, a la que le falta el piso en que se asentaba, está suspendida en el vacío. El recinto es amplio, el viajero no va a recorrerlo todo. Más ruinas, el resto de una capilla, probablemente la Misericordia, y otras, más impresionantes, de la iglesia de Nossa Senhora de Loreto, donde duerme la siesta un

rebaño de ovejas a quienes no llega a perturbar ni la intempestiva llegada del viajero. Tal vez porque él mismo siente en ese momento una inmensa lasitud, un deseo de detenerse, de quedarse inmóvil, aquí entre las ovejas, debajo de aquel arco ya tan poco triunfal, donde otros viajeros, ansiosos de inmortalidad, escribieron sus nombres. Todos los viajes tienen un final, y Juromenha no sería mal sitio para acabar éste.

Son pensamientos que pasan. El viajero se niega a dejarse hipnotizar y, bajo el calor aplastante, atraviesa el polvo, las piedras sueltas. Va atento, viendo dónde pone los pies (siempre puede aparecer un tesoro, ¿no es verdad?), pero en un camino más raso y limpio puede levantar los ojos. Se había olvidado del Guadiana, y allí está, magnífico de frescor, como aquellos regatillos que de las fuentes se escapan y son el último refugio de las hierbas y de los patos. El Guadiana baña de vida sus márgenes, sin distinguir entre la de allá y la de aquí, que, juzgando por el mapa, es de aquí también, y da la curiosa sensación de ser, aunque pase a la vista de un lugar habitado, un río salvaje. Es, sin duda, lo más ignorado de la tierra portuguesa.

Vuelve a la carretera el viajero, camino de Alandroal, donde se detiene sólo para refrescarse. De allí sigue hacia el sur, hacia Terena. Quiere ver la que es, de todas las iglesias-fortaleza, la más fortaleza que iglesia. Lo dicen las fotografías, y la confirmación está ante los ojos. Si le quitaran la espadaña, quedaría un castillito perfecto, con sus fuertes almenas puntiagudas y el balconcillo que fácilmente se convertiría en matacanes, si es que no fue ya ésa su primitiva función.

Este santuario de Nossa Senhora da Boa Nova, especialmente, es como una torre de planta cruciforme y brazos iguales, baja, achaparrada, aunque desde dentro dé la impresión de ganar en altura. Joya preciosa de nuestra arquitectura medieval, también porque está intacta, la iglesia gótica de la Boa Nova quedará en la memoria del viajero. Por otras memorias anduvo antes, como por la de Alfonso X de Castilla, que hace referencia a ella en las *Cantigas de Santa María*. Dice la tradición que la Boa Nova fue mandada construir en 1340 por una hija de don Afonso IV, rey de Portugal. Ahora bien, Alfonso X murió en 1284. ¿Es la iglesia de Boa Nova más antigua de lo que se dice? ¿Hubo quizá otra iglesia anterior en este lugar? Es un punto que está por esclarecer, como están por esclarecer las enigmáticas pinturas del techo de la capilla mayor, que a primera vista parecen una ilustración del Apocalipsis, pero que presentan figuras que no se encuentran en el Evangelio según San Juan. En los restantes brazos de la iglesia, se ven pinturas hagiográficas populares.

Cuando el viajero llegó a Redondo, ya no tenía tiempo para mucho. Vio por fuera la iglesia parroquial y la de la Misericordia, ésta en el castillo, vio aquí las puertas da Revessa y del Reloj. Nada más. Desistió de ir a ver los dólmenes de la sierra de Ossa, y no por causa de las osas, que se han acabado, sino por causa del tiempo, que se había acabado también. Comió, entretanto, las más sabrosas, suculentas y suntuosas costillas de cerdo que, en su vida entera, le hayan llegado al diente. Dé Redondo esto a quien allá vaya, y no le faltarán amistades.

La noche en la que el mundo comenzó

El viajero está en Évora. Ésta es la plaza famosa de Giraldo, aquel caballero salteador, o salteador caballero, que para hacerse perdonar por don Afonso Henriques sus desmanes y crímenes, decidió conquistar Évora. Por maña lo consiguió, y por inocencia de los moros, que tenían velando en una torre sólo a un viejo y a su hija, que, la verdad, no velaban nada, y más bien a pierna suelta dormían cuando Giraldo Sem Pavor^[25] sin piedad les cortó la cabeza. Pobre chiquilla. En el alboroto del engaño, suponiéndose atacados por otro lado de la ciudad, dejaron los moros abiertas las puertas de la fortaleza, por donde entraron los demás cristianos, con ayuda de moriscos y mozárabes, que a placer mataron y aprisionaron. Fue esto en 1165. Qué Évora sería la que Giraldo conquistó, es algo que el viajero no es capaz de imaginar. Cuántos moros había para defender la ciudad, no lo sabe. Del valor relativo del hecho no se puede, pues, formar juicio hoy, pero sí de su alcance: Évora nunca más volvió a manos islamitas.

Éstas son historias que conoce todo el mundo desde las primeras letras, y el viajero no querría inventar otras. Además ¿qué puede un simple discursador de prosas y kilómetros descubrir en Évora que no esté ya descubierto, o qué palabras dirá que no estén dichas? ¿Que es ésta la ciudad más monumental? Y, si dice esto, ¿qué es lo que realmente ha dicho? ¿Que hay en Évora más monumentos que en cualquier otra ciudad portuguesa? ¿Y, si no los hay, serán los de aquí más valiosos? Estos apóstoles de la catedral son magníficos: pero ¿son más o menos magníficos que los del pórtico de Batalha? Inútiles preguntas, tiempo perdido. En Évora hay, sí, una atmósfera que no se encuentra en ningún otro lugar. Évora tiene, sí, una presencia constante de Historia en sus calles y plazas, en cada piedra o sombra; Évora logró, sí, defender el pasado sin quitarle espacio al presente. Con esta feliz sentencia, se da el viajero por liberado de otros juicios generales, y entra en la catedral.

Hay templos más amplios, más altos, más suntuosos, pero pocos tienen esta recogida gravedad. Pariente de las catedrales de Lisboa y de Porto, las supera en una especial individualidad, en una sutil diferencia de tono. Calladas todas las voces, mudos los órganos de aquí y de allá, retenidos los pasos, óigase la música profunda, que es sólo vibración intraducible de las columnas, de los arcos, de la geometría infinita que las juntas de las piedras organizan. Espacio de religión, la catedral de Évora es, de manera absoluta, un espacio humano: el destino de estas piedras fue definido por la inteligencia, fue ella la que las desentrañó de la tierra y les dio forma y sentido, es ella la que pregunta y responde en la planta dibujada en el papel. Es la inteligencia la que mantiene la torre linterna en pie, la que armoniza la pauta del triforio, la que compone los haces de columnillas. Se dirá que el viajero distingue en exceso a la catedral de Évora, enunciando loores que en tantos otros lugares serían tan justos como aquí, y tal vez más. Así es. Pero el viajero, que mucho ha visto ya, no

encontró nunca piedras que como éstas crearan en el espíritu una exaltación tan confiada en el poder de la inteligencia. Quédense Batalha, los Jerónimos y Alcobaça con sus celos. Son maravillas, nadie lo negará, pero la catedral de Évora, severa y cerrada a primera vista, recibe al viajero como si le abriera los brazos, y siendo este primer movimiento el de la sensibilidad, el segundo es el de la dialéctica.

Probablemente no son maneras de hablar de arquitectura. Un especialista moverá la cabeza, condescendiente o irritado, querrá que le hablen en un lenguaje objetivo. Por ejemplo, y a propósito de la torre linterna, que «el tambor de granito está flanqueado en los ángulos por una cornisa trilobulada con ventanas amaineladas, amparados por contrafuertes y rematados por una aguja esbelta cubierta de escamas imbricadas». Nada más exacto y científico, pero aparte de que la descripción requeriría, en algunos pasajes, explicación paralela, su lugar no sería éste. Es suficiente el riesgo a que el viajero se expone frecuentando tales alturas. Por eso se quedan en lo trivial sus accidentales incursiones en estos dominios, por eso confía en que le sean dispensadas las faltas, tanto las que ya cometió como las futuras. Usa su propio hablar para expresar su entender propio. Y como es así, se toma el atrevimiento de encoger la nariz ante Ludovice de Mafra, que aquí también llegó, cubriendo la capilla mayor de mármoles y diseño a la manera juanina, en la gravedad de un templo que respondía a las necesidades espirituales de un tiempo menos fausto. Si el busto que hay en el triforio es, realmente, del primer arquitecto de la catedral, Martim Domingues, mucho habrá sufrido la piedra en que lo tallaron.

Hacia el frescor de las sombras del Largo do Marqués de Marialva sale el viajero, sube la breve rampa, y tras haber mirado, con la dedicación debida, el Templo de Diana, que no es de Diana ni lo fue nunca, y ese nombre se debe al inventivo padre Fialho, se dirige al museo. De camino va meditando, como conviene siempre a un viajero, sobre la suerte de ciertas construcciones de los hombres: viven su primer tiempo de esplendor, decaen luego, perecen, y alguna que otra vez se salvan en el último momento. Así ocurrió con este templo romano: destruido en el siglo V por los bárbaros del norte que llegaron a la Península, sirvió, en la Edad Media, de casa-fuerte del castillo, que allí estaría, con los intercolumnios convertidos en muro, y acabó en matadero municipal. En la revolución de 1383 lo ocuparon los menestrales alzados contra los partidarios de la reina Leonor Teles, y, desde la terraza que entonces había en él, coronada de almenas, pelearon contra el castillo lanzándole nubes de saetas y virotones hasta que se rindió. Esto cuenta la honrada palabra del cronista Fernão Lopes. Hasta 1871 no recuperó el templo romano su primera apariencia, en lo posible. Pero, va ahora pensando el viajero, buenos iban los partidarios del Maestre de Avis si para abrigarse de los proyectiles con que los del castillo les respondían no contaban con más abrigo que las columnas del templo: no escaparía uno. Y, si no escapó nadie, no podrían tomar la fortaleza, y si no la tomaron, ¿quién sabe lo que ocurriría después? De caso en caso llegaríamos incluso a perder en Aljubarrota.

El museo es la más desleal institución que el viajero conoce. Exige que lo visitemos, lanza la idea de que prescindir de él es una grave mancha cultural, y cuando nos atrapa allá dentro, como discípulos que van al maestro, en vez de enseñarnos con moderación y criterio, nos tira a la cara doscientas obras maestras, dos mil obras de mérito, otras tantas de aceptable valor medio. No es tan rico el museo de Évora, pero tiene de sobra para un día, que es excesivo tiempo para las posibilidades del viajero. ¿Qué puede hacer entonces? Pasa por la escultura romana como un gato sobre ascuas, y si se entretiene algo más en la medieval es porque allí están las estatuas yacentes de Fernão Gonçalvez Cogominho y de los tres obispos, pero sale de aquí con nada leves remordimientos de conciencia. Mejor se portó en la sala del Renacimiento, donde se encontró de nuevo con el pródigo Nicolau de Chanterenne en los sepulcros de Álvaro da Costa, camarero mayor de don Manuel, y del obispo Afonso de Portugal; ésta es tal vez su mejor obra, como afirman los entendidos. Y hay también las pilastras magníficas del Convento do Paraíso. No falta quien explique la mayor belleza de las obras del llamado ciclo alentejano de Nicolau de Chanterenne por las características del mármol, que le permitirían mayor precisión, nitidez y finura en la labra. Bien puede ser, porque ahí hay materia con tales perfecciones que ella misma enseña al artista a trabajar.

Es posible que lo mejor del museo de Évora sea la pintura. Siendo así, y teniendo escultura como ésta, gran suerte es la suya. Reconózcase, con todo, que raramente se encuentra, en museos nacionales, conjunto tan equilibrado como el de los trece paneles que constituyen el ciclo de la *Vida de la Virgen*. Aunque de diferentes manos, y reflejando diversas influencias (se apuntan objetivamente características de los estilos de Gerard David, de Hugo van der Goes y de Roger van der Weyden), estos paneles, que el ya mencionado obispo Afonso de Portugal encargó en Flandes, destacan por el rigor del dibujo y la riqueza de color, aunque luego sea perceptible el mayor valor artístico del que representa la Virgen como Nossa Senhora da Gloria. De composición opulenta, muestra ángeles músicos y cantores tocando y cantando al unísono, mientras otros cuatro ángeles suspenden una corona sobre la cabeza de la Virgen. Todos los paneles son anónimos. En aquel tiempo, estaban los talleres de los maestros poblados de grandes artistas: cumplían su tarea diaria, pintaban el fondo paisajístico del retablo, las arquitecturas, los ropajes, lo poco o mucho que el tema requiriera en cuestión de flora o fauna, algunas veces los rostros de las figuras secundarias, y luego venía el maestro, con su dedo de gigante, tocaba aquí, retocaba allá, enmendaba, y, cuando juzgaba que la obra era digna de ser vista, dejaba que siguiera su destino. ¿Quién fue el pintor? ¿Quién hizo el cuadro? No se sabe. Cuando las manos son muchas, sólo se ve el trabajo.

Aquí al lado está la iglesia dos Lóios. Se bajan los escalones desde el pórtico y se entra en el templo, que es gótico-manuelino. Como en él no se celebra culto, se nota cierta frialdad en el ambiente, agravada esta vez por los azulejos setecentistas. Esta iglesia fue muy bien elegida por quien quería causar una buena impresión después de

muerto: hay piedras sepulcrales de rara belleza, y en el museo anejo se encuentran dos laudas de bronce, trabajo flamenco del siglo xv, que maravillan por la obra de cincel, capaz de reproducir en proyección un minucioso gótico flamígero en el que se pierden los ojos.

En el palacio de los condes de Basto, que fue sede de la Orden de Caballería de San Benito de Calatrava, no entró el viajero. Pero apreció sus muros, asentados en la muralla romano-visigótica, obra que tiene de quince a diecisiete siglos y conserva un aire de primera juventud. Todo el mundo encuentra naturalísimo que piedras viejas soporten piedras nuevas, pero no falta quien se sonría de quien quiere saber los primeros fundamentos de los gestos y actitudes, de las ideas y convicciones de aquel paseante anónimo que por allá va, o de este viajero que está aquí. Son personas ésas muy convencidas de que Minerva salió, realmente, armada y equipada de la cabeza de Júpiter, sin pasar por las miserias y gracias de la infancia ni por los errores y aventuras del conocimiento.

Por el camino que lleva, queda a su izquierda el Instituto, que fue Universidad y ahora ha vuelto a serlo. Con sus arcos leves y aiosos, el claustro tiene algo de rural. El cuerpo central de la antigua capilla, luego Sala dos Actos, lucha con las arcadas que la envuelven, pero es, considerada aisladamente, una de las más armoniosas fachadas que el primer barroco nos dio.

Si no picara tanto el sol, tal vez el viajero se hubiera quedado durante horas en la plaza das Portas de Moura. Están allí las arcadas, que buena sombra dan, pero lo que el viajero quería era pasar de la parte de arriba, desde donde ve la fuente y el mirador dos Cordovis, a la parte de abajo, donde vería la fuente y las torres de la catedral. No parece mucho para quien ya ha visto tanto, y pese a todo, esta plaza, nada grandiosa, es, quitándole el sol que cae ahora a plomo, un sosegante lugar, tan igual de tono, tan claro y tranquilo. El viajero se acerca a leer la inscripción de la gran esfera renacentista: «Anno 1556». Es sorprendente comprobar que hay gente que no envejece. Pero este calor es, realmente, insoportable. Entremos en la iglesia de la Misericordia para saborear este misericordioso frescor, y un poco menos los paneles de azulejos que representan las obras de misericordia espiritual: de factura convencional, tratan un soporte de tan específicas exigencias como si fuera una tabla o una tela, de ahí que el resultado sea tan poco convincente como el traslado de una pintura a un tapiz. Pero la temperatura, no hay duda, era confortante, y el retablo de la capilla mayor, por el exceso pletórico de decoración, rinde las confesadas resistencias del viajero a los artificios de la talla.

Éstos son los Meninos da Graça. Les llaman niños, por afecto, pues estos gigantones sentados en lo alto de las pilastras infundirían temor si no estuvieran tan altos. Esta iglesia de Nossa Senhora da Graça la vio el viajero, tiempo atrás, convertida en ruinas, con un suelo de tierra revuelta por donde surgían losas de canto y puntas de huesos. Ahora, tras la reconstrucción, está hecha un primor, bien colocadas las piedras, lanzados los huesos a la basura, limpio y ordenado todo lo

demás. El viajero la encuentra mejor así, pero no olvida la imagen primera. Iguales están, sí, los gigantes, que podían haber sido esbozados por Miguel Ángel, y los bellos rosetones, que resistieron los ultrajes del tiempo. Para el viajero, esta iglesia, por ser tan diferente de lo común de las construcciones religiosas de su época, aparece con cierto aire enigmático, como si los cultos que allá dentro se celebran tuvieran más que ver con desvíos paganos que con la ortodoxia.

A la iglesia de San Francisco llega el viajero ya casi sin fuerzas. Las calles de Évora son un desierto, sólo por obligación se atraviesa de esta acera a la otra. Cae el sol, durísimo, el calor parece soplado por las fauces de un horno inmenso. ¿Cómo estarán los campos? No tardará en saberlo el viajero, que tiene aún mucho que andar hoy, pero primero tiene que pasear por la gran nave de San Francisco, tiene que ver las pinturas atribuidas a García Fernandes, el *San Bruno* setecentista procedente de la cartuja, y si quiere, si le apetece, por gusto mórbido o por franciscana mortificación de la carne, puede ir a la capilla de los huesos, eso si no le parece que esta Capela dos Ossos roza la obscenidad, con aquel ordenamiento arquitectónico de huesos humanos, tantos que acaban por perder su significado sensible. El viajero, que ya antes los vio, no va a ir hoy. No puede perdonarles a los franciscanos la imagen que presenta aquella ordenación de la capilla, con huesos a destajo, traídos de fosas comunes (que los de la gente noble reposaban bajo buena piedra labrada), mientras los dichos frailes, remangados, van buscando una tibia que quepa en este agujero, una costilla para armar un arco, un cráneo para redondear el efecto. No, y no. Vosotros, huesos que allí estáis, ¿por qué no os rebeláis?

Vamos a tomar el aire, que es tan poco, en la Galería das Damas del palacio de don Manuel. Aprovechamos la sombra para ganar fuerzas. El viajero ve un poco de lejos la ermita de San Blas, con su color de corteza de pan, fortaleza morisca de almenas y garitones, gran pórtico, nadie le llamaría iglesia si no fuera por el minúsculo campanario que muestra allá atrás. Es tiempo de partir. Ésta es la peor hora de calor, pero hay que hacerlo. El viajero ha comido ya, allí, en la Porta Nova, en la Plaza Luís de Camões; dio aún otra vuelta por la ciudad, pasó por la Travessa da Caraça, vio la ventana de García de Resende, el Acueducto, la puerta romana de doña Isabel. Quedó por ver la mitad de Évora, y la otra mitad tampoco se ha visto con gran detalle. Pero lo que impresiona al viajero, y perdónesele la obsesión, es que todo cuanto vio (quitando las murallas y el templo romano) aún no existía en tiempos del Sin Pavor, ni siquiera en el de los revoltosos de 1383. El viajero encuentra que tiene mucha suerte: alguien conquistó un buen lugar para erigir esta Évora, alguien la alzó, alguien la defendió, alguien luchó para que las cosas fueran así y no de otra manera, todo para que él pudiera regalarse aquí con artes y oficios. Da las gracias con el pensamiento a Sin Pavor, pese a no perdonarle lo de la chiquilla degollada, da las gracias al pueblo alzado de 1383, sin nada que tener que perdonarle, y se lanza a los caminos del Alentejo, que lo están esperando, entre rastros ardientes y ardientes palabras, trabajo, tierra, revolución también.

No sopla ni un rastro de brisa, y, si soplara, sería peor aún. El viajero atraviesa la llanura que se prolonga hasta las márgenes del río Degebe, y, más allá, hasta las alturas de Monsaraz. Antes de Reguengos despierta súbitamente del aturdimiento en que había caído, al ver una placa al borde de la carretera diciendo que hay allí una población llamada Caridade. Este nombre de caridad le atrae. No está en su plan de viaje, claro está que un viajero no puede preverlo todo, pero un nombre como éste, Caridade, merecería incluso un rodeo mayor.

Es una aldea blanca, reblanca y requeteblanca (con el calor, el viajero pierde un poco el dominio de las palabras), y, sobre blancura, al sol abrasador, una mujer vestida de negro está encalando una vez más las paredes de su casa, qué pasión por el blanco habita a estas gentes oscuras, quemadas por el sol y el sudor. La iglesia de Caridade, rústica, con un zócalo violeta, hace que el viajero se detenga, deslumbrado. Existía esta Caridade, con un río ahí que ni nombre tiene, y el viajero no la conocía. ¡Ay, lo que puede perder un hombre en su vida, y no lo sabe!

En Reguengos de Monsaraz no vale la pena detenerse. El tiempo sólo de un respiro, otro más, y de nuevo en marcha. Adelante. Entre la carretera y el río Pega hay restos de dólmenes invadidos por zarzales donde aún no ha conseguido entrar el arado. El zumbido de las chicharras resuena agresivamente. Con este calor, pierden los pobres bichos el dominio de las alas, como el viajero perdió el de las palabras en Caridade. Quién sabe si la histórica obstinación de las hormigas no vendrá de estar veranos enteros sometidas a este serrar continuo que va escindiendo el aire.

En todo caso, no hay mal que por bien no venga. A causa del calor, la gente está metida en sus casas, eso quienes no están lejos, trabajando, y el viajero puede recorrer las calles como si la aldea estuviera abandonada. Eso es bueno, pero, para señalar el acierto de la regla, tiene un lado malo: no hay aquí con quien hablar. Aquí, en la plaza mayor, el viajero contempla las casas discretas y bellas, algunas deshabitadas, adquiridas por gente de dinero que vive lejos, ve las fachadas, no los interiores, y se entristece pensando que Monsaraz pueda ser, sobre todo, una fachada. Hay también injusticia en esto: no falta quien haya cobrado cuerpo y espíritu entre las murallas de este castillo, en estas travesías empinadas, a la sombra fresca o helada de casas sin confort. En Monsaraz vive lo de fuera y lo de dentro, hay quien viene a reposar de gustos y malos gustos de la gran ciudad, y quien de gustos conoce poco más que el amargor de unas vidas que sólo para los ojos tienen grandes horizontes.

Penando al sol, el viajero descubrió quien le abriera la iglesia parroquial. Es un edificio que, por dentro, desconcierta las esperanzas puestas en él: cuadrangular, con tres naves iguales divididas por grosísimas columnas constituidas por enormes tambores de piedra. Por la atmósfera, por el desgaste, parece mucho más vetusta de lo que realmente es: tiene unos cuatro siglos. Aquí se encuentra un bello sepulcro del doscientos, el de Gomes Martins, que fue procurador de la reina Beatriz, mujer de Afonso III. Tiene escenas de cetrería y la lamentación fúnebre del finado, de un realismo trágico que la ruda representación acentúa aún más.

Desde aquí fue el viajero a ver el fresco cuatrocentista que representa al juez íntegro y al juez venal, pintura con largos planos de color, con un dibujo tan nítido que parece un serigrafiado. Hay una modernidad sorprendente en esta pared maltratada por el tiempo, maltrato que, obviamente, contó con la ayuda del descuido y la ignorancia de los hombres. A no ser que el viajero tome como sugestión de modernidad lo que modernamente vino a resurgir en cierto aire de recuperación medievalizante que en Portugal se practicó para fines no todos buenos.

Del morro fortificado de Monsaraz bajó el viajero a la llanura. Esto es como estar fuera del mundo. Los lechos de los ríos son corrientes de piedras quemadas por el sol. Se llega a dudar de que alguna vez estas torrenteras lleven agua, tan lejos de ella están ahora, e incluso del agua como simple promesa. Después de andar por aquí el viajero, si lo exprimen no suelta gota. Va así, otra vez entorpecido, casi dando el viaje al diablo, cuando de repente aparece ante él un río. Es un espejismo, se dice el viajero, escéptico, sabiendo muy bien que en los desiertos se dibujan ilusiones: un pozo para los que se están muriendo de sed, un palmar para quien va soñando con sombras. Por si acaso, consulta el mapa, a ver si en estas latitudes se señala curso de agua permanente. Aquí está: ¡el Guadiana! Era el Guadiana, aquel mismo que, bravo, se le había mostrado en Juromenha y al que luego abandonó. ¡Amable Guadiana, Guadiana delicioso, río que en el paraíso naces! ¿Qué haría el viajero, qué hizo éste? En el primer lugar desde el que se podía llegar al río, descendió, se desnudó en un resguardo y en dos minutos estaba ya en el agua clara y fría, parece imposible que exista una temperatura así. Por más tiempo del que al viajero convenía, se estuvo refocilando en la límpida corriente, nadando entre las fulguraciones que el sol arrancaba de la superficie fluvial, tan feliz el viajero, tan contentos sol y río, que eran tres en un placer solo. Pero, si los males no cesan, los bienes no duran siempre: sale el viajero del agua como un tritón a quien las ninfas han despreciado, y, mojado, se pone las ropas arrugadas, húmedas de sudor, un desconsuelo.

Cerca del puente donde la carretera entronca con la que viene de Reguengos, se están bañando chicos y chicas. Ríen, los malvados, se salpican unos a otros, debería haber una ley que prohibiera estos excesos: el viajero siente que despierta en su interior el alma de Nerón, está dispuesto a cometer un crimen. Al fin, se le pasa. Desde el puente saludó con un gesto a los nadadores, que los dioses conserven este río para siempre, y a vosotros os conserven la juventud mientras sea posible.

Mourão no tenía mucho que mostrar. Con todo, el viajero fue puntualmente al castillo, en el que está la iglesia parroquial, pero castillo e iglesia estaban cerrados y no prometían por fuera ninguna maravilla dentro. Pero no por eso dejó de encontrar bellezas: ahí están las chimeneas, circulares y con remates cónicos, que casi sólo aquí se encuentran, y las mismas, pero no monótonas, fachadas encaladas, mostrando nuevamente el valor cromático que el blanco adquiere en el juego de la luz incidente o rasante, en la sombra dura o en la penumbra blanda de un rincón al que la luz llega después de quebrarse mil veces: tal cosa es posible incluso en una tarde violenta

como ésta.

Paisajes así, esto es lo que va pensando el viajero mientras sigue hacia el sur, no necesitarían ni calor para resultar sofocantes. Entre Mourão y Póvoa, entre Póvoa y Moura, hacia un lado y otro de la carretera, los campos extienden sus infinitos rastros de un amarillo pálido, casi blanco si las pisadas los partieron y el sol hace brillar el interior blanco de los tallos. Y esta visión parecía volverse caleidoscópica. Mirar estos campos segados, mirarlos fijamente durante unos minutos, es entrar en un vértigo suave, en una especie de hipnosis dada y recibida, casi extática.

En Moura, que tiene una hermosa plaza, mucho más sala de recibir que lugar de paso, el viajero sintió la primera brisa del día. Tímida aún, pronto arrepentida de la osadía en día sólo al Señor reservado, pero gracias a ella cobró valor para ir hasta el castillo, para saltar sobre las ruinas, que son muchas y variadas. Es una escenografía para drama noble decadente o temibles duelos a espada en noche de luna. El viajero, hablando ahora muy en serio, se asombra con la alienación de la gente de cine portuguesa con relación a los escenarios naturales que, para todos los gustos y necesidades, poseemos abundantemente. Dicha o pensada esta sentencia, volvió a la plaza, vio desde fuera el hermoso portal trilobulado de la iglesia parroquial, con su arco conopial que recuerda, o recordó en su tiempo, la puerta de Penamacor, y el cortesano, nada eclesiástico, balcón de dosel, con sus columnillas jónicas y sus hierros forjados. Gusto tenía, sin duda, el maestro cantero Cristóvão de Almeida, que esta obra hizo, y palaciego sería el abad que tales mundanidades admitió en su iglesia.

Va cayendo la tarde, sutilmente refrescada, si de fresco se puede hablar, pero los árboles de la orilla de la carretera ayudan, las tierras se mueven un poco con el ondear de las colinas, y el viajero empieza a respirar con deleite. Pero antes de Pias, al fin de una bajada, están dos guardias republicanos pidiéndole los papeles a quien pasa, que es normal, y allí cerca, una furgoneta con otros guardias, cosa que de normal tiene poco. El viajero demostró que no tenía las manos teñidas en sangre, y pudo seguir. En Pias, con gente por las calles, preguntó dónde estaba la iglesia parroquial. Quería ver la tabla que muestra a Martim Moniz aplastado por la puerta del castillo de San Jorge. Pero la iglesia estaba cerrada, lo que acabó por ser justicia poética: gente sacrificada por propia voluntad, para que vivan y florezcan los que han de venir, no faltan en estos días de hoy. En estas mismas tierras.

El viajero dormirá en este mismo lugar de São Gens, cerca de Serpa. Hay aquí atrás una ermita de Nossa Senhora de Guadalupe. Lo que tiene que ver, se ve desde fuera. No es como el paisaje que ante los ojos del viajero se prolonga. Ése quiere que lo vean por dentro. Es una distancia de árboles y colinas casi rasas, simples altozanos que se confunden con la llanura. Ya se ha puesto el sol, pero la luz no se apaga. Cubre el campo una ceniza dorada, luego el oro va palideciendo, la noche llega lentamente del otro lado, encendiendo estrellas. Llegará más tarde la luna, y empezarán a llamarse los búhos unos a otros. El viajero, ante lo que ve, siente ganas de llorar. Tal

vez tenga pena de sí mismo, tristeza por no ser capaz de decir en palabras lo que este paisaje es. Y dice sólo: ésta es la noche en la que el mundo puede comenzar.

El impulso y el salto

Cuando el viajero despertó y abrió la ventana del cuarto, el mundo estaba creado. Era temprano, aún estaba lejos el sol. Ningún lugar puede ser más serenamente hermoso, ninguno lo será con medios más comunes, tierra amplia, árboles, silencio. El viajero, habiendo estimado así estas cosas con su saber, de mucha experiencia hecho, se quedó a la espera de que el sol naciese. Asistió a todo, a la transformación de la luz, a la invención de las primeras sombras y al canto de la primera ave, y fue el primero en oír una voz de mujer, venida de lo invisible, diciendo esta frase tan simple: «Va a hacer otro día de calor». Proféticas palabras, como el viajero sabría luego a su costa.

De una vuelta por Serpa no recogió gran cosa, el portal renacentista de la antigua leprosería de Santo André, hoy iglesia de Nossa Senhora da Saúde, la cerca de murallas del castillo, con el ciclópeo torreón en ruinas. Lo mejor son las casas de la gente común: bajas y blancas, abrazos de cal que van ciñendo las calles, luz de luna que a las paredes quedó agarrada y no se apaga. El viajero va a preguntar qué carretera tiene que seguir para llegar a Pulo do Lobo. Este viajero es un inocente. Ya lo había sospechado otras veces, pero hoy tiene la prueba. El interrogado, hombre tranquilo, de hablar lento, da sus explicaciones y remata: «¿Va en ese coche?». Aún es temprano para que el viajero entienda el sentido de la pregunta, y cree que es un desprecio. Responde, seco: «En ése. Sí, señor». El hombre mueve la cabeza compasivamente y se aleja.

Hasta São Brás, la carretera es buena compañía. Atraviesa un gran yermo, paisaje de cabezos redondeados, mar picado en olas cortas, alguna que otra tablilla de madera indica el camino hacia cortijos que desde la carretera no se ven. No se ve siquiera la punta de una chimenea. Hay más de dos kilómetros de razonable camino, y empieza la tormenta: el lecho de la carretera es un tendal de piedras sueltas, un subir y bajar de baches y desniveles. El viajero ha pasado ya por aprietos de éstos, pero el caos se prolonga, y lo peor de todo es la opresiva sensación de aislamiento: no hay casas, los campos de cultivo parecen estar así desde hace mil años y, por todos los lados, los cabezos se encaraman unos sobre otros para ver si el viajero derrapa o se desanima. El viajero aprieta los dientes, se hace pluma para aliviar la castigada suspensión, se desahoga cuando aparece un palmo de pavimento liso, ha aceptado el desafío del planeta desconocido.

Casi se ha rendido. Hay un descenso profundo, una curva loca a la izquierda, como si la carretera quedara cortada allí, tronzada bruscamente, tan pendiente es la bajada que ruedan las piedras y van a caer, rebotando, en el valle peñascoso donde una estrecha faja de verdor está diciendo que es sitio de agua. El viajero se acobarda, quiere volver atrás, pero ¿cómo? Retroceder es un riesgo, resulta imposible maniobrar o invertir la marcha. Mientras no se acabe el camino, si se acaba, hay que seguirlo. Cautelosamente, el viajero prosigue. Un caracol iría más deprisa, y ahí está la curva, casi en ángulo recto. Abajo hay un riachuelo, allí están dos hombres y un

chiquillo, miran pasmados al viajero que se acerca. «Buenos días. ¿Es esto el Guadiana?». De sobra sabía el viajero que aquello no podía ser el Guadiana: tiró la pregunta como quien hace un exorcismo. «No, señor. Esto es el río Limas». «¿Y queda lejos el Salto del Lobo?». «Tire todo derecho, pasa dos caseríos, luego baja hondo; cuando encuentre un alcornoque, tira por un camino a la derecha. Desde allí no hay pérdida».

Desde las lajas del lecho del río, ahora seco (¿cómo será esto en invierno?), el viajero pasa al otro lado. Vuelve a subir, ya ni se fija en los pedruscos; de perdidos, al agua; pero ¿dónde estarán esas alquerías, el alcornoque, el camino de tierra que ha de llevarle a su destino, el infernal Pulo do Lobo, dónde se metió? Si el viajero tuviera una migaja de buen sentido, volvería atrás, pero es obstinado, tozudo, ha clavado los dientes en su idea y nada va a hacerlo desistir. Al fin, se ha cansado de desierto. Ahí está el primer caserío, el segundo, pero no se ve un alma, y allá, al fondo, el alcornoque, el desvío a la derecha. El camino es una pura gloria. Va pasando por lo alto de los cabezos, nunca baja a los valles, y, tras haber trepado por una curva amplia, acaba a la puerta de una alquería arruinada. En adelante, es ya un camino, con rodadas de tractores. El viajero empieza a bajarlo a pie. Va contento. El Pulo do Lobo ha de estar ahí, aunque por ahora no se ve, pero sólo el hecho de haber llegado hasta aquí no es pequeña proeza.

De repente, como si una cortina se apartara, aparece el Guadiana. ¿El Guadiana? A este lado, sí, una estrecha corriente de agua que se precipita en rápido tiene apariencia de río. Pero no el inmenso accidente de roca que se extiende hacia la izquierda, rasgado como una violenta cicatriz, donde cada poco blanquea la espuma. Esto no es Portugal, es un pedazo de otro mundo, lo que queda de un monstruoso meteorito que vino del espacio y, al caer, se partió para dejar pasar el agua de la tierra. La roca, calcinada, áspera, rugosa, erizada de dientes agudos, no deja que crezca en ella ni una hilacha de hierba. El río hierve entre las paredes durísimas, rugen las aguas, se alzan a borbotones, baten, refluyen, y van royendo, un milímetro por siglo, por milenio, un nada en la eternidad: se acabará el mundo antes de que concluya el agua su trabajo. El viajero ha caído en un asombro absoluto. Ha olvidado el camino peligroso, los sudores ardientes y los sudores fríos, el temor de un posible accidente, el gesto compasivo del hombre de Serpa. Y pregunta: «¿Cómo es que está esto en Portugal y tan pocos lo saben y aún menos lo conocen?». Le va a costar mucho marcharse de aquí. Volverá atrás dos veces para fingir que, habiendo continuado viaje, volvió allí al cabo de un año, de dos. Es esto Pulo do Lobo. Tan estrecha es la hendidura entre las márgenes rocosas que bien podía un animal huido haber dado el salto por aquí. Lobo fue, dicen. Y se salvó. Es lo que siente también el viajero: haber venido hasta aquí, mirar estas formidables paredes, este desgarrón profundo en la carne de la piedra, es una forma de salvación. Cuando, al fin, se aleja, ni el camino le parece malo. Tal vez sea sólo la prueba necesaria para deslindar quién es y quién no es merecedor de acceder al lugar del asombro.

Al llegar a Serpa, el viajero tiene que hacer un esfuerzo para habituarse de nuevo al mundo común de los hombres. Ya en la salida hacia Beja, mira la abandonada ermita de San Sebastián, tan hermosa en su mezcla de manuelino y mudéjar. Mezcla, piensa, pero mejor sería decir simbiosis, unión no sólo formal, sino vital. No tan vital tampoco, sigue el espíritu lógico, dado que el estilo no rebasa los límites del Alentejo ni se prolongó en el tiempo, transformándose. Vital, sí, responde el espíritu intuitivo, porque la arquitectura civil, la casa, la chimenea, el alpende, están ahí, proclamando de dónde vienen, qué padres estilísticos fueron los suyos: la construcción árabe, que perduró aún más allá de la Reconquista, la construcción gótica, que a ella se unió en su debido tiempo.

Va así reflexionando el viajero, cuando de nuevo aparece el Guadiana ante él, ahora en amplio y pacífico regazo. Es un juego de escondite en el que los dos andan, señal de amor que se experimenta. Justamente, cuando atravesaba el puente, el viajero piensa que un día le gustaría bajar por el río en barco, empezando allá arriba, en Juromenha, hasta el mar. Tal vez se quede en este placer soñado, tal vez se decida bruscamente y acometa la aventura. Entonces se le presenta ante los ojos el Salto del Lobo, oye el clamor del agua, ve claramente las agujas de roca entre la espuma, la muerte posible. En el futuro, va a quedar el viajero observándose, un poco irónico y escéptico, un poco enternecido y esperanzado: a ver si eres capaz.

Más allá, una tablilla apunta el desvío hacia Baleizão. Es tierra sin artes señaladas, pero el viajero murmura: «Ay, Baleizão, Baleizão», y se lanza al camino. No parará en la aldea, no hablará con nadie. Se limita a pasar. Quien lo vea, dirá: «Mira, un turista». No se imagina hasta qué punto se equivoca. El viajero respira hondo el aire de Baleizão, va entre dos filas de casas, recoge, de paso, un rostro de hombre, un rostro de mujer, y cuando sale por el otro lado de la aldea, si no se le ve huella alguna de transfiguración, es porque un hombre, cuando tiene que hacerlo, puede disimular mucho.

Poco después, se llega a Beja. Allá en su alto edificada (y aquí, en estos parajes rasos, hablar de altura no es ningún vértigo), la antigua Pax Julia romana no parece venir de tan larga antigüedad. No le faltan, es cierto, vestigios de esas épocas, y de otras más antiguas aún, o de los visigodos después, pero la ordenación de la ciudad, la irreflexión de derrumbamientos y construcciones, una vez más el descuido, y siempre la dramática ignorancia, la vuelven, a primera vista, igual a aglomeraciones de poca o ninguna historia. Hay que buscar, ir al castillo, a Santa María, a la Misericordia, al museo. Por ellos se sabrá que Pax Julia (Baju para los moros, que no sabían latín; después, Baja, y al fin Beja) tiene historia para dar y vender.

Va el viajero primero a la iglesia de Santa María. Dentro no pierde ni gana: de trazo clásico las tres naves, curioso el *Árbol de Jessé*, pero sin más. Desde fuera, a la vista de quien pasa, Santa María tiene su mejor belleza: la galilea de tres arcos fronteros, blanca como se debe en tierras de Transtaganos, sólo en su color natural de la piedra los capiteles donde se asientan las nervaduras de la bóveda. Esta galilea

promete lo que las naves no cumplirán, pero quien entra tiene que salir, y quien dentro se desconsoló, se conforta con la despedida.

Del castillo se diría, para insistir en el estilo, que no quita ni pone nada. Pero a la torre del homenaje debe saludar el viajero. Si en Estremoz apreció, aquí tiene que estimar. Son ambas parientes, pero ésta supera en altura a la primera, y a todas las demás, en grandeza imponente. De sus salas interiores, todas abovedadas, se llevaría el viajero, si pudiera, la sala central, con bóveda estrellada, musulmana de inspiración, para prueba de que los arquitectos cristianos supieron, aún por mucho tiempo, entender la necesidad de un estilo y de una técnica que tenían en esta región raíces culturales profundas. Locura fue, más tarde, haberlas arrancado.

Que Pax Julia acabara en Beja, después de haber servido de trabalenguas a los moros, nada tiene de extraño. Pero que un matadero acabara en iglesia sí que resulta sorprendente. En definitiva todo va en la medida de las necesidades. En Évora se hizo del templo romano matadero, aquí se pensó que la construcción era demasiado bella para servir de carnicería, y, en el mismo lugar donde se sacrificaron carneros a los apetitos del cuerpo, pasó a sublimarse el sacrificio del divino cordero a las salvaciones del alma. Los caminos por los que los hombres circulan, sólo aparentemente son complicados. Mirándolo bien, siempre se encuentran señales de pasos anteriores, analogías, contradicciones, resueltas o con posibilidad de serlo, plataformas donde, de repente, los lenguajes se vuelven comunes y universales. Esta columnata de la iglesia da Misericordia muestra el carácter diferenciado (en el sentido de una apropiación colectiva local) del estilo arquitectónico del Renacimiento cuando es entendido como compatible con expresiones regionales anteriores.

Al viajero le gustaría ver los capiteles visigodos de la iglesia de Santo Amaro, pero esta vez no se aventuró en busca de la milagrosa llave. Se habrá equivocado quizá. Posiblemente le hubiera sido fácil dar con ella, pero si en pueblos pequeños la dificultad es, a veces, tanta, qué será en esta ciudad, distraída con sus preocupaciones, en contra o a favor. El viajero prefirió ir al museo, que es un ver más cierto.

El Museo de Beja es regional y hace muy bien en no querer ser más de lo que eso representa. Así podrá alabarse de que casi todo lo que aquí hay es de aquí o aquí fue encontrado en excavaciones, y en consecuencia doblemente es de aquí. El espacio en que los objetos se muestran, es el viejo convento de la Concepción, o, con más rigor, lo que queda de él: iglesia, claustro y sala capitular. Por estos lugares paseó Mariana Alcoforado sus respiros de carnalísima pasión. Estaba en su derecho, que no hay que meter a una mujer entre las cuatro paredes de un convento y esperar que allí se vaya marchitando sin rebelarse. De lo que el viajero duda es precisamente de estas cartas, es decir: de que sean de mano y mente portuguesa y conventual. Aquello son flores de retórica sensible poco al alcance de una muchacha natural de estos secarrales, aunque fuera de familia bien abastada en bienes, del espíritu y de los otros. Por otra parte, ese gran amor de sor Mariana Alcoforado, si ella fue quien escribió las cartas, no le abrevió la vida: ochenta y tres años anduvo la monja por este valle de lágrimas,

y más de sesenta los pasó en el convento. Comparemos esto con las medias de existencia de su tiempo y veremos la ventaja que la monjita de Beja se llevó al paraíso.

El viajero no va a describir el museo. Registrará sólo lo que quedó en su memoria (y las razones son muchas, no todas objetivas, para que la memoria retenga esto y no aquello), por ejemplo las andas de plata de los dos Santos Juanes, el Bautista y el Evangelista, lo bastante pasadas como para fatigar a dos cofradías, y percibe cómo se instauró aquí una rivalidad entre Juan y Juan, a cual más rico y favorecido, a cual más solicitado en oraciones. En tiempos de Mariana aún no existían estas andas. El viajero no puede, pues, imaginar a la apasionada hermana inventando recados celestes que favorecieran sus mundanales amores, pero no duda que otras monjas, movidas por este lujo de sensuales platas, rogarían quizá a los santos protección adecuada apenas pusieran éstos pie en sus suntuosos tronos.

La sala del capítulo, de bella proporción, con su techo delicadamente pintado, reúne una colección preciosa de azulejos, a la que sólo pueden compararse los de Sintra: azulejos de cuerda seca, sevillanos, tipo de brocado gótico; azulejos de arista, sevillanos; otros valencianos, de Manises, lisos, azules y verdes con reflejos de cobre. Lo que es particularmente notable es la armonía conseguida en estas cuatro paredes por especies diferentes, bien sea en el dibujo, bien en el color, unos del siglo xv, otros del siglo xvi. El efecto de las policromías y de los patrones es de irreprochable unidad. El viajero, que a veces no sabe muy bien cómo combinar unos pantalones y una camisa, se regala con esta ciencia de la composición.

Va luego a ver la pintura, inesperadamente buena en el museo de Beja y no muy citada. La excepción a este desconocimiento es, naturalmente, el *San Vicente*, del llamado Maestro de Sardeal, o de su escuela. Se trata, sin exageración, de una obra maestra que cualquier museo extranjero haría ascender a los pináculos de la fama. Nosotros, aquí, somos tan ricos en salones, con ese hábito de beber champaña a todas horas, que apenas reparamos en los pasillos del arte. Defienda Beja su *San Vicente*, porque defiende un tesoro inapreciable. De otras cosas podría hablar el viajero, y era su deber, pero se queda con los Riberas, con la *Santa Bárbara*, con el maravilloso y florido *Cristo*, de Arellano, con la muy impresionante *Flagelación* y, sobre todo, y no por razones de mérito artístico, que son escasas, sino por el humor involuntario de la situación, con la tela setecentista que representa el *Nacimiento de San Juan Bautista*: la familiaridad, la confusión de personas y ángeles que se agitan alrededor del recién nacido (mientras al fondo, acostada aún, Santa Ana dicta el certificado de nacimiento del hijo) hacen sonreír al viajero de puro deleite. No es mal fardel para el viaje.

Un itinerario así, parece de hombre perdido. Ya de Pulo do Lobo a Beja hizo la ruta del noroeste, y ahora va con rumbo franco al norte, a Vidigueira primero, después a Portel. Por donde pasa, encuentra, y si pide informaciones para el camino, sabe siempre adonde quiere llegar: es, pues, un viajero que consigo mismo se ha reencontrado.

Quien dice Vidigueira dice Vasco de Gama y vino blanco, con perdón de catones que vean falta de respeto en esta aproximación de historia y vaso. Los huesos del almirante de las Indias, se los llevaron a Belém de Lisboa. Queda de su tiempo la Torre del Reloj, donde aún hoy se puede oír la campana de bronce que él mandó fundir, cuatro años antes de su muerte, en 1524, en la distante tierra de Cochim. En cuanto al vino blanco, sigue vivo, y promete durar más que el viajero.

En lo alto del Mendro se entra en el distrito de Évora. Portel está dos leguas más allá. Tiene el encanto de las calles irregulares, poco dadas a la recta, y con fachadas que se adornan con hierros forjados. Hay aún portales góticos, otros manuelinos, y algunos viejos edificios, como los Mataderos, con piedras de armas, y la iglesia de la Misericordia, donde, aparte de la tribuna de los miembros de la cofradía, opulenta, se muestra un Cristo muerto, tallado en madera, cuatrocentista, de bellísima factura gótica. El viajero subió al castillo para ver el paisaje y las piedras que allá hubiera. Con las vistas se sintió muy bien pagado: la terraza de la torre del homenaje da directamente al mundo, extendiendo un brazo se llega al final de él. Es lo que tienen estas tierras alentejanas: no engañan; cuanto tienen, lo muestran de inmediato. El castillo es octogonal, dos veces ceñido de murallas, y algunos de estos torreones cilindricos vienen del siglo XIII y de tiempos de don Manuel I. Hay restos de un palacio de los duques de Braganza, y de una capilla, casi indescifrable todo esto para ojos poco habituados. Otros de mayor experiencia identificarán en estos acordonados el estilo de Francisco de Arruda, que fue arquitecto y contratista de las obras.

Al viajero le gustan los nombres, y está en su derecho. No teniendo motivo para detenerse en Oriola, población en el camino de Viana do Alentejo, saboreó sus sílabas italianísimas o geminalmente más cercanas a la Orihuela de Alicante. Y, hablando de nombres, le cuesta trabajo entender al viajero por qué quiso Viana ser banalmente del Alentejo cuando, por localismo, pudiera tener y repudió el topónimo de Viana-a-par-de-Alvito. Aprovechara de época más remota este otro enigmático nombre que fue el primero suyo, de Viana de Fochem, y tal vez se multiplicasen los visitantes, quizá atraídos preferentemente por el prestigio de Évora al norte y de Beja al sur. No puede Viana, claro está, disputar con las dos capitales, pero entre castillo, crucero, iglesia parroquial, ermitas y santuario, puesto todo esto dentro y fuera de la villa de estrechísimas y blancas calles, no le faltan dones y poderes para despertar el amor del viajero. Son de poca altura las murallas, señal de escaso empeño bélico o de feliz sentido de la proporción. Quien se acerca al castillo desde el lado sudeste, ve, por encima de las almenas musulmanas, el juego geométrico de las obras altas de la iglesia parroquial, los merlones achaflanados, los torreones de aguja, los contrafuertes y los arbotantes. Si es posible resumir en pocas palabras: es una fiesta para los ojos. La entrada en el castillo se dispone en niveles sucesivos, como en terrazas. A la sombra de unos árboles, refugio contra un sol que quema, están dos chicos y dos chicas, hablan de estudios, hechos o por hacer, se ve que la cosa va en serio.

El viajero, informado, fue a buscar la llave. Cuando vuelve, sigue la

conversación, va de exámenes, de cómo y cuándo. Lo que tiene que sufrir la juventud. Allá dentro, la iglesia fascina por el sentido espacial de su construcción: la bóveda de artesones está soportada por grosísimos y no apurados pilares octogonales, y las tres naves se desenvuelven con cinco tramos de gran vano, trazados en arcos de bóveda perfecta. El coro, bien por la franqueza de sus accesos, bien por la libertad de su integración en el cuerpo de la iglesia (absorbe el primer tramo), no tiene el aire distante y reservado que es común a estas partes de la estructura. Al contrario: apetece subir y bajar, convertirlo en observatorio de oficios y ceremonias. El viajero subió y bajó, feliz como un chiquillo que ya ha aprobado todos los exámenes. Cuando sale, mira con detención el portal geminado, riquísimo de efectos y motivos decorativos, con su arco de carena, los atributos regios (escudo con las quinas, cruz de Cristo, esfera armilar), los elementos de follajes y figuras humanas: aquí está medio escondido este portal manuelino, que es una lección perfecta de nuestro hibridismo ornamental.

Va ahora el viajero a rematar el lazo que inició en Beja. Baja a Alvito, pero antes de llegar allá aún va a ver lo que puede de la quinta de Agua de Peixes, viejo palacio del siglo XIV modificado por obras hechas en los primeros años del reinado de don Manuel I, por manos de artífices moriscos o judíos, quizá expulsados de Castilla tras la conquista de Granada. Es precioso el alpende de la entrada, asentado en esbeltas columnillas de piedra, con tejado a cuatro aguas, de menos acentuada inclinación la posterior, lo que introduce un estimulante elemento de asimetría. El balcón esquinero tiene una hermosa ornamentación de influencia mudéjar que una vez más hace suspirar al viajero.

En Alvito se prometía fiesta. Nadie en las calles, pero un altavoz proyectaba a todos los vientos, con estridencia insoportable, una canción de título español cantada en inglés por un dúo de voces femeninas y suecas. Allá abajo está el castillo, o palacio acastillado, de rasgos poco comunes en tierra portuguesa, con sus torres de ángulo, redondeadas, y los grandes lienzos de la muralla. Por razones no sabidas, estaban las puertas cerradas. El viajero bajó a la plaza, bebió en una fuente un agua tibia que agravó su sed, pero, como es hombre de suerte, se halló refrescado poco más allá, cuando al entrar en una calle alzó los ojos para averiguar dónde estaba, y vio: Rua das Manhãs. ¡Oh magnífica tierra de Alvito, tierra agradecida que en la esquina de una casa rinde homenaje a las mañanas del mundo y de los hombres, guárdate a ti misma para que sobre ti no descienda otra noche que no sea la natural! El viajero no cabe en sí de gozo. Y como un asombro nunca viene solo, tras el risueño engaño que le hizo tomar oficina de recaudación de impuestos por capilla, fue a dar con la iglesia parroquial más abierta que jamás se haya visto, tres anchas puertas de par en par, y por ellas entraba la luz a chorros, mostrando que, en definitiva, no hay ningún misterio en las religiones, o, si lo hay, no es lo que parece. Aquí reencontró el viajero los pilares octogonales de Viana do Alentejo, comunes en estas tierras, y el arte de buenos paneles de azulejos seiscentistas que representan

escenas sacras.

Por este camino, pasadas Vila Ruiva y Vila Alva, se llega a Vila de Frades, donde nació Fialho de Almeida^[26]. Pero la gloria artística de la comarca es la villa romana de São Cucufate, a pocos kilómetros, en medio de un paisaje de olivares y matojos. Un letrero minúsculo al borde de la carretera apunta hacia un camino de tierra: será por ahí. El viajero se siente descubridor de ignorados mundos, tan recatado es el lugar y tan mansa la atmósfera. Se llega en poco tiempo. Las ruinas son enormes. Se desarrollan lateralmente en grandes frentes, y la estructura general, de pisos sobrepuestos y robustos arcos de ladrillo, muestra la importancia de la aglomeración. Hay excavaciones en curso, hechas por lo visto con un criterio científico minucioso. En un espacio libre que habrá servido de cementerio se abrieron grandes cavidades rectangulares, en cuyo fondo, aún medio prendidos en la tierra, aparecen unos esqueletos. Estas ruinas fueron aprovechadas en la Edad Media para monasterio, el monasterio de São Cucufate: serán de los frailes estos huesos, pero no aquéllos, sin duda, tan pequeñitos que sólo a un niño pueden haber pertenecido, y si la amplitud de los huesos de la cadera indica algo, este esqueleto es de mujer.

En general, las ruinas son melancólicas, pero éstas, tal vez por sentirse en ellas el trabajo de gente viva, a pesar de los fúnebres restos que a la vista están, son agradable lugar. Es como si el tiempo se hubiera comprimido: anteayer estaban aquí los romanos, ayer los monjes de São Cucufate, hoy está el viajero, un poco más y se encuentran aquí todos.

De este lado hay una iglesia, obra ciertamente de los monjes. Sirve ahora de almacén de materiales y herramientas de las excavaciones, pero tiene el techo de la pequeña nave central cubierto de pinturas al fresco, alguna aún en buen estado de conservación, y con apariencia, por el estilo arcaizante o por torpeza de la mano del artista, muy anterior a la época a que se atribuyen: siglos XVII o XVIII. El viajero no es autoridad en la materia, pero se permite rechazar la opinión: prefiere imaginar a un fraile del medievo aplicadamente pintando la capilla sixtina de una orden pobre en un país más pobre aún. Los ojos de los santos miran desorbitados al viajero, anuncian una pregunta que no se llega a hacer en voz alta: ¿Cómo va todo por ahí, después de tantos siglos?

Aquí fuera va cayendo el crepúsculo. En aquellas grandes piedras que se inclinan hacia la ladera está la marca de una herradura de caballo. Se dice que fue el caballo de Santiago, al tomar impulso para saltar sobre el valle y alcanzar el cabezo del otro lado. El viajero no ve ninguna razón para dudar: si en Serpa saltó un lobo, ¿por qué no iba a saltar un caballo en São Cucufate?

Los italianos en Mértola

Cuando el viajero volvió a salir de Beja, no llevaba como fardel la deleitosa sonrisa que el nacimiento de San Juan Bautista había despertado en él. Pero habiendo visitado hoy otra villa romana, la de Pisões, lo refrescaron los mosaicos geométricos y el general desahogo de los vestigios de construcción que quedan. No era mal viático para quien en tan grandes calores iba de nuevo a aventurarse. No obstante, la sonrisa nueva se apaga en pocos kilómetros, fue como un cristal de nieve, visto y no visto. Aún anteayer hablaba el viajero, con asombro, y sin más palabras que ésta, de los campos Entre-Murão-e-Moura, de Entre-Moura-e-Serpa. ¿Qué va a decir ahora cuando atraviesa la llanura en dirección a Castro Verde, por Trindade y Albernoa? ¡Oh, señores, vosotros que al sol de la playa os tumbáis, venid a los campos de Albernoa a conocer realmente al sol! Ved qué secos están estos arroyos, el barranco de Marzelona, el río de Terges, los minúsculos, invisibles afluentes que no se distinguen del paisaje, tan seco como ellos. Aquí se sabe, sin tener que recurrir a diccionarios, lo que significan estas tres palabras: calor, sed, latifundio. Al viajero no le faltan luces de estos parajes, pero lo que los ojos muestran es siempre mayor y más de lo que creía saber.

Un milano atravesó la carretera en vuelo planeado. Vino de lo alto, cayendo, parecía que tenía claro el blanco entre los rastros, pero luego, con un aleteo, quebró la caída y, deslizándose en otro ángulo, orientó su vuelo hacia más allá de las colinas. Anda a la caza, solitario en la inmensidad del cielo, solitario en esta otra inmensidad fulgurante de la tierra, ave de presa, fuerza de seda y acero, sólo quien nunca te ha visto puede censurar tu ferocidad. Ve y vive.

Castro Verde merece el nombre que tiene. Está en un alto y no le faltan verdes para aliviar los ojos de las sequedades del yermo. Si sólo de monumentos se cuidara hoy el viajero, apenas le valdría la pena venir desde tan lejos para lo poco que verá, aun valiendo tanto el atravesar más de cuarenta kilómetros de campos segados. Está abierta la iglesia de las Llagas del Salvador, que tiene para mostrar ingenuos cuadros con escenas guerreras y un buen panel con azulejos, pero la parroquial, a la que llaman aquí real, no. El viajero se desespera. Va en busca del cura, que vive en tal y tal sitio, una casa toda rodeada de parras, se equivoca una vez y dos, y da al fin con la residencia, aquí están las parras. Quien no está es el cura. El viajero da la vuelta a la casa, va hasta el fondo del huerto, ni un perro que ladre, ni un gato que le suelte un bufido. Vuelve irritado a la iglesia, agita las fortísimas puertas (es una inmensa construcción, y dicen que allá dentro hay unos paneles de azulejos que representan episodios de la batalla de Ourique), pero el santo lugar no se conmueve. Si estas cosas estuvieran convenientemente organizadas, faltando el cura vendría un ángel a la puerta, abanicándose con las alas, y preguntaría: «¿Qué quieres?». Y el viajero: «Vengo a ver los azulejos». Volvía el ángel: «¿Eres creyente?». Y el viajero, en confesión: «No, no lo soy. ¿Tiene eso importancia para los azulejos?». Y el ángel:

«No tiene ninguna. Puedes entrar». Cuando el cura volviera, el ángel daría la novedad: «Anduvo por aquí un viajero que quería ver los azulejos. Le dejé entrar. Me pareció buena persona». Y el cura, por decir algo: «¿Era creyente?». Respondería el ángel a quien no le gusta mentir: «Sí, lo era». En un mundo así, piensa el viajero, no le quedaría un azulejo por ver.

Curioso caso. En parajes de Albernoa vio el viajero un milano, y ahora encuentra otro, pero éste está enjaulado. Aún no se ha conformado a la situación, si es que un bicho así se conforma alguna vez, y menos si lo han atrapado ya de adulto. Acerca la cabeza a la reja y, de repente, abre las fauces y suelta un grito, áspero graznido que aterra al viajero. A Castro Verde le gustan las aves. Alrededor del jardín hay jaulas con tórtolas, periquitos, palomas, media docena de tribus del pueblo alado, todos en compañías de macho y hembra, excepto el milano, que está solo.

El viajero va a charlar con los amigos, a hacer tiempo hasta las funciones de la tarde y de la noche. Ya llevan tres días de fiestas de San Pedro: tocó la banda y un conjunto de *rock*, bailaron los jóvenes y los que quieren serlo aún, hubo carreras de a pie y en bicicleta, misa como debe ser, y hoy se acabarán las alegrías. Al caer la tarde, cuando el sol se quiebre, serán lidiados unos becerros, ganado muy baqueteado y que embiste con los ojos abiertos, y se va a ver cuántos mozos de Castro Verde y de Entradas se tiran a la plaza para recibir aplausos y cornadas. No es grande el peligro. Son duros los bichos en las primeras embestidas, y brutos, pero al fin, cansados de gritos y de polvo, molidos por derrotes y rabetazos, entran en acuerdo con la muchachada, embisten por cumplir y se paran en cuanto sienten el capote rozando en la armazón torcida y abierta de los cuernos. El respetable, encaramado en los tablonos oscilantes de los improvisados graderíos, no se deja engañar. Protesta a gritos, el becerro está cansado, la gente pide otro animal. Todos se lo pasan en grande. Toca la banda para dar algo de brío, sopla el corneta. Un mozo de Entregas se acerca al becerro por detrás, tal vez quiera darle una palmada, pero el animal se vuelve en un repente; el pobre muchacho queda paralizado por el terror y cuando vuelve en sí, está ya por el aire, enganchado por un cuerno, pero tiene tanta suerte que, habiendo caído sobre el lomo del animal, resbala hacia la cabeza y allí se agarra y recibe los batacazos más brutales que se hayan visto jamás en tierras del Bajo Alentejo. Son quinientas carcajadas, porque este público no es de los que se dejan engañar por las apariencias. Pero, al fin, el mozo se lleva sus aplausos mientras la banda, entusiasmada, ataca un pasodoble. El viajero, que hace cuarenta años tuvo que vérselas también con un becerro malvado que lo eligió como blanco, sabe lo que son estas glorias del azar. Pero hay que reconocer que son tan sabrosas como las otras.

Por la noche, hay un festival de cantares alentejanos. Son siete u ocho grupos de cerca y de lejos los que compiten. Cantan los trabajos y los días, los amores y los paisajes. Hay dos mil personas oyéndolos en la noche, en silencio, sólo aplaudiendo al final de cada canción, a la entrada de cada grupo, pero en este caso casi nada, porque es sabido que apenas se puede aplaudir cuando los hombres empiezan a

moverse, lentamente, en aquel movimiento pendular de los pies, que parecen ir a posarse donde antes habían estado, y, sin embargo, avanzan. El tenor lanza los primeros versos, el contra-tenor levanta el tono, y luego el coro, macizo como el bloque de cuerpos que se acercan, llena los espacios de la noche y del corazón. El viajero tiene un nudo en la garganta, nadie podría pedirle a él ahora que cantara, pero fácilmente cerraría los puños sobre los ojos para que no lo vieran llorar.

Durmió el viajero en Castro Verde y soñó con un coro de ángeles vestidos de gañanes, con alas, cantando con voz gruesa y terrenal, mientras el cura llegaba a la carrera con la llave y abría la iglesia para que todo el mundo viera los azulejos de la batalla. Despertó avanzada la mañana y, hechas las despedidas, se lanzó al camino.

Sutilmente, el paisaje se va modificando. Hacia arriba, es la gran extensión ya atravesada por el viajero, hacia el sur, la llanura se encrespa suavemente, sube, baja. Después de São Marcos da Ataboeira empiezan a verse de lejos dos altas elevaciones, Alcaria Ruiva la mayor, tan bruscamente levantada que, a ojos habituados a la llanura, parece artificial. Es ahí donde la transformación se vuelve brusca: los matorrales sustituyen a las tierras cultivadas, las colinas se encabalgan, los valles se hacen profundos y oscuros. En media docena de kilómetros, si no menos, se pasa de la llanura a la sierra. El viajero ha visto el paisaje modificándose ante sus ojos.

Nunca ha asistido a una transición tan rápida. Dirá, por esto, que el paisaje que envuelve Mértola es ya el Algarve, con lo que, aclarémoslo, no quiere arrebatarse nada a las tierras del Alentejo para dárselo al Algarve. Si el viajero quitara tierras, haría así: se las quitaba al Alentejo para dárselas a los alentejanos, sacaba tierras al Algarve para dárselas a los algarvios, y, empezando por el norte, el Minho para los miñotos, Trás-os-Montes para los tramontanos, y así sucesivamente, cada uno con lo suyo, y todo con Portugal. Eso era lo que haría el viajero.

A Mértola vino también el Guadiana, el de los engaños y añagazas. Este río nació hermoso, y hermoso acabará, es su destino y lo ha de cumplir. El viajero va a contemplarlo, ve que no perdió el color profundo de sus aguas, ni la bravura, ni siquiera cuando, como en este lugar, se desliza entre márgenes pacíficas. Es algo que está en la naturaleza, es como un milano chillando.

Para llegar a la iglesia parroquial, hay que subir. La puerta está cerrada, pero aquí el viajero no se sorprende ni se alarma. Donde hoy es iglesia, fue antaño mezquita, y este simple dato histórico parece justificar el recato, las trancas y cerraduras. Por qué caminos extraños se le forma en la cabeza al viajero este pensamiento, es algo que no sabe. Se limita a decir cómo fue. Llama a una puerta, le dicen que no es allí, que es más abajo. Y ni precisa ir hasta allá el viajero. Con un agudo grito, que más parecía de almuédano, llamó la vecina a su vecina, y en medio minuto vino ésta, no con una llave, sino con dos. La primera sirve para abrir una capillita que está metida contra la pared, donde apenas caben tres personas. Es la del Senhor dos Passos. Tiene un Señor vestido de rojo, con todos los malos tratos patentes en los pies, en las manos y en su castigada faz. Pero lo mejor son dos esculturas; una, muestra a un Cristo atado a la

columna, otra, el *Ecce Homo*, de robusta anatomía ambas, académicas si no fuera precisamente por esa robustez, con todos los músculos salientes, unos que solicitan nuestro esfuerzo, otros que sólo un atleta sería capaz de exhibir. El viajero queda sorprendido ante estas perfecciones encerradas en una capilla minúscula, pregunta de dónde vinieron estas estatuas, parece que lo adivina. Le cuentan la maravillosa historia de un preso que, hace muchos años, en la cárcel de Mértola, esculpió, en sus muchas horas de holganza, las dos imágenes del Señor. Quiere saber el viajero quién fue el preso, pero la narradora ya no tiene más para dar, y repite todo desde el principio. Frustrado, el viajero decide que se trata de una leyenda (sólo faltó el que liberaran al hombre en pago de su arte), y no lo cree. Tal vez haga mal. Al menos, la historia es fascinante: el preso en su jaula, dale que dale a la gubia, esculpiendo, no uno, sino dos Cristos, no una, sino dos llaves, y lo más seguro es que ninguna le abriera la puerta de su prisión.

En eso está cuando oye que se para en la calle un automóvil, y luego voces animadas. Son italianos que vienen a la iglesia que fue mezquita. El viajero iba ya saliendo de la capilla, la mujer cerraba la puerta, y, siendo tan claro que todos andaban con el mismo gusto, respondió el viajero con una sonrisa a la familia que acababa de llegar, padre, madre, hija de unos doce años de edad. Pasa de la sonrisa a la palabra vacilante, francés para probar, y luego el viajero descubre que su italiano de urgencia le basta para entenderse y ser entendido. Se arma la conversación, quién eres tú, quién soy yo, y se entera de que se han visto ya en Sintra, cuando el viajero fue al Palacio da Vila y ellos también por allá andaban oyendo las lecciones de los guías. Venían del Algarve, para allá iba el viajero, y Roma, cómo está Roma, siempre queda bien preguntar a unos romanos cómo van las cosas por la ciudad donde viven, y ahí, si el tiempo no se echara encima y no estuviera la mujer de la llave esperando, aunque paciente, seguiría hablando de la Piazza Navonna, de Sant'Angelo, del Campo dei Fiori, de la Capilla Sixtina. Ésta es la familia Baldassari, que tiene galería de arte moderno en la Via F. Scarpellini, según se ve por las tarjetas que intercambian, con los nombres de aquí y los nombres de allá; en definitiva, nada hay más fácil que hacer amigos. Entran todos en la iglesia. Qué maravilla, dice el viajero. *Che meraviglia*, dicen los padres Baldassari; sólo la chiquilla no dice nada, sólo sonríe al ver a estos adultos que se comportan como chiquillos.

Es la iglesia de Mértola la maravilla que en las dos lenguas fue dicha. Ya por fuera, los ojos de Italia y de Portugal se habían regalado ante el friso de merlones achaflanados, ante los arbotantes, ante las torrecillas cilíndricas, ante los pináculos cónicos, ante el portal renacentista que nada tiene que ver con lo demás, pero que está bien así. Y dentro, las cinco naves, la planta de salón, los arcos góticos y de herradura, las bóvedas rebajadas, y los paneles ingenuos que a lo largo de las paredes señalan los pasos de la cruz, como este *Señor de la Caña Verde*, con las manos atadas, caído el rojo manto de sus hombros ensangrentados, retrato de los hombres de dolor, de los hombres heridos, robados y escarnecidos. Ya se ha olvidado el viajero de

sus nuevos amigos romanos, y es una injusticia. Los Baldassari no se cansan de alabar, la niña sigue sonriendo, qué recuerdo será el de ella cuando en Roma recuerde un pueblo llamado Mértola, que tiene una iglesia donde hubo una mezquita y en los tiempos en que aquí estaban sus remotos antepasados romanos se llamó Myrtilis.

Es tiempo de separarse. Irán los Baldassari desde aquí a Monsaraz, y el viajero seguirá hacia el sur. Se desean buen viaje, *buon viaggio*, se cambian sonrisas y apretones de manos, quién sabe si volverán a verse. El viajero sale de Mértola, se lanza a la carretera, ahora todo el paisaje es agreste, áspero: quien no lo supiera, se creería que allá abajo, en la orilla del mar, están las tierras de la alegría, el hilillo de miel hacia el que corren las hormigas. El viajero cumple su obligación: viaja y dice lo que ve. Si no parece decirlo todo, será error suyo o desatención de quien leyó. Pero hay cosas que no dejan dudas. Por ejemplo, aquí, en el río Vascão, se decide la geografía a empezar el Algarve. Ya era hora.

De Algarve y sol, pan seco y pan tierno

El director y su museo

Cuando el viajero estaba en Alcoutim, vio sobre un monte altivo un castillo redondo y macizo, con más aire de torre amputada que de compleja construcción militar. Por la amplitud de las perspectivas valdría la pena ir hasta allá, pensó. No fue. Creía, engañado por la perspectiva, que el monte estaría aún en territorio portugués. Pero para llegar sería necesario cruzar el Guadiana, contratar barquero, mostrar el pasaporte, y eso sería ya otro viaje. En la banda de allá está Sanlúcar, y es otra el habla. Pero las dos villas, puestas sobre el espejo del agua, se verán como espejo una de otra, la misma blancura de las casas, los mismos planos de belén navideño. En risa y lágrimas, tampoco debe de ser grande la diferencia.

El viajero, llegue a donde llegue, pega la hebra, si puede. Todos los motivos son buenos, y éste de una antigua capilla convertida en almacén y depósito de cajones, si no es el mejor de todos, basta para la ocasión. Tanto más cuanto que, en el fondo, hay aún un altar y un santo encima de él. El viajero pide permiso para entrar. La imagen es bonita: un San Antonio con el Niño en brazos. ¿Cómo se explica que esté aquí, entre martillazos y trabajo de garlopa, sin una oración que lo consuele? La conversación es fuera, en los escalones de la capilla, y el hombre, bajo y seco de carnes, rozando los sesenta, si no los pasó ya, responde: «Venía aguas abajo cuando lo de la guerra de España, y yo lo cogí». No es imposible, piensa el viajero, la guerra fue hace ya cuarenta años y pico, tendría el salvador unos quince. «No, vender no lo vendo. Está ahí para quien quiera mirarlo. Es suficiente».

En esto, se acerca un carabinero, curioso de por sí o por obligación de autoridad. Es joven, de cara alargada, sonrío siempre. No dirá una palabra durante toda la conversación. «El otro día estuvo aquí el cura, es un hombre flaco, encorvado, entró y se arrodilló. Estuvo todo el tiempo que quiso, y luego vino hacia mí, en esa lengua estropajosa que usa, sí, estropajosa, porque el cura es irlandés, lleva un año aquí, dicen que vino huyendo de su tierra, estuvo escondido ocho días en una barrica de alquitrán cuando hubo por allá unas persecuciones, cuándo, ah, eso sí que no lo sé, y vive ahora aquí, me dijo que el santo debería estar en la iglesia, en compañía de los otros santos, y yo le respondí que si alguien se lo quería llevar iba a acordarse para el resto de su vida, qué dijiste, el cura se fue con el rabo entre piernas y ahora, cuando pasa, baja la cabeza, como si viera al diablo». Todos se ríen. El viajero hace coro, pero, en el fondo, le da pena el cura, tan solo en tierra extraña, y que sólo quería tener aquel santo por compañía, tal vez en la iglesia le falte un San Antonio.

La iglesia se ve desde allí. Queda en lo alto de una escalinata y tiene un hermoso portal renacentista. El viajero va a hacer la visita de costumbre; cuando no da con puertas cerradas, el cura está ausente. Pero éste es irlandés, fue instruido en la idea de que la iglesia debe estar siempre abierta, y si no tiene nadie que cuide de ella, seguro que está dentro. Estaba. Sentado en un banco, como el cura de Pavía. Al oír los pasos, se levantó, saludó con un solemne movimiento de cabeza y volvió a sentarse. El

viajero, intimidado, no abrió la boca. Miró los magníficos capiteles de las columnas de la nave, el bajorrelieve del baptisterio, y volvió a salir. En unos caballetes, por el lado de dentro de la puerta, había pegados unos prospectos religiosos, el horario de las misas, otros papeles, unos en portugués, casi todos en inglés. El viajero, de repente, no sabe de qué tierra es.

No tarda en saberlo. Esta sierra que se extiende a la derecha, en olas sucesivas que nunca alcanzan los seiscientos metros, más que espacios levanta agudos picos, y allá donde los ríos se fatigan por hacer avanzar sus aguas, es Caldeirão, también llamado Mu. El reino del matorral y la rudeza. Las carreteras pasan de largo, son malos y pocos los caminos que por allí se aventuran, tierras de vida difícil y nombres medio bárbaros: Corujos, Estorninhos, Cachopo, Tareja, Feiteira. Muy distinto sería el viaje, y su relato, si el viajero pudiera lanzarse a la aventura de descubrir este interior de secarral.

Probablemente ha dejado deuda abierta en Castro Marim. Apenas se paró para ver el hermoso arcángel San Gabriel de la iglesia parroquial, subió al castillo atraído por el raro color rojo de las piedras, y, después de dar media vuelta al castillo viejo, que construyeron los moros. Regresó a la carretera, camino de Vila Real de Santo Antonio. Ya se ve el mar, ya refulgen las grandes aguas.

En Vila Real de Santo Antonio el tráfico era enloquecedor. El viajero, que se disponía a saborear con tiempo el trazado pombalino de la ciudad, se vio forzado a meterse en el laberinto de las calles de sentido único, una especie de juego de la oca con muchos precipicios y pocos premios. Por estas partes estuvo la aldea de Santo António de Avenilha, destruida por el mar. El marqués de Pombal vino a repetir aquí, en pequeño, el proyecto de la ciudad baja lisboeta, trazando a escuadra, imponiendo geometrías y cometiendo el milagro, no él, sino sus arquitectos, de preservar un ambiente para buenos vecinos. En la plaza mayor, al viajero le gustó ver las buhardillas, de dimensión aparentemente excesiva para los edificios que rematan, pero ajustadísimas en relación al conjunto del espacio y del volumen urbano.

Desde aquí fue a Tavira, adonde volverá otro día si quiere ver todo lo que llevaba en mente: el Carmo, Santa María do Castelo, la Misericordia, San Pablo. No hay posibilidad de contar las puertas a las que tuvo que llamar, los transeúntes detenidos en la calle. No faltaban informaciones, pero, cuando, al fin, llegaba a puerto seguro, todas sus esperanzas naufragaban: o no estaba quien debía, o quien estaba no tenía autorización. Fue el viajero a desahogar sus penas hasta el muelle, refrescando la congestionada frente en la brisa que venía del mar y a los tres pasos se transformaba en vaharada de horno. Ahora que va dando fin a sus andanzas, no creyó oportuno dejarse vencer por el desaliento (muera el viajero, pero véalo todo primero), y siguió hacia Luz. Aquí lo protegió la fortuna. La iglesia está al borde de la carretera, aparece de pronto, con un aire de feliz sorpresa, y este adjetivo está puesto muy adrede: protegida de construcciones próximas, de fácil circulación exterior, con distancia para verla holgadamente, y, encima, con una pureza de estilo nada vulgar, subrayado todo

por el hábil uso del color, la iglesia de Luz de Tavira es, realmente, una iglesia feliz. Allá dentro, con sus amplias naves de altas columnas, cubierta con bóveda, el excelente retablo seiscentista de la capilla mayor, las tres pilas de agua bendita, se prolonga la primera impresión: quien frustrado llegue a Tavira, vaya a la Luz, tal vez encuentre la puerta abierta. Y si está cerrada, dese por satisfecho con las vistas de fuera: es compensación suficiente.

En Olhão, el viajero no vio mucho (sólo la poco interesante iglesia parroquial, donde hay una magnífica imagen barroca de Cristo resucitado), pero compró uvas en el mercado, e hizo un descubrimiento. Las uvas, comidas en el muelle de los pescadores, no eran buenas, pero el descubrimiento, de no ser por la modestia del viajero, sería genial. Tiene algo que ver con la conocida historia del rey moro que se casó con una princesa nórdica que se moría de añoranzas de sus nevadas tierras, cosa que causaba gran pena al rey, que la quería mucho. Sabido es cómo el astuto monarca resolvió la cuestión: mandó plantar millares, millones de almendros, y un día, floridos todos, hizo abrir las ventanas del palacio donde la princesa se iba extinguiendo lentamente. La pobre mujer, viendo cubiertos los campos de flores blancas, creyó que aquello era nieve, y se curó. Ésta es la leyenda de los almendros: no se sabe lo que ocurrió después, cuando las flores se convirtieron en almendras, nadie lo preguntó.

Ahora bien, el viajero se plantea la siguiente pregunta: ¿cómo le fue posible que la princesa, si era tan grave la enfermedad consuntiva en que había caído, aguantar con vida durante todo el tiempo que tardan en crecer y fructificar millones de almendros? Esto demuestra que la historia es falsa. La verdad la descubrió el viajero, y aquí está: el palacio real estaba en una ciudad, o en un lugar importante, como éste, y alrededor había casas, muros, en fin, lo que en las ciudades hay, todos pintados de los colores que a sus dueños más gustaban. Blanco, había poco. Entonces, el rey, viendo que se le moría la princesa, mandó publicar un decreto ordenando que todas las casas se pintaran de blanco, y que ese trabajo fuera hecho por todos en fecha exacta, de la noche a la mañana. Y así fue. Cuando la princesa se asomó a la ventana, vio cubierta de blanco la ciudad, y, entonces sí, sin peligro de que estas flores se marchitaran y cayeran, la princesa se curó. Y el caso no queda aquí. Almendros no los hay en el Alentejo, pero las casas son blancas. ¿Por qué? Muy sencillo: porque el rey mandaba también en aquella provincia, y la orden fue para todos. El viajero acaba de comerse las uvas, vuelve a analizar su descubrimiento, lo encuentra sólido e impecable, y tira la leyenda de los almendros a la basura.

En Estói, el viajero buscó el antiguo palacio de los condes de Carvalhal y las ruinas del Milreu. Y cuando creía que iba a tener que remover cielos y tierra para penetrar en propiedad particular, palacio y jardines, da con un portón de madera abierto, una hilera de árboles sin obstáculos, salvo dos perros, que sólo mostraban impaciencia contra las moscas que no les dejaban dormir. Mientras por allí anduvo, subiendo y bajando escaleras, mirando lo que había para mirar, nadie apareció a expulsarlo, ni siquiera a pedirle cuentas. Cierto es que el portalón de hierro que daría

acceso a un tercer cuerpo estaba cerrado, pero de este lado de aquí no faltaban motivos de interés. Se mezclan gustos setecentistas y ochocentistas en el trazado de los jardines, en la profusión de estatuas y bustos, en las balaustradas, en la decoración de azulejos. Dos grandes estatuas reclinadas de Venus y Diana tienen como fondo paneles de azulejos con plantas y aves exóticas, de efecto muy *art nouveau*. Y los bustos de los cimacios muestran al viajero los rostros sin sorpresa de Herculano, Camões, Castilho, Garrett e, inesperadamente, el del marqués de Pombal. Si en materia de palacios de la Bella Durmiente no tuviera el viajero, como tiene, ideas definidas, y si de la memoria se le apagase la misteriosa luz del atardecer de Junqueira, tal vez adoptara estos jardines y estas arquitecturas. Pero la luz es demasiado cruda, aquí no hay misterio, contando incluso con la apariencia desierta del lugar. El viajero acepta lo que ve, no busca significados ni atmósferas, y si estos bustos son los del emperador y la emperatriz de Alemania, el caso es curioso, nada más. El lago está vacío, la cruda blancura de los mármoles hiere los ojos. El viajero se sienta en un banco, oye el interminable canto de las cigarras y en ese balanceo casi se adormece. Mejor dicho: se adormeció, porque al abrir los ojos no supo dónde estaba. Vio ante él un templete desmantelado, imaginó las fiestas al son de la música, las parejas paseando, las carrerillas por el parque, y, humanamente, se desperezó: buena sería la vida que aquí se daban. Al fin se levantó, contempló unas puertas con vidrios de colores, acechó dentro, y en la penumbra vio el bello estuco árabe del techo, un belén, otras escenas del nacimiento de Cristo: de la vida de éste sólo convenían a los moradores los episodios más amables. No se puede quejar el viajero: encontró un portón abierto, ¿qué más quiere?

Las ruinas de la villa romana de Milreu quedan un poco más abajo. Están sucias y abandonadas. Con todo, por lo que se conserva aún, son de las más completas que se encuentran en el país. El viajero las recorrió bajo un sol de justicia, vio conforme supo, pero siente la falta de alguien que identifique los lugares, las dependencias, alguien que enseñe a mirar. Pero lo que le resultó más difícil de entender fue una casa arruinada que está en el plano más alto: allá dentro hay comederos bajos, y estas cuadras dan para habitaciones que, sin duda, serían de personas. ¿Por dónde entraba el ganado? ¿Y qué quiere decir aquí el panel de azulejos de la fachada, que representa una figura de viejo, con la palabra latina *Charitas*, caridad? El viajero se siente súbitamente melancólico. Será por las ruinas, será por el calor, será por su propia incompreensión. Decide buscar lugares más poblados y baja hacia Faro, que es la capital.

Lo está esperando el viento de la costa. Pero el viajero llega tan castigado por el calor, tan deprimido de sentimientos, que recibir en el rostro el gran soplo del mar, le causa el efecto estimulante de un tónico de acción rápida. Sólo por eso ya le quedaría agradecido a Faro. No faltan, sin embargo, otras razones: aquí se imprimió, en 1487, el segundo entre los más antiguos incunables portugueses. Parecerá extraño que se alabe a Faro por un segundo lugar cronológico en el arte de la impresión, y no por ser

el primero, pero la verdad es que, precisamente, se discute aún si fue primero Leiría, con las *Coplas* del condestable don Pedro, o Faro, con el *Pentateuco*, en el taller del judío Samuel Gacon. Si es cierta la fecha de 1481, atribuida a las *Coplas*, gana Leiría; si no, triunfa Faro. Sea de ello lo que fuere, un segundo lugar en tan gloriosa carrera tiene laureles iguales a los del vencedor.

El viajero encontró cerrada la iglesia do Carmo, y no le molestó. Subir los escalones, pese a las ayudas del viento, le parecía una imposición inhumana. Por eso orientó sus pasos hacia la iglesia de San Pedro, que está allí cerca, para ver y admirar los azulejos polícromos setecentistas, los otros, azules y blancos, de la capilla de las Almas, y, más que cualquier cosa, aun reconociendo la hermosura de la *Santa Ana*, el bajorrelieve de la *Última Cena*, pieza profundamente humana, reunión de amigos alrededor de una mesa, trinchando un cordero, el pan y el vino. Tiene Cristo su aureola, que lo aísla un poco, pero los hombros tocan en los hombros, y Judas, sentado en primer plano para no escapar a la censura inconciliable de los fieles, si en este momento lo trataran con un poco de amabilidad y buenas palabras, tiraría al suelo los treinta denarios o los pondría sobre la mesa para gastos comunes de la compañía.

Desde San Pedro fue el viajero a la catedral. Esta parte de la ciudad, dentro de las murallas, es la Vila-a-Dentro, la antigua. Decayó Ossónoba, se extinguió, y, en su lugar, sobre sus restos, empezó a nacer el nuevo burgo. Después, mucho después, vinieron los moros, construyeron murallas, tomó la ciudad el nombre de Hárune, de sus dominadores, y de Hárune a Faro la distancia lingüística es mucho más corta de lo que puede parecer. El viajero, pasando la Porta da Vila, vuelve a sentir calor. El viento ha quedado del lado de fuera, es en definitiva un tímido viento que ni se atreve a entrar en estas estrechas y silenciosas calles, y ni siquiera el Largo da Sé, la plaza de la catedral, lo incita a volteos. Tal vez allí, en el grande Largo de São Francisco, que en tiempos fue terreno de marismas, aproveche el espacio y la boca de la ría. Si el viajero tiene ocasión, allá irá a comprobarlo, que la iglesia de San Francisco no vale la pena: otro desanimado viajero de allí volvió, diciendo que está cerrada.

La catedral es vieja: tienen setecientos años sus piedras más antiguas. Pero, después, pasó por tantas aventuras y desventuras (saqueos, terremotos, variantes de gusto y de poder) que del románico-gótico al renacimiento, del renacimiento al barroco, si algo ganó, fue mucho más lo que acabó perdiendo. De su primera faz queda la magnífica torre-pórtico (que, estando cerrado el templo, compensa por sí sola los pasos que dio el viajero para llegar hasta aquí), y, dentro, las bellísimas capillas terminales del crucero. Lo demás son retablos renacentistas, tallas doradas, mármoles embutidos, un órgano setecentista de esplendoroso colorido. De éste no conoce el viajero el son, pero sí ofrece a los oídos el placer que da a los ojos, generosa es la catedral de Faro.

El museo queda cerca, en la plaza de Afonso III. Es uno de éstos de vaivén, es decir, que viene un guía, conduce a un grupo, pasa allá el tiempo que sea preciso, y

quien llega después tiene que esperar a que acabe la vuelta. No hay otro remedio, son soluciones de la pobreza: cuando no hay platos para que toda la familia coma al mismo tiempo, sirve la fuente común; cuando no hay guardas para todas las salas, que entren los visitantes en rebaño.

Está en estas reflexiones el viajero, esperando pacientemente, o, al contrario, mostrando su impaciencia en paseos por el espacioso atrio que da al claustro de lo que fue el antiguo convento de la Asunción, cuando repara en un hombre de cansada edad que está allí sentado, a la mesa donde siempre pusieran sus codos y su pereza los incontables ordenanzas de la tierra portuguesa. El hombre tiene un rostro blando, de quien sabe de la vida lo bastante como para tomarla en serio y reírse de ella y de sí mismo. Sonríe levemente el hombre, el viajero interrumpe su paseo para mostrar que ha advertido su sonrisa, y empieza el diálogo: «Hay que tener paciencia. No tardarán en salir los que están dentro». Responde el viajero: «Paciencia, tengo. Pero quien anda de viaje no siempre tiene tiempo para perderlo así». Dice el hombre: «Tendría que haber un guarda en cada sala, pero no hay presupuesto». Dice el viajero: «Con tanto turismo, no debería faltar. ¿Adónde va el dinero?». Dice el hombre: «¡Ah, eso sí que no lo sé! ¿Quiere saber una cosa? Hace tiempo que teníamos pedido material para rotular las obras expuestas, y sólo ahora acabamos de recibirlo». El viajero vuelve a su idea fija: «Debiera haber guardas. Una persona va a veces a un museo sólo para volver a ver una sala, o una pieza, sin tener que ir acompañado, y a veces le apetece a uno estarse una hora en esa sala o ante esa pieza. ¿Cómo va a hacerlo aquí en este museo? O en Aveiro, o en Braganza...». El hombre de la mesa sonríe de nuevo, se le iluminan los ojos y repite: «Tiene usted razón. A veces apetece estar una hora ante una obra». Y, dicho esto, se levantó, atravesó el atrio, entró en un cuartito del fondo y volvió a salir con un folleto en la mano. Y le dijo al viajero: «Como veo que le interesan estas cosas, tengo mucho gusto en ofrecerle la historia de esta casa». Sorprendido, el viajero recibe el folleto. Da las gracias con una frase trivial y, en media docena de segundos, ocurren varias cosas: viene el guarda con los visitantes, entran otras cuatro personas, hojea el viajero el librito, desaparece el hombre que estaba tras la mesa.

Ya dentro, mirando con más atención el folleto, interrogado el guarda, se entera el viajero de que el hombre de la mesa es el director del museo. Allí, sentado en el lugar de los ordenanzas que no existen, con su aire fatigado, quejándose de la falta de presupuesto, cubriendo con una sonrisa las penas antiguas y recientes, está el director. El viajero recorrió todas las salas, encontró unas mejores que otras, aceptó o no lo que temporalmente allí se expone, pero entendió muy pronto que el museo de Faro es obra de amor y de tenacidad. Y, alto, en lo que de mejor tiene, está a la altura de un museo importante. Véase la sala dedicada a las ruinas de Milreu, el conjunto de piezas romanas y visigóticas, los ejemplares románicos, góticos y manuelinos, nótese cómo fueron recreados los ambientes que favorecen a ciertas piezas o conjuntos de ellas, y la excelente colección de azulejos, los diagramas didácticos, los mosaicos

trasladados. Y no quedaría aquí la noticia si no fuera porque hay que acabar. Lo que el museo de Faro precisa es espacio para organizarlo, dinero para mantenerlo. Quien lo ame, ahí lo tiene. Termina la visita (inesperadamente, una salita muestra excelentes obras de Roberto Nobre, entre ellas un retrato magnífico de Manuela Porto), y el viajero, ya en el atrio, va a ver al director. No está allí. Andará por cualquier sitio de este escondido mundo suyo, tal vez para no ver en el rostro del viajero una sombra de desagrado. Si así fue, se equivocaba. Al viajero le gustan todos los museos. Ha visto muchos. Pero éste fue el primero en el que el director estaba sentado, tranquilamente sentado, en la mesa del ordenanza. Él, el director, y su constante, continuado amor.

El portugués, tal cual se calla

Tiene el viajero mucho que andar: si puede, bajará a las playas; si puede, se bañará. En Monte Gordo lo hizo, en Armação de Pêra y en la Senhora da Rocha, en Olhos de Água y en la Ponta João de Arães; quien lo oiga creerá que de esto hizo vida, pero no, fue sólo entrar y salir, apenas se mojó y ya se secaba. Y bien merecía otros premios, porque, en estos parajes, es el más pálido de los viajeros.

Hay, no obstante, quien más pálido está y no volverá a viajar nunca. En São Lourenço de Almansil, cuando el viajero subía la rampa de acceso a la iglesia, vio que en el atrio y en la calle lateral había grupos de hombres vestidos de negro, conversando. Las mujeres, lo vio en seguida, estaban sentadas en los bancos de la iglesia, esperando que empezara la misa de cuerpo presente. En la puerta, un cartel en tres lenguas decía: «Para visitar la iglesia llame al lado». Son artes en las que el viajero se ha vuelto especialista, pero esta vez no necesita ir a buscar la llave, alguien se ha anticipado, y está abierta la puerta. Quien vino, está allá al fondo. El viajero no pregunta si es hombre o mujer, son cosas que dejaron de interesarle. Hay ramos de flores, el cura no ha llegado aún, las mujeres de los bancos están hablando en voz baja. ¿Qué hará el viajero? No puede avanzar por el corredor de la nave, no sobra espacio entre los bancos y las paredes. Teme ya no pasar del umbral cuando siente (no puede explicar cómo, pero lo sintió) que allí nadie se escandalizará si avanza un poco, si se desliza hacia un lado y otro, perdón, perdón, y en la medida en que lo peculiar de la situación lo permita, ve los famosos azulejos de Policarpo de Oliveira Bernardes, la cúpula magnífica, la preciosa joya que toda la iglesia es. Y así lo hizo. Sin escándalo ni ofensa para los parientes del difunto, con el auxilio silencioso y discreto de los que se apartaban para dejarle paso, el viajero pudo maravillarse ante estas obras de la vida. Cuando salió, las campanas empezaron a tocar a muerto.

En Loulé, probablemente, no había muerto nadie. Estaba cerrada la iglesia parroquial, cerrada la de la Misericordia, cerrada la de Nossa Senhora da Conceição. Se podían ver sus pórticos y fachadas, bellos los primeros, vulgares las segundas, y va el viajero con suerte. Pero en cuestión de portadas nada supera a la del Convento da Graça, con sus capiteles de decoración vegetalista y su arquivolta florida. Es una pena que sean una ruina y que en lo que resta sobren mutilaciones. El viajero se pasea un poco por el centro de la villa, se refresca en un tenderete asaltado por una turba de sedientos, y sigue su camino.

Hacia el norte, hacia la sierra. Pasa el río de Algibre, al lado de Aldeia da Tôr, y, después de mil curvas, si no tantas, muchas, llega a Salir, donde no se detiene, pues no se hace ilusiones sobre la posibilidad de ver la bula del papa Paulo III, datada en 1550, que se halla en la iglesia parroquial. Parece que se trata de un hermoso pergamino iluminado. Otros ha visto el viajero, resígnese pues.

En Alte tuvo mucha suerte. Diez minutos más y le cierran la iglesia. Son horarios

que nadie entiende, al sabor de las misas y de las estaciones, y también de algunos justificados temores, pues entre tantos millares de turistas de pie ligero, que a todas partes quieren ir, no faltan los de mano más ligera aún. Si el próximo malintencionado llega de aquí a un cuarto de hora, le dan con la puerta en las narices.

Después de São Lourenço de Almansil, esta iglesia de Alte no es un Leteo que haga olvidar el resto. Tal vez porque en São Lourenço la unidad entre la arquitectura barroca y el azulejo barroco sea perfecta. Tal vez porque el manuelino, como es éste el caso, soporta difícilmente los apliques de azulejo, por más que éstos intenten obedecer a la peculiar distribución de los volúmenes en una arquitectura que es al fin gótica. Sea como fuere, loco será quien a Alte no venga. Perderá los admirables ángeles músicos setecentistas, los otros con bandejas de flores en la cabeza, y los rarísimos azulejos de la capilla de Nossa Senhora de Lourdes, éstos sí, aunque de diferente espíritu, resultan armoniosos con la envoltura arquitectónica inmediata.

Para quien encuentre que cualquier piedra es piedra y que lo que se hace con una se hace con otra, está ahí la iglesia de São Bartolomeu de Messines. Si hubiera sido construida en granito duro, o en la caliza común, o en el brillante mármol, sería muy diferente de lo que es, aun siendo igual el trazo del cincel. Este gres rojo, peligrosamente disgregable en su granulado sedimentario, pero aun así lo bastante robusto para resistir, pese a los estragos, es por sí solo, por la desigualdad de tonos, por las diferencias en los efectos de la erosión, un motivo de atención adicional. Luego, el atrio, expuesto a los vientos y a la lluvia, al frío y al sol, fascina con su aire de ruina adelantada. Y, dentro, son magníficas las columnas torsas que sustentan los arcos redondos, también de gres, y magnífico es el púlpito, éste de mármol cromático. En la sacristía, el viajero conversó unos minutos con el cura, hombre tranquilo y sabio que, para responder y dar informaciones, interrumpió los registros que, sobre un trincherero, de pie, estaba haciendo.

Vuelve el viajero a la costa. Va ahora hacia Silves, y, como tiene tiempo, va reparando en lugares, imágenes, rostros, palabras encontradas. Recuerda Albufeiras, Balaias y Quarteiras, carteles de las carreteras, tabloneros e indicadores, mostradores de recepción, cartas de restaurante y avisos, y en tantas lenguas, o tan constante el uso de algunas, que ya no sabe dónde está la suya. Entra en el hotel para saber si hay una habitación disponible, y apenas ha abierto la boca ya le sonríen y le hablan en inglés o en francés. Y habiendo hecho el viajero la pregunta en su pobre lengua natal, le responden con portuguesa cara hosca, hasta para decirle que sí señor, que hay habitación libre. El viajero calcula qué agradable le resultaría, en sus diversas visitas al mundo exterior, ver puesta su lengua portuguesa en restaurantes y hoteles, en estaciones de servicio y aeropuertos, oír la fluyente en boca de azafatas y comisarios de policía, de la camarera que viene a traer el desayuno, o del sumiller de los vinos. Son fantasías nacidas del sol violento: el portugués no se habla por ahí adelante, amigo mío, es lengua de poca gente, y de gente con poco dinero.

Pero aquí vienen los extranjeros y hay que darles el gusto que el viajero tanto

quisiera recibir en las tierras de donde ellos vienen. Lo bueno y lo justo deben de estar repartidos, pero en este caso lo mejor va para quien mejor paga. El viajero no discute conveniencias, discute servilismos. En este Algarve, toda playa que se precie no es playa sino *beach*, cualquier pescador es *fisherman*, y si de aldeamientos (en vez de aldeas) turísticos se trata, quedemos sabiendo que lo más aceptado es decir *Holiday's Village*, o *Village de Vacances*, o *Ferienorte*. Se llega al colmo de que no haya nombre para las tiendas de modas, porque ellas son, en portugués, *boutique*, y, necesariamente, en inglés, *fashion shop*, y menos necesariamente *modes* en francés, y, francamente, *Modegeschäfte* en alemán. Una zapatería se presenta como *shoes*, y no se hable más. Y si el viajero se pusiera a catar nombres de bares y de buates (como escriben, por venganza involuntaria, los brasileños), cuando llegara a Sines aún iría en las primeras letras del alfabeto. Tan despreciado éste en la portuguesa ordenación, que del Algarve se puede decir, en esta época en que descienden los civilizados a la barbarie, que es tierra del portugués tal cual se calla.

No reniegue más el viajero. Ahí está Silves, en la alta colina, alto castillo. Si aún por aquí anduviesen los moros, quedaría el viajero muy contento, siendo hora de comer, si le presentasen una lista de platos en la que pudiera leer: sardinas asadas, en vez de un lenguaje arabesco bellísimo de ver, pero intraducible, ni siquiera con diccionario al lado. Entienda el viajero, definitivamente, que para los ingleses, norteamericanos, alemanes, suecos, noruegos, y también franceses, y españoles, y a veces italianos (excepto los encontrados en Mértola), el portugués no pasa de ser una forma más sencilla de moro o arabesco. Diga *yes* a todo, y vivirá feliz.

Este castillo es obra árabe. Es una ruina, pero hermosa. Y la piedra roja, hallada ya en São Bartolomeu de Messines, le da, contradictoriamente, un aire de construcción reciente, como si hubiera sido hecho de arcilla húmeda aún, de barro acabado de amasar. Bellas, aún más, deben de ser estas piedras cuando las moja la lluvia. El viajero admira la enorme cisterna que hay en medio de la explanada, con su bóveda sustentada por cuatro órdenes y columnas, como una mezquita. Y va a ver, sorprendido por el ingenio de la invención, las pequeñas construcciones subterráneas que servían a los árabes como silos.

Es gótica la catedral de Silves, con añadidos y adulteraciones de otras épocas. Pero lo que cuenta aquí, más que la arquitectura, es otra vez el maravilloso gres rojo en sus infinitas gradaciones, desde el tono casi amarillo con una sombra de sangre, hasta el profundo de tierra quemada. Que de esta piedra se haya hecho columna o capitel, nervadura ojival o simple aparejo, es indiferente: los ojos no ven la forma ni la función, ven el color. Y, visto éste, reconoce el viajero que no faltan a la catedral de Silves otros motivos de agrado, satisfechos los ojos con la impresión inmediata: el sepulcro del obispo don Rodrigo, el de João Gramaxo, el de Gaston de la Ylha. Y también azulejos y tallas doradas. Pero el viajero pone mucho empeño en llevarse en los ojos, como última imagen, la bóveda del transepto, adonde llega una luz reflejada felizmente: ninguna piedra es igual a sus vecinas, todas, juntas, son maravillosa

pintura.

Cerca de la catedral hay un crucero al que llaman Cruz de Portugal. No se sabe quién lo bautizó así: seguro que no está Portugal aquí más que pueda estarlo en cualquier otro salido de manos portuguesas. Digamos sólo que es un magnífico trabajo manuelino, esculpido como una joya. Tiene a un lado a Cristo crucificado y al otro una Virgen con Cristo muerto, y la relación de volúmenes, tan disímiles, se consigue con una firmeza y una libertad ejemplares. Por Lagoa pasó el viajero sin detenerse apenas. No eran horas de ir de vinos, esos que al primer vaso, si el estómago no se ha protegido con alguna sustancia conveniente, mecen suavemente al bebedor, y, si éste insiste en la imprudencia, lo tumban de pronto. No es tiempo éste para algo que no sea el agua helada. Abstemio fue, pues, a la iglesia parroquial, donde está la hermosísima imagen de Nuestra Señora de la Luz, obra atribuida a Machado de Castro, y ojalá sea la atribución exacta, porque así sabríamos a quién debemos agradecer esta obra maestra del barroco portugués.

El viajero comprueba que, por las carreteras del Algarve, todo el mundo va con prisas. Los automóviles son tifones; quien va dentro, se deja llevar. Las distancias entre ciudad y ciudad no se entienden como paisaje, sino como una molestia que desgraciadamente no se puede evitar. Lo ideal sería que entre una ciudad y otra hubiera sólo el espacio para los indicadores que las distinguen: así se ahorraría tiempo. Y si entre el hotel, la pensión o el apartamento de alquiler, el restaurante, la playa y la *boîte* hubiera comunicaciones subterráneas, cortas y directas, veríamos realizado el mirífico sueño de estar en todas partes sin estar en ninguna. La vocación del turista en el Algarve es claramente concentracionaria.

También el viajero tendrá alguna culpa en esto, pero, llamado a capítulo (véase cómo las instituciones religiosas se introducen represivamente en el lenguaje), podría responder que, viniendo de Lagoa, tiene algo a su espera en Estômbar, y si allí y aquí no se detiene tanto como desearía es porque éste su tiempo no es de *holidays* o de *vacances*, sino de búsqueda. Y la búsqueda, como se sabe, es siempre ansiosa. Buena paga tuvo cuando, habiendo buscado, encontró. Así ocurrió en Estômbar.

El mismo nombre del pueblo daría para reflexiones y pesquisas. Por otra parte, el Algarve está lleno de una toponimia extraña que sólo por convenciones o imposición centralizadora se dirá portuguesa. Es el caso de Budens y el de Odiáxere, y también el de Bensafrim, por donde pasará el viajero, y el de Odelouca, que es un río que está ahí delante, de Porches, Boliqueime y Paderne, de Nexe y Odeleite, de Quelfes y Dogueno, de Laborato y Lotão, de Giões y Clarines, de Gilvrazino y de Benafrim. Pero este nuevo viaje (ir de origen en origen, buscando raíces y transformaciones hasta tornar la memoria antigua en necesidad de hoy) no lo va a hacer el viajero: para esto se requerirían saberes y experiencias particulares, no este simple mirar y ver, pararse y caminar, reflexionar y decir.

La iglesia de Estômbar, vista por fuera, parece una catedral en miniatura, algo así como si hubiéramos reducido la iglesia de Alcobaça para que cupiera en una plaza de

aldea. Sólo por eso ya sería fascinante. Pero tiene excelentes azulejos setecentistas, y, sobre todo, ah, sobre todo, dos columnas esculpidas para las que no hay, que sepa el viajero, comparación en Portugal. Cabría suponer incluso que fueron hechas en lejanas tierras y traídas hasta aquí. Hay (y perdónesele al viajero la fantasía) un aire polinésico en esta preocupación por no dejar ninguna superficie vacía, y los ornamentos de inspiración vegetal reproducen, o parecen reproducir estilizadamente, tipos de plantas que solemos llamar grasas. No se reconoce en estas columnas la flora indígena. Verdad es que la base representa un calabrote (elemento quinientista), verdad es que las figuras aparecen con instrumentos musicales de la misma época, pero se mantiene la impresión de extrañeza que causa el conjunto. Lo peor para esta tesis es que el material de las columnas es gres de la región. En todo caso, podría tratarse de un artista venido de otros parajes, sabe Dios de dónde. En fin, que resuelva quien pueda este pequeño enigma, si no está descifrado ya, como ciertamente lo fue, en su tiempo, el topónimo Estômbar.

Se llega a Portimão por el puente que atraviesa el río Arade, si es que en este estuario aún se le justifica el nombre, pues estas aguas son mucho más del mar que avanza y retrocede entre la Praia da Rocha y la Ponta do Altar que de aquél y otros pequeños cursos de agua que vienen de la sierra de Monchique o de la Carapinha y convergen aquí. El viajero fue a la iglesia parroquial y la encontró cerrada. No le molestó demasiado: en definitiva, lo mejor que hay en ella está a la vista, y es el pórtico, cuya arquivolta exterior presenta figuras de guerreros, cosa que, no siendo rara en este siglo XIV que a veces hizo de iglesias fortalezas, tiene aquí la nota insólita de juntar hombres y mujeres en aparato militar y ropa de armas. Al viajero le gustaría saber cómo han venido a parar aquí estas Amazonas. Cierto es que en esos tiempos no faltaron mujeres de armas, entre Deuladeus y Brites de Almeidas, pero incorporadas a las huestes regulares, hombro con hombro con los varones, de eso no había fe. Probablemente fue premonición del cantero: adivinó que un día la guerra sería total y que las mujeres tendrían que armarse como los hombres.

Y hablando de guerras, no estaría mal recordar que a esta otra ciudad de Lagos está unido el antiguo nombre de Sertorio, aquel romano que fue comandante de los lusitanos tras la muerte de Viriato. Quien dice lusitanos piensa en los montes Herminios, o en la sierra da Estrela, como hoy le llamamos, y cuesta trabajo creer que tan al sur hubieran llegado los combates, pero es verdad. Sertorio, apartado por su voluntad, o por fuerza ajena, de las luchas entre Mario y Sila (o Sula), fue invitado por los lusitanos, unos ochenta años antes de nuestra era, para ponerse al frente de ellos en guerra contra Roma. El concepto de patriotismo era entonces mucho menos exigente que hoy, o no tenía reparos en mostrarse claramente subordinado a intereses de grupo, con lo que, fundamentalmente, sólo se distingue de las prácticas actuales en el hecho de que en nuestros días sabemos que conviene guardar las apariencias. El caso es que Sertorio aceptó la invitación y, con dos mil soldados romanos y setecientos libios, desembarcó en la Península, venido de Mauritania, donde se había

refugiado tras ciertos tratos con piratas. Son complicadas historias de una historia general que algunos se empeñan en presentar como sencillas: primero estaban los lusitanos, vinieron luego los romanos, después los visigodos y los árabes, pero como era necesario que hubiera un país llamado Portugal, apareció el conde don Enrique, luego su hijo Afonso y, tras él, entre otros Afonsos, algunos Sanchos y Juanes, Pedros y Manueles, con un intervalo para que reinaran tres Felipes castellanos, tras morir en Alcazarquivir un pobre Sebastián. Y poco más.

La vieja Lacóbriga, romana antepasada de Lagos, quedaba en el monte Molião. Ahora bien, un Metelo, partidario de Sula, que se había hecho cargo del gobierno de la Hispania Ulterior (es decir, de estas tierras de por aquí, para quien estaba en las de allá), decidió cercar Lacóbriga y rendirla por sed, pues había en ella un único pozo, sin duda no muy generoso. Sertorio acudió, enviando con hombres suyos dos mil odres de agua, y como Metelo mandara como refuerzo del cerco a un tal Aquino con seis mil hombres, les salió Sertorio al camino y logró desbaratarlos.

A Lagos vino también don Sebastião, rey de Portugal y de estos Algarves. Allí en las murallas hay una ventana manuelina desde la que, según reza la tradición, providencia de narradores cuando faltan pruebas y documentos, asistió a una misa campal antes de su partida hacia Alcazarquivir, donde cayó él y cayó la independencia de la patria. Echando cuentas del reinado, nada tenemos que agradecerle, pero la estatua que de don Sebastião hizo João Cutileiro, y que está ahí en la plaza de Gil Eanes, muestra a un confiado y purísimo adolescente que ha depuesto el yelmo de sus juegos de guardias y ladrones, a la espera de que llegue su madre o el ama a secarle el sudor de la frente diciéndole: «Pero qué tonto eres...». Por esta estatua, el viajero está casi a punto de perdonar al mentecato, impotente y autoritario Sebastião de Avis los desastres a los que llevó a esta tierra, ahora, si es posible, más amada, porque en millares de kilómetros y rostros fue vista.

Ya que de Sebastián se habla, visítese la iglesia de San Sebastián. Se sube a ella por empinados peldaños, y antes de entrar se puede ver la puerta lateral del lado sur, un magnífico ejemplar de arte renacentista, con las acostumbradas, pero aquí sutiles, representaciones humanas en expectación, al par de elementos de flora y fauna elaboradamente traspuestos conforme a las reglas del estilo. Allá dentro hay una imagen de Nossa Senhora da Gloria, de tamaño superior al natural, y está bien así, que la gloria siempre se quiere mayor que el hombre que la conquistó o la recibió de regalo.

Lagos tiene un mercado de esclavos, pero no parece gustarle que se sepa. Es una especie de alpende, en la plaza de la República, unos cuantos pilares que soportan el piso: allí se hacía el negocio de a ver quién paga más en la subasta por este cafre domado o por esta negra núbil y de buenos pechos. Si llevaban collares al cuello, no se conserva traza de ellos. Cuando el viajero fue al mercado, no lo reconoció. Servía de depósito de materiales de construcción y estacionamiento de motocicletas, lavándose así, con señales de los tiempos nuevos, las manchas de los antiguos. Si el

viajero tuviera autoridad en Lagos, mandaría poner aquí unas cadenas, un estrado para la exhibición del ganado humano, y tal vez una estatua: teniendo allí mismo la del infante don Enrique, que del tráfico se benefició, no quedaría mal la mercancía.

Para calmar estas acedías, fue al fin a la iglesia de San Antonio de Lagos. Por fuera, no vale nada: cantería lisa, hornacina vacía, óculo bordeado de conchas, escudo de aparato. Pero, allá dentro, después de tantos y en definitiva fatigosos retablos de talla dorada, después de tanta madera labrada en volutas, palmas, hojas, racimos y pámpanos, después de tantos angelitos con papada, más rollizos de lo que la decencia admite, después de tantas quimeras y carátulas, justo era que el viajero volviera a encontrar todo eso, resumido e hiperbolizado en cuatro paredes, pero ahora, por el propio exceso, engrandecido. En la iglesia de San Antonio de Lagos los maestros entalladores perdieron la cabeza: aquí está todo cuanto inventó el barroco. No siempre es perfecta la ejecución, no siempre es seguro el gusto, pero hasta estos errores ayudan a la eficacia del efecto: los ojos tienen dónde detenerse, surge la crítica, pero no tardan en dejarse arrastrar en la ronda que el viajero diría, y con perdón, endemoniada. Si no fuera por la edificante serie de paneles sobre la vida de San Antonio, atribuidos al pintor Rasquinho, setecentista, de Loulé, podrían manifestarse serias dudas sobre los méritos de las oraciones dichas en este lugar, con tantas solicitudes alrededor, y mundanas las más de ellas.

El techo de madera, en bóveda de cañón corrido, está pintado con una osada perspectiva que prolonga las paredes en la vertical, simulando columnas de mármol, ventanas encristaladas y, en fin, en su lugar material, pero con apariencia de estar mucho más distante, la bóveda, fingida en piedra. En los rincones, acechando por encima del balcón, los cuatro evangelistas miran con desconfianza al viajero. Encima, como despegado del techo, planeando, está el escudo nacional, tal como lo definía el siglo XVIII. Éste es el reino del artificio, del parecer. Pero, y lo declara muy sinceramente el viajero, todo esto está muy bien hecho y resiste la prueba del nueve de las geometrías. ¿Quién pintó el techo? No se sabe.

De aquí se pasa al museo, si no se ha preferido la entrada propia. Tiene Lagos buenas colecciones de arqueología, didácticamente dispuestas, desde el paleolítico hasta la época romana. El viajero apreció particularmente el material expuesto de la época ibérica: un casco de bronce, una estatuilla de hueso, piezas de cerámica, y mucho más. La estatuilla es de configuración rara: una de las manos subida al pecho, la otra en el sexo, no es posible saber si se trata de una representación masculina o femenina. Pero lo que apetece ver con calma es la sección etnográfica. Dedicada esencialmente a la artesanía regional, con una buena muestra de instrumentos de trabajo, en especial del trabajo del campo, y presentando algunas miniaturas de carros, barcas, pertrechos de pesca, una noria, esta parte del museo llega incluso a representar, conservados en frascos, algunos fenómenos teratológicos: un gato con dos cabezas, un cabrito con seis piernas, y otras cosas igualmente perturbadoras para la consciencia de nuestra integridad y perfección. Pero tiene este museo de Lagos el

mejor guía o guarda que hay en el mundo (¿será el director que, por modestia, como el de Faro, no lo ha dicho?), y de esto puede dar fe el viajero, que estando en contemplación ante este encaje de bolillos o este trabajo en corcho, o ante este maniquí vestido como es de rigor, oye, murmurada por encima del hombro, la explicación, con una coletilla repetida una y otra vez: «El pueblo». Expliquémonos mejor. Imagínense que el viajero está observando un objeto de mimbre, exacto de forma al servicio de su función. El guarda se aproxima entonces y dice: «Cesto para pescado». Una pausa mínima. Luego, como quien dice el nombre del autor de la obra, añade: «El pueblo». No hay duda. Casi al final de su viaje, el viajero ha venido a oír en Lagos la palabra final.

Allá dentro, en mineralogía, numismática, historia local (con el foro otorgado por don Manuel), banderas, imágenes, paramentos, hay mucho que ver. El viajero distingue, por ser obra rigurosamente admirable, el díptico quinientista atribuido a Francisco de Campos, y que representa la *Anunciación* y la *Presentación*. Hay varias razones para ir a Lagos: ésta puede ser una de ellas.

Y ahora, camino del Finisterre del Sur. Por estos lados, el mundo se despide. Cierto es que no faltan lugares habitados, Espiche, Almadena, Budens, Raposeira, Vila do Bispo, pero van siendo cada vez más raros y, si no fueran las casas de veraneo que poco a poco van formando un enjambre, sería esto el gran desierto y la soledad de los últimos extremos de la tierra. Hay en el viajero un ansia de llegar al final. Visitará la iglesia de Raposeira, con su torre octogonal y la imagen quinientista de Nossa Senhora da Encarnación, mutilada pero muy hermosa, y, allí cerca, la ermita de Nossa Senhora de Guadalupe, obra de los templarios, en el siglo XIII, y que tiene algunos de los más hermosos capiteles vistos hasta ahora, y adelante mirará fascinado el viajero la cúpula blanca de la iglesia de Vila do Bispo, donde no podrá entrar porque el cura acaba de salir hacia la ciudad y nadie sabe por dónde anda. Y, en fin, casi en línea recta, avanza hacia la punta de Sagres. Luego, contorneando la bahía, se dirige al cabo de San Vicente. El viento, fortísimo, sopla del lado de tierra. Hay aquí una rosa de los vientos que ayudará a marcar el rumbo. Para mandar las naves en descubierta de las tierras de especiería, hay buen viento y es favorable la marea. Pero el viajero tiene que volver a casa. No podría avanzar más. Desde aquí al mar son cincuenta metros en vertical. Las olas baten allá abajo contra los cantiles. Nada se oye. Es como un sueño.

El viajero va a bordear la costa hacia el norte. Verá Aljezur, con sus casas dispuestas en línea al abrigo del monte, y Odemira, Vila Nova de Milfontes, y la desembocadura dulcísima del río Mira, que esta vez no va lleno, Sines y las escolleras ambiciosas devastadas por el mar, y, en Santiago do Cacém, otras ruinas, las de la ciudad romana de Miróbriga, abierto el foro a un paisaje admirable, último lugar para la imaginación que pone romanos de toga paseando por este espacio, hablando de las cosechas y de los decretos de la distante Roma. Éste es el país del regreso. Se ha acabado el viaje.

El viajero vuelve al camino

No es verdad. El viaje no acaba nunca. Sólo los viajeros acaban. E incluso éstos pueden prolongarse en memoria, en recuerdo, en relatos. Cuando el viajero se sentó en la arena de la playa y dijo: «No hay nada más que ver», sabía que no era así. El fin de un viaje es sólo el inicio de otro. Hay que ver lo que no se ha visto, ver otra vez lo que ya se vio, ver en primavera lo que se había visto en verano, ver de día lo que se vio de noche, con el sol lo que antes se vio bajo la lluvia, ver la siembra verdeante, el fruto maduro, la piedra que ha cambiado de lugar, la sombra que aquí no estaba. Hay que volver a los pasos ya dados, para repetirlos y para trazar caminos nuevos a su lado. Hay que comenzar de nuevo el viaje. Siempre. El viajero vuelve al camino.



JOSÉ DE SOUSA SARAGAMO (Azinhaga, Santarém, Portugal, 16 de noviembre de 1922 - Tías, Lanzarote, España, 18 de junio de 2010) es uno de los escritores portugueses más conocidos y apreciados en el mundo entero. En España, a partir de la primera publicación de *El año de la muerte de Ricardo Reis*, en 1985, su trabajo literario recibe la mejor acogida de los lectores y de la crítica. Otros títulos importantes son *Manual de pintura y caligrafía*, *Levantado del suelo*, *Memorial del convento*, *Casi un objeto*, *La balsa de piedra*, *Historia del cerco de Lisboa*, *El Evangelio según Jesucristo*, *Ensayo sobre la ceguera*, *Todos los nombres*, *La caverna*, *El hombre duplicado*, *Ensayo sobre la lucidez*, *Las intermitencias de la muerte*, *Poesía completa*, los *Cuadernos de Lanzarote I y II*, el libro de viajes *Viaje a Portugal* y el relato breve *El cuento de la Isla desconocida*. Su último libro, autobiográfico, es *Las pequeñas memorias*. Además del Premio Nobel de Literatura 1998, Saramago ha sido distinguido por su labor con numerosos galardones y doctorados *honoris causa*.

Notas

[1] Las luchas de la Restauración se inician el 1 de diciembre de 1640 con el levantamiento contra los reyes de España. Portugal, que desde 1580 formó parte de la corona española, recobró su independencia tras una larga guerra (1640-1668). <<

[2] Camilo Castelo Branco (1826-1890), figura notabilísima de la narrativa portuguesa entre el romanticismo y el realismo. Vivió apasionadamente, entre escándalos sentimentales y crisis de pobreza, enfrentado a la burguesía comercial de Porto. Folletinista a la manera de Dumas e incluso de Balzac, nos dejó una obra amplísima: 262 obras. <<

[3] La trágica historia de los amores del rey Pedro I (1320-1367) con Inés de Castro ha inspirado numerosas obras literarias, tanto en Portugal como en España, y constituye un símbolo del sentimiento amoroso llevado más allá de la muerte. La bárbara ejecución de la gallega Inés de Castro, amante del rey, ha sido fuente de inspiración constante para poetas, dramaturgos y narradores. <<

[4] Teixeira de Pascoaes es el nombre literario de Joaquim Pereira Teixeira de Vasconcelos (1877-1952). Poeta de obra muy amplia, próximo al simbolismo, creador del *saudosismo*, en el que se presenta la *saudade* (nostalgia) como peculiaridad de la creación espiritual portuguesa. Su visión del paisaje de su tierra de Amarante se concreta en una visión panteísta del mundo. Su obra capital es *Marânus* (1911). Entre 1912 y 1917 dirigió la revista *A Águia*, de profunda influencia en la literatura portuguesa. <<

[5] Afonso Henriques nació hacia 1109 y murió en 1185. Nieto del rey de Castilla y León, Alfonso VI, fue el fundador de la monarquía portuguesa independiente. Conquistó Santarém (1147) y Lisboa (1147). <<

[6] Ana Plácido fue amante de Camilo Castelo Branco. Sus relaciones con el escritor provocaron un escándalo sentimental resonante en el Portugal del XIX. Nació en 1831; murió en 1895. <<

[7] Aquilino Ribeiro (1885-1963), novelista de amplísima obra, centrada en gran parte en su Beira natal. Con una excepcional sensibilidad idiomática, superó el regionalismo, mostrando la integración del hombre en la Naturaleza a través del amor y de los sentidos. *A Casa Grande de Romarigães* (1957) es una de sus obras más representativas. <<

[8] Nuno Álvares Pereira (1360-1431) es una de las más nobles figuras de la historia de Portugal. Los cronistas medievales muestran veneración por su personalidad y su obra. Imagen ideal del caballero de la Edad Media, jefe guerrero, vencedor de los castellanos en Aljubarrota (1385), ingresó en la orden de los Carmelitas en 1423. Fue beatificado en 1918. <<

[9] Afonso Duarte (1884-1958), formado en el simbolismo, renunció a los tópicos de la escuela para crear una poesía de inspiración comunitaria que reacciona contra la mitificación literaria del paisaje para cantar la vida y el sufrimiento del hombre y especialmente de los humildes. Su último libro, *Ossadas* (1947). <<

[10] Fernão Mendes Pinto (h. 1510-1583). Escribió *Peregrinação*, uno de los más asombrosos libros de viajes de la literatura mundial. Fue el primer europeo que visitó el Japón. Recorrió casi todo el Lejano Oriente, y nos dejó un relato de viajes, aventuras y portentos, que enlaza con el clima de la picaresca del barroco castellano.

<<

[11] Jorge de Montemor (o Montemayor) (h. 1520-1561) fue escritor y músico de la corte española. En castellano publicó *Los siete libros de Diana* (1559), modelo de novela pastoril. <<

[12] Gonçalo Eanes Bandarra, zapatero, nacido en Trancoso en los primeros años del siglo XVI. Dado a la lectura de las Escrituras, hizo profecías sobre el destino de Portugal. El Santo Oficio lo mandó encarcelar en 1541. Falleció en fecha ignorada a mediados del siglo XVI. Sus profecías tuvieron amplia difusión durante la guerra de independencia contra España. <<

[13] Señora, parten tan tristes / Mis ojos, por vos, mi bien / Que nunca tan tristes viste
/ Ojos ningunos por nadie... (*N. del T.*). <<

[14] Tan cansados, tan llorosos, / Tan doloridos por la partida, / De muerte más deseosos / Cien mil veces que de vida. (*N. del T.*) <<

[15] Parten tan tristes los tristes, / Tan lejos de esperar bien, / Que nunca tan triste viste
/ Ojos algunos por nadie. (*N. del T.*) <<

[16] Damião de Góis (1502-1574). Humanista portugués. Mantuvo relación con Lutero, Melanchton, Luis Vives, Durero —que pintó su retrato— y, sobre todo, con Erasmo. La Inquisición lo sometió a un cruel proceso, tras el cual murió, en circunstancias oscuras. <<

[17] José Duarte Ramalho Ortigão (1836-1915) colaboró con Eça de Queirós en la novela *O Mistério da Estrada de Sintra*. También en colaboración con Eça escribió, a partir de 1871, *As Farpas*, volúmenes de crítica sobre las instituciones y formas de vida en el Portugal de su época. Cultivó también la literatura de viajes (*A Holanda*, 1883). <<

[18] Caballero portugués que participó en la conquista de Lisboa en 1147. Para impedir que los moros cerraran una puerta de la muralla durante el asalto (la puerta que hoy lleva su nombre) se apostó a la entrada y murió aplastado. <<

[19] Largamiel. (*N. del T.*). <<

[20] Largodolor (*N. del T.*). <<

[21] José Régio es el nombre literario de José Maria dos Reis Pereira (1901-1969). Poeta y novelista, autor de una serie narrativa, *A Velha Casa*, en cinco volúmenes (1945-1966). <<

[22] Antonio Dinis da Cruz e Silva (1731-1799), poeta neoclásico. Cultivó géneros muy diversos —epigramas, sonetos, odas—. En 1766 escribió la sátira *Hissope*, poema heroico-cómico en el que narra el conflicto entre el deán y el obispo de Elvas por una cuestión de precedencia, sobre si debía el deán llevarle o no el hisopo al obispo a su palacio antes de las ceremonias. El poema no fue publicado hasta 1802.

<<

[23] A la muerte de João VI (1826), se enfrentaron en Portugal dos tendencias: los liberales, encabezados por don Pedro, y los absolutistas de don Miguel. Las guerras entre don Pedro y don Miguel representan un enfrentamiento de actitudes como las que llevaron en España a las guerras carlistas. <<

[24] Juego de palabras intraducible. Osso: hueso. Ossa: forma arcaica de osa. (*N. del T.*) <<

[25] La conquista de Évora (1165) va ligada a la figura de Giraldo, o *Sem Pavor*, noble caballero que sirvió a Afonso Henriques, pero que perdió el favor real al vincularse a un grupo de caballeros-ladrones que robaban por igual a portugueses y musulmanes. Para recuperar el favor real asaltó, con cinco de sus compañeros, una torre de la ciudad de Évora, matando al vigía y a una hija que con él estaba. Así conquistó este legendario caballero una de las más importantes ciudades musulmanas. <<

[26] Fialho de Almeida (1857-1911), crítico de arte y narrador. Influido por Zola, y sobre todo por Maupassant, renovó el cuento portugués. <<